

EL DIABLO EN PALACIO

2

-

.

1.

.

.

-

.

FOLLETIN DE "LAS NOTICIAS"

EL DIABLO EN PALACIO

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

D. RAMÓN ORTEGA Y FRIAS

PUBLICACIÓN AUTORIZADA

POR

EDITORIAL CASTRO, S. A., MADRID

TOMO PRIMERO

IND. LAS NOTICIAS

BARCELONA - 1931

PRIMERA PARTE

El diablo en Palacio

CAPITULO PRIMERO

Conversaciones a oscuras

El día 3 de Diciembre del año 1867 había sido frío y lluvioso. La noche estaba obscura y soplaba un aire húmedo y sutil como el que en esta parte del año suele venir de las nevadas cumbres del Guadarrama a traer abundantes pulmonías a los moradores de la coronada villa.

Con pocos minutos de diferencia acababan de dar las diez en todos los relojes del sombrío alcázar real. Sus numerosos centinelas dejaban descansar en el suelo el pesado mosquete, y poniendo las manos en la forma de trompeta, soplaban en su interior para aliviar el frío que entorpecía sus entumecidos dedos, y luego, echando arma al brazo, se paseaban precipitadamente para volver el perdido calor a sus piernas.

Los dos moribundos faroles que por la parte de la Cuesta de la Vega alumbraban a la aparecida Virgen que tenía allí su histórico y modesto altar, eran las luces que únicamente se veían orillar en los alrededores del alcázar; porque el resplandor, escaso por cierto, que se esparcía en sus zaguanes, no pasaba de las puertas afuera.

Los patios y corredores de la regia morada, esta-

ban desiertos, porque desde el rey hasta el último de sus criados, ninguno se atrevía a dejar el abrigo de sus habitaciones ni el fuego de las chimeneas o los braseros.

De la cámara del católico rey don Felipe II salió un caballero que, apenas hubo traspasado los umbrales del aposento real, embozóse en su ancha capa y calóse el sombrero hasta las cejas, bien para resguardarse del frío o para evitar las miradas de los curiosos palaciegos. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si estuviese muy preocupado, dejó atrás algunos salones, atravesó algunos pasillos, y llegando a la escalera principal, detúvose repentinamente y murmuró:

—Será prudente no salir por aquí.

Luego siguió por distinto camino, y bajando al fin una estrecha escalera de caracol, encontróse en un patio y salió del alcázar, teniendo siempre cuidado de taparse el rostro.

En pocos momentos llegó frente a la iglesia de Santa María, y mirando cuidadosamente, se acercó a unos bultos que parecían pegados a las paredes del templo.

—¿Quién va?—preguntó una voz bronca y desagradable.

—El que esperáis—contestó el embozado.

Entonces avanzó dos o tres pasos uno de aquellos hombres.

—¿Qué habéis resuelto?—dijo una voz baja.

El caballero miró recelosamente a todos lados, y luego repuso:

—Está decidido que muera.

—Bien, espero vuestras instrucciones.

—Pocas son. Ya no os moveréis de este sitio; aguardaréis a que salga, que probablemente será dentro de una hora, y al pasar...

—Comprendo.

—¿Cuántos sois?

—Cuatro.

—Ellos son dos, porque esta noche sólo le acompaña un criado viejo y débil.

—Descuidad, que mi gente es de confianza.

—No basta que tenga valor.

—Son mudos.

—Tomad—repuso el caballero, entregando una bolsa al asesino—. Ya sabéis que quien os da este oro os puede dar una horea.

El desconocido no contestó, y separándose del embozado, fué a reunirse con sus compañeros, ocultándose los cuatro tras la iglesia.

El caballero dobló la esquina y desapareció por la calle de la Almudena, siempre cuidadoso de recatar el semblante.

Una hora después, por un estrecho y obscuro pasillo del alcázar, una mujer joven y en extremo bella, caminaba precipitadamente. Llevaba una vela encendida en una de sus manos, y con la otra resguardaba del aire la débil luz. Dos grandes y expresivos ojos, negros como el azabache, rodeados de largas pestañas y arqueadas cejas, como el oro; una frente ancha y noble, de cutis blanco y transparente, y una boca de rojas labios y gracioso corte, bajo la nariz de perfiles más correctos, formaban el conjunto de su rostro encantador y digno de su tallo esbelto y airoso. Vestía un traje de seda azul, que brillaba bajo el rico albornoz de fino paño con que se resguardaba del frío.

Cuando iba a volver a la derecha para seguir otro pasillo, encontróse con un caballero, a cuya vista quedó repentinamente parado. Era éste un hermoso joven, que apenas tendría veintidós años. Su belleza parecía no tener igual. Erán sus ojos de un azul puro y transparente y su mirada lánguida y expresiva. De elevada estatura, de noble continente, presentaba un aspecto a la vez tan respetable y seductor, que difícilmente hubiera podido encontrarse en la corte un galán de igual apostura ni semejante belleza.

Aquel mancebo era el marqués de Póza.

Al ver a la dama, dibujóse en sus labios una dulce sonrisa, y brillaron sus ojos con el fuego de la pasión. Ella bajó los suyos para levantarlos luego iluminados también por la alegría.

—¡Blanca!—exclamó, cogiendo entre las suyas una de las mirradas manos de la doncella.

—¿Vienes de mi habitación?—preguntó ésta, con

el timbre de voz más grato que jamás se ha oído.

—Sí.

—Me ha detenido la reina.

—¿Y cómo vas sola?

—Porque presumí encontrarte en el camino, y como nuestro amor es un secreto, no quise que nadie me acompañase para no tener que privarme de hablarle si te veía.

—Harto el secreto me pesa, Blanca mía; pero muy pronto no será tal.

—¿No me engañas?—preguntó la duquesa, fijando una mirada afanosa en el marqués.

—No. Los inconvenientes que hasta ahora se habían opuesto a que diésemos a conocer nuestros amores, van a desaparecer, y entonces diré al mundo que te adoro.

—¡Qué feliz soy!

—Mañana temprano vendré a verte, y entonces te diré cuanto pasa. Ahora, separémonos; este sitio no es el más a propósito para hablar.

—¿No vuelves esta noche?

—No; tengo que desempeñar un encargo de importancia del príncipe, y no me dejará tiempo para volver.

Una sombra de tristeza nubló el semblante de la joven.

—Temo—dijo—que tu amistad con el príncipe te sea fatal.

—¿Por qué?

—¿Acaso ignoras lo que todo el mundo sabe? Su ruina está cercana, y sus amigos y confidentes se hundirán con él.

—Nada temas, Blanca; mi conciencia está tranquila, porque mis acciones son buenas. Si profeso amistad al príncipe es porque lo veo abandonado de todos, por todos perseguido, y aunque se haya buscado sus desgracias, me inspiran éstas compasión. Su falta de prudencia lo pierde, y por eso quiero estar a su lado, para contener con mis consejos los arrebatos de su carácter impetuoso. ¡Infeliz!

—¿Lo salvarás? No, y tus sacrificios serán estériles. Sus enemigos son muchos y muy poderosos.

el primero su mismo padre. Ya sabes que desde el día del torreo el rey se muestra contigo más que indiferente, y esto en él dice mucho, porque es asaz disimulado. Guárdate, no expongas tu vida por pretender inutilmente salvar la del otro.

—Te repito que nada temas: yo puedo fácilmente justificar mi conducta.

—Si te dan lugar...

—Blanca, si no estuvieses acostumbrado a oírte siempre augurar lo más triste, tus palabras me darían miedo.

Iba la doncella a contestar, pero sintiéronse en aquel momento pasos por el corredor que torcía a su derecha.

—Vienen gente... aléjate—dijo en voz baja.

Y después de recibir un beso de despedida de su amante, apagó la luz y quedó inmóvil y arrimada a la pared.

Mientras el marqués se alejaba, acercáronse los que hacia allí caminaban, que según el ruido de sus pasos debían ser dos, y parándose muy cerca de la joven, dijo uno que por el acento parecía el mismo embrozado que habló con los asesinos:

—Ya veis hasta qué punto lo cegaría el coraje, que quería haberlo hecho matar de modo que todos conociesen que se hacía por orden suya, para que así sirviese de escarmiento a los amigos del príncipe.

Blanca se estremeció.

—Afortunadamente — prosiguió el caballero — pude disuadirlo de tan descabellada idea, si bien no de que se ejecutase su plan.

—¡Pobre marqués! Os confieso, amigo mío, que tanto como aborrezco al príncipe, me interesa la vida de ese mancebo, porque estoy seguro de que un sólo sentimiento de generosidad lo mueve a proteger a don Carlos.

—Me sucede lo mismo que a vos; pero voy a advertiros una cosa, porque sois mi verdadero amigo. Si el rey me ha dicho que os confía este secreto, no ha tenido otra mira que probar vuestra lealtad. Nadie sino vos, después de su majestad y yo, sabe que esta noche debe perder la vida el mar-

qués bajo el puñal de un asesino, y si el golpe se frustra, tan bien combinado como está, es porque alguien le ha dado aviso...

—Os comprendo.

La doncella se oprimió el pecho y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer en tierra y para ahogar un grito de espanto y de dolor. Todo lo había comprendido; acababa de saber que su amante sería asesinado aquella misma noche, y no le era dado salvarlo, porque no podía moverse de allí sin ser descubierta. ¡Horrible situación! ¿Qué hacer? Ni aun el consuelo tenía la desdichada de desahogar su dolor siquiera con un leve gemido. Y, ¿quién era aquel hombre, principal agente, al parecer, del sangriento plan del rey? No pudiendo salvar a su amante, hubiera dado la mitad de su vida por conocer al que servía de instrumento al monarca para vengarse después. Seguirlo era casi imposible, porque él llevaría cuidado de ocultarse el rostro dentro del alcázar y aun en la calle, sin contar con que la dama no podía ir tras él por toda la villa. Su viva imaginación suministróle un medio; a la idea de que conocería a aquel hombre, pareció quedar algo tranquila. Faltábale saber cuándo y dónde se asesinaría al marqués, porque si esto había de ser muy tarde, quizás podría darle aviso para que evitase el golpe.

Los caballeros continuaron su conversación.

—Ya veis—dijo el que revelaba el secreto—que el asunto es delicado.

—No quisiera, amigo mío, que me hubieseis confiado semejante secreto.

—Lo hago de orden de su majestad.

—¡Pobre marqués!... Pero, en fin, si está probada su traición con la carta, merece el castigo que se le impone. Con toda, mucho temo que sea una intriga...

—No: la carta es de Egmont, no tengáis duda, y esto, con la atrevida desvergüenza que tuvo el torneo...

—Es bastante.

—Tal considere.

—De manera que mañana...

—El cadáver del marqués amencerá junto a Santa María. Hace más de una hora que lo esperan sus asesinos.

—Entonces, quizás en este momento...

—Tal vez...

Sintióse Blanca desfallecer al oír estas últimas palabras. Su amante expiraba quizás en aquel momento, lo aguardaban sus asesinos; él debía haber salido ya del alcázar. Sin embargo, era muy posible que hubiese encontrado a algún amigo, que se hubiese detenido algunos instantes... Tal vez corriendo se le podía salvar aún.

La infeliz joven se decidió a arrojarse todo, y no pensó sino en ir en seguimiento de su amante para gritarle, siquiera desde lejos: "¡Retrocede, que van a matarte!" Entonces hizo un movimiento para envolverse en su ancho albornoz y la vela escapóse de entre sus dedos.

Al ruido que produjo quedó inmóvil la doncella, y los desconocidos dijeron a la vez:

—¿Viene gente?

Y a pesar de que nada volvieron a oír, repuso el uno:

—Sepárennos.

El que parecía agente del rey se dirigió por el mismo pasillo en que estaba la doncella, y cuanto su ancha capa rozaba al pasar con el albornoz de ésta, sintió que le quitaban violencia y ligeramente el sombrero, y que una persona se alejaba corriendo por el opuesto lado.

—¡Ira de Dios!—exclamó el caballero, echando mano a la daga.

Luego escuchó; pero reinaba el silencio más profundo.

—Han espiado nuestra conversación—repuso—y me han quitado el sombrero para conocerme... ¡Oh!

Quedó parado algunos instantes; pero reflexionando que nada adelantaba con aguardar allí, resolvióse a ir en busca de un nuevo sombrero para salir del alcázar y averiguar si ya había sido asesinado el marqués.

—Si se ha dado el golpe, no tengo cuidado—

murmuraba—, porque el rey me protegerá; pero si aun no ha salido el marqués estoy perdido, porque, si bien el rey creerá lo que yo le diga con respecto a este chasco, me acusará de poco prudente, sin contar con que mañana tendrá el marqués a devolverme mi sombrero, pero a darme también una escotada. Y su brazo y su destreza son temibles porque no tiene rival en el manejo de las armas. ¡Ira del infierno! Hace un cuarto de hora que deseaba que se salvase; pero en este instante no anhelo otra cosa más que su muerte, porque de ella pende mi vida.

En esto llegó a la puerta de un aposento, que sin duda debía ser el que habitaba, como de la servidumbre real, porque llamando, y después que le abrieron, penetró en él como el que entra en su casa.

CAPITULO II

Celos contra celos

La doncella corrió como si huyese de la muerte. En pocos instantes atravesó pasillos, se dejó atrás habitaciones, y sin reparar que alguno la miraba con extrañeza, salió por una de las puertas del alcázar y siguió corriendo hasta llegar cerca de Santa María. A nadie encontró por el camino. Espació una mirada ansiosa y nada vió. Allí debían estar los asesinos de su amante; pero éste no había salido del alcázar, puesto que no estaba tendido en tierra, o si había salido estaba en salvo. Tal pensó, y fijóse nuevamente su mirada en el templo; entonces le pareció ver, aunque muy confusamente, unas sombras en los pardos muros. Estremeciéndose, y horrorizada dió algunos pasos hacia atrás.

—Todavía aguardan — murmuró—. Veamos si está en el cuarto del príncipe; no hay que perder un instante... ¡Dios mío, salvadlo y tomad mi vida!

Sus labios secos y abrasados por la fiebre dejaron escapar un suspiro, y luego se dirigió otra vez al alcázar en busca de su amante. Su cabeza ar-

dia, su corazón palpitaba con extremada violencia y sus fuerzas se agotaban por momentos. Sostenia la únicamente su propio dolor. A no ser de noche hubiérase podido ver su rostro desenejado, descompuestas todas sus facciones, y el extravío en su mirada hubiera causado espanto. Cuanto sufriría, en aquellos instantes supremos, no lo podemos explicar porque hay dolores cuya intensidad apenas puede concebirse. Blanca adoraba al marqués, el marqués era su sola ilusión, su afición única, porque la infeliz joven, huérfana desde su infancia, sin parente alguno, no había tenido a quien amar, y su primera pasión fué tan viva como siempre lo es la que abriga un corazón ardiente y reúne en sí la intensidad de todas las pasiones.

Mientras su débil planta se ponía otra vez sobre los umbrales de palacio, en una de sus habitaciones, adornada suntuosamente, hallábase un joven sentado en un ancho sillón.

Su continente era altivo y dura la expresión de su semblante, al que daba imponente severidad su ancha frente. Sus negros ojos tenían una viveza extraordinaria y parecían animados por el fuego de un alma ardiente. No fijaba en ningún punto por mucho tiempo su inquieta mirada; pero en los pocos instantes que acostumbraba a dirigirla a cualquiera persona, parecía clavarla como una saeta penetrante hasta el corazón.

Sin embargo, aquella severidad, aquella dureza de expresión en el rostro del mancebo que retratamos, debía ser hija de circunstancias especiales, porque a veces no había semblante más burlesco, mirada de más loca alegría ni palabras más francas que las suyas.

Su frente y sus mejillas tenían esa palidez mate que indica la falta de salud, y aunque parecía de constitución algo endeble, sus formas eran esbeltas y sus movimientos tenían elegante desembarazo.

Una sombra de profunda tristeza solía en momentos dados anublar su frente, y entonces se entreabrían sus labios con una expresión de amargura ajena de sus veintidós años de edad. Tal era el príncipe don Carlos, hijo de Felipe II.

Vestía con elegancia, aunque con algún descuido, un rico traje de terciopelo azul oscuro con profusión de bordados de oro.

Después de meditar algunos momentos, dió muestras de impacientarse y miró a todos lados con su acostumbrada viveza. Sin duda aguardaba a que llegase alguno, y cumpliéndose sus deseos, abrióse una puertecilla secreta que había junto a un armario de ébano incrustado de nácar, y el marqués de Poza se presentó como el fantasma que se figura por las paredes.

—¿Sabéis que hace mucho rato que diéron las once?—dijo el príncipe sin dar tiempo al marqués para que saludase.

—Ya lo sé; pero no siempre puede uno aprovechar el tiempo como quisiera. Me han detenido, y si hubiese mostrado prisa, tal vez...

—Siempre—interrumpió don Carlos—queréis llevar el disimulo hasta la exageración, amigo mío.

—¿Y qué ha de perderos sino la falta del que en vos se nota? ¿Ignoráis que vuestro padre me mira recelosamente hace algunos días?

—Es cierto, marqués, pero ya es en vano que disimulemos, porque somos demasiado conocidos.

—No tenemos la misma opinión.

—Bien, bien, amigo mío; os reconozco más astucia, más tacto, más prudencia; pero ahora lo que necesitamos es mucha energía, mucho arrojo y más actividad.

—No hemos malgastado el tiempo; ya sabéis que esta noche debe quedar todo concluido, y si los flamencos nos dan las seguridades que exigimos, antes de tres días habréis perdido de vista a Madrid.

—Habremos perdido, querréis decir.

—¿Insistís todavía en que os acompañe?

—Sí, marqués.

—Os acompañaré, pero tened entendido que la reina peligrará si no queda en Madrid una persona que vele por su vida.

La expresión del semblante de don Carlos varió al oír nombrar a la reina. Tornóse apacible su mirada; pareció dilatarse su frente, y haciendo

que el marqués se sentase para tenerlo más cerca; le preguntó:

—¿Habéis visto esta noche a la reina?

—No, señor.

—Yo no he querido ir a su cuarto porque me dijeron que estaba allí mi padre.

—Por lo mismo debierais haber ido.

—¡Marqués!

—Os repito que ha de perderos vuestra falta de disimulo.

—¿Amáis mucho a Blanca?—dijo el príncipe, cuya frente se oscureció.

—Ya os lo he dicho muchas veces: más que a mi vida.

—¿Y no habéis tenido nunca celos?

—Nunca.

—Entonces, amigo mío, no sabéis lo que es padecer. Ver a mi padre junto a su esposa, es para mí el más horrible de los tormentos. ¡Oh!... Cuando la mira, cuando toca una de sus manos, me arde la cabeza y el corazón, parece que un espeso velo se pone ante mis ojos, y olvidando que es mi padre, me arrojaría sobre él para hacerle pedazos.

Agitáronse repentinamente todos los miembros de don Carlos, y brillaron extraordinariamente sus pupilas.

—¿Y extrañáis entonces que vuestro padre, con los sagrados derechos de esposo, se muestre severo, sospechando que su hijo intenta manchar su honra?

—¿Dónde están esos derechos?—repuso arrebatadamente el príncipe—. ¿Quién se los dió? ¿Por ventura, no son hijos de la traición más fea? La mujer a quien mi padre hizo su esposa estaba destinada para mí; él mismo me la había prometido, yo la amaba como la amo ahora; con toda mi alma, como nadie en el mundo amó, y el que me la arrebató, sea quien fuere, es mi enemigo, mi más mortal enemigo, porque me roba mi felicidad, mi reposo, mi existencia. "Ama a tu prometida para que seas buen esposo", me decía mi padre, y cuando mi pasión, por él alentada, creció hasta lo infinito, su despótica autoridad hizo ley de su capricho,

y trocando sus palabras me dijo friamente: "Olvídate a tu prometida, porque en vez de ser tu esposa lo será mía, será mañana tu madre". Y la hizo su esposa, y la vi entre sus brazos respondiendo con caricias a sus caricias... ¡Oh!—prosiguió apretando los puños—. ¡Felipe II no es mi padre, es mi rival, mi mayor enemigo! ¡Y queréis que disimule mi pasión para que el rey no tenga celos!... ¡Imposible! Rebosa en mi pecho el coraje, y en vano procuro contenerme. Amo a la reina, ya lo sabéis, y esta pasión me abrasa el alma, me despedaza el corazón, porque no la veo satisfecha, y mi padre lo comprende así, está convencido de que es imposible apagar el fuego de este amor y tiene celos. La virtud de la reina, virtud que me mata, hace vano el coraje de su esposo, y ya que ésta no puede con tal achaque dar motivo a su sed de venganza, me hiere como a hombre, como a príncipe, como a caballero, hiere a mis amigos, y me obliga con su proceder a que me convierta en conspirador, como el último de sus vasallos, para tener así motivo de castigarme.

—Y por eso es en vos imprudente darle las armas con que quiere heriros.

—¿Y qué hacer? ¿Puedo retroceder acaso? ¿No tengo empeñada mi real palabra con los de Flandes? ¿He de abandonar a esos buenos vasallos y leales amigos de mi noble abuelo al furor del de Alba? Está dado el primer paso y ya no hay más que morir en la demanda. ¿Queréis seguirme?

—Os lo dije una vez.

—Bien, amigo mío, no hay tiempo que perder; el barón os aguarda desde las once. Id, pues, mientras tanto que a solas con mi pasión intento que el sueño cierre mis ojos. Al anochecer os espero, y si como es de presumir, quedan esta noche allanadas todas las dificultades, mañana prepararemos nuestro viaje y que Dios nos proteja.

El marqués salió.

—¡Isabel! Isabel!—exclamó el príncipe—, no sé si tendré fuerzas para alejarme de ti.

Luego se acercó al armario de que hechas hecho

menção, y sacando una cajita de plata abríla y estampó en su interior un ardiente beso.

Dentro de aquella caja había un retrato de mujer.

CAPITULO III

Lo que puede suceder por salir por una puerta secreta

Blanca había recorrido todo el alcázar, había vuelto dos veces a Santa Maria y preguntando otras tantas en el cuarto del príncipe si estaba allí el marqués, pero como éste había entrado por la puerta secreta sin ser visto de nadie, le contestaron negativamente.

Ya empezaba la infeliz joven a abrigar la esperanza de que su amante hubiese salido del alcázar, y tomando camino opuesto al de Santa Maria, se encontrase libre de sus asesinos; pero no del todo satisfecha, porque nadie le había visto salir, quiso por última vez ir en su busca, y si no le encontraba, enviarle a su casa un aviso.

Cuando principiaba a bajar la escalera principal del alcázar el marqués pisaba los últimos escalones de otra reservada y salía del palacio seguido de un escudero.

La doncella caminaba precipitadamente, a pesar de que se sentía próxima a desfallecer. Flaqueábanle las piernas, y si otra vez hubiese tenido que repetir sus idas y venidas, le hubiera sido imposible dar un paso. Sosteníala únicamente, como ya dijimos, su mismo dolor, y parecía imposible que sus delicados miembros resistiesen por tan largo rato agitación tan violenta sin un momento de reposo.

En vuelta en su ancho albornoz, bajo el cual guardaba el sombrero del desconocido, que aun no se había detenido a examinar, no sintió, como tampoco antes había sentido, el aire húmedo y helado que cada vez soplaba con más fuerza. Cuando estu-

vo fuera del alcázar intentaron sus ojos descubrir algún bulto en medio de la oscuridad; pero nada vieron. Escuchó por sí el eco de algunas pisadas llegaba a sus oídos; pero sólo percibió el acompasado andar de los centinelas.

—Quizás vaya delante de mí—murmuró—, quizás en este momento levanten sobre su corazón un puñal... Corramos.

Y siguió su camino con tal rapidez, que a los pocos instantes se sintió ahogada por la fatiga.

—No puedo más—dijo—. ¡Dios mío, fuerzas, fuerzas hasta salvarlo, y luego quitadme la vida!... ¡Ah! Siento oprimido el corazón... será la fatiga... No es un presentimiento horrible...

Levantó al negro cielo sus más negros ojos, y exclamó con acento desesperado:

—¡Fuerza, Dios mío!

Luego sacudió la cabeza, sus miembros se contrajeron, y el poder de su voluntad pareció devolverle algún tanto las doseadas fuerzas. Volvió a correr, dilatáronse extremadamente sus pupilas, y distinguió a lo lejos una confusa sombra que caminaba delante de ella.

—¡Es él!—exclamó—. ¡El corazón me lo dice! Su cabeza estaba trastornada.

—¡Va a morir... ya se acerca!...

Redoblóse la velocidad de su carrera, volaba, no corría; pero era imposible alcanzarlo, muy difícil acercarse a distancia que pudiese oír un grito salvador.

Los ojos de la doncella seguían ávidamente la sombra que parecía tocar ya a las paredes del templo.

—¡Dios mío—gritó con el acento de una loca—, manifiesta tu justicia!

Y avanzando gran trecho, logró ponerse al alcance de la voz. Abrióse entonces su boca para gritar: "¡huya, marqués!", pero ahogáronse las palabras en su garganta, porque a sus oídos llegó otro grito desgarrador, grito de muerte.

Bonó luego el choque de espadas, y otro lamento de agonía se oyó.

Algunos momentos después, la doncella abraza-

be el cuerpo de su amante, y mientras sostenía en sus rodillas la noble cabeza de éste, elevaba al cielo una mirada que era una blasfemia.

—¡Blanca!—murmuró el marqués.

Y tras esta palabra exhaló el último suspiro.

La desdichada joven cayó sin conocimiento entre la sangre del marqués de Poza y de su fiel criado, que también estaba gravemente herido.

CAPITULO IV

Quién era el embozado que perdió su sombrero

Estaba la mañana fría como las caricias de una setentona y nublada como el rostro de un alguacil.

Faltaban cinco minutos a las siete, según marcaba un reloj de péndola, con caja de concha y adornos de bronce cincelados que había en un aposento del alcázar real.

Aquel aposento era el despacho del católico monarca Felipe II, a quien muchos cognominan el "Prudente", y no pocos el "Grande".

Arriados a una de las paredes, admirablemente pintadas de caprichosos adornos, veíanse dos grandes armarios de caoba con primorosos tallados, goznes, cerraduras y remates de plata, que contenían libros y papeles. A otro lado había una gran mesa con cubierta de damasco verde, cuyo fleco de oro tocaba a la alfombra traída de Alemania, y en que se veía reproducida con maestría la pintura de un lienzo que se conservaba en palacio, representando la memorable victoria de San Quintín. Un retrato del emperador Carlos V había en la pared de enfrente, y en la restante el hueco de un balcón que daba a uno de los patios interiores del edificio.

No carecía de puerta aquel aposento. Teníala a la izquierda de la mesa, y dando frente a un magnífico espejo de Venecia formado de dos pedazos, de manera que, sentado Felipe II en ancho sillón

delante de la mesa, casi dada la espalda a la puerta y veía en el espejo el semblante de los que entraban, sin duda para arreglar el suyo como mejor le acomodase.

Había diez o doce sillones de encina tapizados de terciopelo verde, sujeto con clavos de plata, y en el centro de la habitación un enorme brasero del mismo metal, sostenido por tres leones hábilmente cincelados.

Felipe II se hallaba en pie cerca del brasero, dándole la espalda y cruzadas detrás las manos. Miraba al balcón como si contemplase la niebla que empañaba los cristales; pero una profunda arruga que se marcaba en su entrecejo, y la inmovilidad de sus pupilas, denotaban que no era aquella contemplación lo que en tales momentos lo tenían tan absorto. Alguna negra idea, algún desagradable recuerdo ocupaba su imaginación.

Tenía entonces Felipe III cuarenta años, y muchos de sus cortados cabellos estaban ya blancos como la nieve, así como en su barba se veía también brillar algún plateado hilo.

Era aquel monarca de noble presencia, y de tan severo y altivo continente, que ni aun sus más íntimos privados pudieron mirarlo nunca sin sentirse poseídos del profundo respeto que imponía su persona. Siempre grave y cuidadoso hasta de sus más insignificantes maneras, hubiera sido un esclavo de la regia dignidad, si su severo carácter no hubiese hecho en él una costumbre la seriedad. Ni a grandes señores ni a privados perdonaba la centésima parte de una reverencia, según era de su autoridad celoso, llevando su dignidad hasta tal extremo, de que ni en el seno de su familia, ni en los momentos de más cariñosa intimidad que concedía a su desgraciada esposa, dejó de ser nunca un grave cortesano, cuyas palabras y acciones pasaban antes por el crisol de una refinada etiqueta.

Su mirada era penetrante y dura, pero a la vez reposada, sin que en su inalterable rostro se pudiese nunca, o por lo menos muy raramente, la alegría o el enojo.

Vestía un traje de terciopelo negro, bordado de

oro, y rodeaba su garganta una de aquellas gozillas o cuellos rizados y engomados que hacían parecer la cabeza un melón colocado en un plato blanco de porcelana.

Al cabo de cinco minutos, ni un instante más ni menos, de la meditación del católico rey, y al dar siete campanadas en el mencionado reloj, abrióse la puerta y apareció en el dintel un caballero cuya calidad debía sin duda dispersarle de ser anunciado.

El recién llegado irizaba en los cincuenta escasamente. Era de elevada estatura y nobles maneras. Rodeaban su frente, un tanto escasa, negros cabellos cortados al estilo de la época, y en los que la edad no había podido todavía colocar un hilo blanco. Movíanse como pesadamente, bajo sus espesas cejas, dos ojos negros, redondos y de empañadas pupilas. No era mal cortada su recta nariz, ni mal trazada su boca de gruesos labios, por entre los cuales, y contrastando con su negro bigote, asomaban dos hileras de blancos y menudos dientes. Ligeramente morena era la tez de sus mejillas, cubiertas de espesa barba.

A primera vista no se podía formar ni bueno ni mal concepto de aquel hombre.

Vestía de finísimo paño verde con algunas bordados de oro, porque así lo permitía su rango, y llevaba una capilla de la misma tela y color, sin faltarle la gorguera en forma de plato. Llevaba guantes amarillos, que junto a su ropilla verde le acusaban de mal gusto, y coñía una larga espada con empuñadura de oro.

Este caballero era Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli, ayo del príncipe don Carlos y uno de los cortesanos en quien Felipe II depositaba su confianza. Merecía, efectivamente, porque era bueno y leal, y la rectitud y nobleza de su carácter habrían dejado mejores recuerdos, si con voluntad más firme hubieran resistido a ser instrumento inconsistente de las criminales intrigas de su mujer, a quien amaba ciegamente y de la que no era amado ni respetado.

Parecía que una sombra de profunda tristeza obscurecía su semblante aquella mañana, como la

niebla obscurecía también la luz del sol. Su rostro estaba pálido y su mirada inquieta.

Felipe II fijó en su favorito una escudriñadora mirada.

—El cielo guarde a vuestra majestad—dijo Ruy Gómez con turbado acento y haciendo una profunda reverencia.

—Mucho has madrugado hoy; sin duda tienes que comunicarme alguna noticia de importancia.

—Señor, el madrugar es en mí costumbre añeja; en cuanto a noticias, ninguna tengo que comunicar a vuestra majestad, porque ya habrá sabido el suceso de anoche.

—No sé a lo que te refieres—dijo el rey aparentando la mayor indiferencia.

Ruy Gómez miró a todos lados, y como si no supiese qué decir, permaneció silencioso.

—¿No contestas?—repitió el monarca.

—¿Acaso no han dicho a vuestra majestad que anoche asesinaron junto a Santa María...?

—Ya lo sé.

—Pues es lo único que tenía que hablar a vuestra majestad.

—Tenías que hablarme — repitió Felipe, acentuando estas palabras—. ¿Acaso sospechas quiénes son los asesinos?

—He querido decir, señor, que era la única noticia que tenía que dar a vuestra majestad.

—Bien, bien; pero sabes...

—No será muy difícil—repuso el cortesano.

Y miró al rey como si quisiese adivinar lo que pasaba en su interior; pero éste nada dejaba traslucir en su semblante.

—¿Con que lo crees fácil? Me alegró, porque quiero que se castigue ese crimen.

—¿Tiene en ello empeño vuestra majestad?

—El empeño de la justicia.

Ruy Gómez quedó pensativo por algunos instantes y luego repliso:

—Señor, el marqués de Poza era un criminal de alta tralación, y su muerte es un justo castigo de la Providencia.

—No es esa razón bastante poderosa para castigar asesinando. Dios lo dispone todo; mas, sin

embargo, a los reyes nos toca hacer cumplir las humanas leyes sin examinar los decretos divinos. Por otra parte, ya comprenderás que no se habrá asesinado al marqués para castigarlo, sino para vengar alguna ofensa particular. Si el noble manchado era, como tú dices, traidor, cosa que no está probada, a mí me toca hacer pública justicia para escarmiento saludable y para satisfacer a la sociedad ofendida.

Sin duda, Ruy Gómez deseaba traer a este punto la cuestión, porque apareció más tranquilo su semblante.

—Es verdad, señor—dijo—; pero para castigar públicamente a un criminal, es menester también hacer público su crimen y las pruebas de éste.

Felipe II volvió a examinar de nuevo el rostro de su favorito, y fijando en él una mirada penetrante, le dijo repentinamente:

—Tú has hecho asesinar al marqués.

Ruy Gómez dió un paso atrás, quedó inmóvil y sorprendido, palideció su frente y no pudo contestar una palabra.

—¿Por qué has mandado asesinar al marqués? —le preguntó severamente Felipe II.

—Señor...—balbuceó el de Eboli.

—Contesta.

—¿Por qué sospecha vuestra majestad que yo...?

—Tú has sido, Defiéndete si es que tiene defensa tu crimen.

—Pues bien, señor; yo he dispuesto que se castigue al marqués porque era criminal de alta traición.

—¿Y por qué castigarlo ocultamente y sin mi permiso?

—Vuelvo a repetir a vuestra majestad que las pruebas de su crimen no podían hacerse públicas. ¿Hubiera preferido vuestra majestad entregar al marqués a los Tribunales, a trueque de revelar un secreto de Estado y de mezclar en el proceso un nombre que sólo debe pronunciarse con respeto?

—Ruy Gómez...

—Señor...—repuso éste sacando un paquete de cartas—, vuestra majestad pronunciará mi sentencia.

Y doblando la rodilla, inclinó humildemente la cabeza y entregó al rey aquellos papeles.

Desdoblólos el monarca, y uno por uno fueron examinados. Eran cartas del príncipe Carina a los diputados flamencos, y apuntes del marqués sobre los proyectos de fuga del príncipe y sobre la rebelión de los Países Bajos.

—¡Oh!—murmuró el rey—. ¡Oh!

—Señor—repuso el de Eboil—, para acusar al marqués era preciso haber publicado esas cartas.

Por la frente del monarca corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¡Mi hijo!—exclamó con amargura.

—Ya ve vuestra majestad—dijo Ruy Gómez, que seguía de hinojos—, que era imposible castigar públicamente al marqués de Poza.

El monarca guardó silencio por largo rato, y al fin dijo:

—¿Y por qué no has contado con mi permiso para matar, o como tú dices, castigar al marqués?

—Porque vuestra majestad no hubiera aprobado mi plan.

—Tienes razón, yo no me hubiera decidido a semejante cosa, porque aun no sé si un rey está autorizado para castigar sin más pruebas que su propio convencimiento.

—¿Y esas cartas, señor?

—Es cierto; estas cartas son una prueba irrefutable de que el marqués conspiraba.

—¿Me perdona vuestra majestad?

—No ha sido tu intención cometer un crimen, sino castigar a un enemigo de la religión y del trono.

—Y como en la rectitud de vuestra majestad no cabía la idea de un asesinato, que era indispensable para acabar con un enemigo de la religión y del trono, con un enemigo que precipita en el camino de la perdición eterna al heredero de vuestra corona, por eso, señor, a trueque de incurrir en el enojo de vuestra majestad, he hecho lo que creo un servicio de suma importancia para la tranquilidad del reino y para la integridad de nuestra santa fe. Si me he equivocado, aquí está mi cabeza. No quiero que vuestra majestad apruebe el crimen.

sino que me perdone y me ampare, en gracia del fin que me propuse.

Meditó el rey y luego contestó:

—Esta vez, quede en olvido tan fatal secreto; pero entiende que no quiero salvar mi trono en cambio de un crimen. Absuélvate del presente un sacerdote; yo como rey premiaré tus servicios olvidándolo. Si los tribunales te acusan, defiéndete; mas no esperes mi amparo para proteger la injusticia. Levanta, pues.

—De aquí no he de moverme, señor, hasta alcanzar una gracia. He pedido a vuestra majestad, perdón y amparo; tengo lo primero, pero no me es menos necesario lo segundo. No pido que vuestra majestad mande a los jueces que tuerzan su rectitud si se me acusa; pero sí le pido que esto lo evite, porque si así no lo hace vuestra majestad, llegará a suceder, y entonces mi nombre, señor, tendrá una mancha, porque a los ojos del mundo yo no sería otra cosa sino el asesino que ruin y villanamente sacia en su víctima la sed de una particular venganza.

—Evitar sin que aparezca que protejo la injusticia, lo haré si puedo. Otra cosa no la esperes.

—Gracias, señor; es todo lo que pido y todo lo que creo que necesito.

—¿Temes ser descubierta?

—Sí, señor.

—Habla.

Ruy Gómez, más tranquilo ya, se puso en pie.

—Para la ejecución de mi proyecto—dijo—tuve necesidad de comunicárselo al comendador Maldonado, y cuando anoche le hablé de ello al final de la galería que conduce a los roperos, fuíais escuchados.

—¿Y os conocieron?

—Sólo a mí.

—Pues en aquel sitio no debía haber luz alguna.

—Estaba completamente a oscuras. Ya sabe vuestra majestad que no hay por allí puertas ni ventanas por donde pueda escucharse, y como reinaba el mayor silencio, nos creímos seguros.

—Lo comprendo; alguien estaba oculto y os es-

cuchó. Pero esto no pueda ser motivo sino para una hablilla; jamás será una prueba.

—Señor, si no hubieran hecho más que escuchar, nada tendría que temer más que la murmuración de la corte; pero es el caso que sentimos ruido, nos separamos, y apenas había yo andado seis pasos, sentí que repentinamente me quitaron el sombrero.

—¿Y desaparecieron con él?

—Exactamente.

—¿Y qué hiciste entonces?

—A pesar de mi sorpresa, eché mano a la daga; pero nuestro espía desapareció como una ráfaga de viento, y todo volvió a quedar silencioso.

—¿Es decir?...

—Que por el sombrero me habrán conocido y no será ya una sospecha más o menos incierta, sino una seguridad la que se tendrá de que yo he preparado la emboscada al marqués.

—Has sido muy torpe.

—Y muy imprudente; pero ya ha sucedido.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Evitar que mi sombrero salga de palacio.

—¿De quién sospechas?

—De nadie, señor.

—El que te ha quitado el sombrero debe ser parcial de mi hijo y amigo del marqués, y, por consiguiente, de la reina.

—Tal ha pensado; pero como son muchos esos parciales...

—¿Crees que la reina ignora lo que acabas de referirme?

—¿Ha de saberlo ya?

—Al darle la noticia de la muerte del de Poza, le habrán enseñado el sombrero.

—Esa, señor, es la opinión de mi esposa.

—Que tiene más talento que tú.

—Se lo reconozco—contestó el cortesano, a quien en vez de herir, le sonjearon las palabras del rey.

—Sin duda, ella también ha sido la que se ha procurado estas cartas.

—Efectivamente, ella ha logrado ganar el ayuda de cámara del marqués, y también ella me decidió a que se le matase sin permiso de nuestra ma-

jestad, porque, como he dicho, no habíais consentido en semejante cosa.

Levantóse el monarca y dió algunos paseos por la habitación. Ruy Gómez esperó con afán las palabras del rey.

Después de un largo rato paróse Felipe II, y dijo:

—Es preciso averiguar quién tiene tu sombrero.

—Vuestra majestad me honra demasiado.

—La reina lo sabrá. Hace algunos días que las noticias cunden en la corte de una manera extraña. Veremos si por este acontecimiento llegamos a descubrir esa mano oculta que directa o indirectamente se muestra mi mayor enemigo. Voy al cuarto de la reina; espérame aquí.

Y después de ver en el espejo si estaba bien arreglado su traje, salió.

Ruy Gómez, pensativo y triste, se dejó caer en un sillón, y cruzando una pierna sobre la otra, colocando sobre ambas su sombrero y descansando en la diestra la mejilla, se entregó a reflexiones nada agradables.

—¡Oh!—murmuró—. ¡Si el rey supiese que he tomado su nombre!... No siento mi cabeza muy segura sobre los hombros.

CAPÍTULO V

¡Venganza!

Mientras que en el cuarto del rey tenía lugar la escena que acabamos de relatar, otra de muy distinto carácter pasaba en un ghairra octógono, cuyas paredes estaban cubiertas de tela de seda azul con estrellas de plata.

Blandos divanes forrados de terciopelo con flecos de oro; cómodos sillones; mesas con remates de plata, modelos de arte, cubiertas de caprichosos juguetes o de primorosos objetos de tocador; grandes espejos con lucientes marcos dorados y todo aquello, en fin, que el lujo y el gusto refinado de una mujer puede inventar se veía en aquel apo-

serio cuya atmósfera estaba embalsamada por multitud de esencias que producían con su conjunto un perfume grato y aun embriagador.

Aquel gabinete era el tocador de la esposa de Felipe II.

En uno de los divanes se hallaba sentada Isabel de Valois, con el semblante triste y como si el dolor tuviera abatidos sus miembros. Su belleza era encantadora, y con razón se la tenía por una de las mujeres más hermosas de aquellos tiempos. Nada más dulce, más angelical que su rostro de aterciopelada blancura y de facciones tan delicadas y perfectas que no tenían igual. Rodeaban su ancha frente espesos bucles de negros cabellos, finos y brillantes, que cayendo en desiguales rizos sobre sus redondos hombros y su nevada espalda, ocultábanse entre los anchos pliegues de una túnica de cachemira, de nítida blancura, que constituía todo su traje. Sus grandes y rasgados ojos parecían haber robado a la noche su negrísimo crespón, y el encanto, la seducción y la dulzura a los ensueños de un enamorado poeta, así como a su boca podía también acusársele de haber quitado al mar sus corales más finos y sus más blancas perlas.

Calzaban sus diminutos pies chinelas azules de reso bordadas de plata, y sus brazos, mórbidos y tentadores como la promesa de un goce eterno, estaban casi del todo desnudos.

Tenía Isabel de Valois veintitún años, y estaba, por consiguiente, en el mayor grado de su belleza.

En medio de aquella atmósfera embalsamada, trastornadora; en aquel misterioso aposento donde todo era resplandeciente, delicado, fantástico, más que una mujer, la hermosísima reina asemejábase a una celestial aparición rodeada de todo el incomparable encanto de la sencillez y la belleza.

Hacia poco rato que acababa de levantarse, y suelto el caballo, esperaba a que llegase una de las doncellas que debían peinarla. Otro cualquier día se hubiese impacientado por la tardanza de su sirvienta, a quien había mandado buscar; pero aquella mañana embargaban su imaginación tan tristes recuerdos, que casi se había olvidado de que la hacían esperar, y que podía ir a visitarla su es-

posó, ante quien no podía presentarse con tan descuidada vestidura y sin recoger el cabello.

Por fin apareció en la puerta una mujer. Su semblante estaba descompuesto; su mirada parecía la de una loca, y sus grandes ojos estaban rodeados en su parte inferior por un semicírculo amateado que manchaba buena parte de sus pálidas mejillas. Era desigual su paso, a veces débil, a veces firme en demasía, y en todos sus movimientos se notaba el mayor desorden.

Aquella mujer era Blanca.

Llevaba la misma ropa que la noche anterior, y no había dejado aún su albornoz, en que ahora se veían algunas manchas de sangre, y bajo el cual se notaba un bulto.

—¡Venganza!—gritó cayendo pesadamente a los pies de la reina.

Ella miró con ojos espantados a la joven, y en su sorpresa sólo pudo exclamar:

—¡Blanca!

—¡Venganza, ya que no hay justicia!

—Levántate, Blanca — repuso doña Isabel—. Tranquilízate, habla, ¿quién te ha ofendido?

La doncella miró con extrañeza a su señora, y luego dijo:

—¿Acaso no sabéis el crimen horrible que se ha cometido esta noche a las puertas del alcázar?

La reina palideció, y una lágrima asomó a sus ojos.

—Ya lo sé; pero, ¿era por ventura tu deudo el desdichado marqués, para que así pidas venganza como si trataras de un hermano?

—Perdonadme, señora; el dolor me enloquece. Había olvidado que vos ignoráis que yo amaba ciegamente al marqués, que el marqués me amaba con frenesí.

—¡Desgraciada!—murmuró doña Isabel, sin poder contener el llanto.

Y levantando cariñosamente a la joven, la hizo sentar a su lado. El sombrero de Ruy Gómez, todo ensangrentado, cayó sobre la pintada alfombra, y la reina dejó escapar un grito de horror.

—¿Qué significa esa sangre?—dijo—. Tu albor-

no está manchado también... ¡Habla, habla, explica!

Entre lágrimas y suspiros, e interrumpida por algunas exclamaciones de la esposa de Felipe II, contó Blanca los sucesos de la noche anterior.

El ste relato emudeció sus lenguas por algunos instantes, hasta que la infeliz joven prosiguió:

—¿Y no sabéis de quién es ese sombrero?

—¿De quién?

—De Ruy Gómez de Silva.

—¡De Ruy Gómez!

—Sí, señora.

—¡Miserable!—exclamó la reina.

—¡Venganza, señora, venganza!—gritó la doncella, retorciéndose los brazos.

—¡Venganza!—repitió doña Isabel con dolorosa amargura—. ¿No acabas de nombrar al asesino de tu amante?

—Sí, señora, al rey.

—¡Y me pides venganza contra mi esposo!

—Ya sé que no puedo alcanzarla; pero contra ese cortesano vil, de criminal servilismo, pueden saciarse mis iras y las vuestras, porque no es rey, es nuestro enemigo.

—¿Y piensas que no lo protegerá mi esposo?

—Os equivocáis, señora. Si se le dice quién es el asesino del marqués y se dan de ello pruebas, no se opondrá a su castigo. Aunque fuese su misma persona la acusada, por hacer alarde de su rectitud hipócrita...

—Que es el rey, que es mi esposo—interrumpió severamente la reina.

—Perdonadme, señora. ¿No comprendéis mi dolor?

—¡Pobre niña!

—No lo dudéis, señora, el rey no pueda dejar ante la faz del mundo que un crimen quede impune; antes perdería la existencia.

Quedó la reina pensativa algunos instantes, y luego dijo:

—Tienes razón, yo misma acusaré a Ruy Gómez, y tú declararás cuanto has oído; pero que no se traspase tu amor, porque juzgarían apasionadas y parciales tus palabras.

—Sí; yo lo ocultaré en el fondo de mi corazón y lo ahogaré con toda la fuerza que me da la sed de venganza. Seré un testigo imparcial a los ojos del mundo, y aun me reiré para aumentar mi odio.

—¿Tendrás fuerzas para tanto?

—Si pudiérais ver hervir mi sangre y arder mi corazón, no me preguntaríais si tendré fuerzas. Vos no sabéis lo que es el odio y el deseo de la venganza; yo lo ignoraba también, no conocía más que el amor, que lo creía la pasión más ardiente y más violenta de todas; pero me había equivocado. Poned la mano sobre mi pecho y decidme si nunca habéis sentido latir un corazón como late ahora el mío. ¡Oh... parece que ha de desgarrarse en mil pedazos!

Habíase enrojecido el rostro de la doncella, y todos sus miembros estaban agitados a impulsos de un convulsivo temblor. Brotaban fuego sus negras pupilas, y a no verlo, hubiera parecido imposible que aquel angelical semblante pudiera tomar la expresión terrible de un demonio, pero de un demonio que acababa de caer de la mansión divina y no había perdido aún su celestial belleza.

—¿Cómo has podido soportar tantos dolores? —preguntó doña Isabel con ternura.

—¿Cómo habéis soportado los vuestros? ¿Acaso no sois tan desgraciada como yo?

La reina dejó escapar un hondo suspiro, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando silenciosa y triste.

Después de algunos instantes había desaparecido la expresión terrible del semblante de Blanca, y el abatimiento siguióse a la falsa energía que antes había demostrado. Volvió el llanto a sus ojos, y sintióse cada momento más débil.

Presentaban ambas jóvenes un cuadro interesante y que difícilmente se hubiese copiado, porque la mano del hombre no hubiera podido comunicar al lienzo la expresión dolorosa de aquellos semblantes.

Contrastaban con el negro albornoz de la doncella, todo manchado de sangre, la blanquísima túnica de doña Isabel, y con las formas de aquella, envueltas en su negro ropaje como si temiese las miradas de todos, los torneados brazos de ésta, sus

hombres hechiceros, provocadores, mostrando su blancura y seductora morbidez.

Los suspiros de dolor de aquellas desgraciadas mujeres se perdían entre los aromas que perfumaban el ambiente de aquel lujoso aposento, de aspecto triste entonces, porque la escasa luz que penetraba a través de los cristales de colores de una de sus ventanas, en vez de hacerlo más misterioso y encantador, parecía tornarlo más sombrío.

Lo que en el alma de aquellas dos mujeres pasaba, lo que sufrían aquellos corazones, es casi imposible hacerlo comprender.

Pensaba la reina en don Carlos, en su amor sin esperanza, y en la ceguera de su esposo, que mal aconsejado por ambiciosos aduladores, dejándose arrastrar por sus celosos ímpetus, había hecho víctima de su furor al desdichado marqués. Añádase a los tormentos de estas reflexiones el del muy duro que sufría viéndose esclava en los brazos de Felipe, a quien no amaba, y de quien tenía a veces que sufrir la severidad más injusta. Isabel de Valois era inocente, y si bien amaba al príncipe, su virtud, aunque por algunos sea negada, supo en todas ocasiones oponer a su pasión un duro íreño. Condenáronla algunas apariencias, tendiéndole lazos en que inocentemente cayó, y la intriga supo aprovecharse de aquella candidez para perderla, por perder al príncipe, temible enemigo de la hipocresía con que en aquellos tiempos comenzase a mirar el cimiento de la grandeza de España, que expiró al fin con el último aliento del más desdichado de todos los monarcas, el imbécil Carlos II "el Hechizado".

Blanca, entre tanto, horrorizábase con sus propios recuerdos. Parecíale tocar aún el cuerpo helado del marqués y sentir humedecidas sus manos por la sangre que brotaba de su herido pecho. Aun resonaba en sus oídos el eco débil y entrecortado que murmuró su nombre con el postrimer suspiro, y parecíale escuchar el hipo violento y desigual precursor de la agonía.

En medio del profundo silencio que reinaba, oyóse una voz que dijo:

—Su majestad el rey.

Doña Isabel y Blanca se pusieron repentinamente en pie, como movidas por un resorte, y un grito ahogado fué la expresión de su sorpresa.

La doncella miró a todos lados como si buscara alguna salida, y precipitadamente se ocultó tras el tapiz que cubría una puerta.

Por otra que había enfrente entró Felipe II.

CAPÍTULO VI

De cómo el sombrero de Ruy Gómez se hizo digno de la cabeza del rey

El rey se acercó tranquilamente a su esposa, y cogiéndola una mano, la besó cariñosamente.

—Como la mañana está fría—dijo—temí no encontraros levantada, y veo que en poco me equivoqué, pues según estáis, debe hacer escasos momentos que habéis dejado la cama.

—No os esperaba tan temprano, señor—contestó algo turbada Isabel de Valois—, y siento recibirlos con este traje.

—Sentaos—repuso Felipe.

La reina, que al levantarse había quedado sobre el sombrero de Ruy Gómez, procuró ocultarlo debajo de sus pies al tomar asiento, y lo consiguió fácilmente.

—Estáis pálida y ojerosa — prosiguió el rey—. ¿Habéis pasado mala noche?

—Apenas he dormido, y me incomoda un leve dolor de cabeza.

—¿Nada más tenéis? Parece que estáis triste.

—No será extraño que lo parezca, porque no estoy alegre.

—¿Qué os sucede?—preguntó Felipe II, examinando el semblante de su esposa.

—Señor—dijo ésta con amargura—, voy perdiendo la esperanza de que la intriga y la maldad desaparezcan de la corte. Cada día tenemos un ejemplo de que la maldad, los rencores, se encienden más y más, y de que no se perdona medio, por reprobado y criminal que sea, que no se ponga en juego para satisfacer ruines venganzas. Quedan impunes los delitos, y temo que llegue un día en que, si para conseguir un fin cualquiera necesitan vuestra sangre o la mía, atenten contra nuestras vidas, sin respetar nuestras personas.

—¿Por qué decís eso?—interrumpió el rey, como si no comprendiese el significado de las palabras de su esposa.

—Lo digo, señor, porque no pasa noche en que a favor de las tinieblas no se perpetre un crimen. Supongo que no ignoráis el que anoche, casi a las puertas del alcázar, se cometió en la persona de un noble muy principal.

—Ciertamente que no lo ignora, y siento mucho que vuestros criados se ocupen en daros tan tristes nuevas apenas despertáis. Ello es cierto que al fin habíais de saberlo; pero sería mejor cuanto más tarde, porque sucede que si es desagradable la primera impresión que recibamos al despertar, la tristeza dura todo el día, sin que pueda desecharse. Tal me ha sucedido a mí, porque el marqués era un buen caballero, valiente y leal para sus amigos, y siento que tanta desgracia nos haya privado del cortesano más galante, flor de nuestros satraps y rey de nuestros torneos.

—¿Y quedará impune también ese crimen?

—¿Cómo he de adivinarlo? Los tribunales se ocupan en instruir la causa, y de ella resultará el castigo de los asesinos, si se pueden encontrar.

—No se encontrarán.

—¿Por qué no?—repuso Felipe II, que pareció no comprender a su esposa—. Casi siempre, en esos casos, hay ojos que ven y oídos que escuchan.

—Pero a veces el miedo hace enmudecer las lenguas, y los que lo saben callan, porque procuran olvidar lo que vieron y oyeron.

—No soy de vuestra opinión. Si no descubren a los asesinos del marqués, será porque nadie los conozca, o porque tal vez los conozcan solamente sus enemigos, que eran muchos. ¡Ojalá que pudiera satisfacerse la justicia en esta ocasión!

—Puede ser que así suceda—dijo doña Isabel, con intención marcada.

—Hasta ahora nada se ha podido averiguar.

—Torpe anda la justicia.

—¿Sabéis, señora, que me llama la atención el afán con que insistís en este asunto? Todas las noches ocurren lances como el de la pasada. No sale una vez el sol sin que alumbré un cuerpo sin

vida, asesinado por quien pagó con oro aquella sangre, o muerto en buena lid, disputando el corazón de una dama. Cuando llegan a vuestros oídos estos sucesos, os mostráis triste, es verdad; pero en breve los olvidáis, sin ocuparos de lo que sólo compete a la justicia. Muchos de los que han perecido de semejante manera eran también nobles y buenos caballeros a quienes veáis frecuentemente en el alcázar, y, sin embargo, ni os mostráis tan celosa de que se castigase el crimen.

Algo turbaron a la reina las palabras de su esposo; emper resuelta a cumplir lo prometido a Blanca, y a satisfacer sus deseos, repuso:

—Si yo hubiese sabido alguna vez el nombre de uno de esos asesinos, aun siendo la víctima el último plebeyo me habríais visto tan celosa de la justicia como me veis ahora; hubiera señalado con el dedo al matador, y vos, señor, cuya rectitud no tiene igual, lo hubieseis castigado.

El rey palideció ligeramente.

—¿Conocéis al asesino del marqués de Poza?

—dijo, fijando en doña Isabel una mirada penetrante.

—Lo conozco—contestó secamente la reina.

—Cuando no os equivoquéis—repuso Felipe con tono reconcentrado.

—Tengo pruebas, señor.

—¿Tenéis pruebas?

—Sí.

—Veamos cuáles son.

—Las mostraré cuando me aseguréis que para castigar al delincuente no miraréis su calidad, ni consultaréis vuestro corazón.

—No es ante mí ante quien habéis de acusarlo, sino ante los tribunales, y éstos, señora, ni mirarán la calidad del delincuente, ni consultarán mi corazón.

—Pues bien, señor, lo acusaré a los tribunales.

—¿Olvidáis quién sois?

—La reina, y por lo mismo la palabra justicia suena mejor en mi boca.

—Tenéis un esposo a quien pedir permiso para todas vuestras acciones—dijo severamente Felipe II.

—Vos me lo otorgaréis.

—Cuando conozca la prueba que habéis de alegar.

—¿La prueba?

—Sí.

—Vedla, señor—dijo la reina, cuyos ojos parecieron iluminarse.

Y levantándose, dejó al descubierto el sombrero de Ruy Gómez, ajado y ensangrentado.

El rey no pudo contener un movimiento de sorpresa, y, frunciendo el ceño, clavó en su esposa una mirada terrible.

Dofia Isabel resistió aquella mirada con firmeza.

—¿Quién os ha dado esa prenda?—dijo el rey, con acento de profundo enojo.

—La Providencia la ha puesto en mis manos para que no quede impune el crimen.

—¿Quién os ha dado esa prenda?—replicó Felipe II, levantando más la voz.

Irguió la reina su noble frente, su semblante tomó una expresión de regia dignidad, y con acento firme contestó:

—Señor, si habéis pensado que vuestra cólera puede intimidarme cuando mi conciencia está tranquila, os equivocasteis. Cuando tengo la convicción de que cumplo un deber sagrado, deber impuesto por Dios, nada me hace retroceder. Niña y débil como soy, tengo un espíritu fuerte, una voluntad firme.

En el rostro contraído del monarca se pintó el coraje de que estaba poseído, y, como si quisiera anonadar con su mirada y su acento a doña Isabel, exclamó:

—¡Señora, habláis a vuestro esposo!

—Lo sé; soy vuestra esposa, pero no vuestra esclava.

—¡Soy vuestro soberano!

—¡Como a vasallo me tratáis! — replicó, con amargo desdén, la reina—. ¡También me amenazaréis con castigar mi rebeldía a vuestra autoridad suprema!...

Y dirigiendo a su esposo una mirada altiva, y apretando los puños porque sintió contraídos todos sus miembros, prosiguió, a la vez que sus ojos brillaban con vivísima luz;

—En mis venas también hay sangre real, y si como buena esposa he sufrido y llorado en silencio las humillaciones de vuestra aspereza y falta de galantería, como mujer, como noble señora, no toleraré el ultraje. ¡Me llamo Valois, y sabré hacerme digna de mi nombre!...

—¿Sabéis lo que decís?

—Sí; estoy serena, y no, como vos, ciego por la ira.

—¡Señora! — gritó Felipe II, asiendo violentamente uno de los brazos de su esposa.

Palideció ésta; pero un instante después sus mejillas se enrojecieron como si la sangre fuese a brotar. Habíase despertado en su alma todo su orgullo de mujer y de reina.

—Si me ultrajáis — dijo, con reconcentrada voz—, abandonaré este alcázar y correré a buscar amparo a la sombra del trono de mi hermano. Y si en vuestro loco despecho declararéis a mi patria una cruda guerra, pensad que la fortuna puede no seros tan propicia como a vuestro padre en Pavia y a vos en San Quintín.

A no estar doña Isabel en aquellos momentos poseída de su orgullo, a no infundirle valor la exaltación producida por sus amargos dolores y por la escena que con Blanca había tenido lugar; si por sostener a los ojos de la joven, oculta por el tapiz, su dignidad de reina, y por querer probarle, impulsada por su amor propio de mujer, que a nadie cedía en corazón, no hubiese hecho un supremo esfuerzo, indudablemente el valor le habría faltado para resistir la terrible mirada del rey.

Este se cruzó de brazos, levantó la cabeza orgullosamente, y, con una severidad que no admitía réplica, dijo:

—Vos me obedeceréis.

—Otra vez—contestó la reina, con energía.

—Ahora.

—No.

Felipe II quedó pensativo algunos instantes.

—¿Insistís?—preguntó.

—Sí.

—Pues bien; acusad a los tribunales al asesino del marqués.

—Lo acusaré.

—¿Sabéis su nombre?

—Sí, señor.

—¿Es el del dueño de este sombrero?

—Sí.

—Pues pronunciadlo ante los jueces—repuso el monarca.

Y, cogiendo el sombrero, lo colocó tranquilamente en su cabeza.

—Este sombrero es mío—prosiguió.

La reina dejó escapar un agudo grito, y cayó sin fuerzas sobre el diván.

Su esposo salió del aposento sin mirarla siquiera.

Después de algunos instantes, la desdichada Isabel de Valois elevó al cielo una mirada tierna de súplica, dos lágrimas asomaron a sus ojos, y luego se dirigió al tapiz tras el que se ocultaba Blanca. Levantólo, y vió a la doncella inmóvil, con las manos sobre el corazón, los ojos extremadamente abiertos y el rostro pálido y desencajado.

La pobre niña quiso hablar, pero no pudo; hizo un penoso esfuerzo, sus miembros se agitaron convulsivamente, y cayó, sin sentido, en brazos de la reina.

Aquellas mujeres fueron desde entonces dos tiernas amigas, dos hermanas a quienes sólo la muerte podía separar.

CAPITULO VII

Donde nos vemos obligados a dar algunas explicaciones

Nos vemos precisados a hacer algunas indicaciones sobre los asuntos políticos de la época en que tuvo lugar la presente historia, y, sobre todo, de los personajes que en ella figuran, para que el lector pueda comprender la trama de los sucesos que vamos a referir.

España estaba en el apogeo de su grandeza, pero de una grandeza a que no ha llegado ninguna nación. Su nombre era respetado y aun venerado en todos los ámbitos de la tierra. En todas partes poseía Estados de mayor o menor consideración; sus pendones ondeaban dondequiera; sus numerosos buques surcaban todos los mares sin encontrar rival, y el sol, en fin, como se decía entonces, no se ponía nunca para España. Era inmensamente rica, inmensamente poderosa. Sus navios y galeras llegaban continuamente cargados de oro, plata y perlas y de exquisitos frutos del mundo descubiertos por Colón. Sus ejércitos eran tan numerosos como la voluntad de sus monarcas lo querían, y tan temidos, que sólo su nombre y su presencia bastaban para alcanzar la victoria.

Y, sin embargo, tanta riqueza y tanto poderío no satisfacía la ambición sin límites de Felipe II. Para los dispendios consiguientes a su política, no alcanzaba el oro que, como arena, en montones traían aquellas naves; para su soberbia no estaba la faz del mundo bastante cubierta con sus peones y jinetes, y sus conquistas eran insignificantes pedazos de terreno de escaso valor; para su orgullo no bastaba la influencia que ejercía en todas las naciones y el que éstas no diesen un paso de importancia en su política sin que se le consultase y el que no decidiesen sin antes decir él. Necesitaba ser el rey de toda la tierra. El loco ensueño de la monarquía universal era el término de su ambición. Lisonjeábase su poder y su grandeza; pero sólo porque habían de servirle para llegar a poseer todas las coronas y contar tantos vasallos como criaturas respirasen bajo el cielo.

Y tanto le ocupaba este pensamiento, tan hacedero lo creía, que sinceramente abrigaba, más que una esperanza, una convicción de realizarlo; y como la debilidad humana no puede guardar en su interior ni el exceso de la alegría ni el del pesar, porque salen al rostro y se escapan en las palabras como si rebosasen no pudiendo contenerse en el corazón, el gozo de Felipe por la esperanza, o como hemos dicho, por la convicción de que su ensueño llegaría a ser una realidad, rebosóse al fin y

se esperó por el mundo, grabado en oro y bronce, y bien significado con sus famosas palabras: "Jam illustrabit omnia (1)".

Empero los mismos medios que Felipe empleaba para hacerse dueño del mundo vinieron a producir el efecto contrario, es decir, que redujeron la extensión de la monarquía y aniquilaron a España. Porque no siendo bastante todo aquel oro ni todos aquellos soldados, ni todo el talento de hombre alguno para tan loca empresa, gastáronse en un día los recursos todos; tras las victorias vinieron las derrotas; tras la opulencia la pobreza, la miseria, y, al fin, la ruina y la muerte, como quien al empezar un combate que debe ser muy largo emplea todas sus fuerzas y llega a sucumbir por falta de ellas. Porque, sin duda, Felipe II no tuvo presente aquella gran verdad de que "el esfuerzo no es la fuerza, sino el contrario". Porque sólo se acordó de Otumba, de Pavía y de San Quintín, y creyó que todo estaba sujeto a su voluntad y a su poder, como si ambos no fuesen limitados, percederos y más no si ambos no fuesen limitados, percederos y más débiles en quien más los emplea.

A la muerte de Felipe II quedó el Tesoro, no sólo exhausto, sino empeñado, y desde entonces fué menguando nuestra riqueza y nuestro poder, sin que hoy queden a España más que la vanidad de sus recuerdos y el orgullo legado por nuestros abuelos, y que será inextinguible en nosotros. España no es hoy más que un monumento, cuyos desmoronados restos se contemplan con curiosidad por la generación presente; un recuerdo que por su grandeza, por lo extraordinario, aun por lo fabuloso entretiene el entendimiento. Sólo queda a los españoles de positivo un generoso corazón, su lealtad y su ruda franqueza, pero todo está envuelto en harapos.

Felipe II era un verdadero tirano.

Su mano de hierro opresiva, ahogaba, cerrándose más cuanto más lastimero era el clamoreo de su víctima.

(1) Este rey mandó acuñar unas monedas en que se veía representado un sol, y debajo las referidas palabras: Ya lo alumbrará todo.

Su corazón era un diamante de esférica y pulida superficie, donde nada hacía mella, donde resbalaban todas las afecciones sin poderse adherir a él.

La religión era el móvil y la guía de todas sus acciones; empero no ha podido aclararse, como era de desear, si el fanatismo que demostraba era estudiado medio de su política o un verdadero sentimiento de su alma. Sólo diremos que en más de una ocasión supo no estar ni sumiso ni aun respetuoso con la Iglesia, porque ésta contrariaba sus miras políticas.

Nadie ha sido tan hábil hipócrita como Felipe II, así como estudiando bien la historia de sus hechos, se comprende con facilidad que pocos hombres han poseído tan fecunda imaginación como la suya ni han tenido tanta facilidad para desenvolver tan vastos planes.

Nunca demostró el enojo en la descompostura de sus palabras. Para todos era cortés, y tenía siempre ambiguas frases para contestar a las peticiones que no eran de su agrado. Con ellas dejaba contentos a cuantos de él solicitaban, pero con sus resoluciones no solía satisfacer a muchos.

Por esto corría en aquella época muy vulgarizado el dicho de que "Felipe II tenía su puñal muy cerca de su sonrisa".

Cuando había de fallar en asuntos que no tenían relación con los de Estado, llevaban sus decisiones un fondo de recta justicia y aun de severidad, que hasta por lo exagerado eran dignas de elogio. Pero si en algo se rozaban con la política, todo era pasión.

Su tiranía era como la electricidad cuando muchas personas se ponen en contacto con la máquina donde se desarrolla; al que está más distante sienten más sus efectos.

Bien lo probó así en Flandes.

Aquel desdichado pueblo, víctima de España, juguete de la Europa, intentó romper las duras cadenas de su esclavitud, y mezclándose la religión a la política, encendiéronse los ánimos y la revolución dejó ver sus sangrientos precursores.

Ni las instrucciones enviadas por Felipe ni las

medidas tomadas por la augusta gobernadora de aquel país fueron suficientes a apaciguar a los flamencos; y haciéndose cada día más complicados estos negocios, llegaron a no entenderse los magnates, alma de la revolución, y el Gabinete de Madrid.

Para procurar un arreglo pensóse en que viniesen a la corte comisionados de aquellas provincias, a fin de tratar con el monarca los medios más a propósito de conciliar todos los intereses.

Esta idea no desagradó a Felipe; pero ningún noble flamenco se atrevía a tomar el encargo, temerosos de ser fuera de su país el blanco de las iras del rey.

Usó éste de sus ambiguas frases, de sus palabras benévolas, y, aunque en contra de su voluntad, decidíronse al fin a aceptar comisión tan delicada el barón de Montigny y el marqués de Bergen.

No haremos mención de los horrores que antes y después de la ida a Flandes del duque de Alba presenciaron los flamencos, porque no conviene al propósito de nuestra narración. La historia del reinado de Felipe II tiene un borrón en esta página.

Es lo cierto que el rey pensaba desahogar su enojo en los comisionados de Flandes, y supo, al fin, inspirarles bastante confianza para que cayesen en el lazo que les tendía.

Desde el principio de los disturbios de aquel país mostróse interesado por su suerte el príncipe don Carlos, y a éste se dirigieron en busca de apoyo Montigny y Bergen cuando llegaron a Madrid.

Acojiólos el príncipe benévolamente, y como sus más vivos deseos eran los de meter a Flandes a asegar las discordias, prometiéndoles seguir trabajando en este sentido y mostrarse luego tolerante y pacífico mediador.

Su pretensión fué negada una y otra vez bajo frívolos pretextos, y su padre confirió este encargo al duque de Alba, mortal enemigo del príncipe, entreteniéndole entre tanto a los comisionados flamencos, sin permitirles volver a su patria.

Pasóse mucho tiempo así.

El marqués de Bergen enfermó, y, con el fin de restablecer su salud, pidió licencia al rey para

dejar España. No le fué negada terminantemente, pero tampoco le fué concedida. Hizose su estado más grave, llegando a inspirar serios temores a los médicos. Entonces se le otorgó el permiso; pero ya no podía moverse de la cama sin riesgo positivo de su vida.

Tal era el estado de las cosas cuando da principio la historia que narramos. Réstanos hablar del príncipe y hacer indicaciones con respecto a Isabel de Valois.

El príncipe, en su infancia, separado de su padre, había sido educado por la hermana de éste la princesa doña Juana, y no se había tenido con él todo el rigor que exigía su carácter violento, que con la edad llegó a hacerse más vicioso.

Quiso más tarde el rey corregir los defectos de su hijo; pero en vez de separarlo insensible y dulcemente, paso tras paso, de la torcida senda por donde el descuido y la añeja costumbre lo hubieron marchar, empleó la violencia, creyendo que en un día podría destruir la obra de muchos años.

No era este sistema a propósito para el carácter del príncipe, y su padre hubiese conseguido hacer de él un hombre de mucho provecho, un gran rey, si hubiese empleado medios suaves.

Esta verdad puede demostrarse fácilmente.

Don Carlos tenía, a más de un claro y no común entendimiento, un alma generosa y noble como no hay muchas.

Como prueba de lo primero, buscaremos en nuestro apoyo la opinión de todos los escritores de su época, de todos los historiadores que le han seguido, pues unos y otros le reconocen ingenio privilegiado, citándole como un hombre decididor, de imaginación viva y fecunda, y tanto que uno de sus sirvientes tuvo la curiosidad de formar una lista de los dichos originales y llenos de agudeza de su señor.

Como prueba de lo segundo, sólo diremos que gran parte del dinero que gastaba locamente empleábase en socorrer necesidades. Nunca tendió ante él la mano el pobre sin que el príncipe abriese liberalmente la suya para darle cuanto poseía.

Y sucedió en muchas ocasiones que no teniendo dinero quitóse una rica sortija, desprendióse de una alhaja y aun de una prenda de su vestido para hacer una limosna digna de un príncipe, sin dar importancia a su acción y como quien cumple con un deber sagrado.

Estos hechos, satisfactoriamente justificados con irrecusables documentos históricos, no han podido negarlos los más apasionados defensores de Felipe II; y si para quitarles alguna parte de su valor han referido cómo el príncipe, siendo aún niño, tuvo un día la complacencia de entretenerse en sacar los ojos a un pájaro vivo, según unos, según otros a una liebre, nosotros, en vista de sus acciones siendo hombre, no damos a esto otra explicación que la falta de reflexión de los pocos años y el descuido o poca energía en los encargados de formar sus primeras ideas. Mirado bajo otro aspecto, no se comprendería que el que tomaba parte tan activa en las desgracias ajenas encontrase un placer en causarlas.

Se nos ocurre preguntar a los que han querido presentarnos al príncipe como el tipo más repugnante de malos sentimientos: ¿Por qué cuantas personas estuvieron cerca de él a su servicio le cobraron cariño tan tierno y tan profundo, que ni el tiempo ni la separación pudieron borrar? Y no fueron solamente sus últimos criados a quienes tal vez interesó su prodigalidad; tenemos al respetable e ilustre varón fray Honorato Juan, su maestro de algunos años, que hasta los últimos instantes de su vida demostró su tierno afecto a su discípulo que éste pudiese variar su testamento si así le parecía. Y no debió hacerlo así para adular al padre, puesto que ya no sólo no podía esperar nada de él, sino que en aquella época sólo podían ganar la voluntad del rey los que se mostraban enemigos de su hijo.

Es cierto que don Carlos levantó, en uno de los momentos tan frecuentes en él, de arrebatada cólera, su puñal contra el cardenal Espinosa y el duque de Alba; pero preciso es no olvidar que ambos eran sus enemigos, sus mortales persegui-

dores y que a ellos debió el príncipe todas sus desgracias, sin exceptuar la de su muerte.

Tenemos la convicción de que con más acierto, con suavidad, con dulzura, se hubiera conseguido variar el carácter de don Carlos, que era de por sí impetuoso y duro. Si se intenta labrar un diamante a fuerza de golpes, se hará mil pedazos antes que descubrir un solo reflejo; pero si el arte y la paciencia lo desgastan poco a poco, no habrá forma que no se le dé. Por el contrario, a una materia blanda es preciso darle la forma apetecida con un solo esfuerzo en el molde. No se trabaja lo mismo el bronce frío y duro que fundido.

Las desgracias del príncipe, el exagerado rigor con que fué tratado por su padre, el desprecio con que le miró toda la corte, le exasperaron, y de ahí la manera de obrar en los últimos años de su vida, como hombre a quien ciega el dolor, se ve abandonado y lucha sin esperanza.

Nadie mejor que la reina y don Juan de Austria, que se había educado al lado del príncipe, lo podía conocer persona alguna. Aquella no podía tener tan mal concepto de él, puesto que tanto trabajó para casarle con su hermana más querida. Este le profesó un cariño sin igual, lo que significa bastante.

Una de las desgracias que más dolorosa separación debió causar a don Carlos, fué el casamiento de su padre con Isabel de Valois.

Habíasele prometido la mano de la princesa, y cuando halagaba su corazón con la idea de que iba a ser dueño de tan rara belleza y virtud, hizo la suya su padre. Los celos, cuando son impotentes, cuando tienen que ahogarse en lo más profundo del alma, trastornan la razón más fría. ¿Qué extraño que este golpe colmase la desesperación del augusto manco? Es indudable que amaba ciegamente a su madrastra y tampoco cabe duda de que ésta le amaba a él, si como es seguro que su severa virtud se sobrepuso a su pasión. De acuerdo con nuestras opiniones queremos honrar la memoria de Isabel de Valois, declarando que un detenido estudio de la historia nos ha dado la con-

vicción de que supo conservar pura y sin mancha su honra.

Para concluir, diremos dos palabras sobre el carácter y sentimientos de esta desgraciada reina.

Era su carácter dulcísimo, apacible, benigno. Como ángel de paz, ocupóse siempre en llevar la conciliación donde se hallaba la discordia, la templanza donde hervía el enojo, el consuelo donde corría el llanto. Trataba a sus doncellas como a cariñosas amigas, y escuchaba con bondadoso interés las súplicas del desvalido, procurando remediar sus desgracias. Sus sentimientos eran nobles y generosos cual ninguno.

El cariño de los españoles hacia ella rayó en adoración, y el pueblo no la conocía sino por el nombre de Isabel "de la Paz", así como sus compatriotas no le daban otro que el de "Oliva de la Paz".

No nos dignamos refutar a los que han querido empañar la memoria de Isabel. Para nosotros, ni aun en el fabuloso enredo del drama está permitido al escritor la licencia de trocar en reputación indigna la que fué espejo de las más virtuosas. Empero, bien castigado está el que demuestra la pobreza de su ingenio no encontrando, para dar interés a los ebotos de su pluma, otros resortes que los de trocar en detestables vicios lo que fueron respetables virtudes.

CAPÍTULO VIII

Donde conocerá el lector al cardenal Espinosa

Hay días fecundos en acontecimientos, y era de éstos uno aquel en que Ruy Gómez refirió al monarca el robo de su sombrero.

Cuando Felipe II salía del tocador de su esposa, parábase a la puerta de una casa de la calle de Santiago un coche que era tirado por cuatro grandes mulas. Además de los dos lacayos que ocupa-

ban la irasera, otros dos a caballo seguían detrás, y todos llevaban vestido de pafio negro y calzas del mismo color.

De la pesada máquina ambulante salió un hombre flaco, de estatura elevada y aspecto sombrío.

Excusamos describir su traje con decir que era el de un eclesiástico y que llevaba los distintivos de cardenal.

Frisaba en los cincuenta años.

Revolvase bajo sus espesas cejas, ya encanecidas, sus ojos verdes y pequeños, cuya mirada penetrante como una lanceta, tenía la fascinación aterradora e irrealizable de la mirada de la serpiente.

Bajo su afilada nariz abríase una boca de labios tan delgados que parecían hechos de pergamino, y bajo los cuales asomaban dos hileras de dientes menudos en extremo o iguales sin discrepar la centésima parte de una línea.

Reflejábase en su semblante una mezcla de sentimientos contrarios que hacían imposible la significación de su conjunto. Las genuflexiones de aquel rostro, que cambiaba instantánea y fácilmente, presentaban, ya la dulzura más encantadora, ya la más conmovedora humildad, ora la altivez más imponente, o bien la severidad más respetable.

Aquel hombre era el cardenal Espinosa, inquisidor general, es decir, tanto como el rey o más que el rey.

Cuando hubo bajado del carruaje, entró en el espacioso zaguán de la casa, subió su amplia escalera y atravesó algunas habitaciones adornadas con lujo, y echando una bendición por cada profundísima reverencia de los pajes y lacayos, llegó a un gabinete, donde se detuvo para preguntar a un doméstico:

—¿Duerme el señor marqués?

—No, señor —contestó respetuosamente el criado:

—¿Cómo ha amanecido?

—Quizá peor —repuso el sirviente.

Y luego levantó un pesado tapiz, dejando paso al cardenal.

Encontróse éste en un aposento cuadrado, de cuyas paredes, tapizadas de azul, se destacaba una cama con cortinas de color de rosa.

Un hombre de mediana edad y rubios cabellos había postrado en aquella cama. Sus hundidos ojos de apagadas pupilas, su rostro pálido y enflaquecido, su trabajosa y agitada respiración y su casi absoluta inmovilidad, eran señales que denotaban claramente el estado peligroso de su salud.

Fijos los ojos en un lienzo que había en la pared, y en el que estaba retratada una mujer hermosa con un niño en sus brazos, no se apercibió de la entrada del cardenal.

Detuvo éste sus silenciosos pasos, contempló al enfermo con ávida mirada, y dando después a su semblante una expresión de dulce tristeza, tosó ligeramente.

El caballero postrado hizo un esfuerzo y volvióse hacia el inquisidor.

—¿Cómo os sentís?—le preguntó éste acercándose al lecho y sentándose en un ancho sillón.

—Lo mismo—contestó con voz débil el interpelado:

—Hace dos días que no os he visto, y hoy, antes de ir a palacio, me he detenido aquí por si después mis muchas ocupaciones no me dejan tiempo para visitaros.

—Gracias, señor cardenal, por el interés que os tomáis por mí.

—Ya sabéis, marqués, que es obligación de todo buen cristiano el visitar a los enfermos, y con más razón si el paciente es un amigo.

—Gracias, gracias.

—Me parece—prosiguió el cardenal con melifluido tono—que vuestro semblante indica, más que otra cosa, alguna mejora.

—Podría ser—contestó el enfermo exhalando pensativamente un suspiro—: pero yo me encuentro cada día peor, se agotan por instantes mis fuerzas y presiento la muerte.

—No hay razón para que tengáis semejantes ideas, que debéis desechas mientras que el médico

no os diga que estáis en peligro. Sois joven aun y robusto. No temáis.

—El temor de la muerte no me apongoja, sino el recuerdo de los seres queridos que están representados enfrente de mí.

—Vuestra esposa...

—Mi esposa y mi hijo—interrumpió el caballero mirando otra vez el cuadro—. Vos, señor cardenal, no sabéis cuán horrible es la idea de morir lejos de las personas dueñas de todas nuestras afecciones: cuán tristísimo es pensar que no ha de ser la mano de una esposa querida la que ha de cerrar nuestros ojos, y que con el último suspiro no se puede estampar una beso de despedida en la frente del hijo de nuestros amores.

—Desechad, os depito, esas ideas y hablemos de cualquier otra cosa, o callad, que más ha de conveniros esto en vuestro estado.

Hubo algunos momentos de silencio, y luego repuso al marqués:

—¿Decís, señor cardenal, que vais a ver al rey?

—En cuanto os deja.

—¿No os ha hablado de mí?

—Todos los días.

—Tengo que pedirle una gracia.

—Hablad.

—Si yo pudiera morir en brazos de mi esposa, creería que el cielo me había otorgado el mayor de los favores.

—Dios hace siempre favor a sus criaturas, aun con las mismas desgracias; pero nosotros no conocemos esto.

—Elen; pero yo moriré desesperado si expiro lejos de mi familia. Os lo confieso, señor cardenal; aquí me distraerían mis recuerdos y no podría pensar exclusivamente en mi salvación.

—Mirad lo que decís, señor marqués; el tormento de vuestras dolencias os extravió la razón.

—Ya os he dicho que tenía que pedirle una gracia.

—Vuelvo a escucharos.

—Sabéis que con toda la insistencia del que quiere salvar su vida, he demandado a su majes-

tad repetidas veces su real permiso para volver a mi país.

—Lo sé.

—No ignorais tampoco que su majestad no ha tenido por conveniente otorgarme esa gracia.

—Después que os halláis enfermo no os ha negado el rey la licencia.

—Pero tampoco me la ha concedido.

—Sin duda cree que no es prudente que os pongáis en camino en el estado en que estáis.

—No sé, señor cardenal; pero es lo cierto que no he podido moverme de Madrid, que me muero y que no volveré a abrazar a mi esposa ni a mi hijo. Ahora no puedo ser útil ni al rey ni a Flandes, y, por consiguiente, ningún objeto tiene mi permanencia en la corte.

—Pero, ¿cómo habéis de marchar?

—De cualquier modo, aunque sea en hombros de mis criados, tendido en esta cama, si mis fuerzas no me permitiesen ir sentado en mi litera. Llegue yo a Flandes con una hora de vida que me dé tiempo para abrazar a mi esposa y bendecir a mi hijo, y aunque luego expire.

—Si os ofrecéis, no creo que su majestad se oponga a vuestra partida, haciéndole presente que preferís emprender un viaje aun a trueque de perder la vida en el camino, mejor que procuraros aquí la salud con el reposo y los cuidados de vuestros amigos.

—¡Amigos!... Pocos tengo, y de esos pocos, los más allegados hacen bastante con cuidarse de sí propios.

—No os comprendo—contestó el cardenal.

—¿No es acaso verdad que mi compañero el barón de Montigny ha caído en desgracia del rey?

—¿Lo sospecha el así?—preguntó el inquisidor, sin contestar al marqués.

—No; o por lo menos nada me ha dicho, porque conociendo mi estado, procura hablarme todo lo menos posible de nuestros desgraciados negocios.

—Es decir, que otras personas...

—Efectivamente, otras personas me han hecho indicaciones que me dan que sospechar.

Sonrió el cardenal y contestó:

—¡Bah!... Habilllas de la corte. Puedo aseguraros, señor marqués, que el rey se muestra al presente con vuestro amigo tan afable como el día que llegasteis a Madrid.

El marqués hizo un gesto que observó atentamente el cardenal, pero sin poder decir cuál era su significado. Tal vez quiso el enfermo demostrar desconfianza, no de las palabras del inquisidor, sino de la afabilidad que éste decía demostraba el rey.

—¿Os satisface eso?—prosiguió Espinosa.

—Sí... pero olvidamos nuestro asunto principal.

—Es cierto.

—Yo tendría por señalada merced que hablaseis a su majestad para que me permitiese salir de España. He empleado ya la influencia de todos mis amigos, sin obtener resultado alguno. Vos podéis mucho, señor cardenal, y aunque por consideraciones de Estado no opinéis que es conveniente mi regreso a Flandes, como cristiano, como sacerdote, compadeceos de mí, pensad que pronto no perteneceré a este mundo y que nada valgo ya en él, y haced, como un acto de caridad, que el rey me conceda esta gracia. Si como no es de esperar recupero la salud, os juro a fe de caballero volver a Madrid, aun cuando sepa que vengo a morir en un patibulo o en una hoguera, si es que se me considera delincuente. Pero que abrace yo a mi esposa, que dé un beso a mi hijo. Os lo ruego por vuestra salvación. Vos no sabéis lo que es una esposa, lo que es un hijo, pero sí lo que es la caridad.

Y el desdichado marqués volvió los ojos hacia el retrato y derramó una lágrima que debió salir de lo más recóndito del corazón. En aquellos momentos sufría mucho. Su situación era muy amarga. Sentíase próximo a morir en extraña tierra, sin parientes ni amigos, y no podía dar el último adiós a su familia.

Bien sabía el marqués que el cardenal Espinosa era su verdadero enemigo; pero sin medios ya para lograr su deseo, sin esperanza, hizo el doloroso sacrificio de suplicarle.

Cruzó el cardenal las manos, hizo un gesto de resignación, y dijo:

—Dios os dará consuelo.

—¿Nada me prometéis?—repuso el marqués.

—Sí: os prometo hablarle a su majestad, y con tal empeño, que si es verdad que en algo me tiene, no tardaréis en emprender vuestro viaje más pronto de lo que os parece.

—Por Dios, señor cardenal, no me hagáis concebir una esperanza que haya de desvanecerse, porque entonces mis tormentos no tendrían comparación.

—Os repito que haré cuanto pueda.

—Entonces, ya estoy seguro de conseguir mi deseo. No os paréis en condiciones, sean cuales fuesen las que su majestad ponga. Decidle, que después de abrazar a mi familia, haga de mí lo que quiera, y aunque me quite la vida, lo bendeciré.

—Su majestad es demasiado generoso para imponer condiciones, mucho más cuando no hay para ello motivo.

—¿Cuándo podré saber la contestación?

—Muy pronto: quizá dentro de una hora.

—En seguida despacharé a mi esposa un correo, para que mientras yo llevo a la frontera camine ella en sentido opuesto, y de este modo tardaré menos en abrazarla.

Illumináronse por un instante los ojos del marqués, y exhaló un tierno suspiro.

—¿Y habéis recibido noticias de Flandes?—preguntó el cardenal, a la vez que se ponía en pie.

—Esta mañana muy temprano he tenido carta.

Un rayo de alegría brilló en el semblante del inquisidor.

—No quiero perder un momento—dijo—. Voy a ver a su majestad.

—El cielo os guíe.

Hizo Espinosa un último cumplimiento.

Cuando iba a bajar la escalera, acercósele un criado, y sin decirle una palabra, y después de mirar si lo observaba alguien, puso en manos de su eminencia unos papeles.

Mientras el cardenal se dirigía hacia la puerta, murmuraba:

—¿Puede tenerse compasión cuando hay que castigar la herejía?

CAPITULO IX

Los dos grandes poderes del Estado

Con el semblante que revelaba satisfacción, salía Ruy Gómez del aposento del rey, y con dos chispas de alegría en sus dos verdes pupilas, entraba el cardenal.

Aquél había recuperado su sombrero, y éste había adquirido unos papeles de suma importancia. Mientras que en palacio se hacían desaparecer todos los indicios que pudieran esciarsecer la justicia, en casa del marqués de Bergen se adquirían las pruebas necesarias para castigar lo que se suponían crímenes.

Hizo el rey sentar a Espinosa, después de haber recibido de éste la bendición de costumbre.

Examinó atentamente el inquisidor general el rostro del monarca, advirtió que lo cubría una ligera palidez y dijo para sí:

—Algún gravísimo acontecimiento ha tenido lugar.

Felipe II quiso leer algo también en los ojos del cardenal, pero nada adivinó en su tranquila mirada.

—Mucho me place—dijo el monarca—vuestra visita, porque tenía que consultaros sobre una duda que me ocurre.

—También me place a mí llegar tan oportunamente. ¿Puedo servir en algo a vuestra majestad?

—Darme un consejo.

—En cuanto a mi corto conocimiento alcance, lo haré.

Reflexionó el monarca algunos momentos, y luego preguntó:

—En la pena que merece un traidor a la patria, ¿debe y ha de ser menos en la que incurre un hereje?

—Es verdad, señor.

—Sin embargo, me ocurre una duda.

—¿Cuál?

—Si para castigar a ambos delitos fuese menester hacer públicos secretos de Estado que comprometiesen la seguridad del trono y menoscabasen el prestigio de la autoridad real, ¿debería dejarse impune el delito para mantener la reserva?

—La resolución de estas cuestiones—contestó el cardenal— depende de la apreciación del secreto.

—Tal creo, señor cardenal, pero mis dudas no quedan del todo esclarecidas.

—Preguntadme, señor.

—Quiero saber si un monarca está autorizado para castigar secretamente esos delitos, evitando el escándalo que produciría la publicidad de las pruebas. Si éstas las hay fehacientes, completas, sin que dejen lugar ni a la más remota duda, creo que puede imponerse la pena sin remordimiento alguno.

—Tal es mi opinión también: pero no olvide vuestra majestad que el convencimiento del crimen que le dan las pruebas ha de ser frío, sin que pasión de ningún género incline la balanza del juicio del uno o del otro lado.

Felipe II volvió a meditar y repuso luego:

—Se trata de los diputados flamencos.

—De ellos, señor, se ocupa hace algunos días el santo Tribunal de la Fe. Hay ya formado un proceso secreto, o como nosotros lo llamamos, un protocolo en que están reunidas, anotadas y comentadas todas las pruebas que se han habido contra esos nobles. Algunas faltan, pero Dios, que incesantemente vela por su Iglesia, las ha puesto ya en mis manos, y voygo a entregarlas a vuestra majestad, porque en ellas se citan ciertos nombres que no debe contener el protocolo.

Y al concluir estas palabras, el inquisidor general dio a Felipe II las cartas que había recibido del criado del Marqués.

El monarca leyó ávidamente aquellos documentos. Un ligero carrin tñó sus mejillas, que palidiecieron después.

En aquellas cartas de la esposa de Bergen y de

los principales señores flamencos se trataba de los asuntos políticos del día y se nombraba al príncipe don Carlos en cuanto al apoyo que de él se esperaba. Algunas firmas eran de conocidos protestantes.

Cuando el rey hubo concluido la lectura, miró al cardenal con adusto ceño, y dijo:

—¡Aun no me conocen!

—Ni a mí—contestó el inquisidor, desplegando una dulce sonrisa—. Si han creído que su calidad de representantes de su país y el temor de que se aumentase el desorden público era bastante para que yo dejase de perseguir su abominable herejía, se han equivocado.

—¡Y mi hijo!—exclamó el monarca—. ¡Oh!... El nombre de mi hijo, del que está llamado a ser escudo de la religión, mezclado con el de estos impíos... Ya sabrán cuánto pesa la justicia de Felipe II.

El cardenal nada contestó al rey, que permaneció silencioso algunos instantes, y luego prosiguió:

—¿Habéis visto al marqués?

—Vengo de su casa.

—¿Y cómo se encuentra?

—Muy mal, señor; pero a pesar de su estado que apenas le permite moverse de la cama, insiste en que vuestra majestad le dé licencia para volver a Flandes.

—No estará tan gravemente enfermo cuando piensa en hacer un viaje.

—Lo engaña su deseo, y me ha rogado encarecidamente que interceda con vuestra majestad para que se le conceda el permiso que tiene solicitado.

—Ya presumiréis que su petición es una locura.

—Al marqués le toca pedir y a vuestra majestad conceder lo que sea conveniente y justo.

—¿Creéis que debo otorgarle la licencia?

—Según—dijo el cardenal con tono de sencillez, aunque con una intención verdaderamente espantosa.

—No os comprendo—repuso el monarca.

—Señor, no todo lo que se piensa puede decirse.

—Es verdad.

—¿Hay pruebas de que el marqués de Bergen

es un enemigo de nuestra santa religión y de vuestra majestad?

—Las cartas que acabáis de darme y otros papeles que ahora os entregaré no dejan lugar a duda.

—Entonces...

—¿Qué debo hacer?

Por algunos instantes guardó silencio el cardenal.

Su rostro empezó a cambiar de expresión.

Cruzó las manos y exhaló un penoso suspiro.

—Señor—dijo al fin—, es deber de todo buen cristiano procurar algún consuelo a los moribundos, y tan sagrado deber se cumple más eficazmente cuando a nadie perjudica.

—Ciertamente.

—Tal he visto al desdichado marques, que me parece que es imposible que viva más de veinticuatro horas. Ya me dicho que lo engaña su deseo, que se hace ilusiones su corazón de esposo y de padre, y por consiguiente, aunque vuestra majestad le conceda el permiso que pide con tanta insistencia, nada se perderá, puesto que le será imposible moverse del lecho.

—¿Y si os equivocáis?

—¡Oh!—murmuró Espinosa.

Y desplegó una leve sonrisa.

Otra vez se contrajo la frente de Felipe II.

Indudablemente empezaban a entenderse aquellos dos hombres.

No querían pronunciar ciertas palabras.

Y, sin embargo, el monarca tenía necesidad de que el inquisidor le trazase una línea de conducta, pues así se tranquilizaría su conciencia.

Quedaron ambos silenciosos.

Después de algunos minutos, el rey fijó su mirada penetrante en el cardenal, y le dijo:

—¿Qué haríais vos en mi lugar? Conocéis la situación tan bien como yo la conozco, y aun podéis apreciarla con más exactitud desde cierto punto de vista.

—Tal vez.

—Hay muy pocas cosas demasiado graves y que pueden ser un peso enorme, insupportable.

—Comprendo.

—¿Qué haríais?—volvió a preguntar Felipe II.

—Pues bien; yo concedería al marqués lo que pide.

—¿Y si nos equivocamos? Pues qué, ¿no es posible que finja ser mayor su dolencia de lo que es en realidad?

—Señor, me permitiré decir una cosa con franqueza.

—Sí, sí.

—Vuestra majestad no debe equivocarse en esta ocasión. El marqués de Bergen, según opinan los mejores médicos...

—¿Morirá?

—Creo que sí.

—Ya no vacilo—repuso con voz sombría el monarca.

—A pesar de mi profunda convicción, es conveniente que vuestra majestad se asegure, pues sobran medios para averiguar si el enfermo finge para engañarnos.

—¿Y cómo puede hacerse eso?

—Sus criados, que lo observan constantemente.

—No me parece bastante.

—Hay uno que es fiel vasallo de vuestra majestad y verdadero católico; tanto que, que para dar pruebas de celo por la santa causa de la religión, no ha tenido inconveniente en apoderarse de esas cartas.

—Ahora entiendo...

—Y ese hombre...

—¿Obedecerá ciegamente las órdenes de la persona a quien yo designo?

—Como el instrumento que no tiene voluntad.

—Acabáis de prestarme un gran servicio—repuso Felipe II.

Y tomando las cartas que le había entregado Ruy Gómez, se las dio al cardenal, diciéndole:

—Leed y decidme si puede haber duda en cuanto a los graves delitos del marqués y del barón.

Leyó Espinosa con atención profunda:

—Las pruebas son claras—dijo.

—Pues si el crimen está probado...

—Falta el castigo.

Y al pronunciar estas palabras, el inquisidor púsose en pie, tomando su semblante una expresión de severidad terrible.

—Señor—dijo con voz reconcentrada—, los reyes tienen grandes obligaciones que cumplir; no están investidos de la autoridad suprema sino para hacer justicia.

—Y esa obligación la cumpliré.

—La debilidad puede ser un delito, y las vacilaciones...

—No vacilaré, ya lo he dicho—interrumpió Felipe II.

—Estoy tranquilo.

—Otorgaré al marqués de Bergen la licencia; pero no saldrá de Madrid.

—No; no saldrá, ya lo sé, porque la mano de la muerte lo detendrá.

—Decid a ese criado del flamenco que se ponga a disposición de Ruy Gómez de Silva, y que así, no solamente cumplirá su deber, sino que es posible que haga su fortuna; pero que no olvide la responsabilidad que consigo llevan ciertos secretos.

—Le haré comprender lo que es un secreto de Estado.

—Eso es.

—Señor, Dios dé a vuestra majestad muchos años de vida para bien de nuestra santa religión y de la patria.

Salió el cardenal.

Felipe II inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Diez minutos pasaron.

Al fin, el monarca cambió de postura.

Se pasó las manos por la frente.

—Es preciso—dijo con voz sorda—. Así lo exige la fría razón de Estado. Los reyes no pueden tener corazón. No; no saldrá de Madrid el marqués de Bergen, porque morirá muy pronto, y en cuanto al barón de Montigny, tampoco escapará, porque lo convidaré a comer y al salir de palacio tendrá un espía. Ruy Gómez, cuyo celo no puedo

poner en duda, arreglará este asunto, y de que lo arreglará bien tengo completa seguridad.

El monarca tomó la pluma y empezó a escribir una carta a su confidente y favorito Ruy Gómez de Silva.

No se equivocaba en cuanto al celo de éste, pues ya hemos visto cómo el cortesano adivinaba los pensamientos de Felipe II y adoptaba gravísimas resoluciones echando sobre sí toda responsabilidad, como la echó con el asesinato del marqués de Poza.

La terrible sentencia estaba pronunciada, y para acabar con la vida del marqués no necesitaba Ruy Gómez más sino que el rey le dijese, que a pesar de que por las noticias que había recibido estaba convencido de que Bergen moriría muy pronto, le otorgaba la licencia, probándole así su magnanimidad y el vivo deseo de hacer bien a sus vasallos.

Con esto y algunas otras indicaciones sobre lo peligroso que era que el marqués volviese a Flandes, bastaría para que el príncipe de Eboli hiciese uso de la lealtad de aquel criado que había entregado las cartas al cardenal Espinosa.

El siguiente párrafo de la carta del rey era demasiado expresivo.

Decía así:

"Puedes anunciar al marqués que le he concedido la licencia que me tiene pedida para volver a Flandes; pero esto lo harás solamente en el caso de que no te quede duda de que ha de morir, según opinan los médicos y me han dicho personas de confianza; pues de otra manera, no podemos dejarlo marchar, sin peligro de muy respetables intereses."

Y luego añadió:

"Suponiendo que Dios ha querido poner término a la vida del marqués, debe tenerse prevenido el secuestro de sus bienes, por si acaso llega a probarse que ha cometido el delito de rebeldía."

Cerró la carta Felipe II, y en el sobre escribió lo siguiente:

"A Ruy Gómez en su propia mano. Que no se abra ni lea delante del portador."

Luego mandó que la carta la llevasen inmediatamente al príncipe.

Muy pronto el marqués de Bergen debía recibir la noticia de que se le permitía volver al lado de su esposa y de sus hijos.

¿Cómo había de sospechar que aquella gracia que se le concedía significaba su sentencia de muerte?

No; no era posible que lo sospechase, por mucho que conociese a Felipe II.

Quince minutos después, Ruy Gómez de Silva se encerraba en un aposento y leía la carta que acababan de entregarle.

CAPITULO X

Amor y virtud

La noche había llegado y eran la once.

Felipe II, encerrado en su gabinete, conferenciaba con Ruy Gómez de Silva y con el cardenal, después de haber dado las buenas noches a su esposa.

Isabel de Valois acababa de retirarse a su habitación particular después de despedir a los cortesanos que, según costumbre, habían concurrido a su agradable tertulia diaria. La desdichada reina hubiera querido llorar aquella noche, porque sentía oprimido el corazón; pero habíase visto precisada a sonreír y hablar mucho.

Hallábase en un aposento cuadrado, y estaba recostada en un sillón cerca del fuego de una chimenea de mármol.

Vestía un riquísimo traje de brocado de plata con adornos de menudas perlas en las costuras de las mangas y en el pecho, y alrededor de su noble frente relumbraba una diadema de brillantes.

Isabel dejó memoria de elegante esplendor, como lo aseguran algunos apuntes de su tiempo, que dicen que nunca se puso dos veces un mismo vestido.

Mientras el amor de la lumbré pensaba en los

sucesos de la noche anterior y de aquel día, el príncipe Carlos, meditabundo también, contemplaba la luna desde un balcón de su aposento que daba a uno de los patios del alcázar.

Dilatábanse algunas veces los labios del noble mancebo para dar paso a una sonrisa, tan irónica y amarga, que sin duda el más profundo dolor la producía.

Otro balcón había frente al en que estaba el príncipe: pero allí no daba la luna, ni había luz en el aposento a que pertenecía, y, por consiguiente, era muy difícil que se distinguiese a una mujer que, colocada a la parte de adentro, tenía fija su mirada en el hijo de Felipe II.

De la boca de aquella mujer salían de vez en cuando algunas palabras, y aun solía proseguir largos monólogos con apasionado acento y dulce voz. Sin duda estaba enamorada o loca, en lo que podrá no haber mucha diferencia.

Escuchamos lo que decía, ya que la obscuridad no nos permite examinar su rostro, aunque sí distinguir que estaba en pie y comprimiendo su corazón con una de sus manos.

—Tal vez—murmuraba—, cree ver retratada su belleza en el espejo de la luna. Tal vez su enamorada mente se la hace aparecer en el espacio... ¡Oh! Y yo te contemplo, te devoro con mis ojos; te persigo dondequiera, espío todas tus acciones y tengo que ahogar la rabia de los celos al verte adorar a otra mujer, pensar en ella noche y día... No; yo no puedo vivir así... antes es preferible la muerte.

Calló luego; pero al cabo de un gran rato volvióse en medio de la obscuridad brillar sus ojos como dos luciérnagas, y oyósele proseguir:

—¡Carlos, Carlos; tú no sabes los efectos de las pasiones en la mujer! Yo te adoro, y el amor que por ti siento me produce un frenesí cuyas consecuencias pueden ser fatales para ambos. Sé mío; piensa que el desprecio me ofende tanto que haré que mi cariño se convierta en odio. El día en que yo me convenza de que nada debo esperar de ti, que es imposible, enteramente imposible que mi pasión se vea satisfecha, te aborreceré y será

tan profundamente, que no habrá mal que no me complazca en causarte, que no habrá medio, por criminal que sea, que yo no ponga en juego para perderte, para separarte de esa mujer a quien adoras. Y ese día no está lejano ya, se acerca por instantes, quizá llegue con el nuevo sol de mañana, si, como presumo, un nuevo desprecio suyo y una nueva prueba de amor a la reina das esta noche.

Rechinaron los dientes de la dama, brillaron más sus ojos y ahogó en su garganta un rugido de cólera.

—¡Ya no puedo más!—exclamó—. ¡O talo, o de nada! El es mi tormento más horrible. ¿Por qué vivir en esta agonía? Antes que nada es mi reposo. Príncipe, esta noche expira el término que debe decidir de la suerte de ambos: tú alegrás entre mi amor sin límites y mi odio.

Voltió a quedar silenciosa, clavó su mirada en don Carlos, y permaneció inmóvil.

Pocos momentos después entró un criado en el cuarto del príncipe, y éste le preguntó:

—¿Sigue el rey en su aposento?

—Sí, señor, y antes de entrar en él se despidió de la reina.

—Pues que nadie penetre aquí mientras que yo esté fuera. Si viniese alguien a verme, dí que me he acostado, o lo que más te plazca, a fin de que nadie sepa que he salido.

—Bien, señor.

Don Carlos salió del aposento y atravesó algunos pasillos oscuros o mal alumbrados.

Una mujer envuelta en un ancho albornoz con que procuraba ocultarse el rostro, lo seguía. Era la misma a quien hemos visto en el balcón.

Llegó el príncipe a las habitaciones de la reina, pero en vez de entrar en la antecámara, donde se sentía hablar a algunas damas, tomó a la derecha por un corredor, luego a la izquierda, y penetrando en un gabinete donde sólo había una moribunda luz, abrió una puertecilla y se encontró con su madrastra.

La mujer que lo había seguido, detúvose en aquel gabinete.

Cuando vió don Carlos a la reina, desapareció de su semblante el sombrío velo que casi siempre parecía cubrirlo; su mirada altiva y desdenosa tornóse aún más que dulce, humilde y tímida, y aquella severidad, aquel adusto cuño donde siempre se estrellaba el rigor de su padre y la audacia de los cortesanos, cambiáse en la tranquila calma propia de su edad.

—Al fin os atrevisteis—le dijo la reina—, a pesar de mi prohibición.

—Y vos me aguardabais—contestó al sentarse el príncipe—, puesto que os encuentro sola.

—Temía vuestra desobediencia.

—Perdonadme, señora—repuso don Carlos con triste acento—; poco ha de incomodaros ya mi presencia.

—¿Qué decís?

—Que no tardaré muchos días en abandonar este alcázar donde tanto he padecido.

—¿Don Carlos!

—Señora, anoche acabaron de decidirme mis enemigos a tomar esta determinación. El noble marqués de Poza ha sido la primera víctima; a él le seguirán Bergen, cuya existencia concluirá quizás esta noche, y Muntigny luego. ¿Quién sabe si estoy yo también designado para satisfacer las iras de mi padre?

—Vos mismo os perderéis.

—Ya estoy perdido, y no quiero, señora, precipitaros en mi caída. Si perezco, sea lejos de vos.

—¿Y por qué habéis de perderme?

—¿Por qué?... ¡Ah!... ¿Lo ignoráis acaso? Porque os amo, y mi pasión es un crimen a los ojos de mi padre, pero no crimen de que os acusa a vos lo mismo que a mí.

Palideció el rostro de Isabel, y su mirada se fijó, como distraída, en la alfombra que cubría el pavimento.

—¿Es verdad que estáis convencida de que no me equivoco?—prosiguió el príncipe.

—Don Carlos, no me habéis de vuestro amor, os lo suplico.

—¿Y cómo callarlo?... Imposible, señora, imposible. El silencio mengua mi existencia, y si os

viene y callase, me ahogaban las palabras con que os digo que os adoro. Poco he de importunaros ya, os lo repito; dejadme que los días que me restan de estar a vuestro lado tenga a lo menos el consuelo de hablaros de mi pasión. Concededme esta gracia, es la última que os pido, ya que otra no pueda alcanzar.

—¿Y qué adelantaráis con que yo os escuche?

—¡Qué adelantaré!... ¡Ah!... Vos no lo comprendéis porque no amáis.

La reina miró a don Carlos tristemente, e hizo un esfuerzo para ahogar un doloroso suspiro. Empero, entreabrióse su hechicera boca como si fuese a sonreír, y en vez de sorpresa, un gesto de profunda amargura contestó al príncipe.

Este se pasaba en aquellos momentos las manos por su abrasada frente, y no se apercebía de aquel gesto tan significativo.

—Señora—prosiguió el desdichado—; el día en que os vi en brazos de mi padre se trastornó mi razón, y desde entonces no puedo explicar lo que siento. Os juro que he procurado con toda la fuerza de mi voluntad, fuerza que aabéis no es muy escasa, apagar esta pasión; os juro que he querido hacer triunfar los deberes de hijo sobre los celos de enamorado; empero han sido estériles cuantos sacrificios me he impuesto, cuantas luchas ha sostenido mi juicio con mi corazón. Siempre ha vencido éste, cada día ha palpitado por vos con más violencia, cada hora se ha avivado más el fuego que lo abraza.

—¡Don Carlos!—exclamó Isabel con tono suplicante.

—Señora, dejadme concluir; ya os he dicho que las palabras me ahogan. Tal vez no tenga otra ocasión como la presente para hablaros, y quiero que sepáis lo que siento cuando os miro, cuando me acuerdo de vos, que es noche y día, por si puedo haceros comprender lo que es una pasión como la mía, ya que vos no la habéis conocido.

—¡Callad, callad, siquiera en nombre de esa pasión!

—No, no callaré. Siempre me habéis visto obediente, sumiso a vos; pero ahora tengo tal nece-

gitud de hablar, que es superior a mi deseo de obedeceros.

Isabel sintió un ligero frío que recorría todo su cuerpo, y luego le pareció que su frente y sus mejillas se abrasaban.

Con Carlos prosiguió con arrebató:

—Cuando os veo, señora, siento encendérsame interiormente el pecho, oprímizeme el corazón hasta dejarme sin aliento. y...

—¡Por Dios!—le interrumpió la reina—. ¡Cállad, callad!

El príncipe abrió extremadamente los ojos, pasóse las manos por la frente bañada en sudor, y cambiando repentinamente el aspecto de su semblante, miró con tristísima quikura a Isabel y se dejó caer, como agotadas sus fuerzas en el respaldo del sillón que ocupaba.

—¡Perdonadme!—dijo con desfallecida voz—. La compasión que os inspiro os atormenta... ¿Qué derecho tengo para que me escuchéis? Ninguno. Mis penas, más son y a solas he de devorarlas. Pero estoy loco, señora, ya os lo he dicho. ¡Perdonadme, siquiera porque el tormento que os doy es el exceso del cariño que os tengo!

De los ojos de la reina brotaron dos lágrimas.

—¡Lloráis!... ¡Ah!... ¡Por Dios, no lloréis!—prosiguió con tierno afán don Carlos—. Esas lágrimas me matan, porque yo las saqué de vuestros ojos. ¡Antes hubieran sido gotas de sangre arrancadas de mi corazón! ¡Mencos doloroso me hubiera sido!... ¡Oh! ¡Dios mío, matadme, atormentadme, envidadme toda clase de desdichas, pero hacéda feliz, enmudeced mi lengua antes que haga verter nuevo llanto a sus ojos!

—No, don Carlos, vos no me hacéis llorar, son mis desgracias. Vos no sabéis ni adivináis lo que encierra mi corazón.

—¿Qué os falta para ser feliz? Esto lo he preguntado muchas veces. Os ama vuestro esposo, os respetan vuestros amigos, os adora vuestro pueblo... ¿Qué os falta para ser feliz?

—No intentéis saberlo si no queréis ser más desgraciado de lo que soy.

—¡Más desgraciado! ¿Puedo acaso serlo? Pa

declendo los dolores de un amor sin esperanza; los tormentos de unos celos que no se pueden desahogar con el desagravio; abandonado de todos, siendo mi padre mi mayor enemigo, y sintiendo acabarse mi vida en fuerza de mis tristes pesares, ¿puedo esperar mayores desgracias?

—¡Abandonado de todos!—repitió tristemente Isabel—. ¡Cuán injusto sois con vuestros amigos!

—¿Dónde están? Vos, señora, me queréis por compasión, y casi sería preferible que me odiárais si no me habéis de amar como yo os amo. A cuantos inspiro lástima, me demuestran también cariño; pero yo no quiero esa amistad porque me siento herido en mi orgullo de hombre.

—¿Olvidáis a Honorato Juan, vuestro tío el de Austria y a la infanta vuestra segunda madre?

—Tenéis razón; pero, ¿de qué me sirve su leal cariño? Es para mí un tormento, porque cuantos me aman son tan desgraciados como yo. ¡Y el único consuelo de mi vida, el que encalzaria, el que borraría todos mis dolores, que es vuestro amor, me lo niega la suerte!... Perdonad, vuelvo a hablaros de lo que os atormenta. Perdonad, que ésta es la última vez; pero permitidme que os pida un recuerdo a mi memoria cuando deje de existir, pero un recuerdo de ternura como la mía.

Los ojos del príncipe habíanse animado nuevamente.

—¡Anadme después que muera, y ésta sola esperanza me hará feliz!

Isabel de Valois inclinó la cabeza, miró a su alrededor como temerosa de que oyasen sus palabras, y al cubrirse sus mejillas de un subido carmín, dijo:

—¡Quizás, don Carlos, en algún tiempo, cuando os tenía prometida mi mano, debí encender en mi pecho la pasión que me pedís; pero hoy se abre a nuestros pies un abismo que nos separa; no intentéis pasar al opuesto lado, porque si a impulsos de un supremo esfuerzo consiguierais salvarlo, mi mano misma os precipitaría a su fondo.

El príncipe dejó escapar un grito, y con el semblante descompuesto por la emoción violenta que le habían producido las palabras de Isabel, chis-

peartas de pasión los ojos, sacos los labios por la fiebre de su amor, y palpitándole el corazón con violentos y desiguales latidos, se arrojó a los pies de la reina y cogió una de sus manos arrebatadamente.

—¡Vos me amáis!—exclamó.

Y estampó un apasionado beso en la mano que apretaba convulsivamente.

Levantóse súbitamente la reina.

Sus mejillas estaban en extremo pálidas y agitados sus miembros.

—Yo amo a mi esposo—dijo con voz insegura y ahogada.

—Vuestra lengua miente; yo creo a vuestros ojos, que me han dicho la verdad.

—Soy vuestra madre.

—¿Sois la mujer a quien adoro y una mano traidora me ha robado!

—¿Príncipe!

—¿Señora, compasión, que me estáis matando!

—¿No sois feliz con que os ame después de vuestra muerte? Yo también lo soy con la esperanza de que bendeciréis mi virtud cuando mi vida acabe. Antes que vos, moriré, yo os lo aseguro, porque me falta un consuelo que vos tenéis; pero si así no sucede, yo amaré vuestra memoria, os lo prometo.

Salió la reina del aposento, porque sentía que las fuerzas la abandonaban.

El príncipe quedó inmóvil por largo rato. Luego levantó la cabeza, miró a su alrededor como si quisiese conocer el sitio en donde estaba; levantóse y apoyándose en los muebles o en la pared, salió con lentos pasos para volver a su habitación.

Seguía como antes la misma mujer, cuyo andar era también inseguro.

Aquella noche habían padecido horriblemente tres corazones, sin que ninguno de ellos entreviese ni la más remota esperanza de alivio. Por el contrario, un porvenir de negras angustias se había presentado ante ellos.

Cuando el príncipe se hubo encerrado en su aposento, su enamorada espía murmuró:

—Será, puesto que así lo quiere. El la adora, ella le corresponde. Esa virtud de que ha hecho

alarde sucumbirá ante la fuerza de la pasión con que lucha. Pero antes lo estorbaré yo, aunque tenga que llamar en mi auxilio al infierno.

Y chispeando sus ojos en medio de la obscuridad de un pasillo por donde se internó, alejose precipitadamente.

Ya la conoceremos.

Dejémosla dormir ahora, si es que la rabia de los celos no ahuyenta el sueño de sus ojos.

CAPÍTULO XI

Cómo Ruy Gómez leyó, vaciló y al fin hizo lo que más le desagradaba

Densa palidez cubrió el rostro de don Ruy Gómez de Silva.

Luego corrieron por su frente algunas gotas de frío sudor.

Como al temerse haberse equivocado al interpretar la terrible carta, volvió a leerla.

Ya no le quedó duda.

Movióse de un lado para otro, porque experimentaba un malestar inexplicable.

Dobló el papel, lo guardó en uno de sus bolsillos, y dijo al fin:

—No tanto... ¡Oh!... Ya he dado sobradas pruebas de mi lealtad, y ahora...

Interrumpióse, y con muestras de agitación cada vez más profunda, dijo después de algunos minutos:

—Se me pide demasiado; el marqués de Bergen es mi amigo, y no puedo mirar con indiferencia su suerte. Si ha delinquido, que se le castigue, no me opongo; pero esto de hacerme a mí instrumento del castigo, así verdugo, es ya demasiado. ¡Vive el cielo!... Y aún pensando, la culpa es mía, por haber sido siempre demasiado bondadoso... ¡Oh!... Siquiera una vez he de mostrar energía, y tanta, que será imposible hacerme retroceder.

¡Pobre don Ruy!

Haciase ilusiones, que muy pronto debían desaparecerse.

Había nacido para ser instrumento de ajena voluntad, y no podía sustraerse a su destino.

¿Para qué se tomaba la molestia de cavilar, trazar planes y adoptar resoluciones?

No había de hacer sino lo que su esposa determinase.

Sin embargo, quiso ser feliz por algunos minutos, quiso engañarse y creer que a nadie se sometería en aquella ocasión.

Tener fuerza es la suprema dicha para el débil; ser valeroso es para el cobarde el sueño dorado, porque para la criatura es siempre lo más bello aquello que no posee.

El esclavo de su esposa, porque no era más que un esclavo Ray Gómez de Silva, se levantó y empezó a pasearse mientras decía:

—Hoy mismo le pediré al rey licencia para abandonar la corte, y si es preciso, le diré con claridad que reconozco mi insuficiencia para desempeñar con acierto estos gravísimos encargos, y que estoy seguro de cometer una torpeza. Se me indiga que pueda contar con el auxilio de otra persona que se me presentará muy pronto. ¿Y qué me importa? ¿Pues qué, mi conciencia ha de tranquilizarme porque otro me ayude? Y después de todo, ¿el resultado no es el que conviene a su majestad, yo quedaré en el mayor compromiso. Si a lo menos se me dijese: "Ese hombre es criminal, es peligroso para el reposo del Estado y conviene que desaparezca": entonces yo, cuando se me acusase podría responder: "He obedecido al rey, como es mi obligación, y nada más; he hecho lo que tiene que hacer todo buen vasallo". Pero no; no se hace así, sino que indirectamente se me hace comprender que un hombre estorbo y cuando quito el estorbo, todavía tengo que ir a demandar perdón, como si mi obediencia fuese un crimen, y el perdón se me otorga con mucha dificultad. No se me olvida lo que he sufrido desde que me quitaron el sombrero, hasta que lo recuperé; y es lo peor, que en vez de darme las gracias por haber aniquilado al más temible enemigo, tengo que mostrar gratitud, porque se me ha

perdonado, aunque el perdón haya sido a medias. Estoy decidido y ahora mismo iré a ver al rey, sin consultar con mi esposa, porque si le pido consejo...

Tuvo Ruy Gómez que interrumpirse, porque dieron algunos golpes en la puerta.

—¿Quién es?—preguntó con voz insegura.

—Señor—respondieron.

—¡Ah!... Me tranquilizo.

Abrió don Ruy, encontrándose con uno de sus criados, a quien preguntó bruscamente:

—¿Qué diablos te ocurre? ¿No sabes que quiero estar solo?

—No lo olvido, señor; pero...

—Acaba.

—Un hombre ha venido, y...

—Ya puede irse.

—Es que...

—Otro día me hablará.

—Como ha pronunciado el nombre de su eminencia...

—¡Su eminencia!—exclamó Ruy Gómez volviendo a palidecer.

—El señor cardenal...

—Entiendo, entiendo.

—Parece un pobre diablo, un pretendiente; pero...

—¡Oh!...

—¿Lo despidió?

—No, no.

Con desaliento profundo se dejó caer Ruy Gómez de Silva en un sillón.

En pocos instantes había desaparecido toda su energía.

El que se presentaba de parte del inquisidor debía ser el auxiliar de que hablaba el rey.

Sin embargo, todavía quiso Ruy Gómez hacerse la ilusión de que podría resistir.

Pocos minutos después se presentó el criado a quien ya vimos entregar las cartas a Espinosa cuando éste salía de la vivienda del marqués de Bergen.

Con demostraciones de humildad saludó aquel miserable.

—¿Qué queréis?—le dijo Ruy Gómez de Silva.

—Soy un buen católico—respondió el criado—, y un vasallo leal y dispuesto a todas horas a cumplir mis deberes.

—No lo dudo.

—Sirvo a uno de los diputados flamencos, el señor marqués de Bergen, de quien vuestra señoría es el mejor amigo.

—Es verdad, y me parece haberos visto alguna vez.

—Allí, en casa de mi noble señor.

—¿Y cómo se encuentra?

—Mal, muy mal. Soy el encargado de darle los medicamentos; lo observo constantemente y... ¡Pobre señor!... No vivirá—dijo el criado mientras exhalaba un penoso suspiro.

Ruy Gómez se sintió tan turbado que no acertó a pronunciar una palabra.

¿Cómo había de continuar aquella conversación?

—La situación era difícil.

El sirviente, después de algunos minutos y con triste tono, añadió:

—Debemos bendecir la mano del Omnipotente. ¿Quién sabe si la muerte es el mayor beneficio para mi noble señor?

—¿Y por qué?

—Tiene pedida licencia para volver a Flandes, y tal vez allí, rodeado de herejes, mal aconsejado, comprometido...

—El ejemplo es peligroso; pero al fin, el consuelo de morir entre su familia...

—Un gran consuelo para el señor marqués; pero un dolor más para su esposa. A pesar de todo, yo le devolvería la vida y... Las médicas no hacen nada, y he llegado a creer que ni siquiera entienden la enfermedad.

—Tal vez—dijo Ruy Gómez por decir algo.

Y volvieron a quedar silenciosos.

Para continuar lo mismo la conversación era inútil que se tomasen la molestia de hablar.

No se olvide que el príncipe de Elboli era amigo, verdadero amigo de Bergen.

Había pagado asesinos que acabasen con la

vida del marqués de Poza: pero le faltaba el valor para hacer lo mismo con el noble flamenco.

De repente brillaron los ojos del caballero, que se puso en pie y exclamó:

—¡Basta!

—No entiendo—dijo el criado mientras fijaba en Ray Gómez una mirada de profunda extrañeza.

—¿Quién os envía?

—Nadie.

—Habéis dicho que el señor cardenal Espinosa...

—Es un santo, y nadie lo duda.

—Acabemos: ¿qué queréis?

—Lo que más convenga para mi noble señor; y como su mejor amigo es vuestra señoría, y como también vuestra señoría tiene dadas tantas pruebas de celo por nuestra santa religión, y así lo recuerdo su eminencia y se complace en decirlo a todo el mundo...

—¿Adónde vais a parar?

—Según entiendo, su majestad el rey nuestro señor, a quien Dios dé muy larga vida, se ha dignado conceder a mi amo la licencia que tiene pedida.

—Y si su salud se lo permite...

—Mi noble amo se irá, a menos que...

—Acabad.

El criado inclinó la cabeza y dijo sencillamente:

—Espero las órdenes de vuestra señoría.

—¡Mis órdenes...!

—Si ninguna quiere darme vuestra señoría, ire a preguntar a su eminencia para qué me ha mandado venir.

—Pues bien, decidle que ya para nada os necesita.

—Vuestra señoría me perdonará; pero como toda criatura puede equivocarse, y más quien tiene que pensar en muchos y muy graves negocios, como a vuestra señoría le sucede...

—Sé lo que digo—replicó el caballero.

Pero no bien hubo pronunciado estas palabras, cuando se levantó la cortina que cubría la puerta, y uno de sus criados se presentó, mostrando un paquetito envuelto en papel lacrado.

—¿Por qué vienes sin que yo llame?—preguntó muy ásperamente Ruy Gómez de Silva.

—Es que mi noble señora me manda...

—¡Mi esposa!—murmuró el caballero con sorda voz.

Y su frente se contrajo más de lo que estaba, y se hizo más densa su palidez.

Maquinalmente tomó el paquete y se sentó.

Sentíase anonadado.

Rompió el papel y encontró una preciosa cajita de oro.

Su criado desapareció.

El otro permaneció inmóvil.

Temblaban las manos del caballero.

Esperaba encontrar la voluntad inflexible de su esposa dentro de aquella caja.

La abrió, y efectivamente vió un puno de cristal muy pequeño y de color de topacio, y un pedacillo de papel, donde con menuda letra había escrito lo siguiente:

"Basta una sola gota.

"Llegan momentos en que retroceder es morir.

"No hay mujer que en algo se estime que pueda amar a un hombre cobarde."

Ruy Gómez de Silva se restregó los ojos y volvió a leer.

Lívido se tornó su rostro.

Frió sudor corrió por su frente.

Apenas se concibe hasta qué punto la princesa de Eboli dominaba a su marido; apenas se concibe la influencia casi omnipotente que ejercía sobre él.

Unas veces con caricias, otras con la terrible amenaza del desdén; ya con una mirada de fuego, ya con un gesto de glacial indiferencia, aquella mujer, que en el alma tenía a Satanás y de Satanás poseía la incostrastable fascinación, hacía con su marido lo que pudiera haber hecho con un instrumento cualquiera.

¿Cómo no había de dominar a Ruy Gómez, espíritu débil y mezquino, cómo no había de dominarlo la que dominó al tirano de dos mundos y enloqueció al ministro Antonio Pérez?

Ya no era posible que el caballero vacilase.

Le era forzoso obedecer a una fuerza muy su-

perior a la de su voluntad, si es que voluntad puede decirse que aquel hombre tenía.

No sabemos si a pesar de todas sus ruindades y de todos sus crímenes era digno de compasión.

Tomó el panito y lo miró con espanto.

—Acercáos—dijo luego con voz oscurcelda.

El criado del marqués dió un paso.

—Basta una gota—añadió Ruy Gómez—, pero poned dos...

—Por si acaso, todo.

—Idos idos—dijo el caballero al poner el veneno en manos del sirviente.

No hablaron más.

El criado salió.

Ruy Gómez arrojó al fuego de la chimenea el papel escrito por su esposa.

—Blen, muy bien—murmuró—. ¿Mo pedirá Dios cuenta de estos crímenes?... ¡Oh!... Y ahora he de ir a ver a mi despachado amigo, y llevarle un gran consuelo, diciéndole que puede volverse a Flandes, donde lo espera los brazos amorosos de su esposa y las caricias angelicales de su hijo... Esto es demastado, es mucho para mí... ¡Y ya no puedo retroceder!

Antes de salir quiso Ruy Gómez hablar con su esposa, pero le dijeron que ésta acababa de ir a la cámara de la reina.

CAPITULO XII

El gran viaje

Cuando una hora después Ruy Gómez de Silva le daba a su amigo la grata noticia de que el rey le había concedido la licencia para volver a Flandes, el desdichado marqués, exclamó:

—¡Dios truéla la vida!

Poco antes le había enviado la muerte.

Das lágrimas de inmensa ternura se escaparon de los ojos de Berger.

—¡Esposa mía...! ¡Hijo de mi alma!—exclamó, mirando el retrato—. Moriré, pero entre vuestros

brazos, escuchado vuestras palabras dulcísimas... Y recogeréis mi último suspiro, y cerraréis mis ojos... No, no moriré, porque el Omnipotente escuchará vuestras súplicas, y vivirá para vosotros.

Luego cogió las manos de don Ruy, se las estrechó fuertemente y le dijo:

—Gracias, amigo mío, gracias... Jamás podré pagaros este beneficio. ¡Ah!... Dios os bendiga y os dé felicidad en este mundo y bienaventuranza eterna en el otro.

Por instantes recobraba las fuerzas el marqués.

En cambio Ruy Gómez de Silva estaba profundamente turbado.

No acataba a responder.

Sentíase horrorizado, aunque procuraba tranquilizar su conciencia, empeñándose en creer que no era suya la responsabilidad de la muerte de su amigo, sino del rey que había pronunciado la sentencia.

—Domináos y sosegáos—fue lo único que pudo decir después de algunos minutos—, que la conmoción de una alegría puede haceros mucho daño.

—¡Si comprendierais hasta qué punto me habéis hecho feliz...!

—Bien o mal, el rey es lo hace, no yo, tenedlo entendido.

—En mi favor habéis empleado vuestra influencia.

—Por la salvación de mi alma es juro que he querido cumplir los deberes de la amistad: pero desgraciadamente mis esfuerzos...

—No deseo más, mi buen amigo.

—Sobre mi voluntad hay otra y... A todos ha de juzgarlos el Omnipotente... repuso don Ruy con una intención que no podía comprender su infeliz amigo.

Y se puso en pie.

—¿Tan pronto os váis?

—Su majestad me espera.

—Dadle en mi nombre las gracias, y decidle que deseo vivir para probarle que soy un vasallo leal.

Saló Ruy Gómez.

Pocos momentos después, se presentó el traidor

criado con una copa donde había un líquido blanquecino.

—Nada quiero—le dijo el marqués.

—Señor...

—Ya tengo cuanto necesito para recobrar la salud.

—Dios lo quiera.

—Atráete—repuso el marqués con dulzura—; quiero que participes de mi alegría. ¡Cuán feliz soy!... Ahora me parece que amo más a los que me rodean, y tú, más que un criado, eres un amigo. A todas horas te he visto a mi lado, y cuando la fiebre me devoraba y trastornaba mi razón... No sé explicar lo que siento... ¿Me acompañarás, Andrés?

—¿Adónde, señor?

—A Flandes, a mi patria, donde está mi esposa... ¡Ah!... Y allí también me espera mi hijo... Tú no puedes concebir lo que es el corazón de un padre. Algún día lo sabrás, porque soy rico; haré tu fortuna y te casarás... Sí, Andrés, tengo contigo una deuda de gratitud. ¿Qué sería de mí sin tus cuidados?

—¡Emprender un viaje ahora!...

—Sí.

—Es imposible, señor.

—Ya me ha concedido el rey la licencia que antes me negaba.

—Me parece que...

—No me engaña el deseo, ya lo verás.

—Me felicito...

—Que se prepare todo inmediatamente, porque mañana mismo partiremos. Si no puedo montar a caballo, iré en coche; y donde el camino no lo permita, en silla de manos; pero iré, abrazaré a mi esposa y a mi hijo, y luego... ¡Qué sea lo que Dios quiera!

—Pero este medicamento...

—No lo necesito, Andrés, no lo necesito.

—Siempre conviene...

—No, no—interrumpió el marqués—. Lo que yo quiero es que todo se prepare y que tú no me abandones. Cuando me encuentre al lado de mi esposa, podrás hacer lo que mejor te parezca, menos bu-

car otro año, porque no tendrás necesidad de servir cuando seas dueño de mil florines de oro que te daré en pago de tus servicios.

Pálidó el rostro del traidor y temblaron sus manos hasta el punto de que saltó muy poco para que se derramase el líquido que contenía la copa.

¿Se sentía atormentado por la conciencia?

No, sino despechado porque había sido torpe. El marqués le ofrecía mil florines de oro como recompensa a su lealtad, y por ser traidor, por cometer un crimen, no habían de darle tanto.

Acababa de comprender que siendo honrado ganaría mucho más, es decir, que había perdido un buen negocio, echando además sobre su conciencia un gran peso.

Lo que no había podido hacer la virtud lo hizo el interés en el alma de aquel miserable.

¿Le era posible aún cambiar de conducta?

Posible sí, puesto que nadie les estorbaba que velase el terrible secreto al marqués; pero era muy peligroso.

Andrés dudó.

—Deja esa copa—le dijo el marqués.

El sirviente obedeció, poniendo la copa en una pequeña mesa que había junto al lecho.

—Ocupate de los preparativos en seguida.

Salió Andrés, no para hacer lo que su señor le había mandado, sino para meditar y adoptar una resolución.

Cuando estuvo solo empezó a discurrir así:

—La recompensa que ha de darme el cardenal es muy dudosa, y en todo caso ha de ser mezquina, porque esa gente de sotana cree que todo lo ha pagado con una bendición. Supongamos que le digo al marqués la verdad. ¿Qué sucederá? Aprovechará estos momentos para ocultarse, y como yo le ayudaré para hacerlo así, además de haberle salvado la vida, en vez de mil florines, me dará dos mil o Dios sabe cuánto, y una vez rico, me irá a vivir fuera de España, y me teiré de todas las intrigas. Le confiscarán los bienes al marqués, y más o menos tarde caerá en las garras de nuestro rey; pero ¿qué me importa?

Siguió discutiendo así el criado.

Una hora después, estaba decidido a salvar a su señor.

No pensaba decirle la verdad completa, sino solamente que se le había sentencedo a morir, y que querían envenenarlo, haciéndole comprender la urgente necesidad de huir y ocultarse.

Ante todo era menester tirar el veneno.

El miserable traidor volvió al dormitorio del marqués, fiando la mirada en la mesa.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener un grillo de terror.

¡La copa estaba vacía!

—Ya te he complacido—dijo el caballero.

—Señor—balbuceó el criado—, el medicamento...

—Lo he tomado al fin; tuve sed y... ¿de qué te admiras?

—Nada, pero...

—Te he dado una prueba de docilidad, ya lo ves.

Tan turbado se sintió el sirviente, que no pudiendo disimular, no sabiendo qué decir, salió del aposento.

El crimen estaba consumado.

No había salvación posible para el marqués.

Pasaron tres horas.

El noble fiamenco llamó para decir que fuesen en busca del médico, porque se sentía muy mal.

La ponzoña empezaba a producirse sus efectos.

El médico no comprendía la causa de la alteración tan grave y repentina.

Recetó; pero inútilmente.

Por instantes se agravaba el enfermo.

Cuando llegó la noche, ya no quedó duda de que moriría muy pronto, y fue preciso decirle que se ocupase en arreglar sus asuntos, y en prepararse para dar cuenta de sus acciones al Omnipotente.

Lo que el marqués sufrió no se concibe.

¡Morir precisamente en los momentos en que ningún obstáculo se le ponía para que fuese a reunirse a los seres a quienes tanto amaba!

El tormento moral era mil veces más horrible que el físico.

Envío un recado a Ruy Gómez, suplicándole que fuese a verlo; pero el cortesano respondió que hasta el día siguiente le sería imposible salir de palacio.

porque estaba ocupado en cumplir órdenes urgentes de su majestad.

Tenía el do Eñotí la esperanza de que su desgraciado amigo muriese aquella noche; pero se equivocó, y a la mañana siguiente le fué ya preciso cumplir su deber y salvar las apariencias.

Encontró al marqués en la agonía. Sin embargo, el infeliz pudo estrechar la mano de su ruin amigo, de su verdugo, y suplicarle que protegiese a su familia para que no le hiciese pagar culpas que no había cometido.

Apenas pronunció algunas palabras Ruy Gómez.

Sentíase medio abogado.

Le hacían sufrir críblemente las palabras cariñosas y las demostraciones de ciega confianza del marqués.

Por fin este exhaló el último suspiro.

Ruy Gómez de Silva se apresuró a salir de la casa para volver al lado de su esposa.

—¡Oh!—exclamaba—. Esta es la última intriga en que tomo parte. Quiero a toda costa tranquilidad.

Tampoco entonces había de cumplir su propósito.

CAPÍTULO XIII

Donde se da a conocer un nuevo personaje

No se divisaba en el horizonte ni la más ligera nube.

Donaba el sol las ardientes cumbres de los montes, plateaba las cristalinas trenzas de los arroyos, y hacía brillar como espejos las pizarras que cubren los campanarios y las redondas cúpulas de las iglesias.

Ese domingo, y en las afueras de la puerta de Segovia y en las orillas del Manzanares, bullían millares de personas de ambos sexos que se disponían alegremente a preparar un cabrito o un par

de gallinas para comerlos sobre la hierba, o que se paseaban disfrutando del agradable calor del sol de aquel sereno día.

El mayor número de aquellas personas pertenecía a la clase obrera. Todos iban engalanados con sus mejores vestidos, y en sus rostros se pintaba la alegría, salvo en alguno, cuyas narices, por desgracia de fino olfato, percibía el olorillo de la carne asada, regalo que en mucho tiempo no había fortalecido su estómago.

Por la parte del Campo del Moro, veíase en una ventana del alcázar real la cabeza de una mujer que contemplaba distraídamente la muchedumbre que se esparcía en la llanura.

Tendría aquella mujer treinta años, pero su tersa frente y sus mejillas conservaban toda la frescura de su primera juventud, y sus ojos todo el fuego de sus primeras pasiones.

Era hermosa, muy hermosa.

Además de los atractivos de su belleza, tenía los de su estudiada coquetería, esos atractivos que llegan a poseer algunas mujeres de cierta edad, debido a la experiencia en amorosos achaques; atractivos que vienen a suplir los que se perdieron de la inocencia, de la candidez, de los pocos años.

Los ojos de aquella mujer eran grandes, negros, expresivos, de atrevido mirar, imponente a veces, a veces dulce y embriagador. Ancha su frente y recta su nariz. Su boca, de rojos labios y blanquísimos dientes, siempre un poco entreabierta, daba a su rostro mayor expresión de profundo desden, de picante mofa o de provocativa gracia.

Penetrando en el aposento en que se hallaba, podía verse que era de elevada estatura, y adivinarse que pertenecía a la primera nobleza, según la altivez de su continente y la riqueza de su vestido y adornos.

Era, efectivamente, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, esposa de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli.

En su expresivo semblante se revelaba una inteligencia no común, a la vez que un impetuoso ardiente en toda clase de pasiones.

Ya dímos de esta mujer una ligera idea cuando

déjmos que su esposo era un instrumento de sus locuras. Añadiremos ahora, que sin ella, habría festinado en la corte de Felipe II el alma de la intriga, a la murmuración y a toda clase de enredo.

Eran de todas conocidas sus artes; pero fascinadora como la sirena, vencían sus atractivos la más cuidadosa prevención, y no había quien, con el propósito más firme de guardarse, no se dejara llevar tras sus hábiles engaños.

Olvidamos decir que el leve, muy leve tinte moreno de su cutis daba a su belleza mayor gracia, la hacía más arrebatadora.

Cuando la princesa al cabo de algunos momentos se hubo cansado de estar a la ventana fué a recostarse en un diván forrado de terciopelo azul y guarnecido con franja de oro, que formaba parte de los lujosos muebles de aquella habitación; extendió, cruzados graciosamente, sus diminutos pies, entre el largo pelo de una piel de oso, blanca como el armiño, y sobre la cual resaltaba el color café de su calzado bordado de oro. Arrojó, en desiguales arrugas, su vestido de seda del mismo color de sus zapatos, y con adornos de alamares y trenzillas del precioso metal, y apoyando en una de sus manos la cabeza, quedó pensativa.

Después su semblante fué cubriéndose de una sombra de profunda tristeza, y cuando parecía que de sus ojos había de brotar dos lágrimas, fué desapareciendo gradualmente aquello dolorosa expresión, para dar lugar a otra completamente opuesta de odio, de coraje y de rabioso despecho.

Eran dignos de observarse los cambios de aquella fisonomía, y la verdad con que en ella se pintaban alternativamente todos los sentimientos.

Enderezóse su talle con un movimiento de varonil energía, salió de sus ojos una terrible mirada, y luego exclamó:

—¡Antes lo mataría yo misma! El triunfo siempre es mío, si no de mi despo, de mi venganza, y antes que dejarme vencer, me clavaré en el corazón un puñal.

Púscase ambas manos sobre el pecho, oprimióselo, y prosiguió:

—¡Corazón, corazón! ¿Por que te encendiste en

un amor que ha sido despreciado? ¡Si no eres digno de mí, yo te arrancaré, y en mil pedazos hecho sabré pisarte con toda la fuerza de mi enojo, con todo el orgullo de mi alma, con cuanto desprecio me inspira tu debilidad!.. Pero no; tu serás, como siempre, el corazón de doña Ana de Mendoza, obediente a sus mandatos, sumiso a su voluntad.

Hizo luego un esfuerzo y exclamó.

—¡Tranquilízate!

Y recostándose nuevamente, fué serenándose su rostro hasta que apareció tranquilo.

A tiempo compuso su exterior, porque en aquel instante apareció su esposo, que aun no había podido dominar su violenta agitación.

—Guárdeos el cielo — al entrar.

Y dando un beso en el rostro de doña Ana, sentóse cerca de ella en un sillón.

—Parece que estáis triste— le contestó la princesa.

—Tal vez.

—¿Qué os sucede?

—Me cansa ya la corte.

—¿Que os cansa la corte?

—Sí, porque cada día se aumentan las intrigas, las conspiraciones..

—Ahora empezáis.

—Si no me retiro a mis tierras a vivir tranquilamente a vuestro lado.

—No haréis tal—le dijo doña Ana,

—¿Por qué?

—Porque donde quiera que vayáis os amenazaré la muerte, y es preciso que antes de adoptar otra vida exterminemos a nuestros enemigos.

Ruy Gómez hizo un gesto de mal humor.

—Siempre lo mismo—dijo—. No hemos salido de un enredo cuando otro se presenta.

—¿Os quejáis de mí?—preguntó la princesa mostrándose ofendida.

—No me quejo de vos; pero quisiera que no os ocupáseis de nada de lo que sucede en palacio..

—¿Soy acaso vuestra pupila, o vuestra esposa?—contestó doña Ana con altivez.—¿Así ogradecéis el interés que me tomo por vos? ¿Cuántos lazos os han

tendido que yo no haya desbaratado? ¿A qué si no a mis consejos debéis el favor de que gozáis? ¿Quién ha menguado la influencia de Antonio Pérez que iba eclipsando el sol de vuestra fortuna?

—Bien, señora, es verdad; pero si no hubiesen habido intrigas no hubiese yo tenido enemigos.

—¡Y queréis vivir en la corte, gozar del favor del rey y no mezclaros en intrigas! Hoy está trastornado vuestro corazón por algún pesar. ¿Qué mal habéis hecho al príncipe? Ninguno; y, sin embargo, os aborrece y hará que os asesinen si no os defendéis, es decir si no intrigáis.

Euy Gómez se pasó las manos por la frente...

—Tenéis razón —dijo—. Mi cabeza está trastornada hoy. ¿Sabéis lo que pasa?

—¿Qué?

—El marqués de Bergen acaba de expirar entre mis brazos invocando el nombre de su esposa y de su hijo y... esto me ha afectado.

—¡Pobre marqués! —dijo doña Ana, haciendo un gesto de fingida compasión.

—Señora, el marqués era mi amigo leal, y sus opiniones políticas no podían amenguar el cariño que yo le tenía.

—¿Acaso le habéis dado vos la muerte?

—¡Yo!... Bien sabéis que no, señora.

—Entonces...

—¿Y por eso no he sentir su desgracia?

—Vuestra conciencia está tranquila, y por consiguiente...

—Por consiguiente, me fastidio en la corte, os lo repito.

—Bueno es —repuso la princesa—, que demostréis sentimiento por la muerte del marqués; siempre es bueno guardar las apariencias...

—¡Señora!

—¿Necesitáis que os enseñe vuestro papel?

—Estáis hoy terrible.

—Eso mismo me decíais hace dos días.

—Y, sin embargo, seguí vuestros consejos.

—¿Os pesa?

—Sí, me pesa.

—¿No tenéis ahora un enemigo menos?

—Pero tengo un remordimiento más.

—¿Preferís vuestra ruina?

—¿Y quién os dice, señora, que el marqués de Poza hubiera sido la causa de ella?

—¿Aun no estáis convencido que era la más poderosa ayuda del príncipe? ¿Que no hubiera llevado éste a cabo contando con aquél?

—¿Y no pensáis vos las fatales consecuencias que puede traer el haber tomado el nombre del rey?

—Si lo hubiérais hecho como cosa vuestra, todo el peso del crimen hubiera caído sobre vos y fingiendo como habéis fingido obedecer las órdenes de monarca, nadie se atreverá a exigirle a éste la responsabilidad de la muerte del marqués.

—¿Y si se sabe que he abusado de su nombre?

—Nadie habrá que se atreva a decírselo. Ya comprenderéis que vuestro temor es una quimera.

—Dejemos este asunto—replicó el de Ebofi.

—Tenéis razón; el tiempo que hemos de gastar en discutir lo que ya hemos hecho, puede emplearse en discutir ahora lo que debemos hacer.

Ruy Gómez hizo un gesto de mal humor y repuso:

—¿No estáis cansada de tanta intriga?

Mirólo desdeñosamente su esposa, y le dijo:

—¿Habéis pensado haceros partidario del príncipe para sustituir al marqués?

—Ya no quiero ser partidario de nadie.

—¿Estáis decidido a sufrir resignado vuestra ruina?

—¿Y por qué han de arruinarme?

—Porque la guerra está declarada abiertamente, y no hay más que vencer o morir.

—No siendo contrario de nadie me dejarán en paz.

—Os dejarán en paz cuando os hayan asesinado.

—Exageráis, señora.

—¿No creéis al príncipe capaz de todo? ¿Qué le había hecho el cardenal Espinosa para amenazarle con su mismo puñal? ¿Acaso no intentó también hundirlo en el pecho del duque de Alba? ¿El que atentó contra la vida de un príncipe de la Igle-

gla y uno de los primeros nobles de Castilla, no atentará contra la vuestra? El que no respeta la religión; el que en nada tiene las más altas dignidades; el que declara a su padre mismo la más traidora guerra, es capaz de todo, porque o está loco no tiene corazón.

Ruy Gómez quedó silencioso y meditabundo.

—¿Queréis, pues permanecer tranquilo?

—Tan aturrido estoy, señora, que ya no sé lo que quiero.

—Bien—replicó doña Ana, cuyos ojos se animaban más. — Perded el tiempo con vuestra indecisión; dejad que vuestros enemigos se preparen, que os den el último golpe, y entonces vendréis a mí para que os aconseje, para que os saque del apuro. Pero entonces ya no habrá más que sucumbir y verlas gozar en su triunfo, si para ello os dejan con vida.

—¿Y qué hemos de hacer?—replicó con impaciencia Ruy Gómez.

—¿Qué hemos de hacer!... Inutilizarlos, defendernos, he ahí lo que tenemos que hacer.

—¿Olividáis que se trata del heredero del trono?

—Se trata de un enemigo, y nada más.

—Con el que no podemos hacer lo que con el marqués de Poza.

—Por de pronto—replicó doña Ana—podemos defendernos.

Ruy Gómez inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo. Su esposa se levantó, y asiendo violentamente de un brazo, obligó a acercarse a la ventana.

—¿Veis—le dijo—ese pueblo que bulle a nuestros pies?

—¿Y qué me importa ese pueblo?

Los ojos de doña Ana brillaron extraordinariamente:

—¿Qué os importa ese pueblo? Haced la guerra a medias al príncipe, no penséis sino en que se le encierre en una prisión, y entonces, ese pueblo se agrupará en derredor de ese alcázar y pedirá la cabeza de Felipe II, y sacará en sus hombros triunfante a don Carlos y lo aclamará por su rey, porque

hoy le llama su padre, le da el dictado de generoso, de noble, de protector de los desvalidos.

—Contra ese pueblo hay lanzas y arcabuces.

—No, porque tras esos que vais irán muchos y luego los de Flandes y toda la Europa, y los arcabuces serán del que tenga más partido, y harán fuego sobre el más débil. Y entonces las hogueras que hoy se encienden para quemar herejes, las encenderán éstos para quemar a los católicos. Y los cadalsos que se levantan ahora para la traición y la rebeldía se levantarán para vos y para mí, porque entonces seremos considerados rebeldes y traidores, y yo seré ultrajada, y el último villano y el más criminal de los asesinos, recibirá en premio de su adhesión al rey nuestros títulos y riquezas por éste confiscadas.

—¡Oh, no! — exclamó Ruy Gómez —. Eso no puede suceder.

—Sucederá porque sois débil, porque no tenéis valor ni aun para defenderos.

—¿Me llamáis cobarde?— dijo Ruy Gómez levantando la cabeza con orgullo.

—¿Y qué es sino cobardía declararse vencidos al principio de la lucha?

—Señora, señora...

—Dejadme.

—Y bien, ¿que hemos de hacer?—exclamó el de Eboli como desesperado.

—¿Aun no me habéis comprendido?—replicó con amargura Doña Ana.

Su esposo se estremeció.

—¡Sangre!—murmuró sordamente.

—¿Acaso os pido que la derraméis? ¿No es el príncipe don Carlos un hereje un traidor a su rey y un mortal enemigo de su padre cuya honra ni siquiera ha respetado? ¿Pues por qué no ha de recibir el castigo de sus crímenes? ¿Acaso su noble estirpe le da derecho para ser impunemente criminal? ¿No es bien conocida la severa rectitud de Felipe II? ¿Por qué, pues, ha de extrañarse que castigue a su hijo?

—¿Y quién se lo propone?

—¿Sabéis de que yo os conteste, decidme si estáis decidido a obedecer.

—¿Y si me niego a ello?

—Ya sabéis lo que os espera.

Ruy Gómez dió algunos pasos por la habitación, y luego dijo.

—Estoy decidido a todo.

—Entonces— repuso doña Ana—, combinemos nuestro plan.

Y luego se sentó tranquilamente. Aquella mujer extraordinaria, genio del mal en la corte de Felipe II, causa de tantas desgracias, estaba dotada de una voluntad firme, sin igual, que dominaba todos sus arrebatos a impulsos de sus rodeos, o se dejaba llevar de sus ímpetus cuando quería arrebatar a los demás.

Bien sabía la noble dama que había de vencer la resistencia de su esposo, y que éste sería, como siempre había sido, el instrumento ciego de su voluntad y de los caprichos de su orgullo. Unas veces dominado por la pasión que le inspiraba su esposa, y otras por el temor de que ésta se separase de su lado, nunca el príncipe de Eboli tuvo propia voluntad, viéndose siempre obligado a ahogar sus buenos instintos.

Después de algunos momentos de silencio, prosiguió doña Ana:

—No es menester que aconsejéis al rey que castigue a su hijo; basta sólo con que hagamos de manera que llegue a comprender, a convencerse de que el príncipe atentó contra su honra de esposo y contra sus derechos de monarca. En esto no haremos más que prestarle un servicio a que estamos obligados como vasallos leales. Yo creo que en un momento dado firmaría don Felipe una sentencia de perpetuo encierro contra su hijo.

—Y aun de muerte, si llegasen a probarse los extremos que habéis indicado.

—En cuyo caso, ni vos, ni yo, ni nadie tendría responsabilidad alguna, porque el rey está en su derecho de castigar al príncipe como a hijo y como a vasallo.

—¿Y con que medios contamos para llevar a cabo ese proyecto?

—Los medios yo los buscaré; sólo os pido que cuando se necesite obrar no vaciléis.

—Entre mi cabeza y la de don Carlos, la elección no es dudosa.

—Ma place que hayáis comprendido la cuestión.

—Proseguid.

—Por ahora no tenéis que hacer más sino cumplir las órdenes del rey, espiando cuidadosamente a Montigny.

—¿Y en cuánto a la reina?

—El príncipe se obstina en que ella corresponda a su amor. Anoche fué a visitarla; los seguí, y escuché cuanto hablaron. Ella quiso hacer alarde de su virtud; pero confesó al fin que lo amaba. El rey puede tener noticia de estas entrevistas y aun sorprender alguna, y entonces el esposo ultrajado, y ultrajado por el hijo; el rey deshonrado por el rival de su amor y de su autoridad; el hombre herido en la fibra más honda de su corazón, hará todo lo que puede hacerse para satisfacer su venganza.

—Es verdad, pero los médicos...

—Mañana a El Escorial. Allí hay jardines que inspiran amor y un cielo puro y una soledad que arrebatan la mente de los enamorados.

—Y nada de extraño tiene— interrumpió Ruy Gómez,—que Laya oja que miren y oídas que escuchan lo que se hace y dice.

—Venceremos—exclamó doña Ana con alegría.

Y acercándose a su esposo, reclinó en un hombro de éste su hermosa cabeza, y abrasando con el fuego de los suyos los enamorado ojos de don Ruy, prosiguió:

—Quiero que iniquilemos a nuestros amigos y no pensar después sino en amores.

CAPÍTULO XIV

Quién era el diablo de palacio

Cerca de las habitaciones de la reina, había una cuyas rejas daban a un espacioso patio con aspecto de jardín, porque en él crecían multitud de plantas llenas de flores en la primavera.

Aquella habitación, con paredes tapizadas de

tela de seda color de rosa con listas blancas, con preciosos y variados muebles, y adornada con más gusto que ostentación, era la que ocupaba la bellísima Blanca, doncella de Isabel de Valois. Tenía el aposento una puerta de entrada, y otra que conducía al interior donde se hallaban los dormitorios.

Ocupaban aquellos dormitorios, uno la doncella, y el otro un paje que estaba a su servicio.

Tras de un armario de la habitación, había una puerta secreta. Allí veremos si era verdad.

Las once de la noche serían.

Era el primer día que Blanca se levantaba del lecho, donde la había tenido una violenta fiebre.

La reina la había visitado, porque la quería como si fuese una hermana o una hija.

Cerca de un brasero de cobre donde brillaba un montón de carbones encendidos, hallábase la doncella sentada en un ancho sillón con forro de tafelè azul y grandes clavos dorados.

Su esbelto tallo estaba envuelto en una larga túnica de seda morada con listas negras. No llevaba ni el más sencillo adorno.

Los dorados cabellos de la joven estaban recogidos atrás con un cordón que sujetaba a la vez la trenza que formaban.

Sus mejillas estaban pálidas en extremo y apagado el brillo de los ojos; sus miembros estaban enervados por la debilidad, y sus movimientos eran pausados.

Cerca de ella, y recibiendo en el rostro el lleno de la luz de la lámpara de bronce que había sobre una mesa, hallábase también un joven de rara e interesante belleza.

Tendría quince años.

Bajo sus arqueadas cejas negras movíanse sus grandes ojos, negros también como el azabache, brillantes como carbunclos, y expresivos como las palabras del primer amor. La frente era ancha y despejada, pero a pesar de sus pocos años, arrugábase fácilmente. Su delgada nariz era levemente agullaña, y su boca de frescos y rosados labios, movíase con tanta gracia para hablar, que al escucharlo dejaba siempre suspenso el ánimo de sus

oyentes. Algo moreno era su cutis, pero esto nada quitaba a su belleza.

Observando atentamente el semblante de aquel hermoso niño, notábase las señales de un desarrollo intelectual precoz, hasta el punto de ser peligroso.

Sus formas eran esbeltas y denotaban mayor agilidad y fuerza que la propia de su corta edad.

Vestía de terciopelo encarnado con botones de oro, y el cinturón de tafete del mismo color, con ribetes de galón también de oro, pendía una daga de estrecha hoja con empuñadura de plata, que remataba en su parte superior con una roseta de diamantes.

El talento y la gracia de aquella criatura hacéndole hecho tan célebre en la corte, como si hubiera sido un personaje de importancia.

Era de carácter vivo, de imaginación fecunda. Recibía continuamente chanzas de todos los cortesanos, y para contestar, siempre había un chiste en la punta de la lengua, o más bien una picante alusión. Aunque muchas veces hería el amor propio de algunos señores, queríanlo todos y aun el mismo rey le había cobrado particular afición, intentando en varias ocasiones llevárselo a su servicio: pero Blanca se había negado siempre a esto, porque amaba al paje como a un hermano.

Tenía muchos por atolondrado, según el aturdimiento que se advertía en casi todas sus acciones; pero observado cuidadosamente, y en particular cuando estaba solo, se hubiera creído, al verlo meditar con el ceño adusto, que era un hombre de madura experiencia con las formas de un niño.

Presentábase ante todos sereno, burlón y altivo, y nunca pudo nadie conseguir ni aun el mismo rey con toda su severidad, turbar su ánimo, alterar con la confusión su alegre semblante, ni hacerle bajar la cabeza sino para saludar.

Como todos lo seres extraordinarios, el hermoso paje tenía privilegios, nadie se los había concedido; pero tampoco nadie se los negaba. Tenía franca entrada en todas partes y a todas horas, sin exceptuar las habitaciones de los reyes ni de las damas, y éstas jugaban con él tan descuidadamente como se juega con un niño.

No había rincón del alcázar donde no se le encontrase cuando menos se le esperaba, ni puerta secreta que lo fuese para él. Lo mismo le sucedía con respecto a las personas, pues conocía con todos los detalles la historia de cuantos nobles de más o menos categoría entraban en el palacio real. No era extraño, porque escuchaba todas las conversaciones, espía las acciones de todos, y no había intriga de que no estuviese al corriente, ni noticia que él no hiciese cundir el primero. Nadie se reservaba de él, de nadie era temido, porque no había quien pensase que bajo aquel infantil exterior, y entre aquella alegría y loco aturdimiento, se abrigase un corazón de hombre maduro, hubiese una imaginación pensadora y de tan recto juicio como si fuese hija de los muchos años.

La historia de aquel niño no tenía nada de extraordinaria. Su padre había sido un hidalgo pobre, honrado y valiente; que había muerto al servicio de su patria, encargando el cuidado de su hijo, ya huérfano de madre, al padre de Blanca, su amigo y protector. Este murió poco después, y su hija y el de su amigo quedaron de corta edad. La niña poseía un patrimonio que producía buena renta, y era noble; el niño era pobre y no más que simple hidalgo, de nombre poco ilustre. Blanca fué educada por un tío suyo como correspondía a su clase, y el huérfano sirvió de paje, desde la edad de seis años, a la esposa del tutor.

Por muerte de los tíos de la doncella volvió ésta a quedar sola, y recomendada a Isabel de Valois, entró en su servidumbre, llevándose consigo el huérfano.

Esta es la historia del naje.

Su nombre de bautismo era Luis; el de su familia López, aunque muchos le llamaban Avispa, o bachiller avispa, por lo picante de sus palabras.

Hallábase como hemos dicho, cerca de la doncella, recostado en un sillón, y en aquellos momentos su mirada era triste.

Largo rato permanecieron ambos silenciosos.

De los ojos de la joven brotaron dos lágrimas.

El paje dejó escapar un suspiro y luego apretó los puños con infantil coraje.

—¿No os acostáis, señora?—preguntó al fin el niño con un timbre de voz dulcísima.

—Todavía no—contestó Blanca.

—Ya es bastante tarde.

—No tengo sueño.

—¿Cómo lo habéis de tener? No cesáis de llorar noche y día.

—¿Tengo otro consuelo?

—¿Es que pensáis quitaros la vida?

—Me la quitará el pesar.

—Entonces me queda poco tiempo que vivir.

—¿Por qué?

—Porque si morís, moriré yo también—repuso Luis con voz ahogada.

—¿Tú tienes un gran porvenir—replicó la doncella, mirando con ternura al niño.

—Sin vos nada quiero.

—¿Pobre criatura!

—Vos me haréis desgraciado.

—¿Y cómo he de olvidar al desdichado marqués?

—¿Como borrar de mi corazón el recuerdo de su cariño?

—¿Ha de ser eterno vuestro dolor? Ya acabará, señora, o dejaréis de existir. Si lo primero, procurad hacer breve el término de tanta amargura; si lo segundo, más que vivir así, clavad en vuestro pecho un puñal.

—Razón tienes; para vivir así es preferible matarse, pero hay un Dios que lo prohíbe.

—Pues bien, respetad en todo los designios de ese Dios que ha permitido la muerte del marqués. Ahora quedamos nosotros en el mundo para vengarnos.

Y la mirada del paje se animó, y enderezóse su tallo con energía.

—¡Oh... la venganza!—exclamó la doncella—. Oye, Luis. Mi alma no es susceptible sino de dos sentimientos: del amor más profundo y del aborrecimiento más cruel y exagerado. He nacido lo mismo para sacrificarme a una persona que para sacrificarla si me ofende. En mí no pueden abrigarse

sino efectos extremos. Si yo pudiera vengarme quedaría más tranquila.

—Pues bien, señora, nos vengaremos. No nos son desconocidos los asesinos del marqués; contamos con la protección de la reina, con la del príncipe y quizás con la de don Juan de Austria. Nuestro primer cuidado debe ser ayudar a don Carlos para que nos venga a todos.

—¿Y qué valdrá al príncipe nuestra ayuda?

—¿Me tenéis en tan poco?

—No al contrario; creo que eres más temible que la mayor parte de nuestros enemigos. No hay para tí secretos en palacio, ni nadie sospecha lo que vales, pero ¿cómo hemos de luchar con el rey, con el cardenal, con Ray Gómez y su esposa?

—¿Cómo?... Yo os lo diré.

Brillaron los negros ojos del paje y se movieron con rapidez. Luego prosiguió.

—Lucharemos aguarando su paciencia. Hace dos días que medito mi plan y lo creo seguro. Los perseguiremos por todas partes, los espiaremos, y cuando piensen dar un golpe, nuestra habilidad lo frustrará. Siempre estaremos donde menos piensen encontrarnos, pero es preciso que jamás nos vean, porque en el momento en que fuésemos conocidos seríamos fácilmente aniquilados.

—Comprendo, Luis; es menester que toquen los efectos sin que conozcan las causas.

—Ese mismo es lo que quería decir, pero no acerté.

—¿Y tendrás valor para esa grande obra?

—¿Acaso no lo tengo para burlarme de todos los cortesanos, para echarlos en cara sus defectos? ¿Todavía no me conocéis?

El hermoso niño se levantó, y poniendo la diestra sobre su pecho, abriendo extremadamente sus negros ojos, radiantes de luz vivísima, prosiguió:

—Hay aquí un corazón, señora, que en valor no cede al de don Juan de Austria, ni en nobleza al de Isabel de la Paz. Siento hervir en mis venas la sangre, como si por ellas corriese fuego, y bullen en mi cabeza tantas ideas, que imposible sería ponerlas en ejecución todas. ¡Y no tengo más que quince años!... ¡Voto a tal!... Creen muy fácil

poder burlarse de mí porque ven mis manos débiles como las de una mujer, y esto hiere mi amor propio hasta el punto de desesperarme, porque me siento capaz de cruzar un acero con cualquiera de esos fanfarrones que insultan con sus miradas y se creen invencibles. ¿Veis esta daga? Regalo es del príncipe, y busco noche y día la ocasión en que hundirla en el pecho de cualquiera de sus enemigos.

Y apretando los labios con ira, hizo rechinar las perlas de su boca.

El semblante de Blanca se había reanimado.

—Sé que tienes un corazón valeroso y noble; pero al fin eres un niño.

—¿Que necesitáis, señora? ¿La ayuda de las fuerzas de un gigante o de la astucia de una serpiente?

—La astucia para atacar y el valor para no retroceder.

—¿Poseo esas cualidades?

—Sí.

—¿Qué más queréis?

—Nada.

—Entonces, luchemos; igual es la partida. Cuatro son ellos, cuatro nosotros. Suyo es el poder y a la sombra del trono pueden ocultar sus iniquidades. Nuestra será la astucia, y si un trono no puede hacernos sombra, seremos invisibles, que es aún mayor seguridad. ¿A qué aguardáis? ¿Qué teméis?

El paje mostró en su rostro y en sus ademanes la impaciencia.

Contempló Blanca con entusiasmo y extrañeza, pues a pesar de que conocía todo lo que encerraba de extraordinario y precoz el alma de aquella criatura, nunca la había visto elevarse a tanta altura.

Dilatose el corazón de la doncella, y sintiendo como nunca los deseos de vengarse, huyó el llanto de sus ojos y axomó a ellos la viva luz de su ardiente entusiasmo y de su reconcentrado aborrecimiento hacia los enemigos de su infeliz amante. Como ella misma había dicho, el exceso de sensibilidad de que la había dotado la Naturaleza no le permitía abrigar afectos sino con el último grado

de intensidad, ni aborrecer sino en toda la exageración de un pecho el más endurecido. No es muy extraño tampoco que así le sucediera, porque las mujeres de gran corazón suelen tomar los extremos, y según las circunstancias de su vida, o son exageradamente buenas, o exageradamente malas, no dejando ver un sólo sentimiento noble. Es más raro en los hombres el poseer un espíritu de tales condiciones; pero consiste en que las acciones de éstos son casi siempre hijas de la meditación, resultado del juicio, más o menos sano, y las de aquéllas lo son de las impresiones. El hombre falla y obra después que examina y juzga; la mujer da a los acontecimientos tanto valor cuanto fuerza tiene la impresión que experimentan, y ésta es la medida a que se ajustan para fallar y obrar.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? — preguntó Blanca, con arrebató.

—Espiar para convertir en humo sus planes.

—Ya no libro. Comencemos.

—Ahora es debo yo preguntar, como vos hicisteis, si tendréis fuerzas

—¡Si tendré fuerzas para vengarme!... ¡Oh! ¡Aun tengo en mis manos la sangre caliente que brotaba la herida del marqués! ¿Qué hemos de hacer? ¿A dónde hemos de ir? Habla, dispón y verás si es que me engaña mi dextro. ¿Sabes lo que es la sed de venganza?

Y la doncella se levantó con firmeza y apretó entre sus manos uno de los brazos del paje.

—¡Que si sé lo que es la sed de venganza! Sí, lo sé, porque amata al de Poza como a un hermano; porque amo al príncipe, que es el único que no ha herido mi amor propio de hombre encerrado en mi cuerpo de niño, a pesar de que para todos tiene siempre el sarcasmo en su boca. Asesinaron al marqués y conspiran contra la vida de don Carlos. El me dió esta daga, ya es lo he dicho, y la guardo para derramar la sangre de los que intentan perderlo.

El pajeillo apretó la rica empuñadura del arma, y de sus ojos brotó fuego en su mirada terrible.

—Luis—dijo la dama—, no hay tiempo que perder.

—Mejor lo sé que vos...

—Entonces...

—Acostaos, porque necesitáis descansar. Yo salgo para espiar a la puerta de la habitación de doña Ana. Esta noche, a las doce, debe visitarla el rey.

—¡Luis!

—¿Habéis creído que su majestad es tan virtuoso como su esposa, y que la princesa de Eboli corresponde al amor de su marido?

—Esas son murmuraciones de los cortesanos.

—Esas, señora—repuso Luis—, son verdades que yo he hecho oír.

—¿Y en qué te fundas para creer que el rey no es fiel a su esposa?

—En lo que he visto y oído. Sentaos y os contaré lo que anoche pasó.

Sentóse la doncella, y dijo:

—Habla.

—Por casualidad, sin duda, estaba anoche el rey junto a doña Ana, durante la reunión en el cuarto de la reina. Hablaron de mil cosas indiferentes, y cuando su majestad vió que cada cual se ocupaba exclusivamente de la persona que tenía a su lado, es decir, cada galán de su dama, fué bajando la voz. Yo me hallaba sentado en un taburete detrás del sillón del rey, y a medida que éste bajaba la voz, yo roncaba con más fuerza, fingiéndome dormido.

—¿Y qué oíste?—preguntó Blanca, poseída de la más viva curiosidad.

—Lo siguiente. El rey dijo a la dama:

—No os opongáis, porque mayor será mi empeño.

—Pero, señor—contestó doña Ana—, pensad que me exponéis demasiado.

—No temáis cuidado—repelló su majestad—. ¿No os basta que yo lo asegure? Vuestro esposo tendrá ocupación para toda la noche fuera del alcázar. Ya lo sabéis: mañana, a las doce, irá a vuestro cuarto."

Y en seguida se levantó el virtuoso marido, sin

escuchar a doña Ana, evitando de este modo una nueva negativa.

Blanca quedó pensativa, y al cabo de algunos instantes, dijo:

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Mañana os lo diré; esta noche veré entrar al rey en el cuarto de la princesa; tal vez escuche lo que hablen, y después que os lo refiera todo, veremos si aún os queda alguna duda.

—¡Que escuchará lo que hablen!—dijo, admirada, la doncella.

—Tal vez no me sea imposible, y mañana correré de boca en boca y palabra por palabra la conversación que tengan. ¿Desconfiáis de que pueda llevar a cabo mi plan? Allá veremos. Os juro que he de hacerles creer que el diablo está en el alcázar y los persigue.

—¿Con qué podré pagarte?

—Con el beso que ha tantos años me dejáis estampar en vuestra frente antes de acostaros.

Y el hermoso niño estampó un ósculo fraternal de inmensa ternura en la purísima frente de Blanca.

Tras aquel beso inocente brotó una lágrima de los ojos de ambos.

Luis sacudió su hermosa cabeza, envolvióse en una capa de paño azul, y poniéndose alrosamente una gorra de terciopelo encarnada con pluma blanca, salió del aposento.

CAPÍTULO XV

Dos llaves para una cerradura

Reinaba el más profundo silencio en todo el alcázar. En sus largos pasillos se encorvaba raramente alguna moribunda luz.

Las doce acababan de dar, y por un largo corredor vióse pasar un bulto, que después de andar largo trecho paróse, miró a una puerta que estaba cerrada, luego se acercó a un farol que colgado en

la pared ardía milagrosamente, y dando un soplo a su tenue luz, dejó a oscuras todo el corredor.

Cualquiera que hubiese tenido la facultad de ver en medio de las tinieblas, habría podido observar que el bufo, cuidando de no hacer ruido con sus pasos, fué a ocultarse en el hueco de una puerta que había casi enfrente de la en que poco antes fijara su atención.

Pocos momentos después, por uno de los extremos del corredor sintiéronse nuevas pisadas, desiguales, como quien camina a tientas, y parándose la persona que llegaba en el mismo sitio que la anterior, oyóse el chirrido de una llave que daba vueltas en la cerradura; abrióse la puerta, y volviendo a cerrarse, quedó todo en silencio.

Aun no habían transcurrido cinco minutos, cuando sonó otra vez la cerradura y la puerta se abrió, cerrándose de nuevo.

Dos personas habían entrado, y aun a riesgo de no caber en la habitación, entraron también nosotros con todos nuestros lectores.

Estamos en el mismo aposento en que aquella mañana vimos a la princesa de Eboli.

Una lámpara de plata de exquisito trabajo esparcía sus vivos resplandores e iluminaba el rostro hechicero de doña Ana de Mendoza, que se hallaba sentada en el diván que ya conocen nuestros lectores.

Los negros ojos de la princesa radiaban con ese extraño brillo de la pasión que deslumbra los ojos, enciende el alma y turba el entendimiento. Estaban sus rojos labios entreabiertos con expresión provocativa, y de su boca parecía salir un perfume embriagador que, borrando el recuerdo de todo, dejaba vivo no más que la idea del goce anhelado.

Hacíase más arrebatadora su belleza con la ancha túnica blanca de cachemira con flores de plata que cubría su cuerpo, dejando ver sus anchas mangas la mitad de sus torneados brazos, así como el descuido de un largo chal perulista, aunque difícilmente, ver la parte más seductora de uno de sus redondos hombros. Como por un olvido asomaba uno de sus lindos pies, calzados con ricos chaquinos de seda bordados de plata. Excusamos decir

que la casta gorguera no ocultaba su mórbida garganta, y que en vez del ridículo peinado de entonces, sus cabellos estaban recogidos con gracia y sencillez.

Junto a ella, y sentado también en el diván, hallábase Felipe II.

En el semblante del monarca se pintaba una viva inquietud: sus mejillas estaban rojas como el carmin, y sus encendidos ojos fijaban en la princesa afanosas miradas.

No era en aquellos momentos el rey severo, majestuoso, con la dignidad y altivez que tanto lo distinguía de sus vasallos: era el hombre, no más que el hombre esclavo de la pequeñez de una pasión impura. Sus manos estaban convulsas y su cuerpo inquieto como quien no tiene el espíritu sosegado.

Con una voz un tanto ronca y comprimida, con breve acento, decía:

—No, no me habréis permitido venir para darme el último desengaño, para estar, como siempre, esclavo, para gozaros con mi tormento y verme humillado a vuestros pies sin lograr el término de mis afanes.

—¿Por qué habéis venido, señor? — dijo doña Ana, con dulce acento—. No estáis con mi licencia, ni yo os he hecho concebir esperanza alguna. Me mandasteis terminantemente que os diese una llave de mi habitación y he obedecido; que os aguardase esta noche sin ceremonia, como si hubiese de recibir a mi esposo, y cumplo con vuestra orden. Más no puedo otorgaros, no soy libre, pertenezco a otro hombre.

Y al concluir estas palabras, bajó los ojos con una hipocresía que sedujo más al rey.

—Ya comprendéis, señora,—repuso Felipe II—, que si he venido aquí no ha sido con intención de volverme con mi deseo. No me habéis dado esperanzas, es verdad, pero por eso os la pido, o para hablar con exactitud, busco la realidad. La esperanza ya me la forjé, porque no os he creído tan dura de corazón que siquiera por lástima dejéis de corresponderme. Ya veis, señora, si me humillo, y esto os probará la fuerza de mi amor, porque me conocéis bien.

La princesa fijó en el rey una mirada tan seductora, que le hizo estremecer a su pesar.

—Señor, vuestras palabras me hacen mucho daño, porque no puedo cumplir vuestros deseos. ¿Olvidáis que soy casada? Fuera yo libre, y con la vida pagara la honra que me hacéis. Poco es mi amor para pagar el vuestro, porque sois grande, muy grande, pero... ¿No veis que mucho con mi virtud de esposa y mi corazón de mujer? Evitadme, señor, este tormento...

—Es decir—repuso el rey, pasándose las manos por la frente—, que me amáis.

Doña Ana hizo un movimiento, como si en fuerza de la situación en que se hallaba, se hubiese decidido a arrostrarlo todo, y dijo:

—Pues bien, señor, sabedlo de una vez: os amo, como vos me amáis, tal vez y mucho tiempo hace; pero he ocultado esta pasión en el fondo de mi pecho porque así me lo mandaba mi deber y he procurado alejarme de mí para evitar la lucha horrible que en estos momentos me desgarran el corazón. Empero, os lo repito, ante esa pasión están mis deberes, y antes moriré que faltar a ellos.

—¡Doña Ana!—exclamó el rey.

Esta abrió extremadamente sus grandes ojos, separó de la frente sus negros cabellos, y como si verdaderamente luchase en su interior su pasión y su virtud, prosiguió con arrebatado acento:

—Sí, os amo, señor; como a nadie amé, porque yo me enamoro solamente de lo grande, de lo sublime, de lo heroico, y nadie os iguala en corazón, a vos no se parece ningún hombre. El orgullo y la vanidad son los móviles más poderosos de las pasiones en la mujer; quizás tenga mucha parte en la mía; pero sea cual fuere la razón, yo os amo y padezco.

—¡Doña Ana!—exclamó el rey, apoderándose de una de las manos de la princesa—. Me enloquecéis, os adoro: sois digna de mí, no os parecéis a las demás mujeres y por eso mi pasión es más violenta que la que otras me inspiran. Yo tengo necesidad de amar, de ser amado de un ser de corazón nada común, que me agradezca a sus pies y no me tome en pequeño y mezquino entre sus brazos.

La princesa retiró su mano de las del rey, y con acento suplicante, dijo:

—Idos, señor, idos; compadecedme: vos sois más fuerte que yo, débil mujer; dadme ejemplo de valor, plantad mi virtud. ¡Idos, idos!... ¡Por compasión!

—¡Irme!... No puedo; mi voluntad es poca; mi ser está encadenado a vuestros ojos... ¡Me matais, señora!

Y el monarca sintió abrasado su pecho y trastornada su cabeza.

Doña Ana había conseguido su objeto, que era hacer creer al rey que la amaba, y para ello había tenido buen cuidado de no decir que las prendas personales habían encendido su corazón, porque esto podía ser muy dudoso para quien veía encanecer sus cabellos. Como prueba de desinterés para asegurar el convencimiento del monarca, había mostrado su resistencia, que por otra parte debía avivar más y más los deseos del monarca. Su triunfo era seguro. Ya no le quedaba otra cosa que hacer más que corresponder, pero como quien en un momento de locura olvida sus deberes.

El rostro de Felipe II estaba descompuesto. Movíanse desconcertadamente sus encendidas pupilas, sus manos temblaban como si fuese presa de una horrible convulsión.

El momento había llegado.

La astuta princesa cruzó las manos, fijó en el rey una mirada de fuego, apoyó en las rodillas de éste sus torneados brazos, y dejándose caer de hito en hito, exclamó:

—¡Por compasión... alejaos... que las fuerzas me faltan!

Sintió el monarca abrasadas sus rodillas al contacto de aquellos brazos; quiso contemplar el hechizo de los hombros de aquella mujer, descubiertos por el desorden de su traje; pero una nube cubrió sus ojos, un peso enorme atórció su cabeza, las palpitaciones violentas de su corazón le quitaron el aliento. Nada vió, nada oyó. El rey no era ya más que hombre; pero hombre en el último extremo de la degradación moral, pequeño, miserable, esclavo.

CAPITULO XVI

Una cerradura con dos llaves

Media hora después, el rey se despedía de la princesa, diciéndole:

—Al salir el sol, en camino para El Escorial.

—Sed prudente, señor. Mucho temo que alguien observe que habéis venido.

—Nadie me ha visto, a nadie he encontrado. Ahora, por ser más tarde, debe sucederme lo mismo con más razón.

Doña Ana encendió una lámpara pequeña y acompañó a Felipe II.

Cuando llegó a la puerta que daba salida al corredor, sacó una llave y quiso introducirla en la cerradura; pero encontró un obstáculo.

La princesa acercó la luz, y el monarca probó otra vez de colocar la llave. Tampoco pudo.

—¿Por qué no entra?—dijo.

Y examinando el interior de la cerradura, vió que por la parte de afuera había otra llave.

Su rostro palideció.

—¡Os han seguido, nos han espiado muy de cerca!—exclamó doña Ana—. ¡Estoy perdida!

—¡Vive Dios que han de pagar cara su curiosidad!—dijo el rey apretando los puños.

—Difícil será averiguarlo. ¿Qué ha podido saberse de quién quitó a mi esposo el sombrero?

—Nada; es verdad.

—Cuando se encuentre al uno se habla dado con el otro; todo es obra de una misma mano.

—Obra del diablo, señora, cuando se me escapa tan hábilmente.

Al cabo de algunos momentos logró el rey dar vuelta a la llave que estaba puesta por fuera, y empujándola con la suya, la hizo caer.

—No salgáis, señor—dijo la princesa—. Tengo miedo. ¿Quién sabe si algún enemigo?...

—¡Pluguiera el cielo que se pudiese frente a frente!

—¡Señor!

—Felipe de Austria no conoce el miedo—repuso el monarca.

Y desnudando su puñal, salió con serena frente.

El corredor estaba solitario; pero habían vuelto a encender el farol.

Felipe II recogió la llave y vió que había atado a ella un papel. Acercóse a la luz y leyó lo siguiente:

"El diablo regala a S. M. esta llave para que la conserve con el sombrero de Ruy Gómez de Silva."

—¡Miserable!—exclamó el monarca, fuera de sí.—¡Ay del villano que así se atreve a provocar mi enojo; en poco estima su cabeza!

Entonces sonó una carcajada al extremo del corredor.

—¡Por Satanás!—gritó Felipe.

Y se precipitó corriendo hacia aquel lado.

A nadie encontró.

La obscuridad lo detuvo.

—Me espían—murmuró, después de meditar algunos momentos—. O es verdaderamente el diablo o ha de pagar caro su atrevimiento.

Quiso dominar la ambición porque estaba dominado, y aunque consiguió bastante un esfuerzo de su voluntad, no quedó del todo tranquilo. Infundieronle miedo el silencio y la obscuridad que lo rodeaban, y se alejó precipitadamente de aquel sitio, volviendo la cara atrás a cada paso.

Entre tanto, decía a sus solas la princesa de Eboli:

—¿Conque en palacio hay quien me gane en astucia, quien me pueda vencer en la intriga?... ¡Alerta, doña Ana! Yo puedo más que el diablo.

CAPÍTULO XVII

El barón de Montigny

Cuando Felipe II entraba en la habitación de la princesa de Eboli, atravesaba uno de los patios del alcázar un hombre embozado en una ancho capa negra. Procurando caminar por los sitios

mas oscuros, seguía a veinte pasos otro hombre, envuelto también en negra capa. Parábase el primero y el segundo se paraba también; al aquél apretaba el paso, éste lo imitaba. Parecía, en fin, su sombra, ni más ni menos.

Sin duda, el espíado había advertido tan tenaz persecución, porque hacia movimientos de impaciencia, y algunas veces murmuraba, apretando a la vez el mango de su puñal:

—¡Ira de Dios!... Poco me costaría acabar con esa sombra... Pero no, ese sería el triunfo completo de mis enemigos.

Dejó el patio, entró en un pasillo estrecho, tortuoso y oscuro; siguió hasta el fin de él, subió una estrecha escalera, y abriendo una puertecilla, entró.

Su perseguidor se detuvo, y pocos instantes después otro hombre que parecía seguirlo a su vez, acercósele.

—Vos aquí—le dijo el primero.

El recién llegado quedóse y el otro desapareció.

Entre tanto, el perseguido había atravesado una antecámara, y entrando por una puertecilla disimulada entre las flores de los tapices de la pared, encontróse en un aposento que ya conocen nuestros lectores.

Era el del príncipe Carlos.

Hallábase éste sentado cerca de un gran brasero. Su rostro estaba más pálido que de costumbre, su mirada más severa, y sus facciones más contrainas.

El que había entrado era un caballero que tendría poco más de treinta años, de noble presencia, de enérgica mirada y desembarazados movimientos.

Sus ojos eran azules, blanco su rostro y su barba rubia, fina y lustrosa, rematada en punta en su parte inferior. Su frente era espaciosa, altiva, arrogante. Por sus formas denotaba fuerzas no comunes y ejercitadas.

Vestía de negro, con calzas del mismo color y botas bastante anchas, de piel de gamuza, con espuelas de oro. A pesar de la sencillez de su traje, conocíase que era hombre de buen gusto y acor-

tumbrado a seguir la moda con todo rigor, sin embargo de que, en lugar del sombrero usado entonces, alto y de estrecha ala, tan ridículo como el de nuestros días, lo llevaba de opuesca forma, negro y con una pluma larga y flexible del mismo color, sujeta con un broche de gruesas esmeraldas.

Era aquel caballero el barón de Montigny, uno de los diputados de Flandas y compañero del desgraciado marqués de Bergen, que había expirado en la mañana de aquel día, por la torpeza de un médico que le recetó un veneno por recetarle un calmante.

—Señor—dijo, después de saludar al príncipe—, es preciso tomar pronto, muy pronto, una determinación, o estamos perdidos.

—¿Qué ocurre, barón?—preguntó don Carlos, mirando fijamente al flamenco.

—Mis sospechas se han convertido en realidad, mi desdichado amigo el marqués de Bergen ha sido envenenado.

—Ya sabéis que apoyó vuestra sospecha.

—Aun os falta saber otra cosa.

—¿Una nueva desgracia?

—Estoy preso.

—¿Preso!—replió admirado el príncipe—. No os comprendo. Os veo aquí, con vuestra espada ceñida, sin gente que os guarde, dueño de salir y entrar a vuestro placer... No os comprendo.

—Es muy sencillo. Desde ayer me espían, siguiendo todos mis pasos, de día de noche, a caballo a pie, en mi litera...

—¿Y conocéis a vuestro perseguidor?

—El que casi siempre me sigue es un hombre a quien nunca he visto; pero a veces suele ser también mi sombra el mismo Ruy Gómez de Silva.

—¿El miserable que pagó los asesinos del marqués de Pozo?

—Y el veneno de mi amigo.

—¿Y no habéis hundido en su pecho vuestra daga?—dijo el príncipe, cuyos ojos chispearon a la vez que se contraían los músculos de su rostro—. ¡Dios de Dios! ¡Por vida de Judas que habéis sido más que prudente!

—¡Oh!—exclamó Montigny—. Eso quiere el rey;

qué yo maté a un espiá para tener un crimen de que acusarme y hacer que me corten la cabeza, ya que no puede darme un veneno,

—Tenéis razón.

—Pero no ha de lograrlo; el día que atente contra mi vida, o ha de pagar asesinos diestros y valientes, o ha de dar un ejemplo de tiránica arbitrariedad entregándose al verdugo.

—No hay remedio; mi padre me obliga. Contad conmigo, barón y partamos dejando a España. Aquí arden de día las hogueras, brillan de noche los puñales y sólo puede contar segura la vida el que adula y se presta a ser instrumento vil de la crueldad de mi padre. Corréis peligro, me amenaza a mí también, y todos sucumbiremos. Vámonos a Flandes: allí, si el sanguinario duque de Alba no ha cortado las cabezas a todos nuestros amigos, pelearemos y moriremos en defensa de la humanidad; y si llegamos tarde, Alemania me dará un asilo desde el cual lloraré las desdichas de mi patria infeliz. ¿Qué esperamos aquí? Yo tras una exhortación del cardenal, una hoguera de la Inquisición; vos, tras una sonrisa de Felipe el Prudente, el puñal de un asesino... ¡Oh!... ¡Torpe anduvo mi brazo cuando sólo amagó mi daga sobre la cabeza del inquisidor y del verdugo que mata sin descanso la flor de la nobleza flamenco!

Y el impetuoso manchego se levantó, paseó precipitadamente de extremo a extremo de la cámara y luego, cruzándose los brazos dijo a Montigny:

—Y bien ¿qué hacemos?

—Vos, marchad, y yo también, si puedo huir la vigilancia de mis espías, o si estos no se truncan mañana en las puertas de hierro de mi calabozo. Pero de cualquier manera, vos, corred a Flandes, y si yo me quedo a morir en España, decid a mi esposa, que para ella ha sido mi último recuerdo.

Estas últimas palabras las pronunció el varón con tono ahogado. Habíase casado pocos días antes de venir a España; así es que su amor por su esposa, joven y de no común belleza, su inextinguible pasión estaba tan viva como antes de su matrimonio. Siempre es horrible morir; pero en los primeros

días de la luna de miel, y separado del objeto de su amor, es más horrible aun.

—Sí, marcharé. Hasta ahora no tengo todo el dinero necesario para mi viaje, pero lo completaré para dentro de muy pocos días.

—¿Tenéis ya decidido quién ha de acompañaros hasta la frontera?

—Vos y el capitán.

—¿Nadie más?

—Nadie. ¿En quién he de tener confianza para asunto tan delicado? Con la ayuda de mi tío don Juan de Austria, puedo contar para todo menos mi fuga.

—¿Le habéis participado vuestro proyecto?

—Sí.

—¿Y cual es su opinión?

—Se opone, y ha procurado persuadirme a que no lo lleve a cabo, apoyando sus razones en que por nada debo ser rebelde a mi padre, no obstante que es contrario a mi plan, guardará el secreto, porque es noble como su padre: no el mío, sino él, ha heredado el corazón de mi abuelo.

—Mucho siento que don Juan no esté de nuestra parte.

—Perdemos un amigo leal y valiente.

—Y de prestigio.

—Me queda el capitán.

—De éste sólo os servirá su brazo.

—Es lo que más necesito hasta llegar a Flandes. Es valiente y arrojado sin igual; sus fuerzas corresponden a su cuerpo de gigante.

—Me parece que cuando nos hayamos alejado algunas leguas de Madrid, conviene que se reúnan con nosotros algunos hombres, bien pagados, decididos a todo, y que nos puedan ayudar en cualquier encuentro.

—¿Y si nos venden?

—Es que no deben saber a quien acompañan.

—No parece mala esa idea—repuso el príncipe, después de meditar unos instantes.

—Una vez en Flandes, tendréis a vuestras órdenes un ejército.

—Entonces me conocerá el duque de Alba.

—Estamos, pues, convenidos.

Don Carlos se dió una palmada en la frente.

—Me ocurre una idea—dijo.

—¿Cuál?

—Mañana quedaréis libre.

—¿Cómo?

—De acuerdo en una hora cualquiera, vos vendréis a palacio y yo os esperaré en los alrededores. Si os sigue el de Ebois, lo detendré, le hablaré, y mientras, vos os perderéis de vista, iréis a vuestra posada, montaréis a caballo y saldréis de Madrid. Si os sigue un villano cualquiera lo detendré, le mandaré volver a tras, y si no me obedece, lo mataré.

—¿Queréis perdernos?

—El caso es que vos podáis escapar, y yo con decir que aquel hombre me había faltado al respeto, me ha amenazado o que quiso atentar contra mi vida, quedo absuelto.

El príncipe había concebido un plan, como todos los que concebía, violento, de rápida ejecución, y sin cuidarse de que el disimulo entrase para nada en sus consideraciones. En esto era el reverso de la medalla comparado con su padre.

El barón de Montigny meditó, y como el que ha perdido la esperanza, acogió el primer camino que se presentaba a su vista, aceptando el proyecto del príncipe.

—Bien—dijo—, ¿Os parece buena hora las nueve de la mañana?

—Sí.

—Os dejo, pues, señor, y voy a encontrarme con mi espía.

—¿Se ha quedado en la escalera esperando?

—Sí señor.

—Entonces salid por esta otra puerta.

—Mucho temo de encontrarlo por cualquiera de ambas partes.

—Probad.

—Lo haré así.

Despidiéndose del varón y salió por la puerta principal; pero apenas hubo puesto el pie en la galería, cuando vió un bulto inmóvil a poca distancia.

Tomó a la derecha Montigny, y el bulto lo siguió.

—Ven, ven, ¡voto al diablo! — murmuró el flamenco—. Ven, que quizás a las nueve hagan contigo lo que quiere hacer conmigo el que te envía.

CAPÍTULO XVIII

El rey se enfada y Ruy Gómez gana una partida ajedrez sin mirar al tablero

A las seis de la mañana del siguiente día salió el rey de su cuarto, vestido con ropilla de paño gris con alfileres negros, calzas aplomadas y botas de piel de bueyero con espuelas de plata.

A la misma hora hallábase el príncipe don Carlos también vestido con ropilla y calzas verdes, y botas como las de su padre, pero tan exageradamente anchas en su parte superior, que apenas le permitían andar. La mayor parte de los jóvenes de la nobleza habían adoptado poco tiempo hacía esta moda, y el príncipe se distinguía entre todos por su extravagante exageración. Algunos escritores de aquella época dicen que podía llevar un par de pistolas en los cañones de sus botas, y aun añaden que con este objeto se las mandaba hacer tan holgadas. Felipe II veía con disgusto esta extravagancia y hasta prohibió terminantemente a su hijo que usase aquel calzado. Pero el príncipe lo hacía ensanchar más cuando mayor era el disgusto de su padre.

Al mismo tiempo que el rey salía de su aposento, dejaba el de la reina su doncella Blanca, que acababa de vestir a su señora con un traje de camino de terciopelo verde.

Todos se acababan de vestir como para emprender un viaje; doncellas, gentileshombres, criados y todos iban y venían, arreglando equipajes para no tener más que ponerse en marcha a la primera indicación de su majestad.

Y, sin embargo, el católico rey no había dicho a nadie que se trataba de salir de la villa.

La noticia de la ida a El Escorial, había cundi-

do sin saber cómo. A nadie había causado extrañeza, porque eran muy frecuentes las excursiones al real sitio de San Lorenzo; y si todos se preparaban antes de recibir una orden expresa, era para mostrar celo por el servicio del rey, no haciéndole esperar.

Felipe II no estaba de muy buen humor aquel día; apenas contestaba a los saludos de los palaceros, y las arrugas que se marcaban en sus cejas y su mirada daban que pensar a muchos. El chasco de la llave lo tenía cavioso y disgustado, y el disgusto de aquel monarca era más que profundo enojo en cualquier otro hombre.

Cuando salió de su cuarto se dirigió al de la reina.

—Le voy a sorprender — murmuraba —. Tal vez me dirá que por qué no la he avisado con más anticipación para que hubiese tenido tiempo de prepararse. Quizás duerma. Habré de levantarse, peinarse, vestirse, y el tiempo que en esto emplee tendré que esperar... Y cada minuto me parece un siglo. Desde el suceso de anoche estoy pensando abandonar el alcázar por algunos días.

Así discutiendo, llegó a una habitación donde en torno de un brasero hablaban y reían algunas doncellas. Preguntóles por su esposa y le contestaron que ya estaba levantada. Pasó a otro aposento y repitió a unas damas de honor la misma pregunta, y éstas le dijeron que la reina estaba ya vestida.

Se hizo anunciar y pasó adelante.

Isabel de Valois estaba como siempre, bellísima. Su talle, de forma encantadora, dibujábase con exactitud bajo su traje de terciopelo, abotonado hasta la garganta. La falda del sencillo vestido era larguísima, como para montar a caballo. En su negra cabellera se prendía un velo blanco de fina gasa, y en aquellos momentos se entretenía en sacudir un latiguello con puño de oro.

Felipe II se sorprendió al ver a su esposa en en aquel traje.

—El cielo os guarde, señor—dijo la reina, acercándose a su esposo.

—Señora...—murmuró éste.

Y maquinalmente estampó en la frente de aquélla un helado beso.

—¿Os gusta mi vestido?—le preguntó Isabel.

—¿Vais a pasear a caballo.

—¿Pues no hemos de partir para El Escorial al salir el sol?

—¿Quien os lo ha dicho?

—Todos y nadie.

—No os comprendo.

—Mis doncellas han visto que vuestros criados preparaban los equipajes, enganchan las mulas a los coches, ensillan los caballos, y, en fin se dice en todo el alcázar que vamos a marchar. ¿Pensáis tal vez ir solo?

—No.

—Como nada me habéis dicho...

—Es que no lo he pensado hasta hace una hora, al despertar, y aun no he dado ninguna orden.

—Entonces.

—Hace algunos días que suceden en palacio cosas extrañas—dijo el rey con pausado tono.

—Esta lo es y mucho.

—Alguien hay dentro del alcázar que se ocupa de mis asuntos más de lo que debiera.

—¿Decís que a nadie habéis comunicado vuestro pensamiento de ir a El Escorial?

—A nadie.

—Parece cosa de hechicería, señor.

—Parece cosa del diablo—contestó con aspereza Felipe II.

—¿Y que hemos de hacer?—preguntó la reina, mostrándose confusa.

—Marchar.

—Cuando gustéis, señor.

—Pero según veo, pensáis ir a caballo.

—Sí.

El rey hizo un gesto de disgusto. Sin duda se le desbarataba algún plan con la determinación de su esposa.

—La mañana está muy fría—dijo.

—Pero despejada.

—El aire...

—No se siente, y a caballo se conserva más el calor.

—Para una distancia corta, bien.

—Si me canso entraré en el coche.

—No puedo permitir que os expongáis a la humedad de la mañana, que os repito está muy fría.

—Si me lo prohibís...—dijo la reina con alguna amargura.

—No, no; es solamente un consejo.

—¿Cómo vais vos, señor?

—A caballo, por hacer más corto el camino departiendo con los de mi servidumbre.

—Bien, así os acompañaré, y ambos conseguiremos un mismo fin, el de hacer más agradable el tiempo.

El rey hubiera hecho un segundo gesto de disgusto; pero dominóse y dejó asomar en sus labios una sonrisa.

—¿Conseguirán burlarse de mí?—murmuró el monarca, dirigiéndose otra vez a su aposento.

Luego mandó decir a su hijo que se esperase; pero el mismo criado que llevó la orden salió anunciando que el príncipe estaba dispuesto media hora hacía.

Mostróse impaciente Felipe, y dió con aspereza nuevas órdenes.

Mientras éstas se cumplían, don Carlos mandó también decir al barón que fuese inmediatamente al alcázar, y después de un rato, y cuando calculó que podría encontrar a ésta en la calle de la Almudena, salió solo y con intento de poner en ejecución su plan de la noche anterior.

Nadie extrañó verlo salir solo y a semejante hora porque las continuas extravagancias del arrebatado moachebo no causaban ya sorpresa.

—Quiera Dios que me siga un villano—decía,—y que me falte el respeto; así tendré ocasión de desahogar mi cólera.

Al llegar a la esquina de Santa María vió al barón seguido a alguna distancia por Ruy Gómez, y contestando al respetuoso saludo de aquél, pasó de largo y acercóse al favorito de su padre.

—Me alegro mucho de encontraros—le dijo con amistoso tono.

—Dichosa ha de ser para mí el día—contestó el de Ebro, respetuosamente —, cuando tan bien

principia la mañana. Vos sois, señor, la primera persona a quien hablo, y en verdad que no es poca dicha tanta y tan innegrecida honra en el primer saludo.

—¿Váis al alcázar?

—Sí, señor.

—Pero no será tan deprisa que no podáis acompañarme.

—Aunque me aguarda su majestad, estoy a vuestras órdenes.

Durante este corto diálogo, el barón de Montigny había tenido tiempo de doblar la esquina, y dando vuelta al templo, fué a salir a la calle de San Nicolás.

Creyése libre, y el príncipe lo creyó así también, por lo cual, satisfecho y hasta orgulloso del buen éxito de su plan, llevóse a Ruy Gómez de Silva por la parte opuesta, y habiéndole del viaje a El Escorial y de sus proyectos de caza, lo entretuvo largo rato.

—Está la mañana muy fría—dijo, al fin—. Volvamos a palacio por si es hora ya de marchar.

—Corto ha sido el paseo, señor—le contestó Ruy Gómez.

—Pero muy provechoso—repuso con tono de burla don Carlos.

—No sé por qué. El frío de la mañana jamás es provechoso.

—Es cuando está el cuerpo más ágil, cuando se pueda correr mejor, y sobre todo a caballo.

—Según la hora...

—¿No os gusta montar por la mañana?

—Mucho, pero no siempre tengo tiempo para hacerlo.

—Envidia tengo al que en estos instantes, sobre una yegua fogosa, suelta la rienda y el pecho sobre el arzón, vuela como un rayo sin que nadie lo preceda, sin que nadie lo siga, sin que un edificio, ni un árbol ni una mala le quiten una sola ráfaga de viento que respirar, ni le estorben para ver que tiene delante mucho campo suyo sin un pequeño inconveniente que detenga su carrera.

—Eso ~~me~~ parece una broma que un paseo—contestó el de Sholl, acentuando bien sus palabras,

—Dadle el nombre que os plazca; pero es lo cierto que correr solo y en completa libertad, debe ser muy grato.

—No parece sino que estáis preso.

—Lo digo en nombre de los que lo están.

—Y si logran escaparse...

—¿Quién os dice—repuso don Carlos con marcada alegría—que no habrá alguno que a estas horas lo haya logrado?

—Yo se de algunos que lo desean, pero que no lo alcanzarán—contestó Ruy Gómez con aire de satisfacción.

—Se burla la vigilancia más exquisita.

—Cuando son torpes los guardianes.

—Los más lo son.

—Los menos se escapan.

—Si yo me propusiera salvar a alguno...

—Si yo fuese el encargado de vigilarlos.

—Por el ese caso llega, os desafío con las armas de la astucia—dijo el príncipe con tono de burlona chanza.

—Para entonces, señor, cuidad de que al sacar a vuestro protegido de un calabozo no lo encontréis vos mismo en una mazmorra.

—Tenéis mucha seguridad.

—Y vos muy poca experiencia.

—Ea, buen Gómez, estoy muy contento desde que os encontré, y no quiero reprenderos por vuestra vanidad.

Y don Carlos rióse a carcajadas, según estaba de alegre y gozoso.

—Yo—repuso el cortesano—rebose también de alegría, porque desde que os encontré y durante nuestro paseo, he combinado una jugada de ajedrez que os hará perder la primera partida que juguemos.

Y Ruy Gómez de Silva desplegó a su vez una sonrisa maliciosa, que no fué de muy buen agüero para don Carlos.

Ya habían llegado al alcázar.

Subieron la escalera separándose, yendo el príncipe a su aposento y el de Eboli en busca del rey, sin duda para referirle lo que acababa de suceder.

Cuando aquel llegó a su cuarto, pensando en la

distancia a que se hallaría de Madrid el barón, encontróse frente a frente con él.

CAPITULO XIX

El príncipe se convence de que ha perdido la partida

—¡Ah—exclamó el príncipe sorprendido al ver a Montigny.

—¡Señor—dijo éste con voz ahogada por el coraje—, marchad a Flandes, vengad a la humanidad, vengadme, a mí no me queda más esperanza que morir en esta tierra de maldición!

—¿Cómo os encontráis aquí?

—Mis perseguidores lo prevén todo, sus planes están bien meditados.

—Explicáos.

—Ya me visteis partir, libre al parecer, así lo pensé también yo, y palpitante el corazón de gozo, tome a buen paso la vuelta de Santa María, crucé la calle de San Nicolás, y atravesando el derrumbadero que la domina, pensaba llegar en pocos momentos a mi posada, montar en mi yegua que ya debían tenerme ensillada, y salir a escape de la villa. Pero he aquí, señor, que volviendo la cabeza para regocijarme en ver que nadie me seguía, noté un bulto, fijé la atención, y fácilmente me convencí de que era el mismo hombre que me persigue como mi sombra.

—¡Vive Dios! ¿Y habéis tenido bastante calma para no matarlo y escapar?

—No, en aquellos momentos, ciego de cólera, nada reflexioné, desesperado volví con intención de hundir mi daga en el pecho de aquel miserable.

—¿Y al fin no lo hicisteis? — preguntó don Carlos con ansiedad.

—¿Como hacerlo? Si yo corría hacia él, huyó de mí; si me alejaba, me seguía... ¡Oh!...

—¡Miserables!

—¡Vengadme, señor!

—Os vengaré, me vengaré a mí mismo. Por eso el mal caballero Ruy Gómez sonreía con aire de triunfo... Me ganó la primera partida de ajedrez: no será cuando no haya en el tablero otro rey que yo.

Montigny movió tristemente la cabeza.

—¿Dudáis de que yo me sienta en el trono?

—De todo duda. Vuestros enemigos os combaten con armas de que vos carecéis, y la lucha no es igual. Y al fin vos tenéis la esperanza de conservar la vida; pero yo... yo no tengo otra que la de morir como el desdichado Bergen, y como el noble Poza.

—¡Oh, si me dejan la vida, tarde o temprano me vengaré!

—No tenéis más salvación que la fuga a mi país.

—Donde muy pronto estaré.

Los ojos del príncipe brotaban fuego, paseábase con desiguales pasos por la habitación y de su boca salían horribles amenazas.

—Ya que no puedo salvarme salvaos. Dentro de algunos instantes nos separaremos, por lo que pueda ocurrir durante vuestra ausencia, es decir, por si en vez de espiarme me aprisionan y se apoderan de mis papeles, será prudente que guardéis vos algunas cartas que nos pueden comprometer.

—Tenéis razón.

—Esta mañana muy temprano he recibido otra con las nuevas más lisonjeras.

—¿Qué os dicen?

—En vez de diez mil hombres podéis contar con veinte mil.

—¡Ah!—exclamó el príncipe en el mayor transporte de alegría.

—Cinco mil que hallaréis en la frontera; igual número que os reunirán en diferentes veces en el camino, y diez mil que están dentro de Bruselas, provistos de armas y municiones, y que aguardan vuestra llegada para dar el grito de venganza. Esto sin contar los numerosos cuerpos de facciones que hoy hacen frente al sanguinario duque de Alba.

El rey entregó a don Carlos un paquete de cartas.

—Tomad—le dijo—. Además de las cartas y documentos que aquí van, encontrareis una extensa instrucción que os servirá de mucho para obrar en Flandes.

Una vez allí, ya sabéis que nada os hará falta, ni gente, ni dinero, ni jefes del más popular prestigio que os obedezcan y ayuden.

—¡Cuántos tesoros diera el rey por el que tengo entre mis manos!

—Eso se piensa y se calla—dijo una voz dulce.

Y a la vez abrióse la puercecita secreta que ya conocemos, y apareció el gracioso paje.

Miráronlo sorprendidos y no sin algún enojo, el príncipe y Montigny.

—¿Por qué escuchas?—le dijo don Carlos con aspereza.

—Porque así evito que escuchen otros, y os enseño a ser prudentes.

—Este niño...—dijo el barón.

—Lo quiero como a mi hermano—interrumpió el príncipe—. Es nuestro más fiel amigo, y aunque os parezca insignificante su ayuda, puede valerlos de mucho. Debiera enojarme porque nos espía; pero no me enoja su curiosidad aparente, porque sé que es interés y acaba de recordarnos que debemos obrar con cautela.

Y besó con cariño en la frente al paje, diciéndole:

—¡Quién fuera tan astuto y tan prudente como tú, y tan fuerte como el capitán!

—Señor barón—dijo entonces Luis—. yo tengo más sed de venganza que vos, porque me han herido en el alma. Esto es un secreto que no os importa; pero si mucho el saber que yo soy un amigo inútil ni un enemigo insignificante. Observad si está hoy de mal humor el rey. Alguna contrariedad debe tenerle enojado. Cuál es, y quien lo causa, todos lo ignoran; sábelo Dios y el diablo que, para vuestro gobierno, os diré que está en el alcázar, desde la muerte del marqués de Pozz. ¿Os reís?... Bien no importa; pero si él que os alaja, poco antes de cinco minutos vendrán a avisar a su alteza para que se ponga en marcha. Por esta parte está Rup Gómez de Silva; por la otra el hombre que os persigue, salid por donde hayáis de encon-

trar el rostro que os parezca menos feo. Ruy Gómez se queda en Madrid.

—¿Cómo lo sabes?—le pregunto don Carlos.

—El diablo me la ha dicho. Vuelvo a repetirlos que está en el alcázar. Señor barón de Montigny, ya habéis dado a su alteza las instrucciones necesarias para su viaje a Flandes, y ahora tengo yo que darle las mías para su viaje al Escorial.

Y el pajeillo hizo una reverencia, y el flamenco se dispuso a alejarse sin acertar a decir una palabra.

—Guárdeos el cielo, barón.

—Señor, él os conserve y proteja.

Quedaron solos el príncipe y el paje.

—Te escucho—dijo aquél.

—Iréis a caballo.

—Bien.

—Si vuestro padre camina al lado de la reina, vos, entretanto, diréis galanterías a doña Ana de Mendoza.

—¡A doña Ana!—exclamó don Carlos dando un paso atrás involuntariamente.

—Sí, señor, a doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—Lo haré si es preciso.

—Si por el contrario, vuestro padre va a la portezuela del coche de las damas, vos os colocaréis al lado de la reina, que irá a caballo, y le hablaréis y os retréis, y la miraréis dulcemente.

—¿Qué más he de hacer?

—Solamente eso.

—Ahora explícame lo que te propones.

—No tengo tiempo... ¿Sentís pasos?... Vienen a llamarnos de parte del rey.

Y el paje escapo por la puerta secreta.

Efectivamente un gentilhombre entró para decir al príncipe que había llegado en momento de marchar.

CAPITULO XX

Bullicio y confusión, y una desvergüenza del príncipe Carlos

El sol se elevaba en el azul horizonte transparente y puro, con toda la majestad del rey de las estrellas, a cuyo fulgor oscurece el de los más encendidos luceros.

Atorradora confusión perquibase en los anchos patios del alcázar real y a sus puertas. Señores, pajes, damas y escuderos, perros y caballos, iban y venían, encontrábanse y tropezaban, hablaban, gritaban y reían sin que aquel estrepitoso ruido pudiese ahogar el de las pisadas y relinchos de los corceles, el de las armas y los coches, ni el de los ladridos o aullidos en todos los tonos, de las numerosas traillas.

Allá juraba un escudero acuña cantaba un paje o gritaba una dama sesentona.

Este llamaba a aquél, aquél al otro, el otro al que mas lejos estaba de él y ninguno contestaba, y todos repetían sus gritos y sus paladas, y sus relinchos los caballos, y sus ladridos los perros, y su ruido los carruajes.

La voz de los ujieres, colocados de trecho en trecho en la ancha escalera de mármol, anunció a sus majestades.

Todos quedaron inmóviles, callaron todas las bocas, fijáronse en un mismo punto todas las miradas, y sólo quedaron cubiertas las cabezas de las mujeres y las de algunos grandes de España.

El eco de los clarines y atabales repitióse en las tortuosas bóvedas del alcázar, haciendo estremecer sus macizos y seculares arcos de ladrillo y dura argamasa.

Apoyábase Isabel de Valois en el brazo izquierdo de su esposo, y aunque caminaba majestuosamente y levantaba la frente con altivez, había tal expresión de bondad en su rostro, brotaba de sus

labios una sonrisa tan dulce, que todos la contemplaban poseídos del más cariñoso interés y respeto.

Felipe II, más que nunca severo, hacía bajar con su mirada penetrante y dura cuantos ojos se abrían para mirarlo. Ante su frente se doblaban todas, más que con respeto, con temor.

Dos palafreneros, con casaquines galoneados de oro, acercaron al rey un hermoso caballo negro de española raza con riquísimos jaeces, y un gentilhomme le detuvo el estribo.

A la reina aproximaron un potro de sangre pura árabe, blanco como la espuma de un torrente, y cubierto con mantilla de seda azul salpicada de estrellas de plata y recamada de largos flecos del mismo metal.

Numerosa tropa de caballeros, pajes y escuderos seguía al rey, y no menos numeroso era el acompañamiento de damas que llevaba la reina.

Felipe II se despidió del Cardenal Espinosa dándole un abrazo.

El cardenal bendijo a los regios esposos.

—Siento que no nos acompañéis—le dijo el monarca.

—Ya sabéis, señor, que me es imposible.

Cabalgaron los reyes.

Dióse la señal de partida, y todos se apresuraron a montar en sus corceles ó a entrar en los coches.

Caballero en un hermoso cuartango de negro pelo, el paje de Blanca iba y venía en todas direcciones, hablaba con todos y reía a carcajadas. Su rostro infantil, alegre y burlón, formaba el más opuesto contraste con el del rey.

Cuando la numerosa comitiva se había puesto en marcha, bajó el príncipe don Carlos, seguido de su servidumbre y pareció complacerse en llegar después que todos, como le hubiera agraciado llegar antes. Su extravagancia le hacía gozar con no parecerse a nadie.

Teníanle ensillado un potro de sangre pura alemana, de castaño pelo, brioso y potente.

Contemplólo el príncipe, y luego, mirando a su alrededor, dijo:

—¿No está el consero de la Iglesia? (1)

Sus criados, confusos, aparentaron no comprenderle y callaron.

—¿Estáis sordos?—repitió don Carlos.

—Si vuestra alteza tiene a bien explicarse...

—Hablo del que asa a los herejes, del cardenal Espinosa.

—Ya se ha ido.

—Sin duda por no ver mi caballo, porque ha venido del país de la herejía—repuso el príncipe.

Y sonrió irónicamente.

En seguida cabalgó, y volviéndose a los de la servidumbre, les dijo:

—Estáis en libertad de caminar como más os plazca. Quiero ir solo.

Y partió, obligando a su corcel a encabritarse y a saltar a medida que corría.

Diez minutos después sabía ya el cardenal que el príncipe lo había calificado de una manera indigna y repugnante. Pareció caerle en gracia al inquisidor la desvergonzada ocurrencia, porque desplegó una sonrisa, y repitió:

—¡Qué loquillo, qué loquillo!

Pero en seguida dijo allá para sus adentros:

—No tardaré mucho tiempo en asarte para dar un banquete a los herejes flamencos. Entonces sí que podrás conocer toda mi habilidad en el arte de cocinar.

Y palidecieron sus mejillas y sus ojuelos brillaron extraordinariamente.

(1) Don Carlos no habló nunca con respeto, ni aun con decoro, del cardenal Espinosa, a quien llamaba curlión, y contra el que, como hemos dicho, levantó su puñal. Estas y otras faltas de prudencia, que herían vivamente a personajes de tanta valía como lo eran entonces un inquisidor general, contribuyeron mucho a la ruina del príncipe, porque supieron explotarla sus enemigos, clasificándolo de adicto a la reforma. Don Carlos era mordaz; sus palabras ultrajaban descaradamente a cuantos no quería.

CAPÍTULO XXI

El rey se desespera y el paje se divierte

Aturdidos por la confusión que reinaba en los patios del alcázar, no hemos podido fijarnos detenidamente en cada uno de los personajes más principales de nuestra historia, y solamente hemos hecho mención de algunos, con la ligereza propia del que se apresura a montar a caballo para seguir al rey. Porque nosotros vamos también a caballo; hay que andar algunas leguas y de otro modo nos cansaríamos. No entramos en un coche porque desde su interior no podríamos ver lo que pasa.

Veíase a lo largo del camino de El Escorial una prolongada hilera formada por caballos, mulas, literas y coches, llevando todos ellos sobre sí caballeros, damas, pajes, escuderos y soldados de la guardia del rey.

Este, al lado de su esposa, y seguido de algunos nobles, caminaba a buen paso.

En el tercer coche de los que rodaban detrás de sus majestades, iba una dama sin más compañía que la de una doncella.

Aquella dama era la esposa de Ruy Gómez de Silva.

En otros carruajes que seguían al suyo, iba el resto de la alta servidumbre de la reina, es decir, de sus damas de honor y doncellas de noble alcurnia; pero no con tanta holgura como doña Ana, sino de cuatro en cuatro o de seis en seis en cada enorme cajón.

Bianca, prensada en uno de éstos, ni fijaba sus miradas en ningún punto, ni hablaba con sus allegres compañeras. Parecía absorta en una profunda y triste meditación. Estaba pálida y ojerosa; pero bellísima, arrebatadora como siempre. Un rayo de sol se quebraba en sus sedosos rizos de oro e iluminaba su frente de mate blancura y sin igual nobleza. En aquellos momentos no ardía en su cabeza la chispa enloquecedora de la venganza; desgarrábale el corazón un recuerdo dulcísimo, pero triste, horrible.

Sus lindas compañeras dirigíanse miradas significativas y señalaban con un leve y disimulado gesto a la infeliz joven que tanto sufría; empero pasaban para ella desapercibidos gestos y miradas, porque entonces embargaba su mente una sola idea, y nada veía, nada oía.

—Está enamorada de alguno que no le corresponde—decían para sí los que la observaban.

El príncipe, un tanto separado del cenúño, miraba a todas partes como si buscase a alguno entre aquella multitud.

Cuando más embebido estaba en su investigación, sintió tras sí el galope de un caballo, y volviendo la cabeza, vió al travieso pajeillo,

—No viene—dijo ésto al príncipe.

—¿Quién?

—El que buscáis.

—¿Sabes a quién busco?

—A Ruy Gómez de Silva.

—¿Se ha quedado en Madrid?

—Para vigilar a nuestro amigo el barón.

Con Carlos apretó los puños y se mostró impaciente.

—No os dé cuidado—le dijo Luis—, mejor es que no venga; así podéis ir con más libertad al lado de su esposa.

—¿Insistes?

—Sí, señor.

—Ahora puedes explicarte.

—Voy de prisa.

—¿A dónde?

—A hacer una importante advertencia a mi señora y vuestra fiel allada doña Blanca.

—No será negocio urgente.

—Nos observan, señor. Id al lado de la de Eboú. Mirad, muchos caballeros desean acercarse a ella, pero hasta ahora ninguno se ha atrevido.

—Tímidos están, y es más extraño no viniendo Ruy Gómez.

—Pero viene el rey—dijo el paje, a la vez que espoleaba su cuartago y se dirigía hacia el coche en que iba su señora.

El príncipe se acercó a la portezuela del de doña Ana,

Al ver a don Carlos, sintió la princesa una emoción que no le era desconocida; pero acudiendo a su mente el recuerdo de los desprecios recibidos, dominando su amor propio a su antigua pasión, ya casi extinguida por el despecho y la sed de venganza, reconvino con la idea de si la fortuna le daría ocasión de pagar con duros desdenes el desdén amargo del príncipe.

—Solo camina el sol—dijo éste a la noble dama con galante tono.

—Y como la mañana está fría, vos lo buscáis, señor—contestóle la princesa, sonriendo coquetamente.

—No sé por qué extraña causa no siento el frío; por el contrario, tengo calor, y mucho—repuso don Carlos, siempre dispuesto a manifestarse en contradicción con todos menos con su madrastra.

—Entonces, alejaos del sol.

—El de vuestros ojos no quema, deleita solamente la vista.

Las mejillas de doña Ana palidieron. Su amor propio acababa de recibir una nueva herida, y confiada en el apoyo que encontraría en todo caso en el rey, atreviéndose a contestar despreciativamente al príncipe, diciéndole:

—Donde no hay corazón, no hay sentimiento, y ni el fuego del sol abrasa, ni el frío de la nieve hiela.

No pareció desconcertarse don Carlos; por el contrario, sereno y acentuando muy marcadamente cada una de sus palabras, contestó:

—Cuanto más vale una joya más se oculta, y no se muestra a quien no sabe apreciarla. Más agradece un puerto una bellota que la perla más preciosa (1).

(1) No extrañen nuestros lectores que en boca de un príncipe que habla con una señora, pongamos frases tan groseras. Ya hemos dicho que cuando hablaba con una persona a quien lo quería, sin mirar el sexo ni la clase de ésta, ajábase desatadamente el amor propio y hasta la dignidad. Llegó el caso de que un día se quisiesen al rey unas damas de honor, ofendidas por la desvergüenza de don Carlos, que les había tratado como a despreciables mujeres.

(Véase la historia).

A desvergüenza tal opuso doña Ana el más despreciativo silencio, y volviéndose a mirar al opuesto lado, casi dió al príncipe la espalda.

Este decía entre tanto para sí:

—Las últimas palabras del puje me han hecho comprenderlo todo. El caso es que mi padre me va a retr y hablar con la princesa.

Y luego añadió en voz alta:

—Señora, yo os mostréis ofendida porque me he defendido con las mismas armas que me habéis atacado. Cualquiera calificación me hubiese sido menos dolorosa que vuestras palabras, al decirme que no había en mi pecho corazón, precisamente en los momentos en que lo sentía palpitár de gozo al contemplar vuestra belleza.

—Ni vos — dijo arrebatadamente doña Ana —, con ser heredero del trono, ni vuestro padre con estar sentado en él, tenéis derecho a ofender a una dama de mi clase. ¿Tales galanterías acostumbráis a decir a la señora de vuestros pensamientos? Si a ese lenguaje se ablanda su corazón de diamante, si con semejantes palabras turbáis su razón para que olvide su virtud, ruin pecho encubrirá su amor más ruin.

La lucha de desvergüenzas había empezado.

Esta vez el príncipe sintióse herido más aún que doña Ana. Poco o nada le hubiera importado al mantebo verse despreciado, insultado; pero ofender, aunque indirectamente, a la reina, al ángel de sus ensueños, a la blanca paloma pura y sin mancha cuya limpia virtud era espejo de virtudes, cuyo generoso corazón era inimitable modelo de nobleza y de ternura, ofenderla, repetimos, era despertar en su pecho el más rabioso coraje, herir la fibra más delicada de su enamorado corazón.

El príncipe, de impetuoso carácter y ardiente imaginación, arrebatábase fácilmente, y se le veía pasar en un segundo de la burla y el sarcasmo a la más ciega cólera.

Illumináronse sus pupilas, enrojeció su rostro, y levantando la ira su pecho, exclamó con voz ahogada:

—;Señora si os ofendo, ofendedme; pero no suene en vuestro oído el nombre de la mujer a

quien yo pueda amar! Si la conocéis, callad y respetadla; si no la conocéis, abrigad con respeto también la sospecha de quien pueda ser, porque de otro modo, ¡vive el cielo! que no respondo de mí.

La princesa sonrióse con aire de triunfo.

Don Carlos rechinó los dientes y siguió al lado del coche.

—Tendré presente vuestro aviso — dijo doña Ana—. Hagamos las paces y hablemos de otro asunto.

Mientras así hablaban estos irreconciliables enemigos, el rey, como dijimos ya, caminaba delante al lado de su esposa y seguido de muchos principales caballeros.

Durante el camino que llevaban andando no había percido el monarca de vista a su hijo, y so pretexto de dirigir la palabra a los de su comitiva, volvía frecuentemente atrás la cabeza.

Tomaba el rey por plática de amor lo que sólo era de punzantes agravios entre doña Ana y el príncipe; y cada amarga e irónica sonrisa de éste, explicáusela aquél como la expresión de una tierna galantería.

El rostro severo de Felipe II palidecía frecuentemente o se tornaba de color de púrpura. Convencido estaba de que su hijo no podía amar sino a la reina, pero ¿no era posible también que aquel hijo enemigo de su padre, por contrariarlo en todo, por vengarse con las mismas armas con que fuera herido, fingiese amor a la de Eboli? Quien había espiado al monarca la noche anterior podía haber dado aviso de la aventura a don Carlos y aun a la reina.

No pasaban desapercibidas para los cortesanos las alteraciones de rostro de Felipe II, y aun de Isabel de Valois, con su penetración de mujer, empezaba a sospechar lo que su doncella le había ocultado, porque ésta no hizo más que darle instrucciones para el camino, como se las dió el paje al príncipe.

En tanto que, como hemos dicho, don Carlos hacía las paces con doña Ana, y mientras que Luis recordaba con disimulo a su señora que no era el dolor, sino la venganza lo que debía abrigar su

pecho, la reina, fingiendo como todas, mascurbas complacida y hablaba al rey procurando llamarle más la atención cuando lo veía volver la cabeza atrás.

Llevaban dos horas de marcha.

—¿No os cansáis de ir a caballo?—preguntó a su esposa el rey.

—No—contestó Isabel—. Ya sabéis que es un ejercicio que me agrada mucho y al cual estoy acostumbrada.

—Gran trecho de camino ocupa la conitiva—repuso Felipe, volviendo la cabeza con pretexto de esta observación.

—Y bien escoltados van los carruajes. No hay una ventanilla por donde no agamen una o dos cabezas de mis damas, que se ríen al escuchar las galanterías de vuestros gentileshombres y escuderos.

—Tenéis razón—dijo el rey, mirando a su hijo.

—El coche de doña Ana de Mendoza es el más solitario—presiguió la reina—. Sólo al príncipe se ve cerca de él. Miradlo, señor, y por cierto que su conversación parece animada. Mal gesto pone: cualquiera diría que se ha declarado a la princesa y que se ve desdenado.

Esto mismo pensó el monarca, y su frente palideció.

Isabel de Valois rióse y los cortesanos rieron; pero Felipe II los miró con marcado enojo, y luego dirigiéndose a un gentilhombre, le dijo:

—Vednos si vuestro caballo puede seguir el mío en la carrera.

Y partió veloz como el viento, llevado por el fogoso bruto, y seguido del cortesano que hacía volar también a una brinosa yegua.

Cuando corrieron buen trecho el rey volvió la rienda y emprendiendo nueva carrera hacia la conitiva, llegó a donde estaba su esposa, y como si no pudiese contener de pronto su caballo, pasó y fué a parar junto al coche de doña Ana, a quien cortesmente saludó después de acercarse a la portezuela.

—Honra sin igual es — dijo la princesa —, la de ser escoltada la sirva por el señor.

Vió don Carlos que su padre se disponía a ena-

blar conversación, y espoleando a su corcel, fué a reunirse con la reina.

Una mirada ardiente y afanosa fué el saludo del príncipe; una sonrisa dulce, angelical, fué la contestación de Isabel.

Felipe II vió la mirada y sonrisa, como antes había visto los ademanes y gestos. Su primer impulso fué volver al lado de su esposa; pero una pregunta de doña Ana lo detuvo.

Tras la mirada del príncipe y la sonrisa de la reina siguió una animada conversación; entonces, nadie que hubiese oído a don Carlos sus anteriores groserías lo hubiese conocido por sus palabras dulces y de tan expresiva y delicada galantería como nunca salieron de boca del más pulido cortesano.

Hablaron de todo: de la estación, del Escorial, de Madrid, de caza y de caballos, pero no había asunto que no diese ocasión a la fecunda inventiva del príncipe, para decir a su madrastra los cumplidos y galanterías más oportunos y delicados.

Los gentileshombres que seguían a la reina participaron también de las atenciones y buen humor del mancebo, y no faltó alguno que dijese al que llevaba al lado:

—No sé por qué dicen que el príncipe es una fiera.

Doña Ana de Mendoza se quejaba al rey; pero éste no escuchaba apenas las quejas porque iba muy preocupado con las sonrisas y miradas de su esposa.

—¡Vive el cielo!—decía para sí—. ¿Será esto una burla meditada?... ¡Oh!...

Y sin querer clavaba las espuelas en los ijares de su caballo, y lo reírenaba al mismo tiempo a impulsos de la contracción involuntaria de sus músculos.

Al fin el celoso monarca, perdiendo la paciencia, despidióse de la de Eboli, y corrió hasta llegar al lado de su esposa, al mismo tiempo que, mezclándose entre la real comitiva, acercóse al travieso paje dejando ver en sus delgados labios la más pícarra sonrisa.

A la llegada de su padre volvió don Carlos la

rienda y fué a colocarse nuevamente junto al coche de doña Ana.

Trabajosamente pudo Felipe contener una exclamación de cólera; pero enrojecióse su rostro y dos gruesas gotas de sudor corrieron por su frente.

—Advierto, señor—dijo atrevidamente el paje dirigiendo la palabra al rey—, que el caballo que monta vuestra majestad ya no se espanta de los coches.

—Al rey se le había cuando él se digna preguntar o dar su licencia—replicó con áspero tono Felipe.

El hermoso Luis, sin desconcertarse en lo más mínimo, repuso:

—He hablado por orden de vuestra majestad.

—¡Por orden mía!—replicó el monarca más admirado del atrevimiento del rapaz que enojado de su falta de respeto.

—Sí, señor. Cosa de un mes hace, cuando vuestro caballo se espantaba al menor ruido, y sobre todo al de los coches, tuve la honra de decir a vuestra majestad que con el tiempo se le corregiría ese vicio a su más corredor corcel. Vuestra majestad negó, yo insistí por supuesto con vuestra real licencia, y entonces, señor, me dijisteis: "Si me equivoco, recuérdame el error cuando llegue el caso, para confesar que eres en esta materia más inteligente que yo, y para regalarte veinte escudos de oro en premio de tu talento". Ya ve, pues vuestra majestad, que he tenido la honra de dirigirle la palabra con su real licencia obedeciendo a su soberana orden.

El rey dijo para sí:

—¿Me habrá hecho esta observación inocentemente o con estudiada malicia, aludiendo a que me he acercado al coche de la princesa?

Y luego examinó el rostro del pajeillo, y viendo en él pintada toda la candidez de los pocos años, tranquilizóse.

Los cortesanos fueron más astutos y más maliciosos, porque presumieron la verdad, traduciendo las palabras de Luis por una de sus tantas picantes y de estudiada intención.

—Los veinte escudos te los dará mi tesorero,

aunque el diablo se lleve a mi mejor lebrei si me acuerdo de semejante cosa.

—¡El diablo, señor!... Cerca está por cierto.

Estas palabras hicieron volver repentinamente la cabeza a Felipe, y examinar de nuevo el semblante del pajecillo.

—¿Por qué dices que está cerca?

—Porque todos, señor, aseguran que está en el alcázar, y supongo que vendrá con la corte. Veo que vuestra majestad ignora lo más interesante que sucede en su real casa, cuando nada debieran ocultarle.

—Explicate — dijo Felipe II mostrando más interés del que aparentemente tenían las palabras de Luis.

—Aseguran, señor, que a las altas horas de la noche corre el diablo todo el palacio, sube y baja escaleras, atraviesa habitaciones, se filtra por las paredes, apareciendo o desapareciendo maravillosamente, apaga los faroles encendidos y con su sola mirada enciende los apagados, y en fin, muchas cosas que no recuerdo en este instante. No sé si esto me lo habrán contado para infundirme miedo, porque saben que soy supersticioso; pero es el caso que así se dice. Yo nada he visto ni quiero ver.

—¿Y quien te ha contado eso?

—Unos mozos de cuadra.

Efectivamente, el paje, con la habilidad que le era propia, había hecho cundir estas habillas, sin que al cabo de media hora de decirlo pudiese nadie averiguar de dónde salió la primera noticia.

—¿Sabéis algo de ese cuento?— preguntó el rey a sus gentileshombres.

—Yo — dijo uno de ellos —, he tenido ocasión para reir un buen rato al oírsele contar a mi mayordomo aunque no exactamente como lo ha referido el paje.

Felipe II frunció el ceño y nada contestó.

—Tú podrías vencerme—decía el pajecillo para sí—; pero ha de costarte por lo menos muy malos ratos.

Siguió la comitiva envuelta en una nube de polvo.

Excusaremos decir a nuestros lectores los puzos donde se detuvo el rey para descansar y comer. Era la una de la tarde y caminaban.

La reina siempre a caballo.

El príncipe junto al coche de doña Ana.

El paje yendo y viniendo por todos lados.

Blanca, animada unas veces cuando la venganza se despertaba en su imaginación, triste y abatida otras cuando el recuerdo de su amor perdido atormentaba su corazón de fuego.

Felipe II apenas había comido. Vefasele desasosegado, hablaba con aspereza a los gentileshombres y con frialdad a su esposa. Su hijo había conseguido irritarlo, contrariarlo su esposa, y encontrar el paje ocasiones mil en que decir agudezas que no le eran muy gratas.

Esto era mucho para su paciencia.

—¿Queréis correr vuestro caballo? — preguntó Isabel a su esposo.

La inquietud del monarca pareció encontrar un remedio en lo que le proponía la reina. Necesitaba agitarse, hundir sus espuelas hasta las entrañas de su corcel, desahogar en el noble bruto su furor ya que no podía manifestarlo a nadie.

—Sí—contestó.

—¡Seguidnos!—dijo la reina a los gentileshombres—. ¡Que nos siga también la guardia!

Y partieron como centellas.

Tras los regios esposos seguían algunos caballeros, y tras éstos la numerosa escolta.

Y se dejaron atrás el resto de la comitiva, y perdiéronla al fin de vista, y corrieron más y siempre corrieron, y a las cuatro de la tarde, los caballos, cubiertos de blanca espuma, abiertas las anchas narices, ensangrentados los ijares, detuviéronse ante el magnífico y maravilloso monumento de la grandeza española y de la magnificencia del señor de dos mundos.

Estaban en El Escorial.

Felipe II se dirigió a un aposento adornado sumptuosamente, y dejándose caer en un blando diván, dió a sus criados la orden de que nadie entrase sin que él hubiese llamado.

—Y he de ser impotente contra ese demonio

oculto que me persigue?—dijo con voz reconcentrada—. ¡Guay del que así se atreve a provocar a Felipe II!

La reina, molida, estropeada, débil de cuerpo y de espíritu, tuvo necesidad de acostarse.

Cuando los palafraneros cubrían con mantas a los corceles, y el pajeillo entró con su cuártago en una de las cuadras.

—¡Diablo—dijo—cómo me duelen los huesos!

CAPÍTULO XXII

El capitán Pero León

Seis horas después, es decir, a una bastante avanzada de la noche, la regia comitiva llegó a las puertas del monasterio de San Lorenzo del Escorial.

Fatigados los viajeros, incómodos con el frío que se dejaba sentir bastante, no se mostraban nada complacidos de la excursión, en la cual, por otra parte habían echado de menos el alegre bullicio que en iguales ocasiones compensara el cansancio. Cualquiera hubiese dicho que aquel día las negras alas de un espíritu diabólico y mal intencionado habían oscurecido con su pavorosa sombra la cordial alegría que todos esperaban para sentir menos las fatigas del viaje.

No podremos decir con seguridad, si es que el mal humor de Felipe II no dejó a sus cortesanos suficiente libertad para chancearse unos con otros y galantear a las damas, o si los tristes y misteriosos acontecimientos que en pocos días habían tenido lugar en la corte, teníanlos también pensativos, cavilosos, y en este estado de distracción involuntaria a que generalmente conduce el deseo de adivinar el desenlace de los negocios públicos de alguna importancia.

Cuando las damas y caballeros se apearon de sus mulos y caballos, se dieron prisa a entrar al mal humor, y refectó con trépidos nervios a sus

divertidos, ya murmurando con poca reserva de la conducta del rey y de los caprichos de la reina.

Poco a poco, y en medio de la confusión y el bullicio, fueron separándose unos de otros, internándose por distintos corredores, galerías y repartiéndose en apartadas habitaciones después de preguntar por el rey y saber que éste a nadie recibiría por hallarse sumamente fatigado.

Una hora después, y cuando casi todos reposaban con tranquilo sueño o se disponían a acostarse, un embozado de mediana estatura, y cuyos ligeros pasos apenas producía el menor ruido, bajó una estrecha escalera, atravesó un patio, y siguiendo a lo largo de un pasillo completamente oscuro llegó a un postigo y detuvo junto a él.

A un movimiento de sus brazos separóse algún tanto la capa de su cuerpo, escapándose el tenue resplandor de alguna linterna que sin duda ocultaba bajo sus pliegues.

Inmóvil y silencioso aguardó muy cerca de un cuarto de hora, hasta que oyendo un silbido por la opuesta parte, respondió él con otro y volviendo a ser contestado, introdujo una llave en la cerradura del postigo y abriólo cuidadosamente.

Otro embozado apareció en la parte de afuera y sacando el primero con una mano la linterna, y levantando con la otra un afilado puñal, examinó cuidadosamente y rápidamente al recién llegado.

—Por Santiago—dijo éste—, que no os sorprenda ningún espía. Sólo mezo prevenido, y con el tiempo nada tendréis que envidiaros.

—Menos palabras señor fanfarrón, más silencio—contestóle el otro, cuyas facciones pudieron verse a la luz de la linterna.

Era el travieso paje de Blanca.

Al recién llegado no le conocen nuestros lectores, y aprovechando la ocasión de que quita títeresamente el embozo de su capa, describamos su retrato.

Era de elevada estatura y enjuto de carnes; pero la anchura de su pecho y la energía de sus ademanes, denotaban una fuerza no común y ejercitada continuamente.

Sus facciones eran escosamente regulares, sus

lizadas una por una; pero no desagradaba el conjunto de todas ellas. Sus redondos ojos, negros y penetrante mirada, asemejaban por su brillo en la oscuridad a los de un gato montés, y a menos que le burla y el sarcasmo le comunicase cierta extraña alegría, veíase siempre en ellos una expresión terrible, casi fiera. Era un tanto larga, delgada y aguileña la nariz, y muy pronunciada en la parte superior la curva de su contorno. Claros y desiguales dientes guarnecían su ancha boca, y cubría sus labios un áspero, espeso y negro bigote descuidadamente retorcido. Parecía ser estrecha su frente cubierta casi en totalidad por su sombrero de fieltro de color de ceniza, con larga pluma encarnada, que a fuer de aventurero soldado, inclinábase sobre su oreja derecha, tocando al extremo de la caja. Y decíase soldado, porque tal parecía en su porte martial.

Vestía una ropilla, en si es no es estropeada, de grueso ante, calzas coloradas de lana con tanta sobra de puntos como falta de zurcidos, y anchas botas con largas esuelas de acero. De su cinturón de cuero de incierto color, pendía una larguísima espada de tosca y maciza empuñadura, de ancha hoja, fino temple e inseparable y querida compañera de su dueño, así como una daga cuya punta debía haber hecho muchas veces conocimiento con el corazón de los franceses o de los turcos.

Su sombrero no estaba a la moda del día, porque eran anchas sus alas y no más que de mediana altura su copa.

Por tanto, hasta saber a nuestros lectores que el nuevo personaje a quien acaban de conocer, era efectivamente un soldado que entre el fuego de los arcabuces había pasado desde los quince años de su edad en que quedara huérfano de padre y madre, y que su valor habíale valido el empleo de capitán a los veinte y seis años. Pero no muy afortunado, perdió este empleo, a consecuencia de una reyerta producida por su carácter impetuoso y su ruda franqueza.

Diez meses hacía que se hallaba en la corte, sin más ocupación que la de pasar día y noche, y sin

más amparó que el de su bolsillo vacío y su estómago devorador.

—Entrad — dijo el paje — y caminad con cuidado porque esas malditas espuelas que lleváis hacen tanto ruido como las cadenas que de noche arrastran los espíritus malos.

—¡Dios de Dios! — exclamó el soldado --. Pues más ijares han roto, que pelos tenéis en la cadena.

Cerró Luis el portigo, ocultó nuevamente la linterna, y repuso:

—Cogéos a mi capa y seguidme.

Y luego ambos, dejando atrás el pasillo, el patio y algunos corredores, y llegando a la puerta de un aposento donde entraron después de mirar si alguien los observaba.

Entremos con ellos, y nos encontraremos en una habitación iluminada por dos bujías, y en la cual hallábase la interesante Blanca sentada en un ancho sillón.

Saludóla el soldado con más muestra de buen afecto que pulida cortesanía, y sentóse in guardia más cumplimientos.

—Voy a llamarle—dijo el pajeclio.

Y desapareció por otra puerta, para volver después de algunos momentos acompañado de un nuevo personaje.

Era el príncipe don Carlos.

Cruzáronse algunas saludos, dirigiéronse mutuamente ligeros cumplimientos y haciendo un medio círculo, cada cual acomodóse en un ancho sillón.

El atrevido Luis sin tomar la venia de sus superiores, que allí lo eran todos, rompió el silencio que empezaba a reinar.

—Señor--dijo al príncipe--. aquí tenemos al señor Pero León que aguarda vuestras órdenes. Ya es tiempo de resolver a tomar un partido. Vuestros enemigos no pierden momento ni ocasión: ganan terreno, y pronto nos aventajarán si no hacemos otra cosa más que maldecirlos y quejarnos de nuestra suerte. Ellos cuentan con todos los medios, y no hay escóquiles en su manera de obrar, con tal que consigamos que ellos no nos hagan la guerra, o mejor dicho, si no nos defendemos con

la resolución y constancia con que somos atacados, nuestra perdición es segura.

El príncipe pareció reflexionar unos instantes y luego contestó:

—Razón tienes: nuestra ruina es cierta si no aprovechamos los instantes. Sin embargo, no se me alcanzan para mi salvación otros remedios que el de mi fuga. Hablad, señora—continuó dirigiéndose a Blanca—; vos estáis tan interesada como yo en este asunto. Tenéis una ofensa que vengar; yo ciento.

Los ojos de la doncella se animaron; enrojeciéronse sus tiernas y blancas mejillas, y con reconcentrada voz dijo:

—Vos lo habéis dicho, señor, yo tengo una ofensa que vengar; pero trastornada por el dolor más acerbó, hasta aquí sólo he pensado en esa misma venganza, en ver correr la sangre del ruin Gómez de Silva, como vi brotar la del marqués de Poza de su noble pecho. Sangre, venganza, exterminio para los verdugos de mi generoso amante; eso quiero no más: sólo eso he pensado, sin ver otros medios que los del puñal que atraviese el corazón, y un grito que estremezca la conciencia en el momento de la agonía.

A su vez animóse la mirada de don Carlos, centellearon sus ojos, y apretando los puños, exclamó:

—¡Vive el cielo, señora, que tanto el coraje me ciega, que como vos, la sed de venganza ha ocupado exclusivamente mi pensamiento! Ruines, villanos, mal nacidos, mis enemigos me han atacado con armas dignas de su miserable baja. No hay fibra de mi corazón donde no me hayan herido con alevosa mano, y pléguese a Dios que en lo hecho quedase sus maldades. ¿Cuál ha de ser mi opinión? Venganza, sangre, exterminio para todos ellos.

Mientras así el príncipe hablaba, el pajeecillo, con sonrisa casi burlona, escuchaba atento.

—Por mi ánima—dijo—, que nuestros planes no pueden tener enmienda. Tales són, que no hay cómo calificarlos de descortados. Venganza, sangre, exterminio... lindas palabras. Para llevar a cabo nuestros proyectos, no se necesita sino un pu-

nal para ir asesinando uno tras otro, al rey, a su confidente don Ruy Gómez de Silva, a doña Ana de Mendoza, al reverendo cardenal y a la mitad de los cortesanos, en fin, o a casi todos ellos. Esto es muy fácil; basta para llevarlo a cabo un brazo que no tiembla, una persona que pudiendo hacerse invisible, entre en todas partes y a todas horas, mate y destruya, y... ¡Bah, bah!, acabo de convencerme de que habéis perdido la cabeza.

Y soltando una burlona careajada sin otro miramiento, contempló alternativamente al príncipe y a la doncella.

Estos bajaron los ojos como avergonzados de que aquel niño les diese una lección de diplomacia cortesana.

—Si tu corazón—dijo don Carlos—, ardiese como el mío, si graves ofensas hubiesen trastornado tu razón, no podrías quizás tan fríamente combinar planes, burlándote de nuestro justo enojo.

Los negros y rasgados ojos de Luis se iluminaron subitamente, arugóse su entrecejo, pintóse en su semblante la más sombría expresión, y repuso a la vez que se golpeaba el pecho con su delicada mano:

—Si vuestra mirada pudiese entrar aquí, veríais como hierve en mi corazón hiel más amarga que la que enardece el vuestro. Apenas conocí a mis padres; no tuve hermanos; negóme el mundo amigos verdaderos, excepto vos y doña Blanca. A ésta lo debo todo: en sus brazos me he dormido en mi niñez; sus halagos y caricias han endulzado mis amargos pesares de huérfano y pobre; su tierna solicitud, su fraternal cariño, sus cuidados de madre me han hecho feliz cuando debí ser desgraciado. Para mí no ha habido otra madre, otra hermana, otra amiga, otra protectora sino ella, y sin afecciones toñas, cuanta ternura encierra mi corazón, para ella han sido. Para ella mi amor de hermano, mi cariño de amigo, hasta mi adoración para ella ha sido, porque nunca vi sino a Dios en el cielo, y a Blanca en la tierra para levantarles en mi pecho un altar.

Por las mejillas de Luis corrieron dos lágrimas

lágrimas; pero recobrando luego su tierna emoción, prosiguió con vehemente acento:

—Una sola afección también abrigaba el corazón de doña Blanca, y al herirla el love puñal, de un asesino hiriendo en el pecho de su amante, desgarraron el mío, y más que a vos, y tanto como a ella, atormentóme el dolor, y la sed de venganza me irrita sin cesar. ¡Que no estoy con vos herido!... ¡Ah!... Si porque al parecer friamente medito la venganza, habéis pensado que mi corazón helado está también, os engañásteis, señor, porque deseo el exterminio de vuestros enemigos tanto como vos. Ni el miedo me contiene, ni la calma me aconseja; en mi cuerpo de niño hay un corazón de hombre, y en mi burlona sonrisa un veneno que me abraza los labios. Empero como deseo que no se frustré mi venganza, domino mi dolor y mi arrebato, y en vez de gastar el tiempo en gritar venganza y sangre, busco los medios de aniquilar a nuestros enemigos.

—¡Bravo, por Dios!—exclamó el capitán.—Hablaís como un Salomón, y si no nos dirigiesen vuestros consejos, estoy seguro de que de nada servirían, ni mis fuerzas ni los deseos de venganza de su alteza. Hablad; hablad, y decid lo que debemos hacer.

—No fué mi intento ofenderte—dijo el príncipe—. Reconozco tu buen acierto, y quiero que propongas tu plan.

Meditó Luis algunos instantes, y luego dijo:

—Lo primero que debemos procurar, es desunir a nuestros enemigos para vencerlos más fácilmente. Ya habréis comprendido lo que yo no os he explicado esta mañana con claridad. La princesa de Eholí es desde anoche la manceba de su majestad. Un hombre enamorado hace cuanto pide su dama, y como el rey lo está de la esposa de don Ruy, ésta será en adelante la que con respecto a nuestros asuntos y a los de la reina, dirija y decida. Ahora bien, nuestro primer cuidado debe ser que cunda la existencia de estos amores para que lleguen a oídos del príncipe de Eholí, que es celoso como un turco. Así se indispondrá con su esposa, y aborrecerá al rey no dándole por otra parte lugar el cora-

je de sus celos a entender en intrigas de la corte. Después debemos hacer de modo que estos amores concluyan, para que tampoco puedan obrar de acuerdo estos enemigos.

—¿Y con qué medios—preguntó Blanca—cuentas para llevar a cabo esa obra?

—Lo primero—repuso el paje—, está casi hecho, porque a estas horas se murmura ya en la corte de los amores del rey; estas murmuraciones no tardarán en llegar a oídos de don Iñuy, y lo segundo es también bastante fácil. Doña Ana tiene sus puntos de coqueta, puede inspirar celos a su majestad, por las mismas razones que se los inspiran a su marido, es decir, porque ella es joven y ellos viejos, y tienen tantos galanteadores como muchachos hay en la villa. Sin ir más lejos, hoy de vos señor, estoy seguro que tuvo celos, y a estas horas os teme tanto cuando se acuerda de su esposa, como cuando piensa en su querida.

—¿Y exige de la reina virtud!—dijo el príncipe con amargura.

—Esa es la condición humana—añadió la doncella.

—Ese es el egoísmo—interrumpió el paje—, pero nada nos importa estas consideraciones; sepamos si aprobáis mis proyectos.

—Desde luego—dijo don Carlos.

—Pero hasta ahora—repuso Blanca—solo propones para inutilizar a nuestros enemigos, y esto sólo no me contenta, necesito también la venganza.

—La venganza después, cuando no puedan defenderse.

—¿Y qué he de hacer—preguntó el capitán—, en todos estos enredos?

—No os faltará ocupación—repuso Luis—. Si su alteza nada tiene que mandaros, voy a disponer de vuestra persona.

—Ahora te toca disponer—, dijo Blanca—. Veamos en qué se va a ocupar el señor Fero León.

—Ordénale como gustes—añadió don Carlos.

—Vos, señor capitán—prosiguió el paje—, no tenéis otra ocupación que la de ~~pacíficos~~ ^{pacíficos}, y vuestra holgarza os habrá dado ~~ocasiones~~ ^{ocasiones} mil en que co-

nocer a cuantos vagos hay en la corte. Ahora os ponéis en camino, volvéis a Madrid, y vais a saber si ha ocurrido alguna desgracia al señor barón, porque todo debe temerse. Si así hubiera sucedido, venís otra vez a darnos aviso, y si no, os ocupáis en buscar dos o tres hombres de tanto corazón como vos, y mudos como una piedra, a los cuales tendréis dispuestos para que a una orden vuestra os sigan. También buscaréis una casa en un barrio apartado, y a propósito para encerrar en ella a una persona.

El príncipe y Blanca se miraron sin acertar a comprender el proyecto del pajeillo. Este advirtió la extrañeza de sus señores, y repuso:

—¿Habéis olvidado a un enemigo que aunque incapaz de hacernos por su parte daño alguno, porque tiene buen corazón, es sin embargo muy adicto al rey, y por obedecerle puede también trastornar nuestros planes? Es hombre de no escaso entendimiento, y como creo que no merece el que se le dé una puñalada, y es por otra parte preciso inutilizar, discurto que se lo encierre mientras pueda ser peligroso.

—No recuerdo quien sea—dijo Blanca.

—¿Olvidáis, señora, que si sorprendisteis la conversación de don Ruy Gómez fué porque hablaba con otro?

—Tienes razón; pero creo demasiado atrevido el intento de encerrar al comendador, a más de que me parece muy difícil conseguirlo.

—Más os admiraréis cuando os diga que el encierro que ha de prepararse, sirve también en último caso para el cardenal Espinosa.

—¿Luis!

—Señora, justo es que el inquisidor general se vea encerrado por ser demasiado católico, ya que él encierra a tantos por sospechas de que no lo son.

—Bien — exclamó el príncipe frotándose las manos—. Eso me gusta más que nada. ¡Vive Dios, hermoso paje, que he de regalarte mi mejor caballo para tu feliz ideal! Mis mejores botas, es decir, las que más enojo causan a mi padre, daría por ver al cardenal enjaulado.

—No me regalaréis nada, porque no soy vuestro amigo. Contened los ímpetus de vuestra alegría, y no os gocéis de la victoria antes de alcanzarla.

—Luis—repuso la doncella—, eres demasiado atrevido, y mira que tus planes no aceleren nuestra ruina. ¿Sabes quién es el cardenal Espinosa?

—El hombre más astuto de Castilla. Pero también son muy astutos los tigres y nuestro señor rey don Felipe II tiene enjaulado uno, cogido por un niño de diez y seis años. ¿Qué ha de valer al cardenal su poder ni su astucia cuando no conoce al enemigo que lo persigue, y por consiguiente no pueda sospechar que le tienden un lazo? Si no está ya en mi poder, es porque de nada nos hubiera servido encerrarlo; pero si mañana con hacerle desaparecer consiguiéramos la victoria, pronto llegaría a vuestros oídos la noticia de que el inquisidor general se había perdido.

—Tu atrevimiento—dijo Blanca—, es propio de un niño.

—Es propio—repuso Luis—, del que tiene que habérselas con enemigos muy poderosos.

—¿No temes las consecuencias?

—Nada temo.

—¡Bien por mi alma! — exclamó el capitán—. ¡Si tuvieseis veinte años!...

—¿Estás resuelto?—repitió la doncella.

—Resuelto a todo, señora. Sé que en esta partida juego mi cabeza, pero es mi deber vengaros y salvar al príncipe.

Y se iluminaron los ojos del pajecllo.

—No desistas de tu plan—repitió don Carlos—, y te ruego que no dejes para último extremo el encierro del cardenal, porque quiero que mi buen Baltasar de Cisneros me escriba desde el villorio donde está desterrado unas versos a este propósito.

—El desterrado vendrá—dijo Luis—, porque necesitamos el auxilio de su cabeza. Pero no perdamos un tiempo precioso, señor, dad al capitán con que pueda comer y vaciar algunas botellas a vuestra salud mientras dure su ausencia, y que inmediatamente se ponga en camino.

—Volare más que el viento, variaré un par de

botellas, y luego encomendadme otras misiones de más importancia, porque mi tizona se queja amargamente de su ociosidad.

—Ya es dárseles que hacer, se acerca el gran día, y entonces quíbrás os quejáis por tener que ejercitar demasiado vuestras fuerzas de Sansón.

El príncipe sacó un puñado de monedas de oro y plata y las dió al capitán.

—¿No tenéis que darme ninguna orden más?—preguntó éste.

—Prudencia y exactitud.

—Ya sabe vuestra alteza que para tales casos sólo me acuerdo de que tengo manos y espada; pero no lengua.

—No perdámos más tiempo—interrumpió Luis.

—Guárdeos el cielo—repuso el capitán.

Púsose este en pie, imitóle el paje, y ambos, después de saludar a don Carlos, salieron de la estancia provistos de la linterna.

CAPÍTULO XXIII

Lágrimas de amor y diabluras de paje

Los corazones enamorados se comprenden con una mirada.

Poco después de haber salido del aposento el paje y el capitán, una lágrima de infancia ternura asomó a los azules y húcticos ojos de la bellísima Blanca, y el príncipe sintió oprimido el corazón como si también quisiera llorar.

¿Qué producía este mágico efecto, este cambio tan opuesto y repentino en aquellos seres?

La Conde se había acordado de las horas de amorosa ternura pasadas junto a su desdichado amante, y esta idea comunicóse al alma del príncipe por medio de esas misteriosas y desconocidas simpatías, cuyos impulsos y poderosa fuerza no acierte el hombre a explicar.

Rebélase Blanca aquella noche bajo el influjo de una tristeza superior a su voluntad, por eso la hemos visto silenciosa durante la anterior es-

cena, y sin que a su fecunda imaginación acudiese una sola idea con que ayudar los planes del paje-cillo. Dificilmente había podido contener el llanto, desgarrábase su corazón por un tormento insufrible, y este mismo tormento encendió por un instante su deseo de venganza, para pedirla, como ya vimos, con el afanoso anhelo de una loca.

No menos triste se hallaba don Carlos. Había sufrido mucho durante el día; sólo algunos momentos desahogó su cólera maltratando a doña Ana, pero su valor habíase acrecentado después llegando a convertirse en frenética desesperación cuando vio partir a su padre al lado de la reina, envueltos ambos en una nube de polvo. Los celos se apoderaron de su alma.

Quería don Carlos hablar de su madrastra, y la doncella de su perdido amor; pero aquél adelantóse a ésta, interrogándole:

—¿Hace mucho rato que habéis dejado a la reina?

—No, señor—contestó la dama.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy cansada.

—¿Duermes ya?

—Creo que sí.

—¿Feliz ella!

—Por lo menos está acostada.

—No dormirá—repuso el príncipe—. Es también muy desgraciada, y el sueño huye de los ojos de los que padecen.

—Tan desgraciada como vos y como yo.

—Es verdad, señora: como nosotros, un amor sin esperanza amarga su existencia. ¡Cuán dichosa hubiera sido a mi lado! Hoy, en vez de las caricias de su esposo tierno y apasionado, sólo ve la severa etiqueta y el helado tratamiento de un hombre cuyo corazón no palpita sino a impulsos de ambiciones exageradas. Gritos y atormentadores son a la vez los recuerdos de aquellas horas de mágico embobeso en que las alas bóvedas del Louvre, pasó junto a ese ángel de amor y de ternura, oyendo de su boca palabras de un cariño que en vano horribles convenciones habrán intentado extinguir. No, ese cariño vive aún, arde en su pecho como la

eterna lámpara que alumbra el destino. Así me lo decía el corazón, así me lo aseguraron sus labios, y... ¡Dios mío, Dios mío!—prosiguió pasándose las manos por su ancha frente—. En aquellos momentos hubiera yo querido no amarla como la amo, para no respetarla como la respeto, y... Estoy loco, estoy loco.

Y sacudiendo la cabeza como si quisiera desecharla una pesadilla horrible, oprimióse el pecho con las manos, y exhaló un suspiro profundo, desgarrador.

El llanto corrió con más abundancia por las tersas mejillas de la doncella, y otro suspiro no menos doloroso contestó al del mancebo.

—Y no hay remedio para mi mal—prosiguió don Carlos con lánguida voz—. Y la veo, y la tengo a mi lado, y la adoro, y sé que me adora, y sin embargo, su virtud, como una valla de durísimo cristal, me permite verla junto a mí, pero impidiéndome llegar hasta ella. Vos señora, comprendéis mi tormento, vos, que como yo amáis a una visión a quien perciben vuestras miradas, pero que es impalpable a vuestras manos.

Bianca elevó al cielo una mirada tan tierna y sublime como los cantares de Salomón, y con acento dulcísimo exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío, ten compasión de los que en esta tierra de desdichas lloran sin consuelo! ¡Una visión! Sí, amo un recuerdo que en mis sueños de dolor apáreceme en forma celestial de encanto desconocido, mis ojos lo ven, pero vanamente intentan asirlo mis manos. Entonces lo adoro más que nunca, porque más que nunca aparece encantador, y luchó con mi misma, el corazón se me desgarró, exhálase el alma por mi boca en trislagmos gemidos. Tal es mi dolor; el mismo es el vuestro; pero viera yo vivo al que tanto yo amaba, y trocárame por vos.

—Vos, señora, olvidaréis, porque todo en este mundo se olvida; yo mientras exista la reina, la amaré, sufriré, y cada día más ardiente mi pasión cuanto más imposible se hace satisfacerla, solo tengo ante mis ojos un negro horizonte cubierto de espesas nubes, cuyos rayos acabarán mi vida

con tanta desesperación como son desesperadas las horas horribles de mis presentes tormentos.

Nada contestó la doncella. Sus macarñas manos llevaron a sus ojos un pañuelo de finísimo lien para enjugar el copioso llanto que regaban sus mejillas.

—Y no encuentro una ayuda—presiguió don Carlos—, nadie hay que siquiera por compasión intente amenguar los rigores de la virtud de doña Isabel.

Creyóse Blanca aludida y contestó:

—Si no hay quien interceda en pro de vuestros aporosos deseos, no es porque falta algún corazón generoso dispuesto a endulzar vuestra pena; empero la virtud de doña Isabel de Valois es superior a todo.

—Muy poderosa es la constancia—replicó don Carlos.

—¿No la habéis tenido?

—Sí, pero no en tantas ocasiones que pudiera hacerla valer. Si cuando yo no puedo demandar a la reina compasión porque me es imposible acercarme a ella, otros labios le recordasen mi nombre, le hablasen de mis sufrimientos y de mi amor, tal vez el tiempo, ayuda la más poderosa, vencería los escrúpulos de una virtud que hasta ahora ha sabido sobreponerse a todo.

—Perdéd esa esperanza, porque no ha faltado quien de esa manera ayude vuestros deseos.

Estremeciéndose violentamente el príncipe, miró con incomparable afán a la doncella, y preguntóse precipitadamente:

—¿Le habéis hablado de mí? ¿Cuándo? ¿Qué os ha dicho? ¿Mostróse complacida? ¿Pintóse en su semblante una chispa siquiera de su amor?... ¡Oh!... hablad, hablad, repetidme cuanto saliera de sus labios.

—¿Que si se pintó en su semblante una chispa de su amor? —repuso la doncella—. Salid envuelto en lágrimas, mezclando en sus suspiros y bien expresado en las quejas de su dolor.

—¿Conque me ama?... Soy un insensato al hacer esta pregunta... ¡Presiguió, presiguió!

—Nada puedo decirlos. El llanto, los suspiros y

las quejas delatan su pasión, pero no lo confiesan sus palabras, porque su dignidad de reina y su virtud de esposa enmudecen sus labios. Más que vos es desdichada, señor, compadecealla tanto como la amáis.

—¡Más desdichada que yo!

—Sí, más aun, porque vos tenéis el consuelo de decir que la amáis, y poder sin riesgo dejar que la tristeza asome en vuestros ojos, mientras ella tiene que dar una sonrisa al mundo, en tanto que se despedaza su corazón.

El semblante de don Carlos varió repentinamente. Animáronse sus ojos, apretó los puños con fuerza convulsiva, y exclamó:

—Y mi padre es el autor de tan amarga desgracia... ¡Oh!... ¡Y el mundo me exige sumisión, respeto, ciega obediencia porque es mi padre y mi rey! No, no es mi padre, porque se goza atormentándose lentamente, porque un padre sacrifica su vida por la felicidad de un hijo y el mío, para satisfacer sus ambiciones, me la arranca del corazón con traidora mano. No es mi rey, porque yo no rindo vasallaje a quien no sólo esclaviza mi cuerpo, sino que intenta esclavizar mi razón y mis afecciones. ¡Oh! ¡Cuánto tarda el día de la venganza!

Esa sola palabra no sólo secó instantáneamente el llanto de la doncella, sino que animó su semblante y dio a sus ojos extraordinario brillo. Entreabriéronse sus labios para hablar; pero en aquel instante fué interrumpida por la presencia del pajeillo, que con barlona sonrisa formaba el más opuesto contraste con los melancólicos y compungidos rostros de los enamorados.

—Poco ha faltado—dijo—para que tengamos un desagradable tropiezo.

—¿Qué ha sucedido?—preguntaron a la vez el príncipe y Blanca.

—Llegábamos a la escalerilla de caracol, cuando sentí un leve roce tras de nosotros, y volviendo la cabeza, cata aquí que me veo un bulto que nos seguía. Apresuramos el paso y apresurólo también nuestro perseguidor. Llegamos al postigo, salió el capitán, y dispúsome a tornar aquí; pero siempre

el bulto en pos de mí, no me dejaba un solo. Quieren saber quién soy, dije para mí; y lo conseguirán si son más astutos y más ligeros que yo. Y corriendo de derecha a izquierda, subiendo y bajando, probé a perder de vista a mi perseguidor. En vano, porque siempre le encontraba tras de mí. Ignora que se las ba con el diablo, repetí para mis adentros. Y entendiendo nuevamente mi carrera, hice como si aturdido ya no supiera por dónde escaparme, corrí a su encuentro bien recatado el rostro, y al chocar como involuntariamente contra él, saqué mi linterna, cuyo cristal rompióse en sus narices. No ejecuté tan torpemente mi evolución, que no le viese el semblante a mi espía, poco cuidadoso de ocultarle en su sorpresa; y ¿sabéis con quién me encontré? Con la mismísima doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli.

—¿La princesa! — exclamó don Carlos.

—Estamos perdidos — añadió Blanca.

—La pérdida es ella — prosiguió el paje, riendo a carcajadas.

—¿No te conoció?

—Linda torpeza hubiera sido darle semejante gusto.

—¿Cómo pudiste librarte de su persecución?

—Muy fácilmente.

—Sepamos.

—Con mi linterna en la mano, porque no es bueno dejar prendas que se pueden reconocer como el sombrero de don Ruy, ya apagada la luz, emprendí otra vez mi fuga.

—¿Y te siguió?

—Por supuesto; pero antes que pudiera reponerse del susto, le tomé una buena delantera. No era esto bastante, y considerándolo ya así, entréme por la puerta de una habitación del piso bajo que conozco bien, cerréla tras de mí, pero sin echar llave ni cerrojo, y mientras doña Ana se entretenía en empujar la puerta, salté por una ventana que da al patio chico, y aquí me tenéis bueno y salvo, sin más pérdida que la del cristal de mi linterna.

Y mostrando el estropeado mueble, soltó una nueva carcajada.

El príncipe y la condesa a pesar de su tristeza,

no pudieron menos de sonreír y aplaudir la travesura del paje.

—Y ahora—dijo éste a don Carlos—, lídes a nuestro aposento, y nada os importe que os vean entrar en él, con tal que no sepa que salís de aquí.

—No dudo—replicó el príncipe—que pronto harás creer a los cortesanos, y aún al mismo rey, que el diablo está en palacio y los persigue.

Y luego, envolviéndose en su ancha capa, salió, dejando solo al paje y a la doncella, que todavía hablaron hasta una hora muy avanzada de la noche.

CAPÍTULO XXIV

De cómo doña Ana hizo que el rey se decidiese a divertirse

Dos días habían transcurrido desde que la corte llegara a El Escorial.

Aprovechaba el príncipe don Carlos todas las ocasiones que se le presentaban para causar enojo a su padre, galanteando a la reina.

Doña Ana de Mendoza, libre de la presencia de su marido, sin escuchar los celos impertinentes de éste, como ella decía, entregábase a las dulzuras de su nuevo amor, es decir, fingía a solas con el rey que era completamente dichosa por hallarse a su lado, lejos del bullicio y dedicada exclusivamente a su cariño. Y en efecto, era casi dichosa, mas no por ver satisfecha una pasión que no sentía, sino porque meditaba un plan horrible que debía darle por resultado la ruina de Isabel de Valois, su rival inocente, y ya lisongeábase con el buen éxito de su trama infernal.

Faciliábase el rey a reír, y trabajaba todo el tiempo que los apocentos de la política no daban grato razón a su pasión.

Blanca, sacudiendo al fin la tristeza causada por su dolor, meditaba, averiguaba, y ya en unión con el travieso paje combinaba planes, ya con la reina

lloraba su desdicha, hablando de su amor sin esperanza.

Es la condición humana tal, que más se ocupa de lo que se puede poseer, perdiendo inútilmente el tiempo, que de aquella que le es fácil alcanzar con escaso trabajo y poquísima constancia. Esto sucedía a aquellas dos mujeres: la satisfacción de sus amorosos deseos era imposible, y por eso justamente ningún otro asunto era objeto de sus largas conversaciones.

Esto era el estado de nuestros amigos y conocidos; el resto de los cortesanos fasciábase a su placer, porque el invierno frío apenas les permitía abandonar sus habitaciones.

El cielo estaba despejado, brillaba el sol y parecía comenzar una de esas hermosas días de la estación de las nieves.

Penetraba la luz con variados reflejos por los vidrios de colores de dos anchas ventanas de una espaciosa habitación adornada santuosamente.

Cerca de una gran chimenea donde chisporroteaban gruesos palos de encina, y sentada en un sillón de alto respaldo con fierro de terciopelo carmesí galoneado de oro, hallábase doña Ana de Mendoza, absorta al parecer en contemplar la acompasada oscilación de la péndola de un reloj que tenía frente, y que señalaba las ocho y media.

Como siempre, estaba encantadora.

Un riquísimo vestido de terciopelo azul de Utrecht con alampares de oro; un chal de blanquísima cachemira con estrellas de plata, y varias chapines primorosamente bordados aunén de lo incómoda y ridícula gorguera, constituían su traje.

Inmóvil permaneció algunos minutos, al cabo de los cuales pasando su mirada por la alfombra de Persia que holaba en sus pies, y fijándola luego en las llamas de la chimenea, murmuró:

—Mucho tarda, y no es esto buen presagio. ¿Tendremos algún nuevo suceso? No sería extraño; hace algunos días me parece culpase el diablo de nuestros asuntos. La aventura del sombrero, la de la llave, la de la linterna y otros mil acontecimientos rarísimos empiezan a darme que comer. ¿Quién será ese individuo que tan hábilmente se oculta? Ni es el

príncipe, ni la reina, ni don Juan, ni acierto quien pueda ser, porque a ninguno conozco de los que viven dentro del alcázar que tenga ingenio para tanto.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, quedó pensativa, y al cabo de largo rato volvió a decir:

—No lo acierto.

Levantóse de nuevo el tapiz que cubría la puerta y Felipe II entró. Sus ojos brillaron al encontrarse su mirada con la fascinadora de la princesa.

Esta dijo entonces:

—Grande ha sido mi cuidado, señor, de que algún nuevo disgusto os impidiese venir temprano.

—Tan a menudo se suceden los disgustos—contó el rey sentándose junto a doña Ana—, que apenas me causan novedad. Hame detenido una nueva locura de mi hijo.

—Os ruego—dijo la princesa con fingido interés—que tengáis compasión del príncipe, cuya razón no debe estar muy sana.

—Toda mi paciencia es poca.

—Tened más y más, señor.

—Es imposible.

—¿Y qué habéis de hacer?

—Emplear el rigor, ya que otro remedio no me queda. Ahora me he visto obligado a tratarlo con bastante dureza.

—¿Y en qué os ha faltado?

—A mí en escuchar con insolente altanería mis conversaciones, y ante un caballero, atreviéndose a darle una broma asaz pesada.

—Referidme el caso, señor, porque las ocurrencias del príncipe tiene mucho de ingeniosas y más de divertidas.

—Bien—dijo para sí la princesa—, ya lo he exagerado contra su hijo. Prosigamos.

—No para mí—replicó el rey frunciendo el ceño. Y luego añadió en voz alta:

—Decidme, si gustáis, lo que ha sucedido.

—El buen comendador Maldonado—prosiguió Felipe—, persona a quien sabéis estimo en mucho por sus nobles prendas, fue hace poco a saludar a mi hijo, y éste, dando con disimulo una orden a uno de sus criados, hizo con frívolos pretextos pasar a otra habitación al caballero. Después de un rato

despidiéndose éste, volvió a la cámara donde lo había recibido mi hijo, y tomando su sombrero salió.

—Hasta ahora nada comprendo que pueda excitar vuestro enojo.

—Porque ignoráis que dentro del sombrero del comendador había hecho mi hijo poner un gran pedazo de nieve, que fué a descansar sobre el cráneo desnudo de pelo de mi fiel vasallo.

La princesa soltó una carcajada estrepitosa, y rió aparencando un gran regocijo.

—¡Señora!—exclamó el rey.

—¿Y qué hizo el comendador?

—¿Qué había de hacer? Sorprendido y sin acertar al pronto lo que acontecía echó a rodar su sombrero, y corrió como un desesperado, mientras que el heredero del trono de dos mundos, se divertía con tan grosero entretenimiento.

Doña Ana quería a toda costa exasperar el ánimo del rey contra el príncipe y volvió a soltar la carcajada.

—¡Señora!—repitió Felipe II.

—¿Y habéis tomado seriamente esa locura de joven?

—¿Acaso es para reírse de ella?

La princesa observó atentamente el rostro del monarca y contestó:

—Pero calaveradas de más transcendencia os debían haber acostumbrado a mirar semejantes niñerías como cosa que no merece la pena de llamar la atención.

—No sé cuáles sean estas calaveradas mayores a que os referís.

—Dígoles, señor, porque conmigo misma os habéis lamentado de la conducta del príncipe en asuntos de mayor gravedad.

—Es cierto que son más trascendentales los delicados asuntos de Estado en que mi hijo ha tenido el atrevimiento de entrometarse.

—Tampoco me refiero a eso, sino a los disgustos que con respecto a negocios de familia os ha dado. El rey palideció.

—Mal principio—dijo—, tiene nuestra entrevista hoy.

—Razón por la cual debe tener bueno y provechoso fin.

—No os comprendo—repuso el monarca con algún disgusto.

—Siento, señor, haberos desagradado—replicó doña Ana con tono de hipócrita humildad—; pero como entiendo que no hay para vos asuntos de mayor interés que los de familia, mirados bajo cierto punto de vista, y como por otra parte vos me habéis dicho que si algo me ocurre que pueda tranquilizar...

—Mis escrúpulos de esoso consecuente—interrumpió Felipe II a la vez que su rostro palideció más y más.

—Vos lo habéis dicho, señor.

—Sí, yo lo he dicho y lo repito. ¿Podéis acaso darme una prueba que ante mi conciencia justifique la falta que como buen esposo he cometido?

—Para vuestra conciencia no hay más que la absolución de un sacerdote; pero para que a vuestros mismos ojos no engrandezcáis más que la vuestra virtud de...

—Mi esposa—volvió a interrumpir el monarca—. Hablad claramente: nada temáis. ¿Podéis darme alguna prueba incontestable de que la reina ha faltado a sus deberes? Si es así, hacedlo, y ¡vive Dios! que pronto veréis cuán cumplido soy en castigar su falta.

La princesa desplegó una sonrisa maliciosa, y dijo:

—Vos no queréis esa prueba.

—¿Que no la quiero?

—O mejor dicho, para obtenerla no haréis lo que es indispensable hacer. Vos, señor, sois esclavo de ciertos principios y exagerada rigidez, y dudó que tengáis atrevimiento para romper las cadenas de esa esclavitud, ni por un solo instante, ni para alcanzar nada.

—En verdad que estáis incomprensible.

—Cuando lo decís, señor, verdad debe ser y reconozco mi torpeza.

—No, no sois torpe. Ya lo sabéis; pero...

—Nos olvidamos del asunto principal.

—Ya os escuchó.

—Mostráis grandísimo afán por tener una prueba de...
 Doña Ana se interrumpió como si no se atreviera a decir todo lo que sentía.

—Continuad—repuso el monarca, que empezó a palidecer.

—Si lo mandáis.

—Sí.

—Una prueba de la culpabilidad de vuestra esposa y vuestro hijo...
 —¡Oh!...

—Esa prueba os la ofrezco...

—Dádme la.

—No la queréis—dijo la dama con acento que tenía tanto de irónico como de burlón.

—Señora...

—¿Pepito que no la queréis...

—Esa prueba, esa prueba...

—Si os presento la ocasión...

—¿Creéis que no he de aprovecharla?

—¿Y las conveniencias, señor, la rigidez de que antes he hablado, esa gravedad que os esclaviza?... ¡Ah!... Me habéis mandado hablar, y hablaré, diré todo lo que siento—repuso doña Ana, cambiando de tono—. Vos quisierais esas pruebas sin que yo supiese que las tenéis, y después que no os quedase duda de que os engañaban y os ofendían gravemente, me diríais que de la reina y del príncipe esperabais todo lo malo, menos cierta clase de falsías, cierta clase de traiciones.

Felipe II miró con asombro a la princesa, porque le parecía imposible que nadie se atreviese a decirle lo que ella le decía.

—¿Y si os equivocáis?—repuso el monarca después de algunos momentos.

—Reconoceré una vez más vuestra grandeza.

—Acabemos, señora.

—Puesto que a toda costa queréis una prueba...

—He dicho cien veces que sí.

—Ofreced una fiesta a vuestros cortesanos.

—¡Doña Ana!...

—Una fiesta aquí, en este palacio.

—¿Hablaís seriamente?

—Un sarao, una cena, músicas... lo que os parezca.

en mejor, con tal que haya bulleío, confusión, alegría y sobre toda libertad completa para ir y venir, entrar y salir, subir y bajar, perderse en ese laberinto interminable de pasillos y galerías, recorrer el jardín, y la huerta, y...

—¡Aquí, en el templo!...

—En el templo no, sino en vuestro palacio, que está junto al templo y hay en el alcázar de Madrid.

—¡Dar ocasión para que en este lugar despierten sentimientos impuros, ideas pecaminosas!...

—¿Y por qué habéis venido esta noche a visitarme? ¿Habéis creído que a vuestro lado pueden ser puros mis sentimientos?

—Tenéis razón—dijo el rey poniéndose en pie como si se dispusiera a salir—. Estoy cometiendo una falta gravísima, y os agradezco que me lo recordéis.

—Señor, no olvidé vuestra majestad que el pecado es pecado en todas partes, y cuando estemos en Madrid...

—¡Oh!... Sois cruel—dijo el monarca volviendo a sentarse como dominado, fascinado por la satánica influencia de doña Ana.

—Perdonadme...

—Lo que proponéis es imposible.

—Ya sé que el cardenal Espinosa se mostrará escandalizado; pero yo le recordaré que ha hecho cosas buenas sin escrupulo de conciencia, le preguntaré por que se asusta, cuando el mismo se ocupa del mundo más que de Dios, y no hay en la corte intriga en que no represente el principal papel.

—¡Por Dios, señora!...

—Lo invitaréis, y acudirá.

—¡Turbar la calma de la comunidad!...

—¡Bah!... Los santos varones que moran aquí, tienen el sueño pesado y no despertarán.

—¿Sabéis lo que se me ocurre?

—Vos me lo diréis—respondió doña Ana desplegando una sonrisa seductora.

—Pues temo que el diablo ande muy cerca de vos.

—Ya sabéis que está en palacio, y...

—No hablemos de eso.

—Volvamos a lo que nos interesa.

—Sí, puesto que os empeñáis en que la corte ha de divertirse.

—Podéis dar a la fiesta un carácter religioso.

—Ahora entiendo menos.

—Cercano está el día en que todos los buenos católicos dedican sus oraciones en honor de la Concepción inmaculada de la Virgen.

—El día ocho, pasado mañana.

—He aquí el plan, señor. A las ocho el almuerzo; a las nueve misa cantada con sermón; a las once sus majestades irán con toda la corte al Castañar las Arenitas, donde habrá preparado un banquete como nunca se ha visto, al aire libre, bajo el cielo, a la sombra de los árboles, entre los arroyuelos que serpentean y las fuentes que bullen, sobre la verde alfombra de hierba salpicada de flores, aspirando una atmósfera tropicalizada, oyendo los trinos de las aves que revolotean entre el ramaje, y los acordes de las músicas, y el susurro de la fronda, y...

—Ya es bastante, donña Ana, ya es bastante— interrumpió el monarca volviéndose a la princesa de Eboli, aunque sin saber lo que decía.

La verdad es que el hombre de más calma hubiera sentido en aquellos momentos lo mismo que el rey.

Lo que expresaba el semblante de aquella mujer diabólica no puede explicarse.

Entreabriéndose sus labios dejaba escapar balbucidas pandemonios que aspiraba el conde Felipe, cuya sangre se encendía más y más, trastornándose su razón.

—Estamos en Diciembre—repuso la dama—; pero el tiempo es magnífico, brilla el sol bajo un cielo puro, y apenas se siente el frío. Después de la comida, el paseo hasta la hora de volver a palacio, dejando a todos la libertad más completa para que vayan por donde se les antoje, y veréis cómo damas y caballeros se pierden en la espesura del bosque y todos aprovechan la ocasión para decir lo que en presencia del mundo tienen que callar.

—Empiezo a comprender.

—Hablaréis con todos, señor, pero no con ese

sonrisa leve y helada que hace temblar a vuestros vasallos, sino como quien goza y se divierte y desea que se diviertan los demás, y os olvidaréis de las severas leyes de la etiqueta, y... en fin, dejaréis por algunas horas de ser el gran rey para no ser más que el caballero.

—Todo eso es muy fácil en teoría.

—Todo eso se hace cuando quiere hacerse.

—Sin embargo—repuso Felipe II, que luchaba entre su deseo de obtener una prueba para condenar a su esposa, y su repugnancia a seguir los consejos de la princesa—, mi posición...

—Perdonad—interrumpió la dama, cambiando de tono—; debemos olvidarnos de este asunto. Habéis venido a verme, y veros deseaba yo. Me amáis, y os amo con locura, porque loca debo estar cuando he olvidado mis deberes. ¿Qué nos importa lo demás? En buena hora se amen los otros. ¿Por qué hemos de amargar sus placeres? ¿No queremos para nosotros libertad? No podemos negarla a los demás. No seamos egoístas y, sobre todo, seamos justos, que sería una injusticia notoria negar a nuestro prójimo el derecho de hacer lo que nosotros hacemos.

—¿No comprendéis que me atormentáis?

—Me habéis mandado hablar con franqueza...

—Pero...

—No castigéis a vuestra esposa sin haberme castigado a mí porque estoy cometiendo la misma falta de que a ella le acusáis: no castigéis al príncipe porque odia la mujer ajena, pues vos robáis la suya al más leal de vuestros vasallos...

—¡Oh!...

—Vuelvo a pedir os perdón... Olvidemos este asunto...

—Ya no puede ser—replicó el monarca, cuya agitación era cada vez más violenta.

—Dejemos las cosas como están.

—No, no.

—Si os empuñáis...

—Pasado mañana saldré de dudas; pero si os equivocáis...

—Descuidad.

—Todo lo arrojare, absolutamente todo.

—Pues ahora recobrad la calma; olvidaos del mundo, y no penséis más que en mi amor... ¡Ah!...

—Estoy loco...

—¿Y qué se ha hecho de mi pobre corazón?

—¡Ana mía!...

Los dejaremos y volveremos a Madrid.

CAPITULO XXV

Noticias de Flandes

Eran las ocho de la mañana.

El barón de Montigny descansaba en un ancho sillón forrado de cordobán verde, y tachonado con grandes cabos de cobre en forma de estrellas.

Tenia delante un enorme brasero, y a su derecha una ancha mesa con cubierta de paño carmesí con franja de plata.

El rostro del varón revelaba profunda tristeza, y parecía entregado a serias meditaciones, según la inmovilidad de sus ojos y de todos sus miembros.

Poco rato transcurriera de aquel modo, cuando su ayuda de cámara entró en el aposento, anunciándole que el señor Pero León aguardaba sus órdenes.

Mandó el barón que pasase el ex capitán.

—Guárdeos el cielo—dijo éste presentándose un momento después, y haciendo una reverencia nada pulida.

—Sentaos, buen capitán, y decidnos qué nuevas corren por la villa.

—El pueblo, señor, como ya hace algunos días; entusiasmado por su príncipe, cuyas desgracias llora, acusando de ellas a su padre.

—Eso ya es viejo.

—Pero nuevo será el que grite el populacho sin miedo al rey ni a la Inquisición.

—¿Creáis que llegue a suceder semejante cosa?

—Si en todos los pechos latiesen los corazones

como el mío, ¡voto a mi abuela que diz murió en olor de santa, que ya hubiera sucedido!

— ¡Si todos tuviesen vuestro valor y vuestros pechos de hierro, ningún rey podría gobernar sin pedir antes licencia a sus vasallos. ¡Voto a mis espuelas, que si acaba en paz su vida, bien puede tenerlo por milagro!

Sin duda, entusiasmado el valeroso Pero León hubiese continuado en sus denuestos contra la majestad católica, a no interrumpirlo el ayuda de cámara, que entró para decir al barón cómo un enviado de Flandes acababa de llegar con pliegos de aquella tierra.

Un instante después recibió el de Montigny dos cartas de manos del correo, y mandando a éste que se alejase, quedó de nuevo solo con el ex capitán.

— De mi esposa—exclamó Montigny después de mirar el sobrescrito de una de aquellas cartas.

Y sus ojos brillaron de alegría.

— De la gobernadora—añadió—examinando la letra del otro pliego.

Si mal no recordamos, ya hemos dicho que el barón de Montigny se había casado poco tiempo antes de su salida para España, con la hija del príncipe de Epinoy, y estaban aún como suele decirse en la luna de miel, por más que un aventajado novelista a quien debemos respeto por su común erudición, ponga en boca de Montigny las palabras "mis hijos" (1).

(1) La persona a quien aludimos es verdaderamente respetada por nosotros. Hacemos esta aclaración para evitar que se tome en otro sentido nuestra calificación de erudito. Debemos al autor aludido algunas lecciones; pero sin empujar nuestro agradecimiento ni nuestro sincero cariño, dispondremos en cuanto a sus apreciaciones históricas y algunas de sus noticias, como son la muerte de Bergeot, o sea Mons, la de Rey Gómez de Silva, el lugar del asesinato de Felipe con Isabel de Valois, y el no haber nacido ésta al príncipe Carlos hasta algunos años después de su matrimonio, y otros hechos. No quiere esto decir que nosotros no nos tomemos ninguna libertad para acomodar a la fábula ciertos acontecimientos justificados en la historia, siendo el objeto principal de esta nota para los que lean ambas novelas.

Como esposo enamorado aún, posponiendo los negocios públicos a sus cuidados de amante, rompió antes el sello de la carta de su esposa.

A medida que la leía veíase palidecer su rostro y animarse su mirada, concluyendo por lanzar una exclamación de ira.

—¡Miserable!—gritó.

—¿Tenéis malas nuevas?—le preguntó el capitán.

—No quedará un noble flamenco que no perezca bajo la sanguinaria cuchillería del feroz duque de Alba.

—¿Nuevas ejecuciones señor, barón?

—¿Sabéis lo que sucede?

—Sí me lo decís...

—El noble conde de Hoorné ha sido preso.

—¡Voto al diablo!

—Nuestras esperanzas van siendo cada vez más débiles. ¿Qué va a ser de mi patria!

—De manera — repuso el capitán —, que ese monstruo no dejará un flamenco con vida. Así no habrá quien se rebela contra los edictos. ¡Por Santán que cada día estoy más pesoso de no haberlo ensartado con mi tizona! Verdad es que esto me hubiera costado el pescuezo; pero ¿qué me importa? yo he de morir algún día, y al menos se hubiera evitado tanta desgracia.

—Veamos—dijo el barón—lo que anuncia la gobernadora.

Y abriendo la carta de ésta, leyó con rapidez los pocos renglones que contenía, y después que una amarga sonrisa vagó en sus labios, murmuró:

—¡Pobre señora! ¡Con cuánta fe cree las palabras del hipócrita rey! Ved aquí, señor Pero León, que su majestad dice a su buena hermana que pronto me dará licencia. ¿Y para qué?

—No puede ser—observó el soldado—, sino para ir a Flandes.

—O al otro mundo—replicó el barón con amarga ironía—, porque no expresa el rey a dónde trata de enviarme.

—¿Tal pensáis, señor barón.

—El tiempo dirá si me equivoco—repuso éste.

Y luego, llamando a su ayuda de cámara, dióle

orden para que entrase el portador de las cartas.

—¿Cómo habéis dejado a Bruselas?—preguntó Montigny al correo.

—Aquello, señor, es un horrible lago de sangre. No hay cabeza, por noble y respetable que sea, que esté segura sobre sus hombros. Desde que sale el sol hasta que se pone, arden las hogueras, y el hacha del verdugo no cesa de descargar sus terribles golpes. Emigran a centenares las familias, dejando desiertas las poblaciones; los campos están incultos por falta de brazos; abandonados los talleres de nuestras renombradas fábricas. Todo el mundo huye despavorido; el terror se ha apoderado de todos los corazones, y ancianos y mozos, mujeres y niños no ven otra salvación que la fuga. Reina en las ciudades un silencio pavoroso, sólo interrumpido por el martileo de los que levantan cadalsos sin número, por los golpes de hacha del verdugo o por el crujido de los haces de leña donde se convierte en ceniza millares de inocentes.

Palideció el barón al escuchar esta trágica pintura, y por su anchura frente corrieron gruesas gotas de frío sudor.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó—; ¿cuándo se cansará tu justicia de reprimir tan inhumanos horrores? ¡Ay, Felipe, y te llaman "prudente", cuando eres verdugo! Si prudencia es la hipocresía, bien mereces entonces este título.

—Dios nos proteja—murmuró el correo.

—Decid: ¿envía el duque de Alba con mucha frecuencia mensajeros al rey?

—Al llegar yo a Madrid, ha llegado uno de ellos.

—Tracrá la noticia de la prisión del conde de Hoorn.

—Probablemente.

—Id a descansar.

Salió el enviado flamenco, y el barón preguntó al soldado:

—¿Qué pensáis, pues?

—Yo nada pienso, sino que el rey es un tirano sin corazón; y como yo no puedo acabar con él de cuatro mandobles, me contento con ejecutar fiel y lealmente las órdenes del desgraciado príncipe.

—¿Qué habéis adelantado en sus encargos?

—Todo está hecho. Tengo tres hombres a pedir de boca, valientes como tres Oides. El uno tuvo la desgracia de que le cortasen los turcos la lengua, y por consiguiente no puede hablar. En cuanto a la casa, ya está buscada, tiene un subterráneo que en nada cede a los calabozos de la Inquisición. Está situada cerca de la Puerta de Moros en un callejón sin salida, y por el cual ningún otro edificio tiene entrada.

—Puesto que vuestra comisión está terminada, no tendréis inconveniente en volver a El Escorial para decir al príncipe lo que me escriben de Flandes, porque es posible que el rey oculte la noticia de la prisión de Hoorn. Añadidle que he sabido por mis confidentes en Navarra y Cataluña, que don Ruy Gómez de Silva, por orden del rey, ha dado a los gobernadores de aquellos distritos la de que tomen precauciones para evitar mi fuga, en caso de que yo pudiese verificarla, burlando el cuidado con que se me espía, y que es probable, o más bien seguro, que esa misma orden se haya comunicado a las demás plazas fronterizas.

—Si me lo mandáis, iré a El Escorial, porque una vez que he cumplido todos los encargos que el príncipe me había hecho, creo que más que perjudicial será provechoso mi viaje.

—Puede necesitaros el príncipe, y sobre todo, conviene que cuanto antes sepa que está preso Hoorn, porque este suceso tiene grandísima importancia.

—¡Trigas de Satanás!

—¿Necesitáis dinero?

—Don Carlos me dió, y aún me sobra.

—Pues que Dios os proteja.

Salíó el capitán.

Montigny leyó otra vez las cartas que había recibido, besando con inmensa ternura la de su esposa.

CAPITULO XXVI

Nuevas diabluras

Eran las siete de la tarde o más bien de la noche, cuando un jinete se detenía a la puerta de la única posada que había en la naciente población de El Escorial de Arriba.

El caballo estaba cubierto de sudor, y tan fatigado, que el posadero lo miró y dijo:

—Milagro será que mañana viva.

—¡Rayos!—exclamó el jinete mientras echaba pie a tierra—. Antes moriréis vos de cuatro cintarazos que yo os regalaré, si no lo lleváis pronto a la cuadra, lo arropáis y dais un buen pienso.

—No es la primera vez que vuestra merced haura en casa, y bien servido ha quedado siempre.

Inútil es decir que el viajero que acababa de llegar era el capitán Pero León.

Alejóse éste de la posada, y entrecierto por las tinieblas llegó al monasterio, donde apenas se percibía ruido alguno.

Atravesó un claustro donde medio brillaban dos o tres luces rojizas encerradas en pequeños faroles; subió la estrecha escalera, entonces principal, y dejando a un lado el cuerpo de guardia, atravesó aposentos y pasillos solitarios.

Para entrar en la cámara del príncipe tenía licencia a todas horas el capitán, y por consiguiente ninguna dificultad le fué preciso vencer.

Don Carlos hablaba con el paje, y sorprendido al ver al capitán, exclamó:

—¡Vos aquí!

—Aquí me tenéis, aunque no os parezca verdad—respondió el soldado—, y por cierto que he corrido bien, sin detenerme más que algunos minutos para reponer las fuerzas con algún alimento.

—Malas nuevas nos traéis—dijo entonces Luis.

—¡Vive Dios!... No son buenas.

—¿Qué sucede?—preguntó el príncipe.

—El señor de Montigny ha recibido cartas de Flandes.

—Tiemblo.

—Yo estallo de ira, y os juro...

—Explicaos, capitán.

—Corre la sangre, mucha sangre; ¡tripas de Lucifer! y el duque de Alba... En fin, como siempre.

—¡Y no lo maté!—exclamó don Carlos con voz reconcentrada.

—Yo he cometido esta misma torpeza. Verdad es que el duque de Alba no había de rebajarse a cruzar su espada con la mía, y como yo no soy asesino...

—Señor Pero León—interrumpió Luis—, perdéis el tiempo en comentarios que no han de sacarnos de ningún apuro.

—Es verdad.

—Ante todo, decid lo que pasa.

—Está preso el conde de Horno.

—¡Preso!—exclamaron el príncipe y Luis.

Y tal efecto produjo en ellos la noticia, que en algunos momentos no pudieron pronunciar una palabra.

—La misma suerte de Horno—añadió el capitán—sufrirá muy pronto el héroe de Gravelinas y de San Quintín... ¡Cien legiones!... ¿Es así como se paga a los que han servido a su patria y a su rey?... ¡Truenos y rayos!... Pero el día llegará, y entonces...

—No—dijo por fin don Carlos—, no es posible que mi padre apruebe la conducta del duque.

—La aprobará, no lo dudéis.

—Y en cuanto al héroe de Gravelinas...

—Roderá su cabeza, si muy pronto no se pone en salvo, como caerá la de Montigny, y la vuestra, y...

—Lucharemos sin descansar—dijo arrebatadamente don Carlos—. Tú, mi querido Luis, opínes que se preparen nuevas intrigas.

—Esa festa que se anuncia, la comida en el campo, la libertad que el rey quiere conceder a todos para que se diviertan... ¡Oh!... Esto no se comprende en un hombre como vuestro padre,

—Pero nada podemos determinar fundados en suposiciones.

—Lo que nos conviene hacer os lo diré mañana después de la fiesta.

—¿En qué debo ocuparme ahora?—preguntó el capitán.

—Descansad, y mañana...

—¿Volveré a Madrid?

—Probablemente.

No hablaron más.

El señor Pero León volvió a la posada.

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de referir, el rey, solo en su cámara, leía una y otra vez los despachos que había recibido de Flandes.

Con frecuencia cambiaba la expresión del rostro de Felipe II.

No tenía para qué tomarse la molestia de disimular, porque entonces no lo miraba el mundo.

Alguna vez se levantaba su conciencia para acusarlo terriblemente; pero empezaba a disculpar sobre la situación, y acababa por tranquilizarse.

Aquel gran tirano creía que los deberes de su elevada posición le prohibían pensar nunca que era hombre, sino solamente rey, y como jefe de una nación, ante todo, sobre sus afecciones, sobre sus instintos, sobre los humanitarios sentimientos, ponía la razón de Estado, severa, fría, indiferencia y cruel.

Más o menos tarde, la conciencia de Felipe II debía despertar y levantarse imponente, implacable, y entonces comprendería que su criterio político lo había llevado hasta la exageración, hasta el crimen.

Su instinto debió anunciárselo, y se preparó para la vaez sin darse cuenta de lo que hacía, porque nosotros, después de tantas suposiciones como se han hecho sobre el motivo que impulsó a Felipe II a levantar el monasterio de El Escorial, no vemos en aquella maravilla más que la conciencia del gran tirano.

No negamos a Felipe II sus sentimientos religiosos; era católico ardiente, era fanático; pero

hasta su fanatismo estaba subordinado a la política, a la fría razón de Estado.

"Antes mi deber que mis afeciones, antes mi patria que mi hijo: salvarse Tarifa y que se destroce mi corazón de padre", había dicho Guzmán el Bueno. Y Felipe II decía: "El Estado antes que todo, que todo se pierda y que el Estado se salve".

Y mientras que en España se celebraban autos de fe, y se envenenaba, y se asesinaba en las calles de Madrid, y se ahorcaba en el interior de los calabozos, en Flandes un tribunal no menos terrible que el de la Inquisición, el "Tribunal de la sangre", derribaba ilustres cabezas, tan ilustres como la del hombre que en Gravelinas y San Quintín hizo que la Francia se estremeciese de espanto.

¿No se abrasaban los labios de Felipe II al pronunciar tanta sentencia de muerte?

Sometíase a la razón de Estado, creyendo que así cumplía un deber, y esto es lo mejor que puede pensarse para favorecerlo.

La suerte de Hoorne no era dudosa, y como una vez descargados ciertos golpes en Flandes, había menos que temer, ya no era posible que el monarca guardase más consideraciones al barón de Montigny.

—Sí—dijo Felipe II después de meditar largo rato—, el barón es ya el único estorbo. No será menester quitarle la vida; pero sí es preciso tenerle encerrado, y cuando nada pueda hacer, me mostraré clemente y le devolveré la libertad con ventajosas condiciones. En cuanto al otro asunto, a mi esposa y mi hijo...

Tuvo que interrumpirse el monarca, porque tan profunda fué su alteración que le fué imposible articular una sílaba en algunos minutos.

En rostro se cubrió de nerviosa palidez y se contrajo violentamente.

—¡Oh!—exclamó al fin—. Nadie podría comprender lo que sufro. Y como si todo esto no fuese bastante, dentro de mi misma morada, intrigantes astutos, traidores audaces, intentan burlarse de mí y frustran mis planes mejor combinados. ¿Quién es el traidor?... Hacia mis pensamientos

adivinan, y tengo que desconfiar de cuantos me rodean. Veremos si ahora sucede lo mismo.

Hizo el rey un esfuerzo para recordar la calma y se puso a escribir.

Dos horas después guardaba aquellos papeles en uno de los cajones de la mesa.

Ni aun a su secretario daría el monarca conocimiento de las noticias de Flandes y de su resolución de prender a Montigny, sino a la mañana siguiente, en el momento de expedir las órdenes.

Poco después uno de sus gentileshombres, queriendo adularlo, le decía:

—Señor, los leales vasallos de vuestra majestad se felicitan.

—¿Y por qué?—preguntó el monarca.

—Por las noticias que han llegado de Flandes. Felipe II arrugó el entrecejo y replicó:

—¿En qué consisten esas noticias?

—Suplico a vuestra majestad me perdone, si con el mejor deseo...

—Responded.

—Dicen que ha sido preso uno de los más grandes y terribles herejes, el conde de Hoorn.

Disimuló Felipe II lo que sentía, y repuso:

—¿Nada más se dice?

—Que vuestra majestad ha dado orden para que se ponga también preso a otro hereje, muy peligroso, por lo mismo que blasona de buen cristiano, de católico puro.

—¿Y ese otro hereje?

—El barón de Montigny.

El rey despidió con un ademán al gentilhombre, y cuando estuvo solo exclamó:

—¡Vive el cielo!... Esto ya es demasiado. Posible es que otros hayan recibido noticias de Flandes lo mismo que yo; pero en cuanto a la orden de prisión de Montigny, que aun no pasa de proyecto, es incomprensible. ¡Oh!... Bien dicen, el diablo está en palacio, muy cerca de mí... ¡Ay, del traidor el día que yo llegue a conocerlo!

La noticia de la prisión de Hoorn, la había hecho cundir el diablo, así como la que se refería

Montigny, no porque ésta la supiese, sino porque suponía que era forzoso que sucediese así.

Si se equivocaba, nada perdía el travieso niño, y si acertaba, como acertó, conseguiría mortificar al monarca.

Creyó éste que ya no debía perder un instante en poner en práctica su resolución, evitando así que el barón llegase a tener noticia del peligro que le amenazaba y valiéndose de algún medio ingenioso consiguiera huir o a menos ocultarse.

Mandó que fuesen en busca de su secretario.

Una hora después partían dos jinetes, tomando el uno por el camino de Madrid, y el otro por el de Segovia, en cuyo alcázar, y bajo la vigilancia del conde de Chinchón, debía ser encerrado Montigny.

CAPITULO XXVII

De cómo Ruy Gómez de Silva tuvo que sufrir para que gozara el rey

Desde la tarde del día siguiente empezaron a llegar al real sitio de San Lorenzo las más ilustres familias de la corte para asistir a la fiesta que se preparaba.

No podían todos alojarse en el palacio, pues no había que pensar siquiera en las muy numerosas y extensas habitaciones de la parte de edificio destinada a convento, y ya en la posada, ya en la población, hoy conocida por El Escorial de Abajo, acomodáronse los más como mejor les fuese posible.

La fiesta en el templo a nadie le sorprendía; pero la comida en el campo, el paseo en el bosque, las músicas, la alegría, en fin, era para todos cosa inconcebible estando dispuesta por el severo, el grave, el tétrico Felipe II.

Preguntábanse algunos si se había trastornado la razón el monarca, pues era hasta inverosímil que éste pensara en divertirse, y mucho menos en

proporcionar diversión a sus vasallos; como no fuese con el lugubre espectáculo de algún auto de fe.

A nadie quiso recibir el rey aquel día, permaneciendo muchas horas en su despacho.

Los individuos de su servidumbre que lo vieron, decían para sí:

— Parece que su majestad debía estar muy contento, pues sólo así se concibe que se le ocurra la idea de divertirse; y, sin embargo, está más preocupado que nunca y tiene peor humor.

Efectivamente. Preocupado como nunca estaba el monarca.

Esperábase lo mismo que anhelaba obtener; buscaba desesperadamente una prueba de la culpabilidad de su esposa, y le horrorizaba la idea de encontrarla.

Felipe II, aunque hombre extraordinario, era un hombre al fin, una criatura como todas, y en último caso, la duda era para él un consuelo; porque la duda, en casos semejantes, engendra ilusiones, deja entrever un rayo de esperanza de haberse equivocado.

Hablase arrepentido más de una vez de haber escuchado a doña Ana; pero ya no podía retroceder.

También muchas veces había pensado consultar con su confesor, pero éste no le diría más sino que el amor que sentía por la Eboli era un crimen, y que ante todo, era preciso dominar aquella pasión.

Y como Felipe II no se sentía con fuerzas para olvidar a doña Ana, la consulta era inútil, y los consejos del sacerdote no daban otro resultado que el de una mortificación estéril.

Había trabajado mucho aquel día el monarca, lo cual no era extraño, pues pocos hombres tan laboriosos se han conocido.

Nuevas órdenes había firmado, dirigidas al conde de Chinchón, alcaide del alcázar de Segovia, fortaleza que entonces servía principalmente para encerrar a los reos de Estado.

De Madrid esperaba con impaciencia noticias.

¿Se había presentado algún inconveniente para prender al barón de Montigny?

Cien veces y en pocas horas se hizo Felipe II esta pregunta.

¿Y el cardenal Espinosa?

No había llegado.

¿Dejaría de acudir a la fiesta que se celebraba en honor de la Concepción Inmaculada de la Madre del Redentor?

Era imposible.

El rey había escrito al cardenal rogándole que fuese, y al mismo tiempo le participaba la noticia de la prisión de Hoerne, diciéndole también que había dispuesto fuese encerrado el barón de Montigny en el alcázar de Segovia.

No había de faltar el inquisidor a la fiesta, y su tardanza consistía en que había determinado pasar la noche en Villalba, de donde pensaba salir al amanecer para llegar a buena hora al monasterio.

Empero si el rey echaba de menos al cardenal, en cambio le avisaron a las ocho de la noche que acababa de llegar Ruy Gómez de Silva.

Sintióse vivamente contrariado el monarca.

La presencia de Ruy Gómez era un estorbo.

¿Por qué había ido cuando tenía la orden terminante de permanecer en Madrid?

¿Acaso no había conseguido prender al barón?

Preciso era salir de dudas.

Dispuso el monarca que se le presentase su favorito, y le preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Por qué has venido?

—Señor, como están cumplidas puntualmente las órdenes de vuestra majestad, me ha parecido bien venir a traer la noticia.

—Es decir, que el barón.

—Ya no se escapará.

—¡Ah!...

—Salió de Madrid al mismo tiempo que yo, y atrás lo he dejado.

—Bien, muy bien.

—Va guardado por una fuerte escuadra, con un jefe de confianza.

—¿Has visto al cardenal?

—También lo he dejado en el camino.

—¿Dónde?

—En Villalba, y mañana, antes de las nueve, lo tendréis aquí.

—Me alegro mucho, muchísimo, y...

El monarca se interrumpió, inclinó la cabeza y meditó.

Ruy Gómez esperó con impaciencia, porque deseaba que se le dejase en libertad para ir al lado de su esposa.

Después de algunos minutos dijo el rey:

—Dios te ha inspirado la idea de venir.

—Si vuestra majestad lo aprueba, me felicito.

—Puedes servir muy útil.

—La fortuna me protege, señor.

—Me encontraba en un muy grande apuro, porque tengo necesidad absoluta de una persona de mi completa confianza.

—Gracias, señor.

—¿Estés muy fatigado?

—Un poco.

—Lo siento.

—Para servir a vuestra majestad me sobran fuerzas.

—Eres mi más leal vasallo.

—Espero órdenes.

—Una mala noche pronto pasa, buen Ruy.

—Ciertamente.

—Pues bien, es preciso que sufras con paciencia, porque así lo exigen los negocios de Estado. Volverás a ponerte en camino, pero no para Madrid, sino para Segovia, porque a nadie me atrevo a confiar un pliego que ha de llevarse al conde de Chinchón.

—Partiré al amanecer.

—¡Al amanecer!...

—O después de la misa, si así lo dispone vuestra majestad.

—¡Después de la misa! Has de oírlo en Segovia.

—¡En Segovia!—exclamó Ruy Gómez de Silva, con asombro.

—Sí, porque partirás ahora mismo.

—¡Ahora mismo!...

—Es decir, dentro de una hora, que es lo más que necesitas para cenar.

Ruy Gómez se sintió anonadado.

La orden era muy desagradable en todos sentidos, y aun puede decirse que era cruel, porque atravesar de noche y en el mes de Diciembre el camino de El Escorial a Segovia, era lo mismo que arriesgar la vida con muchas probabilidades de perderla entre las nieves y ventiscas del Guadarrama.

No era una mala noche, como había dicho el rey, sino una noche horrible, espantosa.

talmente alguna gravísima falta por la que el rey quisiese que castigarlo, pues de otra manera no comprendía que se le hiciera emprender aquel viaje.

Y aunque no ofreciese ningún peligro el cumplimiento de aquella orden, era para el caballero muy desagradable, pues tenía que renunciar a la inmensa dicha de pasar aquella noche al lado de su esposa.

Ya hemos dicho que Ruy Gómez amaba ciegamente a doña Ana.

Mientras el desdichado sufría todas las molestias de aquel viaje penosísimo, y el frío le entumecía los miembros, Felipe II gozarla, y en vez de frío glacial, sentiría el fuego de su pasión que se avivaba y abraseba su pecho.

En tanto que Ruy Gómez daba diente con diente, tiritando y arrebujándose en vano en su capa, contemplaría las estrellas.

Y el rey contemplaría extasiado los ojos de la esposa infiel.

Y Ruy Gómez oiría sin cesar los aullidos de los hambrientos lobos, que amenazaban devorarlo.

Pero debía servirle de consuelo que los lánguidos suspiros de su esposa serían escuchados con delirio por su majestad.

El contraste era bien horrible.

A pesar de que el caballero sabía muy bien que a Felipe II no se le podían hacer observaciones, se atrevió a decir:

—Señor, el camino de Segovia no es el de Madrid.

—Ya lo sé.

—Para ir a Segovia es menester atravesar el Guadarrama.

—Y en Guadarrama hay nieve, mucha nieve, y lobos, y otros peligros... Todo eso lo sé—dijo el monarca con aspereza.

Ya no era posible replicar.

El cortesano inclinó la cabeza.

—Todavía no he cenado—añadió el rey, después de algunos minutos—, y tú me acompañarás. ¿Has visto a tu esposa?

—No, señor, porque cuando llegué se encontraba en la cámara de la reina.

—La verás mientras cenamos.

Lo que Ruy Gómez sufrió no puede comprenderse.

Ni siquiera se le dejaba libertad para decir a su esposa algunas palabras de ternura.

Felipe II llevaba el egoísmo hasta la crueldad, y la crueldad hasta el refinamiento.

Tomó la pluma y escribió lo siguiente:

"Conde de Chincón, no olvidéis ni lo que de menos importancia os parezca en lo que toca a la guarda de Montigny.

"Ruy Gómez de Silva os entregará la presente; decidle de mi parte que espere tres días en ese alcázar y si ninguna orden mía recibe, que vuelva a Madrid."

Firmó el rey, cerró la carta y la selló.

—Toma—dijo a su cortesano—, y ten entendido que es de inmensa importancia este papel.

No había mucha diferencia entre aquella carta y la de Urías.

Diez minutos después cenaba el rey en compañía de su esposa y de los príncipes de Ebor.

Ruy Gómez debía considerarse muy honrado.

Sin embargo, era posible que la cena se le indigestase.

El rey hablaba más que de costumbre, y parecía muy complacido.

—Parece que goza en mi tormento—pensaba Ruy Gómez—. Bien dicen que es un tirano sin corazón.

A las diez, y en presencia del monarca, despi-

álcese el infeliz caballero de su esposa y salía del palacio.

—¡Pobrecillo!—decía doña Ana cuando estuvo sola—. Me parece demasiada crueldad; pero la culpa no es mía.

Y el rey, solo en su aposento, murmuraba:

—Tal vez se hiele el infeliz; pero no es mía la culpa.

—¿Por qué ha venido?... ¡Ah! Dentro de dos horas... ¡cuánto gozará!

Tal vez le esperaba un desengaño no menos desagradable del que acababa de sufrir Ruy Gómez de Silva.

Saldremos nosotros también del monasterio para ir al camino de Segovia.

CAPITULO XXVIII

Le toca a Ruy Gómez gozar y al rey sufrir

En aquella época no era posible hacer en coche todo el viaje desde El Escorial a Segovia, y por consiguiente, a caballo la molestia era mayor, y más probable la desgracia de una pulmonía en una noche de Diciembre.

Aunque la atmósfera estaba serena, dejábase sentir mucho el frío, y apenas Ruy Gómez, jurando y maldiciendo, habíase alejado doscientos pasos del monasterio, sintió que las manos se le entumecían y que los pies se le helaban.

Acompañábanlo seis criados valerosos y fieles, y bien armados; pero, ¿de qué le servían contra el frío?

El capitán Pero León, acostumbrado a sufrir la intemperie en los campamentos, no se hubiera arredrado; pero Ruy Gómez de Silva, con hábitos distintos y organización más delicada, empezó bien presto a darse por muerto, lo cual le desagradaba mucho.

Empezó el desdichado a discurrir sobre su situación. Preguntóse si estaba obligado a obedecer al rey cuando éste abusaba de su autoridad.

Luego hizo el razonamiento siguiente:

—Su majestad no me ha dicho que era menester llegar a tal o cual hora a Segovia, ni que yo caminase más o menos deprisa, y tardare más si se me antoja ir más despacio o detenerme a comer muy tranquilamente, y, por consiguiente, estoy en mi derecho de hacer el viaje con toda comodidad, sin que esto sea motivo para que se me acuse. Supongamos que yo hubiese salido del monasterio a las cinco de la madrugada. ¿Qué sucedería? Más descansado, por haber dormido, y con mejor humor, me sentiría dispuesto a caminar deprisa, y más despues y de mejor gana, porque antes de que el frío me molestase demasiado, ya el sol había salido. Así se compensaría una parte del tiempo perdido durante la noche, y la otra parte quedaría compensada también con sólo detenerse algo menos en cada posada para tomar alimento. ¿Es posible que todo esto se le haya ocultado a su majestad? No es posible, no. Y si así ha calculado, ¿por qué no me ha permitido descansar? ¡Oh! Caprichos de rey. ¡Vive el cielo! Y los vasallos pagan estos caprichos, y los pagan, a veces, con la vida.

Don Ruy suspiró tristemente y miró a su alrededor.

Tinieblas por todos lados.

A su derecha, un negro abismo.

A su izquierda, vago, informe, distinguía como un fantasma gigantesco con blanco sudario.

Eran las nevadas cumbres de los montes ibéricos.

A su frente, el caos.

Levantó la cabeza.

El cielo estaba despejado.

Refulgían innumerables estrellas.

Aun no se había dejado ver la luna.

Una ráfaga de viento helado hizo estremecer a don Ruy Gómez.

Se acordó de su morada, con alfombras, divanes, sillones, braseros, chimeneas, lechos blandos,

—¿Qué hará en este momento mi querida esposa?—se preguntó.

Señal el caballero que aquella noche doña Ana no estaba de servicio, estaba libre, podía disponer de su persona.

¡Ah!...

Era lo más probable que estuviese junto al fuego, recostada lánguidamente en un sillón, con todo el descuido de la mujer que no teme ser observada por una mirada indiscreta.

La mujer, cuando tiene la seguridad de que nadie la mira, está tal como es, tiene todo el encanto inimitable que le ha dado la Naturaleza.

Estos pensamientos hicieron sentir a don Ruy lo que no podemos explicar.

El frío no le molestaba tanto como antes, y, sin embargo, le espantaba más la sola idea de atravesar ciertos sitios cubiertos de nieve.

Refrenó su caballo, que quedó inmóvil.

Sus criados se le acercaron.

—¿Qué os parece la noche?—preguntó el caballero.

—Está fresca—respondió uno de los sirvientes.

—Nos quedaremos helados antes de que saiga el sol.

—Todo es posible; pero consuélase vuestra señoría con la seguridad de que es una muerte muy dulce.

—¡Vive Dios!

—Algo es algo, señor.

—Adelante—dijo el caballero, con voz reconcentrada.

Pusieronse otra vez en movimiento.

No habían pasado cinco minutos cuando oyeron un aullido.

—¿Era de un lobo o de un perro?

Probablemente de lo segundo; pero de lobo le pareció a don Ruy.

Y sintió como si sus cabellos se erizasen.

Y su caballo retemblo.

—¡Dios me asista!—exclamó.

Sin darse cuenta de lo que hacía, refrenó otra vez su cabalgadura y preguntó a sus criados:

—¿Habéis oído?

—Sí, señor.

—¿Y qué?

—Los lobos nos han olfateado y se alegran.

—¡Por Dios vivo!—exclamó Ruy Gómez—. La broma me parece demasiado desagradable.

—Lo de marir helado no me espanta, señor; pero eso de que un lobo me arañe, me muerda y acabe por engullirse mis miembros...

—A mí también me horroriza—añadió otro de los criados—. porque alguna vez ha sucedido, que por estar un lobo demasiado hambriento, antes de acabar con la vida del que tiene entre sus garras, empieza a comerle un brazo o una pierna, y el infeliz ha oído cómo sus propios huesos crujían.

—Por eso es lo que sucedió a un primo mío, que pocos días antes de casarse, fué acometido por un lobo, y aunque llevaba en su compañía un buen mastín que lo defendió y logró triunfar después de una encarnizada lucha, no fué sin que el lobo hubiera hecho presa en mi desdichado pariente, que si salvó la vida, quedó mutilado de manera que la novia no quiso ya ser su mujer, ni él tampoco se atrevió a galantear a otra, y no por la herida, sino de tristeza, murió al cabo de un año.

El caballero sintió como si en todo su cuerpo le clavasen agujas, y tembló convulsivamente, y se trastornó hasta el punto de que faltó muy poco para que diese con su cuerpo en tierra.

Aquella historia del pariente de su criado no podía ser más horrible.

Quiso la casualidad que resonase otro aullido.

Todos quedaron inmóviles y mudos.

Los caballos levantaban las orejas y se movían como impacientados.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó al fin el señor de Silva.

—No puede hacerse más que una cosa, avanzar, y cuando una manada de lobos nos acometa, encomendáremos nuestra alma a Dios.

—Sí, Dios será misericordioso y perdonará nuestras pecadas; pero los lobos nos devorarán.

—Eso sí.

—Pues, entonces...

—Señor, yo he supuesto que cuando a estas ho-

ras emprendemos el viaje, es por la necesidad absoluta de aprovechar los minutos.

—Y, sin embargo—añadió otro de los sirvientes—, nos hemos detenido y el tiempo pasa.

—Sois leales y discretos—dijo Ruy Gómez, cuya voz temblaba—; y puedo hablaros con franqueza. Si a estas horas emprendo el viaje es porque el rey lo manda.

—¡Oh!...

—No me ha permitido pasar la noche en mi habitación, y es lo cierto que, saliendo al amanecer o poco antes, y caminando a buen paso, hubiéramos ganado las horas perdidas y llegado a la misma a Segovia.

—Y antes también, porque con la luz del día y sin los temores que ahora nos han detenido, avanzaríamos con mucha rapidez.

—Pero es el caso que su majestad...

—Señor, perdonadme.

—Di cuanto quieras.

—Yo, en lugar de vuestra señoría...

—¿Qué hubieras hecho?

—Engañar al rey.

—¿Sabes lo que dices?

—A Dios no puede engañársele, porque todo lo ve, de lejos, de cerca, a través de las paredes, a oscuras y con luz; pero a su majestad, que al fin es hombre... ¡Bah!

—No me atrevo.

—Yo retrocedería sigilosamente, dormiría bien abrigado hasta las cinco de la madrugada, y luego correría, dejando al rey muy satisfecho y evitando así que nos devorasen los lobos.

—La verdad es que corremos a muerte cierta.

—Pues entre la muerte y el enojo de su majestad...

—Dudo.

—Nosotros podemos irnos a la posada llevándonos el caballo de vuestra señoría.

—Entiendo.

—Fácilmente puede vuestra señoría introducirse en su habitación, y saliendo antes de que amanezca para encontraros por estos sitios.

—¡Vive el cielo!... Y no es solamente mi vida,

sino la vuestra, pues el peligro es igual para todos.

—En cuanto a nuestra reserva...

—Sois leales, ya lo sé.

—Vamos, señor, vamos.

Y como por tercera vez resonaron los aullidos, el señor de Silva se decidió.

—¡Oh! —exclamó—. Los deberes tienen sus límites, como los tiene también la autoridad del rey. Vámos, vamos... No quedará sin recompensa vuestra fidelidad y discreción.

Retrocedieron.

Diez minutos después se detenían.

Don Ruy descabalgó, diciendo:

—A las cinco aquí, ya lo sabéis.

—Descuidé vuestra señoría.

Con cruzada rapidez le fué posible avanzó el caballero hasta llegar a los sombríos muros del gigantesco edificio.

Empezaba a respirar más libremente.

En ciertas situaciones no hay nada que infunda tanto valor como el mismo miedo, y he aquí por qué a Ruy Gómez de Silva el pavor de que estaba poseído le infundió valor para desobedecer y engañar al rey.

Sin ninguna dificultad entró en el monasterio.

Ocultando el rostro subió, atravesó pasillos y habitaciones y llegó a la suya.

Solamente entonces encontró una persona que casualmente pasaba por allí; pero que no se detuvo, ni dió muestras de fijar la atención en el caballero.

CAPÍTULO XXIX

De cómo por huir del peligro se encontró Ruy Gómez en otro mayor

Todavía los criados de don Ruy no habían echado la llave en la puerta, y el caballero no tuvo que hacer más que levantar el picaporte y entrar, encontrándose a los pocos momentos frente a su esposa.

No pudo ésta contener un grito de sorpresa, exclamando luego:

—¡Vos aquí!

—No levantéis la voz—dijo Ruy Gómez, mientras se acercaba al fuego y se sentaba.

—Pero...

—Me considero feliz a vuestro lado, aunque no debo estar completamente tranquilo, porque si el rey llega a saber que he retrocedido, todo castigo le parecerá poco para mi desobediencia.

—¡Dios mío!—exclamó doña Ana, que no necesitaba muchas explicaciones para comprender la situación y apreciar el grave peligro en que la ponía su esposo—. ¿Pero qué sucede? ¿No ibais a Segovia? ¿No era muy urgente la misión que llevabais? ¿Y vuestros criados?... Hablad, que las dudas me hacen sufrir mucho. ¿Qué os ha sucedido? Conociendo al rey como lo conocéis vos, ¿cómo es que os habéis atrevido a desobedecerlo?

—El rey abusa de su autoridad.

—¿Tal vez.

—Y yo no me considero obligado a morir para que queden satisfechos sus caprichos.

—¡Morir!...

—Ni más ni menos.

—Pero...

—¿Os olvidáis de que estamos en Diciembre? ¿Habéis creído que sin helarse pueda una criatura atravesar a media noche el Guadarrama? Del dicho al hecho hay gran trecho.

—Ya lo sé.

—¿Y los lobos que hambrientos recorren estas cercanías?

—Me haréis temblar.

—Más he temblado yo al escuchar los aullidos de las fieras y ver sus ojos que relumbraban, y mis criados temblaban también, y hasta nuestras cabalgadura, que quedaron inmóviles, sin que fuese posible que les hiciésemos avanzar. Aunque las destrozábamos los lances con las espuelas.

—Pintáis un cuadro bien horrendo.

—Como era.

—Si habéis visto los lobos...

—Hasta siete hemos contado.

—¡Siete!—murmuró doña Ana, con un sí es no es de burla.

—Sí—dijo áspetivamente don Ruy.

—Tantos como los pecados capitales.

—¡Señora!...

—Y distinguirlos en medio de la obscuridad...

—Les relumbaban los ojos.

—Permitidme que os diga que entonces no habéis podido contar sino los ojos, y siendo siete, o sobra un ojo para los tres lobos, o eran cuatro, siendo uno tuerto.

—¡Vive Dios!... ¿Os burláis?—replicó el caballero, a quien la ira hizo palidecer.

—Sí—contestó resueltamente la dama.

—¡Oh!...

—Decidlo con franqueza, habéis tenido miedo y habéis retrocedido sin pensar que, no solamente desobedeciais al rey, sino que favoreciais a nuestros enemigos, porque las órdenes que llevabais...

—Llegarán a su destino a la misma hora, sin ningún retraso, pues a las cinco de la madrugada partiremos, correremos y quedará compensado el tiempo perdido.

Este razonamiento hubiera convencido a cualquiera: pero no podía satisfacer a doña Ana, que sabía muy bien que a las doce en punto había de ir a visitarla el rey.

¿Cómo salir del apuro?

Para evitar que el monarca fuese a verla, tenía que decirle la verdad, y entonces Ruy Gómez quedaría comprometido.

—Caballero—dijo la dama, después de algunos minutos—, a pesar del frío, de los lobos, de la muerte, en fin, es preciso cumplir las órdenes del rey.

—A pesar de los lobos, ¡jamás!

—Jugáis vuestra cabeza.

—Prefiero morir a manos del verdugo que entre las uñas de un lobo. Además, mis criados se niegan a seguirme.

—Decídselo al rey, y pondrá a vuestras órdenes una escolta.

—Señora, ya estoy aquí, nadie me ha visto entrar, y no saldré hasta las cinco de la madrugada.

—¡Que nadie os ha visto!...

—Y si alguien me ha visto, no ha podido conocerme.

—¡Vaya ilusión!

—Tranquilizaos.

—Sabéis que nos espían a todas horas, que tenemos un enemigo tanto más temible, cuanto que nos es desconocido.

—¿También vos creéis que el diablo está en palacio?

—Creo lo que veo.

—Pues bien, que el diablo me lleve si salgo antes de las cinco de la madrugada.

Estas palabras las pronunció Ruy Gómez con tono de la más firme resolución.

Insistió su esposa, empleando toda clase de razonamientos: pero fué en vano.

El caballero encontraba delicioso el blando sillón, el calor de la chimenea y cuanto le rodeaba.

Se había desvañecido una de sus ilusiones al verse tratado con tanta dureza por su esposa; pero entre el enojo de ésta y la feroz de un lobo, no era dudosa la elección.

En el acaloramiento de la disputa levantaron la voz más de lo conveniente, si bien sabían que sus criados se encontraban a bastante distancia y no podían oír, ni era probable que se hubiesen apercibido de la llegada de su señor.

Doña Ana puso término a la conversación, levantándose y yendo al inmediato aposento.

Le era forzoso sacrificar a su pobre marido, y tomó la pluma y escribió lo siguiente:

"Ha tenido miedo, ha retrocedido y no partirá hasta las cinco de la madrugada. Perdonadlo, que bien castigado queda con mi desdén."

No necesitaba decir más para que el monarca comprendiese lo que sucedía.

Ninguna dificultad había para que doña Ana fuese a llevar inmediatamente aquel papel a manos del rey.

Pocos momentos después, una de sus doncellas salía, encontrando en el pasillo a un hombre envuelto en una capa.

Era el mismo que había visto Ruy Gómez.

Aunque a bastante distancia, el embozado siguió a la doncella.

Y ahora debemos decir que aquel mismo hombre, cuando vió que don Ruy entró en su aposento sin cuidarse de echar la llave, atreviéndose a levantar el picaporte, abrir, entrar, avanzar por un pasillo con el silencio de una sombra, atravesar un aposento y detenerse junto a una puerta.

Desde allí escuchó cuanto hablaron los dos esposos, y como no ignoraba que don Ruy había cenado con el rey y partido para Segovia, y como también sabía el por qué Felipe II quería que don Ruy se alejase aquella noche de El Escorial, pudo el espía comprender perfectamente la situación y explicarse el por qué la doncella de doña Ana iba a las habitaciones de su majestad.

Nuestros lectores habrán adivinado que el espía era el paje.

CAPITULO XXX

El paje se burla de todos

Se habían trocado los papeles, y las contrariedades fueron para Felipe II.

Cuando leyó el aviso no pudo dominar el arrebato de la cólera, y exclamó con voz reconcentrada:

— ¡Vive Dios!... ¡Y hay quien se atreva a provocar mi enojo!

Y, efectivamente, viendo estaba y no concebía que hubiese nadie que a tanto se atreviese.

Perdón demandaba doña Ana para su marido; pero esta suplica encendió más y más la ira del rey.

— No... no... no quedará sin castigo. ¡Retroceder cuando se quiere avanzar!... ¡Oh!... Tranquilo puse en la noche en su aposento; pero cuando intento salir, comprenderá hasta qué punto es peligroso desobedecerme.

No reflexionó mucho el monarca para adoptar una resolución.

Mandó llamar al capitán de su guardia, y le dijo:

—Ahora mismo pondréis dos centinelas a la puerta de la habitación de Ruy Gómez de Silva, y a nadie dejarán entrar ni salir, absolutamente a nadie, entendiéndolo bien.

—Nadie saldrá.

—Ni el mismo Ruy Gómez, ni su esposa, ni aun la reina si lo intentase, y en caso de resistencia o ataque, que los soldados cumplan su deber.

La orden era demasiado terminante para que no fuese cumplida con exactitud.

Pocos minutos después los dos centinelas estaban en su puesto.

Y no habían pasado otros diez minutos, cuando la doncella que había llevado el papel, entró en el aposento donde se encontraban doña Ana y su esposo.

—¿Qué quieres?—le preguntó la dama.

—No sé qué significa lo que he visto, y me ha parecido bien dáros parte.

—¿Pues qué sucede?

—Delante de la puerta, con las alabardas como de centinelas, hay dos soldados.

Pálido como el de un cadáver se puso el rostro de Ruy Gómez.

—¿Dos soldados!—exclamó con voz alterada.

—Ya lo veis—dijo doña Ana a su marido, mientras desplegaba una sonrisa diabólica.

—Señora, esos soldados...

—No os dejarán salir.

—Por Dios, no me anunciéis tan terrible desgracia.

—Haced la prueba y os convenceréis.

Por la frente de Ruy Gómez corrieron algunas gotas de frío sudor.

Doña Ana le dijo a su doncella:

—Procura averiguar lo que significa la presencia de esos soldados.

La sirvienta salió, volviendo a los pocos minutos.

—Señora—dijo—, no se ha equivocado vuestra señoría.

—¿Es decir, que si ahora quisiésemos salir...?

—Ni salir, ni entrar, ni aunque fuese la reina, según me han dicho muy terminantemente, pues tienen orden de hacer uso de las armas en caso necesario.

—¡Estoy perdido!—exclamó don Ruy.

—Ahora decídmelo qué os parece peor: si esos dos soldados o aquellos siete lobos que os hizo ver el miedo.

—Señora, sois cruel.

—¿Porque os digo la verdad?

—¡Oh!... Debíais estar anonadada, porque se trata de mí, de vuestro esposo, y parece que os complacéis.

—Es que no me ha sorprendido esta desgracia, y lo que no sorprende, no trastorna tanto.

Otra vez el pavor se apoderó del alma de Ruy Gómez, que temblaba lo mismo que cuando oyó el aullido de los lobos.

El infeliz se levantó, fué y vino en todas direcciones con desiguales pasos, y al fin, como si se hubiesen agotado sus fuerzas, volvió a dejarse caer pesadamente en el sillón.

Entre tanto el travieso paje, que se encontraba al lado de su señora, reía y exclamaba:

—¡Cuánto debe sufrir el rey!

—Pero, ¿tienes la seguridad de no haberte equivocado?—preguntó la bellísima Blanca.

—¿Cómo he de equivocarme en lo que he visto?

—¡Oh!—murmuró la joven con voz sombría—. Cara ha de costarle a Ruy Gómez su desobediencia.

—¿No le tenéis lástima?

—¡Compasión para el asesino del marqués!...

—Somos de opinión distinta, porque yo estoy proyectando favorecerle.

—¡Luis!...

—Es un capricho como otro cualquiera.

—¿Favorecer a Ruy Gómez!...

—Eso he dicho.

—Imposible.

—Verdad es que con mi auxilio quedará en peor

guación; pero por de pronto se creará salvado, y el rey tendrá un nuevo motivo de sufrimiento, y lo que es peor también, un motivo más para acusar a doña Ana de Mendoza.

—¿Qué intentas? ...

—Sacar de su encierro a Ruy Gómez.

—Si la puerta está guardada por dos centinelas.

—Por la ventana saldrá.

—Es imposible.

—Y se irá a Segovia muy tranquilo, y creyendo que podrá decirle al rey que se equivocó quien hubiera creído verlo entrar en su habitación.

—Pero siendo doña Ana la que dió parte al rey...

—Esa circunstancia la ignora Ruy Gómez.

—El rey comprenderá el engaño.

—Peor para su favorito.

—Y si lo creo...

—Peor para doña Ana.

—Si todo eso fuese posible...

—Lo veréis.

—¿Cómo has de hacerlo?

—Dejadme, que necesito aprovechar estos instantes en que todos están en sus habitaciones y entregados al reposo.

—Quiero conocer tu plan, porque si te equivocas...

—Descuidad—replicó Luis.

Y con toda la audacia de sus pocos años, salió del aposento.

—¡Dices mío, protegiéndolo!—exclamó Blanca.

Bien pronto el travieso paje desapareció, sin que sus pasos produjesen el más leve ruido.

Pasó media hora.

Ruy Gómez y su esposa continuaban sentados cerca del fuego.

No pronunciaban una palabra.

Pálido y contraído estaba el rostro del caballero.

Su sombría mirada fijábase como distraídamente en el pavimento.

La dama cambiaba de postura con frecuencia, y tenía ese aspecto de la persona que se aburre.

La verdad es que ya no tenía por qué perder

la tranquilidad, pues había hecho cuanto le era posible hacer, y no era culpa suya que su esposo hubiera retrocedido.

De vez en cuando asomaba a los labios de doña Ana una sonrisa irónica.

El silencio era absoluto, y de repente fué interrumpido por algunos golpes dados en la única ventana que tenía el aposento.

Don Ruy se estremeció violentamente y levantó la cabeza.

Doña Ana se puso en pie.

—¿Habéis oído?—preguntó el primero.

—Sí—respondió la dama.

—Entonces no es ilusión mía.

—No, no.

—Al fin habrá de creer que el diablo anda entre nosotros,

—Callad.

—¿Qué?

—Me parece...

Otra vez se oyeron los golpes, que parecían dados por una mano en los vidrios.

—¿Qué significa esto?—dijo el caballero, levantándose también.

Empezó a cambiar la expresión del rostro de doña Ana.

Tenía miedo.

—No puede ser un ladrón ni un asesino—dijo Ruy Gómez—, porque no avisaría.

—Será el diablo.

—Salgamos de dudas.

—¿Queréis abrir?

—Sí.

—¡Oh!...

—A pesar de mi cobardía—repuso irónicamente el caballero—, veré quién nos visita de tan extraña manera.

Y al decir esto, Ruy Gómez se acercó a la ventana.

—Esperad...

—No.

—Tal vez nos riendan en eso...

—¡Vive el cielo!... no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido.

Por tercera vez sonaron los golpes.

Antes el miedo había dado valor a Ruy Gómez para desobedecer al rey, y después le infundió alientos la desesperación.

Ya no vaciló.

Dió un paso más y abrió las hojas de madera de la ventana.

Entonces pudieron ver a través de los vidrios y muy confusamente una sombra informe.

— Apartaos — dijo doña Ana mientras retrocedía.

También retrocedió el caballero.

La persona que sin saber cómo se encontraba al otro lado de la ventana, rompió uno de los vidrios y arrojó en el aposento un papel, desapareciendo inmediatamente.

— ¡Ah!...

— Un aviso...

— El diablo se declara nuestro protector...

— Veamos...

Ruy Gómez tomó el papel, se acercó a la luz y leyó lo siguiente:

"Estáis perdido y os ofrezco la salvación.

"Salid por esta ventana, bajad por la escalera que encontraréis, y muy pronto os veréis fuera del monasterio.

"No preguntéis a la persona que os espera; no hagáis demostración que pueda ser sospechosa, porque os costaría la vida.

"Mañana tendrá que convencense el rey de que lo han engañado al decirle que se encontrabais aquí".

— ¡Me ofrecen la salvación! — exclamó Ruy Gómez.

En tanto que leía, su esposa hizo un esfuerzo, se acercó a la ventana, asomóse y miró.

No encontró más que vuleblas. Escuchó sin percibir el más leve ruido.

Sepárase de la ventana quitó a su marido el papel y leyó

Tal vez era un amigo de Ruy Gómez el que le ofrecía la salvación; pero ¿en qué situación quedaría ella?

—No — dijo la dama después de algunos momentos —, no te irás.

—¿Y por qué?

—Quieren asesinarte.

—No lo creo.

—La persona que te ofrece la salvación, debe ser la misma que te quitó el sombrero, y aprovecha esta ocasión para vengar al marqués de Poza.

—Señora, el miedo es hace ver asesinos como a mí me hizo ver lobos.

—La prueba de que os engañan la tenéis en que ahora es absolutamente imposible salir del monasterio.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que todas las puertas están cerradas.

—Cuando no se puede salir por la otra, se sale por la ventana. viéndolo estáis.

—Vuestra razón se ha trastornado.

—Todo es posible.

—Os quedaréis.

—No me quedaré—replicó enérgicamente Ruy Gómez.

—Si os empeñáis en cometer semejante locura, gritaré pidiendo auxilio.

—Y no conseguiréis más que producir un escándalo y colocarme en situación más apurada.

—Caballero, si os vais...

—¿Qué haréis? — preguntó Ruy Gómez, mientras tomaba su capa, su sombrero y su espada.

—Olvidaos de mí

—¡Me amenazáis!...

—Y cumpliré mi amenaza.

—¡Vive Dios!... Quiero una sola vez ser enérgico y...

—¡Don Ruy!

—Me abandonaréis: pero le diréis al mundo el por qué. ¿Habréis de decirlo también a su majestad?

—¿Y no consideráis que yo he de aparecer cómplice de vuestra fuga?

—¡Ah!... ¿Para qué, voy a cometer la torpeza de decir la verdad?

—Si estabais aquí y mañana no os encuentran...

—Cuando os pregunten, juraréis que no ha venido, que se ha equivocado la persona que creyó verme entrar o que algún mal intencionado ha querido mentir para disgustar al rey y haceros pasar un mal rato.

—¡Mentir, jurar en falso!...

—¿Nunca lo habéis hecho?

—Escuchad, y si insistís...

—Los minutos son preciosos — interrumpió Ruy Gómez.

Y sin dar tiempo a que su esposa lo detuviera, se colocó sobre la ventana, pasó al otro lado y desapareció.

Sordamente rugió la princesa.

El caballero encontró una escalera de mano donde apoyó los pies, bajando sin ninguna dificultad.

Muy pronto se encontró junto al paje, que le dijo a media voz:

—Ya sabéis que estamos sobre un terradillo, casi en una cornisa. Seguidme con cuidado, porque aquí una caída es peligrosa. No os ofrezco la mano porque tengo que llevar la escalera.

Ruy Gómez guardó silencio para no desagradar a su misterioso salvador.

Envueltos en las densas tinieblas avanzaron sobre la piedra húmeda y resbaladiza sin separarse de la pared.

—Ya hemos llegado — dijo Luis.

Detuvieronse.

Encontrábanse en un sitio a donde llegaba alguna más claridad de las estrellas.

Quiso entonces Ruy Gómez mirar el rostro de su protector; pero éste había cuidado de ponerse un antifaz.

La escalera fué colocada nuevamente bajándola y apoyando la parte superior en el borde de la cornisa.

Descendieron.

Atravesaron un pequeño patio.

Entraron en lo que a Ruy Gómez le pareció un pasillo.

Allí la obscuridad era absoluta.

Adelantaron poco a poco.

Después de algunos minutos se detuvo Luis, que iba delante.

El caballero quedó inmóvil.

Oyó el ruido que producía una llave al pasar en la cerradura.

Se abrió una puertecilla.

Dieron algunos pasos y se encontraron fuera del edificio.

El esposo de doña Ana había desechado ya todo temor de que intentasen asesinarlo; pero aun no estaba completamente tranquilo.

Tan silenciosamente como antes, atrevieron un terreno blanco y desigual.

Distinguan confusamente algunos árboles y plantas.

Estaban en la huerta.

Siempre bajaban.

Hubiera preguntado Ruy Gómez a dónde iban; pero no se atrevió, porque se le había prohibido.

Después de largo rato llegaron a una tapia que apenas tendría dos varas de altura, pero aun no habían acabado de levantarla.

—Pasad al otro lado—dijo Luis con voz que procuraba hacer grave—, paseaos hasta la hora de partir, y consolaos con que el rey ha de sufrir mañana más que vos esta noche.

Y apenas pronunció estas palabras el travieso Luis, desapareció.

—¡Vive el cielo! — exclamó entonces don Ruy—. O yo estoy soñando y todo esto es mentira, o mi protector es el mismo Satanás.

Fácilmente pasó al otro lado de la tapia.

Miró a su alrededor.

—¡Estoy libre!—dijo—. Ahora ya no dudo que el diablo está en la corte.

Pensó que no era prudente ir a la posada en busca de sus criadas.

Tenía que pasearse hasta las cinco de la madrugada.

Entretanto, Luis volvía al lado de su señora, que al verlo exclamó:

—¡Gracias, Dios mío!

—Ya he triunfado.

—¡Ah!...

—Veremos cómo se arregla ahora doña Ana: y en cuanto al rey, mal humor tendrá para la fiesta de mañana.

—¿Quieres explicarte ahora?

—Sí; escuchadme.

CAPÍTULO XXXI

Los consejos del cardenal Espinosa

Llegó el que pudiéramos llamar gran día.

Desde las ocho de la mañana, muchas damas y caballeros ricamente vestidos, recorrían los alrededores del monasterio o entraban en palacio para preguntar si el rey se dignaría recibir antes de la fiesta religiosa.

Todas recibieron una contestación negativa.

Su majestad había trabajado hasta las tres de la madrugada, se había levantado a las siete y otra vez se había encerrado en su despacho. Estaba grave, silencioso y sombrío, según aseguraban sus criados, y debía suponerse que asuntos de muchísima importancia ocupaban su atención.

Hicéronse muchas suposiciones y comentarios, sin que ni remotamente se aproximase nadie a la verdad.

Mal había empezado aquel día para que fuese de expansión, de bullicio y de contento.

De repente empezó a cundir una noticia extraña:

—Ruy Gómez de Silva está preso.

No es posible comprender el efecto que produjeron estas palabras.

¡Preso Ruy Gómez, el confidente, el favorito del monarca!

Esto era inconcebible.

Viose cómo los que paseaban por los claustros o por los alrededores del Monasterio, deteníanse formando grupos, preguntaban con ansiedad y discutían con acaloramiento.

Nos acercamos a uno de aquellos grupos, y escuchando, conocíremos el objeto de la conversación en todos.

—No lo dudéis—decía un caballero—, yo mismo lo he visto.

—Aún no estoy convencida — respondió una dama.

—Pues acabo de pasar por la puerta de la habitación de Ruy Gómez.

—¿Y qué?

—Dos centinelas que a nadie dejan entrar ni salir. ¿Os parece poco?

—Las apariencias engañan—replió otro caballero.

—Supongo que su majestad no ha querido poner a don Ruy una guardia de honor.

—Para que esté mejor guardado el de doña Ana —repuso una señora que procuraba encubrir su vejez con profusión de joyas y adornos.

—Yo puedo deciros la verdad.

—Repito que acabo de ver los centinelas.

—Ya os he dicho que las apariencias engañan, y la prueba la tenéis en que el príncipe de Eboli no se encuentra en El Escorial,

—Llegó anoche.

—No lo ignoro.

—Y tuvo la honra de cenar con el rey.

—Es verdad.

—Y después...

—Partió con seis criados no sé a dónde, aunque supongo que a Madrid, y allí lo tendréis quizá a estas horas.

—¡Ah!...

—Se despidió de mí cuando iba a montar a caballo, y por cierto que parecía de muy mal humor. Le pregunté a dónde iba y fingió no haberme oído.

—Entonces debemos creer que doña Ana está presa.

—Imposible.

—Suceden cosas tan extrañas desde hace algunos días...

—Esperad, que aquí viene quien ha de deciros

la verdad, porque todo lo escucha, todo lo observa, todo lo sabe.

Y fijaron la mirada en Luis, que vagaba por entre la multitud, saludando a unos, reponiendo a los otros, sonriendo y temiendo para todas palabras agradables.

Una de las damas que formaban el grupo, por cierto muy hermosa, lo detuvo, diciéndole:

—No te dejaré escapar.

—Señora — contestó el travieso niño —, entre vuestras manos la esclavitud es una dicha.

—Agradezco tus galanterías; pero es otra cosa lo que quiero.

—Mandad y quedaréis complacida.

—Corren noticias graves, se murmura, se hacen comentarios...

—Se dicen muchos desatinos — interrumpió Luis.

—¿Y tú sabes la verdad?

—¿Pues quién la ignora?

—Nosotros.

—¡Bah! — replicó el paje —. No es posible, porque ya hace días que todo el mundo sabe que el diablo anda entre nosotros.

—Si es eso todo lo que puedes decir...

—Pronto os convenceréis de que es la verdad. Han visto dos centinelas a la puerta del aposento de don Ray y sin otra prueba aseguran que está preso. Después se sabió que a las diez de la noche don Ruy partió con pliegos para el ilustre alcalde de Segovia, hacia donde camina también como reo de Estado el barón de Montigny...

—Viéndolo estás — interrumpió el caballero que antes había hablado del viaje de Ruy Gómez.

—Y es verdad que partió — repuso el paje —, aunque contra su voluntad, porque en una noche de Diciembre atravesar el Guadarrama, es lo mismo que buscar una muerte cierta. La nieve, los lobos... ¡Oh!... ¡Pobre don Ruy!... Pero ello es que partió, porque el rey lo mandaba, y cuando manda el rey, es preciso obedecer, salvo que cuente uno con la protección del diablo... ¡Jesús!...

—¿Y entonces los centinelas?

—Empieza a decirse que se han puesto para

guardar a la princesa de Eboli, y como los murmuradores abundan, y las malas lenguas no pueden estar ociosas, cuando preguntan algunas si es que está presa doña Ana, responden otros que está guardada no más, como se guarda una joya que se aprecia mucho.

—¿Y los que eso dicen se equivocan también?

—Tan de medio a medio se equivocan, como que pronto habéis de ver a doña Ana libre, radiante de alegría, como quien es completamente feliz.

—¿Pero los confidentes?

—Yo os diría para qué se han puesto; pero si habéis de burlaros de mí...

—No.

—Pues nuestro amado rey ha creído, no sé por qué, que el diablo estaba en las habitaciones de la princesa, y ha querido prender al diablo.

—Este niño se burla de nosotros.

—Sabe la verdad y la oculta.

—Que hable, y si miente...

—Después... Mirad—replicó Luis.

—¿Qué?

—Su eminencia... Voy a pedirle su bendición para que el diablo me respete.

Efectivamente, el cardenal Espinosa acababa de entrar en el claustro seguido de una numerosa comitiva.

Todos se apartaron respetuosamente para dejarle el paso libre; todas las cabezas se inclinaron.

Aquel hombre, ya lo hemos dicho, valía tanto como el rey, no precisamente porque fuese un príncipe de la Iglesia, sino porque era el inquisidor general.

Con leves y benévolas sonrisas y con bendiciones contestaba a los saludos de los cortesanos.

Ni aun los que se consideraban sus amigos se atrevían a detenerlo; pero el paje, dando a su rostro la expresión conveniente, se acercó y le pidió la gracia de besarle la mano.

—Dios te haga un santo—murmuró gravemente el cardenal.

—No sabe — dijo el mancebo para sí — que

ay el mismo diablo que se burla del rey y que ha de burlarse de él.

El inquisidor subió a palacio, y fué inmediatamente recibido por el monarca.

Verdad era que Felipe II estaba más sombrío que nunca y que parecía muy preocupado.

Así lo comprendió el cardenal apenas lo vió y dijo para sí:

—Tal aspecto cuando va a principiar una fiesta preparada por él, no se comprende. Preciso es averiguar lo que pasa.

El gran Urano, bien fuese por fanatismo, por hipocresía o por conveniencia, ello es que prodigaba las demostraciones de respeto a los sacerdotes, y mucho más a Espinosa, lo cual, y dicho sea de paso, no fué inconveniente para que, cuando su tenaz política convino, desterrase al cardenal, concediéndole sólo algunas horas de plazo para que saliese de Madrid, y prohibiéndole que se despidiera de nadie, así como tampoco la piedad de Felipe II fué obstáculo para que al discutirse una cuestión política le escribiese al Papa, diciéndole que como suprema razón para convencerlo le enviaría cincuenta mil soldados.

Besó el monarca la mano del cardenal, le mató de sarcasmo y le dijo:

—Supongo que os ha sorprendido la invitación para la fiesta que he dispuesto.

—No puede sorprenderme que vuestra majestad quiera en un día como el de hoy dar público testimonio de los sentimientos que le animan; pero según entiendo después de la fiesta religiosa.

—Sí; me ha parecido bien dar ocasión para que mis buenos vasallos se diviertan honestamente.

—Pero aquí, en este santo lugar...

—En el bosque, no aquí.

Hizo el cardenal un gesto que lo mismo podía ser de indiferencia que de aprobación.

—Hablemos de otro asunto—dijo el rey—, porque necesito vuestros consejos.

—Dios me ilumine.

—¿Qué opináis en cuanto al barón de Montigny?

Esta pregunta, aunque hecha con tono de sencillez, era demasiado grave.

Instantáneamente el rostro del cardenal tomó una expresión sombría, severa, casi terrible.

—Señor—dijo—, ante todo deseo saber si preguntáis al hombre, al cortesano, al amigo o al sacerdote, porque desde este momento mi situación es crítica, es falsa, es peligrosa.

—¡Señor cardenal! — exclamó sorprendido el rey.

—Son muy estrechos mis deberes, y antes que olvidarlos, moriré.

—Pero...

—El mal cunde rápidamente; en vano el santo tribunal que presido, hace esfuerzos, trabaja sin cesar. ¿Qué hemos de conseguir? La influencia se ejerce siempre de arriba abajo, y mientras la cabeza esté perturbada, el cuerpo no sanará.

—No os comprendo todavía.

—Me pido vuestra majestad consejos, y yo he dicho que necesito saber si ha de darme el sacerdote o el cortesano, porque no puede hablar lo mismo el hombre de Estado que el príncipe de la Iglesia, y como no puede hablar lo mismo, me es imposible responder con acierto.

—Supongamos, y no es más que una suposición, que pido los consejos al hombre sabio y leal amigo que no puede engañarme.

—En ese caso ningún consejo tengo que dar—dijo el Inquisidor.

—¿Y si acudo al sacerdote?

—Cumpliré con mi deber.

—Entonces ya os escucho.

—Dondequiera que se encuentre la herejía, es preciso castigar al hereje, y a vuestra majestad no le está permitido hacer distinción entre grandes y pequeños, ricos o pobres, porque todos son iguales, todos merecen la misma pena desde el momento que cometen un delito contra la religión.

—Concretémoslos a Montigny.

—No puedo concretarme a determinadas personas; no debo ni siquiera pronunciar el nombre de ninguna.

El pecador no tiene nombre, ni clase, es solamente el pecador.

El pecado es en todos igual, y para todos debe ser igual el castigo.

—Pero hay circunstancias...

—Ninguna.

—Sin embargo, el barón de Montigny, lo mismo que el marqués de Bergen...

—Han venido a España en representación de los herejes flamencos, y no necesito saber más.

—¿Criséis que esto es bastante para condenarlos?—preguntó el monarca.

—Si el marqués de Bergen no hubiera muerto, ya estaría en los brazos de la inquisición, y a los calabozos de la inquisición irá Montigny cuando mandéis que se abran las puertas del alcázar de Segovia. Y como para los que juzgamos en nombre de Dios no hay clases, ni nobles, ni plebeyos, ni grandes, ni chicos, será el diputado flamenco sometido a todas las pruebas; explicará el por qué siendo católico, o diciendo que lo era, aceptó la representación de los herejes: dará a conocer a las personas que lo protegían, y a sus cómplices, y por último...

—Habéis dicho bastante — interrumpió el monarca.

Y desplegó una amarga sonrisa.

—Ahora—repuso el cardenal—daré el consejo, si es que vuestra majestad lo necesita.

—No—dijo Felipe II con grave tono.

Y se puso en pie.

La conferencia había terminado.

No pudo Espinosa disimular su disgusto; pero se concretó a decir:

—La hora se acerca y voy al templo.

—No os ocupéis de los diputados flamencos — dijo el rey —, porque el uno murió y el otro... ¡Oh!... ¿Quién sabe cuál será su suerte?

—Señor, no es posible que vuestra majestad desmienta su título de rey católico.

—Descuidad.

Espinosa salió de la cámara.

—Dicen bien—murmuró el rey—: si lo dejamos

con vida, más o menos tarde nos dará mucho que hacer.

Muy poco habían hablado el monarca y el cardenal; pero el resultado de aquella conversación debía ser horrible.

Miró el reloj Felipe II.

Eran las ocho, la hora señalada para el almuerzo; pero ante todo quiso ocuparse de Ruy Gómez de Silva, pues así dejaría terminado este asunto antes de que principiase la fiesta, a la que era preciso asistiese doña Ana.

CAPITULO XXXII

Al rey no le queda duda de que el diablo le ha declarado la guerra

Desde que el monarca se ocupó otra vez exclusivamente de doña Ana de Mendoza, le sintió atormentado por los celos.

La ilustre dama le había dicho que su esposo estaba bien castigado con el desdén; pero era esto bastante para que se tranquilizase Felipe II?

Una contrariedad había experimentado la noche anterior, y no es posible concebir lo que las contrariedades atormentan a los que tienen la costumbre de dominar y no reconocen nada superior a su voluntad o sus caprichos.

Dejándose arrebatár por la cólera, el monarca había decidido castigar severamente a Ruy Gómez de Silva; pero cuando pudo reflexionar aquella mañana, comprendió que había cometido una torpeza, y que por primera vez en su vida se había colocado en una situación de la que no sabía cómo salir.

Si dejaba pasar a Ruy Gómez, ¿cómo su esposa había de presentarse en la fiesta, ni mucho menos había de mostrarse alegre?

Y dejar libre al cortesano sin imponerle ningún castigo ¿no era mostrarse débil y dar ocasión y alientos para nuevas desobediencias?

Perplejo estaba el rey, dudaba, vacilaba y cambiaba de opinión cada minuto; pero al fin, exageradamente celoso de su autoridad, decidió llevar adelante el asunto, aunque tuviese que renunciar a los servicios que aquel día la princesa había de prestarle.

Sin más vacilaciones llamó al capitán de guardia y le dijo:

—Inmediatamente iréis a la habitación de Ruy Gómez de Silva, y me lo traeréis.

El capitán después de un momento de duda, se atrevió a decir:

—Si vuestra majestad me permite una observación...

—¿Qué?

—Tengo entendido que el príncipe de Eboli no está en palacio.

—¿Cómo lo sabéis?

—He oído decir que anoche a las diez partió, no sé a dónde ni para que, y como si ha vuelto no ha podido entrar en su habitación...

—Os equivocáis.

El noble capitán, que era el duque de Feria se inclinó respetuosamente, y salió diciendo para sí:

—¿Qué sucede?... Anoche a las diez partió Ruy Gómez: esto es indudable, puesto que lo vi, aunque no he querido decirlo. Después no ha vuelto, o por lo menos no ha podido entrar en su habitación, y, sin embargo, se me manda que allí lo busque; y si me tomo la libertad de hacer una observación, se me responde que me equivoco. No lo entiendo, ni nadie lo entendería. Si el rey no ha perdido la razón, los demás debemos estar locos. ¿Pues y la fiesta de hoy? Comer en el campo, olvidarse de la etiqueta... Lo veo y no lo creo. ¿Será verdad que el diablo anda entre nosotros y ha trastornado la cabeza de su majestad? Del diablo se ocupan todos, y no hay que olvidarse de aquel refrán que dice: "que es voz del cielo y voz del pueblo". En fin, yo nada tengo que ver en este asunto; obedeceré y que luego se entiendan los demás.

Era hombre de corazón el duque de Feria, y si había aceptado en la real servidumbre un puesto, no fué por ambición, sino porque creía cum-

plir un deber, y la verdad se adicha, aquel deber lo cumplía con religiosa exactitud.

Su carácter, por consiguiente, le hacía mirar con desagrado las intrigas, y mucho más lo desagradó aquella mañana verse obligado a desempeñar una comisión que tal vez le crearía un enemigo en Ruy Gómez, y particularmente en doña Ana, a la que el noble duque miraba con mucho miedo.

Llegó a la habitación de don Ruy; llamó y preguntó al criado que se presentó:

—¿El señor príncipe de Esoll?

—No está—respondió el sirviente.

—¿Que no está?... Me parece que os equivocáis.

—Partió anoche para Segovia.

—Sin embargo...

—No ha vuelto, ni era posible que volviese tan pronto.

—Veré a mi noble amiga la princesa, porque ya se habrá levantado para asistir a la función.

—Como que sí; pero de todas maneras, el señor duque puede pasar.

El de Feria se dirigió a los soldados diciéndoles:

—La consigna es la misma.

Y entró, siendo conducido por el criado a un gabinete.

Aun no había transcurrido un minuto, cuando se presentó doña Ana de Mendoza vestida con un lujo deslumbrador que daba a su belleza doble encanto.

Sus labios tentadores se entreabrieron para sonreír levemente.

El duque se sintió un sí es no es turbado.

No; no era posible mirar con tranquilidad completa a doña Ana, pues ya hemos dicho que tenía algo inexplicable que transformaba, que encendía, y que envenenaba.

Contestando entre ambas algunas frases de pura cortesía, y luego la duquesa dijo:

—Vuestra visita no me sorprende, porque ya sé que desde anoche no dejáis ni un solo momento de pensar en mí.

—Contra mi voluntad, señora, bien lo sabe Dios.

—¡Contra vuestra voluntad! — repuso doña Ana, sonriendo con más dulzura—. ¿Pues qué, mi buen amigo, tan mal me queréis que mi recuerdo os es desagradable?... No, no; porque de vuestra amistad tengo más de una prueba, hace ya dos años que nos conocemos y... tal vez me ciegue el amor propio, pero os lo diré con franqueza, siempre he creído que soy una de vuestras predilectas amigas, ¿...?

—No os habéis equivocado.

—Os contradecís, querido duque.

—Señora...

—¡Bah! —dijo la princesa mientras ponía familiarmente la diestra sobre uno de los hombros del caballero—. Tranquilizaos, que os conozco demasiado bien y aprecio en lo que vale vuestra amistad. Si el rey tuviera muchos vasallos como vos, ¡con cuánto descuido podría dormir, y qué bien estaríamos todos!... Ya sé que tenéis que desempeñar una comisión muy enojosa: pero la culpa no es vuestra, sino de los miserables que se han propuesto no dejar un instante de sosiego a su majestad.

—Comprendéis mi situación, y no es poca fortuna para mí.

—Os evitaré una gran parte de la molestia y así no os quedará duda de que soy vuestra mejor amiga.

—Princesa, sois adorable.

—¡Dios misericordioso! — exclamó doña Ana con tono de broma—. ¿Qué diría mi amiga la duquesa y vuestra noble esposa si os oyese?

—Opinaría lo mismo que yo, pues no es posible que nadie deje de reconocer vuestro mérito.

—Duque, nunca os he visto tan galante.

—Es que...

—¿Y las órdenes del rey?

—Es verdad, debo cumplirlas.

—Venís en busca de mi esposo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Desgraciadamente, se encuentra muy lejos de aquí, y... No podéis comprender hasta qué punto la intranquilidad me atormenta. Un viaje de noche, en diciembre, a través del Guadarrama, con la

nieve, los lobos... ¡Dios mío... A vos puedo decirlo que que siento: es una crueldad lo que el rey ha hecho con mi pobre marido.

—Pero el rey dice...

—Sí; dirá que mi esposo, porque tuvo miedo o frío retrocedió, y que aquí se encuentra.

—No me ha dado tantas explicaciones.

—Han engañado a su majestad.

—Lo creo.

—Sin embargo, vuestro deber...

—Es muy penoso, señora, ya os lo he dicho.

—Y yo os he dicho también que os tranquilicéis —repuso la dama, poniéndose en pie.

Y luego añadió:

—Venid, porque quiero que registréis todas las habitaciones, hasta el interior de los muebles.

—¡Oh!...

—Es preciso que obedezcáis con exactitud las órdenes de su majestad, es absolutamente preciso.

—Para mí es bastante vuestra palabra.

—Para vos, sí; pero no para el rey.

—Gracias, señora, gracias.

—Desde hoy nuestra amistad será más estrecha.

—¡Sóis una mujer singular!

No le quedaba al duque de Feria duda de que Ruy Gómez de Silva se encontraba camino de Segovia: pero escrupuloso en el cumplimiento de su deber, alegróse mucho de que doña Ana no se inmutase ofendida porque él quisiese registrar la habitación.

Pronto debían concluir, porque eran pocos los aposentos que tenían que recorrer.

La princesa siempre riendo y diciendo frases agradables, abrió los armarios, levantaba los tapetes que cubrían las mesas y obligaba al duque a que mirase debajo de las camas.

—¿Por quien soy!—exclamó al fin el de Feria—que estoy representando un papel bien triste: el papel de corchete o de esbirro de la inquisición.

El registro no había podido ser más escrupuloso.

Despidióse el duque y volvió a la cámara donde lo esperaba el rey.

—¿X Ruy Gómez?—preguntó Felipe II.

—No está en su habitación.

—¿Qué no está!

—Puedo asegurarlo, jurarlo.

—Cuidad que no os equivoquéis.

—Me parece que de lo que he visto no debo tener duda. He registrado hasta el último rincón, he hecho cuanto puede hacer en caso semejante el más astuto alguacil.

—Es extraño.

—Doña Ana me ha dicho que su esposo salió anoche para Segovia.

—Es verdad.

—Y que infente quien diga que volvió.

—¡Eso dice la princesa!...

—Ahora vuestra majestad...

—Duque, no quiero que nadie sepa lo que acaba de suceder.

—Por mi nadie lo sabrá.

—Haced que los centinelas se retiren.

Saló el duque de la cámara.

—¡Oh!—exclamó Felipe II desesperadamente.—¿Se burlan de mí!... Pero ¿quién es el traidor que a tanto se atreve, quién es? No es posible que doña Ana quisiera engañarme anoche para evitar mi visita, y siendo verdad que Ruy Gómez había vuelto, ¿por dónde y cuándo ha salido? ¿Y cómo ella lo ha dejado salir? ¡Oh!... Necesito a toda costa explicaciones claras y terminantes.

Tan ciego y trastornado por la ira colaba el rey, que sin miramiento alguno, sin temor al qué dirán, que tanto miedo le infundía en todas ocasiones, olvidándose, en fin de las conveniencias de que nunca se olvidaba, salió, atravesó aposentos y pasillos, y llegó a la habitación de la princesa.

Nerviosamente pálido estaba el rostro de Felipe II.

Su mirada era sombría.

—¡Ah!—exclamó doña Ana —¡verlo.

Y se puso en pie, y como turbada, inclinó la cabeza.

—¿No me esperábais?—preguntó el monarca.

—No, señor, porque a estas horas, cuando cien ojos pueden veros entrar y salir...

—¿Acaso no comprendéis cuál debe ser el esta-

do de mi espíritu?... ¡Oh!... Explicaos, señora, explicaos.

—Ahora soy el vasallo no más, ya lo veo—murmuró doña Ana con amargura.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que obedeceré a vuestra majestad y...

—Bien, muy bien—repuso el monarca en tanto que se sentaba y cruzaba los brazos—: al veros se creyía que os han ofendido, y sin embargo...

—Señor, lo que acaba de hacer vuestra majestad me compromete, y antes de diez minutos mi reputación andará mal parada, de boca en boca, y cuando vuelva mi esposo...

—Ya no puedo retroceder.

—¡Ah!... Si pudiésemos que hacer dos veces lo mismo, no cometeríamos ninguna torpeza.

—Sentaos.

—No debo.

—Sentaos es digo.

—Obedeceré porque me lo manda el rey.

—¡Vos también, doña Ana, vos también os habéis propuesto mortificarme!

—Señor...

—Lo que desde anoche he sufrido...

—Yo debo haber gozado, ¿no es verdad?

—Hablemos como quien somos—repuso el monarca: esforzándose para endulzar su voz.

—Señor—dijo la dama con tono suplicante y mientras envolvía en una ardiente mirada a Felipe II—, veríais, nos comprometemos... Ya sabéis que nos espían...

—¿Quién?

—¡Si yo conociese el enemigo que se burla de mí!

—Lo conoceremos algún día, y entonces, su vida será poco para que pague sus crímenes.

—El tiempo vuela, señor; se acerca la hora de ir al templo.

—Es verdad, debo irme: pero ante todo quiero explicaciones sobre lo que no entiendo.

—Señor, pronto os convenceré de que el diablo está en la corte y se complace en desbaratar vuestros planes...

—¿No es verdad que anoche volvió vuestro esposo?

—Verdad es.

—¿Y cómo ha podido salir?

—Se lo llevó el diablo.

—¡Doña Ana!

—¿Veis ese vidrio roto?

—Sí.

—Pues leed ese papel, y comprenderéis lo demás.

La princesa sacó de un cajón y entregó al monarca el papel que la noche anterior había echado el paje por la ventana.

No eran menester más explicaciones.

Lo que sintió Felipe II, no puede explicarse.

Nunca la ira lo había trastornado tanto como en aquellos momentos.

Con todo su poder no conseguía descubrir al que se le burlaba.

Del fondo de sus pupilas se escapó un fulgor siniestro.

También sufría mucho la princesa, porque el enemigo misterioso a quien llamaban el diablo le infundía pavor.

Algunos minutos pasaron sin que articulasen una sílaba.

—¿Y qué opináis de todo esto?—dijo al fin el rey.

—Que es más grave de lo que parece, más grave quizás que los asuntos de Estado que os preocupan.

—¿Y no habéis conseguido adivinar?...?

—No.

—¿Ni siquiera sospechar remotamente?...?

—Tempoco.

—¡Oh!...

—Señor, reconozco mi torpeza.

—Y miy amigo debía de ser el marqués de Poza, pues desde aquella noche...

—Sí, sí.

—Me parece que si a todas horas y con habilidad se observa quién visita a vuestro hijo, acabaremos por descubrir muy pronto al criminal.

—Seguiré vuestro consejo.

—El enemigo es tanto más temible, cuanto vale mucho.

Y ¡por quien soy! que el castigo será proporcionado a su atrevimiento.

— Perdonad, señor, si os recuerdo que el tiempo pasa.

—Tan trastornado estoy...

—Disimulemos.

—Pero decidme: ¿Cómo es que dejasteis salir a vuestro esposo?

—¿Acaso pude detenerlo? Le supliqué, y no quiso escucharme; le amenacé, y de mis amenazas se burló, y no dejé de advertirle que tal vez le tendían un lazo, y que por huir de vuestro enojo, era lo más probable que cayese en manos de un asesino.

—Será preciso creer que el diablo está muy cerca de nosotros.

—Hoy nos desquitaremos, señor.

—Si no desbaratan nuestro plan.

—Pronto saldremos de dudas.

—Adiós, y...

—Haced un esfuerzo, disimulad lo que sentís, mostraos alegre...

—Descuidad.

—Y cuando hayamos dado el golpe, cuando no os quede duda de que es vuestro hijo...

—¡Os amaré más que nunca!

—¡Qué feliz soy!

El rey volvió a su cámara sin apercibirse de que los de su servidumbre lo miraban con extrañeza mientras se inclinaban respetuosamente.

Ya tenían los murmuradores asunto para hablar muchos días, y en verdad, que el asunto era interesante, pues no se concebía que el monarca grave, severo hasta la exageración y esclavo de las conveniencias y de la etiqueta, fuese y viniese solo por sus habitaciones y pasillos para hablar con sus vasallos.

El travieso paje fué uno de los que vieron a su majestad, y poco después hacía circular la noticia.

Faltaban pocos minutos para la hora en que debía principiarse la fiesta en el templo.

No era posible que el monarca asistiese con puntualidad, puesto que aún no había almorzado; pero

entre los individuos de la real servidumbre empezó a decirse:

—Su majestad no almuere.

—¿Está enfermo?—preguntaban algunos.

—No ha dado explicaciones.

Pocos momentos después Felipe II salía de su cámara, seguido de sus gentiles-hombres escuderos y pajes.

Su aspecto era el mismo de siempre.

Ya había conseguido dominarse, y su rostro parecía cubierto por una máscara de hielo a través de la cual era imposible penetrar en su alma tenebrosa.

Con su comitiva y contestando con un leve movimiento de cabeza a los respetuosos saludos de la multitud que invadía el monasterio, atravesó el claustro por donde tienen su entrada las habitaciones reales. Luego un pequeño patio y — galería del pórtico, entró después en el claustro principal y en la sacristía, y por último en la iglesia colocándose en el presbiterio.

Entre tanto la reina con su comitiva se acomodaba en la tribuna que se le había preparado. Con las damas y nobles doncellas volábase a la princesa de Eboli y a Blanca.

Azul obscuro era el vestido de la reina, y del mismo color el de su doncella favorita.

¿Y el paje?

Nadie lo había visto, aunque debíamos suponer que también se encontraba en el templo y que todo lo observaba.

CAPÍTULO XXXVI

En el templo

El órgano esparció torrentes de armonía, y de los incensarios se escapaban azuladas espirales de humo que embalsamaban la atmósfera y se elevaban y perdían en la cúpula.

Los que no han contemplado la maravilla levanta por el genio de Juan de Herrera y la conciencia de Felipe II, conciencia agobiada bajo el

paso enorme de los remordimientos, no puede comprender lo que se siente bajo aquellas bóvedas, que atraen acreviciamente gigantescas y macizas pilares, y parecen sostenidas por una mano invisible y omnipotente.

La voz grave y solemne de los religiosos confundióse con los acordes de la música y el sonido metálico del címbalo que vibraba sin cesar.

Millares de luces esparcían raudales de vivísimos destellos.

Erotábase allí algo que inspiraba tanto respeto como amor, que subyugaba, que anonadaba, que ejercía esa influencia incontrastable de lo misterioso y lo sublime.

Felipe II arrodillado sobre un almohadón de terciopelo carmesí, con la cabeza inclinada sobre el pecho y fija la mirada en el libro que sostenían sus desecarnadas manos, estaba inmóvil como una estatua.

Absorto parecía en la oración; ¿pero quién sabe los pensamientos que agitaban su espíritu en aquellos instantes solennísimos?

Entre tanto, doña Ana de Mendoza, fingiendo que rezaba, geraba en la idea del triunfo que estaba segura de alcanzar.

De la reina y de Blanca nada podemos decir; las dos sufrían horriblemente, y sería inútil querer explicar sus sufrimientos y hacerlos comprender.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando dos livreros se ocuparon de los magníficos ojos de la doncella.

La infeliz no se apercibió de que lloraba.

Profundo trastorno había producido en su alma el dolor.

Su corazón latía violentamente.

Había querido dirigir al Omnipotente súplicas por el alma del hombre a quien amó; pero no conseguía dominar sus sentimientos de odio, su sed de venganza.

—Dios misericordioso—decía la infeliz—, dadme fuerzas, porque mi voluntad es impotente. Criminales son mis sentimientos. ¡Ah!... ¿Qué haría para mirar sin odio y sin horror a los que han destruido mi alma?

No podía suceder otra cosa, porque delante de ella estaba doña Ana, y a ésta debía ver forzosamente si quería dirigir la mirada al altar.

No hay nada que atormenta tanto como disimular y fingir cuando se sufre como sufría Blanca, como debía sufrir la reina al ver a su lado a la mujer que la ofendía gravemente y que la robaba el amor de su esposo. . .

¡Cuánto dolor, cuánta ternura, cuántos odios, cuántas pasiones hervían en su corazón del cuadro magnífico que presentaba el templo!

Y sin embargo, en la apariencia todo era calma, tranquilidad, santidad, y no se comprendía que se pasase más que en Dios, ni que despertase ningún sentimiento impuro.

El cardenal había querido estar en el coro, y allí ocupaba el puesto de preferencia.

No solamente la reina ni Blanca, sino que tampoco el astuto Luis había sospechado que muy de cerca le amenazaba el más espantoso peligro.

Del príncipe don Carlos muy poco tenemos que decir, no había querido ir a la tribuna, ni al presbiterio, y se había confundido con los cortesanos en el centro de la iglesia y bajo la cúpula.

Allí daba la luz de lleno en su rostro.

Con frecuencia volvía la cabeza a todos lados, miraba a las damas, saludaba con un movimiento de cabeza y una sonrisa a sus amigos, y hacia en fin, repetidas demostraciones de irreverencia.

—¿Habéis visto al príncipe? — preguntó en voz muy baja el prior al cardenal.

—Ni quiero verlo—respondió éste.

—Está escandalizado, y si no me detuviesen ciertos miramientos...

—Dejadlo, que muy pronto lo pagaré todo de una vez.

Para el rey no había pasado desapercibida la conducta de su hijo; pero nada le era posible hacer, y tenía que devorar silenciosamente su amargura.

Ya lo hemos dicho, el príncipe don Carlos se complacía en atormentar a su padre, y no fué solamente el escándalo de sus irreverencias, sino que se había presentado en el templo con la mis-

ma ropa que debía llevar al campo, y las anchisimas botas de montar y grandes espuelas que resonaban al más leve movimiento de los pies.

Cuando la función hubo concluido, el príncipe, lo mismo que otras personas, salió al claustro principal.

Pocos minutos después, la comunidad, que estaba en el coro, bajó y lentamente, en dos hileras atravesó el claustro hacia la sacristía.

Don Carlos contemplaba a los frailes y dirigiéndose a uno de sus gentiles-hombres, le dijo:

—Si todos esos son unos bribones muy solapados, son unos estúpidos.

—Señor, que os oyan...

—¿Qué me importa?

—Vuestros enemigos...

—Mirad—interrumpió el príncipe, señalando al cardenal que se acercaba con el prior a la derecha.

—Ya lo veo.

—¡Oh! — exclamó don Carlos con voz bastante alta para que el inquisidor pudiera oírlo—. Cuando yo sea rey no se encenderá más que una vez el brasero para que se caliente ese gran señor de los monaguillos.

—Suplico a vuestra alteza...

—La verdad puede decirse en todas partes.

El cardenal se volvió hacia don Carlos, levantó la diestra y lo bendijo.

El efecto que esto produjo apenas se concibe. Palidez cadavérica cubrió el rostro de don Carlos.

Viósele que se estremecía violentamente.

¿Lo agitaba un sentimiento de ira?

No, porque inclinó sobre el pecho la cabeza y por algunos momentos quedó inmóvil como una estatua.

—Vamos, vamos—dijo luego.

Y salió del claustro seguido de su servidumbre.

No es fácil explicar los sentimientos de una criatura como don Carlos.

La impresión debía pasar muy pronto.

Eran las diez y media.

A las once en punto debía corte ponerse en movimiento camino del Castañar.

Todo estaba preparado para la fiesta.
La alegría brilló en todos los semblantes.
Iba a divertirse con entera libertad, lo cual era
cosa muy rara en aquel tiempo.

CAPÍTULO XXXIV

Una diablura peligrosa

No se sentía el más leve soplo de viento.
Ni la más ligera nube empañaba el horizonte.
Hubiérase dicho que la naturaleza había querido también vestirse de gala para tomar parte en la fiesta.

A caballo los unos, en sillas de manos los otros, damas y caballeros avanzaban alegremente por el tortuoso camino que conduce a las Arenitas, el Castañar y la escarpada cumbre conocida con el nombre de Silla de Felipe II.

Era de ver aquella multitud cubierta de seda, diamantes, perlas y oro.

Y entre aquel brillo deslumbrador, distinguíase la figura sombría de aquel tirano, vestido sencillamente de terciopelo negro, sin un bordado, sin una joya, sin otro adorno que brillase más que el collar que pendía de su cuello.

Su caballo era negro también, y como si comprendiese que debía diferenciarse de los demás, caminaba con iguales pasos, grave, majestuosamente.

Nadie callaba más que Felipe II.

Los demás hablaban, reían, iban y venían entre una nube de polvo.

El travieso Luis se encontraba en todas partes, escuchaba todas las conversaciones; los observaba a todos sin que a nadie se le ocurriese sospechar que aquel hermoso niño era el diablo que tanto daba que hacer al rey.

Don Carlos, que ya había recobrado la alegría, no quiso detenerse al lado de ninguna dama: pero unas veces lanzaba su caballo al galope, y otras se

detenía o retrocedía, teniendo así frecuentes ocasiones de pasar junto a la reina y mirarla con todo el afán de su pasión devoradora.

Nunca le había parecido tan bella Isabel de Valois.

Aquella mujer sublime se presentó como siempre, dulce, tranquila, teniendo para todas palabras agradables y sonrisas encantadoras.

Por fin el príncipe don Carlos tuvo a bien hablar con las damas; pero mejor hubiera hecho callando, porque si algunas escucharon delicadas galanterías, muchas tuvieron que sufrir sus ociosas bromas y osadas desvergüenzas.

Blanca, cuyos hechizos no tenían igual, esforzóse para que su rostro no revelase lo que sentía; pero no pudo evitar que todos la viesen melancólica, aunque su tristeza a nadie sorprendía ya.

Muchos caballeros se le acercaban, muchos que la amaban con delirio, como la había amado el marqués, y que hubiera dado la mitad de su existencia por ver correspondida su pasión.

¡Pobre Blanca!

Su corazón estaba destrozado, y la ternura de un nuevo amor era imposible para ella.

Sufría la infeliz mucho más aquel día entre los que gozaban y eran dichosos.

—Todos ríen mientras el llanto quiere salir de mis ojos—pensaba la joven—: en todos los semblantes se revela el júbilo, y todos abrigan una esperanza risueña... ¡Ah!... para mí no hay más que angustias, dolor; no me alienta otra esperanza que la de vengar al hombre a quien amo todavía a pesar de que nos separa la fría losa del sepulcro; y cuando mi venganza se cumpla... Entonces la muerte será mi esperanza única, mi única ilusión... ¡Horrible ilusión!

Cuando así discurría, cambiaba de expresión su semblante, se contrahía violentamente, se cubría de palidez nerviosa, y como los llamados escapábanse de sus pupilas.

¿Quién hubiera creído que una borrasca española agotaba el espíritu de la encantadora joven?

No, no era posible sospechar que la ponzoña de

las amarguras rebozadas del corazón de aquella mujer.

El rey había cumplido su palabra dando licencia para que cada cual ocupase el puesto que más le agradase, de manera, que cuando llegaron al bosque, vieronse todos confundidos, sin distinción de clases ni categorías; y aun el mismo Felipe II, poniendo en práctica los consejos de la princesa, fué y vino, habló con los unos y otros, y más de una vez se dignó dirigir frases galantes a las damas.

Habíanse colocado muchas mesas cerca de la que debían ocupar el rey, su esposa y su hijo.

Principió la comida y continuó sin que tuviese lugar ningún suceso digno de mencionarse.

La alegría de todos iba en aumento.

Resonaban en distintos puntos agradables músicas.

La comida terminó; es decir, llegó el momento más deseado de la fiesta: el paseo.

A los enamorados se les presentaba una ocasión, la más favorable para decir en secreto y con toda libertad lo que sentían.

Esparciéronse los cortesanos en todas direcciones.

Aquí se veían grupos donde se sostenían animadas conversaciones; allá parejas que cruzaban miradas tan ardientes como dulces eran sus palabras.

Pronunciábanse innumerables juramentos de amor.

Y el travieso y astuto paje, que se había colocado en sitio conveniente, observaba con atención profunda, no lo que todos hacían, sino hasta el más leve gesto de doña Ana, del rey, de la reina y de don Carlos.

No estaba tranquilo el mancebo.

—Prohibo saltar de dudas—decía—, porque con algún fin que no adivino ha dispuesto el rey esta fiesta y ha concedido tanta libertad; y lo que es más extraño, habla con todos, se ríe y hace lo que parece imposible que haga un hombre como él.

Sí, muy pronto debía salir de dudas.

Por fin el rey se acercó a doña Ana de Mendoza.

Los caballeros que la rodeaban y adulaban se separaron respetuosamente.

Pocos momentos después don Carlos se encontró con la reina.

—Ahora es cuando principia la función—murmuró el paje.

Y siguió observando.

—Señora—dijo el príncipe don Carlos a la reina—, si queréis pasear y mi compañía no os es enojosa, os acompañaré.

No necesitó la reina hablar para responder, porque su mirada era demasiado elocuente.

—¡Oh!—murmuró el príncipe con voz reconcentrada—. Si comprendierais...

—Callad, os lo suplico—interrumpió vivamente la reina.

—¿Y por qué?

—Una imprudencia puede costarnos muy cara.

—Nadie se ocupa de nosotros.

—Vuestro padre.

—No—replicó el príncipe—, porque el rey está muy entretenido. ¿Acaso no lo veis?... Me parece que para fijar la atención tiene bastante con doña Ana... Mirad, mirad.

Rojas se tornaron las mejillas de doña Isabel. Aunque no estuviese enamorada de su esposo, sentía vivamente herida su dignidad.

—Miradlo—añadió el príncipe—, está absorto... Se ha olvidado de cuanto le rodea, ni siquiera sabe en este momento en que sitio se encuentra y... Verdad es que doña Ana, si no es verdaderamente hermosa tiene un encanto que vale no menos que la belleza. ¡Oh!... Satanás le ha dado su poder.

No comprendía don Carlos que escaba destrozando el alma de la reina.

Densa palidez cubrió el rostro de la infeliz.

Sus labios se contrajeron y temblaron.

Quiso hablar y no pudo articular una sílaba.

El príncipe probando mas y más su escasez de juicio, con una ligereza que entonces era criminal, prosiguió diciendo:

—Ya lo véis, el severo monarca, el hombre escrupuloso, en presencia de su corte hace lo que no perdonaría al mancebo más enamorado... Mirad

bien; se inclina; sus labios rozan la cabellera de la dama, f...

—Basta, don Carlos, basta—interrumpió, al fin, la desdichada Isabel de Valois.

—El mundo los contempla, y... ¡Bello ejemplo!

—¡Oh!...

—Venid... pasaremos... ¿Por qué no habéis de permitir que os acompañe el príncipe, cuando el rey enamora la princesa?

—Si vamos—dijo con breve acento la reina.

—Gracias...

—Dadme vuestro brazo.

Sintió don Carlos como si su sangre se convirtiese en fuego.

Por algunos momentos buyó la luz de sus ojos.

En su rostro se pintó su extravío.

Maquinalmente tomaron por un sendero tortuoso y sombrío.

—¡Vive el cielo!—exclamó el paje—. Cometen una locura; dan armas a nuestros enemigos... Y doña Ana los mira y sonríe con diabólica satisfacción, y... ¡Estamos perdidos! Ahora comprendo el plan, ya está explicado por qué el rey ha querido que todos se diviertan... Bien, muy bien, lucharemos.

Nadie se ocupaba del travieso paje.

—Perdonad—dijo doña Ana de Mendoza a Felipe II.

—¿Que os ocurre?

—Seguíme, pero a larga distancia.

—No os comprendo.

—Los minutos son preciosos... ¡Llegó la hora!

Ella de Eboí tomó por otro sendero casi paralelo al que seguían doña Isabel y don Carlos.

No se apercibieron éstos de que su más implacable enemiga los espiaba.

El príncipe se había olvidado de todos los peligros se había olvidado del mundo.

—¡Ah!... exclamó arrebatadamente—. No me améis; pero compadeceadme y quitedme la vida.

—Don Carlos—replicó la reina con voz agitada—, me atormentáis...

—¿Acaso yo no sufro?

—No me habléis de vuestra desdichada pasión,

os lo suplico en nombre de ese mismo amor que me profesáis.

—Siempre desdenes, fría indiferencia...

—¡Indiferencia y desdenes! — murmuró doña Isabel con acento de amargura desgarradora—. ¿Sabéis acaso lo que es sufrir y callar, lo que es sonreír mientras se destroza el alma?

Así continuaron la conversación, que cada momento era más grave y más peligrosa.

Y lentamente avanzaron sin pensar que se alejaban demasiado los demás.

Ya no llegaban a sus oídos el rumor de las voces y del movimiento, ni los acordes de las músicas.

Sin darse cuenta de lo que hacían, internábanse en lo más espeso del bosque, y llegaron donde la verde bóveda del ramaje apenas permitía penetrar los rayos del sol, que a su ocaso se acercaba.

En aquel lugar no se percibía otro ruido que el zorro y el continuado de un arroyuelo que corría entre la hierba, haciendo y deshaciendo sus trenzas de cristal.

Las fuerzas de doña Isabel se habían agotado.

Sentóse en un banco de piedra sombreado por el ramaje de un castaño secular.

¿Y doña Ana de Mendoza?

No se había detenido.

Algunas veces había perdido de vista a la reina y a don Carlos; pero luego los distinguía otra vez entre el ramaje.

El fuego de una alegría diabólica brillaba en los ojos de la princesa de Eboli.

—¡Triunfaré, triunfaré!—decía de vez en cuando.

La conmoción de su júbilo criminal le hacía estremecer.

Nada más podía pedir a la fortuna.

Entre tanto el paje por otro sendero, observaba lo mismo a doña Ana que a sus amigos, también avanzaba y decía para sí:

—¿Qué va a suceder?... Los sorprenderán: no podrán defenderse y... ¡Por Dios vivo!

Contraindo estaba el rostro de Luis, que apretaba los puños con toda la fuerza de la desesperación.

No podía acercarse a los infelices enamorados.

para advertirles del peligro que corrían, porque lo hubiera visto doña Ana, y ya no habría quedado duda de quién era el diablo que se burlaba de todos.

La cólera del rey, aunque muy terrible, no hacía temblar al paje; pero al llegaba a ser conocido, ya no podría vengar al marqués de Poza, ni mucho menos proteger a Blanca y al príncipe.

Felipe II, ansioso de tener la prueba de la criminalidad de su esposa, había obedecido a doña Ana, siguiéndola desde lejos; pero quiso la casualidad que le saliese al encuentro el inquisidor, para hablarle de los negocios de la política, rogarle de paso que pudiese fin a la fiesta, pues era preciso evitar que la noche sorprendiese a los enamorados entre aquella espesura.

—¡Ahora! — exclamó doña Ana, cuando vió que se sentaban don Carlos y la reina.

Y retrocedió para ir en busca del rey.

No le encontró tan pronto como deseaba, pues ya hemos dicho que su majestad se había detenido para hablar con Espinosa.

Por fin vió a Felipe II cuando éste se separaba del cardenal.

—Señor, venid, corred...

—¿Qué sucede?

—¿No queríais una prueba?

—¡Oh!...

—La tendréis antes de cinco minutos.

—¿Una prueba! — murmuró con voz sorda el monarca.

—¿Qué esperáis? — dijo la dama con impaciencia.

Parecía que el rey vacilaba, que tenía miedo de encontrar lo que tan ansiosamente había buscado. Lívido se tornó su rostro.

Sus manos temblaban convulsivamente.

En verdad que no podía imaginarse nada más horrible para un padre que la prueba de que su hijo atentaba contra su honor, y que la esposa olvidaba sus deberes para entregarse a los goces de una pasión impura con el hijo de su esposo.

—¿No queréis la prueba? — preguntó doña Ana.

—Señora.

—Si tenéis miedo...

—No, no.

—Concluyamos.

—¿Y si os equivocáis?

—Respondo con mi cabeza, porque lo he visto.

—Veamos, pues... ¡Oh!... ¿Por qué no he de apurar hasta las heces la copa de la amargura?

—Después tendréis la copa de las debcias.

Mientras así hablaban el rey y la princesa, Luis había retrocedido también, y acercándose a Blanca le dijo:

—Seguidme, corred...

—¿Luis!...

—Estamos perdidos.

—Tu agitación, tu palidez...

—Salvemos a la reina.

—¡Dios misericordioso!...

—¡Corramos!

—¿A dónde?

—Por aquí.

Y sin cuidarse de buscar cómodo sendero, por entre los matorrales, casi en línea recta para acortar la distancia, avanzaron hacia el sitio donde se encontraban don Carlos y doña Isabel de Vatoia.

—Mirad—decía el paje.

—¿Qué?

—¿No veis a doña Ana de Mendoza?

—Sí, y también al rey.

—Van a sorprender a la reina, que está con el príncipe en lo más espeso de un bosquecillo.

—¡Ah!...

—Se salvarán si conseguimos llegar antes.

—Pues corramos, que ahora nadie nos ve...

También ellos se apresuran...

—El triunfo depende de la ligereza.

—¡Protegedlos. Dios misericordioso!

¿Llegarían a tiempo? Era muy dudoso.

Felipe II que apenas podía respirar, preguntó a doña Ana:

—¿Y tenéis la seguridad de no haberos equivocado?

—Pronto se disiparán vuestras dudas.

Sordamente rugió el monarca.

Avanzaron con más rapidez.

Se detuvieron en la espesura de un matorral.

Se inclinaron y escucharon en tanto que miraban a través del ramaje.

Brillaron los ojos de Felipe II.

Confusamente pudo distinguir el bulto de dos personas, un hombre que parecía estar arrodillado, y una mujer, sentada y con vestido de seda azul.

¡Había llegado a tiempo!

¡Desdichada Isabel!

Hizo el monarca un gran esfuerzo para dominarse.

Quería ya que la prueba fuese completa, y podía tenerla fácilmente con sólo escuchar.

He aquí lo que oyó:

—¡Siquiera por compasión, señora... ¿No estais viendo que sin vuestro amor es imposible la vida para mí?... En vano me rechazáis, en vano intentaréis ocultar vuestros sentimientos...

—Dejadme—dijo con voz ahogada la reina.

—¿Y por qué me escuchásteis la primera vez que os hablé de mi pasión?—replicó arrabataadamente don Carlos—. Por qué así alentáis mi esperanza? ¡Ah! Perdonad... Estoy loco y... No me separaré de vos sin que pronunciéis el terrible fallo... ¡La muerte o la vida!

Y loco debía estar el desdichado príncipe, porque sin miramiento alguno cogió entre las suyas, convulsas y ardientes, una mano de la reina y estampó un beso frenético y ruidoso.

Imposible que se contuviese ya el monarca.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

Con todo el ímpetu de su coraje, atravesó el matorral y se encontró frente a los enamorados.

Doña Ana le siguió.

El príncipe, al ver a su padre, exhaló un grito y quedó inmóvil.

Sentíase anonadado.

La reina no pudo contener un grito.

Púsose en pie mientras inclinaba la cabeza y se cubría el rostro con las manos.

—¡Miserables!—gritó el rey con voz terrible.

Empero no bien había pronunciado esta palabra, cuando retrocedió como espantado, sorprendido, confuso. La mujer enamorada se había descubierto el rostro y levantado la cabeza.

No era la reina, era Blanca que dijo:

—Señor, vuestra majestad me injuria. Si el príncipe se ha tomado la libertad de galantearme...

—Perdonad—balbució el rey.

—Y lo olvidaré—repuso la doncella gravemente. Luego se alejó.

No es posible concebir lo que sentían el monarca y la princesa.

—Buen ejemplo dais—dijo el rey a su hijo.

Este se levantó y se alejó como turbado, aunque no sin lanzar antes una mirada de triunfo, de burla y de desdén a doña Ana.

—¡Oh!—exclamó Felipe II, después de algunos minutos—. Señora me habéis hecho representar el más ridículo papel.

—Aquí estaba la reina, aquí —replicó la dama con voz ahogada por la ira.

—Ya lo habéis visto: quien aquí se encontraba era una mujer con vestido azul como mi esposa.

—La he visto...

—Os habéis equivocado.

—¿Y no es posible que doña Blanca se haya puesto en lugar de la reina para representar esta farsa?

—Hubiese sido preciso que con anticipación supiesen qué habíamos de sorprenderlos.

—Señor...

—¿Era esta la prueba?—preguntó irónicamente el monarca.

—Sí, esta es la prueba de que el mismo satanás nos persigue.

—Entonces, señora—replicó el rey—, tendremos que apelar a los conjuros.

—Algo hemos adelantado.

—Ponernos en ridículo y nada más.

—Señor, pensad que doña Blanca ha representado el principal papel.

—¿Y qué deducís?

—Que debe conocer el secreto.

—¿Es posible?

—Conviene espiarla, quizás más cuidadosamente que a vuestro hijo.

—Haced lo que os parezca—dijo el rey.

Y se alejó.

Pocos momentos después encontraba a la reina en compañía de sus damas y riendo al escuchar los oportunos chistes del paje que parecía estar más alegre que nunca.

Cuando el rey se acercó, le dijo al travieso Luis:

—Señor, suplico a vuestra majestad que dé la orden para volver a palacio.

—¿Por qué?

—Se acerca la noche a pasos de gigante y tengo miedo.

—¿Qué temes?

—Como dicen que el diablo anda entre nosotros...

—Y yo también empiezo a creerlo.

—Me hacéis temblar...

—¿Dónde has dejado a tu señora?

—No la he visto desde que acabamos de comer, tal vez haya ido al lugar más solitario.

—Siempre la veo triste...

—Porque siempre lo está.

—Y no sé cómo qué penas pueda tener.

—Ninguna, señor, pues ella misma confiesa que es feliz.

—Entonces...

—Su carácter.

—A su edad no es posible la tristeza sin un grave motivo.

—Bien puede ser su pena una enfermedad.

—Una preocupación...

—Ninguna, yo bien lo sé, porque esta mi no guarda secretos.

El rey puso fin a la conversación y dio orden para volver a palacio.

Acababa de ocultarse el sol cuando llegaron a las puertas del monasterio.

La multitud, poco antes tan alegre y bulliciosa empezó a desaparecer silenciosamente, porque todos estaban muy fatigados y necesitaban descansar.

Durante la fiesta se habían observado cosas de mucho interés; pero los murmuradores guardaban la murmuración para otro día,

CAPITULO XXXV

El paje se prepara y da buenos consejos al príncipe

Felipe II, ya en su cámara, dió las órdenes para que se hiciesen todos los preparativos, y a la mañana siguiente se emprendiera la marcha a Madrid.

El paje tenía necesidad de aprovechar el tiempo, y sin detenerse para hablar con su señora ni con Carlos, tomó su capa y salió, yendo a la posada.

Allí encontró al capitán jurando y maldiciendo, porque no le servían pronto la cena, y exclamó al ver al paje:

—¡Cuernos de Lucifer!... Os agradezco esta visita, porque me aburro hasta el extremo de que la vida me parece insupportable.

—Pronto habéis de tener un qué ocuparos.

—Aquí todo el día sin otro entretenimiento que dormir y comer.

—Mañana os moveréis.

—¿Hay alguna novedad?

—La corte se ha divertido.

—¡Mil rayos!... Y yo aquí preso porque decís que así lo aconsejaba la prudencia.

—Nos hemos visto en un gran apuro, precisamente porque el príncipe no quiso escuchar de la prudencia los consejos; pero Dios ha querido protegerme, y su majestad ha representado un triste papel, ha sufrido mucho, y no ha sufrido menos mi señora Ana de Mendoza.

—Y vos habréis sido, lo mismo que siempre...

—He hecho lo que he podido.

—Dadme un abrigo y... ¡Truenos y centellas!... Conaréis conmigo, beberemos, nos alegraremos...

—No puedo detenerme.

—¿Para qué habéis venido?

—Para que sepáis que mañana volverá la corte a Madrid.

—¿Y yo?

—Habéis de ir antes.

—¿He de partir esta noche?

—Al amanecer; pero iréis aprisa y ¡si tendréis campo para buscar a vuestra gente y que esté preparada, pues no sabemos cuándo tendremos que hacer.

—Me alegraré que sea pronto.

—Luego me esperaréis.

—¿Dónde?

—En las cercanías del alcazar, a una de Santa María, y si a las diez no me ha presentado, os retiraréis a descansar.

—¿Qué más he de hacer?

—Vivir prevenido.

—Descuidad.

Poco más hablaron.

Luis volvió al monasterio y entró en la cámara del príncipe.

—¡Gracias a Dios que te veo! — exclamó éste.

—He tenido que salir para avisar al capitán.

—¿Qué has dispuesto?

—Que mañana al amanecer tome la vuelta de Madrid.

—¿Y esta noche?

—Nada, señor.

—¡Nada!

—Ya habéis visto cuán caro ha podido costaros vuestra imprudencia, y sería muy peligroso cometer otra en seguida.

—¡Ah! — exclamó el príncipe, cuyos ojos brillaban con el fuego de la más viva alegría—. Esta tarde no sólo me has salvado, sino que me has hecho feliz. Mucho hemos arriesgado; pero hemos ganado mucho.

—Os equivocáis, porque es poco lo que hemos perdido.

—¡Perder porque hemos hecho sufrir mucho al rey y a doña Ana!...

—Señor, ni a doña Ana ni al rey les había ocurrido fijar la atención en mí señora, y desde hoy le mirarán con desconfianza.

—¿Y por qué?

—No ha tenido vuestro padre prueba para acusares y condenar a la reina; pero doña Ana, que es observaba mientras íbais en dulce conversación, no puede creer que se ha equivocado, porque imposible era la equivocación en medio del día y tratándose de personas a quienes conoce también.

—Pero después ha visto...

—Sí, luego vió que mientras ella iba a dar aviso al rey, doña Blanca se puso en lugar de la reina, y de esto habrá deducido que mi desgraciada señora conoce el secreto de las diabluras, y aun al mismo diablo que tanto da que hacer.

—¿Y qué importa?

—Mucho, señor, porque espíaran a doña Blanca que es casi lo mismo que espíarme a mí, y si no produce esto ningún trastorno para nuestros planes, por lo menos nos obliga a reflexionar mucho antes de dar ningún paso, y redoblar nuestros precauciones, lo cual no es poca desventaja en nuestra situación.

—Todo está bien, Luis—replicó don Carlos, con la ligereza que le caracterizaba—; pero ¿y el placer de haber visto al rey turbado y confuso, y no menos confusa y desesperada a la princesa?

—Un placer estéril, señor.

—¿Estéril cuando he gozado como pocas veces en mi vida!

—Pues si esos gozos buscáis, no habrá poder humano que os salve—replicó gravemente Luis.

—¿Desconfiáis de nuestro triunfo?

—No desconfío, sino que tengo la seguridad que todos nos perderemos si cometéis nuevas locuras. Veo, señor, que aun no conocéis a vuestro padre, y si con demasiada frecuencia provocáis su enojo...

—¿Qué puede hacer?

—Lo que ha hecho con el conde de Montigny.

—Soy el heredero del trono—replicó don Carlos con un orgullo que podíamos calificar de inocente o de cándido.

El paje desplegó una irónica sonrisa y dijo:

—Soy un conspirador y nada más.

—¡Luis!

—Si la calificación es desagradada, ¿por qué conspiráis?

—Entonces tú...

—También.

—¿Has venido para turbar mi alegría?

—He querido convenceros de que, a pesar de todas mis diabluras, aunque yo hiciese milagros, vuestra cabeza no está segura.

—Vive el cielo!

—Os lo advierto por última vez: si no disimuláis, si no cambiáis de conducta...

—Tranquilízate.

—Pensad, señor, que no trabajo para mí, sino en provecho de los demás.

—¿Quién ha puesto en duda tu desinterés?

—Yo lo recuerdo.

—Verás mañana...

—No debéis acercaros a la reina.

—Me ocuparé en galantear a tu señora.

—Podéis hacerlo.

Despidióse Luis y se retiró a su aposento.

A las diez de la noche el silencio era absoluto

Todos descansaban de las fatigas de aquel día para soportar también las del siguiente.

Dieron las doce.

Una persona se acercó a la puerta de la habitación de doña Ana de Mendoza.

No era posible reconocerla, porque apenas llegaba allí alguna claridad del farolillo que había a larga distancia; pero nosotros sabemos que era Felipe II.

Después de tantas amarguras, natural y justo que buscase alguna dulzura en los brazos de la seductora princesa.

No tenemos para qué seguirlo, y sólo diremos que entró y que no salió hasta las tres de la madrugada.

Aun le quedaba tiempo para dormir.

CAPITULO XXXVI

El tesoro del paje

El monarca y su corte habían regresado a la imperial y coronada villa.

Andaba malhumorado el rey, triste la reina, enojado el príncipe y desesperada doña Ana de Mendoza, mientras que Ruy Gómez de Silva soportaba algunos dolores de cabeza, esforzándose por desentredar allá en su magín el enredo tejido por el travieso paje.

Bianca lloraba a veces, triste y desconsolada, excitaba su enojo su vengativo deseo, o abatida quedaba en un estado de aparente tranquilidad, como tregua del dolor, para volver éste luego con más fuerza.

En unos de estos momentos de calma, hallábase cuando vamos a nuestros lectores.

Sentada en un sillón de alto respaldo, puestos los pies en un taburete, y cerca de una ventana escuchaba la doncella al travieso Luis, a la caída de la tarde.

—Tus diabólicos enredos—decía—, habrán de descubrirse al fin, y no podrás llevar a cabo todos tus planes porque no siempre tendrás recursos para ello.

—Con tal—replicó el paje—, que pueda entrar y salir en todas las habitaciones, y escuchar cuanto se habla no necesito más medios.

—Pero eso no te será siempre posible.

—Un solo secreto tengo para vos, y quiero participároslo.

—¿Te escucho.

—Tengo un tesoro.

—¿Un tesoro?

—Sí señora, y de tanto valor, que el rey no lo tiene igual y por el más en ciertos momentos, daría hasta cuanto posea.

—No te comprendo. Siempre será alguna de tus bromas.

—Esperad un momento, señoras.

El pajeillo levantóse de su asiento, entró en la otra habitación, y salió a poco con una caja de nogal como de un pie de largo y poco menos de ancho.

—Aquí está mi tesoro—dijo.

—¿De dónde has sacado este mueble que nunca lo he visto?

—De dónde lo he sacado lo sabréis después. Ahora voy a enseñaros mi tesoro, y a referiros cómo vino a mis manos.

Y sentándose en el taburete donde Blanca tenía los pies colocó sobre sus rodillas la caja.

La doncella miró con extrañeza al pajeillo, y creyó que éste había inventado un cuento cualquiera para distraerla de sus pensamientos.

—Estoy impaciente porque me aclares ese enigma.

—Pronto cesará vuestra curiosidad.

—Ya te escucho.

—Primero ved en lo que consiste mi tesoro—repuso LUIS, y abrió la caja.

Contenía ésta en el fondo un paquete de pergaminos y otros papeles, y sobre éstos tantas llaves que apenas aquéllos se podían ver.

Blanca examinó todo aquello, y después de algunos instantes de meditación, dijo:

—Por lo que antes me has indicado, comprendo el objeto de esas llaves, y en verdad que en tu poder son un tesoro; pero, ¿qué significan esos pergaminos y papeles?

—Vais a saberlo.

—No pierdas un instante.

—Sin duda no habréis olvidado que murió en este alcázar, hace cinco meses, un viejo escudero retirado ya del servicio por sus muchos años, y cuya antigüedad como criado del rey y de su padre el emperador, se desconocía de puro remoto. El buen hombre, a quien siempre recordaré con ternura, me profesaba un gran cariño, me decía: "Serás un hombre de provecho, y yo me moriré con la satisfacción de haber contribuido a tu suerte. En mi testamento te dejo por único heredero". Yo me reía del pobre viejo, porque todo esto lo oía una

broma. Hasta aquí nada os he dicho que no sepáis, como también que cerré sus ojos cuando exhaló el último suspiro. Una mañana, la misma del día en que murió encontrábase solo con él, y después de exhortarme a que le escuchase con atención, me dijo lo siguiente: "El fin de mi vida ha llegado; no me quejo, porque he vivido ciento cinco años, y ya es justo que pague el tributo de que nadie se exime. Ya sabes que siempre te he demostrado mucho cariño, y este ha sido por dos razones: la una, porque eres vivo retrato de un hijo que tuve, que a la edad de ocho años fué degollado por los moros; y la otra porque posees prendas de gran merito. Según las trazas, destinado estás como yo a pasar tu vida en medio de la corte, y como ésta tendrá su asiento en adelante en este alcázar, quiero legarte un tesoro que en su día podrás apreciar". Y señalándome el zócalo del muro, me dijo que tocara un resorte que en él oculto había, y por medio del cual abríase una puertecilla que cerraba una como alhacena y donde estaba esta caja. Mostróme como yo a vos, los pergaminos, papeles y llaves, y luego prosiguió: "En esos pergaminos están hábilmente dibujados los planos de este palacio con todas sus habitaciones, desconocidos pasillos de comunicación, puertas y escaleras secretas, con una explicación muy clara de todo esto. Obra es sin duda, del sabio alarife que construyó el alcázar. La escritura está en árábigo, pero como yo he peleado toda mi vida contra los moros, y conocen sus plumas y su lengua como la de Castilla, he empleado mis ratos de ocio en ponerlo en romance. Una gran parte del alcázar es todavía desconocida. Por el centro de sus gruesos muros hay largas galerías, y muchas escaleras; las puertas son tantas, que cada diez puede decirse que no se conoce más que una, y muchas de esas están hoy inutilizadas por haber sido cubiertas con tapices o muebles. Estos tienen una señal, según verás, para que puedas conocerlas. Las llaves son las de todas las puertas, sin exceptuar una, del alcázar. Cada llave tiene un número que corresponde a otro igual de la clave que te dejo escrita, para que sepas a qué cerradura pertenece. Tienes

bastante ingenio para que puedas conocer el valor de este tesoro". Y efectivamente, yo había comprendido que aquella caja podría ser más útil que el oro. Díleme algunos consejos, hijos de su experiencia, habláme de los reyes Católicos, de Felipe el Hermoso, del emperador y de su hijo, y se disponía referirme algunas historias, que tal vez me hubieran sido de gran provecho, mas le sobrevino una congoja, y no pudo proseguir. A las pocas horas expiró entre mis brazos. Lloré su muerte, como ya sabéis y guardé mi tesoro.

—¿Pero dónde lo has tenido?—preguntó la doncella admirada de la relación que acababa de oír.

—Examinando los planos, vi que en este aposento había otro nicho semejante al en que había estado guardada esta caja, y en él lo he tenido. Después, cuantos momentos he estado solo, me he dedicado a revisar los planos con tanto ahínco, que grabándolos en mi memoria, pudiera dibujarlos de nuevo sin tenerlos delante.

—¿Y son exactos?

—Ya comprenderéis que mi curiosidad no quedaría satisfecha con este estudio, y a estas horas, no hay escondido pasillo, escalera oculta, ni secreta puerta que yo no haya reconocido. He probado todas las llaves, que abren y cierran perfectamente; y ved por qué una vez pude penetrar tras el rey en el aposento de doña Ana.

—Pero aquella diablura te costó la pérdida de una llave.

—Pérdida que puede darse por bien empleada, a trueque del trastorno que hemos causado, mucho más cuando el aposento de doña Ana tiene una entrada secreta que sólo yo conozco, y por la cual penetraré cuando sea necesario.

—Es decir...

—Que soy más rico que Felipe II, porque poseo un tesoro que en ocasiones dadas es de incomparable precio.

—Tienes razón.

—Y ahora decídme si podré sostener mis diabluras por mucho tiempo, y si los medios con que cuento para hacerlas son de alguna importancia.

—Confieso que con tus pergaminos y llaves puedes burlarte del rey y de toda su corte.

—Ya habéis visto mi tesoro, y conocéis su historia. Vuelvo a guardarlo, por si alguno entrase inesperadamente.

El pajeillo la hizo así, y colocándose nuevamente a los pies de su señora, prosiguió:

—Lo que nos importaría ahora, sería burlar la vigilancia de los carceleros del barón de Montigny. Este es asunto al que por de pronto debemos toda nuestra atención, porque si bien apurados estamos por acá con nuestros asuntos, corre el fatigoso riesgo mayor y más cercano.

—Difícil lo veo.

—Pero no imposible.

—Imposible, no. ¿Tienes algún plan?

—Sí, señora.

—Sepamos cuál es.

—Lo primero que debe hacerse es que el capitán León marche a Segovia y procure entrar al servicio del conde de Chinchón. De este modo tendremos de nuestra parte a uno de los que deben vigilar a Montigny.

—No sería poco, puesto que también contamos con la ayuda que puedan prestar los criados del barón.

—Precisamente iba a deciros eso mismo.

—Prosigue.

—Poco tengo ya que deciros. Una vez que se consiga que el señor Pero León esté en el alcázar, lo demás lo pensaremos con el conocimiento de la localidad y demás circunstancias.

—¿Has comunicado tu plan a don Carlos?

—Todavía no, porque esperaba saber vuestra opinión.

—Es conforme a la tuya.

—El capitán deberá llevarse consigo a esos tres hombres que ha buscado, y de los cuales el uno parece que es un consumado tunante, ingenioso sin igual. Si fuese posible yo iría secretamente a Segovia, y durante mi ausencia dirías que me hallaba enfermo, para que así nadie sospechase.

—Y después que el barón esté en salvo...

—Pondremos en salvo al príncipe.

—Y luego...

—Luego, nuestra venganza.

Y el pajecllo arrugó el entrecejo, mientras que las mejillas de Blanca se enrojecían.

—Y que será cumplida, yo es lo juro, o borro el nombre que me legó mi padre.

—Quiero vengarme, Luis, vengarme sin piedad y cuando la sangre del marqués quede pagada con sangre de sus asesinos, un convento será mi refugio. En él pediré a Dios perdón de mi crimen, porque criminal es mi deseo de vengarme; pero no puedo contenerlo, porque es mayor que mi voluntad.

—Nuestra venganza es un acto de justicia.

—No, Luis, es un crimen horrendo.

—Bien, llámadle como queráis; pero yo me vengaré.

Siguiéronse algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales dispúsose la doncella para ir al cuarto de la reina.

El pajecllo envolvióse en su capa y salió también, encaminándose a la pobre hostería donde tenía su posada el ex capitán Pero León.

La noche tendió su manto.

CAPÍTULO XXXVII

Cómo se encontraba Montigny

Tres días habían transcurrido.

El barón de Montigny, sentado en una banqueta de encina, apoyado el codo derecho en una tosca mesa, y descansando en la mano la mejilla, parecía entregado a profundas meditaciones.

La habitación que se hallaba era un cuadrilongo de bastante extensión, de pardos muros de piedra y abovedado techo formado por arcos de resaca de ladrillo. Una pequeña puerta maciza y chapeada de hierro daba entrada a la habitación. Frente a la puerta y como a tres pies del suelo, había una

ventana cruzada con gruesos barrotes de hierro. Una cama en un rincón y un brasero en el desnudo pavimento, completaban el mueble de la prisión de Montigny en el alcázar de Segovia.

Por la parte de afuera rechinaron los cerrojos de la puertecilla, y abriéndose ésta, entró el mayordomo del noble flamenco. La puerta se volvió a cerrar.

—¿Habéis convenido en algo?—preguntó Montigny a su sirviente.

—Señor, si nos protege el cielo, creo que podremos vernos fuera de éste sombrío castillo dentro de pocos días.

—Explicatc—repuso el barón afanosamente.

—El señor Pero León está decidido a todo.

—No hasta eso.

—Ha hablado con su camarada Diego, nombre que ya sabéis es de mucha experiencia y de más ingenio. Han meditado mil planes para conseguir vuestra evasión; pero entre todos, uno les ha parecido preferible por su sencillez.

—¿Lo conoces?

—A manifestároslo venga.

—Prosigue.

Aprovechando la coyuntura de dar al campo esta ventana, han creído que no es difícil descolgarse por ella y ponerse en salvo.

—¿Y los hierros que la cierran?

—Los hierros tréas hiriéndolos por la parte de fuera, para que la operación no se note desde aquí, y cuando esté concluida, os decolgáis a favor de una escala o de una cuerda.

—¿Y con qué he de limar los hierros? Ya sabes que te registran cada vez que entras aquí, y que si la más pequeña herramienta te encontrasen, nos colocaríamos en peor situación de la que estamos, porque me vigilarían más cuidadosamente, me privarían de toda comunicación y harían salir del alcázar a todos mis criados.

—Ya se ha pensado en eso, y se trata de encontrar medio para que llegue a vuestro poder una lima, sin necesidad de que os la traiga yo.

—¿Y han acertado con ese medio?

—Todavía no, señor; Diego cavila, y si no da

con él marchará a la corte en busca del paje, y éste no dejará de sacarnos del apuro.

—En el paje confío; pero no tanto en la habilidad de Diego, para que sepa después poner en ejecución lo prevenido.

—Yo en ambos confío, señor, porque a cual es más travieso.

—Esa confianza es hija del afecto que me tienes.

—Tened esperanza que Dios protegerá vuestra inocencia.

—¿Qué más noticias me trae?

—Ninguna, señor. ¿Que teis que me retire?

—Si nada tienes que hacer ahora, no me dejes; ¡si supieras qué triste es mi soledad! Sin más aire que el de este calabozo; sin más luz que la que penetra por esos vidrios; sin más compañía que los muros sombríos... ¡Ah! eso es horrible.

—¡Si al menos me permitiesen acompañaros de día y de noche!

—Ya sabes que nuestros carceleros nos han negado esa gracia. Tras esta soledad, vendrá el verdugo; y... te lo confieso, Juan si yo tuviese la certeza de que no había de realizarse vuestro proyecto de evasión, daría gracias al re, porque acabase los días amargos de mi existencia, puesto que he de acabar más o menos pronto en un cadalso como mi desgraciado amigo con un veneno. ¡Dichoso él, que a lo menos murió en su casa sin que el verdugo tocase su cuello, y sin que el patíbulo manchase su nombre!

—Desechad esas ideas, señor.

—Bien conoces, Juan, que desgraciadamente son verdades mis palabras.

—Cuando todos nuestros planes se hayan frustrado, cuando no nos quede ni un rayo de esperanza, pensad entonces en la muerte.

El caballero elevó una mirada de tierna súplica, y exclamó.

—¡Dios mío, Dios mío, tú conoces mi inocencia y la justicia de la humanitaria causa que defiendo! Si he de morir, salva o lo menos a mi desdichada patria de los horrores que hoy tienen convertida en un lago de sangre y de amargo llanto, salva a mi esposa, dale fuerzas para soportar sus dolores,

—Señor—repuso el sirviente con ahogado acento—, antes que el verdugo, vos os quitaréis la vida, si de esa manera seguis atormentándoos.

—¿Cómo desechas estas ideas? ¿Cómo olvidar a mi patria y a mi esposa? Juan, cuando yo muera, que el corazón me dice que moriré en Castilla, corre a Flandes, y parte luego con mi esposa a lejana tierra, para que no seas el blanco de una nueva venganza de mis sanguinarios enemigos. Tú la acompañarás toda su vida: eres bueno, leal y yo moriré con el consuelo de que tú sabrás ampararla mientras tengas sangre en tus venas.

Quiso el mayordomo cortar aquella tristísima conversación y dijo:

—Ya sabéis que no me dejan permanecer mucho rato a vuestro lado. Si me lo permitís me retiraré.

—¿Vas a ver al capitán?

—Sí, señor.

—Dios os ilumine—repuso Montigny.

Y apretando la mano a su criado, despidióle con el mismo afecto que si fuese un amigo.

Llamó Juan a la puerta, y abriéndole salió.

Retirábase cabizbajo y triste, cuando en una oscura galería encontró al señor Pero León.

—¿Qué habéis pensado?—le preguntó en voz baja.

—Nada, amigo mío, y creo que sólo el paje con su diabólica travesura podrá sacarnos del apuro.

—Entonces...

—Hemos determinado que Diego marche inmediatamente a Madrid.

—¿Cuándo se va?

—Dentro de media hora. Sólo esperaba que le dais algunos escudos para los gastos de viaje.

—¿Algunos?... muchos le daré, para que coma y beba y pueda sin temor reventar caballos. Los momentos son preciosos.

—Pues voy a verlo en seguida, porque me espera cerca del alcázar.

—Tomad—repuso el mayordomo entregando un bolsillo al capitán—, y separémonos, no sea que nos observen.

—Todo marcha bien.

—¿Sigues teniendo confianza en vos?

—Así parece.

—Dios os proteja.

—O el diablo, con tal de que salgamos adelante con nuestra empresa.

Separáronse, y tomaron por distinto camino.

Un cuarto de hora después corría camino de Madrid, con la velocidad de una centalla un jinete caballero en una yegua corda.

CAPÍTULO XXXVIII

De cómo los amigos de barón encontraron lo que buscaban

El llamado Diego, camarada del ex capitán, había regresado de su viaje a Madrid renegando de su torpeza, porque no había acertado con el sencillísimo plan que el paje le trazó en pocos minutos.

Este plan, aprobado por el barón, su mayordomo y el señor Peto era el más acertado, si una persona de habilidad no lo desgraciaba al ponerlo en ejecución. Pero Diego, era mozo de reconocido provecho para casos tales, y rayaba tan alta su habilidad para embaucar a cualquiera, como para dirigir con no común acierto su puñal al corazón.

Había en aquellos tiempos en la antiquísima ciudad de Segovia y en una extraviada callejuela su salida un panadero que, si no era tan antiguo como la noble ciudad, contaba por lo menos más años de amasadores servicios que ningún otro de su profesión.

Era el tal panadero hombre de carácter franco, no poco amante de los escudos de buena ley, y más aficionado a vaciar una botella de la Mancha que a cuidar del buen punto de la levadura. Llamábase Juan, y el nombre le cuadraba, si tenemos en cuenta que su carísima mitad, mujer de arisco genio y asaz decontentadiza, entrometíase en todos los asuntos del establecimiento, y a fuerza de gritos e insoportable charlatanería hacía dominar su

opinión, en cuanto a las "reglas fijas", palabras textuales, que debían observarse para atraer parroquianos y acrecentar las ganancias de su industria.

Juan era obeso hasta el punto de que su enorme barriga no le permitía llegar con las manos al mostrador, sopena de ocultar antes aquella debajo de éste. Damiana, su mujer, era por el contrario flaca hasta la exageración.

Esta reñía constantemente con su marido para convencerla de que los panes debían colocarse en forma piramidal sobre las tablas o vasares de la tienda, y el panadero sostenía que «esto que todos los vecinos de Segovia tenían necesidad de comer, lo mismo le comprarían su pan amontonado en desorden, que colocado artísticamente en forma de pirámide.

—Eres un animal—decía en cierta mañana, la misma en que Diego volviera a la corte, la panadera a su marido—. Sábete que influye mucho el buen aspecto de la tienda, porque hay gran número de personas cuya extravagancia los hace caprichosos hasta el punto de comer más bien con los ojos que con la boca. Pero tú no eres capaz de comprender esto, porque no has nacido sino para comer y dormir.

—No lograrás convencerme—le contestaba su marido encasquetándose hasta el cogote su gorro blanco y arreglándose su blanquísimo delantal.

—¿Cómo he de convencerte, si eres demasiado bestia para comprender lo que te digo? Vete a la trastienda y déjame sola, que ya verás si en poco tiempo queda un solo pan en los vasares.

—Mujer, arreglalo todo como quieras, pero déjame en el mostrador porque hoy justamente deben venir a arreglar unas cuentas los que toman al fiado, y necesito estar aquí.

Damiana, no satisfecha con la contestación de su marido, enfurecida, y suspendiendo la colocación piramidal de los panes replicó:

—¿Te parece que no sé lo que importan las cuentas al fiado? A fe a fe que he revisado las cañas más de una vez al día.

—¿Por ventura intento yo ocultarte los ingresos del establecimiento?

Y al pronunciar la palabra "ingresos" se dió cierta importancia al bueno de Juan.

—Déjate de palabrotas de licenciado, que nada tienen que ver los ingredientes con los ducados que nos han de entregar los que comen todo el mes a costa de nuestro bolsillo.

—Está visto que las mujeres para nada sirven—replicó el panadero—. Cuida de la limpieza de nuestros hijos, y déjame a mí el cuidado de los intereses de la casa.

—Me voy por no verte ni oírte, bestia, porque si proseguimos, no sé si tendré calma para no aplastarte las narices con un pan. ¿A quién debes las ganancias del establecimiento? ¿Quién sino yo aplaca la furia de los corchetes cuando encontraban falta el pan?

Juan arregló nuevamente su delantal y su gorro y exhalando un suspiro exclamó:

—¡Hay, mujer o diablo! Más hubiera querido pagar cien millas, que aplacar la furia de los alguaciles con la furia de tus ojos.

Damiana mostró a su marido las uñas amenazadoras, y replicó con destemplado acento:

—Villano, menguado, malandrín, dudas de mi virtud?

—De lo que dudo es de mi paciencia en ciertos casos.

—Más vale no escucharte.

—¿Me dejarás?

Los gritos de un chiquillo interrumpieron aquella escena.

—Periquito Hora—repuso el panadero.

—A tal padre tal hijo.

Y maldiciendo su suerte y su torpeza por haber desechado en su juventud las proposiciones de casamiento que le ofreciera un fabricante de monteras toledano, fuese en busca de su hijo.

—Gracias a Dios—murmuró el panadero—, que ese demonio de mujer, condenación de mi alma, me ha dejado en paz. Bienaventurados los viudos, y más aún los que no conocieron el matrimonio.

Limpó Juan el mostrador de su tienda, y restregándose las manos, disponía a sentarse en un taburete de encina, cuando en la puerta de la calle

apareció un hombre como de treinta años, de rostro enjuto, mirada picaresca, vestido decentemente, aunque a lo más podía tenersele por un hidalgo pobre.

—¿Cuántos panes queréis?—le preguntó Juan.

—Muchos si a mi gusto los amasáis.

—No es vanidad, señor hidalgo; pero si vuestra verced toma lenguas, se convencerá de que en todo Segovia son mis panes los de mejor peso y mejor harina.

—El peso no me importa ni la calidad tampoco; pero tengo ciertos caprichos que difícilmente me satisfacen, aunque los pago con largueza; y por eso os digo que seré buen parroquiano si me dáis gusto.

En esto echóse el recién llegado de pechos en el mostrador, y haciendo señas a Juan para que se acercase, le dijo con tentador acento:

—¿Os amargarían cincuenta escudos?

El panadero abrió extremadamente los ojos, y una sonrisa expansiva dilató el perfil de su boca.

—¡Diablo!—contestó—; ¡cincuenta escudos en tiempos como los que atravesamos, con un caudal!

—Vos—prosiguió el desconocido—, no tendréis inconveniente en hacerme un pan cada día, tal y como yo os diga como lo quiero, si por él os doy el valor de treinta.

El panadero abrió la boca, y mirando a su interlocutor como para averiguar si trataba con un hombre falto de juicio, replicóle:

—No sé lo que he de contestar a vuestra merced, señor hidalgo, sin duda porque soy muy torpe en comprender vuestras palabras.

—Pero no seréis torpe para destapar una botella y destrozarse un cabrito en un decir amén.

Juan quedó más confuso.

El recién llegado continuó:

—Os digo esto, porque ciertos negocios se tratan mejor cuando mano a mano se trasiega un buen jarro de vino.

El panadero, como el que adivina la más escondida idea, replicó:

—Señor hidalgo, nada más me digáis. Tengo mi tienda para ganar mi vida honradamente. Ve-

nía a proponerme un negocio sin duda de mucha importancia, y que regularé la más prudente reserva.

—Noticias tenía de vuestra sagacidad, pero no en tanto grado—repuso el desconocido con cierta bronca que para Juan pasó completamente desapercibida.

—Tengo muchos amigos, y creo que os habrán hablado de mí como quien ya me conoce.

—Es decir, que no tendréis inconveniente en acompañarme esta noche a la hostería del "Señor San José", para que hablemos un rato mientras vaciamos un par de botellas y comemos una pluma de carnero.

—¿Inconveniente?... Ninguno, señor hidalgo. Todas las noches acostumbro .. vaciar una botella en esa misma hostería, a pesar de que mi mujer está empeñada en quitarme esta costumbre.

—¿Es decir?..

—Que a las siete me tendréis en la hostería, donde bebaremos el mejor vino, porque el tío Pedro me sirve como a su mejor parroquiano.

—No necesito advertiros...

—Basta, no soy tan torpe. Es un secreto para todos, y en particular para mi mujer, que es una pachillera sin igual.

—No sin razón me han dicho que sois el hombre de más provecho de la ciudad de Segovia.

El panadero compúsose su puntagudo gorro y murmuró con aire de importancia:

—Phe... así, así; tengo buenos amigos.

—No os hagáis el humilde, señor Juan.

—Esta noche acabareis de conocerme.

—Os aguardo, pues.

—No tengo más que una palabra.

Y efectivamente, el panadero Juan, después de una borrascosa discusión con su mujer, salió de la casa a las siete de la noche, y encaminándose a la hostería del "Señor San José", encontró en ella al que por la mañana tomara por buen hidalgo, y que no era otro que Diego, el camarada del ex capitán.

—Puntuaj habéis sido—dijo.

—De tal me precio.

—Sebatnos y hablaremos, si así os place.

—No he venido a otra cosa.

Dos botellas, dos vasos de estafío y una puerca de carnero asado, animaron el rostro cándido del panadero, cuyas intenciones eran las de no desperdiciar tan buena ocasión.

A la primera embestida vaciáronse las botellas y desapareció la mitad de la carne. Diego hizo traer más vino, y con fuerzas ya para sostener la más animada conversación, dijo al panadero:

—Va acabándose nuestra cena, y aun nada hemos hablado del consabido negocio.

—Tenéis razón, y mientras acabamos con lo que queda y comemos un pastel que nos están preparando, voy a proponeros lo que os ha de dar tantos escudos como pelos tenéis en vuestras barbas.

—Os escucho—contestó Juan, a la vez que empujaba su vaso y limpiaba con la lengua su bigote.

—Mirad—repuso Diego poniendo sobre la mesa una bolsa—. Aquí hay cincuenta escudos de la mejor ley, y éstos son para aquel panadero que quiera amasarne un pan tal como yo diga.

—Harina pura de flor...

—Es lo que menos importa.

—Entonces no os comprendo.

—Paciencia.

—Vuelvo a escucharos.

—El panadero que quiera estas cincuenta escudos le daré con ellos una lima.

—¡Una lima!

—Exactamente. Esta por ejemplo.

Y Diego sacó la mencionada herramienta.

—Por mi parte — repuso Juan —, me contento con los cincuenta escudos, porque la lima es herramienta que para nada me hace al caso.

—A mí mucho.

—Expílcas, pues.

—A eso voy.

—¡Magnífico vino! — repuso Juan trasegando otro vaso.

—Muy bueno, pero mejores son los cincuenta escudos.

—Porque con ellos se pueden haber muchos rasos.

—Continúa.

—Si continuad.

—Esta lima debe introducirse en un pan.

—¡Qué capricho!

—¡Muy raro, pero que pagándolo bien, puede satisfacerse.

—Hasta ahora no veo el negocio... ¿querías proponerme.

—¿Os parece poco el llevaros consigo esa bolsa que contiene cincuenta escudos?

—Pero algo tendré que hacer para llevármela.

—Poco más de lo que os he dicho.

—Lo que me habéis dicho...

—No me interrumpáis, y lo sabréis todo.

—Cierra mi boca, señor hidalgo—contestó el panadero a la vez que mediaba la segunda botella.

—Es el caso que yo quiero que dentro de uno de vuestros panes pongáis esa lima, y que ese pan no le vendáis a nadie sino a persona que entre en vuestra tienda y os diga: "Dadme un pan de los que son mejores por dentro que por fuera".

Juan examinó de arriba abajo a su interlocutor, y después de meditar unos momentos, le dijo:

—¿Sabéis que me he quedado en ayunas?

—Lo extraño en vuestra sagacidad.

—Qué queréis, esta noche estoy torpe.

—Es muy sencillo. No tenéis que hacer otra cosa...

—Más que introducir la lima en el pan, y venderla a la persona que me lo pida según me habéis dicho.

—Exactamente.

—Y por eso...

—Os doy ahora cincuenta escudos, y cada día os darán de ocho, y otros cincuenta escudos cuando el pan lleve lima u otra cosa cualquiera en su interior.

—¿Y qué dirá mi mujer cuando me vea hacer esa operación? ¿No sabéis que es una bachillera de todos los diablos, y que creerá que es un gran misterio lo que no es otra cosa que una extravagancia?

—Vuestra mujer no debe saberlo, porque en-

tonces, os ganaréis en vez de los cincuenta escudos y del doblón de a ocho, una puñalada.

El panadero dió un brinco, y miró con ojos espantados a su interlocutor.

—No os asustéis—le dijo Diego—. La puñalada no sería sino en el caso de que no obraréis con la debida prudencia: y los cincuenta escudos para premiar vuestro silencio y vuestro timo.

Quedó Juan pensativo por algunos momentos, y luego repuso:

—¿Sabéis que el caso no es tan sencillo como parece?

—La cosa la veo muy fácil.

Volvó a quedar pensativo el cándido panadero y después de una larga y profunda meditación, repuso:

—En decir, que yo gano los cincuenta escudos con aceptar, y el doblón de ocho, con dar un par en que voy introducida esta herramienta.

—Pero yo sabéis que si no cumplís fielmente vuestro compromiso...

—Hacedme el favor, amigo mío, de no repetir la de la puñalada, porque me estremezco: ya sé que una indiscreción me costaría la vida.

—¿Aceptáis, pues?

—Me decidí a todo—contestó Juan.

Y cogiendo la bolsa y la llana guardólas cuidadosamente.

—Ya viene el pastel. Concluyamos nuestra cena, y apuremos este vino al éxito del negocio.

Concluyeron con el pastel como habían concluido con la pierna del carnero, y después que Diego enseñó a Juan la afilada punta de su daga, para que éste no olvidase la pena que tenía si era traidor o poco discreto, separáronse ambos, satisfecho el uno del éxito de su empresa, y el otro de haber ganado a tan poca cosa, cincuenta escudos.

Diego participó al ex capitán lo que sucedía, pero el buen panadero tuvo el más escrupuloso cuidado de ocultar a su mujer el negocio en que se había metido.

—Con pocas llaves que me den—murmuraba caminando hacia su posada—, me podré comprar una casa en el mejor barrio de Segovia, y ningún

panadero podrá competir conmigo. ¡Y entonces no dirá mi mujer que soy un bestia y que para nada sirvo!

CAPÍTULO XXXIX

Dos brazaletes

Dejemos a Montigny timar los hierros de su prisión, y volvamos al alcázar para saber lo que en él sucede.

Habíase la reina en uno de sus aposentos, acompañada de Blanca y del travieso pajeillo, que con un brazalete en la mano parecía excitar vivamente la curiosidad de aquéllas.

—Ya estoy bastante impaciente,—decía Isabel de Valois,—porque adives el ponderado enigma que encierra el brazalete.

—Pueda valé a saberlo, señora; pero antes permíteme un desahogo de amor propio, diciendo que preparo el rey y a doña Ana la más bonita intriga que puede imaginarse.

—Como túya será,—le dijo Blanca,—pero ten entendido que no debes emplear tu ingenio y los medios con que sueles con intrigas que sólo te proporcionan un momento de diversión sin provecho alguno.

—Parécame, señoras, que aun no me conocéis. El chasco que preparo a doña Ana, podrá darnos muy buenos resultados.

—No interrumpas a tu paje,—dijo Isabel a su concella,—, que estoy ansiosa por saber en qué consiste su intriga, y qué parte tiene en ella ese brazalete por el que me ha hecho pagar mil ducados.

La mencionada alhaja tenía un medallón cubierto con pequeños diamantes, y que muy bien podía servir de guardapeño.

—Mi intriga consiste en lo siguiente: Ya sabéis que todos los días tengo costumbre de introducirme sin ser visto en esta o en la otra habitación, por si la casualidad me proporciona hacerme due-

ño de alguna intriga. Favoreciéndome la suerte el otro día, y espiando a doña Ana de Mendoza oculto tras un tapiz, pude ver que contemplaba un brazalete igual al que os presento. Llámome la atención que murmurase ciertas palabras como "mucho adelantaré con esto", y permaneci en mi escondite por si alguna cosa más averiguaba. Sin duda habíase empuñado la fortuna en protegerme aquel día, porque a los pocos momentos trajeron de parte de su pintor una cajita que contenía un retrato del tamaño de este medallón.

—Y ese retrato era... — interrumpió Blanca.

—Del rey—añadió Isabel de Valois a la vez que patidecía.

—Lo habeis acertado — prosiguió el paje—. Aquel retrato era de su majestad. Yo, que de todo me propongo sacar partido, pensé el que podía reportar de semejante secreto, y habiendo vestirse con la misma librea del duque de Medinaceli a un hombre de mi confianza, le mandé ir a casa del platero de la princesa, para que le hiciera otro brazalete igual, so pretexto de que su señora no quería ser menos que la de Eboli. Todo salió a medida de mi deseo, y aquí está la alhaja.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ese es mi secreto.

—No para mí, ¿es verdad? — le preguntó la reina.

—Para todos, porque no quiero que os burléis de mí si salgo mal con mi empresa.

—¿Eso temes?

—Sí, señora, y estoy resuelto a callar.

—¿Y si te muevo que me expliques lo que piensas hacer?

El pajeillo miró con pícarasca gracia a la reina y le contestó:

—¿Y vos, señora, que tanto me deréis, me quitaréis la ilusión de sorprenderos con el resultado de mi intriga?

—No, si tal empeño tienes; pero siento que hayas excitado mi curiosidad para no dejarla satisfecha.

—Perdonadme, señora, en gracia del leal cariño que os profeso. Y pues la noche se acerca y

tego que ver al príncipe, permítidme que me retire y que os deje queriendo adivinar lo que tan cuidadosamente os oculto, para que así no penséis en cosas más tristes.

—Tienes mi licencia, y perdonado estás, en gracia, como tú dices, de tu leal cariño.

Saló el pajecllo, y la reina y Blanca quedaron silenciosas, pensando ya en la intriga de aquél, ya en sus desgraciados amores.

La noche llegó; pasaron las horas, y a una bastante avanzada es decir, después de las doce, un hulto cruzó las galerías del alcázar real, subió una estrecha escalera, atravesando un espacioso aposento, tocó un oculto resorte y se internó por una puerta secreta.

Era el pajecllo, que después de encontrarse en un estrechísima galería de abovedado techo, sacó una linterna de debajo de su capa, caminó silenciosamente.

Largo rato anduvo a lo largo de aquel sombrío callejón por donde apenas cabía una persona, y torciendo varias veces a derecha y izquierda llegó al fin de una escalerilla en extremo pendiente, y por ella bajó con la mayor cautela.

Concluyó de bajar y siguió adelante por un nuevo pasillo, a cuyo extremo, después de aplicar el oído al negro muro, tocó un resorte, y abriéndose una puerta, pasó al otro lado después de ocultar bajo la capa la linterna.

Reinaba en palacio el silencio más profundo.

La reina se había retirado temprano: el rey conferenciaba con Ruy Gómez de Silva y el cardenal Espinosa sobre los negocios de Flandes, y la servidumbre real dormía a pierna suelta excepto la guardia que vigilaba en las puertas de palacio.

Una densa obscuridad rodeó al paje cuando hubo traspasado la puertecilla secreta: pero él, habilísimo conocedor de todas las ocualidades del alcázar, sin ayudarse de su linterna, caminó poco a poco extendiendo hacia adelante uno de sus brazos, y paróse al encontrar un tapiz, que al levantarlo cuidadosamente dejó ver una tenue claridad.

Escuchó; pero nada oyó más que un leveísimo ruido como la agitada respiración de una persona.

Entonces inclinó el cuerpo y asomó la cabeza por entre el tapiz, y sin duda debió quedar satisfecho, porque una sonrisa de triunfo vagó en sus labios.

Como a quien los pasos causan miedo, así caminó el travieso paje, y en breve se encontró en un aposento ahumbrado, como hemos dicho, por una tenue claridad.

Aquel aposento era el dormitorio de doña Ana de Menéndez.

La noble dama, bajo las anchas cortinas de seda carmesí de riquísimo lecho, descansaba y aun soñaba quizás con alguna intriga horrible.

Contemplóla el diablillo por algunos segundos, y examinando luego rápidamente los muebles todos de la habitación, fijóse su mirada en un precioso armario de palosanto con incrustaciones de nácar que había sobre una mesa de admirable trabajo.

El precioso mueble tenía puesta la llave, y esta circunstancia hizo brillar en los ojos de Luis toda la alegría de que se hallaba poseído.

Dirigióse, pues, al armario, y sin perder un instante, abrióle cuidadosamente, registró con una rápida mirada su interior, y brillaron más sus ojos al ver una cajita de concha.

—Esa es—murmuró.

Y cogiéndola, sacó de ella un brazalete, y en su luz paró el mismo que había excitado la curiosidad de la reina. Ambos eran enteramente iguales.

Cuando hubo concluido esta operación volvió a colocar en su sitio la cajita, cerró el armario y después de mirar a doña Ana con desdén, desapareció tras el tapiz.

Atravesó la habitación que estaba oscura, llegó a la puerta secreta, y por último, internóse nuevamente en el corredor por donde había venido.

—¡Oh!... —murmuró.

Y oprimiendo su pecho pareció contar las violentas palpitaciones de su corazón.

Dos minutos después entraba en el aposento de Blanca, y entregando a ésta el brazalete sustituido del armario de la de Eboh, le dijo:

—Tomad, señora, y no olvidéis entregar mañana esta alhaja a la reina.

—¿Pero este brazalete?...

—¡Mirad!—repuso el paje.

Y levantando la cubierta del medallón, dejó ver un retrato de Felipe II.

—¡Ah!...—exclamó la doncella—. Todo lo comprendo.

—Por ser quien sola os ha descubierto este secreto; pero que nadie sepa de él nuestra señora, porque quiero sorprenderla.

—Se cumplirá tu deseo.

Como la curiosidad de Blanca estaba satisfecha, pudo aquella noche dormirse muy pronto; pero no así el paje, que incansable siempre en proseguir sus intrigas, salió nuevamente, sin la linterna ya, y dirigióse por oculto camino a la habitación del príncipe don Carlos.

Aguárdesele ésta sin duda, porque, a pesar de ser hora tan avanzada de la noche, aún no se había acostado.

—¿Ya es hora?—preguntó el hijo del rey a Luis.

—Sí, señor.

—¿Crees que nadie nos observará?

—Don Ruy y el inquisidor están con vuestro padre, y todos duermen en el alcázar.

—Entonces, marcharemos.

Y ambos, embocados en sus capas, salieron por la puerta secreta que tanto contribuyó a la muerte del marqués de Peza, y recatando el rostro pasaron por delante de los centinelas de la guardia exterior del alcázar y atravesaron, no sin estrecharse por un funesto recuerdo, la plazuela de las reales caballerizas y la calle real de la Almudena.

Tropezando a cada paso, porque en aquella época era el alumbrado público una cosa desconocida, y las aceras y empedrados cosa ni aun pensada. Llegaron al cabo de un cuarto de hora a un estrecho callejón ancho y alto a pesar de lo peligroso que era entonces atravesar a tales horas las calles de Madrid.

No sin algún trabajo, y en fuerza de tener las paredes, encontraron un portigo, en el que Luis dió con la empuñadura de su daga un golpe, y luego tres muy precipitados.

A aquel llamamiento respondieron iguales golpes por la opuesta parte, y sosteniendo entonces tres veces el pajecillo, la puerta se abrió.

—¿Qué buscáis?—dijo una voz desde dentro.

—Buscamos y encontraremos—respondió el paje.

—Entrad—repuso la voz.

Y entraron y cerróse el postigo, y todo volvió a quedar en silencio.

Y como la escena que vamos a referir es de distinto género que las anteriores, el lector nos permitirá que dejando aquí este capítulo, comencemos otro de no menos interés.

CAPITULO XL

Siguen trabajando los amigos del barón

A oscuras y guiados por el hombre que había abierto la puerta, el príncipe y el paje siguieron un pasillo resbaladizo, y subiendo una estrecha escalera se encontraron en una habitación sin más muebles que un banquillo estropeado, una mesa viejisima y una mala cama.

Una lámpara de hierro alumbraba escasamente la sombría habitación, en la que había seis hombres de mala capadura, acomodados en los muebles de que hemos hecho mención.

Ni don Carlos ni Luis se descubrieron el rostro al entrar, ni los que allí estaban hicieron más que mirarlos con indiferencia, ni más ni menos que si se tratase de la visita de dos camaradas suyos.

Después de algunos momentos de silencio, el hombre que había guiado a nuestros amigos dijo a los otros:

—Estos son los señores que han de pagarnos, y aquí los tenéis para recibir de su mano la recompensa, ya que de la mía no habéis querido, porque no os inspiraba bastante confianza, y porque las instrucciones dadas por mí no las queríais obedecer.

—Así me place—contestó uno que estaba sentado en la mesa—. Primeramente no hemos querido recibir dinero de tu mano, porque si te han dado veinte, no nos hubieses entregado más que diez; y segundo, porque si se desgraciaba el negocio, se hubiese luego dicho que era por falta de haber seguido con exactitud las órdenes dadas o por haber trocado éstas.

—Si no tenéis otros inconvenientes—contestó el príncipe—, todo quedará arreglado.

—¿Y quién sois vos?—repuso otro.

—¿Qué os importa?—añadió don Carlos—. Os pago bien, y si mis monedas son de buena ley, lo demás os es indiferente.

—Tiene razón. Páguenos, diga lo que tenemos que hacer, y sea quien fuere...

El príncipe siempre cuidadoso de no descubrir el semblante, sacó un bolsillo de terciopelo negro, vaciólo sobre la mesa, y a la luz de la lámpara brilló un montón de escudos de oro.

Todas las miradas se fijaron ávidamente en el codiciado metal.

—Docientos escudos—dijo don Carlos—. ¿Estáis contentos?

—¿Qué hay que hacer?—preguntó uno.

—Ir a Segovia y obedecer ciegamente las órdenes del señor Pero León. Se trata de procurar la libertad a un preso, y vosotros, a costa de vuestra vida, tendréis que protegerlo hasta que llegue al punto en que no necesite vuestra ayuda.

—¿Y ese preso?...

—Es un hombre cualquiera; y esto tampoco os importa. Está preso en el alcázar, y una noche todavía no sabemos cuál, se descolgará por una ventana y montará en un caballo que ya le tendréis prevenido. Lo seguiréis, y de trecho en trecho encontraréis nuevas cabalgaduras de refresco; y así caminaréis hasta llegar al punto a donde debe dirigirse. Si por desgracia os sorprendiesen, tenéis que pelear aun cuando sea con fuerzas triples, hasta morir o salvar al fugitivo. Si cumplís con vuestra obligación y lleváis a cabo la empresa felizmente, se os entregarán quinientos escudos más,

Si sois traidores peor para vosotros. Porque solo no más que seis y os vigilan doce.

—¿Nada más tenemos que hacer?

—Nada más.

—¿Y si ese preso no llegara a fugarse?

—Entonces estáis libres de vuestro compromiso y gastáis a mi salud esos doscientos escudos.

Aquellas dos hombres parecieron consultarse con la mirada, y después de algunos momentos de silencio, el que había hablado primero dijo:

—¿Y quién ha de buscar los caballos?

—Ya los encontraréis. En eso nada tenéis que hacer. Os repito que solo se trata de acompañar al señor viaje a una persona, y morir en su defensa si así fuese necesario.

—¿Y que garantía tenemos de los quinientos escudos que nos han de dar al concluir el negocio?

—La misma persona a quien acompañaréis. Ella os los entregará al concluir el viaje, y antes de salir de tierra de España. Si no cumple con vosotros, os será muy fácil tomar la venganza, entregando al fugitivo a la justicia.

Volvieron a consultarse aquellos hombres, y luego dijeron:

—¿Cuándo hemos de marchar?

—Esta misma noche, porque mañana os habéis de presentar a vuestro camarada Diego para que os dé las órdenes que reciba del señor Pero León.

—Corriente.

—Pues que Dios os proteja.

Y uno tras otro, después de haberse repartido los doscientos escudos, salieron de la casa.

Entonces el príncipe, descubriéndose el rostro, preguntó al que les había abierto la puerta:

—Ya que hemos quedado solos, di las últimas noticias que se hayan recibido de Segovia.

—Señor, media hora antes de que llegase vuestra alteza, he estado aquí el mismo don Diego.

—¿Ocurre alguna mala novedad? — preguntó don Carlos precipitadamente.

—Al contrario, señor, todo sale a pedir de boca, y si el mismo ha venido es porque en nadie tenía bastante confianza para mandar a decir lo que sucedía.

—Explicate.

—El señor barón recibirá una lima, una escala de cuerda y cuanto necesite para su fuga, dentro de los pases que le llevan para su comida.

—Magnífico — exclamó don Carlos frotándose las manos alegremente.

—Los pases los recogerá el mayordomo del señor barón diariamente, y por este medio podremos mandarle avisos y cuantas instrucciones sean necesarias.

—¿Y dónde está Diego?

—Camino de Segovia.

—¿Tan pronto se ha vuelto?

—Para aguardar a los hombres que debíamos enviarle.

—¿Ha dicho algo de la vigilancia con que guardan al señor barón?

—No tiene más libertad que la de que le sirvan sus platos criados; pero éstos sufren un escrupuloso registro cada vez que entran en la prisión, para ver si llevan a su amo algún papel o cualquier otra cosa.

—¿Y cómo recibe entonces las cartas de su familia?

—Si quiere verlas ha de ser permitiendo que antes las lea el alcaide, y por eso cualquier aviso que se le envíe tiene que ir oculto en el pan.

—Ya sabes—repuso don Carlos—, que no puedes salir de aquí ni un solo instante.

—Lo sé, señor.

—Que a nadie has de abrir la puerta, sino a nosotros, y nada tengo que encargarte para el legase el caso de que tuviese que guardar en el subterráneo alguna otra persona.

—Las órdenes de vuestra alteza serán cumplidas, porque paga bien y porque tenemos mucho miedo a los puños del señor Pero León.

—Guárdete el cielo—repuso el príncipe.

Y alumbrados por el guardián del casuco, salieron y volvieron a encaminarse hacia el alcázar real.

Mientras tanto los seis hombres que antes hemos visto, corrían en sendos caballos por el camino

de Segovia, y a la mañana siguiente, a hora no muy avanzada, entraban en la ciudad.

Muy poco antes había llegado el ingenuo Diego, y reunidos todos en un apartado aposento de una taberna, bebieron a la salud del que tan generosamente les pagaba, y recibieron órdenes para llevar a cabo felizmente la fuga del barón de Montigny.

Este, entre tanto, limaba los hierros de su reja, y a medida que adelantaba en la operación, animábase la esperanza y desaparecía de su semblante aquella nube de profunda tristeza que parecía consumirlo lentamente.

Todo estaba dispuesto: los hierros de su prisión se carcomían con rapidez, y poco faltaba ya para verlos completamente cortados. Aquel día recibió el barón en el pan una escala de seda, y sólo faltaba que llegase un día de los muchos en que el alcalde no visitase el alcázar, para emprender la fuga por la noche, previas las instrucciones que debía recibir de la misma manera que la lima y la escala.

CAPÍTULO XLI

Lo que contenían los brazaletes

Aquella misma noche, a las once poco más o menos, Felipe II hizo una visita a su esposa como prueba de su tierno cariño al parecer; pero en realidad para saber si aquella tenía en su cuarto a doña Ana de Mendoza.

Isabel de Valois estaba aún ataviada con el mismo traje y los mismos adornos que le habían servido para recibir a su cotidiana tertulia.

Llevaba un vestido de seda azul, recamado de plata, y en una de las muñecas brillaba un precioso brazaletes, el mismo que el paje había sustraído del armario de la princesa.

Esta había lucido en la tertulia de aquella noche otro enteramente igual, y esto había llamado la atención del rey, porque el travieso pajecllo

se había permitido decir con su acostumbrada desvergüenza, que doña Ana de Mendoza y la reina Isabel tenían el mismo gusto, y que lo que la una deseaba para sí, la otra lo codiciaba también.

Con pretexto de alabar la delicada elección en trajes y adornos de la reina, examinó su esposo el brazalete y le dijo:

—Si no me engaño, habéis regalado otro igual a la princesa de Eboil.

—No — contestó Isabel —, y forzosamente ella lo habrá mandado hacer como el mío, porque ya sabéis que tiene envidia de cuanto yo poseo.

El rey fingió no comprender el doble sentido de estas últimas palabras, muy parecidas a las del paje, y repuso:

—Y en verdad que es bonita alhaja.

—Para mí al menos, señor, vale tanto, que por ninguna la cambiaría.

—¿En tanta estima tenéis esa joyenda?

—En tanta, señor, que casi no titubearía en llamarla sagrada para mí.

Miró Felipe a su esposa como si quisiese leer en su semblante el significado de aquellas palabras y no adivinándolo, dijo:

—Si no os explicáis más...

—Es muy sencillo — repuso Isabel —; lo que este brazalete encierra es naturalmente para mí cosa que no tiene precio.

—¿Lo que encierra?

—Mirad — añadió la reina.

Y levantando la tapa del rosetón, enseñó a su esposo un retrato.

—Ese... soy yo...

—Ahora comprenderéis por qué estimo en tanto esa alhaja:

—Gracias, señora — dijo Felipe a la vez que estampaba un beso en la frente de la reina.

—¿Os he complacido?

—¿Eso me preguntáis?

—Ya sabéis, señor, que vuestra esposa os ama, y cuando no os ve piensa en vos.

El rey, que sólo había ido a visitar a su esposa para saber si doña Ana se había retirado ya a su cuarto, turbóse al pensar que en pago de su fin-

gimiento había recibido una prueba de cariño verdadero. Y atormentado, aunque no mucho, por la conciencia, pensó en alejarse para ver si la acallaba olvidando.

—Debe ser tarde—dijo mirando un precioso reloj que tenía enfrente.

—¿Ya os vais, señor?

—Espero a Ruy Gómez para despachar algunos asuntos de importancia.

—Entonces no os detengáis, que primero es la salud del Estado.

El monarca salió, y yendo a su aposento, mandó llamar a Ruy Gómez de Silva.

—Toma — dijo a éste cuando hubo llegado—. Enterate del contenido de esos pliegos, y haz un apunte de lo más interesante, para que yo pueda despacharlos fácilmente. Voy al cuarto de mi esposa y pronto volveré; pero si antes hubiéscas despachado, espérame, porque tengo que encargarte de una comisión para el cardenal Espinosa.

—Bien, señor.

—No te muevas de aquí, ¿entendés?

—No me moveré.

Salió el rey de su aposento; pero en vez de dirigirse, como había dicho a don Ruy, al de la reina, fuése derecho, y envuelto en su capa, al de doña Ana de Mendoza. Aguardábale la noble dama sentada en el diván que ya conocemos, y junto al color verde esmeralda de la manga de su vestido, resalaban los brillantes resplandores de la roseta del brazalete, que el paje le había puesto en lugar del que tan hábilmente le robara.

—En vos pensaba, señor — dijo la princesa fijando en Felipe una mirada ardiente y seductora.

Estremecióse el rey a su pesar.

—Excuso decirlo—contestó—, que en vos pensaba yo también.

Y sentóse junto a doña Ana.

—Estáis encantadora — añadió — con ese traje, y tenéis el más delicado gusto para vuestros adornos.

—No soy sola, según la opinión del paje de doña Blanca.

—Ese paño, señora, crece más en picardías que en cuerpo, y al fin me verá obligado a poner coto a sus desvergüenzas.

—Sin duda lo dijo sin malicia, y a cuento de casualidad de que la reina llevase un brazalete enteramente igual al mío.

—Casualidad—repuso el monarca—, porque a decirlo lo que siento, me llama mucho la atención.

—Más a mí, no solamente por la igualdad de la alhaja, sino porque la reina no se ha puesto su brazalete hasta esta noche en que yo me he puesto el mío.

—¿Hace mucho tiempo que lo tenéis?

—Mucho, señor: hace más de tres meses.

—¿Y por qué lo habéis guardado hasta ahora?

—Porque como han dado por decir que el diablo está en palacio, he tenido miedo de que ese supuesto Satanás adivinase lo que mi brazalete contenía. Si esta alhaja no fuese más que lo que aparenta como sucede a la que tiene vuestra esposa, entonces...

—¿Araso no es así?

—No, señor.

—Decís que contiene una cosa...

—¿Queréis verla?

—Sí habéis picado mi curiosidad.

—Pronto quedará satisfecha — repuso doña Ana.

Y levantando el roseton como lo había hecho la reina, sonrió a la vez que sus ojos brillaron con la alegría del triunfo que iba a alcanzar con la sorpresa que recibiera el monarca al ver el retrato. Empero la sorprendida fué ella al ver que el rey palidecía, y abriendo extremadamente sus ojos, dejó escapar un grito de cólera y no una exclamación.

—¿Qué os sucede?

—Señora, ¿habéis pensado burlaros de mí?

—¿Qué estáis diciendo? — replicó la princesa, que no acertaba a comprender tan repentino cambio.

—¿Por ventura ignoráis lo que encierra este brazalete?

Doña Ana miró maquinalmente la alhaja y a su vez escapóse de su boca un grito de espanto.

El brazalete tenía el retrato del príncipe don Carlos.

—¡Esto es una infame traición!—exclamó la dama.

—No parece, señora, sino que desde el chasco de El Escorial, os habéis propuesto burlaros de mí.

La princesa levantó la frente con orgullo, y después de contemplar con desdeñosa mirada al rey, le dijo con amargura:

—¡Y toda vuestra grandeza sucumbe ante una intriga ruin, obra quizás del último de mis criados!

—Toda mi grandeza, señora, sucumba ante una persecución asaz, terrible para vos y para mí. ¿Queréis hacerme creer aún que la dama del jardín de El Escorial era la reina? ¿Intentaréis probarme que es obra de un criado el cambio de vuestro brazalete?

—¿De quién puede ser?

—Ignoráis una cosa.

—Sé que tengo un enemigo encarnizado, y esto me basta.

—Pero no sabéis que el brazalete de la reina encierra mi retrato.

—¿Cómo?

—Acabo de verlo.

Los ojos de la princesa brillaron extraordinariamente. Agitándose sus miembros a impulsos de la ira, y con voz ahogada exclamó:

—¡Sóis un rey débil si no castigáis tales ofensas!

—Señora, ¿sabéis lo que acabáis de decir?

—Sí, señor, lo sé, y sólo la debilidad puede dejar impune tan grave delito. Sois el juguete de un miserable que se burla de vos como pudiera hacerlo del más despreciable y ridículo.

—¿Quién es, dónde está?—exclamó el rey poniéndose en pie y apretando los puños con rabia—. ¿He de castigar a una sombra? Y ¡aun eso, porque la mano de mi perseguidor — tan invisible como hábil y tenaz. ¿Quién es ese enemigo? ¿Lo conocéis? Nombradle; dadme una rueba, y antes

de que salga el sol, vos la tendréis de cómo sabe Felipe de Austria vengar sus ofensas.

—Lo conozco, señor.

—¿Y por qué me ocultáis su nombre?

—Porque no lo castigaréis.

—Señora, apuráis mi paciencia.

—Os repito que sois débil.

—¿Vive el cielo, doña Ana, que en vos he de descargar mi enojo si os obstináis en callar! Por quien soy que me estáis insultando, y mucha es mi paciencia, y más el amor que os tengo, cuando miro vuestras palabras.

—Si yo os dijese—contestó la princesa mientras sus ojos brillaban con feroz alegría—, si yo os dijese que el original de este retrato es nuestro perseguidor, ¿qué haríais?

Apuhlóse el semblante del monarca, y contestó con tono sombrío:

—¿Tenéis alguna prueba?

—¿Acaso la necesitáis? ¿No hacía vuestro hijo el principal papel en la aventura de El Escorial? ¿No le hace también en la fea traición que nos ocupa? ¿No está la reina mezclada en todo, ya por uno o por otro concepto? ¿Qué más queréis? ¿No es bastante lo que ya habéis visto?

—¿Y no es posible también que otra persona, de todos enemigos, intente por estos medios hacer castigar delitos que no existen, para vengar así particulares rencores?

—No, porque esa persona, o había de ser nuestro enemigo, o el de la reina y el príncipe. Además, ya habéis visto que todas sus intrigas dan por resultado frustrar nuestros planes, y salvar a vuestra esposa y a vuestro hijo de peligros como el que corrieron a El Escorial.

—Pero convendréis al fin en que no es mi hijo esa persona, si o otra que la favorece. Vos no sabéis cuál ser; tampoco yo, y no puedo castigar a mi esposa porque el príncipe sequestraba a una de sus doncellas, ni puedo castigar al príncipe porque vos llevéis su retrato en un trazaleta. Dicen que el diablo está en palacio, y en Dios y en mi ánimo os confieso que sin ser supersticioso, acabarán por hacérmelo creer así.

Convencióse doña Ana de Mendoza de que aún no era tiempo de dar el golpe que tenía intentado contra el príncipe; y casi arrepentida de haber ido demasiado lejos, conoció que no debía tratar de otra cosa que la de calmar el ánimo del rey.

—Señor—dijo—, ya llegará día en que conozcamos al diablo; pero mientras así sucede, aliento que tan fácilmente consiga sus deseos y que este último chasco haya concluido por hacer que vuestra majestad pierda la confianza que en mí tenía.

—Doña Ana...

—¡Ay, señor, y cuán caras cuestan las afecciones de esta vida!—interrumpió la princesa, llevando su pañuelo a los ojos como si se enjugase una lágrima.

—¿Os pesa, señora, de haber correspondido a mi amor?

—No, ni jamás me pesará; pero pésame, sí, de mi fatal estrella.

Volvió el rey a sentarse, y cogiendo entre las suyas una de las manos de la princesa, contestó con dulzura:

—Sois muy cruel, señora. Me atormentáis cuando en nada os he ofendido.

—Soy muy desgraciada, señor—repuso la dama, cuyos negros ojos se vieron bañados por el llanto.

—No lloréis, señora, qué vuestro llanto me abraza el corazón como si en él cayese convertido en fuego. Acercaos: vuelva la alegría a vuestro semblante, y no gastemos este precioso tiempo sino en amarnos mutuamente.

Doña Ana reclinó su cabeza en el pecho de Felipe II, y exclamó:

—Tengo muchos enemigos, y si vos no me amparáis, seré víctima de sus infames traiciones.

El corazón del monarca palpitó violentamente: sus brazos oprimieron la cintura de la dama, y con vehemente tono dijo:

—¿Y quién ha de ofenderos, encanto de mi triste vida, mientras os cubran mi cetro real y mi corona? Si las sombras del misterio ocultan hoy a nuestros enemigos, la luz de la justicia me los mostrará mañana, y cada una de vuestras lágrimas les costará una gota de sangre. Yo os amo,

—¡Madre vos, en nada más penséis, que por vuestro reposo y felicidad velo yo.

Las mejillas de Felipe II se tiñeron de encendido púrpura, y sus ojos brillaron con el fuego de la pasión.

Los de la princesa dejaron escapar una mirada ardiente y de irresistible provocación.

Un cuarto de hora después decía el rey, de vuelta en su aposento, a Ruy Gómez de Silva:

—Mañana temprano id a casa del cadenal Espinosa y decidle que venga. Mejor será que conferencemos aquí para aclarar de una vez cualquier duda que pudiera ocurrirse. Vos estaréis presente.

—¿Nada más tenéis que ordenarme?

—No, buen príncipe, retirate, que hora es ya de que descanses.

Cuando Ruy Gómez entró en su habitación le dijo a su esposa:

—¿Por qué no os habéis acostado?

—Ha querido esperaros, porque hace ya muchos días que vuestras ocupaciones apenas os permiten consagrarme algunos momentos.

CAPÍTULO XLII

Donde se demuestra que las mujeres son siempre la perdición de los hombres

Acercábase la hora en que el noble barón de Montigny debía verse libre o perdido para siempre.

Eran las ocho de la noche, y el astuto Diego había averiguado que el alcaide del alcázar saldría al día siguiente para un pueblecito cerca de la ciudad; pero esta grata noticia no le había podido comunicar al señor Pero León, y pensaba escribir un billete a Montigny dándole instrucciones.

El plan era que el barón acabase de limar al siguiente día los hierros de la reja, y que a la noche,

a las doce en punto, se descolgase por la ventana. Según hemos oído decir al príncipe, habría caballos preparados que lo llevasen a Santander, y embarcándose en este punto en un chalupa, pasaría a San Juan de Luz.

Todo estaba dispuesto, y nada faltaba sino dar conocimiento al barón.

Escribió Diego un billete con todos los pormenores necesarios, y encaminándose a la hostería donde acostumbraba cazar acompañando del panadero, entregó a éste el papel, recomendándole el mayor cuidado y prometiéndole una buena recompensa si el billete llegaba con tanta felicidad a su destino como la lima y la escala.

Al día siguiente acrióse la panadería, y Juan y su mujer comenzaron como de costumbre su sempiterna polémica sobre la colocación de panes. Pero el bueno del marido, temeroso de que su costilla trocase en el arreglo, el pan que contenía el billete, cedió a todo, y poniendo éste en sitio separado, colocó los otros de manera que nada tuvo que oponer su exigente mitad.

Pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que Juan necesitase entrar en las habitaciones interiores, y que Damiana tuviese la tentación de perfeccionar la obra de su marido.

Cuando hubo quedado sola contempló la pirámide, y después de examinarla cuidadosamente, murmuró:

—Sobre un pan, que es el que mi marido ha puesto en aquella tabla. En esto nada tengo que criticarle; pero si en que habiendo necesidad de separar uno, no hubiese sido este torcido que justamente ha colocado en la punta del montón. Véase cómo si yo no perfeccionase lo que acaba de hacer, por cosa tan sencilla quedaría desgraciado su trabajo.

Esto diciendo, Damiana trocó el pan que terminaba el piramidal montón por el que contenía el billete, y satisfecha ya, cedió el puesto a su marido que en aquel momento volvía para aguardar a que llegase el enviado del camarada de Diego.

No se hizo esperar el mayorismo de Montigny, porque muy en breve llegó frotándose las

manos, y dando a Juan el doublón de costumbre, veríse el pan que Damiana había quitado de la parte superior de la pirámide.

—Negocio hecho — dijo el panadero con alegría—. Por esta vez hemos sido tan afortunados como siempre. Mañana será el queprestra! más rico de Segovia.

Echando cuentas del destino que había de dar al dinero que le había valido aquel negocio, paseábase de un extremo a otro de la tienda, cuando un soldado de los que la guardia daban en el alcázar, llegó pidiendo un pan.

—Tomad, amigo mío, y que Dios os dé buena mano—le dijo Juan.

Y entrególe en cambio de no sabemos cuántos maravillas, el pan que la graciosa Damiana había colocado en la parte superior de la pirámide, y que era el mismo que contenía el billete de Dólego.

Esta torpeza debía necesariamente producir un fatal resultado, y así fue que a las doce de la mañana cuando el soldado en cuestión, se dispuso a comer, tropezóse de buenas a primeras con el billete dirigido a Montigny, y leyéndolo quedó con un palmo de boca abierta.

—¡Voto al demonio—exclamó—, y de cuántas astucias se valen los traidores! Pero afortunadamente el hilo de la conspiración está en mis manos de un vasallo leal de nuestro católico rey. Bien pudiera valerme una buena recompensa el entregar este papel al mayordomo del preso; pero Dios me libre de semejante tentación en deservicio de su majestad.

Luego, decidido a cumplir con su deber, encaminóse al cuarto del capitán de la guardia, a quien encontró solo.

—Mi capitán—le dijo—, dentro del alcázar hay traidores.

—¡Traidores!

—Os traigo las pruebas.

—Veamos—repuso el capitán, hombre encanecido en el servicio de las armas y enemigo declarado de los flamencos.

El soldado le entregó el billete.

Leyólo aquél con detención y luego dijo:

—Estaba todo muy bien combinado, como cosa de quien trata con Satanás. Habéis prestado un servicio de mucha importancia, y casi me atrevo a aseguraros que os saldrá vuestro título de alferez.

Inmediatamente el celoso capitán hizo que un criado del conde de Chinchón partiese a escape, para pedirle que un asunto de muchísima importancia hacia urgentísima su vuelta.

A las cuatro de la tarde había regresado el conde, y después de conferenciar largamente con el capitán de la guardia, llamó al soldado, y entregándole el billete, le dijo:

—Haced que este papel llegue a manos del preso por medio de su mayordomo. Decidle cómo lo habéis encontrado, y que doliéndose de la suerte del barón y para proporcionarnos una recompensa, lo ponéis en sus manos y le prometéis ayuda.

—Me tendrá por un traidor—exclamó el soldado sin decidirse a obedecer.

—El que conquistéis vuestra honra queda por mi cuenta.

—Pero a lo menos, no me obliguéis, señor a que acepte dinero de esos herejes.

—Haced lo que os digo; tomad lo que os den, que ya lo devolveremos, y habréis ganado vuestro título de alferez.

El soldado acostumbrado a obedecer, no opuso más resistencia y se fué en busca del mayordomo del barón.

Fácil le fué engañar al leal sirviente, de quien recibió algunos escudos, y la promesa de darle muchos más cuando hubiese varado al señor.

Luego el mayordomo refirió al señor Pero León cuanto había sucedido; pero éste, como soldado viejo, recelóse alguna emboscada, y aunque no dudó de la autenticidad del billete ni adivinó tampoco el golpe que se preparaba, creyó que era muy prudente poner a salvo su persona, que no debía estar segura desde el momento en que el secreto de la evasión había sido conocido por otras personas que su camarada.

Y en esto anduvo prudente el ex capitán, porque si traición había, no salvaba a Montigny con

perderse también él, sino por el contrario se inutilizaba para servirlo en adelante, y si no existía la traición, tampoco trastornaba el proyecto de fuga, puesto que ya todo estaba en su punto y arreglado, y con descolgarse el barón por la ventana aquella noche, nada quedaba que hacer.

Comunicó sus temores al mayordomo, y también le hizo observar la circunstancia de la precipitada vuelta del conde, que no debía verificarse hasta el día siguiente.

Estas observaciones fueron hechas por el mayordomo a su señor; pero el desesperado flamenco, convencido de que todo lo que podía sucederle era continuar preso hasta que el rey dispusiese de su vida, decidióse a poner en práctica las instrucciones del billete, a pesar de hallarse en el alcázar el conde de Obinchón.

Disimuladamente, y aprovechando un momento en que de nadie era observado, salió el señor Pero León de la fortaleza antes del anochecer, y se fué en busca de su camarada Diego, a quien no encontró en su posada, porque se hallaba recorriendo los puntos en que tenía apostada a la gente.

Así lo pensó, y bien pensado, el ex capitán; pero ocurriósele que no podía seguir buscando a su camarada, porque le sería imposible encontrarle hasta las doce de la noche en los alrededores del alcázar.

Todo eran peligro. El ir a buscarlo a aquella hora era también exponerse a ser cogido en el lazo que sin duda tendían a sus compañeros; pero como no era tampoco justo abandonarlos en medio del peligro, decidióse al fin a esperar la llegada de la hora convenida para la fuga, y presentarse para probar si su tizona podía al menos salvar a cualquiera de sus amigos.

Así pensando, empezó a recorrer las calles de la ciudad, cuando al extremo de una oyó algazara y notó confusión de bastante gente.

—¿Qué sucederá?—preguntó para su colete—. Esperemos tras esta esquina, porque sería imprudente que un Gervasio se mezclase en este bullicio.

Ocultóse, pues tras una esquina, y los pocos momentos pasaron algunos cornetas que llevaban

preso a un hombre seguido de algunos curiosos y de una mujer que gritaba desahoradamente, diciendo:

—Ya no hay justicia. ¿Así se lleva preso sin delito alguno al panadero más honrado de la ciudad? Dejadlo, malandrines, o si no, probaré que mis niñas saben sacar los ojos y arrancar las lenguas.

—Sujetad la vuestra y tornad a vuestra casa—le contestó un alguacil—, si no queréis que os pongamos una mordaza y os llevemos a un calabozo para que mañana os empluman por desvergonzada y bachillera.

—¿Mordazas a mí? Ya os diré, malos fallones, porque llevéis preso a mi marido?

—Preguntadlo al señor alcalde, que a nosotros no nos toca si no obedecer sus órdenes.

Y siguiendo adelante la comitiva, volvió a quedar la calle silenciosa.

El señor Pero León no dió importancia alguna a lo que acababa de ver, porque ignoraba que el preso fuese el panadero Juan y la chillona hija de Eva su mujer Damiana, causa inocente de la perdición de Montigny.

CAPITULO XLIII

Cuántos males puede causar una mujer

Eran las doce de la noche.

Dormían casi todos los habitantes Segovia.

En una de las habitaciones del alcázar hallábase el conde de Chinchón y el capitán de la guardia de la fortaleza, tratando sobre el contenido del billete tan casualmente interceptado aquella mañana.

—Fáltanos solamente—decía el capitán—, que podamos echar el guante a los cómplices de Montigny.

—¿Desconfiáis?—le contestó el conde.

—Me dá mucho que sospechar la desertión de

ese soldado que en mi concepto debía ser un traídor.

—Entonces casi es seguro que han sospechado el fuego, y ni el barón se descolgará por la ventana, ni lo aguardará su gente.

—Tal he sospechado.

—Con todo no hemos de dejar de poner los medios.

—Pienso como vos, señor conde, y espero vuestras órdenes para ejecutarlas.

—En el billete se dice al barón que seis hombres lo acompañarán hasta su llegada a Santander. Por consiguiente, debemos presumir que tendremos que habérmolas con ocho o diez por lo menos; pero como éstos estarán diseminados para no infundir sospechas, podemos contar con que doce soldados serán suficientes.

—Creo lo mismo que vos.

—Saldréis, pues, con vuestra gente, y recorriendo el camino marcado al barón, iréis apoderándoos de ellos y dejando en lugar de cada uno, otro de nuestros soldados. Después los traeréis bien atados: os volveréis al sitio por donde el barón se descolgase Montigny, y esperaréis.

—Perfectamente. Vuestro plan me parece muy bien combinado, y las órdenes que acabáis de darme serán fielmente ejecutadas.

—Si conseguimos nuestro objeto habremos adelantado mucho; porque no es lo mismo acusar al barón por su proyecto de fuga, ni por las pruebas que el billete, que cogerle "in fraganti" y sin que tenga la excusa de que un mal intencionado ha querido comprometerlo.

—Me ocurre una cosa.

—Decid cuál es.

—Si llevo doce hombres y éstos los voy dejando a medida que voy caza a los cómplices del barón al fin no tendré con que escoltar a los prisioneros.

—Soy muy torpe, señor conde, pero confieso que no se me había ocurrido semejante cosa, bien sencilla por cierto. Llevaos veintidós soldados, y de este modo aseguraremos más la empresa.

—Una cosa me falta saber.

—Os la diré con mucho gusto.

—Si el barón, ciego por la desesperación que debe causarle nuestra sorpresa, intentase resistir, ¿qué debo hacer?

—Contáis con bastante gente para sujetarlo.

—Es verdad; pero si va provisto de alguna arma que haya recibido como la lima y debió recibir el billeje, puede muy bien acontecer que en primer ímpetu de su ira y antes de darnos tiempo a nada, intente alguna locura.

—Pues es preciso que obréis de manera que nada de eso pueda suceder.

—Bien; pero yo hablo en el caso de que a pesar de toda mi previsión, suceda contra mi voluntad. Y como al fin el barón no pasa de ser un reo de Estado a quien puede matar el último centinela si lo sorprende en el acto de fuga, deseen saber si yo a su resistencia puedo oponer un golpe certero.

—No, señor capitán, es preciso que el de Montigny vuelva a entrar en el alcázar bueno y salvo.

—No querrá guardarlo el rey, nuestro señor, para darle nuevamente la libertad.

—¿Y pensáis que puede ser lo mismo dictar una sentencia hoy que dentro de un mes? Cuando el rey lo guarda, ordenando que se lo tengan ciertas consideraciones, no habrá un solo día que se le haga. Vos ejecutad lo que os tengo mandado, que si salís con bien en vuestra empresa, yo os recomendaré a su majestad.

—Entonces ahora mismo voy a dar marcha.

—Sí; será prudente que no perdáis mucho tiempo, porque ya han dado las once, y a las doce debéis echar la mala suerte.

—Antes de esa hora os habré dado aviso de estar ejecutadas vuestros órdenes—contestó el capitán.

Luego saludó al alcáide, y reuniendo veinte de sus soldados, salió silenciosamente de allí.

La noche era muy oscura y el cielo estaba cargado de nubes.

Apenas a seis pasos de distancia podía distinguirse una persona.

El capitán, seguido de su gente, dió una vuelta a todo el alcázar; pero a las diez y media, cuando ya quedaba poco de la noche, volviendo que hasta el instante mismo de la fuga

no se atrevían a acercarse allí los cómplices del barón, comenzó a caminar bajándose en la fortaleza y parviedo desde debajo de la ventana de la prisión de éste.

—Mucho silencio— dijo a sus soldados— fijad vuestra atención por si distinguís algún bulto a derecha o a izquierda.

Los soldados abrigáronse bien con sus capas, y a medida que avanzaban terreno, bajando la vista a todos lados por si descubrían alguna persona.

Poco rato anduvieron cuando acercándose al capitán uno de sus subordinados, le dijo en voz baja:

—Me parece que detrás de aquel muro de tapia que hay a nuestra derecha, se ha escondido un hombre.

—¿Estáis seguro?

—No, porque con esta maldita obscuridad apenas pueden verse los dedos de las manos; pero creo no equivocarme.

—¿Uno no más?

—Que yo haya visto.

—Venid conmigo, y vosotros dos—dijo volviéndose a los soldados que tenía más cerca.

—¿Aguardamos aquí?—preguntó otro.

—Sí, aguardad, y estad atentos. Voy un silbido acudid con las espadas desnudas.

Luego dirigiéndose hacia un sitio en que se levantaba un trozo de muro en medio de las ruinas de un edificio, requirió la espada y escuchó por si percibía algún ruido.

El relincho de un caballo se dejó oír.

—Hay gente—murmuró el capitán.

Y desnudando el acero, llegó hasta el derruido muro, del que le separaba muy poca distancia.

El capitán, con el soldado que le habia dado aviso, se presentó por un lado de la tapia, mientras que los dos restantes lo hacían por el otro, y al mismo instante dió un silbido, porque vió que más de un hombre y de un caballo se escondían allí.

—¡Alto!—gritó a la vez que su tizona amenazaba atravesar a uno de los sorprendidos.

—¡Traición!—exclamaron éstos.

—¡Alto, canalla!—repuso el capitán.

—Veremos de quién es la partida.

Y los tres cómplices de Montigny, porque tres eran, hicieron frente a los cuatro soldados con valor y destreza nada comunes.

Uno de ellos tuvo tiempo para montar en su caballo; pero los otros se vieron obligados a defenderse a pie.

—Entregaos—gritó el capitán.

—¡Antes morir, vive Dios!

—¡Aquí de los míos!

—Bien los necesitáis si has de vencernos.

El choque de los aceros; las imprecaciones, los ayes y las amenazas interrumpieron el silencio de aquella tenebrosa noche.

Todos los soldados que habían salido del alcázar estaban ya al lado de su jefe y acometían a los tres hombres con todo el valor y denuedo que da la seguridad de vencer, contando con tan superiores fuerzas. Sin embargo, aquellos tres hombres peleaban ayudados de su desesperación, y aún no habían derramado una sola gota de sangre, cuando habían hecho morder la tierra a dos soldados. Pero el número los sofocaba; reduciéndolos por instantes a menos terreno, y naturalmente, a tan reducido número debían sucumbir.

—¡Cobardes!—gritó el que estaba a caballo, a la vez que echaba por tierra a uno de sus acometedores.

—Son muchos contra nosotros—dijo uno de sus camaradas—, y al fin moriremos. Tú que estás a caballo, corre y da aviso a los nuestros para que no los sorprendan.

—Si lo dejamos marchar — gritó el capitán —. Al del caballo, soldados todos a él.

Pero éste, obligando a saltar al noble bruto por encima de las cabezas de sus enemigos, y repartiendo innumerables cuchilladas, logró en pocos momentos abrirse paso y alejarse de aquel lugar.

La pelea siguió cerca de un cuarto de hora; pero el capitán no logró llevar presos los cómplices del barón, porque éstos, convencidos de que les aguardaba una horca, prefirieron morir matando a sus enemigos.

Voltió a reinar un profundo silencio.

—¡Voto al diablo! — exclamó el capitán limpiándose la sangre de una ligera herida que tenía en el brazo izquierdo. — Se han defendido como tigres y han logrado matar a cuatro de los nuestros.

Los soldados después de examinar sus cuerpos para ver si estaban heridos, se acercaron a su jefe para recibir sus órdenes.

—Tengo para mí—dijo éste—, que es inútil seguir adelante, porque ese miserable que se nos ha escapado habrá dado ya la voz de alarma entre los suyos, y en este instante se encontrarán muy lejos de aquí. Volvamos al alcázar y participemos lo ocurrido al señor alcaide.

Así lo hicieron, y el conde de Chinchón ordenó nuevamente al capitán que fuese a situarse al pie de la ventana de la prisión de Montigny.

—¿Que gente he de llevar?

—Creo que condeas bastante con tres o cuatro hombres, puesto que la gente del barón se habrá apresurado a huir. Con todo, y por lo que pueda suceder, mandaré que mientras se concluye este asunto, una patrulla recorra las alrededores del alcázar para mayor seguridad.

Mientras esto sucedía, el capitán Pero León llegaba al sitio en que había tenido lugar el combate. Vió seis hombres que yacían en tierra, aunque la obscuridad no le permitió conocer a ninguno de ellos, advirtió lo que había sucedido, dijo para sí:

—Todo se ha perdido. ¡Voto a cien legiones de condenados! Esperar aquí sería comprometerse sin provecho. El barón estará ya encerrado en su calabozo, y mejor hare en dar aviso al príncipe que en perder inútilmente el tiempo. Iré a pie hasta el primer punto donde pueda comprar un caballo.

Y diciendo y haciendo el bravo capitán dirigiose hacia el camino de Madrid, cuando a los pocos pasos encontró un caballo sin jineta, y que era uno de los que tenían sus camaradas.

—El cielo me lo envía—murmuró el capitán.

Acercóse luego al noble bruto, y examinándolo, añadió:

—Es la yegua torda de Diego; la misma que había prestado el pobre Antón, que sin duda será uno de los que están tendidos allí.

El señor Pero León dueño ya de una cabalgadura, partió como una centella.

Y mientras él corría, cuatro tultos inmóviles como cuatro estatuas negras, se divisaban confusamente cerca del alcázar, por la parte de la torre donde tenía su encierro el barón.

CAPÍTULO XLIV

La fuga

La vibrante campana del reloj de la catedral anunció la media noche.

No bien el último eco del metálico son se había perdido repitiéndose en las lejanas cordilleras de montañas, cuando se oyó un silbido cerca de la maciza fortaleza, que como un gigante negro se levantaba en medio de la obscuridad.

Apenas el silbido había sonado, cuando el barón de Montigny, que se hallaba en pie junto a la reja, puesta la mano en el pecho como para contener las palpitaciones de su corazón, estremecióse repentinamente, y cayendo de hinojos elevó al cielo una mirada suplicante, y exclamó:

—¡Dios mío, tú que desde el cielo ves mi inocencia; tú que conoces el deber sagrado que me trajo a Castilla; tú que puedes apreciar el tierno cariño que profeso a mi esposa y el intenso dolor porque es atormentada, protégeme con tu mano poderosa, ya que con tanta fe te adoro!

A la escasa luz de la lámpara que había sobre la mesa pudieron verse la palidez del rostro de Montigny y dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos. El noble caballero, poseído en aquellos supremos instantes de la fe que le inspiraba su mis-

ma situación, cruzó las manos y con tono humilde prosigió:

—¡Si muero en esta empresa, ampara mi alma, Dios mío, y concédeme un lugar en la mansión de los elegidos! ¡Yo te pido perdón de todos mis pecados; concédemelo, ya que mi arrepentimiento es profundo y verdadera mi contrición! ¡Bendito sea tu nombre, Dios mío! ¡Si es voluntad que muera, yo me resigno gustoso, y encomiendo a tu cuidado a la virtuosa compañera que gime lejos de mí!

Inclinó el desdichado caballero la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso algunos instantes. Luego enjugó el llanto que bañaba sus pálidas mejillas, y levantándose se dirigió a la reja, a la vez que exclamaba:

—¡A muerte o a vida!

Y su nerviosa mano asió los barrotes de hierro y los arrancó al primer esfuerzo.

Luego se dirigió a la cama, sacó de entre los cojines una escala de soga, aseguróla a la ventana, y después que la hubo dejado caer por la parte de afuera, dió un silbido y apagó la luz.

Contestáronle de la parte de afuera, y entonces, saltguándose trepó por la ventana con el pecho agitado por la emoción que le producía la incertidumbre del resultado de aquella empresa.

Rápidamente, porque era robusto y ágil, bajó por la escala y en pocos segundos puso los pies en tierra.

Al volverse vió cerca de sí cuatro hombres, y creyendo que eran los enviados del príncipe, les dijo:

—Gracias, amigos míos, no perdamos ni un instante.

—No lo perderemos—contestó uno de los cuatro. Y dirigiéndose a los otros, añadió:

—¡A qué aguardáis?

Antes que Montigny pudiese comprender que estaba entre enemigos, éstos se apoderaron de su persona, y sujetándole fuertemente, le dijeron:

—Silencio.

—¡Oh!—exclamó el barón.

—Venid.

—¡Me han vendido!—dijo el noble flamenco.

Y quedó abatido como si hubiese perdido todas sus fuerzas.

Inmediatamente le hicieron entrar en el alcazar, y lo encerraron en otra habitación más segura.

El barón quedó solo.

Representósele más que nunca horrible la muerte que le esperaba y la situación de su desdichada esposa. Sólo en medio de la obscuridad de su nueva prisión, exacerbada su mente por la emoción violenta que había sufrido al verse sorprendido por los soldados, y perdida ya del todo la esperanza única que antes endulzaba su pesar, sintiéndose próximo a desfallecer, y buscando a tientas el lecho que le tenían preparado, dejóse caer en él pesadamente.

Dos horas transcurrieron, que dos siglos de tormentos le parecieron al desdichado barón, y rendido al fin su cuerpo y debilitado su espíritu, un sueño letárgico cerró sus ojos.

¡Horrible sueño!

Tras las realidades tristísimas de aquel atago día fantásticas visiones atormentaron su espíritu. Vió separada de su cuerpo su cabeza, correr su sangre a torrentes y acudir a devorar su cuerpo los carnívoros buitres. Esqueletos envueltos en anchos sudarios gritaban a su alrededor. Iban y venían, cambiaban de forma, y desaparecían al fin para dejar ver un ancho y largo lago de sangre, en medio del cual exhalaba su esposa ultrajada y perseguida por innumerables verdugos de rostro feroz. Horriblemente atormentado su espíritu, luchaba desesperado por socorrer a la mujer a quien tanto amaba, y viéndola al fin exhalar su último suspiro, salió de su pecho un grito desgarrador, abrió sus espantados ojos, y los tapues resplandores de la aurora se derramaron sobre su úvido semblante con tanta dulzura cuanto había sido la violencia con que su horrible sueño atormentara su espíritu.

Poco a poco, aquel estado de agitación sucedióse una calma tan triste que hizo brotar de sus ojos abundante llanto.

Las lágrimas parecieron dilatar su pecho, y tranquilo, o más bien resignado, recibió una visita

del llavero del alcázar que entró a preguntarle si necesitaba alguna cosa.

—¿Qué ha sido de mis criados?—dijo Montigny.

—Detenidos, señor; pero no más que detenidos hasta que el rey decida lo que ha de hacerse.

—Decid al señor conde, que como merced especial, le agradeceré que haga presente al rey que mis criados no son criminales por mi conato de fuga, porque ellos no han hecho otra cosa que obedecer mis órdenes: es decir, servirme cumpliendo su deber.

—¿Nada más queréis?

—Nada más.

—Cumpliré vuestro mandato.

CAPÍTULO XLV

Proyecto atrevido

Cuchicheaban los sirvientes de Felipe II y comentaba cada cual a su placer la noticia que de boca en boca circulaba de haber intentado escaparse de su prisión el barón de Montigny.

Han las ocho de la mañana, en el despacho que ya conocemos del católico rey, hallábase este decretando algunas comunicaciones.

El cardenal Espinosa entró, y después de bendecir al monarca, saludó con su acostumbrada sonrisa.

—¿Qué noticias me traéis? — preguntó Felipe al inquisidor general.

—Por el contrario—contestó éste—, yo espero que vuestra majestad me dé con exactitud la que entre de boca en boca.

—Ignoro que haya ninguna nueva digna de mencionarse.

—¿Acaso el flamenco no ha intentado la fuga?

—¿Quién os ha dicho semejante cosa?

—Fué lo primero que supe al entrar en palacio, y nadie lo ignora.

—Señor cardenal, os confieso que las cosas que

suceden en el alcázar hace quince días, me vuelven loco.

—¿Ignora vuestra majestad?...

—Lo ignoro todo, y ese grave acontecimiento de que me habláis, me es completamente desconocido.

—A mi vez confieso que me sorprende la ignorancia de vuestra majestad en este asunto.

—En fin ¿qué es lo que dicen?

—Que los parciales de Montigny habían conseguido enviarle una lima y una escala dentro del pan, y que todo estaba pronto para su fuga, que se hubiera efectuado, a no haber hecho la casualidad que se interceptase un billete en que se daban instrucciones a Montigny, todo esto con los menores detalles.

—Señor cardenal, mi paciencia se apura y mi justicia será terrible. ¿Conque he de ser yo el último que sepa lo que sucede en mi reino, aun tratándose de negocios de tanta importancia?

—Comprendo, señor, que os disguste el ser el último en tener noticias de ciertas cosas; pero en la de que tratamos nada tiene de particular que suceda así, porque los cómplices del ladrón serán los que hayan extendido la noticia, pues de llegar huyendo a la corte. Por mi parte os confieso que todo lo perdono, con tal que sea verdad lo que se cuenta.

—¿Lo tenéis por favorable acontecimiento?

—Y mucho, porque así podrá vuestra majestad hacer que se vigile más rigurosamente al barón, que antes de ser acusado defende su causa huyendo.

El rey quedó pensativo, y el cardenal prosiguió:

—No hay duda que el flamenco cuenta con aliados poderosos cerca de vuestra majestad, y descubrir quiénes son éstos, debe ser vuestro primer cuidado.

—¿De quién sospecháis?—preguntó el rey.

—Ya sabe vuestra majestad que yo no sospecho de nadie, y esto mismo me sucedió con el marqués de Bergen, sobre cuya culpabilidad nada quise decir hasta que puse en manos de vuestra majestad su correspondencia.

—Es decir, que si yo os hiciese nuevas indicaciones, averiguaríais quizás con éxito?

—Puede ser.

—Sospecho de una persona cuyo nombre no quiero que se pronuncie mezclado con la traición: y si vos tuviérais medios de hacer averiguaciones sin que nadie llegase a entender que yo abrigo semejantes sospechas, yo os diría ese nombre.

—Tal vez me sea posible complacer a vuestra majestad. En cuanto a la reserva, habláis con un sacerdote y esto solo debe tranquilizaros.

Felipe II quedó silencioso por algunos instantes, como si no tuviese aún decidido manifestar lo que pensaba. Pero al fin, haciendo un esfuerzo e impulsado por la necesidad que tenía de cortar el misterioso velo que ocultaba a sus enemigos, contestó:

—La juventud mal aconsejada fácilmente se extravía, y temo, señor cardenal, que tocando esos resortes que enardecen el espíritu y ofuscan la razón de los que no tienen experiencia del mundo, hayan los enemigos del Estado y de la religión arrastrado a mi hijo don Carlos a los bordes de un precipicio, en el cual caería fácilmente si mi previsión y mi energía no evitasen su perdición.

—Pienso exactamente como vuestra majestad —repuso el inquisidor.

—Mucho me place que estéis de acuerdo conmigo, porque esto me tranquiliza en cuanto al temor que yo pudiera tener de ser demasiado ligero en mis sospechas.

—Ruego a vuestra majestad que prosiga.

—Nada tengo que añadir, sino desiros que desearía saber si el príncipe protege a Montigny hasta el punto de haber tenido parte en la intempestiva fuga de éste.

—Veremos, veremos.

—Si desgraciadamente fuese así, os ruego, señor cardenal, que esto sea un secreto para todo el mundo, sin perjuicio de que me sirva de gobierno para evitar la completa perdición de mi hijo.

—De manera que si yo os presento una prueba de que el príncipe protege decididamente al barón, vuestra majestad entonces...

—Castigaré a don Carlos de Austria—interrumpió severamente Felipe II.

—Yo imploro en su nombre vuestra clemencia.

—No os anticipéis, señor cardenal.

Tras estas palabras siguióse todavía una larga conversación sobre los negocios de Flandes, y a las once de la mañana llegó un correo de Segovia con la noticia que ya para nadie era una novedad.

—No me queda ya duda —dijo a solas Felipe II—, de que mi hijo conspira decididamente contra mí. ¡Cuánto sufro, Dios mío, luchando entre mi deber de rey y mi amor de padre!

Entre tanto, el príncipe estaba de muy mal humor por lo acontecido en Segovia, y juraba vengarse cruelmente de sus enemigos.

No había quedado tampoco muy complacido el paje de Blanca, y meditaba hacer pagar al rey la torpeza del paradero.

Después de dar mil vueltas en su cabeza a cien diabólicos proyectos, el travieso Luis encaminóse a la habitación de la reina, y sabiendo que se hallaba sola pidió licencia para entrar.

Otorgósele Isabel y recibiólo con su acostumbrada benevolencia y cariño.

—¿Qué te trae a estas horas por aquí?

—Ya sabéis, señora, lo ocurrido al desdichado barón, que al fin será víctima de la justicia del rey. Ni vos, ni el príncipe, ni yo, ni ninguno de los que nos son adictos, se escaparán de su enojo, excitado más y más por doña Ana de Mendoza. Es preciso, pues, terminar estos enredos, y ya que la intriga de la pulsera no fué bastante para que su majestad abandonase ese extravío...

—Cuidado, buen paje, que el rey es mi esposo.

No turbaron estas palabras al buen Luis, que prosiguió acaloradamente:

—Pues bien, señora, vuestro esposo es falta y es preciso que vos os pongáis entre él y su querida para defender vuestra dignidad de esposa y evitar vuestra ruina de soberana.

La reina clavó una penetrante mirada en el paje, y turbada ya por la audacia de éste, ya por los celos, no pudo contestar.

—¿Calláis, señora?

—¿No adivinas que estás desgarrándome el corazón?

—No se remedian grandes males sin grandes esfuerzos. A las doce de esta noche irá el rey a visitar a la princesa.

—¿Y qué he de hacer? ¿Acaso pretendes que olvidando mi dignidad de reina, siga los pasos de mi esposo para atajarlo en su camino?

—Pretendo que en vez de doña Ana, os encuentre a vos, para ver si la vergüenza puede en él más que la criminal pasión que lo tiene cegado.

Isabel de Velois miró al pajeillo largo rato, y pintóse en su semblante la admiración que le causaba la atrevida proposición de ésta.

—¿Que me encuentre en lugar de la princesa!—murmuró.

—Eso es imposible, señora.

—¿Por qué?

—¿Os parece locura un plan concisísimo y que fácilmente se lleva a cabo?

—Me considero muy torpe junto a él.

—Decidme si estáis decidida a que esta noche cuando el rey busque a doña Ana os encuentre a vos, y dejadme obrar, que todo saldrá a medida de nuestro deseo.

—¿Has pensado las trascendentales consecuencias que pueda tener un paso de esta especie?

—Lo he pensado todo.

—¿Y si puede más en el rey la cólera que la vergüenza?

—Tenéis miedo a su enojo?

—Tengo miedo a que sólo produzca lo que me propones, una acalorada escena.

—Acalorada será en verdad al principio, como lo fué la que provocó el sombrero de Ruiz Gómez; pero al fin creo que se conseguirá nuestro deseo. ¿Qué podrá el rey ante vos, pura y sin mancha, él, acusado por su conciencia?

—¿Y con qué medios cuentas para llevar a cabo tu plan?

—¿Estáis decidida?

Meditó Isabel por largo rato, y como si intentase sacudir un pesado sueño, levantó la cabeza, miróla y contestó:

—¿Sí.

—Pues esta noche yo vendré a buscaros.

Para decidirse la reina a aceptar lo que el paje le proponía, tuvo que sostener una lucha terrible entre su dignidad de reina y su amor propio de mujer. No estaba en su carácter dulce, pacífico y franco el intentar semejante truco: pero obligábase por una parte los celos de esposa ofendida, y por otra su deseo de acabar con la influencia que doña Ana de Mendoza ejercía sobre su esposo. Imperó a pesar de estas consideraciones, costóle un inmenso sacrificio rebajarse hasta la pequeñez de sus resallos, cuyas armas en toda clase de luchas no eran otras que la intriga.

—¡Bueno! — le dijo al paje chico —, que si das un golpe en falso, puedes comprometerme hasta el punto de que me pierda para siempre?

—Yo os juro, señora, poneros en la habitación de doña Ana de Mendoza y que el rey os encuentre allí.

—Bien, a todo estoy decidida. En ti confío; no olvides que en tus manos está la felicidad de la reina.

—Tened confianza en mí — contestó el paje.

Y esto diciendo, se despidió de Isabel de Valois y pasó el resto del día pensando cómo llevar a cabo su atrevida y peligrosa intriga.

Cuando llegó la noche y la hora de las diez, el travieso Luis envolvióse en su capa y salió a la calle.

Un cuarto de hora después se encontraba en el miserable casuco donde ya lo hemos visto con el príncipe y los seis hombres que habían de acompañar a Montigny, en su fuga.

En él encontró al mismo hombre que en la ocasión pasada le abrió la puerta, y Diego con él ambos entretenidos en vaciar un par de botellas y en comer un conejo con salsa de ajo y cebolla.

—¿Tenemos negocio? — preguntó Diego al paje chico.

—Y más pelagudo — contestó éste —, que el de la escapatoria de Montigny.

—¿De qué se trata?

—De venir conmigo, introducirse en una ha-

atención y sorprender a una mujer de la manera que yo os diga.

—¿Estorbo?

—Por un rato.

—¿Y queréis—repuso el otro con feroz sonrisa—que se quite de en medio?

—Por dos horas nada más. Luego es preciso dejarla en libertad.

—¿Vive en barrio muy apartado?

—En el alcázar—contestó el paje.

Diego y su camarada dieron un brinco como si hubiesen sentido la picadura de una avispa.

—¿En el alcázar!—exclamaron—. ¿Estáis loco, señor paje?

—¿Tenéis miedo, señores fanfarrones?

—¡Miedo nosotros, voto a Satanás! No lo conocemos; pero el alcázar es un lugar respetable como la Inquisición.

—¿Qué os arredra?

—Los mil ojos que pueden vernos, y la horca donde puede colgarnos. A fe que el rey tiene más espías en su alrededor, que pelos en su cabeza.

—Nadie os verá entrar, y si el miedo no os hace torpes, todo quedará concluido sin que la tierra lo sienta. Cincuenta escudos por este negocio. Si acomoda, andando; y si no, hombres hay en la villa capaces de hacer mucho más.

—¿Qué hacemos?—preguntó Diego a su camarada.

—Por mi parte estoy corriente. No puede sucedernos otra cosa sino que nos ahorquen y luego nos descuarticen, y como en esto hemos : venir a parar, poco importa que sea antes o después.

—En poco estásas tu pellejo.

—En nada: bastante ha servido.

—Decidlos pronto.

—Estamos decididos.

—Entonces seguidme, y no olvidéis traeros una mordaza para que la dama en cuestión no grite.

Media hora después, el paje, acompañado de aquellos dos hombres, entraba en el alcázar por un postigo que abrió con una de las llaves de su tesoro.

Atravesaron un sótano, subieron una estrecha escalera, y al final de un pasillo abrió el paje una puerta secreta, y como tres fantasmas que se filtran por los muros, así desaparecieron sin hacer el menor ruido.

CAPÍTULO XLVI

Del buen uso que el paje sabía hacer de su tesoro

Las once y media serian cuando doña Ana de Mendoza, acabando de entrar en su aposento y arreglando al tocador su rico traje, sentóse en un ancho sillón e inclinando sobre el pecho su cabeza quedó pensativa.

Largo rato pasó de aquella manera, y embebecida cada vez más en sus pensamientos nada vió de cuanto la rodeaba.

Aquella noche había hablado con el cardenal Espinosa. Este había puesto en su noticia parte de la conversación que tuviera con el rey, y la dama y el inquisidor debían verse el siguiente día para tratar de sorprender los papeles del príncipe don Carlos. Revolvía doña Ana en su cabeza proyectos tal que absorbían completamente su atención.

Colocada delante de una chimenea cuyos resplandores hacían aparecer encendido su semblante, daba la espalda a una puerta cubierta por un grueso tapiz, que se movió ligeramente como agitado por una ráfaga de viento.

Esto no produjo ningún ruido, y por consiguiente, nada pudo notar la noble dama.

Algunos momentos después volvió a moverse el tapiz: pero entonces levantóse cuidadosamente, un hombre apareció y otro tras él.

Examinaron la habitación; se convencieron de que la princesa estaba sola, y favorecidos por la casualidad de que se hallaba de espaldas a la puerta,

adelantaron descalzos, el uno con la mordaza y el otro con un pañuelo doblado en forma de venda.

Conteniendo la respiración, fija su penetrante mirada en la querida del rey como el tigre que acecha su presa, aquellos dos hombres llegaron hasta el mismo respaldo del sillón de doña Ana, y el uno por un lado y el otro por el otro, arrojáronse repentinamente sobre ella y sujetándola, le taparon la boca y la amordazaron con sus pañuelos.

La princesa quiso exhalar un grito y no pudo, intentó huir y estorbáronsele las manos hercúleas de aquellos hombres, en quienes habrán conocido nuestros lectores a Diego y su camarada.

—Silencio, señora—dijo éste—. No os mováis, porque vuestros esfuerzos serían inútiles. Si gritáis, antes de que la voz haya salido de vuestra boca tendréis dentro del corazón un puñal.

Y aplicando la mordaza a los labios de la princesa, prosiguió:

—Esto es preciso por vuestro bien, porque así evitaremos el maltrato si coméis la tontería de pedir socorro.

Doña Ana miró con espanto a aquellos dos hombres, y pareciendo convencida de las razones que acababa de escuchar, dejó que le pudiesen la mordaza.

—¿Nos seguiréis de buen grado, o tendremos que llevaros por fuerza?

Doña Ana contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—Venid, pues.

Y vendándole antes los ojos, le gularon hacia la misma puerta por donde habían venido.

Entonces apareció el paje con una linterna, y lo siguieron silenciosamente.

La de Eboli obedecía como una máquina. Su sorpresa había sido tal, que casi trastornada su razón, no sólo no podía darse cuenta de lo que sucedía, sino que le parecía un sueño.

Sin ninguna dificultad llegaron a la puerta secreta por donde ya vimos en otra ocasión entrar al pajeclillo, y abriéndola éste, siguieron, el estrecho callejón, subieron la pendiente escalera, y una vez en el reducido aposento que también conocemos,

dejó Luis en el suelo la linterna y dijo al oído a Eléga:

—No le quitéis el pañuelo de los ojos hasta que yo vuelva a venir y me aleje con una dama que me acompañará.

Y luego desapareció.

Un cuarto de hora después, el travieso, Luis, acompañado de la reina, que cuidadosamente ocultaba su rostro con un ancho manto, entró nuevamente en la habitación y pasó sin detenerse.

Por el camino que antes había seguido doña Ana llegaron al dormitorio de ésta, y una vez allí, Luis dijo a Isabel de Valois:

—Conocéis este aposento y los que le siguen, y sabéis también por las señas que os he dado, el sitio en que la princesa acostumbraba a recibir al rey.

Y sin esperar contestación, dejó sola a la desgraciada Isabel.

Ella echó atrás su manto, y a la luz de la lámpara vióse su rostro lívido como el de un cadáver, descompuestas sus facciones y extraviadas sus miradas como si la fiebre trastornase su cabeza.

Fortáronse sus espantados ojos acá y acullá; pero al fijarse en el riquísimo lecho de doña Ana, estremeciéndose todo su cuerpo, y murmuró con acento ahogado:

—Manchado... y yo aquí... yo en su lugar... ¡Oh!

Luego separó la vista de aquel punto, y con vacilantes pasos salió a la inmediata habitación, y como desfallecida dejóse caer en el rico diván que ya conocen y como si aquel asiento fuese de hierro candente, púsose en pie de un brinco, y exclamó:

—¡Oh!... aquí... no... me abraza...

Sus mejillas aparecieron rojas como el carmín: corrió por su frente abundante y frío sudor, y con la mirada fija en el diván como si en él encontrase su deshonra, exclamó:

—Y ha sido aquí, aquí donde la esposa adúltera ha recibido en sus bra... ¡oh! estas palabras... abrasan mi lengua... ¡Dios mío!

Pasó sus crispadas manos por la abrasada fran-

le; no pudo proseguir, porque sus labios estaban tan secos que no le permitían hablar.

Púsose las manos sobre el pecho, y oprimiéndolo con violencia, y pasados algunos instantes dijo:

—He ahí la dura ley del egoísmo. Yo me casé sin amor al hombre a quien me entregaban, sacrificué mi reposo, la paz de mi alma por la de mi querido pueblo; torné en negra noche el sol de mis ilusiones de amor, anteponiendo mis deberes a mis afecciones; mi desgracia, mi eterno llanto y un horrible porvenir de tormentos sellaron la paz que debía economizar a mi patria las preciosas vidas de sus hijos. Todo esto lo hice posesión de una atezgación que yo sola conozco. Luché noche y día entre mi pasión y mi virtud, y si ésta llegara a sucumbir ante el poder de la otra, mi esposo, con autoridad inexorable de sus sagrados derechos, me llamaría adúltera y descargaría sobre mi cabeza todo el rigor de su justicia, toda su venganza. Y yo que al unirme a él me encontré con un esposo enamorado y de severa rectitud, perseguidor incansable del extravío, y que su real palabra me juró ante el altar serme enteramente fiel, yo no tengo derecho para hacerme justicia, para satisfacer mi venganza. Mi liviandad arrancaría de los labios de mi esposo una terrible sentencia contra mí; su debilidad no concedería a nadie derecho para que lo sentenciase. Ante su conciencia no le faltarán razones con que atenuar su amoroso perjurio, y obtener un perdón que a mí me negaría, porque en igualdad de circunstancias, el perjurio por mi parte sería por él considerado como crimen que con nada puede borrarse, que con nada puede borrarse, y cuyo perdón sería pernicioso ejemplo, causa de otras liviandades. ¡Y esta es la ley del egoísmo! ¡Y esta es la justicia de los hombres! ¡De los hombres! De los hombres, sí; pero no la tuya, Dios mío, que no distingues de sexo ni clase.

Una violenta fiebre se había apoderado de su ser. Ardía su frente, desiguales ruidos atormantaban sus sienes, y sentía oprimido el pecho como si sobre él tuviese un peso enorme. Una palidez mate cubría su rostro. Brillaban sus pupilas como un fuego extraño que comunica la calentura, y sus

miradas vagaban sin concierto como si buscase alguna cosa. Agitábanse sus miembros a impulsos de un convulsivo temblor, y sus rodillas, en extremo débiles, doblábanse a su pesar.

—¡Y he de ponerme ante ese hombre para que me desprecie su orgullo, para que como rey me mande sellar el labio para ver ultrajada mi desgracia misma! ¡Oh!... No, yo soy más grande que él, porque es más pura mi virtud. Yo, la hija de Valois, la descendiente de poderosos reyes, moriré si veo ofendida mi dignidad, si me veo despreciada por otra mujer que debe hablarme de rodillas. ¡Oh!... No, porque moriría atormentado horriblemente... No quiero esperarlo... Pero... ¡Ah!... Las fuerzas me abandonan. Dios mío. Dios mío, ¿qué va a ser de mí?

La infeliz reina comprendió entonces todo lo crítico de su situación, todo lo aventurado que había sido seguir el consejo de un niño de gran corazón, pero de ninguna experiencia; de un niño impresionable como una mujer, aunque terrible como un hombre, como el mismo Felipe II. Y tras estas ideas parecióle que una nube oscurecía sus ojos, sintióse desfallecer, y dando maquinalmente algunos pasos fué a caer sin sentido en el mismo diván que le inspirara tanto horror.

CAPÍTULO XLVII

Del resultado que dió la intriga del paje

Eran ya más de las doce, y la puerta que daba entrada a las habitaciones de la princesa de Eboi se abrió, dando paso a un hombre.

Era Felipe II.

Encaminóse al aposento en que solía recibirlo doña Ana y después que en él hubo entrado, dirigió una afanosa mirada al diván.

Súbitamente paróse; abrió extremadamente los ojos y sintió palpitár su corazón con violencia. Luego se pasó las manos por la frente, pálida y

melada, como si quisiese desechar una pesadilla, su mirada ansiosa se fijó de nuevo en el diván.

—Es un sueño... — murmuró —. Imposible...

Y dando dos otros pasos hacia su esposa, como el que se acerca al borde de un precipicio con el temor de que resbale su planta, prosiguió con ahogado acento:

—Es ella... no me engaño... la veo... estoy despierto... sí...

Y volvió a restregar sus ojos como si aun no diese crédito a lo que veían.

—La reina en este sitio... desmayada... Dios mío, ¿qué ha sucedido aquí? ¿Qué significa esto?

Dudó por algunos instantes inmóvil y silencioso.

Escuchó como el asesino cuando levanta el puñal sobre su víctima; miró a todos lados por si encontraba a alguien que le diese explicación de lo que veía, y luego, llegando hasta la reina, cogióla una mano, contempló su rostro pálido y desfigurado, y exclamó:

—Debe haber sufrido mucho. Sus fuerzas han sucumbido sin duda a impulsos de una emoción desgarradora, quizás por el ultraje recibido de... de mí manceba... ¡Oh!... ¿Se habrá atrevido esa mujer?

Y pasándose repetidas veces las manos por la frente, irguióse con orgullo y dejó escapar una terrible mirada.

—¿No se habrá contentado con la honra de que el rey la ame y habrá querido humillar a su señora?... ¡Oh!...

Brillaron más sus ojos, y apretando los puños con reconcentrado coraje y atravesando la estancia con desiguales pasos, entró en el dormitorio de la princesa.

Una sola ojeada bastó a Felipe para convenecerse de que nadie había allí.

Sin detenerse pasó a otra habitación y sucedióle lo mismo.

El silencio y la soledad reinaba por doquiera.

Entonces volvió al lado de su esposa, que permanecía sin sentido, y pasando del extremo del coraje al de la ternura y al del horror que a la vez inspiraba su conciencia, fijó en la desdicha-

da Isabel una mirada anstosa, indefinible, mezcla extraña del dolor y del cariño, y exclamó:

—Héle aquí, agobiada bajo el peso de su misma virtud y de su nobleza. Héle aquí, casi inerte, que ha sucumbido en el mismo lugar en que yo fui perjuro, ultrajada por la misma mujer que manchó su honra, y despreciada por ella. ¡Oh!... Soy criminal. Dios mío... ¡Perdón!... ¡Isabel, Isabel! ¡Luz purísima que en más felices horas alumbraste la noche de mis amarguras! ¡Blanca azucena, cuya suave fragancia adormeció mis dolores! ¡Castísimo vaso en que se endulzara la hiel de mis pesares! ¡Inocente paloma, cuyas alas, sobre mi frente extendidas, tocaban el negro horizonte de mis desdichas en purísimo cielo de oriente transparente! ¡Isabel, Isabel, yo te ofendí! ¡Perdón! ¡Vuelve a la vida: envía a mis ojos la luz de los tuyos; a mi boca el aliento de la tuya perfumada!... ¡Perdóname, Isabel!

Sentía el monarca ardérsele la frente: su razón estaba trastornada, y atormentando su espíritu por los gritos de su conciencia.

Figuróse al ver a su esposa en tan lamentable estado, que ésta, impulsada por los celos, había ido imprudentemente a pedir cuenta a doña Ana, y que la cortesana orgullosa, alentada por la protección que creía encontrar en él, la había ultrajado abandonándola luego con el desprecio y el odio de una rival. A esta idea, un sentimiento de dignidad y de doble decoro, un impulso de la más severa rectitud horrieron del corazón de Felipe hasta el último átomo del fuego de su pasión criminal, y ya no vio sino el vitrajo hecho al trono y a la soberbia immoderada y punible de su mancha.

Cuando contemplaba a su esposa y pensaba buscar el medio de volverla a la vida para sacarla de allí, sonó la puerta exterior, sintiéndose precipitados pasos, y doña Ana de Mendora, con los labios ensangrentados y despidiendo cenizas de los ojos, se precipitó en la estancia.

Al verla Felipe, volviéndose precipitadamente hacia su esposa, y tapándose el rostro con el negro manto, gritó luego dirigiendo una terrible mirada a la de Ebbli:

—¿Qué buscáis aquí?

Dofia Ana al ver el aspecto de Felipe y al observar que una mujer se hallaba tendida en el diván, dejó escapar un agudo grito y quedó como petrificada.

Aquel grito, que resonó en todas las habitaciones, sirvió a dos criados. El rey los miró alrededor y les dijo:

—Idos.

Los sirvientes confusos y atónitos se retiraron.

—¿Qué buscáis aquí?—volvió a preguntar el monarca a la princesa.

Ella clavó una mirada penetrante en Felipe, y a su vez le preguntó:

—¿No soy la dueña de mi casa, o lo es esa mujer? ¡Miserable!

Dofia Ana levantó la cabeza con orgullo, y dijo:

—Soy la princesa de Eboli: me llamo Mendoza y la Cerda, y por mis venas corre sangre de los reyes de Castilla.

—Sois una cortesana despreciable—contestó el rey con insultante desdén.

—¿Oh?

—Idos.

—¿A mí?

—Idos: os lo manda el rey.

—¿Quién es el rey?

—Idos, ¡vive el cielo! — gritó Felipe II fuera de sí.

—Señor...

—Idos, os lo manda el rey—volvió a repetir éste. Y dio un paso hacia la princesa con amenazador ademán.

—¿Así me ultrajáis?—exclamó la princesa, cuyos dientes rechinaron.

—Obedecedme, ¡vive el cielo!, que he de haceros salir de aquí arrastrada por mis soldados.

Dofia Ana hizo un esfuerzo y dominando su coraje, contestó:

—Obedezco.

Y con vacilantes pasos se dirigió a la habitación inmediata.

—Olvidaos de esta noche—le dijo el rey—, si en algo estimáis vuestra cabeza,

La do Eboli dirigió al monarca una mirada de profundo desdén y desprecio, y desapareció.

Un instante después Felipe II, llevando en brazos a su esposa desmayada aún, atravesaba las solitarias y oscuras galerías del alcázar real.

Volvió a reinar un profundo silencio.

Cinco personas no pudieron conciliar el sueño aquella noche: el rey, su esposa, la princesa, el paje, que todo la había escuchado, ni Blanca, a quien éste se lo había referido todo.

El travieso niño había triunfado: pero tal vez aquel triunfo debía costar demasiado caro a sus amigos.

CAPITULO XLVIII

Locuras del príncipe

No acertaba a comprender doña Ana de Mendoza el medio de que se habían valido sus enemigos para sacarla de su habitación, ni para entrar en ella a la reina; pero si creía que ésta había tenido con el monarca explicaciones de las que había resultado su reconciliación matrimonial. Qué le había dicho Isabel de Valois a su esposo, no era fácil adivinarlo pero es lo cierto que su conversación había hecho cambiar al rey sus opiniones, devolver a su esposa su corazón, y trocar en odio profundo la pasión que sentía por doña Ana.

—Nada me importa—decía ésta a solas en su habitación—, lo que haya podido suceder entre ambos: pero el ultraje que he recibido, y el no querer ser escuchada, me prueban evidentemente que ya no puedo contar con el rey, que entre nosotros todo ha concluido, y que no debo detenerme un punto de formar venganza, en aniquilar al príncipe y en hacer que el rey no siga amando a su esposa ni pueda amarla jamás.

Después de revolver en su cabeza mil proyectos, decidióse al fin la noble dama a no pedir explicaciones a Felipe II para evitar nuevos desprecios,

El rey por su parte creía que se había tendido a la reina algún lazo, haciéndola ir hasta la habitación de doña Ana, y que ésta ensobberbecida con las fauores de Felipe, había osado ultrajar y humillar a su señora.

Ya hemos dicho que en medio de todos sus defectos, había en Felipe II un fondo de severidad y rectitud, que aunque a veces exagerada, no dejaba de ser provechosa, porque en muchas ocasiones se sobreponía a sus pasiones mismas. Como hombre, había tenido la debilidad de dejarse arrastrar por la pasión que le inspiraba doña Ana; pero jamás hubiera consentido que el logro de sus deseos autorizase a persona alguna para humillar a su esposa ni para herir siquiera levemente el amor propio de ésta: antes hubiera sentido ahogar cien veces su pasión a costa de mortificarse. Y por esto había determinado no volver a hablar a doña Ana, ni escuchar sus quejas, dejando este asunto como cosa juzgada ya. Empero no del mismo modo pensaba con respecto a su esposa, y trataba de que ésta le diese explicaciones sobre tan misteriosos acontecimientos, y descorriese al fin el velo que cubría las intrigas pasadas y que parecían obra del mismo diablo.

No estaba Isabel de Valois dispuesta a semejantes explicaciones, porque el pajeccillo le había hecho comprender que no le convenía que el rey viese las cosas como realmente eran.

Tal era, pues, la situación en que se hallaban estos personajes después de la escena que hemos referido en el capítulo anterior.

No había dejado de complacerle al príncipe don Carlos el chasco de doña Ana de Mendoza, pero a la vez excitaba más y más sus celos la idea de la reconciliación de su padre con la reina. Este, unido al desgraciado éxito de la fuga de Montigny, tenían al príncipe tan desesperado, que a pesar de los prudentes consejos del pajeccillo, mostrábase con todos de mal humor, y hasta iracundo, y hablaba de su padre con tan poco respeto y un exagerado rencor, que hacía estremecer hasta sus mismos criados.

Eran las once de la mañana del siguiente día.

en que el rey encontrara a su esposa en el cuarto de la de Eboü.

Conversaban el príncipe y el paje, tranquilo éste y arrebatado aquél.

—No me queda otro recurso—decía don Carlos.

—Calmaos — le dijo el pajecillo—, que nada debéis adelantar con vuestros arrebatos. Bergen ha muerto; la salvación de Montigny es casi imposible; pero no porque todo se haya perdido por este lado debéis pensar menos en vos.

—¿Y qué hacer?

—Corréis grandes e inminentes peligros en el alcázar, y si queréis tomar mi leal y desinteresado consejo, apenas hayáis recibido el dinero que esperáis de Sevilla, emprended vuestra marcha. Mi señora se retirará a un convento cuando haya satisfecho su venganza, y yo iré a reunirme con vos y seré uno de vuestros soldados.

—¿Y la reina?

—Olvídadla, señor.

—¡Olvídarla!... Imposible. ¿Quién ha de defenderla cuando estemos lejos del alcázar?

—No olvidéis que vuestra protección le es más perjudicial que provechosa.

—Luis, yo no puedo abandonar a la reina.

—Pues bien; causad su perdición con vuestras locuras. Jamás corresponderá a vuestra pasión, os lo aseguro.

El príncipe apretó los puños con rabia, brillaron sus ojos como dos luciérnagas, y prorrumpió en imprecaciones.

—¡Voto va!—dijo el pajecillo haciendo un gesto de mal humor—. ¿Así perdéis el tiempo?

—¿En qué he de aprovecharlo?

—En mostráros tranquilos para engañarlos a todos.

—¿Nada más que eso?

—Nada más hasta la vuelta de don Ruy Gómez.

—¿Hasta la vuelta de don Ruy Gómez?—repitió admirado el príncipe.

—Como no me habéis dejado hablar, no he podido deciros que hoy sale el príncipe de Eboü para Segovia. Lleva orden de que se ponga en

libertad a los criados del barón de Montigny; pero que se castigue severamente a todos los demás que hayan tomado parte en su intentada fuga, como son el panadero y dos soldados del alcázar.

—¿Nada más?

—Algo más debe ser; pero no he podido averiguarlo. Tras el príncipe marcha Diego para espiar todos los pasos de aquél, mientras yo hago lo mismo con su esposa y con el rey. Por consiguiente, en tanto que don Ruy esté fuera de la corte y que doña Ana no se comuniqué con nuestro padre, poco tenemos que temer, y por eso os aconsejo que os concentréis únicamente a inspirar confianza.

—Bien, lo haré al puedo.

—¿No estáis seguros de dominaros?

—No puedo prometértelo.

Ha el paje a contestar, cuando anunciaron a Ruy Gómez de Silva.

—Viene a despedirse — dijo Luis—. Prudencia, señor.

Y desapareció por la puerta secreta que ya conocen nuestros lectores.

El príncipe de Eboli entró.

—¿Qué os trae por aquí? — preguntó don Carlos.

—Vengo señor a ponerme a vuestras órdenes, porque dentro de un cuarto de hora saldré de Madrid.

—¿A dónde vais?

—A Segovia.

Estremecióse involuntariamente el príncipe, y vinole a los labios una exclamación de enojo que trabajosamente pudo contener.

—¿Vais a ver al barón de Montigny?

—Voy a llevar órdenes al conde de Chinchón.

—Sin duda lleváis la sentencia de muerte del pobre flamenco.

—Señor—repuso Ruy Gómez—, os equivocáis. Lleva, por el contrario, el perdón de los criados de Montigny.

—Pero no del panadero.

—Ignoro lo que sobre ese punto resolverá su majestad.

—Veo, Ruy Gómez, que os vais volviendo tan hipócrita como mi padre.

—Señor—contestó algo turbado el de Eboli—, permitidme que no escuche hablar con poco respeto de su majestad.

—¿Es acaso un delito decir la verdad?

—Vuelvo a repetiros que de su majestad no puede hablarse sino con respeto.

—¿Queréis darme una lección?—dijo el príncipe con acento de cólera.

Ruy Gómez, que sabía hasta qué punto y con cuánta facilidad se arrebataba don Carlos, intentó cortar aquella conversación que no podía dar ningún buen resultado.

—¿Nada tenéis que mandarme?—dijo.

—Una sola cosa.

—Os escucho.

—Que no asesinéis a Montigny, como asesinasteis al marqués de Poza, y envenenasteis al desdichado Bergen.

Quedó sorprendido Ruy Gómez, y en su perturbación no acertó a contestar.

—¿Lo entendéis?—repuso don Carlos acercándose al cortesano con ademán amenazador—. Si el barón, último de mis amigos, llega a ser víctima de vuestro encono y de la tiranía de mi padre, tened entendido que os arrancaré el corazón y lo echaré a mis perros.

El príncipe estaba en uno de aquellos momentos que podemos llamar de locura, según se dejaba llevar de sus iracundos ímpetus, y había oír dado completamente los consejos del paje.

—¿Nada me contestáis? ¿Os ha autorizado mi padre para tratarme con tal desprecio? Pues ¡vive Dios! que yo os trataré como a miserables que ambos sois.

—Tened la lengua, señor, que habláis del rey.

—¿Acaso no soy yo nadie? Dadme, pues, las órdenes que lleváis para el conde de Chinchón. Soy el heredero del trono, y tengo derecho a entender en los negocios del Estado.

—No puedo entregar esas órdenes — contestó con entereza el de Eboli—. Ved si otra cosa te

¡pás que mandarme, porque no puedo perder el tiempo.

—Si no queréis perderlo, obedecedme, porque de otro modo no saldréis vivos de aquí.

—Señor...

—Dejad ese respeto hipócrita. Ya me conocéis, y estaréis convencido de que una vez que quiero esas órdenes, no dejaré de cumplir mi deseo.

—Antes me dejaría matar que saltar a las órdenes de mi soberano.

—[Entregadme esas órdenes!—gritó fuera de sí el príncipe.

—Os repito que no puedo.

—Entregádmelas, ¡vive Dios! o no saldréis vivos de aquí.

—Os he dicho que no.

—¡Miserable! —gritó don Carlos.

Y ensangrentados los ojos, y rechinando los dientes, desenvainó la espada.

Ruy Gómez se guareció detrás de la puerta, y a sus gritos pidiendo socorro, acudieron la mayor parte de los criados del príncipe, a quien trabajosamente pudieron contener, mientras el de Eboú lograba escaparse.

Esta nueva imprudencia, o mejor dicho locura, sonó por todo el alcázar y llegó a oídos del rey.

Tras aquella borrascosa escena quedó el desdichado príncipe sumido en profundas meditaciones, mientras que su padre se dirigía a la cámara de la reina, con el fin de averiguar el origen de los sucesos misteriosos de la noche anterior.

Creía Felipe II que las explicaciones que le diese su esposa serían bastante para deducir quién había tenido el atrevimiento de burlarse de todos, o lo que es igual, quién era el intrigante hábil y astuto que había hecho creer que el diablo estaba en el alcázar.

Suponemos que las esperanzas del rey habían de verse desvanecidas, pues no era posible que la reina diese claras explicaciones sobre aquellos sucesos, comprometiendo así a Blanca y al paje.

Muy crítica era la situación de todos.

Aun les esperaban grandes sufrimientos.

El monarca no podía defenderse de enemigos que le eran desconocidos completamente.

Y en cuanto a Luis, aunque mucho valía y contaba con grandes medios, no podía tampoco luchar ventajosamente con el inmenso poder de Felipe II, y la astucia, habilidad y perseverancia de la princesa de Eboli y del cardenal Espinosa.

Por de pronto había muerto el marqués de Bergen.

No había tampoco salvación posible para Montigny.

El príncipe don Carlos llevaba en su propio carácter, en su misma organización, su mayor enemigo.

¿De qué servirían todo el ingenio y disimulo del paje, si don Carlos cometía imprudencia tras imprudencia?

Tal vez Luis conseguiría vengar al marqués de Pozo; pero no podría salvar al heredero del trono.

No debemos ahora seguir a Felipe II, si bien oportunamente daremos cuenta de la conversación que tuvo con su desdichada esposa. Tenemos que ocuparnos del cardenal, pues ya vimos que prometió al rey averiguar la parte que don Carlos pudo tener en la intentada fuga de Montigny, y la protección que daba a los flamencos.

Aunque el cardenal estaba decidido a cumplir su promesa, no quería dar cierta clase de pasos, sino favorecer indirectamente la intriga, pues así conseguiría el mismo resultado, sin que jamás pudiera acusarse por los unos o por los otros.

Vamos cómo se arregló para hacer mucho sin que pareciese que hacía nada.

CAPÍTULO XLIX

De cómo la mona saca la castaña del fuego con la mano del gato

Convenida estaba la princesa de Eboli de que por entonces era imposible su reconciliación con el monarca, y por consiguiente, no intentó dar un solo paso en este sentido, sino que decidió esperar a que las circunstancias la favoreciesen.

Lo que sufría doña Ana no puede comprenderse. En un instante había desaparecido la magna influencia que ejercía sobre el ánimo de su majestad, y como si esto fuese poco, habíase visto ofendida, ultrajada, despreciada como la última mujerzuela, sin que lo fuese posible defenderse, sin que se le permitiera ni aun hacer una observación, porque era el rey, el señor de dos mundos quien le había mandado callar.

Jamás perdona la mujer al que hiere su amor propio; pero en aquella situación, la de Eboli no podía vengarse, no podía hacer sentir todo el peso de su enojo terrible al ofensor.

Sin embargo, no se resignaba, y como nunca, sentía la necesidad de un desahogo para su ira.

Bien pensado, la culpa de lo que había sucedido no era del rey, sino del enemigo misterioso que tan tenazmente la perseguía, y a quien había sido preciso llamar el diablo para darle algún nombre.

Y aquel demonio que en todas partes se escurría y en ninguna se le veía, que lo sabía todo y hasta parecía que adivinaba lo porvenir, contaba indudablemente con muchos auxiliares valerosos, discretos y fieles, pues así lo probaba el inolvidable suceso de la noche anterior.

La princesa había visto a los dos hombres que la sorprendieron, sujetaron y amordazaron, y no dudaba que aquellos miserables obedecían las órdenes de otra persona.

¿Cómo pudieron penetrar en el aposento sin el más leve ruido?

¿Cómo entraron en el alcazar sin que nadie les viese?

Eran dos bandidos, pues así lo decía claramente su aspecto, y gente de tal clase no podía introducirse en la morada real sin la ayuda de medios extraordinarios y la protección de algún personaje de la servidumbre de su majestad.

Para siempre debía quedar impreso en la memoria de doña Ana el rostro de aquellos dos hombres, y segura estaba de reconocerlos en cualquiera parte, si los veía, muy particularmente al camarada de Diego, porque tenía una seña particular, una cicatriz que partía de su sien izquierda y terminaba junto al ángulo de la boca, haciendo doblemente horrible la expresión de su rostro.

Empero ¿de qué le servía a la princesa que en su memoria estuviesen grabadas las facciones de los dos bandidos?

¿Para qué le servía tampoco el convencimiento de que el enemigo misterioso habitaba en palacio y era tal vez uno de los cortesanos en quienes el rey depositaba su confianza?

En vano caviló la princesa, pues no conseguía más que atormentarse.

Freciso era esperar a que el tiempo y las circunstancias aclarasen el misterio; pero entre tanto quería doña Ana hacer todo el mal posible a don Carlos, que era lo mismo que hacer sufrir a la reina y mortificar al demonio que los protegía.

Hizo doña Ana esfuerzos sobrehumanos para dominarse y ocultar lo que sentía, y reflexionando con la calma que le fué posible, dijo:

—Mi marido está en Segovia, y además no puedo contar con él para todo. ¿A quién acudiré, que valga más que mi marido y que tenga medios para ayudarme?

Fácil le fué elegir la persona, tomando la pluma escribió una muy respetuosa carta al inquisidor general, suplicándole fuese a visitarla para consultarle sobre un punto de religión.

Así doña Ana favorecía los deseos del cardenal.

nal, que en aquellos momentos pensaba también ir a visitarla.

Cuando Espinosa recibió la carta, desplegó una sonrisa muy leve y dijo:

—No puedo quejarme de la fortuna.

Una hora después el inquisidor entraba en el aposento donde lo esperaba la esposa de Ruy Gómez de Silva. Cruzándose algunas frases de pura cortesía y luego dijo la princesa:

—La situación es grave, muy grave: los enemigos de su majestad y de la religión ganan terreno, y he querido consultaros, pedir os vuestros consejos y también vuestra ayuda, suponiendo que no me la negaréis.

—¿Acaso puedo seros útil?—preguntó el cardenal con la más dulce voz.

—Muy útil a la causa de la religión, del trono, de la justicia.

—Por eso hago lo que puedo; pero desgraciadamente no puedo hacer tanto como es menester.

—¿Y si trabajamos de acuerdo, si luchamos unidos?

—¡Oh!...

—Dadme a conocer vuestra opinión, ayudadme en cuanto os sea posible, y contad conmigo para todo, absolutamente para todo. Comprendo que en vuestra posición no podéis hacer cierta clase de cosas; pero aquí estoy yo, mandad a vuestro antojo, y no olvidéis que mi esposo os secundará también. La obra es santa, la justicia está de nuestra parte, y si trabajamos con fe, triunfaremos.

—Pues que ante todo queréis conocer mi opinión...

—Sí, sí.

—Os diré con claridad lo que siento y lo que pienso.

—Gracias, señor cardenal, gracias... Ya os escucho.

Era indudable que el inquisidor se había propuesto hacer con la princesa lo que hace la mona con el gato para sacar del fuego la castaña; pero, ¿qué le importaba a ella, si conseguía satisfacer su sed devoradora de venganza?

Reflexionó Espinosa algunos momentos, y luego dijo con su dulzura y calma inalterable:

—La herejía cunde bajo el amparo de algunos príncipes y señores poseídos de Satanás; y no contenta con echar profundas raíces en muchos pueblos de Europa, intentan también introducir en nuestro suelo el trastorno y la condenación. Por fortuna el cielo nos ha dado un monarca celoso de la verdadera fe, y que, como él dice, si su mano pecara la cortaría. Ocupase la Iglesia en purgar de la mala semilla a España, y en su incansable celo castiga diariamente la impiedad, separando el miembro corrompido, para que la gangrena no cunda dañando el cuerpo sano. Por desgracia, en el corazón del príncipe que debe sentarse en el trono español, se ha infiltrado el vicio, y falto de prudente disimulo, ha mostrado con la lastimosa claridad sus inclinaciones a los nuevos principios de la herejía, ya aconsejando su apoyo a los que llevan en sus labios la palabra de Satán y en sus almas el sello de la eterna condenación. No nos toca a nosotros, pastores del católico rebaño, decidir de la suerte del trono, en lo que atañe a los negocios temporales; pero si es nuestro deber imprescindible, sagrado, velar por la fe santa de nuestra religión, acudiendo en su defensa allí donde pelagra, ora sea en el palacio del rey, ora en la choza miserable del villano. Bien convenida estáis que si el príncipe don Carlos llega a ceñir la corona de España, la Iglesia católica sufrirá en nuestro país la misma suerte que en otras donde se ha hecho de difícil remedio. Y por esta razón, como esclavos y guardas de esta Iglesia, nuestra madre sacrosanta, estamos obligados a evitar el menor ataque. Ya sabéis que se han introducido en España algunas llamadas Biblias protestantes, bajo el amparo y con la autorización del príncipe. Ya sabéis que públicamente y sin rebozo ha discutido y puesto en duda algunos principios de nuestra religión; no ignoráis tampoco la protección que da a los herejes de Flandes, y por último, ya habéis visto levantar el sangriento acero sobre la cabeza de un ministro del señor, después de insultarlo con horribles blas-

famias. Y si esto hace ahora en vida de su padre, cuando no es dueño de la autoridad, ¿qué debe suceder el día que empuñando el cetro, pueda hacer de su capricho ley? Con tales antecedentes, no debe extrañarse que los encargados de velar por nuestra santa religión pongamos nuestras fuerzas todas para evitar que ese príncipe desgraciado ocupe el trono. Su calidad y otras consideraciones nos permiten acusarlo como a otro cualquiera delincuente, y es, pues, preciso recurrir a distintos medios.

Calló el cardenal, y fijó su mirada penetrante en doña Ana.

—Para mí — respondió ésta — buenos son los medios todos si nos conducen al fin deseado. En esto soy de la misma opinión de su majestad; pero os haré una observación que conviene tengáis en cuenta para mejor resultado de nuestros planes.

—Decid, señora, que os escucharé con la atención que merecen vuestras palabras.

—Os suplico que seáis franco, como yo con vos lo seré, pues de otro modo no nos entenderíamos.

El cardenal desplegó una leve sonrisa, que parecía la expresión de la candidez, y dijo:

—Si es que pensáis hacerme alguna pregunta, descuidad, que os responderé con franqueza.

—Nada quiero preguntaros ahora.

—Entonces...

—Me explicaré.

—Vuelvo a escucharos.

—Si el príncipe llega a sentarse en el trono, nuestro poder concluye, la inquisición acaba, la influencia de Roma se convierte en humo, y queda el clero reducido a los asuntos espirituales y nada más. Esto no amenguaría tal vez el número de los buenos católicos, pero os quitaría riquezas y la parte que en la gobernación de los reinos tenéis.

Detúvose algunos momentos doña Ana, pero el cardenal no contestó ni dejó ver en su rostro alteración alguna.

—Lo que acabo de decir es una de las causas que os mueven a querer evitar que don Carlos llegue a ser rey. Además tenéis que vengar una ofensa, a que ya os habéis referido, y satisfacer

vuestro amor propio no teniendo quien haga sombra a vuestro poder. Hasta aquí los motivos que tenéis. Los míos debéis conocerlos: la vida de mi esposo, la mía, no están seguras mientras repire el príncipe, y nuestra influencia peligra. Vos queréis deshaceros de un enemigo; lo mismo queremos nosotros y quieren muchos. Esta es la verdad: sed franco y podremos entendernos; de otro modo, os repito será difícil, imposible, que adelantemos nada. Vuestro discurso es bellísimo; no debéis olvidarlo por si llega la ocasión de que tengáis que hablar de este asunto con otras personas. Por mi parte, os lo confieso, nada me importan las Bóllas protestantes, ni vuestro celo religioso, ni los autos de fe, ni que aséis herejes; lo que me tiene con mucho cuidado es mi influencia, mi fortuna, mi posición y mi vida. ¿Es esta la verdad? Si, es la verdad como no puede presentarse a nadie; pero ahora nadie nos oye y podremos hablar así.

No era la verdad, era el cinismo.

Dice el refrán que "Dios los crea y ellos se juntan", y era indudable que aquellas dos criaturas acabarían por entenderse perfectamente.

Otras veces había hablado del mismo asunto; pero nunca con tanta franqueza, nunca la de Ebo-li se había mostrado tan desvergonzada.

El inquisidor tosó repetidas veces, como si así quisiera evitar responder, y doña Ana, después de despegar una sonrisa maliciosa, añadió:

—No es menester que me contestéis afirmativamente, porque adivino que lo calláis, y sería inútil la molestia. Sirvaos de gobierno lo que acabo de deciros, y nada más es menester.

—Estoy reflexionando, porque...

—¿Y para qué reflexionáis si estamos de acuerdo?

—A una mujer como vos no es posible decirle que se ha equivocado.

—Gracias por la galantería, señor cardenal.

—¿Con qué decíais?...

—Que sólo falta convenir en cuanto a los medios.

—Precisamente es lo más difícil.

—No para vos.

—Queréis que las víctimas sean pocas, y eso deseo, muy noble y muy cristiano, — el tal camañón. Yo quedaré satisfecho con inutilizar a nuestros enemigos o mas bien los enemigos de la Iglesia y del trono. Ya han desaparecido dos, a quienes la casualidad y su desgracia ha quitado la vida.

—Si, el marqués de Poza murió asesinado...

—Y vos sabéis quien lo mató.

—Así como vos no ignoráis quien contribuyó muy poderosamente, a que se diera un veneno al duque de Berghen.

—Señora...

—No estoy arrepentida, y si Berghen y Poza resucitasen, yo misma los mataría otra vez—replicó la princesa, cuyos ojos brillaron con el fuego de su reconcentrada ira.

—Otro enemigo hay que ya no ha de darnos que hacer.

—Montigny, que morirá; pero todo eso no es bastante, ya os lo he dicho.

—Mientras viva don Carlos...

—Por eso es preciso que muera—dijo la dama con voz sombría.

Equívoca volvió a bacer y cambió de postura.

—¿No opináis como yo?—le preguntó la princesa.

—Preciso será que muera el príncipe; pero no he de ser yo quien lo mate.

—¿Creéis que su majestad, en momento dado, condenaría a su hijo a pasar la vida en un calabozo?

—Y también a morir si se probaran ciertos delitos.

—En este caso, muy poco necesitamos ya.

—Yo creo que se necesita mucho; las pruebas de que don Carlos favorece la causa de los herejes firmes y conspira contra el rey, su padre.

—Si.

—¿Y dónde están esas pruebas?

—En los papeles del príncipe y en las conferencias reservadas que tiene con los que le ayudan.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nadie me lo ha dicho; pues es fácil adivinarlo.

—Posible es que haya cometido la torpeza de guardar cierta clase de documentos; pero si sospecha que se ha pensado en examinar sus papeles...

—¡Examinar sus papeles por orden de su majestad!... Eso sería una torpeza—replicó la dama.

—Fues si así no se hace...

—Los papeles se roban como el óbolo.

—¿Y es atreverías?

—A eso y mucho más.

—Señora, no habéis pensado...

—Me faltan los medios y nada más, porque el valor me sobra.

—Os aconsejo que no hagáis esa cosa, aunque es muy fácil, porque bastaría con sobornar a un criado.

—Pero los del príncipe son fieles, todos aman a su señor, y...

—Lo dudó.

—Los conozco bien.

—Pues yo he visto en el rostro de alguno de ellos, pintada la codicia, la malicia y...

—¡Si no os equivocáis!...

—No me equivoco.

—El que es avaro y astuto...

—No tiene amor más que al dinero y es capaz de todo.

—¿Quién es ese hombre, quién? — preguntó afanosamente la princesa.

—Lo he visto pocas veces; me ha llamado la atención su aspecto y...

El cardenal se interrumpió, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

La princesa lo contempló como si quisiera penetrar hasta lo más recóndito de aquel espíritu donde no encontraba más que tinieblas.

—Sí, ya recuerdo — dijo el cardenal, después de algunos instantes —, se llama Antonio, y apellido... ¡Oh!... Mi desdichada memoria se enredaba en mortificarme... Es un pobre hidalgo, y según he podido entender, ha venido a Madrid con el propósito firme de hacer fortuna, sin que le im-

parten los medios. Así al menos se dice, aunque yo nada sé con seguridad.

—Perdonad—replicó la princesa—; pero yo diría que sabéis demasiado, porque todas esas circunstancias, ese conocimiento hasta de las intenciones del hidalgo...

—Vagos rumores que han llegado a mis oídos.

—Continuad.

—Es de estatura escasa, flaco, amarillento...

—Consumido por la avaricia, ¿no es verdad?

—Tal vez.

—¿Y cómo ha conseguido su empleo?

—Lo ignoro; pero como es astuto, ingenioso, sagaz...

—Bien, muy bien.

—¿Os entusiasmaís?

—Ese hombre será mi esclavo; pero si otro le ofreciese más dinero que yo...

—Probablemente os vendería.

—Le daré cuanto quiera, más de lo que ambicione.

—Valéis mucho, princesa.

—Muy pronto me entenderé con ese miserable; y le diré que vos...

—No hagáis tal.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que ignora que lo amo, y como nada le he dado ni espera de mí, se encogería de hombros al oír pronunciar mi nombre.

—Entonces...

—Además me parece que tiene mucho miedo a la Inquisición, y como es desconfiado porque es rufián, sospecharía que se le tiende un lazo. Sobre todo, ese hombre no ha de servirnos por complacer, sino para hacer su fortuna.

—Discurris admirablemente, señor cardenal.

—Me permitiréis que vuelva a deciros, que el medio que pensáis emplear no me parece conveniente, si bien os dejo en completa libertad, y os prometo ayudaros en cuanto me sea posible.

—Lo haré bajo mi responsabilidad; pero siempre tendré que agradeceros las noticias que acabáis de darme.

Espínosa se puso en pie.

—¿Ya os vais?

—He de ver al rey.

—¿Qué creéis que se hará con el barón de Montigny?

—Su intento de fuga es una prueba de su crimen.

—¡Oh!... Entonces morirá.

—Es posible.

—Aun no hemos hablado nada de ese enemigo oculto que de todos se burla y ha dado ocasión a que se diga que el diablo anda entre nosotros.

—Dejadlo que triunfe una y otra vez, porque así acabará por creer que es imposible que le descubran cometerá una imprudencia, y él mismo se dará a conocer.

—Pero entre tanto...

—Paciencia, señora.

—Sí, tendré paciencia; pero cuando llegue el día de la venganza...

—Del castigo, debéis decir, de la justicia.

—Es igual.

—No, porque la venganza es un crimen.

—¿Qué importa el nombre?

—Mucho.

Dofa Ana hizo un gesto de indiferencia.

—Señora, que Dios os proteja.

El cardenal salió.

—¡Triunfaré! — exclamó la princesa de Ebeli con feroz alegría.

Y después de algunos momentos, añadió:

—Averiguemos ahora si era cierto que el cardenal apenas conocía al traidor de quien tan hábilmente habló a la princesa.

—No he podido conseguir que el cardenal hablase con franqueza; ¿pero qué me importa si me ayuda?

Desde aquel momento debía considerarse perdido el príncipe don Carlos.

CAPITULO L

Sigue el trabajo de zapa

Aun no habían transcurido dos horas, cuando en la morada del cardenal entró un hombre de escasa estatura, flaco, pálido, de rostro aguileño, casi imberbe, labios delgados, redondos y de brillante pupila.

Su ropaje era modesto, y su continente el más humilde.

Ningún criado le detuvo, ni siquiera le preguntó lo que quería, sino que desde luego fué introducido en la habitación donde se encontraba el cardenal, obsorto, al parecer, en la lectura del breviario que en las manos tenía.

El recién llegado era el llamado Antonio, el miserable de quien con admirable exactitud había hecho el retrato Espinosa, calificándolo como se merecía.

Detivose a la puerta, se inclinó y tosió, quedando inmóvil, porque su eminencia no tuvo por conveniente interrumpir la lectura.

Algunos minutos pasaron.

Por fin el inquisidor cerró y dejó el libro; levantó la cabeza, miró al hidalgo y le dijo:

—Acércate.

Dió Antonio algunos pasos y volvió a detenerse diciendo con tono de humildad:

—Espero las órdenes de vuestra eminencia.

—¿Me trae algunas noticias?

—De poca importancia aunque parezcan de mucha.

—Explicate.

—Anoche hubo un escándalo en la habitación de doña Ana. Sus criados oyeron voces; acudieron, vieron a su señora livida y descompuesta, y el rey que la amenazaba; y cerca del rey, sin sentido y envuelta en un manto, otra mujer. Nada más vieron, eminentísimo señor, y nada más han podido decirme.

—Bien—dijo para sí el cardenal—, muy bien por la franqueza de doña Ana... Nada me ha indicado de semejante suceso... Peor para ella, peor, Y luego añadió en alta voz:

—Prosigue.

—Hay quien asegura que sus majestades se han reconciliado; pero desconfío.

—¿Y don Carlos?

—De muy mal humor.

—¿Es eso todo?

—No sucede más.

—¿Sospechas quién era la mujer que había en el cuarto de doña Ana de Mendoza?

—Supongo que la reina; pero no sé.

—Pues ahora, escucha.

El hidalgo se inclinó.

—No debes haber olvidado—le dijo Espinosa— que soy el inquisidor general.

—No lo olvido—respondió el traidor en tanto que temblaba como poseído de pavor.

—Hace mucho tiempo que andas tras la fortuna.

—Que huyas de mí

—Y dudas alcanzarla, ¿no es verdad?

—No, eso no, porque nada consigue en este mundo el hombre que duda, que vacila o no tiene confianza en sus propias fuerzas.

—Tienes entendimiento de sobra, y es lástima que seas tan ruin, tan malo como eres.

—Caballades, eminentísimo señor—dijo el hidalgo, mientras exhalaba un suspiro—, porque la criatura no es más que un conjunto de pasiones, que le llevan unas veces a lo que el mundo llama grande, y otras a lo que se llama pequeño.

Espinosa desplegó una sonrisa y repuso:

—La situación cambia para ti, porque ahora la fortuna hace contigo lo que tú hacías con ella, corre tras de ti, te persigue y hemos de ver si comes la uropisa de bulir.

—Me parece que no.

—Según entiendo, necesita tus servicios doña Ana de Mendoza.

—¿Doña Ana?

—¿Qué te sorprende?

—Nada, señor; es que pienso que la hermosa princesa es una gran mujer.

—Sí, vale mucho.

—Pero más o menos tarde su orgullo la perderá, porque es capaz de sacrificarlo todo a una cuestión de vanidad, a uno de esos triunfos pasajeros, cuya gloria se desvanece instantáneamente como el humo.

—Creo que no te equivocas; pero entre tanto...

—Nada me importa si hace mi fortuna.

—Te buscará, porque te necesita, y quizás le cueste trabajo encontrarte, porque no te conoce, ni sabe de tí más sino que te llamas Antonio, que te domina la codicia y que eres capaz de todo lo malo, con tal de hacerte rico.

—Si le hubiesen dado las señas de mi persona...

—Ya las tiene.

—En ese caso lo demás es muy fácil.

—No debes ir tú a ofrecerle tus servicios.

—Semejante torpeza sería imperdonable.

—Tienes ingenuo, y...

—Me presentaré a doña Ana, sin que pueda ella decir que la he buscado; comprenderá que soy el traidor, y el hipócrita a quien necesita, y lo demás será fácil.

—Bien, muy bien.

—No conozco al cardenal Espinosa sino como lo conoce todo el mundo, porque es el inquisidor general, porque es un gran personaje, y porque alguna vez lo he visto en palacio.

—Perfectamente.

—Pero vuestra eminencia estará al corriente de todo, día por día, hora por hora.

—Serás rico, ya no lo dudo.

—Y se olvidará aquello...

—Todo, todo.

—Y por consiguiente nada tendré que temer de la Inquisición.

—¿Qué ha de temer el que presta a la religión tan grandes servicios?

—Gracias, eminentísimo señor, gracias.

—Según veo, es inútil hacerte ninguna advertencia.

—Me parece que no las necesito.

—Ten entendido que es peligroso lo que has de hacer.

—Señor, soy cobarde, muy cobarde, y sin embargo, el valor me sobra cuando el peligro es de esos que no requieren la defensa de las manos, sino de la inteligencia, de la astucia, del fingimiento.

—Comprendo.

—Aguardo sus órdenes, eminentísimo señor.

—Te las dará doña Ana, porque en este negocio no tengo ningún interés; absolutamente ninguno.

—Así lo he supuesto.

—Las ventajas serán para vosotros no más; para la princesa la gloria; para ti el dinero, y nada para mí, nada.

—Una cosa para vuestra eminencia.

—¿Cuál?

—La satisfacción de haber favorecido la justicia, de haber contribuido a que desaparezca un bandido.

—No te equivocas, y esa satisfacción, que para mí vale mucho, será la recompensa que encontrarán mis desvelos.

—Tanto desinterés apenas se concibe. Verdad es que los bienes de este mundo ningún valor tienen para vuestra eminencia.

—Vete, Antonio, y ocúpate en trazar tu plan, porque el asunto merece reflexión detenida.

El hidalgo hizo una profunda reverencia, y salió.

—¡Oh! — murmuró el cardenal cuando estuvo solo—. Este miserable tiene más entendimiento y es más astuto que doña Ana.

Tal vez no se equivocaba Espinosa.

El traidor volvió al alcázar.

Solo en su aposento, se entregó a profundas meditaciones.

Media hora después brillaban sus pequeños ojos.

—Ya tengo cuanto necesito — decía —, y hoy mismo quedará de acuerdo con la princesa. Por esta vez no ha de servirle a don Carlos I. protección de Satanás misterioso, que tanto da que hacer al rey desde que murió el marqués de Poza.

El señor Antonio salió de su aposento, recorrió algunas galerías y habló con otros criados.

Elan pronto supo que la princesa de Eboli se encontraba en la cámara de doña Isabel de Valois.

—Manos a la obra—dijo el miserable.

Y fué a situarse en un pasillo por donde apenas transitaba persona alguna.

Detúvose en el sitio que le pareció más conveniente para su plan, y quedó inmóvil como una estatua.

Muy pronto la princesa debía de creer que la fortuna le protegía, porque sin tomarse la molestia de buscarlo, había de encontrar lo que deseaba y necesitaba.

Como vamos viendo, doña Ana de Mendoza valía mucho para la intriga; pero no tanto como el inquisidor, que hacía más que todos sin que pareciese que hacía nada.

CAPÍTULO LI

Cómo se entendieron muy bien D.^a Ana y el hidalgo

Transcurrió cerca de media hora, y otra persona se presentó en uno de los extremos del pasillo. Era doña Ana de Mendoza, que había salido de la cámara de la reina y volvía a su habitación.

Avanzaba lentamente con la cabeza inclinada sobre el pecho, y parecía muy preocupada.

—Es posible que pase sin verme—dijo Antonio para sí.

Y como deseaba lo contrario, cedió, separóse de la pared y dió algunos pasos hacia doña Ana.

Levantó ésta la cabeza y miró al hidalgo, primero con indiferencia, con profunda atención después, y dijo también para sí:

—¿No es éste?... Creo que sí... Las señas y... Otras veces lo he visto... ¡Oh! y su rostro, particularmente su mirada... Pronto saldré de dudas.

Cuando el traidor llegaba cerca de la princesa, en señal de respeto se detuvo, hizo a un lado para dejarle el paso libre, y se quitó el sombrero. La dama se paró también, volvió a mirarlo de pies a cabeza y le preguntó:

—¿Sois de la servidumbre real?

—Criado de su alteza—respondió el hidalgo.

—Porque me parecía...

—Señora princesa, más de una vez me habéis visto, y nunca esperé el honor que ahora me concedéis dignándoos fijar la atención en mi humilde persona.

—¡Humilde persona! .. Pues yo juraría que no sois un humilde plebeyo.

—Hidalgo.

—Entonces.

—Pero una señora como vos...

—¿Y qué cargo desempeñáis?

—Todos y ninguno, porque tengo que hacer lo que todos me mandan, aunque yo no quiero más que servir a nuestro rey.

—Al príncipe, debéisle decir.

—Su majestad primero, señora.

—Eso es, primero el rey; luego...

—Yo—interrumpió el hidalgo.

Y levantó la cabeza, cambió de expresión su semblante y fijó en la princesa una pensante mirada.

—No os entiendo—replicó la dama.

—A la protección de su majestad debo mi empleo; pero como ya no espero que nadie haga más por mí, tengo que ocuparme yo mismo de mi suerte, porque no olvido que tras la juventud viene la vejez, y además, porque no me resigno con mi pobreza.

—¿Os llamáis Antonio?

—Sí, señora.

—Pues bien, señor Antonio, yo puedo hacer vuestra fortuna.

—Y yo estoy dispuesto a serviros.

—¿Antes que a vuestro mozo?

El hidalgo miró a todos lados como el temeroso que alguien lo escuchase, y bajando la voz, dijo:

—Sí, antes que al príncipe y antes que al rey.

—Os advierto...

—Perdonad, señora: pero antes debo de advertiros que en el palacio escuchan las paredes.

—Ya lo sé.

—Y particularmente desde que el diablo anda entre nosotros, es necesario ser muy prudentes.

—Me agrada la observación.

—¿Cuándo podré tener la honra de recibir vuestras órdenes, señora?

—Dentro de cinco minutos.

—Soy vuestro criado más leal.

Así pusieron fin entonces a la conversación.

Separáronse.

—Es el mismo—decía la princesa mientras se alejaba.

—La casualidad me ha protegido... No me abandona la fortuna.

El hidalgo, que era la exactitud personificada, presentóse a los pocos minutos a la esposa de Ruy Gómez.

Ya podían hablar sin temor.

Dofia Ana dió principio a la conversación diciendo:

—No será menester que yo os dé muchas explicaciones para que apreciéis con exactitud mi situación.

—La conozco, señora, y podéis evitaros la molestia.

—Tanto mejor, porque así acabaremos más pronto.

—Particularmente, desde anoche, vuestra infuencía...

—¿Qué estáis diciendo? — preguntó vivamente la dama.

—No ignoro que el rey, aquí, en presencia de otra mujer...

—¡Oh! — exclamó la princesa, cuyos ojos relumbraron con el fuego de la ira—. ¿Cómo sabéis eso, cómo lo sabéis?

—Como sé otras muchas cosas.

—¿Acuso solo el misterioso 'ntrigante a quien todos llaman el diablo?

—Desgraciadamente para mí, no. ¡Si yo fuese

el diablo de palacio... No valgo tanto como él ni quiere protegerme tanto la fortuna.

—Pero ello es que conocéis el suceso de anoche.

—Eso sí.

—¿Y sabéis quién era la mujer que estaba aquí?...

—No lo sé; pero lo sospecho.

—Decid.

—La reina.

—Tal vez, pero...

—Olvidaos de ese suceso desagradable mientras no se os presente la ocasión de tomar la revancha.

—Sí, ocupémonos de nuestro asunto.

—Tengo el honor de escucharos.

—Pues bien, no se trata de hacer nada contra el rey, sino por el contrario, pues al servirle serviréis a su majestad!

—Tanto mejor, porque al el rey me ha protegido...

—Ha sido para tener una persona de confianza al lado del príncipe, y lo que yo deseo es poco más o menos lo mismo.

—He cumplido mi deber desde que estoy al servicio de don Carlos, y ahora lo cumpliré con doble motivo.

—Pero como los deberes los entiende cada uno a su modo...

—¿No os dije antes que después del rey, mi persona?

—¿Y vuestra conciencia?

El hidalgo desplegó una sonrisa burlona y replicó:

—Señora, no tengo vuestro talento; pero tampoco soy uno de esos infelices estúpidos que merecen compasión.

—Es cuanto necesito saber.

—Me conoceréis algún día, y entre tanto dadme vuestras órdenes, que las cumpliré con tanto mayor gusto cuanto no se trata de hacer nada que sea contrario al servicio de su majestad.

—Nada — le contestó la princesa — que no sea en servicio de su majestad he de pedirlos; y puesto que vuestra misión cerca de don Carlos es,

más que servirlo, tener al corriente a su majestad de cuanto pueda interesarle con respecto a su hijo, creo que el servicio que exijo de vos me lo prestaréis de buena gana, no teniendo que hacer para ello otra cosa que redoblar vuestra cuidadosa vigilancia. Os pido, sí, el secreto; pero en cambio os recompensaré largamente. De manera os debo hablar para no perder el tiempo, y cada cual de nosotros sepa a qué atenerse.

—Si gustáis, señora, podéis decirme en qué consiste el servicio que os puedo prestar sin faltar a mis deberes.

—En dos palabras os lo diré.

—Tengo la honra de escucharos, señora.

—Quiero que espiéis día y noche al príncipe en todas sus acciones; que observéis quién entra y sale en su habitación, y que valiéndoos del medio que mejor os parezca, escuchéis cuanto habla con los que vienen a visitarlo.

—Todo eso lo hago ya, excepto lo de escuchar las conversaciones, porque no siempre es fácil.

—Pues ahora es preciso y si aceptáis mis proposiciones, a vuestro cuidado queda buscar los medios para hacerlo así.

—¿Nada más?

—De todo me daréis parte, sin omitir la menor circunstancia, sin olvidaros de la palabra más insignificante que hayáis oído pronunciar, y en cambio, como ya os he dicho, os recompensaré con cuanto me pidáis. ¿Estáis decidido? Si así es, empleo por entregáros cincuenta florines y esta sortija.

Y doña Ana quitó de uno de sus dedos una sortija con un hermoso diamante, y alargó a su interlocutor un bolsillo de terciopelo bordado de oro.

Los ojos del criado del príncipe brillaron con el fuego de la codicia, y tomando ambas prendas con trémula mano, hizo una reverencia y contestó:

—No dará el príncipe un paso, no recibirá una visita, no hablará una palabra, no hará un solo gesto sin que vos lo sepáis.

—Por supuesto, que es condición precisa el secreto para todo el mundo,

—Aun para el mismo rey,— replicó el espía apretando trémulamente el bolsillo, y examinando la sortija con más brillantes ojos que el brillo del diamante mismo.

—Exactamente; ni aun el mismo rey.

—Tengo la obligación de servirlos antes que a nadie, porque como nadie me paga.

—Y nada vale esa primera muestra de mi generosidad si solo discreto.

—Nada más tenéis que mandarme?

—Nada más.

—Guardaos el cielo, señora.

—Con él id, señor Antonio.

Y saliendo el avariento espía, entregóse doña Ana de Mendoza a meditaciones profundas, dando rienda suelta al despecho de que estaba poseída.

—No—decía—, no descansaré un instante he recibido el último golpe. Despreciado mi amor por don Carlos, despreciado también por el rey en presencia de otra mujer, por todas partes amenazada, y ya sin esperanza alguna, si triunfar no puedo, a lo menos me vengaré. Necesito sangre; yo no se satisface mi odio con humillaciones. Morirá don Carlos o yo moriré, porque me sería odioso la vida, viendo a mis enemigos triunfantes, y porque si yo no me la quitara, ellos me la quitarían. Desde anoche este proyecto se resuelve en mi cabeza, y ya estoy decidida: la vida del príncipe y la virtud de la reina. No ha de ver Isabel de Valois a los ojos de su esposo más grande que yo; no ha de sentarse en el trono con Carlos para ultrajarme y enterrarme en un calabozo. No, no; antes aniquilaré el mundo enteró, y si las fuerzas o los medios me faltan, mi misma mano pondrá término a mi existencia, porque en esta lucha está interesado mi orgullo de mujer.

Los ojos de doña Ana se iluminaron con el fuego de su diabólica ira, y su mirada altanera, casi extraviada paseóse por el aposento amenazador, provocativa, como si estuviese delante de sus enemigos.

Entre tanto, en el aposento de la reina hablaba esta con su esposo, que se abstracción en averiguar la causa y el origen de los anteriores sucesos.

La conversación empezaba a tomar un giro desagradable.

CAPÍTULO LII

El rey continúa desesperándose

—¡Mal pagáis mi buena fe—, decía con tono impaciente el rey a su esposa.

—No parece—contestó ésta—, sino que tenéis que acusarme de algo.

—No pienso tal, aunque nada de extraño tendría que me diosé que pensar el haberos encontrado sola y a media noche fuera de vuestro aposento.

—¿Dónde también fuisteis vos — repuso doña Isabel con sequedad.

El rey se mordió los labios, y dijo:

—Fácil es comprender el por qué fui allí.

—Harto fácil, — contestó la reina con ironía—. No me lo explicáis, porque es bien sabido en toda la corte. ¿Acaso hay nadie en el alcázar que ignore a estas horas lo sucedido la noche hasta con detalles que me son completamente ajenos?

Coloráronse vivamente las mejillas del monarca, y replicó:

—Pues por eso, señora, necesito que os expliquéis para saber quién en el alcázar se ocupa en fraguar tales intrigas, e imponerle el castigo que merezca.

—Ignoro quién es.

—¿Por qué fuisteis al aposento de doña Ana?

—¿Quién os dió el sombrero de Ituy Gómez de Silva? Decidme lo que yo adivinaré lo demás.

—Indicil es que me preguntéis quién me dió el sombrero de vuestro favorito, porque prometí guardar el secreto, y yo nunca falto a mis promesas. En cuanto al motivo que me impulsara para ir al cuarto de la de Echa, os lo diré, siempre que antes sepa yo de vuestra boca el por qué fuisteis vos.

—No olvidaréis, señora, con quién habláis.

—Sois mi esposo y en esta ocasión tenemos iguales derechos.

—Bien, señora, bien. ¿Os explicaréis con lo que os diga, por qué fui a la habitación de doña Ana?

—Sí.

—Pues bien, lo hice, porque sabía que os encontrabais allí.

—Y yo porque también sabía que no dejarías de ir. Ya veis que nada de extraño tiene que una esposa vaya donde puede encontrar a su esposo.

El rey apretó los puños y con dificultad dominó su enojo.

—Señora, no parece sino que intentáis burlaros de mí.

La reina levantó la cabeza con altivez, y mirando a Felipe, le replicó:

—No comprendo, señor, cómo con tal serenidad me pedís semejantes explicaciones y os mostráis enojado, cuando yo puedo pedirlos estrechas cuentas por la ofensa que he recibido. Habéis dado el último paso; seguro estad de mi virtud, porque yo no olvido mis deberes; pero entre nosotros todo sentimiento de cariño ha concluido desde anoche. Para el mundo seré en adelante la esposa tierna y enamorada que sabe honrar a su esposo; pero en mi corazón no habrá otra cosa que una dulce amistad y el deseo de veros feliz. Vuestro semblante demuestra el enojo; sé que podéis descargar sobre mí todo el peso de vuestras iras, porque sois mi rey, y vuestro poder es mi tema. Empero no me intimarán vuestras amenazas, ni me deslumbrará vuestra grandeza, ni vuestro arbitrio proceder podrá hacer que crezca en mi pecho el amor que vos mismo habéis apagado con vuestros extravíos.

La frente del monarca palideció; agitáronse convulsivamente todos sus miembros, y sintióse su orgullo vivamente herido.

—¿Qué estáis diciendo, señora? Si no me respetáis como a esposo, me obedeceréis como a vuestro señor. ¿Qué significan estas intrigas misteriosas en el mismo alcázar? ¿Habéis pensado que toleraré el que mi esposa, la reina de dos mundos, haga el principal papel en esas escenas indignas y que avergonzarían a un noble hidalgo?

—La reina de dos mundos, reina sólo en el nombre tiene bastante grandeza de alma, bastante dignidad para no arrojarse a los pies del tirano de dos mundos, demandándole perdón después de haber sido ofendida.

Felipe II se levantó de su asiento como impulsado por un resorte, y trémulo de coraje, exclamó:

—Habéis al rey.

—Ya os he dicho en otra ocasión, que si me ultrajáis, abandonaré este alcázar y buscaré amparo en el que me vió nacer. La sombra de una corona tengo allí, y nada pierdo con dejar la vuestra. Don Felipe de Austria, respetadme como a señora y como a hija de reyes tan esclarecidos como vos. Nunca un Valois dobló su frente.

Y alzando la suya Isabel, mostró en su semblante todo el orgullo de su raza.

Felipe II contemplaba a su esposa sin poder decidirse a volver la espalda ni a buchar con su entereza. Pensaba por una parte cuán vergonzoso le era no haber podido hacerse obedecer; pero por otra parte temía las consecuencias fatales que podría traer sostener la comenzada lucha a todo trance. Indeciso, pues, trató de aparentar alguna calma para ver si comunicándola a la reina podía honroso término a tan desagradable escena.

—Señora, — dijo con amargura, — dos veces ya me habéis amenazado con abandonarme, y si lo pensáis bien, poco o ningún favor os habéis hecho. Lleno de buena fe he venido a hablaros para ver si unidos podemos conseguir de acabar de una vez con los que en la corte se dedican a intrigas de todo género. Entre nosotros los enemigos del uno son, a mi juicio, enemigos del otro también, y en los intereses de ambos estaba el inutilizar a los que, con capa de buenos servidores, nos preparan nuestra ruina. vuestra reserva ha dado a entender que en poco tenéis lo que pueda interesarme, y antes de daros o motivo alguno de enojo, os mostraréis para mí completamente extraña y no como una esposa.

—En buena hora, señor, que mostréis mayor calma y endulcéis vuestro tono. Así es justo, pero

no el que digáis que mi reserva ha sido el primer paso dado en nuestra desavenencia. Nunca me hubiera mostrado, si aun tuvieseis el derecho de que yo os considerase como amante sincero y leal; pero cuando vos, en pago de mi virtud, del lustre que a vuestra honra he dado, os dejáis arrastrar por criminales pasiones, y dais lugar a que me mire con desdén quien debe hablarme de rodillas, no tenéis derecho a exigirme de mí otra cosa, sino que para evitar el escándalo guardare las apariencias, haciendo creer al mundo que nunca ha sido más cordial nuestra armonía ni más vehemente el cariño que os tengo.

—Señora...

—Un lujo tentis, y otro vuestro también lleva en mis entrañas, pensad en aquél mientras yo me preparo a dedicar a éste mis maternales desvelos; no penséis en otra cosa con respecto a mí sino el exigirme que sea buena madre como he sido buena esposa. Yo sabré cumplir con mis deberes... Entre nosotros todo ha concluido.

Al pronunciar estas palabras, tuvo la reja que hacer un estorbo para que el llanto no arrojase a sus ojos. Entre tanto, Felipe si no encontraba una sola palabra que decir. Las últimas pronunciadas por su esposa, habían acumulado a su imaginación tantas y tan trascendentales ideas, que casi se sentía aturdido.

Hubo algunos momentos de silencio que al fin rompió el monarca.

—Señora—dijo—, veo que es inútil proseguir. En vuestro pecho ya no arde el amor que decís haber sentido por mí. Todo ha concluido entre nosotros, en buena hora sea. Seré buen padre de mi hijo como vos me prometéis ser del nuestro buena madre; pero nunca olvidaré que en esta creación, más que mi propia esposa, os habéis mostrado cariñoso extraño. Decís que habéis sido el guardador de mi honor, en vos depositado; sedlo también en adelante.

—No he más que obedecer.

—¿Dónde? — en la cámara.

A' la cámara... — ¿Dónde? — en la cámara de Isabel.

—Guárdeos el cielo.

—¿Lloráis?

—No por debilidad.

—¿Por arrepentimiento?

—No he pecado.

—¿Puede aún renacer en vuestro corazón el cariño que me habéis tenido?

—Jamás.

Sintió el monarca abrasada su frente, y salió del aposento, torvo el semblante y airado el continente.

Isabel de Valois se dejó caer de rodillas delante de un Crucifijo de marfil, y dando curso a sus lágrimas, exclamó con ahogado acento:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿En qué os ofendí para que vuestra justicia no se cense de castigar mis pecados?

¡Compasión, compasión, Dios bueno, Dios piadoso! ¡Derramad una mirada de vuestra infinita misericordia sobre esta desdichada mujer!

Y elevando al cielo una mirada de tierna súplica, dirigió al Eterno conmovedora oración, que en medio del silencio más profundo fué a perderse entre el rico artesano de la estancia.

Entre tanto Felipe II mandaba cojear caballos y enganchar coches para partir inmediatamente a El Escorial. Necesitaba encontrarse solo y calmar la excitación producida por tan violentas emociones, sin testigos que observasen su rostro ni escuchasen sus palabras. Necesitaba reventar sus caballos, corriendo por la campiña, cuando le ayañonase el enojo, y elevar al eterno sus preces bajo las altas bóvedas de San Lorenzo, cuando el cansancio del espíritu calmase su pecho.

CAPITULO LIII

Una carta interesante

Corrían de boca en boca, de mil maneras comentados, los sucesos que llamamos referidos.

No había nadie en la corte ni fuera de ella

que no se ocupase del príncipe don Carlos, creyéndolo unos merecedor de un severo castigo como hereje y conspirador, y otros compadeciéndolo por considerar sus locuras como hijas de la situación en que se encontraba, y de la desesperación producida por el exagerado rigor de su padre.

Decían muchos que el monarca se había retirado a El Escorial para pensar allí sossegadamente lo que debería hacer con su hijo; y tanto cundieron estas habillas, tantas apariencias de verdad les dieron, que los amigos del príncipe llegaron a temer por la seguridad de éste, y aún el mismo concebía también serias sospechas y pensaba prepararse para evitar cualquier golpe imprevisto.

Cinco días habían transcurrido, y era el primero de la Pascua de Navidad.

La princesa de Eboli había alzado la marmuración, y repetaba la vuelta del rey y de su esposa para seguir poniendo en juego sus intrigas.

El rey volvió aquella tarde, y doña Ana de Mendoza escribió a Ruy Gómez la siguiente carta:

"Hoy ha vuelto su majestad. Yo sólo espero a que vos lo verifiquéis para que concluyamos de una vez. Parece que se ha enfiado mucho el trato de su majestad con la reina.

"Don Carlos continúa escandalizando con sus locuras, y tengo preparado un golpe que creo tendrá mejor resultado que el de El Escorial. Es preciso a todo trance hacer vacilar la virtud de la reina, o que a lo menos el rey lo crea así.

"El criado del príncipe continúa prestándome muy buenos servicios, y pienso que por su mediación podremos apoderarnos de los papeles que tanto nos interesan.

"Don Carlos escandalizó anoche muchas personas respetables, y entre ellas al cardenal Espinosa, hablando sobre puntos de religión como pudiera hacerlo un hereje. Bueno es que se vayan convenciendo de que es adicto a la Reforma, porque así el cardenal favorecerá nuestros planes, siquiera sea para probar que cumple sus deberes.

"Se acerca la hora de nuestra venganza. No os detengáis un momento más del tiempo preciso para cumplir las órdenes que habéis llevado,

"Aunque nada tuviérais que har e aquí, no olvidéis que os aguardan las brazos de vuestra amante esposa

Ana".

Cerró la carta la princesa escribiendo en el sobre lo siguiente:

"Para Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli. En su propia mano".

No es posible escribir una carta con menos reflexión, ni más imprudentemente, lo cual era muy extraño en una mujer previsora y sagaz, como la princesa; pero tal era el trastorno producido por las continuas agitaciones de su espíritu, que cometió aquella torpeza, y hubiera cometido otras mayores.

Con muy fieles criados conlaba la princesa; pero aquella carta podía perderse, a pesar de toda la lealtad del portador.

Salió del aposento la dama, dejando el papel sobre la mesa.

Debemos recordar que el paje, or si la casualidad lo favorecía, cuando otra cosa no tenía que hacer ocupábase en recorrer los ocultos pasillos y a penetrar en las habitaciones del monarca o en las de los individuos de la servidumbre escuchando y observando.

Con preferencia visitaba el aposento de la princesa de Eboli.

Este sistema le había proporcionado muchas ventajas, pues algunas veces había conseguido conocer secretos de gran interés.

El día en que estamos, y precisamente cuando la esposa de Ruy Gómez escribía la carta que hemos dado a conocer, dijo el travieso paje:

—¿Por qué no he de hacer una visita a la hermosa princesa? Si nada de importancia observo, tampoco nada perderé.

Y diciendo y haciendo, entróse por el oculto pasillo que conocemos ya, y sin hacer el más leve ruido llegó a la habitación donde la triste dama había estado escribiendo.

—Ha salido—, murmuró el paje.

Miró a todos lados, escuchó y se atrevió a dar algunos pasos con la osadía propia de su juventud.

Como tenía la costumbre de examinarlo todo

con atención la más escrupulosa, vió muy pronto la carta, acercóse a la mesa, y leyó el sobrescrito. Muy difícilmente pudo contener un grito de alegría.

Brillaron intensamente sus magníficos ojos.

Tal vez era un tesoro aquella carta.

No perdió Luis un instante; tomó el papel, lo guardó, tuvo entonces miedo de ser sorprendido, y salió del aposento.

Pocos minutos después se encontraba al lado de su señora.

—¿Qué sucede? — preguntó ésta—. Tu agitación y...

—Tranquilízame... ¡Oh!... Me protege la fortuna.

Y al decir esto el paje, sacó la carta, levantóla con aire de triunfo.

—¿Quieres explicarte y decirme lo que significa este papel?

—Leed, mi noble señora.

—¡Ah!... Una carta para Ruy Gómez de Silva...

—Escrita por su esposa.

—¿Cómo se encuentra en tus manos?

—Me aburría y para distraerme me introduje en las habitaciones de la princesa.

—Me haces temblar.

—Ya pasó el peligro, y por consiguiente...

—Pero tantas imprudencias cometerás...

—Dejad para otra vez las reconvenciones, y tened entendido que nada podremos conseguir si no arriesgamos mucho.

—Es decir, que te has apoderado de esa carta...

—Ni más ni menos.

—¿Y crees que su contenido?

—Nada creo, mi querida señora; pero por si acaso.

—Salgamos de dudas.

El pajeillo rompió el sello, desdobló el papel y leyó en voz alta.

Fácil es adivinar el efecto que produciría la lectura.

Pardió el rostro de doña Blanca.

—¡Dios mío!—exclamó.

La frente de Luis se contrajo.

Su mirada se tornó sombría.

—¡Oh! — murmuró con voz reconcentrada.

Y dos centellas se escaparon de sus ojos.

No en balde había arrostrado el peligro de introducirse en las habitaciones de doña Ana.

Tenía una importancia inmensa el secreto que acababa de descubrir.

Sabiendo que había un traidor entre los criados del príncipe era fácil hacer fusoria la traición, puesto que antes de una hora podían quedar reducidos a cenizas los papeles codiciados por doña Ana y que debían servir de prueba irrecusable para condenar al príncipe don Carlos.

En cuanto a las intenciones y criminales proyectos de la esposa de Ruy Gómez de Silva, no se sorprendieron ni el paje ni su señora; pero les convenía mucho tener aquella prueba, ante la cual se convencería el rey de que cuanto hacía doña Ana y su marido no era para cumplir sus deberes de buenos vasallos y ardientes católicos, sino para satisfacer un odio satánico y la sed de la venganza.

Todas estas reflexiones y otras muchas hicieron doña Blanca y Luis, y luego dijo la primera:

—Ante todo, corre, advierte a don Carlos que le amenaza un gran peligro, hazle comprender la necesidad de que desaparezcan esos papeles, pues no sabemos si el traidor cometerá el abuso antes de una hora.

—Los papeles se quemarán, a menos que el príncipe se empeñe en cometer la locura de conservarlos.

—Es imposible.

—Desgraciadamente, parece que ha nacido predestinado a hacer todo lo contrario de lo que le conviene, y en particular desde hace algunos días, muestra empeño en cometer imprudencias, y se complace en agravar su situación, ya demasiado crítica.

—Tienes razón, Luis, y empiezo a perder toda la esperanza de salvarlo.

—Yo también.

—Sin embargo, debemos hacer cuanto nos sea posible.

—Voy a darle el aviso, y después... ¡Vive el cielo!...

—Guardaremos esa carta.

—Haré que llegue hoy mismo a manos de su majestad.

El mayor de los sacrificios hubiera hecho Luis por saber quién era el traidor; pero no pudo adivinarlo, si bien abrigaba la esperanza de descubrirlo muy pronto.

La determinación más eficaz hubiera sido la de renovar toda la servidumbre de don Carlos; pero esto no era posible hacerlo sin la autorización del rey.

Por la puerta secreta se introdujo Luis en la cámara del desdichado príncipe, que aquella tarde parecía estar muy preocupado.

Había dicho que no quería ver a nadie, y como temeroso de que sus órdenes no fuesen cumplidas con exactitud, había cerrado la puerta de la cámara echando la llave. A nadie sorprendían ya estas caprichosas determinaciones.

Así quedó en completa libertad para entregarse a sus pensamientos, que era lo que menos le convenía, porque dejando que se remontase su imaginación, producíase fácilmente el extravío, y después eran inútiles todos sus esfuerzos para colocarse en la esfera de la vida real.

Si don Carlos tenía muy clara inteligencia, como ya hemos dicho, si era noble su corazón, no puede negarse que su juicio era débil.

—¡Por Dios vivo!—exclamó al ver al paje—. Cuando me quedé solo no pensé que me sería imposible librarme de ti, que eres el diablo.

—Y tampoco sospechabais que un gran peligro os amenazaba muy de cerca.

—¿Has venido para entristecerme?

—He venido para salvaros.

—Te lo agradezco mucho—replicó áspidamente don Carlos—; pero más te agradeceré que dejes mi salvación para luego.

—Señor...

—Necesito estar solo; ¿no lo has entendido?

—Sin embargo me escucharéis—repuso energicamente Luis.

—¡Oh!... ¿Por qué ha de contrariarme todo el mundo hasta mis mejores amigos?

—¿Y por qué ha de cometer vuestra alta corte locura?

—Acaba, Luis, acaba, y déjame.

—Es lo que deseo.

—¿Has visto a la reina?

—Ni quiero.

—Eres davegonzado.

—Dire el adagio, verdadero como todos: "Dime con quién andas y te diré quién eres".

—Será preciso perdonármelo todo.

—Lo preciso es que me déis las cartas de Montigny, las de Bergen, las que habéis recibido de Flandes y...

—No, y mil veces no. ¡Las cartas!... Jamás—dijo don Carlos con tono de firme resolución.

—Os suplico...

—Te cansas en vano.

—Que os perdáis.

—¿Y qué me importa, si deseo morir?

—Señor, por lo que más améis, en nombre de la reina...

—No, no.

El príncipe era tenaz, como lo es toda persona de escaso juicio, como lo son los niños.

Luis se convenció de que nada conseguiría.

—Esta bien—dijo—; puesto que os empeñáis...

—Si dime para qué queréis las cartas.

—Entre vuestros criados hay un traidor.

—Más de uno.

—Ese traidor está de acuerdo con mi tía Ana.

—Y con mi padre, lo cual no me sorprende.

—Pero es que el miserable no solamente os espía, sino que se ha comprometido a robaros esos papeles para entregarlos a la princesa.

—¿Has creído que ignoro que estoy rodeado de espías de ladrones, de traidores, de miserables?

—No.

—Eres bien; todo eso ya lo sabía yo, y no vivo descuidadamente, como lo prueba el que he adoptado precauciones, y mis enemigos nada conseguirán.

—Señor, una cosa es lo que decís y otra lo que pasa.

—Tranquillízate — replicó don Carlos con una calma estoica.

No quería Luis decirlo al príncipe que se había apoderado de la carta de doña Ana, porque estaba seguro de que inmediatamente el desdichado hubiera producido un escándalo, cuyas consecuencias debían ser precisamente favorables a la astuta dama.

Luis guardó silencio y meditó.

Después de algunos minutos dijo el príncipe:

—Muy pronto te convencrás de que no soy tan imprudente como has creído. Por lo demás, claro es que no se me oculta que esperan una ocasión para apoderarse de mis papeles reservados, pues esto es lo que principalmente deben desear. Tal vez has escuchado alguna conversación sobre este asunto, y quizás conoces al traidor, es decir, a uno de los traidores.

—Tengo pruebas.

—Guárdalas, porque no las necesito.

Fijó el paje una mirada de estupor en el príncipe.

—Si—añadió éste—, guardas esas pruebas porque no las necesito. ¿Quieres que yo te diga quién es el traidor?

—No lo conozco.

—Cuantos me rodean, sin exceptuar uno.

—Perdonad; pero si esta tarde no se ha tornado vuestra razón...

—Ahora verás—dijo don Carlos.

Y se levantó dirigiéndose a la puerta.

—¿Qué intentáis?

—Quiero que escuchéis a cualquiera de mis criados, al primero que se presente.

—Señor, todos creen que estáis solo, y cuando me vean...

—Pues ocúltate.

Y así tuvo que hacerlo precipitadamente Luis, porque don Carlos llegó hasta la puerta, dió vuelta a la llave y llamó con descompuestas voces.

Era indudable que el príncipe se encontraba en un momento de extravío.

—Todos sois unos traidores, villanos miserables; no lo ignoro, y si no os he castigado como merecáis, es porque no he querido rebajarme hasta el punto de fijar en vosotros mi atención. Tenedlo entendido, y no os hagáis la ilusión de que me engañáis.

Esto dijo el ilustre mancebo al criado que se presentó, y el criado, aturdido y confuso, quedó inmóvil y silencioso:

—Vete, vete—gritó fuera de sí el príncipe.

Y luego empezó a recorrer con desiguales pasos la habitación.

El paje más juicioso aunque era un niño, comprendió que en aquellos momentos era imposible conseguir nada, y se alejó mientras decía:

—Está perdido, completamente perdido... ¡Oh!... Tendré que contentarme con vengar al marqués.

Muy preocupado y muy disgustado volvió Luis a su habitación, participándole a su señora lo que acababa de suceder.

—Ya no es posible dudarlo—dijo Blanca—, el príncipe ha perdido la razón.

—Creo que sí.

—¿Aún plantas enviar esa carta al rey?

—Ahora mismo.

CAPÍTULO LIV

La carta sigue representando el principal papel

Tocaba el sol a su ocaso.

Felipe II, que a nadie había querido recibir desde que volvió aquella tarde de El Escorial, encontrábase en la cámara que ya conocemos, y sentado junto a la mesa, revisaba los papeles de un abultado legajo.

Ni en aquella habitación ni en las inmediatas se percibía más ruido que el muy leve que producían los papeles al ser doblados o desdoblados por el ténico monarca.

Inclinábase la cabeza de este, su mirada estaba fija siempre en la mesa y su frente contraída revelaba un violento ejercicio de su imaginación.

Alguna vez se entreabrieron sus labios para desplegar una sonrisa que no dejámonos en calificar de terrible, aquella sonrisa que hacía temblar a los más valerosos, y de la que Cabrera decía que era común del puñal.

Sólo Dios podía escudriñar los misterios de aquella alma tenebrosa, y si los ojos del mundo hubieran podido hacer lo mismo, el mundo hubiera temblado poseído de pavor.

De repente sonó un crujido, como si alguno de los muebles se hubiera roto.

El rey se estremeció y levantó la cabeza.

Al mismo tiempo vio revolotear algo que no hubiera podido decir lo que era, y que cayó al suelo muy pronto.

Lo que cayó el monarca se parecía mucho al terror.

Quedó inmóvil, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en lo que había revoloteado y caído, y que no era más que un papel.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por la frente de rey.

Apenas podía respirar.

Su primer impulso fué gritar para que acudiesen los de su servidumbre, pero no consiguió articular una sola sílaba.

Tampoco acertó a moverse.

¿Cómo había penetrado el papel en la cámara?

Lo sobrenatural atemoriza, espanta, y algo de sobrenatural tenía lo que acababa de suceder. Además el monarca sentía el trastorno que siempre produce la sorpresa.

Con seguridad no puede decirse si Felipe II era tan supersticioso como devoto, y por consiguiente, no sabemos si algo de supersticioso tenía su terror en aquellos instantes.

Al cabo de algunos minutos, empezó a recrear los muchos extraños sucesos que habían tenido lugar en palacio desde la muerte del marqués de Foza.

¿No había introducido el papel en la cámara

¿intrigante misterioso a quien todos llamaban el diablo?

Por creerlo así concluyó el monarca.

Esforzase cuanto le fué posible para recobrar la calma.

Miró a todos lados sin adivinar cómo había podido entrar el papel.

Luego se levantó.

—Quiero salir de dudas—dijo.

Hizo algunos pasos, se inclinó y recogió el papel que era la carta que había escrito la princesa de Eboli.

Más de lo que estaba se contrajo la frente de Felipe II.

—Una carta para Ruy Gómez—murmuró—; y parece la letra de su mujer. ¿Por qué el diablo me la envía?

Desdobló el papel y leyó.

La ira hizo temblar sus manos.

Sus pupilas se iluminaron con fulgor siniestro.

El travieso paje había añadido las siguientes líneas:

“Al gran Felipe II, el rey más poderoso de la tierra, ha venido a ser el instrumento inconsciente del odio de una mujer intrigante. La prueba es esta carta”.

—¡Oh!—exclamó al fin el monarca—. No me conocen.

Como si se fuese a sonreír sus labios se entreabrieron, contrajéronse violentamente y titilaron.

Volvió a leer y dijo:

—Si yo soy un instrumento inconsciente del odio de doña Ana, mi hijo debe ser inocente... ¡Ojalá!... Una prueba de que mi hijo no conspira, de que no es mi enemigo; que me presenten la prueba, y doña Ana de Mendoza morirá a manos del verdugo como el último de los criminales... ¡Ah! Desgraciadamente no puede suceder así.

Sentóse el rey, tomó la pluma, y con trémula mano escribió lo siguiente:

“Príncipe de Eboli: te envío la carta que te escribe tu esposa, y que ha llegado a mis manos por la de la misma persona que te sacó de tu aposento

de El Escorial la noche que tenías miedo al frío y a los lobos. Léela con atención muchas veces, para que su contenido quede bien grabado en tu memoria, como queda en la mía.

"Te recuerdo que mi justicia alcanza más pronto a las cabezas que están más altas.

"Ven apenas queden cumplidas mis órdenes, porque tengo necesidad de tus servicios."

Firmó y unidas las dos cartas las cerró, poniendo en el sobre:

"Para Ray Gómez de Silva.—Importante, urgente y reservado".

Luego llamó y dispuso que inmediatamente partiese un correo, diciendo:

—Advertid al portador, que con su cabeza responde del buen despacho de esta comisión.

Entre tanto, doña Ana, que ya había dado órdenes convenientes a uno de sus criados, volvió a su gabinete en busca de la carta que había dejado sobre la mesa; pero no la encontró.

Miró una y otra vez.

—La dejé aquí—murmuró—, no tengo duda... ¡Oh!... ¿Cómo ha desaparecido?...

Densa palidez cubrió su rostro.

Tornóse sombría su mirada.

Quedó inmóvil por algunos momentos.

Luego dijo con voz alterada:

—Para entrar aquí, tenían que haber pasado por ese otro aposento donde yo estaba, y por consiguiente no puedo acusar a mis criados; pero... ¡Oh!... ¿Quién se ha llevado la carta, quién?

Dos centellas se escaparon de los ojos de la dama.

Rechinaron sus dientes.

Volvió a buscar, no solamente en la mesa, sino en toda la habitación, y en el interior de los cajones, y debajo de los muebles.

—¡Es obra del diablo, de ese miserable que de todos se burla, que desbarata todos mis planes!... ¡Y no lo conozco!...

Preciso era creer que la persona que se había llevado la carta había entrado por la ventana, a pesar de qué ésta daba al Campo del Moro, y estaba a una altura inmensa del suelo.

¿Había ido a parar la carta a manos del rey?
La sola idea de que hubiera sucedido así hizo temblar a la dama.

¿Cómo averiguar lo que había sucedido?

Era imposible.

Dudó doña Ana si escribir a su esposo, diciéndole lo que había sucedido; pero tuvo miedo de amar otra vez la pluma.

—Esperaré—dijo.

Y como si sus fuerzas se hubiesen agotado, dejó caer en el sillón, y quedó inmóvil.

Para ella no había tranquilidad posible en aquella situación, que por cierto era bien crítica.

Ocultábase el sol.

Media hora después no había más luz que la del crepúsculo.

Esparcióse al fin las tinieblas.

Un criado entró con una lámpara, que dejó sobre la mesa.

Pudo entonces verse el rostro lívido y descompuesto de doña Ana de Menoja.

Y entre tanto el portador de la carta se alejaba rápidamente de la coronada villa, y el travieso paje le decía a su señora:

—Por orden del rey ha partido un correo.

—¿Qué habrá determinado su majestad?

—No es posible adivinarlo.

Los dejaremos para ir a Segovia, y ver el efecto que las cartas produjeron en Ruy Gómez de Silva.

CAPÍTULO LV

De cómo Ruy Gómez sintió poco segura su cabeza sobre los hombros

El correo apenas se permitió descansar, y a las once de la mañana siguiente entraba en el alcázar de Segovia y era introducido en el aposento donde Ruy Gómez de Silva se encontraba con el conde de Chinchón tratando del viaje que debían

hacer a Simancas, a cuyo castillo había de ser trasladado el barón de Montigny.

—¿Qué me queréis?—preguntó el de Eboli al correo.

—Esta carta que debo entregar a vuestra señoría.

—Dadme.

—Así lo haré, caballero; pero como se me dice que respondo con mi cabeza, y es grave el asunto, a lo que parece por el sobrescrito, tendrá vuestra señoría la bondad de darme un recibo.

—Es muy justo.

—Aquí dice: "Importante, urgente y reservado".

Hizo don Ruy un gesto de disgusto, acercóse a la mesa, extendió el recibo, lo entregó al correo y lo despidió después de tomar la carta.

—Supongo—dijo entonces el conde de Chinchón—, que su majestad envía nuevas órdenes, y tal vez no tengamos que ir a Simancas.

—Todo es posible... Ahora veremos.

Ruy Gómez de Silva rompió el sello y desdobló el papel, encontrándose con que las cartas eran dos.

El primer golpe de vista fué bastante para que reconociese la letra de su esposa.

El presentimiento de una desgracia le hizo temblar.

—¿Qué significa esto?—murmuró.

Tuvo miedo de leer, un miedo instintivo.

Ya sabíamos que no se equivocaba.

Por su esposa estaba escrita una de las cartas, y la otra por el rey.

¿Por cuál de las dos había de empezar?

Esto, sin que él mismo supiese por qué, fué una cuestión gravísima para Ruy Gómez de Silva.

Voltió a mirar el sobre por si encontraba alguna indicación que lo sacase de dudas, y dando así vueltas a los papeles, vió que la carta de su esposa había estado cerrada y con un sobrescrito, y que después de la firma había algunos renglones de otra letra.

—No lo entiendo, no lo entiendo — decía Ruy Gómez sin pensar que no estaba solo.

—Mi buen amigo—le dijo el de Chinchón—, si

no hacéis más que doblar y desdoblar esos papeles, jamás entenderéis lo que dicen.

—Es verdad.

—Parece que son dos cartas...

—Sí...

—¿Es alguna para mí?

—No.

—Entonces, calló y espero por si algo tenéis que comunicarme.

Por fin, Ruy Gómez de Silva empezó a leer; pero no ninguna de las cartas, sino aquellas líneas que habían añadido a la de la princesa.

—¡Horror! — exclamó involuntariamente—. ¿Y así se atreven a ofender a su majestad?... Lo veo y no lo creo.

Ansioso de encontrar la explicación, leyó don Ruy la carta del rey, pero creyó que la terrible amenaza de éste se dirigía contra la persona que había escrito aquellos renglones, contra el diablo de palacio, que con osadía inconcebible llamaba instrumento inconsciente a Felipe II.

¡Pobre don Ruy!

Estaba ofuscado.

Empezó a recobrar la calma y se dilató su rostro, porque el monarca decía que necesitaba sus servicios, y esto era una honra singular, incomparable.

Quiso entonces leer la carta de su esposa.

Pocos minutos después su rostro se cubría de palidez cadavérica.

Abriáse más y más sus ojos y se dilataban sus pupilas.

Parecía que las letras se bataban, y aparecían de nuevo, movíanse, separábanse o se confundían unas con otras.

Opreso y frío sudor corría por la frente de Ruy Gómez.

Acababa de comprender hasta qué punto era horrible su situación.

—¡Dios misericordioso! — exclamó.

Los papeles se escaparon de sus manos.

Quiso ponerse en pie, y volvió a caer pesadamente en el sillón.

La luz buía de sus ojos.

Apenas podía respirar.

Balbucesó algunas palabras que no pudieron entenderse.

Tratabase de un asunto reservado, y el conde de Chinchón no debía dirigir ninguna pregunta a su amigo; pero lo vió tan profundamente trastornado, que se acercó a él para recorrerlo, mientras le decía:

—Recobrad la calma, don Ruy... Cualquiera que sea la desgracia que os anuncien, es preciso resignarse, mientras el remedio se encuentra.

Ruy Gómez se estremeció.

Quiso hablar y no pudo.

Dilatáronse más sus pupilas y perdieron el brillo y la expresión.

—¡Oh!—exclamó el conde—. Esto es ya demasiado... Se va a morir entre las manos y... ¿Qué debo hacer?... Un médico ante todo, y esas cartas... nadie las tocará, ni yo mismo, porque mi honor me lo prohíbe.

Llamó al alcalde y mandó que inmediatamente fuesen en busca de un médico, a quien encontraron cerca y acudió muy pronto, examinando al paciente y diciendo:

—Esto ha podido ser muy grave; pero afortunadamente hemos acudido a tiempo... Principiaba la congestión... Tranquilizaos, señor conde, que una sangría es bastante para que en veinticuatro horas quede el noble don Ruy completamente restablecido.

Y efectivamente, antes de una hora se encontraba completamente despejado el enfermo, a quien habían colocado en la cama.

El desdichado, digno entonces de lástima, miró a su alrededor.

—¡Ah! — exclamó como el que se siente libre de una mano que le ahoga.

—Mi buen amigo—le dijo el conde—, nada temáis, porque todo ello ha sido un trastorno sin importancia, y ya no necesitáis más que descansar.

—¿Y las cartas?—preguntó Ruy Gómez.

—Aquí las tenéis, debajo de la almohada...

—Pero...

—Nadie las ha tocado más que yo, para ponerlas aquí; pero no las he leído, os lo juro por mi honor.

—Gracias, conde, gracias.

—Ahora, sosegaos.

—Sí, ya estoy tranquilo—repuso don Ruy mientras empezaba a levantarse.

—Quieto.

—Tenemos mucho que hacer, ya lo sabéis.

—Nada en estos momentos.

—Su majestad quiere que cuanto antes se cumplan sus órdenes, y hoy mismo debemos partir para Simancas.

—No haremos tal.

—Sí, porque el rey lo manda.

—Don Ruy, os olvidáis que el barón tiene protectores muy poderosos, y es de temer que intenten ponerlo en libertad durante el viaje.

—Ya lo sé, amigo mío, lo sé mejor que vos; pero...

—Tenemos que ir prevenidos, y la escolta no podrá salir hasta mañana; de manera que, aun sin tener en cuenta vuestro estado, debemos esperar. Si el preso se nos escapase...

—Ocuparíamos su lugar en el calabozo.

—Y tal vez nuestra cabeza...

—Es verdad... Esperamos...

—Salvo que otra cosa mande terminantemente su majestad.

—Perdonad, conde; pero necesito estar solo algunos minutos, porque las órdenes que he recibido, exigen meditación detenida.

—Pues mientras vos meditáis, yo comeré. No caviléis mucho, don Ruy, porque aún está débil vuestra cabeza—dijo el conde.

Y salió.

—¡Débil mi cabeza!—murmuró don Ruy Gómez de Silva—. Lo que está es poco segura sobre mis hombros.

Sacó las cartas y volvió a leerlas con alguna más tranquilidad que antes.

—Bien dicen—murmuró luego—: las mujeres son siempre la perdición de los hombres. ¡Oh!... ¿Se ha vuelto loca doña Ana? Con su talento, su

astucia, su previsión... Parece imposible que haya escrito semejante carta. ¿Qué va a suceder?... ¡Dios tenga misericordia de mí!... ¿Y cómo nuestro misterioso enemigo se ha hecho dueño de esta carta?... Es el diablo, ya no lo dudo, el mismo Satanés, porque ninguna criatura puede hacer esto.

No podía Ruy Gómez adivinar si su esposa tenía conocimiento de aquella desgracia, y dudó entre escribirle y esperar hasta su regreso a Madrid.

—No escribiré—dijo después de algunos minutos—, porque ahora las cartas no infunden pavor. Ni aun escribiendo sé tampoco lo que es prudente decir. Aguardaré y verémos si mi mujer encuentra medio de remediar los males que ha producido su imprudencia, aunque la defensa me parece imposible. ¡Ah!... No sin razón sobrada querría yo dejar al servicio de su majestad, alejarme de la corte y pasar tranquilamente la vida; pero mi mujer ha nacido para luchar y agitarse constantemente, y la tranquilidad le aburre. Y como la amo tanto, no he tenido valor para contrariarla. Aún no sé si es debilidad o ternura; pero lo cierto es, que doña Ana dispone lo que se le antoja, y yo me someto siempre a su voluntad.

Exhaló don Ruy un triste suspiro, y añadió:

—Y a todo esto mi conciencia no me deja un momento de reposo, pues no puedo olvidar al marqués de Poza, ni a mi noble amigo el de Bergen. Verdad es que el rey dispuso, y que mi esposa me alentó, y el cardenal me proporcionó los medios; pero al fin yo lo hice, y bien pensado, pesa sobre mí una parte de responsabilidad. Me recuerda el rey lo que hice en El Escorial aquella noche horrible, sin duda así quiere decirme una cosa con la de ahora van dos faltas graves... ¡Oh!... No me perdonaré la tercera, y empiezo a temer que su justicia me alcance cuando llegue a saber que cometí la indiscreción de decir que por su orden había de ser asesinado el de Poza. Yo soy honrado, inclinado al bien, enemigo de las intrigas... ¿Por qué mi negro destino me ha colocado en esta situación? Y para que me castigue el rey, no es menas-

tar probar qué ha cometido ningún crimen, porque todo se arregla fácilmente con una puñalada o con un veneno.

Con reflexiones de esta naturaleza era imposible que Ray Gómez de Silva acabase de recobrar la calma.

Cuando llegó la noche, apenas pudo dormir, y si conseguía por algunos minutos conciliar el sueño, era para sufrir más horribles pesadillas.

A las seis de la mañana se levantó y almorzó muy poco.

Todo estaba ya dispuesto para emprender el viaje a Simancas.

—¿Cómo es sentirse?—lo preguntó el conde al esposo de doña Ana.

—Mucho mejor.

—Si no habéis recuperado las fuerzas...

—Por nada del mundo me detendré, porque antes que mi vida, son mis deberes; y sobre todo, el tiempo vale mucho para mí.

—Si os esperan en Madrid...

—Me dice su majestad que no me detenga, porque tiene necesidad de mis servicios.

—Don Ray, sois muy afortunado.

—Sí, porque tanto me honra nuestro bondadoso rey, que hay momentos que me siento aturdido, agobiado.

¡Pobre don Ray!

Si hubiera presenciado ciertas escenas íntimas entre su esposa y el monarca, hubiera comprendido bien hasta qué punto este le echaba encima honra y protección.

Indudablemente era digno de lástima el favorito.

A las ocho partieron.

En cuanto al barón, nada decimos, porque ya sabemos que no hay esperanzas de que se salve.

CAPITULO LVI

Cómo doña Ana probó que su ingenio era tan fecundo como el del paje

Temblaba Ruy Gómez al llegar a Madrid, y sobre todo al entrar en el alcázar.

Mirando recelosamente a todos lados, y saludando distraidamente a los amigos que encontró, dejó atrás galerías y pasillos, y llegó a su habitación, entrando con la mirada sombría, y contraindo y pálido el rostro.

Al verlo su esposa, abrió los brazos y desplegó la más seductora de las sonrisas, exclamando:

—¡Ah!... ¡Qué feliz soy!...

—Yo también — interrumpió el caballero con aspereza y sentándose sin dignarse abrazar a su esposa—. Sí, ya debéis suponer que soy muy dichoso, puesto que mi dicha es obra vuestra.

Cambió de expresión el rostro de la dama, aunque sin dar muestras de enojo, y fijando en su marido una mirada de desdén le dijo:

—Sois digno de lástima, caballero.

Esto hizo creer a don Ruy que había sido interceptada en el camino la carta de su esposa, y que ésta ignoraba lo demás que había sucedido.

—No os equivocáis—replicó el de Eboli—, soy digno de compasión, o más bien de castigo, por mi debilidad; pero todo tiene sus límites, y han concluido mis bondades y mi paciencia.

—Preciso es resignarse—dijo la dama con si es no es de burla—; yo esperaba al amante, lo esperaba con los brazos abiertos y el corazón rebosando ternura, y se me presenta el esposo con todos sus derechos, con su autoridad severa, intransigente casi terrible... Está bien... Proseguid, que con el debido respeto os escucha vuestra sierva humilde.

—¡Señora!

—¿También os desagrada mi mansedumbre?

—¡Por Dios vivo!...

—Me ponéis en gran cuidado, caballero.

—¿Os burláis?—dijo Ruy Gómez, que se atrevió a fijar en su esposa una mirada severa.

—Estoy aturdida, y nada más—respondió doña Ana que continuaba sonriendo—. ¿No os hubiera sucedido a vos lo mismo en mi lugar?

—Si yo me pareciese a vos...

—Es verdad, yo no tengo vuestras cualidades.

—Concluyamos, señora.

—Pero ¿qué os ha sucedido? ¿Porqué estáis de mal humor? ¿Por qué me tratáis con tanta dureza como al último de vuestros criados?

—Me habéis comprometido, señora; me habéis colocado en la más horrible situación.

—¡Yo!

—Vos, sí.

—Perdonad, pero empiezo a temer que os habéis dejado el juicio en Segovia.

—Lo que perderé muy pronto será la cabeza, porque no está muy segura sobre mis hombros.

—¡Dios mío!

—Ni más ni menos.

—Vuestras palabras me horrorizarían y me harían temblar, si yo me pareciese a vos; pero ya lo habéis dicho y no os equivocáis; en nada nos parecemos, y así se explica mi tranquilidad y la indiferencia con que escucho eso de que vuestra cabeza no está segura.

—Basta, señora, basta — replicó don Ruy con tono de impaciencia y en tanto que apretaba los puños.

—Reconozco que he sido torpe y lo os he confesado hasta hoy, pues nunca creí que fuésteis susceptible de enfadaros así.

—Muy pronto perderéis esa tranquilidad con que ahora me mortificáis.

—Todo es posible; pero lo dudo.

—¿Os habéis olvidado de la última carta que me escribisteis?

—Tengo buena memoria, ya lo sabéis.

—Entonces...

—Sí, recuerdo aquella carta que dejé sobre la mesa salí, sin pasar de ese otro aposento; volví al cabo de una hora y la carta había desaparecido.

—Y desde esa mesa fué a parar...

—A manos del rey. ¿no es verdad?

—Sí, a manos del rey, con algunas líneas escritas por el diablo...

—¡Bah!... ¿Consiste en eso la desgracia?

—¡Vive el cielo!

Dofia Ana de Mendoza, como si ya no pudiera dominarse, soltó una ruidosa carcajada.

Ruy Gómez de Silva se sintió profundamente trastornado.

Púsose en pie y empezó a pasearse salientras murmuraba palabras que no podían entenderse. Era inconcebible la tranquilidad de la dama.

Trascurrieron algunos minutos.

—Sentaos, caballero—dijo al fin doña Ana con grave tono—, sentaos y escuchadme.

—Antes, mirad—replicó don Ruy.

Y sacó las cartas y se las dió a su esposa.

Leyó ésta la del rey, luego las líneas escritas por el paje, y dijo con perfecta calma:

—¿Y es esto lo que os hace creer que vuestra cabeza no está segura sobre los hombros?

—¿Os parece poco? ¿Pues qué, no conocéis a Felipe II?

—Demasiado bien.

—¿Acaso tenemos defensa?

—No la necesitamos.

—Señora, tal vez no os habéis equivocado al decir que me he dejado el juicio en Segovia, porque loco debo estar, o vos habéis perdido la razón. ¿Que no necesitamos defensa!... ¡Vive el cielo!... Ahora he de presentarme al rey. Decidme cómo ha de hacerlo, y qué he de responder cuando me hable de este asunto.

—¿No queréis escucharme?

—Ya os escucho: decid cuanto se os antoja.

Ruy Gómez se sentó.

—Suponed—repuso la princesa—, que yo no he escrito esa carta.

—Pero como la habéis escrito y no podemos negarlo, porque la ha visto el rey...

—Nada perdemos por hacer suposiciones.

—Bien.

—Suponed, además, que nuestro misterioso en-

migo, el diablo, que para todo tiene mucha habilidad, ha falsificado mi letra.

—Eso es absurdo, inverosímil.

—No es inverosímil lo que ha sucedido muchas veces.

—Cuando se falsifica un documento, por bien imitada que esté la letra, se conoce.

—Eso lo conocen en no sé qué los inteligentes, los peritos.

—Me quejaré de este abuso, pediré justicia, mostraré gran empeño en que la carta se examine por persona competente, y por último, haré comprender que la trama es grosera, estúpida, porque la sana razón dice que yo no tenía necesidad de haberle escrito a mi marido con esa claridad, cuando era bastante decirle que todo iba bien, que había esperanza de conseguir lo que deseábamos, o cualquiera de esas frases vagas, incomprensibles para todos menos para la persona a quien se dirigen.

—¡Oh!...

—Y el rey no consentirá que nadie examine la carta, porque no le conviene dar publicidad a este asunto.

—En eso no te equivocas.

—Y me creerá, o a lo menos dudará; y mientras duda, nada tenemos que temer.

—Me contento con que dude.

—La imaginación influye mucho, y cuando el rey empiece a dudar, examinará otra vez la carta, y entonces le parecerá que la letra no es enteramente igual a la mía, encontrará diferencias en ciertos detalles...

Interrumpióse doña Ana, se acercó a la mesa, tomó la pluma y añadió en algunas letras rasgos que ella nunca trazaba al escribir, desfigurando otros con gran habilidad.

Luego, mientras sonreía, presentó con aire de triunfo la carta a su esposo.

—¡Por quien soy!—exclamó éste—. No tenéis igual señora.

—Si antes no hubiéseta visto esta carta, ¿creerías que yo la había escrito?

—Juraría que no,

—Pues bien, sin vacilar juraréis que al recibir la carta no os disgustásteis sino porque veíais que abusaban de la bondad del rey, y porque, siquiera por un momento, se ponía en duda vuestra lealtad; pero que al primer golpe de vista conocisteis que el escrito no era de mi mano.

—Me devolvéis la vida.

—En cambio vos—dijo la dama mientras envolvía a su esposo en una mirada ardiente y fascinadora—, vos me negáis vuestros brazos y rechazáis los míos...

—Perdonadme... ¡Ah!... ¿Dudáis de mi amor?

Ruy Gómez de Silva abrazó a su esposa con todo el entusiasmo propio de su ternura.

Ya estaba completamente tranquilo.

—Dejemos para luego las expansiones de nuestro amor—le dijo doña Ana—. Tenéis que presentarnos al rey...

—Y ha de ser ahora mismo.

—Veremos cómo representáis vuestro papel.

—Desculad, que cuando uno es feliz, no comete ninguna torpeza... ¡Y yo que me creí perdido! Lo que sufrí, no podéis comprenderlo; y tal fue mi trastorno, que falló muy poco para que quedáseis viuda. Gracias a los cuidados del conde y a la oportunidad con que el médico me sangró...

—¿Os han sangrado?

—Mirad la cicatriz.

—¡Dios mío!

—Reconoced que cometisteis una imprudencia al escribir esa carta.

—Sí, lo reconozco; pero vos debíais haber creído que yo remediaría el mal.

—¿Y cómo suponer que habíais de hacer imposibles?

—Os olvidáis del rey.

—Es verdad.

Ruy Gómez de Silva cambió en pocos momentos de ropa.

—Mucha calma—le dijo su esposa—; nada de vacilaciones, jurad sin cuidado, que nuestro amigo Espinosa os absolverá; y sobre todo, cuando se trata de defender la vida...

—No vacilaré.

—Decidle al rey que me dejáis rebotando ira, y que muy difícilmente me habéis contenido, porque mi primer impulso fué correr en busca de su majestad para pedir justicia.

—A pesar de todo eso, le tengo miedo a la mirada del rey.

—Pues es preciso arrostrarla, porque en esta ocasión el triunfo depende del valor y la serenidad.

—Me habéis infundido alientos.

—Algo he conseguido.

—Y más podéis conseguir.

—Os agradezco la galantería.

—Es justicia, señora.

—Adiós...

—¡Cuánto os amo!

Otra vez se abrazaron los dos esposos.

Balló Ray Gómez mientras decía para sí:

—Vale más que yo mi mujer, muchísimo más.

¿Por qué no he de reconocerlo? Cometió una ligereza; pero con una facilidad prodigiosa lo ha remediado todo en seguida. Dicen que soy débil; no, no es debilidad la justicia que hago a la superioridad de mi esposa. Si ella tiene más talento, claro es que sus opiniones han de ser muy respetables para mí. Además, la amo con locura, lo cual no me parece que tampoco es una debilidad, y ella me ama... ¡Soy feliz, la más feliz de las criaturas!

El semblante de Ruy Gómez había cambiado completamente.

Sus ojos brillaban con el fuego de la alegría.

No exageraba al decir que en aquellos momentos era el más feliz de los hombres.

¿Representaría bien la farsa?

Creemos que sí.

Apenas llegó a la cámara real, fué recibido por Felipe II.

CAPÍTULO LVII

Cómo representó la farsa Ruy Gómez

El monarca sonrió levemente al ver al príncipe de Eboli, y le dijo con afable tono:

—Bien venido.

—Señor—dijo Ruy Gómez—, nunca como en esta ocasión he deseado la honra de ver a vuestra majestad, porque cuando se trata del honor, de la lealtad y...

—No te entiendo — interrumpió sencillamente el monarca.

—Cuando vuestra majestad me lo permita, me explicaré.

—Luego, porque me parece que ahora debes principiar por darme cuenta de la comisión que has desempeñado.

—Claramente, y así lo haré.

—Pues ya te escucho.

—Con la brevedad que exigían las circunstancias y la gravedad del caso, se terminó y falló la causa, y el panadero y los soldados que aparecían culpables, han sido ajusticiados, aplaudiendo el católico pueblo segoviano porque se castigaba a los desdichados que intentaron favorecer a su hereje.

—¿Hay en las declaraciones de los reos algo que pueda servirnos de guía para descubrir el verdadero autor?

—Nada, porque el panadero, intimidado por la codicia, obedeció sin saber a quién, ni por qué, ni con qué fin, y los soldados no han podido decir más que lo que sabía, la verdad, que fueron arrasados por uno de sus compañeros, un bribón que desapareció la misma noche que Montigny quiso fugarse.

—La intriga estaba bien combinada.

—Admirablemente.

—¿Y el barón?

—Triste, silencioso...

—¿Abatido?

—Eso, no.

—¿Queda bien guardado en Simancas?

—Mucho mejor que en Segovia.

—Este es asunto terminado.

—Señor, si vuestra majestad me da licencia...

—¿Qué quieres?

—Justicia.

Felipe II miró con extrañeza a su vasallo.

Pedia éste justicia cuando debía implorar perdón.

Y además desde que entró en la cámara, reveló en su semblante que no era el hombre que tiene que tener, sino, por el contrario, el que se siente con el valor de una conciencia tranquila.

Por algunos minutos guardó silencio el monarca, y luego, dijo:

—Habla.

—Se ha cometido un abuso inculcable, han calumniado a mi esposa, me han calumniado a mí, han engañado a vuestra majestad, y han podido producir tales trastornos, que sólo el pensar en ellos horroriza.

—Todavía no entiendo—dijo gravemente Felipe II.

—¡Ah! — exclamó Ruy Gómez con tono de amargura degarradora—. La ruin envidia...

—Pero ¿de qué se trata?

El caballero sacó las cartas, las puso en la mesa y dijo con el acento del que tiene la seguridad de no ser desmentido.

—Señor, esa carta no está escrita por mi esposa.

Palideció el rostro del monarca, y se contrajo violentamente.

Sombria se tornó su mirada.

—¿Que no está escrita por tu esposa? —exclamó.

—No, no—repuso enérgicamente Ruy Gómez de Silva.

—¡Oh!...

—Mi esposa quería venir conmigo, y para contenerla he tenido que hacer uso de mi autoridad. Píde justicia, lo mismo que yo; píde que la carta sea examinada por personas competentes, y que

se castigue al que resulte criminal. Yo lo necesito ninguna prueba, pues conocí la falsedad apenas vi la carta; pero sufrí mucho porque habían abusado de vuestra majestad, y más sufrí porque se había puesto nuestra lealtad en duda.

El rey había inclinado la cabeza, y quedó inmóvil y con la mirada fija en la carta.

Ruy Gómez de Silva, como si no pudiera contenerse, prosiguió diciendo:

—Torpe es la intriga, muy torpe; pero su autor ha conseguido ponerme en la situación más horrible, siquiera por algunas horas, y hacerme sufrir lo que apenas se concibe. ¡Escrita esta carta por mi esposa!... ¿Y para qué? ¿Acaso necesitaba hablarme tan claramente para hacerse comprender de mí? Con decirme que todo iba bien y que había esperanzas de que consiguiésemos lo que buscamos, no necesitaba más. Una mujer como la mía no comete la torpeza de escribir esa carta, y esto lo dice la sana razón y no necesitamos pruebas.

Seguía callando Felipe II.

El caballero, que se había propuesto ser como un eco de su esposa, continuó:

—Suplico a vuestra majestad que disponga lo que le parezca más conveniente para conseguir el descubrimiento del criminal, pues de otra manera es imposible nuestro sosiego.

—El diablo, el diablo—murmuró al fin el rey con sorda voz.

—Cuando vuestra majestad se digna darle licencia, vendrá mi esposa, escribirá, presentará escritos suyos de hace algunos años, se comprobarán con ese, y...

—No, no.

—Señor, se trata de nuestra honra, de...

—Basta, príncipe, basta.

—¡Ah!... si vuestra majestad...

—Debes estar fatigado—interrumpió Felipe II mientras doblaba y guardaba en un cajón los papeles—. Retírate a descansar, y duermes tranquilo.

No era menester que dijese más el rey.

Doña Ana había triunfado.

Ruy Gómez se sintió poseído de orgullo, por

que había representado admirablemente su papel. Si el monarca no estaba convencido, dudaba, y no necesitaban más los intrigantes cortesanos.

—Señor, mi mayor dicha sería morir en servicio de vuestra majestad.

—A las ocho de la noche, aquí.
Saló Ruy Gómez.

CAPÍTULO LVIII

Lo que significaban los cumplimientos para don Carlos

La última travesura de Luis no había producido el resultado que éste deseaba, puesto que ni doña Ana de Mendoza ni su esposo tuvieron que sufrir más de un disgusto, que muy pronto pasó.

Tampoco le había servido de nada al paje saber que se trataba de apoderarse de los papeles reservados del príncipe, pues éste continuaba obstinado en no romperlos ni adoptar ninguna precaución.

La situación era cada vez más crítica, y muy pronto debía ser verdaderamente horrible.

Así pasaban los días, y el rey se mostraba cada vez más enojado contra su hijo, mientras que éste parecía más dispuesto a cometer nuevos escándalos.

Entre tanto la reina Urraca, y Blanca, más tranquila ya por la muerte de su amante, sentía convertirse en tristeza lo que antes era sed de venganza, principiando a despertarse en su conciencia el arrepentimiento de haber abrigado en su corazón el deseo de exterminio de los que habían causado su desgracia.

Estamos en la noche del 13 de Enero y acababan de dar las nueve.

La lluvia caía a torrentes.

La reina se había retirado a su aposento, y en

él se hallaba con Blanca y el paje, que hablaban del príncipe don Carlos, de los proyectos de fuga y de cuanto se murmuraba en la corte.

Isabel de Valois y su doncella se hallaban tristes y preocupadas, hasta el punto de que parecían indiferentes a las interesantes noticias del traveso paje.

—Ruégoos, señoras—decía éste—, que me escuchéis con atención, porque muy pronto tendré que dejaros, y lo que no os pueda decir ahora no lo sabréis hasta mañana.

—No sé por qué—le contestó la reina—esta noche estoy tan preocupada y hasta la lluvia me infunde un espanto que nunca conocí.

—Lo mismo me sucede, señora—repuso Blanca—, y a todas horas temo que Dios me castigue por haber deseado la venganza.

—¿Y qué habías de hacer—dijo la reina—, desdichada criatura, sin más afecciones que tu puro amor, al ver que de un solo golpe te arrancaban todas tus esperanzas y todas tus ilusiones?

—Yo debí llorar, sufriendo con resignación las duras pruebas a que Dios en sus altos fines ponía mis virtudes. Yo he sido blasfema, dudando en el exceso de mi dolor de la justicia Omnipotencia y olvidándome de que en la otra vida tendría que dar cuenta de mis acciones, anhelé como la única felicidad que me quedaba, verter la sangre de los asesinos del marqués de Poza, como la de éste fue vertida. Esto es un crimen, y un crimen horrible, porque Dios nos manda perdonar, ¡yo no perdono! La justicia eterna caerá sobre mí ¡Dios mío, compasión!—dijo la doncella—. Reconozco mis pecados, y me arrepiento de todo corazón.

Reinó un profundo silencio. La lluvia azotaba los vidrios de colores de las ventanas de la habitación y el huracán silbaba.

El pajeillo sacudió su hermosa cabeza, y dándose los aires de un hombre fuerte y experimentado, dijo:

—Está visto que nada se puede hacer de provecho donde median mujeres.

—No quiero más intrigas—repuso la doncella—, no más venganzas, Luis. Mañana mismo emprendo

ceré mi viaje para las Huelgas de Burgos, y allí acabaré mis días pidiendo a Dios que me perdone.

—No, Blanca—dijo la reina—, no me abandonarás. Yo tampoco quiero venganzas, porque Dios castigará a nuestros criminales enemigos como siempre castiga a los malvados. Empero no me abandones, porque ningún pecho amigo me queda donde depositar mis pesares.

—Al resolución es firme, señora, y vuestras súplicas no harán más que atormentarme con el dolor que me causa el alejarme de vuestro lado. Si el príncipe logra fugarse, Luis se irá con él, y ya para nada me necesita; pero si así no sucediera, lo recomiendo vuestra protección, porque lo amo como a un hermano.

Y abundantes lágrimas brotaron de los ojos de la doncella.

—No—replicó el paje—, vos no os marcharéis hasta que yo lo haga, después de la salvación o de la ruina del príncipe. De otra manera, no podría yo permanecer aquí porque me haría sospechoso, y ya que desista de vengaros, no me privéis al menos de los medios de salvar al príncipe. La hora se acerca; mañana probablemente recibirá don Carlos el dinero que espera de Andalucía; pero si este recurso no llegase a tiempo, se han buscado otros, y esta misma noche quizás podremos contar con una suma bastante respetable. De manera, que si no hay ningún entorpecimiento, pasado mañana saldremos de Madrid, acompañados del capitán Pero Ledn y de otros dos o tres hombres de toda nuestra confianza.

—Dios os proteja—dijo Isabel.

—Tal espero—repuso el paje.

Y dirigiendo la vista a un reloj de péndola, preguntó:

—No puedo detenerme a daros noticias, porque esta es la hora en que debe venir Grimaldo, y quiero presenciar la entrevista que tenga con el príncipe. El infeliz usurero nos traerá una buena suma de ducados; pero en cambio se calará hasta los huesos, porque la lluvia no cesa.

Hizo un gesto burlón el paje, dejando a la reina y a Blanca entregadas a sus tristes medi-

taciones, se encaminó al aposento del príncipe don Carlos.

—Mucho te haces esperar — le dijo ésta.

Me he detenido acompañando a la reina y a doña Blanca porque tienen miedo, un miedo supersticioso.

—¿Y qué te ha dicho la reina?

—No perdamos el tiempo, señor, en ocuparnos de mujeres. ¿Ha venido Grimaldo?

Al concluir estas palabras, anunció un criado al comerciante, que luego entró haciendo profundas reverencias.

—¿Tienes miedo a la Buva?—le dijo el príncipe.

—Ya vé vuestra alteza que no.

—Lo digo porque no has sido muy exacto en venir a la hora marcada.

—Espero que vuestra alteza me perdonará una falta que no es mía, sino de las calles de la villa, que no se pueden transitar, habiéndome visto obligado a hacer un rodeo para llegar irista al alcázar.

—¿Sabes lo que quiero?

—Si vuestra alteza tiene a bien decirme...

—Ayer me distes quinientos ducados.

—Tuve la honra de complacer a vuestra alteza.

—¿Te acuerdas de las palabras que me dijiste al entregarme el dinero?

—Al digneos vuestra alteza darme las gracias, le contesté que no las merecía, porque todo lo que poseía era de vuestra alteza, como mi príncipe y señor.

—Pues bien, voy a disponer de lo que es mío—replicó don Carlos—. Vuelve a tu casa, toma cien mil ducados y tráelos antes de media hora.

Palideció Grimaldo, abrió extremadamente los ojos, y no pudo articular una palabra.

—¿Me has entendido?—replicó don Carlos.

—Señor...

—¿Qué aguardas?

—Vuestra alteza quiere arruinarme, yo no puedo tan crecida suma, os lo juro, señor.

—Pues yo te juro, que al dentro de media hora

no me traes los cien mil ducados, tú y toda tu familia os acordaréis de mí.

—Por Dios, señor — dijo humildemente Grimaldo.

—No me hagas perder tiempo, o ¡vive Dios! que te echo por esa ventana.

El infeliz comerciante cayó de rodillas, y con lágrimas en los ojos, exclamó:

—Tenga vuestra alteza compasión de mí.

—¿No me has dicho, bellaco, que cuanto poseas es mío?

—Es verdad, señor; pero ya pudo comprender vuestra alteza que aquello era un cumplimiento de los que frecuentemente se usan.

—¿Y quién, miserable, te ha dicho que estás autorizado a gastar cumplimientos con un príncipe? ¿Cómo había yo de creer semejante cosa? ¿Cómo pensar que a tanto te atrevieses hablando conmigo? Los cumplimientos se usan de igual a igual. Dí que te has arrepentido de haberme hecho caso de cuanto poseas, porque menos delito es esto que el atreverse a usar de cumplimientos con tu señor.

—Creed, señor, lo que mejor os parezca; pero no me arruinéis, porque si os entregase cien mil ducados, mañana no podría dar de comer a mis hijos.

—Levanta, villano—exclamó el príncipe fuera de sí—, y no gastes el tiempo en súplicas que no han de ablandarme. Elige entre tu vida y los cien mil ducados.

El pajeecillo, que no había tomado parte en la conversación, vió que el príncipe iba a concluir por dar uno de los escándalos que tanto mal le habían hecho, y para evitarlo dijo:

—Permítame, señor, que interceda en favor de este hombre, que si bien merece un severo castigo, no debe imponérsele tan cruel como el de arruinarlo.

—¿Por qué tanta ternura, hermoso niño — dijo Grimaldo —. Rogad a su alteza que tenga compasión de mí.

—En vano me suplicaréis—replicó don Carlos.

—Que nos perdemos si se escandaliza — dijo Luis al oído del príncipe.

—¿Pero no ves—repuso éste—, cómo se ha burlado de mí?

—Rebajad la suma—dijo el paje—, ¡ que esto quede concluido.

—Traeré a su alteza cincuenta mil ducados, y es cuanto tengo en mi casa.

—No ha de ser lo que tú digas, bergante.

—Traed sesenta mil—dijo el paje— a la vez que hacís levantar a Grimaldo y lo empujáis hacia la puerta.

—Los traeré, los traeré.

—Antes de media hora, bribón.

—Antes de veinte minutos—dijo el comerciante saliendo a buen paso para no dar lugar a que el príncipe se arrepintiese.

Al cabo de un cuarto de hora los sesenta mil ducados estaban en poder del príncipe (1).

Cuando hubo recibido el dinero don Carlos, el pajeillo le dijo:

—Sed más cauto y más prudente.

—No soy poco. Mira.

Y don Carlos enseñó a Luis una ingeniosa cerradura, construida por uno de los artífices que trabajaban en El Escorial, y que había colocado en la puerta de modo que por medio de unos cordones que corrían por garruchas, podía abrir y cerrar el príncipe desde su cámara, a cuya cabecera colocaba al acostarse su espada y daga desnudas y un arcabuz cargado (2).

La situación en que aquel desdichado mancebo se había colocado con respecto a su padre, le hacía temer fundadamente una sorpresa.

— — —

(1) Este hecho resulta de una relación de un ayuda de cámara del príncipe.

(2) Histórico.

CAPÍTULO LIX

El príncipe recibe una buena noticia, otra mejor la de Eboli, y mejor que todos Antonio

A la mañana siguiente, y a las diez poco más o menos, hallábase el príncipe don Carlos solo en su habitación, y colocado junto al armario que ya conocemos, ocupábase en arreglar y empaquetar gran porción de papeles, entre los cuales se hallaba su correspondencia secreta y la del barón de Montigny.

—Si estuviese aquí el paje—decía—, me aconsejaría que quemase estos papeles para evitar que pasaran a otras manos; pero como me pueden ser muy útiles, y he de permanecer poco tiempo en Madrid, no tengo miedo que así suceda.

Cuando más embebido estaba en su arreglo, el espiá Antonio entró para anunciarle que un caballero que no había querido decir su nombre deseara hablarle.

—¿No quiere decir su nombre?—preguntó don Carlos.

—Dice que es el que vuestra alteza espera.

—Sí, sí, que entre.

Y a los pocos instantes se presentó el que pedía audiencia.

—El cielo os envía—exclamó don Carlos estrechando con alegría las manos del recién venido—. Tan a tiempo venís, como si hubiéseis estado aguardando el momento más oportuno.

—Me felicito por ello, señor, mucho más por el éxito que ha tenido mi viaje.

—¿Traéis dinero?

—Ciento cincuenta mil ducados.

Al oír estas palabras levantóse el príncipe, y con los ojos radiantes de alegría y frotándose las manos, empezó a dar vueltas por la habitación.

—Bien, ¡vive el cielo!, bien, mi buen amigo, ya soy feliz. Mañana o pasado a más tardar perderé de vista este alcázar para no volver a él sino empujando el cerro de Castilla en una mano, y en la otra la espada de mi justicia para exterminar a los miserebles hipócritas que me han perseguido.

Partes repentinamente don Carlos; un velo sombrío anuló su semblante y repuso:

—Mañana a Flandes a defender a la humanidad ultrajada, a luchar contra la arbitrariedad y la tiranía. La sangre de los vasallos queridos de mi noble abuelo, inunda aquella tierra como antes inundaban las aguas de los mares. Sus sacrosantos fueros han sido hollados por la mano de un hombre, cuyo solo recuerdo llenará de horror a la posteridad. Los industrioses hijos de aquella desdichada tierra, han visto encadenadas sus manos, tras sus manos sus pensamientos, y tras su pensamiento su conciencia. Yo romperé esas cadenas que forjó la tiranía, y sus brazos libres volverán a empuñar las armas con que han de defender sus libertades, y su pensamiento se remontará con todo el libre albedrío que le diera el Criador, y su conciencia podrá manifestarse sin miedo a los verdugos que hoy la persiguen. Marqués de Bergen, mártir de tu patriotismo. Flandes sabrá levantarte una estatua en cada plaza, y yo guardaré tu nombre en mi corazón. Barón de Montigny, no he podido romper tus cadenas; pero yo sabré vengarte de tus enemigos, que son los míos. No habrá tregua ni compasión... ¡Venganza en nombre de la humanidad perseguida, ultrajada, vilipendiada!

Y con las fuerzas de un loco, y mientras sus ojos dejaban escapar centellas, apretó don Carlos la empuñadura de su daga. En aquellos momentos estaba poseído de un entusiasmo ardiente, casi frenético, y como si ya fuese dueño de la corona de Castilla, antojábasele que podía comenzar a dictar las leyes sugeridas por sus exageradas ideas.

Indudablemente, si el príncipe don Carlos hubiese llegado a sentarse en el trono, España hubiese visto repetirse en su seno los trastornos que habían conmovido pocos años antes a Inglate-

—¡Porque el príncipe no se hubiera contentado con una tolerancia religiosa y política, racional y justa, como la que hemos alcanzado en nuestros días: él hubiera dado la más amplia libertad a la conciencia y a la palabra, porque, como decía él mismo, "pensar y hablar eran una misma cosa".

Aquel arrebatado entusiasmo en que el regio conde empleó gran parte de las fuerzas de su espíritu, concluyó por una especie de abatimiento que lo dejó lánguido y como rendido de fatiga.

—¿Dónde tenéis el dinero?—dijo a la vez que se sentaba.

—En mi pasada, señor.

—¿Cuándo me lo traeréis?

—Esta noche si vuestra alteza no manda otra cosa, porque así evitaremos que observen los curiosos.

—Tengo tanta impaciencia, que me parece que ya ha de llegar a verlo en mis manos.

—¿Quiere vuestra alteza que lo traiga ahora?

—No; pero me voy contigo para verlo, para tocarlo y convencirme de que no sueño.

Y con una alegría infantil, levantóse el príncipe, se puso su sombrero, y embozándose su capa, añadió:

—Vamos, vamos.

Luego, acompañado del caballero, salió sin cuidarse de cerrar el armario en que tenía colocados los papeles de que ya hemos hecho mención.

Pocos momentos después volvió: levantarse el tapiz que cubría la puerta, y la cabeza de Antonio asomó. Su mirada se espació por el aposento como para cerciorarse de que nadie estaba allí. Entonces entró cautelosamente, y trémulo como el ladrón que teme ser sorprendido. Sus vivos ojos se iluminaron con una alegría indescriptible al observar que el armario estaba abierto.

—Hoy es un día feliz—murmuró—. He escuchado una conversación interesantísima que me valdrá algunos escudos: y si no me equivoco, podré apoderarme de unos papeles que también me valdrán, no algunos escudos, sino todo el oro que yo desee.

La avaricia, pasión que en el más alto grado

dominaba a Antonio, le hizo estremecer de alegría, y olvidándose del peligro que podía correr, se dirigió al armario, y en un segundo recorrió con su vista todo el interior del mueble. Luego se apoderó de los papeles que en él había, y examinándolos rápidamente contruvo con dificultad un grito de júbilo al ver la correspondencia del príncipe de Montigny.

—¡Oh!, éstos son, éstos son—dijo.

Y estrechó contra su pecho los papeles.

—La princesa me dará oro; mil ducados, diez mil, veinte mil, cien mil... Quanto yo la pida.

Las manos de aquel miserable temblaban convulsivamente y su pecho estaba agitado por una violenta emoción de frenética alegría. Movíase ella concierto sus redondas ojos, y en su avariciosa embriaguez ni aun había pensado en alejarse de aquel lugar.

Al fin, después de dar mil vueltas a los paquetes de cartas y de acariciarlos como la madre que acaricia al hijo a quien encuentra después de haberlo llorado perdido, salió de la estancia y se encaminó en busca de la princesa de Eboil después de haber ocultado los papeles bajo su ropilla.

Hallábase doña Ana con su marido tratando de sus intrigas, cuando Antonio llegó.

—¿Qué os trae?—preguntó la dama.

—Vengo a deciros—contestó el espía—que su alteza acaba de recibir una visita.

—¿Quién es?

—No lo sé; pero sí he colegiado por las palabras que he escuchado, que el recién venido acaba de hacer un viaje.

—¿Ha dicho a donde?—preguntó la princesa.

—¿A Simancas tal vez?—añadió Ruy Gómez.

—No ha dicho de donde viene.

—¿Qué han hablado?

—El viajero ha dado al príncipe la noticia de que le traía ciento cincuenta mil ducados.

—¡Ciento cincuenta mil ducados!—repitió el de Eboil.

—Proseguid—dijo doña Ana.

—Su alteza ha dicho que era ya feliz, y que

mañana o pasado mañana emprenderán su viaje para Flandes.

—¿Eso ha dicho?

—Con las mismas palabras que es lo repito.

—Gracias, señor Antonio, os recompensaré largamente.

—Agradezco vuestra generosidad.

—Tomad—dijo Ruy Gómez dando al espía un puñado de monedas de oro y plata.

—Ahora—prosiguió Antonio después de guardar las monedas—quiere consultaros otro asunto.

—¿Cuál es?

—Me habéis dicho que sería muy interesante apoderarnos de los papeles del príncipe.

—Sí, mucho.

—Como tal vez haya ocasión...

—Sí, sí, hacédlo, y tendréis oro, mucho oro—exclamó doña Ana con marcada emoción de alegría.

—Es que... es muy peligroso...

—¿Tenéis miedo?

—Estimo en algo la vida, y ya veis...

—¿Y no estimáis en nada vuestra fortuna?

—Sí, pero es mucho arriesgar...

—También será mucho lo que ganaréis si salís adelante con vuestra empresa.

—Yo supongo, señora, que pudiera apoderarme de los papeles sin ser visto de nadie; pero como el príncipe los echaría luego de menos...

—¿Y qué os importa?

—Ya sabéis que su alteza me mira con prevención.

—Sí, pero una vez que hayáis entregado los papeles saldréis de Madrid tan bien provisto de dinero que nada necesitáis para acabar tranquilamente los días de vuestra vida.

—Para eso sería menester que yo poseyese una cantidad...

—¿Queréis estipular antes el precio de vuestro servicio?

—Dios me libre de semejante cosa — contestó hipócritamente Antonio —, tratando con una dama de vuestra clase.

—Entonces...

—No es más que una observación que se me ocurre.

—Observación que queda contestada, con decir que debéis comprender que yo os protegería siempre en cualquier apuro.

Pero Antonio, que a toda costa quería saber la cantidad que le valdría su traición antes de entregar los papeles, repuso:

—En tan poco me tengo, señora, que nunca he podido pensar que me protegería una dama como vos.

Ella de Eboli comprendió cuanto pasaba en el interior del espía, y afanosa por tocar el resultado de aquella intriga, dijo:

—Sepamos de una vez cuanto queréis, y de este modo ahorraremos tiempo.

—Señora...

—Habéis dicho que necesitaríais poseer una cantidad de consideración para estar a cubierto de todo.

—Como me hablásteis de pasar tranquilamente mi vida...

—Pues bien, para tranquilizaros, os diré que podéis contar con tres mil ducados si me entregáis los papeles del príncipe.

Los ojos del espía brillaron, e involuntariamente llevó sus manos al sitio donde tenía ocultas las cartas.

—Tan lejos estoy—dijo—, de estipular precio alguno ni de imponeros condiciones, que adelantándome a vuestros deseos, me he apoderado ya de los papeles.

Ruy Gómez y su esposa dejaron escapar un grito de alegría.

—¿Los traéis?—dijeron a la vez.

—Tomadlos—contestó Antonio.

Y puso las cartas en manos de la princesa de Eboli.

Ella dejó escapar un segundo grito; su rostro palideció, agitóse su cuerpo, y de sus ojos se escaparon dos centellas...

El príncipe don Carlos estaba perdido.

Doña Ana puso término a la conversación, por que quería examinar cuanto antes los papeles.

Ruy Gómez de Silva salió del aposento, volviendo pocos minutos después con un pequeño saco lleno de monedas de oro, que entregó al traidor.

—Dejadnos ya—dijo entonces la dama.

Media hora después caballero en una muía abandonaba Antonio a buen paso la coronada villa.

CAPÍTULO LX

¡Pobre Blanca!

Aquel mismo día echó el príncipe de menos la correspondencia que le habían robado, y supo que en efecto Antonio había desaparecido, por lo que no muy fácil deducir que éste había sido el traidor.

Don Carlos desahogó su cólera en gritos, amonrazas, y aun golpes, descargados sobre algunos de sus sirvientes; pero al fin convencióse de que era una cosa sin remedio, de que estaba perdido, y de que tenía que acelerar su fuga cuanto le fuese posible.

La noticia del robo de los papeles llenó de consternación a la reina y desesperó al paje.

El príncipe y sus amigos salían y entraban, iban y venían, y conferenciaban sobre los medios de abbreviar el tiempo de la marcha, mientras que Ruy Gómez preparaba el ánimo del rey antes de entregarle los papeles robados a su hijo.

Casi todo aquel día y aquella noche le pasaban reunidos el príncipe y el paje; avisaron a Fern León y a sus camaradas para que estuviesen prevenidos, y convinieron al fin que al día siguiente pedirían ocho caballos al correo mayor de su majestad.

Por medio de Blanca, pidió Don Carlos a la reina una entrevista para la noche siguiente, con el objeto de despedirse de ella; y asegurándose de que la cerradura de su puerta estaba en buen estado y de que sus armas estaban bien preparadas acostóse para descansar de las fatigas de aquel día.

El sueño apenas pudo cerrar sus ojos aquella noche y al despertar la aurora levantóse otra vez, más fatigado que antes.

Aunque nada se sabía en la corte de lo acontecido el día anterior, sin poder explicarse por qué, todos presagiaban una gran desgracia, se hacían misteriosos comentarios sobre la conducta del rey con su esposa y con su hijo, y cada cual traducía a su manera lo que sin saber presumía.

Los rostros de los cortesanos estaban taciturnos, hablaban al rey con cierta especie de temor, y parecían recelosos los unos de los otros según se miraban con aire desconfiado. Ninguno podía darse cuenta de lo que en su interior sentía; pero todos estaban mal humorados, y lo achacaban a que no se veían sino semblantes taciturnos.

A las cinco de la tarde hallábase Blanca en su aposento sentada junto a su hermoso paje.

Los ojos de la doncella estaban húmedos por el llanto, y fijaron en Luis una mirada de la más cariñosa ternura.

—¿Por qué lloráis, señora mía?—le preguntó con dulzura el pajecillo.

—¿No he de llorar al quedarme sola en el mundo, sin más recuerdo que el de mis desdichas, sin más esperanza que la de una dolorosa y lenta agonía?

—¿Y por qué os encerráis en un convento? Desistid de esta idea, y yo en vez de marchar a Flandes me quedaré a vuestra lado para prestaros consuelo y para servirlos de apoyo. Renunciaré a todas mis glorias que tanto anhelo; a mi porvenir, y pasaré mi vida con vos, porque os amo como a una madre, como a una hermana, porque no tengo en la tierra a nadie a quien amar.

—No, Luis; el bullicio del mundo me atormenta, y mi dolor no encuentra otro consuelo que el del llanto y la soledad. No renuncies a tus glorias ni a tu porvenir; aléjate de mi lado, y en otro mundo que el de este alcázar déjate llevar de los impulsos de tu gran corazón. Tenga yo al menos el consuelo de saber que serás feliz algún día. Huérfana como tú, en ti puse todos mis cuidados: bien pagados me los dienes: mucho has llorado con-

migo, niño inocente, a quien el mundo y las desgracias han convertido en hombre en tan temprana edad.

—¿Y qué me importa mi porvenir?—replicó el paje, cuyos negros ojos se humedecieron—. ¿Qué las glorias que afana mi deseo y que quizás me niegue la fortuna, si sé que lloráis y que el dolor acaba vuestra existencia? Yo quiero llorar con vos, con vos gozar, con vos morir, porque sois mi madre, mi hermana, mi amiga, mi providencia, en fin. Renunciad a vuestro proyecto, alejémonos del alcázar si queréis; pero vamos a donde juntos podamos pasar la vida, llorando si el dolor no cesa, felices y tranquilos si el tiempo calma vuestra aflicción. Salve yo al príncipe, y luego, vuestro soy para siempre.

Abundantes lágrimas corrían por las mejillas de Luis, que ahogado por los sollozos se arrojó en los brazos de su señora.

—Sufres mucho. ¿no es verdad?—le dijo la doncella—. ¡Pobre niño! mi protección y mi cariño te han hecho desgraciado. ¡Noble corazón!

Y con la ternura de una madre, estampó un beso en la frente de aquella desdichada criatura.

Reinó un profundo silencio.

Las lágrimas de Blanca caían sobre la sedosa cabellera de Luis, y las de este al raso seno de aquella.

Inexplicables dolores atormentaban a aquellas dos seres de noble y generoso corazón, nacidos para el bien, pero extraviados por un momento en la senda del mal y a impulsos de un mismo dolor, sedientos de una venganza que ya empezaban a reconocer como criminal.

Imposible nos sería hacer comprender cuántas ideas desgarradoras, cuántos recuerdos, gratos los unos, tristes los otros, producían aquel llanto.

Pensaba la doncella en los días de incomparable felicidad que había pasado decidida en las ilusiones de un ardiente amor, y luego recordaba la noche fatal en que exhalara su amante en sus brazos el último aliento. Representábanse en su imaginación las gratas horas de su inocente infancia y las caricias de su madre, para compararlas en

seguida con la triste soledad y el absoluto aislamiento que le esperaba. Había sido para ella un goce puro, inmenso. La idea de haber amparado al desvalido Luis, y ahora iba a verlo alejarse de su lado para morir tal vez entre los horrores de una cruda guerra.

Todos estos dolores, todas estas amarguras atormentaban también al desdichado niño, y a sus tormentos se añadía el del convencimiento que adivinaba de que jamás podría ser feliz, porque sabía que Blanca moriría, consumida por el llanto.

Por largo rato sintiéronse palpar unidos aquellos dos corazones, grandes como ninguno, como ninguno sensibles, nobles y generosos.

Al fin el paje rompió el silencio, y desprendiéndose de los brazos de su señora, exclamó:

—Aún no ha llegado el momento de nuestra despedida, ¡voto a mis calzas!

—Cercano está—replicó la doncella.

—Perdonad, señora — repuso Luis procurando dominar su emoción—: perdonadme si soy un niño más débil que vos, y os aflijo y os entristezco en vez de consolaros.

—Ningún consuelo puedes darme mayor que el de tu ternura. ¿Qué más grato para el que padece, que ver que hay corazones que toman parte en su dolor?

—No, no; yo debo infundiros ánimo. Y sobre todo, como aún no ha llegado el momento de nuestra separación, debemos gastar el tiempo en hablar de todo menos de nuestros pesares. Consolaos, pues; no me quitéis con vuestro llanto el valor, que ya ha cerrado la noche y tengo que ocuparme de los asuntos del príncipe.

—¿Vas a salir ahora?

—Voy a buscar al señor Pero León y a su camarada Diego, para que esta noche no dejen los alrededores del alcázar por lo que pudiera ocurrir.

—¿Temes algo?

—Todo y nada. El rey ha mandado a decir al cardenal Espinosa que no deje de venir precisamente esta noche; y como no hay ahora ningún asunto urgente de Estado, presumo que la consulta deba ser sobre el príncipe. Su majestad tendrá

ya en el poder las cartas robadas a don Carlos, que lo comprometen de tal manera, que no dudo se tome alguna determinación grave.

—Sé prudente, Luis. No olvides que eres la única persona que me queda que amar en este mundo, y que si te sucede alguna desgracia, el dolor me mataría.

—Desculdad, señora, nada temáis por mí. Ya sabéis que soy cauto. Enjugad vuestras lágrimas, id a ver a la reina y hacedle compañía mientras yo vuelvo.

Envolviéndose el pajecllo en su capa, y salió después de recibir en la frente un fraternal beso de su señora.

CAPITULO LXXI

De cómo se miraron con desconfianza los que debían ser los mejores amigos

Tenemos que interrumpir los relatos de los sucesos que el capítulo anterior nos ocupaban, porque ya es tiempo que demos a conocer el secreto de grandísima importancia, y que era guardado mucho más cuidadosamente que los secretos de Estado.

Ya hemos visto a Blanca arrepentida, lo cual no debe sorprender, pues era imposible en un alma tan generosa y grande como la suya, se mantuviese vivo el criminal deseo de la venganza más tiempo de que tardase en pasar el primer arrebatamiento del dolor.

Más digna de compasión que nunca era desde aquel día la noble doncella, porque doblemente triste debía ser su vida al principiar este período de sufrimiento que pudiéramos llamar tranquilo, silencioso, incansante, sin esperanza, y sin más desahogo que el llanto, sin que sea posible que surja otra idea que la horrible de la muerte, porque es el descanso,

Sucedíale a la infeliz Blanca lo que rara vez sucede, que aún amaba al marqués de Poza como si éste no hubiera dejado de existir, como si la fría losa del sepulcro estuviese entre sus corazones, como si el corazón del marqués no estuviese ya convertido en polvo y confundido con el de la madre tierra.

¿En que consistía esto?

No sabemos explicarlo, ni tiene explicación, sino diciendo que el instinto sostenía la pasión devoradora de la doncella.

¿Dudaba acaso de la muerte del marqués?

No dudaba, porque lo había visto morir entre sus brazos; pero si su razón estaba convencida, y permitásemos la frase, no quería convencerse su corazón.

Se dice que a la mujer no la engaña su instinto, y así debemos creerlo a juzgar por Blanca.

No quería convencerse su corazón, y es la verdad que su corazón no se equivocaba, y vamos a presentar la prueba.

Pensaba Luis en todo, aunque no decía todo lo que pensaba, y uno de los propósitos sobre que guardó absoluta reserva fué el de proporcionar a su señora un consuelo, que aunque muy triste, era consuelo al fin para un alma como la suya.

Precipitábanse los sucesos, acercábase por momentos el desenlace, y Luis comprendió que muy pronto, y cuando menos lo esperase, tendría que abandonar el alcázar, huir y buscar refugio en extraña tierra, mientras que su señora se encerraba en un convento para llorar y sufrir hasta que el Omnipotente dispusiera de su vida.

No quería el paje que los sucesos lo cogiesen desprevenido, ni exponerse, por falta de tiempo, a dejar de satisfacer el deseo, que para él era un deber sagrado, y proporcionar a Blanca el consuelo a que nos referimos; y he ahí por qué decidió hacer aquel día lo que tenía meditado.

¿No debía ser para Blanca muy consolador arrodillarse y orar sobre la sepultura del marqués regándole con su llanto?

¿No sería para la infeliz un tesoro de valor inestimable cualquiera de las prendas que tenía sobre

su cuerpo al morir el hombre a quien amaba todavía con pasión inextinguible?

Estas preguntas se las había hecho el paje muchas veces y la contestación no era dudosa.

—Tendrá ese consuelo, y lo que para ella será una reliquia—dijo el travieso niño.

Y ya no vaciló, sino que esperó el momento oportuno.

Para que se comprenda lo que vamos a referir, tenemos que dar algunas explicaciones que antes no hemos dado, porque eran innecesarias.

No habrá olvidado el lector que Ruy Gómez de Silva, en una de las galerías del alcázar y en medio de la obscuridad, le dijo al comendador Maldonado que aquella noche debía morir el marqués de Poza, según había decidido el rey.

Era el comendador el más leal vasallo de Felipe II, severo hasta el último grado de la severidad, incapaz de cometer la más leve falta cuando se trataba del cumplimiento de sus deberes; pero su lealtad, su adhesión al rey y sus opiniones contrarias a los rebeldes flamencos, a quienes consideraba, no solamente enemigos del monarca, sino de la religión, nada tenía que ver con sus sentimientos nobles, que lo eran mucho, con su inclinación a hacer bien, inclinación tan marcada, que muchas veces había hecho grandes sacrificios y aun arriesgado la vida por favorecer a un amigo o un desconocido.

No creyó prudente el buen Maldonado hacer ninguna observación cuando supo que se trataba de asesinar al marqués; pero se sintió horrorizado y su primer impulso fué el de evitar que se consumara el crimen.

Sin pensar que podía comprometerse, hizo lo que Blanca, es decir, buscó al de Poza, no lo encontró, y dejándose llevar de sus nobles impulsos, salió del alcázar y corrió hacia Santa María.

Entonces volvía la doncella, trastornada, casi loca por el dolor.

Maldonado se convenció muy pronto de que había llegado tarde, aunque todavía no habían exhalado el último suspiro ni el marqués ni su criado.

Junto a éstos había dos hombres, que examina-

ban atentamente a los heridos: eran un hermano del comendador y un médico, en el que se podía depositar ciega confianza.

De la escena que tuvo lugar entonces, no daremos detalles sino cuando sea oportuno, y ahora sólo diremos que el comendador hizo comprender a su hermano la necesidad de que todo el mundo creyese que el marqués había muerto.

Apareció una ronda a los pocos minutos, declaró el médico que el de Poza era ya un cadáver, y que el criado moriría muy pronto: y como el comendador vivía muy cerca, en la calle de San Nicolás, ofreció su casa para socorrer al herido y depositar el muerto hasta que se le diese sepultura.

Esto lo sabía todo el mundo, y tampoco ignoraba nadie que la tarde del siguiente día el marqués fué enterrado en la Iglesia de San Justo, donde su familia tenía panteón propio.

El entierro se hizo sin pompa, silenciosamente, y sin más acompañamiento que el del hermano del comendador y el médico, pues ya había caído sin que se supiese cómo, la voz de que el de Poza había muerto por orden del rey, y ninguno de sus amigos se atrevió a rendir el último tributo de respeto al cuerpo del que en vida había sido por todos adorado.

Ni aun el comendador creyó prudente hacer lo que su hermano, y éste no vaciló para cumplir aquel deber tan humanitario como religioso, fué por la circunstancia de que vivía retirado del mundo, y no se cuidaba de éste, ni del monarca, ni de ninguna intriga, y sólo deseaba terminar pronto los asuntos que le habían obligado a venir a la corte, y volver a su solitario y silencioso retiro.

Desde entonces Blanca y el paje miraron con tanto cariño al comendador; pero no se atrevieron a manifestar lo que sentían, porque hubieran tenido que dar explicaciones sobre el motivo de su gratitud, y sabemos ya cuánto les importaba guardar el secreto de los tiernos lazos que los habían unido al marqués.

Bien sabían que el comendador era honrado hasta el último grado de la honradez: pero al fin era uno de los más ardientes partidarios de Fel-

pe II, y la prudencia aconsejaba que no se les diese a conocer el importantísimo secreto de quién era el diablo, el defensor del príncipe, el perseguidor tapaz de Ruy Gómez de Silva, de doña Ana y aun del rey.

Hay secretos que a nadie, absolutamente a nadie pueden confiarse, porque nadie puede responder de sí mismo en un momento fatal de trastorno.

Sin embargo la mayor dicha para Blanca hubiera sido decir al comendador que ella amaba al marqués de Poza, que ella y su travieso paje eran los que trabajaban sin cesar y arriesgaban la vida para conseguir que aquel horrendo crimen se castigase, porque entonces hubiera sabido la infeliz que el marqués vivía, y que en su lugar había enterrado al sirviente, de quien nadie, ni la justicia, volvió a cuidarse.

Enemigo de las intrigas era Maldonado; pero ella tenía constantemente la atención en las que ya conocemos, y tanto daban por hablar entonces, y ahogaba la esperanza de averiguar quién era el amigo misterioso del marqués, quién la mujer amada por éste. Y no se proponía satisfacer su curiosidad ni mucho menos convertirse en delator, sino hacer un beneficio inmenso a dos criaturas desgraciadas.

Guardaba el comendador el secreto, y de todos desconfiaba; la doncella y su paje hacían lo mismo, y así pasaban los días, y la infeliz joven sufría horriblemente y más cada vez, y acabaría por morir con el alma destruida por el dolor, y sin sospechar que dejaba en el mundo al hombre que tanto amaba.

Tal era la situación el día en que estamos.

Había trazado Luis su plan, y seguro de representar hábilmente su papel, encaminose a la calle de San Nicolás y entró en la vivienda del comendador Maldonado.

—¿A quién buscáis?—le preguntó un sirviente.

—Al señor comendador — respondió el paje—, y podéis decirle que vengo del alcázar real, y tengo que hablarle de un asunto de mucho interés.

—¿Conque venís de parte de su majestad?..

—No.

—Entonces...

—Repetid más palabras, que no puedo daros más explicaciones.

Pocos minutos después el paje se encontraba en presencia del comendador, que lo conocía sobradamente, y que le dijo con tono de sorpresa:

—¡Tú por aquí!

Ya sabemos que al paje lo tuteaban todos los cortesanos.

—En cuerpo y en alma, caballero, ya lo véis—respondió Luis—, y si a mal no lleváis, me sentaré, porque hemos de conferenciar con algún detenimiento sobre un asunto que si para vos tiene importancia, la tiene para otra persona a quien debo servir.

Maldonado fijó una mirada escudriñadora en el paje.

Llamábase mucho la atención la visita de ésta.

¿De parte de quien iba?

Debía suponerse que lo enviaba su señora, y el comendador dijo para sí:

—¿Será doña Blanca la mujer de quien habla el de Poza en los momentos de delirio?

Lucho añadió en voz alta:

—Ya sabes qué te quiero, como todos te quieren, y que tu visita me complace.

—Gracias

—Según parece has venido para cumplir las órdenes de otra persona.

—Así es.

—Muy bien—repuso el comendador, sonriendo benévolaemente—; esa persona ha tenido acierto para elegir embajador, y me atrevo a jurar que ahora representas a una dama tan ilustre como bella y virtuosa.

—Todo es posible, caballero; pero no juréis porque si os equivocáis...

—Calló y le escuchó.

—Me envía su alteza.

—¡Don Carlos! — exclamó sorprendido el comendador.

—Sí, pues aunque no soy su criado, ni puedo

tan poco decir que tengo la honra de ser su amigo como es caprichoso, en vez de acudir a otra persona o de habláros el mismo, lo cual han podido hacer, se sirve de mí, de un niño, de un pobre diablo, que mal puede representar el heredero del trono el que apenas representa algo en el mundo.

—Si así continúa explicado, no ha de arrepentirse su alteza de haberle nombrado embajador.

—No me sorprende vuestra indulgencia, señor conde, porque vuestros nobles sentimientos son bien conocidos, y precisamente sobre este punto hemos de hablar.

—No adivino...

—Perdonad si divago.

—Tu conversación me agrada.

—Hace poco más de un mes, que tuvo lugar un suceso tristísimo, horrible, y que vos, siempre generoso, obedeciendo siempre los nobles impulsos de vuestro corazón, hicisteis cuanto os era posible hacer en favor de un desgraciado.

Ligera palidez cubrió el rostro de Maldonado; empezó a comprender que se trataba de la muerte del marqués de Pozo, pero disimuló, manifestó extrañeza y dijo:

—Torpe debo ser, o fallo de memoria, porque...

—Caballero, no es posible que hayáis olvidado al marqués de Pozo.

—¡Ah!...

—Cerca de esta casa fué asesinado el infeliz...

—Y también el criado que lo acompañaba.

—Sobre ese crimen se ha rumoreado mucho, se han dicho cosas de tal naturaleza...

—No sé, no sé — interrumpió Maldonado, a quien empezaba a desagradar mucho la conversación.

—Lo que todo el mundo ha oído...

—Ya sabes que, por carácter y por costumbre, ni escucho, porque no soy curioso, ni hablo, porque soy prudente.

—Es igual para el caso.

—Quiero que conste así.

—Ella es que, cumpliendo un deber piadoso, aquella noche horrible...

—Ofrecí mi casa, hice lo que acabas de decir,

cumplí un deber piadoso, ni más ni menos que hubiera hecho cualquiera.

—Hasta el mismo Rey Gómez de Silva, ¿no es verdad?—replicó Luis con imprudente ligereza.

Se contrajo la frente del conculador.

—No sé—dijo con tono que revelaba su disgusto—, no sé lo que el príncipe de Eboli tiene que ver en este asunto, ni para qué hemos de nombrarla. Se trata del marqués de Poza, que fue asesinado junto a la iglesia de Santa María.

—Y a cuyo cadáver dísteis honrosa sepultura.

—Mi hermano cumplió ese deber.

—No ignoráis, porque nadie lo ignora, que el marqués era amigo del príncipe don Carlos, muy amigo.

—Eso dicen.

—Y su alteza, que os agradece...

—De su gratitud tengo pruebas—interrumpió Maldonado, que no olvidaba la pesadísima broma de la nieve puesta en su sombrero por el príncipe, broma de que ya oíais hablar al monarca.

—Caballero.

—Mi querido, Luis perdemos el tiempo.

—Crea que no.

—Has venido para decirme no sé qué de parte de don Carlos.

—Sí.

—¿Por qué no manifiestas el objeto de tu comisión?

—Tanto me complazco en reconocer vuestras bondades, que me olvido de lo demás.

—Si tienes tanto corazón como inteligencia, serás un gran hombre.

—Cuando llegue la ocasión, que pronto llegará, me conoceréis—repuso Luis.

Maldonado guardó silencio.

Temía que se le tendiese un lazo, lo cual nada tenía de sorprendente en aquella época de intrigas y de traiciones.

¿Por qué el príncipe don Carlos se servía de un niño para desempeñar una comisión que parecía delicada?

¿Se había llegado a sospechar que el marqués vivía?

parecía bien al comendador ser muy reservado y muy prudente, y no pronunciar más palabras que las absolutamente precisas, poniendo fin a la conversación cuanto antes le fuera posible.

De un niño nadie desconfía, y ¡la vez pensando así había convertido al paje en instrumento de alguna intriga.

—Vuelvo a escucharte — dijo el comendador después de algunos minutos.

—Aquí fué depositado el cadáver del marqués; de aquí salió para la sepultura...

—Es verdad.

—También aquí debe haber quedado algunas de las prendas que vestía; tal vez su camisa manchada de sangre que de su herida brotó.

—Lo ignoro.

—Esas prendas—repuso Luis con voz alterada por su emoción dolorosa—, ningún valor tienen para vos, y son un tesoro para quien amaba al marqués como lo amó don Carlos; son un recuerdo inestimable, son como una reliquia sagrada...

—Comprendo, comprendo.

—Su alteza os vivirá eternamente agradecido, si le entregáis esas prendas, siquiera una...

—No puede ser—respondió Maldonado.

—¿Os dignaríais decirme por qué?

—Por la sencilla razón de que fué con su ropa a la sepultura.

—Su sombrero.

—En la calle debió quedar aquella noche.

—Su espada, su daga...

—Están en poder de la justicia.

—Siempre llevaba el marqués un relicario de oro guarnecido de diamantes.

—¿Cómo sabes eso?

—Tuvo la bondad de enseñármelo una vez, porque ya sabéis que he merecido la confianza de todos, y me dijo que era un recuerdo de su madre.

—Pero ese relicario...

—Debió quedar en vuestro poder.

—Sí—dijo contra su voluntad el comendador.

—Entonces...

—Guardaré esa prenda.

—¡Que la guardéis!

—Si algún pariente del marqués se presentase

—Ninguno existe.

—Pues bien—repuso Maldonado, que deseaba terminar la conversación—, decidle a su alteza que tanto derecho tiene a conservar ese recuerdo como yo, y por consiguiente...

—Reflexionad.

—A menos que su majestad dispusiese otra cosa...

—¡Oh!... Nadie os conocería en este momento—replicó enérgicamente Luis.

—¿Y por qué?

—Se trata de hacer un beneficio, de proporcionar un consuelo, y vos, tan noble, tan generoso siempre...

—Pues bien -- interrumpió Maldonado como quien se decide a decir lo que debiera callar—puesto que te empeñas lo sabrás todo, y...

Repentinamente guardó silencio, dióse una palmada en la frente y exclamó:

—¡Ah!... Me ocurre una idea.

Y fijó en el paje la mirada con más insistencia que nunca, diciendo luego:

—Tú también eres bueno, hermoso niño, y tengo la seguridad que te complaces en hacer un beneficio.

—Gracias caballero.

—Ayúdame, y me proporcionarás la más dulce satisfacción, y tú la tendrás también.

Estas palabras de Maldonado eran incomprensibles, y quizás por primera vez en su vida el paje se sintió aturdido y respondió:

—Si no os explicáis más claramente...

—Antes has dicho la verdad: todos tienen en tí la más ciega confianza, y de esto resulta que para tí no hay secretos.

—Sé muchas cosas, es verdad; pero no olvidéis que la fama exagera.

—No es posible que haya en la corte galanteos o amor oculto para tí.

—Porque oculto no puede estar el amor para nadie, y así lo dice el refrán.

—Sin embargo, el marqués amaba y nadie lo sabía.

Estremeciéndose violentamente el paje.

Por un momento, y contra su voluntad, se torció sombría su mirada.

El Maldonado no conocía el amor del marqués, tenía mucho adelantado para conocer a la mujer amada, y una vez que la conociese, le sería muy fácil averiguar quien era el intrigante misterioso, el diablo que tanto daba que hacer al rey, a doña Ana y a todas las cortesanas.

Para Luis era ya indudable que el comendador tenía grandísimo empeño en averiguar todo esto; pero se equivocaba en cuanto al fin que se proponía, pues ya sabemos que no era con otro que con el de hacer un gran beneficio.

Guardaron silencio por algunos minutos.

—Como soy un niño — decía el paje para sí —, cree poder engañarme con facilidad, y me tiende un lazo; pero nada conseguirá.

Y el comendador se hacía las siguientes reflexiones:

—Algo se sospecha, ya no lo duda, y envío al travieso paje, suponiendo que un niño no me inspirará desconfianza; pero afortunadamente conozco la intriga, y los que intentan engañarme quedarán burlados.

Desde aquel momento el comendador y el paje daban mirarse con la desconfianza que se miran los mayores enemigos.

Por casualidad, la luz de la lámpara que estaba sobre una mesa daba de lleno en el rostro de Luis, y las alteraciones de éste no pasaban desapercibidas para Maldonado.

Era difícil continuar la conversación sin comprometerse.

Y sin embargo, de qué pensaban así a poca distancia, en uno de los inmediatos aposentos encontrábase el marqués de Posa, bajo la influencia del sopor de la fiebre, muy grave pero con vida.

—¿No me contestas?—dijo al fin el comendador.

—Mi sorpresa ha sido muy grande, y estoy algo aturdido—respondió Luis que había empezado a recobrar la calma.

—¿Y qué es lo que te ha sorprendido?

—La verdad, soy algo vanidoso y he creído dem-

pre que en punto a secretos nadie sabía más que yo; pero si es verdad lo que decís, tendré que convencerme de lo contrario.

—¿Acaso ignorabas que estuviese enamorado el marqués?

—Lo que sobre ese punto se decía, ya lo sabía, puesto que se han hecho muchos comentarios.

—Si, se aseguraba que el marqués había tenido el atrevimiento de fijar demasiado la atención...

—En la reina.

—Cuidado...

—¿Hay peligro de que nos escuchen?

—No; pero...

—Entonces podemos hablar con franqueza.

—¿Y cuál es tu opinión?—preguntó sencillamente Maldonado.

—El marqués de Foza no amaba a doña Isabel; puedo asegurarlo sin temor de equivocarme.

—¿Y cómo explicas entonces las palabras que escribió en su escudo para presentarse en el último torneo?

—El desgraciado marqués no ignoraba lo que se murmuraba sobre sus sentimientos, y quiso hacer cavilar, burlarse de todos y desorientarlos.

—La burla era peligrosa.

—Caballero — repuso el paje cambiando de tono y acercándose más al comendador —, no es un marido celoso el que ha clavado un puñal en el corazón del marqués. Bien lo sabéis.

—Calla, calla.

—¿Y por qué he de callar, si nadie nos escucha mas que Dios?

—Pero...

—Felipe II sabía muy bien que el de Foza no tenía más que respeto para la reina.

—Eres un niño—respondió Maldonado—, y no comprendes el valor de tus palabras.

—Y como niño seguiré cometiendo imprudencias, y os acordareis aquella noche, que en uno de los pasillos del alcazar, en medio de la obscuridad, don Ruy Gómez de Silva os dijo...

—Eso no es verdad.

—Cumplid vuestros deberes de leal vasallo y

guardáis el secreto, así como también cumplisteis un deber de humanidad...

—Luis, hablas de todo menos del asunto principal.

—Pues bien, como pretendo saberlo todo, y no he tenido noticia de esos amores del marqués...

—Te ha sorprendido...

—Sí.

—Sobre este punto no puedo darte más explicaciones; pero te aseguro que el do Poza amaba, y que por consiguiente hay quien tenga más derecho que el príncipe para pedirme el relicario.

—Si tenéis pruebas.

—Las tengo.

—Preciso será resignarse.

—Tienes un gran corazón, Luis.

—No lo sé.

—Tu situación es muy ventajosa.

—Según.

—Nadie te mira con desconfianza, y sin temor alguno hablan todos en tu presencia.

—Es verdad.

—Además, eres astuto, ingenioso...

—¿A dónde vais a parar, caballero?

—Puedes hacer un gran beneficio, y en cambio ganarás con la más dulce satisfacción, y yo seré tu mejor amigo y te protegeré, si es que mi protección necesitas.

—Sí, sí, quiero hacer beneficios; ¿pero a quién y cómo?

—Averigua quién era la mujer amada del marqués.

—¡Oh!

—Le entregaremos el relicario, que será para ella un gran tesoro, y hasta un consuelo.

—Claramente...

—Tu noble señora puede ayudarte...

—Lo hará, no lo dudéis.

—Y tal vez don Carlos.

—No conoce ese secreto.

—Pues yo creo lo contrario.

—¿Y en qué os fundáis?

—Decíase que el marqués amaba a la reina, y sin embargo, el príncipe no odiaba al marqués.

—¿Y de eso deducís?...

—Que don Carlos estaba tranquilo, porque tenía la seguridad de que no era la reina, sino otra mujer, el objeto de la pasión del de Poza.

—Vuestro razonamiento a cualquiera convencería, buenos ami.

—¿Y por qué?

—Porque tengo pruebas de que os equivocáis, y sobre este punto, repetiré lo que me habéis dicho: no puedo daros más explicaciones.

—También me resigno.

—Sin embargo quisiera suponer que el príncipe conoce ese secreto, en cuyo caso, no veo inconveniente para que le entreguéis el relicario, pues si alteza se apresurará a ponerlo en manos de la dama misteriosa.

—No se lo entregaré, pues si diceis que me equivoco, y yo creo todo lo que diceis.

—Señor comendador, parece que hemos entablado una lucha de atenciones, consideraciones, galanterías...

—Ayúdame, y no te cuides de lo demás.

—Os ayudaré, sí; pero entre tanto, no neguéis a su alteza el favor que os pide. ¿Qué se perderá porque esté en sus manos la disputada prenda?

—¿Y qué se pierde porque esté en las mías?

—¡Vive el cielo!

No te impacientes.

—El marqués era el mejor y más íntimo amigo del príncipe.

—Yo era también su amigo leal.

—¿Por qué no le salvasteis?

—¡Oh!—exclamó Maldonado sin poder contentarse.

Y se puso en plé, acercóse a Luis, asiólo por un brazo, lo sacudió rudamente y le dijo con voz reconcentrada:

—Saber mucho más de lo que te conviene, aunque no tanto como saben otros; y puesto que ahora nadie más que Dios nos escucha, te preguntare por qué no salvé al de Poza la persona que le quitó el sombrero a Ray Gómez apenas se separó de mí en la oscura galería.

—Caballero...

—¿Por qué no lo salvó, por qué, si conocía el secreto! ¡el mismo que yo?

—¿Y qué sabéis vos—replicó el paje, que otra vez empezaba a perder la calma—, qué sabéis si esa persona quiso salvar al marqués y llegó tarde?

—Eso es pudo llegar tarde; así yo...

—Perdonad.

—No me has ofendido.

—He debido comprender que no es flevó en aquellos momentos la casualidad a los alrededores de Santa María.

—Cuando tengas más años y conozcas el mundo...

—Soy un niño, es verdad—replicó Luis con ligera ironía.

—No intentes penetrar ciertos misterios; no lo intentes, pobre criatura, que tiempo te queda para sufrir desengaños, para ver desvanecidas tus ilusiones. Parece que con tanto dolor como ternura recuerdas al desgraciado marqués...

—Sí, porque lo mismo que otras personas respetables, me había ofrecido su protección; que no acepté, porque no la necesitaba; y como soy agradecido...

—Pues por su memoria te ruego que me ayudes para averiguar quién es la mujer a quien amó.

Quedó Luis silencioso.

Empezaba a dudar si debía decir la verdad al condeador pronunciando el nombre de Blanca; y se inclinaba a hacerlo así, cuando se presentó un criado, que dijo:

—Señor, perdonadme.

—¿Qué quieres?—preguntó Maldonado ásperamente.

—Ha despertado.

—¡Ah!...

—Y parece que...

—Bien, bien... Iré pronto.

El criado salió.

Los momentos que el criado estuvo allí fueron bastantes para que Luis cambiara de resolución.

—Debo irme—dijo, poniéndose en pie.

—Supongo que quedamos en que...

—Haré lo posible para averiguar quién era la

mujer amada por el marqués; pero no abrigó esperanza de conseguirlo.

—Pues en cuanto al reembolso, cuando yo vea mañana al príncipe...

—Me parece que lo más acertado será decirle que ninguna prenda del marqués conserváis, pues ya conocéis el carácter de su alteza, y es lo más probable que se deje arrebatar, y produzca un escándalo con sus imprudencias.

—Entonces, sí...

—Lo aseguraré que habéis mostrado los más vivos deseos para dejarle complacido; pero que es era imposible, y vos le contestaréis en el mismo sentido si os habla de ese asunto.

—Estamos de acuerdo.

—Señor condeador, aunque no habeis querido complacerme, os profeso la estimación de que sois digno.

—El cielo te proteja, noble criatura.

Saló el paje, diciendo para sí:

—He podido darme; pero ha faltado muy poco para que el condeador me haga caer en el lazo. ¡Oh!... Es más astuto de lo que yo creía, y mi secreto vale en estos momentos más que nunca.

Entrenóse Luis a la posada del capitán.

—Algo se sospecha—decía entre tanto el condeador—, y mañana misma tendré la prueba de que el paje no ha venido por orden del príncipe. Es astuto, ingenioso, travieso; pero al fin, es un niño. ¿Quién lo envió? ¿Conoce la mujer amada por el de Poma?... Cosa que sí... ¡Oh! Preciso será sacar cuando antes de Madrid al desdichado marqués, porque si se descubriese la verdad, yo pegaría con la cabeza mi buena acción.

No se equivocaba Maldonado, a quien no era posible que el rey perdonase el haber socorrido al de Poma y haber culpado a la justicia.

Aquella noche pudo llevar Luis el consuelo y la dicha de Blanca; pero la negra fatalidad no lo quiso así.

CAPÍTULO LXII

El comendador continúa siendo torpe

Muy preocupado, porque cada vez le parecía más sospechosa la inexplicable conducta del paje, fué el comendador al aposento donde se encontraba el marqués.

No era menester más que mirar a éste para comprender la gravedad de su estado, y con sobrada razón el médico no abrigaba esperanzas de salvarle la vida.

Se habían adoptado cuantas precauciones son imaginables para guardar el secreto, que no lo conocían más que dos de los criados, uno del comendador y otro del hermano de éste. Sin embargo, una circunstancia cualquiera, el más leve descuido podía comprometer gravemente a los que hacían aquel beneficio sin otra mira que la de cumplir su deber.

Acababa de volver en sí el marqués.

Sus ojos se revolviéron en sus órbitas, y su mirada indecisa, vaga, recorrió el aposento.

—¡Los celos! — murmuró con voz débil — ¡Cuanto!... pero viviré... Tu aliento me reanima... ¡Cuanto te amo!

Interumpióse.

Hizo un esfuerzo como si quisiera levantarse.

Acercóse al lecho del comendador mientras decía para sí.

—Vuelve a delirar... Habla de su amor... Tal vez pronuncie el nombre de la mujer amada.

Quedó inmóvil Maldonado.

Su mirada se fijó con afán indescritible en el herido.

Transcurrieron algunos minutos, durante los cuales no se percibió otro ruido que el de la respiración desigual, precipitada y trabajosa del marqués.

—¡Ah!—exclamó éste—. Has llegado tarde, sí... No me has encontrado porque salí por la puerta secreta del cuarto del príncipe... Me espían... y

No lores... Yo no puedo morir mientras tú vivas... Nos vengaremos, y seremos dichosos... Nuestro amor ha sido un secreto porque... El día deseado llegó; ya no hay obstáculos, nuestra dicha depende de nuestra voluntad, y como te amo y tú me amas... El Rey... El miserable Ruy Gómez... Acerca más tu rostro; deja que beze tus cabellos, que aspire tu aliento... ¿Por qué te vas?... Sólo, en medio de las lavabias... Ven, que aún vivo, ven...

Salieron de las fuerzas y no pudo proseguir.

—¡Dios mío!—exclamó desesperadamente Majordomo.

—Todo lo dices, y cuando va a pronunciar el nombre de la mujer a quien ama se interrumpe ¡Oh!

Inclinóse en el lecho y añadió:

—Marqués ya estás en salvo, y os espera...

—¿Ella?... ¡Ah!

—Sí, porque os ama...

—Eran cuatro los cobardes asesinos... ¡Miserables!... Dejémosle sacar la espada... ¿Por qué acorraláis al pobre Fernán?... A mí todos, que a mí es a quien el rey manda matar.

—Por ella...

—La amo.

—Dadme su nombre.

—¿Lo habéis adivinado?... Os equivocáis... Como sois ruines, pensáis ruilmente de los demás... La reina es una santa, y ni con el pensamiento se manchado en pureza.

—Pero dadme el nombre de la que amáis...

—Estáis viéndolo, amo a la que no ha tenido para vosotros más que desdenes, porque su corazón era mío... ¿Me miráis con envidia?... Yo tengo celos hasta de mis propios ojos, que la están mirando... Decid ahora que su corazón es de hielo...

—¿Cómo se llama, cómo se llama?

—Le cuadra bien el nombre, ¿no es verdad?

—Pero ese nombre...

—La blancura de su rostro... ¿No recordáis haberme visto contemplar la nieve con delicia, porque es blanca?... ¡Blanca, sí!—añadió el marqués con una intención que no pudo comprender Majordomo.

—Sí, su rostro es blanco...

—También la nieve.

—Sí es es blanca; pero...

—¡Blanca! —exclamó el marqués.

Y cerró los ojos y quedó inmóvil.

Ni aun entonces comprendió el comendador que el desdichado joven había pronunciado el nombre de la mujer a quien tanto amaba, pues creyó que la palabra "blanca" se refería a la blancura de la nieve.

Íntiles fueron todos los esfuerzos que hizo el comendador para que hablase más el herido pues éste había quedado otra vez atargado.

Pocos minutos después se presentó el médico, y dijo después de examinar al paciente:

—La fiebre toma mal carácter.

—Y lo peor es, doctor, que tengo motivos, para temer que se empieza a traslucir la verdad, y por consiguiente, ante todo sería preciso sacar de la corte a este infeliz.

—Ahora es imposible.

—¡Oh!...

—Moverlo aunque no fuese más que para llevarlo de una habitación a otra, sería lo mismo que matarlo.

—Esta situación es horrible.

—Por desgracia, es lo más probable que la muerte resuelva todas las dificultades que nos ponen en tan gran apuro; pero entre tanto...

—Cumpliremos nuestro deber, doctor.

—Por mi parte lo cumpliré sin vacilar.

—Ha delirado, y como otras veces, ha hablado de su amor; pero sin pronunciar el nombre de la amada.

—Esperamos, que si se salva, se aclarará el misterio, y podremos acabar nuestra buena obra; y si muere, ¿qué nos importa su secreto?

—¿Habéis visto a mi hermano?

—Sí, es espera.

—Venid, porque es preciso que sepáis quién me ha visitado, y con qué fin.

Mientras el comendador, su hermano y el médico se ocupaban del paje, volveremos al alcázar para presenciar escenas de muchísimo interés.

CAPÍTULO LXIII

De cómo la princesa de Eboli era habi-
lísima en la intriga

Por el corredor que conducía a las habitaciones del príncipe don Carlos atravesaba una mujer envuelta en un albornoz de terciopelo negro. Al llegar a un punto bastante iluminado por la luz de un farol, encontráse con un caballero que caminaba con dirección opuesta y parecía muy preocupado.

Mirólo atentamente la mujer, y conociéndolo sin duda, paróse y luego lo siguió con cautela, a la vez que murmuraba:

—El nunca visita al príncipe; si ahora entra en su cuarto... ¡Oh!... sí, estoy segura, no pueda ser otra cosa.

Luego pareció meditar algunos instantes, y añadió:

—No me cabe duda. Feliz casualidad... ¡Ah!... Ya lo tengo completamente en mi poder.

Y bajó los pliegues de su negro abrigo relumbraron sus ojos como dos ascuas.

El caballero entró efectivamente en las habitaciones del príncipe.

Sigámosle.

Era un hombre de mediana estatura y grave continente, y que demostraba, por la riqueza de su traje, ser persona de calidad.

Reconoció don Carlos afablemente, y le mandó tomar asiento.

—Mucho me honráis, señor — le dijo el caballero.

—Me lo pagaréis, con prestarme un servicio que es para mí de suma importancia.

—Hablad, señor.

—Necesito para mañana a la noche ocho caballos de posta.

El caballero, que no era otro que don Ramón

de Tassia, miró atentamente al príncipe, y contestóle:

—Para mañana y pasado mañana es imposible, porque no tengo un sólo caballo de posta en Madrid.

—Os repito que es un asunto que me importa mucho.

—Siento no poder complaceros; pero, ¿cómo lo he de hacer?

—Señor correo mayor—repuso con severidad el príncipe—, cuidado con engañarme.

—Nunca miento, señor, y menos a vuestra alteza, a quien debo respetar y obedecer; pero si dudáis de mis palabras, fácil os será convenceros por vos mismo de que os digo la verdad. No hay un sólo caballo de posta en Madrid: no lo habrá mañana ni pasado mañana tampoco. Si pueden seros útiles después, tendré el gusto de ponerlos a vuestra disposición, y vuelvo a repetirlos que me cuesta no poder complaceros en la primera cosa que me mandáis.

Dijo el caballero estas palabras con tal acento de verdad, que el príncipe quedó convencido, y si mostró mal humor, fué sólo por aprieto en que le ponía la falta de caballos.

—Os creo—dijo—; pero si yo descubriese que me engañáis, había de costaros bien cara vuestra mentira.

—Señor—contestó humildemente el caballero—, vuestra alteza tiene derecho a tratarme como más le plazca; pero no merezco tanto rigor.

—Puede ser que vuelva a daros esta orden si no encuentro medios de salir del apuro; y por lo que pueda suceder, avisadme en cuanto tengáis caballos disponibles, aun cuando no sean más que tres.

—Los primeros que lleguen a Madrid se emplearán en vuestro servicio.

—Guardaos el cielo.

—El conserve a vuestra alteza, señor.

Y mientras que el príncipe se paseaba por su aposento, aguardando impaciente al paje, salió el correo mayor, y a los pocos pasos encontró a la misma mujer a quien ya vimos seguirlo.

—Señor de Tassis—le dijo la dama.

—El mismo soy—replicó el caballero.

—¿Queréis acompañarme a mi habitación?—repuso la tapada descubriéndose el rostro.

—¡Señora princesa!

—Digo lo que vos: la misma soy.

—Tanta honra y tanta dicha...

—Dadme vuestro brazo.

—Con mucho gusto, señora.

Mientras se dirigían algunos cumplidos, don Ana de Mendoza y don Ramón de Tassis llegaron al aposento de la princesa.

Sentose la noble dama, e invitó al caballero a que hiciera lo mismo.

—Vos sois uno de los servidores más leales de su majestad—dijo la princesa.

El de Tassis le miró sin poder a comprender el sentido de esas palabras.

—¿No es verdad?—repuso la dama.

—¿Lo dudáis, señora?

—No, por el contrario lo creo de buena gana.

—Entonces ¿cómo se llama?

—No extrañéis, amigo mío, que uno de los señores de un asunto de bastante importancia, os recuerde vuestra lealtad al rey porque así conviene que lo haga.

—Os escucho, señora.

—Acabáis de salir del cuarto de don Ana.

—Es verdad: vos misma me habéis visto y yo no trato tampoco de ocultarlo.

—Tal cosa.

—¿Puedo saber a qué punto se diría vuestra conversación?

—Puedo satisfacer vuestra curiosidad.

—Proseguid, pues.

—Como os he dicho, acababa de salir del cuarto del príncipe, y se por qué habéis ido a visitarlo.

—¡Que lo sabéis!—replicó con extrañeza el caballero al oírlo.

—Sí, lo sé, y sabéis bien por qué os he mandado llamar.

—Fácil es adivinar eso, por que de todos es bien sabido que no he visto a don Carlos sino por oca-

cosa en los casos de pura necesidad cuando la exige la etiqueta.

—Bien, pero es que también sé lo que os ha dicho.

Don Ramón examinó el rostro de la princesa, pero nada pudo adivinar en él.

—Sencillo es — dijo el caballero efectuando indiferencia —, el asunto de que hemos tratado; una de las muchas puerilidades del príncipe... ya sabéis que es un chiquillo loco...

Y luego dijo para sí:

—Ella quiere averiguar, pero es tiempo perdido. Mientras la princesa pensaba:

—Quiero cultarmelo, pero de nada le servirá su reserva.

Y a su vez fijó una escrutadora mirada en el de Tassis y le dijo:

—Perdonadme si os digo que me engañáis.

—Estáis equivocado.

—¿Queréis que os repita la petición que os ha hecho don Carlos?

—¿Cuál?

—Que le proporcionéis caballos d. posta.

A pesar de su prevención para no dar a entender lo sucedido con el príncipe, el caballero no pudo dominar un gesto de sorpresa.

—Señora... —murmuró.

—Inútil es que me negueis, estoy bien enterada, y de que es así acabáis de tener una prueba.

—Os repito...

—¿Os obstináis?... pues bien; para ahorrar tiempo, os diré que he escuchado vuestra conversación, oculta tras la cortina de la puerta.

No quedó del todo convencido don Ramón de Tassis, y replicó:

—Puesto que nos habéis escuchado, podéis decirme lo que contesté a su alteza.

Doña Ana que tenía estudiado su papel, no vaciló en contestar:

—Os habéis negado con una habilísima excusa a obedecer al príncipe.

Al caballero no le quedó ya duda alguna.

—Señora — dijo —, ya sabéis que no está muy sana la razón del príncipe, que estas otras extrava-

vagantes manías son muy frecuentes en él; pero como a nadie perjudica en ello, y su reputación sufriría mucho si estas cosas se publicasen, espero que sabréis guardar la reserva debida en el asunto que nos ocupa.

—Tan bien como yo sabéis, amigo mío, que es una puerilidad el negocio de que se trata, porque no puede considerarse tal fuga del príncipe para ponerse a la cabeza de los rebeldes flamencos.

—Tanta más razón, señora—dijo el caballero, que aun no adivinaba el objeto de la princesa—, tanta más razón para que nosotros seamos reservados. Evitemos que el príncipe lleve a cabo su loco proyecto; pero no demos un escándalo tan perjudicial, ni aumentemos los pesares del rey y las desgracias de su hijo.

—Muy buenas son vuestras ideas, pero irrealizables.

—¿Qué, os proponéis acaso no guardar el secreto?

—Religiosamente.

—No esperaba menos de vos—repuso más tranquilo el de Tassis.

—Pero con una condición.

—Si depende de mí la acepto, con tal de evitar al rey este disgusto y al príncipe una nueva desgracia.

—Depende exclusivamente de vos.

—Entonces, si no he faltar a la lealtad que debo al rey...

—Al contrario, le daréis una prueba más de ella.

—Tanto diréis, que me veré obligado a aceptar esa condición sin saber cuál es.

—No quiero que hagáis tal.

—Estoy impaciente...

—Escuchadme.

—Os escucho.

—Los traidores y los herejes no tienen otro nombre que el de su delito, ni otra categoría que la de los criminales.

—Es cierto.

—Donde quiera que se encuentra un enemigo de la religión o del trono, llámase este príncipe,

duque, caballero o villano, allí se le acusa y allí la justicia le impone su castigo, sin excepción alguna, porque aquel que se declara contra la autoridad de la fe de Jesucristo pertenece a la última clase, a la más depravada, y la sociedad lo separa de su seno.

—Tenéis razón, y os confieso, señora, que habéis un esclarecido consejero de Estado; pero no se me alcanzan las consecuencias que vais a deducir de vuestro exordio.

—Ya lo sabréis—dijo con dulce sonrisa la princesa.

—Mi curiosidad crece.

—Os repito que pronto la veréis satisfecha.

—Os escucho.

—Admitido, pues, que para el castigo del delincente no debe mirarse su clase, sino su delito; vos, yo, todas las personas honradas y vasallas leales, tenemos el deber de señalar con el dedo al criminal, para que la justicia lo separe de nuestro lado.

Frunció el ceño don Ramón de Tassis y fijó una mirada penetrante en la princesa.

—¿Empezáis ya a comprender? — dijo doña Ana.

—Señora, no me atrevo todavía a dar crédito a mi sospecha.

—¿Qué habéis pensado?

—Proseguid, señora.

—Decidme antes si admitis como buenos y justos los principios que dejo sentados.

Con algunas excepciones.

—No decíais eso hace algunos instantes...

—Lo he pensado mejor.

—¿Cuáles son esas excepciones?

Fácilmente conoció el correo mayor que se fragaba alguna intriga, y contestó con tono de alguna impaciencia.

—¿No me habéis dicho que callaréis lo sucedido, pero con una condición?

—Sí.

—Pues bien, señora, decid cuál es, sin rodeos, en entrar en cuestión de principios de justicia, porque soy extraño a la jurisprudencia, y podrá

cometer algunos errores: no me gusta hablar de lo que no entiendo.

—Bien, dejare, si así lo queréis, lo que vos hacéis más rodeos: no olvidéis lo que acabo de decir.

—No lo olvidaré; pero abreviad, y perdonadme si os digo que tengo que dejaros muy pronto, para hacer que inmediatamente salgan de Madrid todos los caballos de posta. Puesto que habéis escuchado mi conversación con el príncipe, ya sabréis lo que he contestado, que es una mentira y comprenderéis que tengo que prevenirlo para cuanto pueda suceder por si don Carlos intenta convenirse por sí mismo de la verdad.

—Seré breve.

—Hablad, pues.

—Antes de salir del alcázar uréis a ver a su majestad.

—Con qué objeto?

—Con el de decirle que su hijo es ha pedido caballos de posta.

—¡Stógora!—exclamó el de Tassis, levantándose de su asiento.

—Esa es mi condición—dijo firmemente doña Ana.

—Y así queréis que se guarde el secreto!

—Os juro guardarlo.

—Pero yo...

—Cumpliréis con vuestro deber de vasallo leal!

—¿Sabéis las consecuencias que puede traer semejante paso?

—Señor de Tassis, hemos convenido en que los delinquentes, los enemigos del trono y de la fe, no tienen nombre ni categoría.

—Pero no hemos convenido en que yo debo ser un delator.

—Si no os agrada la comisión no la aceptéis.

—Así lo hago.

—Yo la desempeñaré por vos, diciendo a su majestad, que os habéis negado a participarle un suceso que tanto le importa.

Don Ramón miró a la princesa como si aun quisiese convencerse de que él soñaba o de que ella estaba loca.

—¿Habéis pensado bien?...—dijo.

—Lo tengo muy meditado—replicó don. Ana con sencillez.

—¿Y me obligaréis?

—¿Aceptáis, o no?

—Señora...

—Caballero, después de lo sucedido, comprendéis que no puedo perder un instante en ver a su majestad.

El caballero miró desdenosamente a doña Ana, y dejando la galantería para mejor ocasión, le dijo:

—Señora, no tenéis corazón.

—Pero me sobra cabeza—replicó la dama sin mostrarse ofendida.

—Es decir, que queréis obligarme...

—Sed más exacto: no os quiero obligar, os propongo una cosa, y vos estáis en libertad de aceptarla o no.

—Me ponéis en una alternativa horrible.

—Elegid lo que os parezca menos peligroso.

—Abusáis de un secreto.

—Que he sorprendido. Decidme cuál es vuestra, porque no me ofendo: llamadme espiá intrigante, poco o nada noble... todo, en fin, cuanto se os venga a la boca; con nada me alteraré: vos lo habéis dicho, no tengo corazón, pero ya os he advertido que me sobra cabeza.

—Señora—dijo con tono de coraje el caballero—, si no fuérais una mujer...

—Me tiraríais al rostro vuestro guante... Está bien; pero no he nacido hombre, y todo cuanto digáis sobre este punto es perder un tiempo precioso.

—Harto lo sé.

—¿Qué decidís?

Meditó largo rato el de Tassis, y convencido de que no tenía remedio de librarse del lazo que le había tendido la princesa, contestó:

—Lo haré.

—Excuso advertiros, que diréis a su majestad que dais semejante paso espontáneamente, porque de otro modo vos mismo os haríais reo.

—Ya sé que no puedo hacer otra cosa: vuestra intriga está bien combinada.

—Es una advertencia por vuestro bien.

—Gracias, señora.

—Ya es bastante tarde, y antes que el rey se ponga a cenar...

—No perderé un momento; quedaréis complacida en todo...

—El cielo os guarde—repuso afablemente doña Ana.

—No olvidéis que desde hoy tenéis un enemigo más, pero un enemigo terrible.

La princesa se encogió de hombros y contestó:

—Tengo tantos, que un más o menos nada me importa.

Saló en caballero rebotando ira y doña Ana de Mendoza exclamó con alegría infernal.

—¡Oh, cumpliré mi venganza! Veremos quién vale más, si el diablo de palacio o yo: este golpe es digno de su astucia, y aún me reservo otros mayores.

Los ojos de la princesa brillaron extraordinariamente.

—¿Cómo—dijo—, el profundo amor que sentía por el príncipe, aquella pasión que me devoraba, se ha cambiado en odio? ¡Qué fibra tan sensible es el orgullo de la mujer! ¡Cuánto bueno y cuanto malo hacemos impulsados por el orgullo! ¡Oh!... ¡necios los hombres que no saben tocar a tiempo resorte tan poderoso!

CAPITULO LXIV

De cómo hay quien es capaz de falsificar la firma del diablo

Aquella noche, a pesar de que era domingo, no recibieron los reyes a sus cortesanos. Felipe II permaneció en su despacho con el cardenal Espinosa y Ruy Gómez de Silva, y doña Isabel de Valois en su cuarto, acompañada de Blanca.

Ya había hablado don Ramón de Tassis con el monarca, cuando éste recibió al cardenal, y en-

hablando la conversación sobre el príncipe don Carlos dijo Felipe II:

—En vano intentaría, señor cardenal, haceros comprender los tormentos que sufre mi corazón de padre: no lo sois vos. Me acusa el mundo de desnaturalizado porque ve sereno mi rostro y la sonrisa en los labios... ¡ay!... ¡cuánto me cuesta esa apariencia tranquila, deber el más duro de cuantos me impone mi majestad! Esta es la primera confesión que hago de mis sentimientos, a vos como sacerdote, a Ruy Gómez como amigo, y a ello me obliga la necesidad de que vosotros no me juzguéis como el mundo por engañosas apariencias. Cada vez que tengo que castigar a mi hijo, más que el suyo, sufre mi corazón, porque él se desahoga manifestando su enojo y yo tengo que devorar en silencio mi dolor. Largo tiempo he excusado imponer un severo castigo al príncipe heredero de mi trono, y ahora también quisiera excusarlo, aun cuando he visto que mi clemencia no ha dado el resultado apetecido; pero como padre, desearía poner en juego otros medios para cortar el mal antes que se hiciera ineluctable. A este fin os he llamado, para pedir os vuestros consejos, porque no suministrándome mi entendimiento recurso alguno, necesito que me digáis si aún me queda algún camino que seguir. Su mano sacrilega levantó un puñal sobre vuestra cabeza; luego atizó contra la vida de don Álvaro, y no hace mucho tiempo que destuyó su espada contra Ruy Gómez, llegando últimamente hasta el punto de escandalizar a la corte toda con palabras heréticas. Estos cargos solamente bastan para condenarlo; pero soy padre, os repito, y me siento débil.

—No quiero, señor—dijo el cardenal—que sirva de cargo al príncipe un arrebató imprudente que no para de ser locura de joven, por más que amenazara a mi vida.

—Yo tampoco con respecto a mí—añadió Ruy Gómez.

—Bien, señores; en eso no probáis sino generosidad y ser buenos cristianos, porque perdonáis; pero si he de deciros lo que siento, más que eso

acentados me dueñen las inclinaciones que a la Reforma se dejan ver en mi hijo.

—Sobre ese punto—repuso el cardenal—no soy árbitro de otorgar el perdón sin el arrepentimiento; pero pensad bien que el escándalo, tratándose del heredero del trono, es muy perjudicial. Probad todos los medios; sed por algún tiempo más, como hasta aquí, tolerante, que no desconfío de que la perseverancia dé feliz resultado. Olvide vuestra majestad las locuras del joven, y joven enfermo; evite que proteja a los revoltosos; pero sin hacer más que desbaratar sus planes, y tal vez fatigado de sus mismas locuras, entre en buena senda.

—Evitarlo es difícil, para convencerlos os diré que gracias a la lealtad de mi correo mayor, no veremos al príncipe dentro de algunos días al frente de los sublevados de Flandes, luchando contra la religión católica y contra la bandera de su patria, contra el trono de su padre, animando a los partidarios con el grito de "muera Felipe II..." ¡Oh!

Palideció el monarca y su frente se inundó de sudor.

Lo que su corazón de padre debió sentir en aquellos momentos es difícil de comprender.

—¿Ha intentado fugarse?—preguntaron a la vez el cardenal y Ruf Gómez.

—Ha pedido ocho caballos de posta a don Ramón de Tassis.

—Pero ese plan ya está desbaratado...

—Tras ese plan vendrá otro que quizás no pueda evitarse.

Iba a contestar el inquisidor cuando entro un genrilhombre.

—¿Qué ocurre?—preguntó el rey—. ¿No he dicho que no se me interrumpa?

—Perdone vuestra majestad; pero ha llegado un hombre muy agitado, y entregándome este pliego me ha dicho que lo ponga en manos de vuestra majestad, porque contiene un importantísimo secreto de Estado.

—¿De parte de quién?...

—Desapareció sin decir su nombre ni el de la persona que lo enviaba; y yo, dudoso sobre lo que

debería hacer, he preferido atreverme a interrumpir a vuestra majestad por si el desconocido no me engañaba.

Tomó Felipe II el pliego, mandó al gentil hombre que se retirase, rompió el sello y leyó lo siguiente:

—“El príncipe don Carlos está en el gabinete and con la reina. Su conversación es interesante. Acercándose a la puerta que da a la galería donde está el San Antonio de Ticiano, puede escucharse cerca de la cortina lo que hablan. Por aquella parte no hay damas ni doncellas.

EL DIABLO EN PALACIO”

Indudablemente habían abusado del nombre del diablo para inspirar más confianza al rey, porque fácilmente se comprende que el pajeillo no daría semejante aviso.

El rostro del monarca se tiñó de un vivo carmín, y luego palideció.

Escapóse de sus manos el papel y quedó como aturdiido por un horrible golpe.

Ni el cardenal ni Ruy Gómez se atrevieron a preguntar.

Pasados algunos instantes elevó Felipe al cielo una mirada, y luego exclamó con trémulo acento:

—¡Fuerzas, Dios mío!

—¿Sucede alguna desgracia, señor?

—Tal vez...—contestó el rey como distraído—. Señor cardenal, tenemos que interrumpir nuestra conversación.

—Os espero mañana al medio día. Y tú, Ruy Gómez, ve a situarte cerca del cuarto del príncipe, y cuando entre, pon a la puerta persona de confianza que vele toda la noche, y si ve salir a mi hijo, que lo detengan aun a trueque de perderle el respeto.

Despidióse el cardenal y salió tras él el rey, y luego Ruy Gómez; pero éste, antes de abandonar la habitación, puso sobre la mesa un paquete que parecía contener papeles.

Para que nuestros lectores comprendan lo sucedido, y presencien una escena interesante, tenemos que retroceder media hora y llevarlos suavemente a las habitaciones de la princesa de Eboli.

CAPITULO LXV

La sorpresa

Tal vez recordarán nuestros lectores que una noche en que la luna brillaba derramando su pálido resplandor, en uno de los patios del alcázar real, una mujer, colocada junto al balcón por la parte de adentro, observaba al príncipe don Carlos, que en otro balcón de enfrente contemplaba la luna y exhalaba tiernos suspiros de amor. Ya sabemos que aquella mujer era la princesa de Eboli.

Pues bien; la noche en que estamos, bañábase también doña Ana cerca del mismo balcón, y dirigía sus miradas al príncipe, observando a través de los vidrios un bulto que en el iluminado aposento solía cruzar como si pasease.

Así permaneció largo rato la princesa, hasta que viendo pasar en vez de uno dos, y que no volvieron, dijo:

—Sus dueños salen.

Y envolviéndose en el albornoz, dejó el aposento sin hacer el menor ruido, y salió a la galería.

A poca distancia, y a la clarísima luz de un agonizante farol, se percibían dos bultos que caminaban cuidadosamente. Siguiólos doña Ana. Atravesaron corredores y solitarios aposentos, separóse el uno del otro y tomaron opuesto camino; pero el más alto, caminando más de prisa, se dirigió, como la noche a que hemos... referencia al principio de este capítulo, al cuarto de Isabel de Valois. Entró en él; pero la de Eboli, deteniéndose en la puerta, escuchó por espacio de algunos instantes.

Brillaron como dos luces los ojos de la dama; percibióse la agitación de su seno, y abandonando aquel lugar volvió a su cuarto.

Cuando se hubo encontrado en un pequeño gabinete, sentóse junto a una mesa, tomó papel y pluma, y al disponerse a escribir, exclamó:

—¡Media hora no más y el triunfo es mío!

Su mano trémula comenzó entonces a escribir el aviso que ya hemos visto recibir al rey, aunque teniendo cuidado de desfigurar la letra.

—Esta ha sido una idea feliz—dijo después de haber concluido—. El diablo de palacio debe inspirar al rey mucha confianza, por lo mismo que siempre se ha visto perseguido por él.

Luego meditó largo rato, y añadió:

—Creo que nada falta. Con el aviso que le habrá dado don Ramón de Tassis, con que sorprenda a su hijo en el cuarto de la reina, y con los papeles robados por Antonio y que esta noche tendrá en su poder, hay más que suficiente para que no vacile. Ahora sólo falta enviar este aviso... Juan es el más apropiado... sí, desempeñará bien su encargo.

No queremos cansar al lector con detalles inútiles; ya sabemos que el anónimo llegó a manos del rey. Volvamos a las habitaciones de Isabel de Valois, y presenciemos la escena que tiene allí lugar.

La reina estaba sola.

Entró el príncipe don Carlos.

—Gracias os doy, señora—dijo—, porque no me habéis negado este último favor.

Paldeció Isabel, y con apagado acento dijo:

—Caro puede costarnos, príncipe.

—Es cierto porque yo juego mi cabeza.

—Y yo mi honor.

—¿Tenéis vuestra conciencia tranquila?

—No es bastante.

—Siempre con vuestros escrúpulos—repuso don Carlos tomando asiento.

—Siempre con mis deberes.

—No gastamos el tiempo en lo que nos es tan inútil. Vengo a daros mi último adiós, el adiós de la muerte, porque ya no volveremos a vernos.

—¿Estáis decidido a marchar?

—¿Puedo acaso permanecer aquí? Todos son mis enemigos, todos me persiguen, mi padre se muestra conmigo más intolerante y severo que nunca. Estoy reducido a un ridículo papel porque para nada se cuenta conmigo, porque el último

cortesano tiene para el rey más importancia que yo... En fin, señora, mi situación la conocéis; ningún lazo me une a los que habitan este alcázar; sólo el amor que os profeso podría detenerme aquí, y ese amor no tiene esperanza, porque vos me la habéis hecho perder.

—Don Carlos no me habláis por Dios, de vuestra pasión criminal; muchas veces os he dicho que el imposible está en nuestros corazones: olvidadme, y con esto ganaréis la paz de vuestro espíritu y la felicidad que en vano buscáis.

—¿Y me dejaréis ir sin esperanza!

—¿Para qué la queréis lejos de mí? ¿De qué os serviría la esperanza de que yo correspondiese a vuestro amor, si tenéis perdida la de verme?

—Entonces volvería a vuestro lado.

—Entonces no os apartaréis de mí.

—Es verdad, entonces no me separaría un instante de vos, y os vería cerrar los ojos al sueño, abrirlas a la luz del sol, sería vuestra sombra, respiraría el aire que vos respiráis, y... moriría de tanta felicidad!

El rostro del príncipe se había animado extraordinariamente; brillaron con extraño fuego sus ojos y parecían querer salirse de sus órbitas, mientras que sus miembros estaban convulsivamente agitados.

Un roboroso carmín tñó la frente de Isabel, que con voz trémula contestó:

—Sabéis cuanto me atormentáis... callaos, al menos por compasión.

—Perdonadme... estoy loco—repuso el panceño paseándose las manos por la frente—. Debería yo mismo arrancarme la lengua... no, el corazón.

Dos lágrimas asomaron a los negros ojos de Isabel de Valois.

Reinó un profundo silencio.

—Don Carlos -- dijo al fin Isabel -- vuestra presencia en este sitio es peligrosa. No habrá fallado quien os viere entrar, porque espían todas vuestras acciones.

—Es verdad, señora—contestó el príncipe con amargura—; nada tengo que hacer aquí: he venido solamente a daros el último adiós... pero... aquí

queréis?... cuando el corazón se abrasa y la razón se pierde, cuando se siente lo que yo siento...

—Don Carlos—interrumpió la reina— volvéis hablar de vuestro amor...

—Bien, señora: es la última vez que os veo, la última vez que os hago padecer... escuchadme siquiera, haced por mí este sacrificio. Yo en cambio, señora para no atormentaros, me alejo; voy a poner entre vos y yo una gran distancia, y tal vez la que media de este mundo a la eternidad. Empero en todas partes os veré, vuestro recuerdo no se apartará un instante de mí ni en medio de los regocijos públicos, ni entre el estruendo de las batallas, ni en los momentos de la agonía, ni aun en el sepulcro porque os amaré hasta en la otra vida.

—Allí se ama a Dios.

—Desde allí, con los ojos del espíritu, se contempla a las personas queridas que se han dejado en este mundo de incertidumbres.

La reina elevó una mirada al cielo y exclamó:

—¡Fuerzas, Dios mío!

—Un momento no más, señora—repuso en su arrebato el príncipe—: un momento no más antes de partir.

—¡Acabad de me desgarréis el alma!

—No hace mucho tiempo que salió de vuestros labios una palabra dulce, consoladora, que infundió nuevas fuerzas a mi abatido espíritu, que me dejó entrever un mundo de ilusiones y delicias para mí desconocido...

—Fue la promesa de amarnos después que la muerte os separe de este mundo... No lo cumpliré, porque los días de mi existencia son muy pocos.

—Fue más que una promesa de dulce y tristísima realización.

—¡No prosigáis!—exclamó la reina estremeciéndose—. No prosigáis... ¡Oh! no me atormentéis recordándome mi debilidad.

—¡Vuestra debilidad! Si me amáis, ¿por qué no decírmelo? ¿Qué importa que las palabras digan lo que siente vuestro corazón. ¡Con vuestros hechos negáis toda la correspondencia al mío? Ma-

nifestáis vuestro deseo, pero a la vez estáis resaca-
ta a no satisfacerlo. ¿Dónde está la debilidad?

—No basta contrariar las malas pasiones, es
menester también ocultarlas. Se peca con la obra,
pero también con el pensamiento y la palabra.
¿Acaso no oíais a mi esposo diciendnos que no
le amaba y que mi corazón era vuestro? Mi con-
ciencia me acusa, y la conciencia no es equívoca
jamés, porque es hija de Dios, juez severo, impar-
cial e inflexible, y que si se calla mucho tiempo
como si no morase en el alma, no por eso deja
más o menos tarde, de levantar su voz, que en
vano intentaríamos no escuchar.

—No se habrá despertado en mí, señora, cuando
por mis acciones no me acusa.

—Don Carlos, blasfemáis.

—Señora...

—¡Desdichado de vos el día en que vuestra con-
ciencia levante su grito atornientador!

—¿Por qué?

—Os habéis revelado contra vuestro padre.

—Mi padre ha abusado de su autoridad...

—Sólo a Dios toca pedirle cuentas y juzgarle:
a vos, sufrir, que si martir sois del abuso, muriendo
resignado, encontraréis sobrado premio en la otra
vida.

—¿Y por qué?

—Don Carlos—interrumpió la reina—, os ol-
vidáis del peligro que corremos, no me arrastréis
al abismo en que vos a precipitaros.

—¿También vos me echáis de vuestro lado!—
dijo el príncipe con acento de profunda amara-
gura.

Y poniéndose en pie añadió:

—Bien, señora, me alejo, nada temáis por mí.
Este es el último desengaño. Vos que mintió vues-
tra lengua cuando me dijo que me amaba: que
abusando de mi amorosa fe y por lastimosa com-
pasión, me disteis un consuelo que ahora conver-
tis en ponzoña...

—¡Don Carlos!—exclamó la desdichada Isabel
palideciendo mortalmente.

—En vano intentaréis engañarme por segunda
vez.

—¡Don Carlos!—repitió la reina con tan angustioso acento que parecía ahogarse.

—Dios os proteja, señora—prosiguió fuera de sí el loco manco. Para siempre os dejo. ¡A Plandes voy a buscar la muerte en las batallas, a vengarme del mundo, y si la muerte corta el hilo de mis días, exhalaré el último suspiro bendiciendo vuestro rostro de ángel, pero maldiciendo vuestro corazón de demonio!

Puertas y desiguales latidos atormentaban el corazón de Isabel, su cabeza se ardía y parecía faltarle a sus pulmones aire que respirar. ¡Ella, mártir de su virtud, verse tan injustamente acusada!

—¡Qué me estáis matando! — exclamó.

—¿Acaso no es verdad cuanto os digo? No he venido esta noche a pedir os correspondencia; sólo buscaba una palabra de consuelo antes de partir, una palabra que en medio de la senda de peligros y amarguras donde voy a lanzarme consolara mis aflicciones, y esa palabra, que en momentos menos solemnes pronunciásteis me la habéis negado ahora, en este instante en que quizás el sepulcro se abre a mis pies, en este instante en que tal vez se acerca mi última hora para morir maldicho por mi padre, odiado por el mundo.

El tapiz que cubría la puerta por donde entrara don Carlos se agitó levemente.

Isabel de Valois se oprimió el pecho con ambas manos, miró a su alrededor con espantados ojos y como si temiese que la escuchasen, dijo con breve acento:

—Pues bien, si habéis de morir y en vuestra agonía, puede serviros de algún consuelo la idea de que yo os amo, esperad tranquilo, porque os juré que mi pecho arde por vos en un fuego que jamás se extinguirá, empero...

"Empero no esperéis de mí que os repita estas palabras, ni que os dé otra prueba de mi amor".

Esté iba a decir Isabel; pero no pudo, porque moviéndose nuevamente el tapiz de la puerta, asomó un brazo que arrojó un papel al suelo.

La reina y el príncipe quedaron inmóviles, sin aliento, como si aquel papel hubiera sido un rayo

que los hiriese. Ambos fijaron en él la mirada, pero ninguno se atrevió a tocarlo.

Al fin el mancocho, después de algunos instantes, lo tomó con mano trémula. Lo primero que leyó fué el nombre de la firma, y se tranquilizó, creyendo que era un aviso del paje; pero cuando se enteró de su contenido, cuando todo lo comprendió, pareció que la sangre se helaba en sus venas, que una espesa nube cubría sus ojos, y escapándosele el papel de las manos volvió a quedar inmóvil y mudo.

A su vez la reina tomó el escrito, leyóle, sus mejillas se cubrieron de una palidez mata, sus ojos se abrieron extremadamente, sus labios se movieron para exhalar un grito que se ahogó en su garganta, extendió los brazos, cayó el papel y quedó como petrificada: luego, repentinamente, y como movida por un resorte, llevó las manos a la cabeza que apretó al pecho, que oprimió con violencia y haciendo un movimiento rápido, sacudiendo sus miembros como el que intenta romper desesperadamente una ligadura de hierro, dejó escapar un grito agudo, pavoroso, desgarrador y cayó sin sentido sobre la melida alfombra.

Don Carlos no pronunció una palabra; no hizo un sólo gesto.

Horrible calma la que sucedió.

Transcurrieron algunos instantes.

Al final el príncipe dió señales de vida. Moviése para dirigirse maquinalmente a la puerta, pero como el que quiere huir de la muerte y la encuentra junto a sí por todos lados. El espanto estaba pintado en su semblante, y parecía brotar de sus ojos. Dió un paso, otro tras aquél y volvió a quedar inmóvil. Luego, como si despertase, se pasó las manos por su abrasada frente, erguló la cabeza, enderezó el encorvado tallo y con febril acento dijo:

— Mi sentencia de muerte está pronunciada. Sea ver si escaparé este mundo sin haberle dado mi feudo y mi último beso.

Desfilando mancocho su razón estaba perdida en aquel instante. Corrió hasta la reina, la envolvió en sus brazos y estampó en sus labios verlos un ósculo impuro de frenética pasión.

Levantóse el tapiz de la puerta y apareció el paje. Su rostro estaba contraído horribilmente; no era en aquellos momentos el rostro de un niño.

—He llegado tarde—dijo.

—¿Qué buscas?—le preguntó don Carlos con airado tono.

—A vos.

—Vete.

—El rey ha estado aquí: acabo de encontrarlo.

—Lo sé; mira—repuso el príncipe.

Y señaló el papel que estaba en el suelo.

Cogióle el paje, lo leyó y apremiando la empuñadura de su daga, exclamó:

—¡Miserales!

—Vete—repitió don Carlos.

—Estáis perdido si no me seguís.

—¿A dónde quieres llevarme?

—Fuera del alcázar por secretas salidas.

—No quiero.

—Ruy Gómez se pasea delante de la puerta de vuestro cuarto, y si entráis en él no volveréis a salir.

—No importa, me ame, y ya no me iré a Flandes.

—Iréis al sepulcro.

—No importa, con tal que me ame.

—Venid.

—¿Y qué hago con ella?

—Dejarla: Blanca estará aquí dentro de un momento.

—Voy a mi cuarto.

—Estáis perdido.

—Y volveré mañana.

—¡Príncipe que os entregáis en manos del verdugo!

—No más consejos, aparta.

Don Carlos colocó a la reina en un sillón, y salió seguido de Luis.

Votó éste a suplicarle que le siguiera: pero fué en vano, porque la razón del príncipe estaba trastornada.

Mientras negaba a su aposento, sin escuchar los consejos prudentes del paje chico, Felipe II en-

traba en su despacho, rebosando ira y celos en corazón.

Sentóse el monarca para escribir, y vió el paquete que había dejado Ruy Gómez en la mesa. Lo abrió, y una exclamación de cólera salió de sus labios al enterarse de las cartas que contenía, que no eran otras sino las robadas al príncipe de Antonio.

—¡Dios mío. Dios mío—exclamó—, a qué duras pruebas me pone la justicia!

Y dejó caer la cabeza entre las manos y quedó profundamente abatido.

Más de una hora pasó antes de que se moviera el monarca, ni se percibiese más ruido que el de su respiración trabajosa y desigual.

CAPÍTULO LXVI

El rey da órdenes y Ruy Gómez obedece

Si taciturnos y callados estaban los palanqueros el día en que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, más silenciosos y tristes se les veía a la mañana siguiente, en que el cielo estaba nublado y el frío se dejaba sentir más que en los anteriores.

Eran las siete y ya Felipe II se paseaba en su despacho.

En el rostro del monarca se veían todas las señales de un penoso insomnio, y en aquellos momentos parecía muy preocupado. La lucha que en su interior sostenía sus celos de esposo ofendido y su autoridad de rey con sus sentimientos de padre era horrible. Duro, como hemos dicho, era su pecho, y aun suponiendo que como padre no fuesen sus tormentos muy agudos, como hombre ofendido en la más delicada fibra de su corazón debía sufrir mucho. En cualquier otro que hubiese atentado contra su honra y su autoridad, hubiera

conseguido todo su enojo y toda su justicia: pero acordarse de su hijo, era el castigo más peligroso, a la vez que el golpe había sido más sensible.

Después de media hora transcurrió sin que cambiara la misma expresión de su rostro; sin que diese señales de hallarse fatigado por tales repetidos ataques, hasta que al fin, llamando a su ayuda de cámara, le dio orden de que avisase a Ruy Gómez de Silva.

Pocos momentos después, el favorito cortesano se encontraba en presencia del rey.

—Señor—le dijo éste a la vez que también ocupaba su sillón.

—Señor...

—Señor... que quiero que me escuches con sosiego, porque el asunto es grave.

El de Eboli obedeció al monarca.

—Entra a las órdenes de vuestra majestad—dijo. Felipe II meditó algunos instantes.

—Ahora te pediré un consejo.

—Tú es buena, señor; pero no tuve tiempo para contestar a vuestra majestad.

—Es verdad, porque lo impidió un negocio muy grave.

—Bien quisiera excusarme de dar un consejo como el que me pidió vuestra majestad; pero...

—Ya no lo necesito, porque sucesos posteriores han venido a probarme que no debo vacilar.

—Más fuerza tienen los hechos que las razones.

—Así es, y desgraciadamente estamos en este caso.

—Entonces sólo me toca obedecer las órdenes de vuestra majestad.

—Los sucesos de mi hijo han llegado ya al último extremo.

—Ruego a vuestra majestad que mire con calma este negocio.

—Con calma lo he mirado, — ahora me arrepiento.

—Señor el primer intento le ruga del príncipe está desbaratado, y con alguna vigilancia...

—No, Ruy Gómez. Anoche cuando volví a este aposento, me encontré sobre de la mesa un paquete de cartas que forma la correspondencia secreta

de Montigny y prueba la culpabilidad de mi hijo. No sé cómo esas cartas han llegado hasta aquí, ni he querido averiguarlo; sin duda las ha traído el que me perseguía tan tenazmente y ha cuido la ridícula voz de que el diablo estaba en el alcázar. Quien quiera que sea, antes partidario del príncipe, habrá recibido de éste algún desengaño, y toma las armas de su intriga contra su antiguo protegido. De cualquier modo, es la cierto que me ha prestado dos servicios muy importantes.

—Como he dicho a vuestra majestad, creo que con una cuidadosa vigilancia...

—Te repito que no: las cosas han llegado ya a un extremo que te es desconocido; es preciso cortar el mal por la raíz. Hay además de lo que prueba esa correspondencia, es decir, de la traición del príncipe, otro delito de más gravedad.

—¿De más gravedad?—reñó Ruy Gómez fingiéndose sorprendido.

—Sí, de más gravedad.

—No acierto.

—No puedes saberlo, y es de tal naturaleza que debe quedar encerrado en mi corazón.

—Vuestra majestad se refiere a hechos...

—Sí, a hechos que han tenido lugar delante de mí; nadie ha podido engañarme, nadie exagerarlos, puesto que yo los he visto.

—Mucho me alegro—repuso el de Eboli—que vuestra majestad se muestre tan reservado, porque esos secretos suelen ser peligrosos aún bajo la más severa discreción.

—Sí, los reservo porque en nada interesan al Estado; son secretos del corazón, porque a éste únicamente hieren.

—Nada más respetable.

—Nada más doloroso—dijo Felipe II a la vez que su frente palidecía.

—Se ha decidido; mi esposa tenía razón—pensó Ruy Gómez—. Luego añadió en voz alta: ¿Y espera vuestra majestad a que venga el cardenal Espinosa?

—Al contrario: quiero que ignore mi determinación hasta mañana, porque de otro modo tendría que enseñarle las cartas de los flamencos, y

no sé si el inquisidor, cuyo extremo celo religioso conoce, intentaría apoderarse de la persona del príncipe.

—¿Señor!...

—No lo dudes; esa correspondencia es una acusación terrible.

—Es decir que vuestra majestad quiere poner al príncipe a cubierto...

—Quiero castigarlo, pero evitar que lo castigue la Inquisición; quiero poner preso a mi hijo, pero que no vaya a un calabozo.

—Poner preso... al príncipe...—repitió Ruy Gómez, haciendo un gesto de profunda sorpresa y admiración.

—Sí, preso.

—Señor...

—No intercedas, porque será en vano.

—Señor, creo que vuestra majestad...

—Lo he resuelto.

—Pero...

—Lo tengo muy meditado, y de nada servirán tus observaciones.

—Perdóneme vuestra majestad que insista.

—Te he dicho que no necesitaba ya tus consejos—interrumpió el monarca con alguna severidad.

—Me ha movido a daros v. vuestra majestad...

—Un impulso generoso; lo sé y te lo agradezco, porque se trata de mi hijo; pero te prohibo que vuelvas a interceder por él.

Ruy Gómez hizo una reverencia.

El rey prosiguió:

—No te toca hacer nada más que obedecer mis órdenes.

—Las espero.

—Esta noche quiero que el príncipe quede preso en su cuarto y bajo la custodia de algunos caballeros.

—¿Y quién ha de ejecutar la prisión?

—Yo.

—¡Vos, señor!

—Yo mismo; tú me acompañarás, el duque de Feria también y la guardia que se crea conveniente.

—¿Hay que hacer algunos preparativos?

—Sí.

—Vuestra majestad dispondrá.

—No hace mucho que, según te dije, ese pobre hidalgo que ha desaparecido ayer ; que puse al servicio del príncipe, me dijo que éste había hecho colocar en la puerta de su dormitorio una cerradura ingeniosamente construida, y que sólo podría abrirse por la parte de adentro de la habitación.

—Así es.

—¿La has visto?

—Sí, señor.

—¿Crees que podría forzarse fácilmente?

—Antes se haría la puerta mil pedazos.

—Entonces es preciso que hoy, mientras mi hijo sale a paseo, el mismo que ha construido la cerradura, haga de modo que quede inútil para asegurar la puerta.

—Si es posible...

—Le dices que yo lo mando, y que su cabeza me responde del éxito de su obra, pero que la ejecute con tal arte, que al principio no encuentre entorpecimiento al cerrar.

—Bien, señor.

—Excuso decirte que este asunto...

—Es completamente reservado.

—Darás orden al duque de Feria para que esta noche a las diez se presente en mi cámara.

—Seréis obedecido.

—Cuando mi hijo salga del alcezar, seguid sus pasos por si intenta por segunda vez su fuga.

—¿Y si así sucediese?...

—Lo defenderéis.

—¿Y si opone resistencia?

—Lo sujetaréis.

—¿Bastará?

—Manlatario, si preciso fuera.

—Ya sabe vuestra majestad que en primer arbitrio...

—Te digo lo que ha de ejecutarse sin perder el respeto al príncipe de Asturias; el cómo ha de cumplirse mi orden a ti te toca, porque sino para nada te necesitaría.

—Espero las demás órdenes que vuestra majestad

renga a bien comunicarme — contestó Ruy Gómez con humildad.

—Ninguna otra. Retírate a obedecer las que te he dado.

Salió Ruy Gómez de la regia estancia, diciendo para sí:

—Si supiera su majestad que abusé de su nombre para el maldito asunto de Fuza, de seguro mandaba que me cortasen la cabeza, según está hoy de malhumorado.

Y mientras sus remordimientos le hacían estremecerse, llegó a su habitación para comunicar a su esposa lo que ocurría.

Aguardábalo impaciente doña Ana.

—¿Qué nuevas traes? — preguntó a su esposo apenas lo vió.

—Esta noche quedará preso don Carlos.

—¡Triunfé!—exclamó la dama.

Y sus negros ojos brillaron con feroz alegría, y la emoción del criminal contento hizo palidecer su rostro y agitarse convulsivamente sus hermosas trancas.

—No estoy tan contento como vos—le dijo don Ruy.

—¿Habéis olvidado que, mientras el príncipe esté vivo, mientras viva, amenaza ya, puñal vuestra cabeza y una mano vuestra fortuna?

—Es verdad... tenéis razón... ya... me cabe duda de que don Carlos busca la ocasión de matarme.

—¿Estimáis en más su vida que la vuestra?

—No es eso.

—Entonces no os comprendo—repuso con desdén la altanera dama.

—Es que los delitos del príncipe no botran el nuestro.

—¿Cuál es?

—La intriga.

—¿Hacemos acaso más que defendernos?

—Es verdad; pero si llegara el rey a descubrir...

—Está de nuestra parte la razón.

—No habría de valerme las que vos alegáis ahora.

—¿Y cómo queréis que se descubra nada?

—Si yo adivinase el cómo, lo evitaría.

—Estad tranquilo.

—No del todo.

—¿A quién teméis?

—A ese a quien nadie conoce, pero a quien todos llaman el diablo.

—Ya veis que su poder amengua.

—Posible es que en este asunto quede vencido; pero su venganza...

—Siempre miedo.

—Sois incansable, señora.

—Os aconsejo—replicó la dama—que no perdáis un instante en obedecer las órdenes de su majestad. Ruy Gómez salió.

—¡Oh!—exclamó doña Ana—. ¡El triunfo es mío! Ya sabrás, príncipe don Carlos, cuán caro cuesta el desprecio hecho a una : afor hermosa. Y tú reina Isabel, a pesar de tu corona y de tu virtud, me pagarás con usura el ultraje que recibí en tu presencia.

El semblante de aquel hermoso demonio volvió a radiar de alegría. La idea del triunfo engrandecía su amor propio; la de la venganza satisfacía sus más ardientes deseos.

Dejémosla recostada en un diván gozarse a solas con su criminal intento, mientras seguimos el curso de nuestra historia.

CAPÍTULO LXVII

El paje no descansa

Preciso es que retrocedamos a la noche anterior para saber lo que hizo el paje cuando se separó del príncipe don Carlos.

Nada diremos del estado moral de Luis, pues ya se comprende que debía ser muy violenta la agitación de su espíritu y que sufriría mucho porque había perdido casi completamente la esperanza de triunfar en aquella lucha que había sostenido con tanto valor como habilidad.

Los castáculos eran masorras cada vez; multi-

prescribían los peligros, y con tal rapidez se decidían las circunstancias, que apenas daban tiempo para adoptar ninguna resolución.

Mucha era la viveza del travieso paje: pero muy poca para lo que exigía la situación.

Cada minuto era entonces un tesoro inapreciable, y así lo comprendía el pajeillo y hacía lo posible para no perder un solo momento.

Para la salvación de don Carlos no quedaba ya más que un solo recurso, y era preciso hacer el último esfuerzo. El recurso consistía en huir, pues ya no quedaban medios para sostener por más tiempo aquella lucha desigual al lado de Felipe II y cerca de doña Ana de Mendoza y de Ruy Gómez de Silva.

A pesar de que la salvación le parecía imposible al paje, no se desalentó, sino que, por el contrario, arcentaron sus fuerzas en proporción del apuro; eran tal vez fuerzas ficticias; pero fuerzas al fin, que por de pronto valían mucho.

Saló del alcázar, y después de dar algunos pasos, se detuvo y aspiró con avidez el aire frío de la noche.

El cielo estaba cubierto por espesas y negras nubes. Miró a su alrededor.

No encontró más que tinieblas.

—¡Oh!—exclamó Luis con el acento de la desesperación y apretando los puños—. Tan obscuro como el cielo es nuestro porvenir. La tormenta amenaza y no tardará en desencadenarse.

No pronunció una palabra más.

Lanzóse atrevidamente por las solitarias calles que en aquellos tiempos infundían pavor a los más valerosos.

A los pocos minutos entraba en una posada que había cerca de la plaza del Arrabal, presentándose al señor Pero León, que según costumbre, cuando otra cosa no tenía que hacer, se aburría y buscaba entretenimiento en una botella de vino, vaciándola poco a poco.

—¡Tripas de Lucifer!—le llamó el soldado al ver a Luis—. Os agradezco mucho la visita, porque al menos tendré con quien hablar.

—Lo que habéis de hacer es sacudir la pereza.

—¿Hay novedad?

—Que estamos perdidos—respondió Luis con voz reconcentrada.

—¡Mil rayos!—gritó el capitán.

—Si dentro de veinticuatro horas no conseguimos sacar de Madrid al príncipe, será imposible salvarlo.

—¡Por las raíces de mi abuela, que murió en olor de santidad!—exclamó el soldado descargando en la mesa tan fuerte puñada que hizo rodar el vaso y la botella, rompiéndose ambas vasijas y esparciéndose el vino por el suelo; y si no rodó también y se apagó la luz, fué porque no había en el aposento más que la de un candil de garabato colgado en la pared.

—El príncipe no quiso escucharme, y ha cometido la última de las locuras, que por de pronto le costará la libertad, y después la vida.

—No lo entiendo.

—A estas horas lo tenéis vigilado, y si intenta salir de su habitación, no lo dejarían.

—Entonces...

—Ya sabéis que conozco salidas secretas.

—Pues vamos por él, lo llevaremos a lugar seguro y esperaremos la ocasión favorable para abandonar esta tierra, donde no debemos esperar más que disgustos.

—¡Oh! Ahora no conseguiríamos nada, y es mejor dejar tiempo para que se calma el arrebato de su alteza. Ya os he dicho que está loco.

—¿Y qué hemos de hacer? Ya sabéis que yo sirvo para todo menos para vacilar.

—Busquemos caballos a toda costa, aunque sea preciso pagarlos a peso de oro.

—Los buscaremos — dijo el capitán poniéndose en pie y tomando su larga tizona.

—Vos tenéis amigos que pueden servirnos en esta ocasión.

—Particularmente uno.

—Pues bien, aprovechemos el tiempo.

—Además de caballos tenemos necesidad de algunos hombres de confianza.

—Conozco a muchos truhánes, ya lo sabéis.

—Vamos pues.

—¡Tremos!... ¡Y no puede arreglarse este negocio a cuchilladas!...

—Legaré el día y os despacharéis a vuestro gusto, puesto que tendremos que ir a parar a Flandes. Pero más hablaron entonces.

Salieron.

Encamináronse a la Puerta Cerrada, bajaron por la calle de Segovia y se internaron luego en el laberinto de calles de la Morería.

No iban paso sin tropezar ni tropezaban sin que dejasen de salir de la boca del señor Pero León imprecaciones y blasfemias.

Éste iba silencioso, preocupado, y avanzaba maquinalmente.

Amenazabanse las nubes, y bien pronto la lluvia debía caer a torrentes y hacer doblemente incómoda la excursión por aquellas calles estrechas, curvas, costaneras y sin empedrar, como todas las de la coronada villa.

—Aquí—dijo por fin el capitán.

Detuviéronse a la puertecilla de una casa miserable y que apenas se distinguía entre las viviendas.

El señor Pero León, con la empuñadura de su daga, dió algunos golpes en la puerta, y dijo al paje:

—Ahora veréis como me entiendo con esos bribones.

—De ellos depende nuestra salvación.

—¡Por Satanás! Muy pesado tienen el sueño o no quieren responder.

Voltió a llamar con tantos y tan recios golpes que, al fin, una voz desagradable y que no hubiera podido decirse si era de hombre o de mujer, dijo desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Abre y despierta al moreno, si es que duerme—respondió el capitán.

—El moreno no está en casa.

—¡Fuera de Satanás!... Tú no tienes ganas de vivir Cucaracha, o es que no me has conocido. Abre, porque si me obligas a romper la puerta, haré lo mismo con tus huesos.

Y efectivamente, la puerta se abrió, aunque a

nadie pudo verse, porque no había luz en el interior de la casa.

—¡Mil rayos!—exclamó el señor Pero León—. ¿Así recibes a personas de mi calidad?

—No es conociendo...

—Enciende luz y atrevete a decirme ahora que el Moreno ha salido.

—Allá voy—dijo otra voz destemperedada—. Perdonad; pero...

—Está bien—replicó el soldado mientras entraba seguido de Luis.

—Parece que venís acompañado—dijo la persona que había abierto.

—¿Y qué importa?

Rebombaron las chispas arrancadas del padernal por el eslabón; luego brilló la azulada llama del azufre, y al fin se esparcieron los rayos de la luz de un candil.

El aposento revelaba la miseria.

En ropas menores había dos personas: un hombre y una mujer, cuyos rostros decían lo que eran; dos miserables, dos criaturas de esas que han llegado al último punto de la desesperación, y que ya no pueden vivir sino respiran la atmósfera de todos los vicios.

—Tienes licencia para dormir—le dijo el capitán a Cucaracha.

Salló esta después de haber fijado una mirada escudriñadora en el paje, que recataba el semblante con el embozo y no dejaba ver más que sus grandes y magníficos ojos.

El llamado Moreno miraba también con extrañeza a Luis; pero no se atrevió a preguntar quién era.

El señor Pero León dió principio a la conversación, diciendo:

—La fortuna acaba de entrar por las puertas de tu casa, y si no aprovechas la ocasión será peor para ti.

—Si tenéis a bien explicaros...

—Para eso he venido.

—Pues os escucho como merecéis—dijo el Moreno respetuosamente.

—Tengo necesidad de algunos hombres valerosos, discretos y leales.

—Yo no soy más que uno, y ya sabéis que conmigo podéis contar, porque me habéis hecho algún beneficio.

—Y porque me tienes miedo—interrumpió el capitán.

—¿Por qué he de negarlo?... De todo tiene la vida, señor caballero.

—Además de hombres necesito caballos, doce o catorce.

—¡Oh!

—Y todo ha de quedar arreglado esta misma noche.

El Moreno comenzó a vestirse mientras decía:

—En vuestra presencia haré hasta lo imposible, y así no os quedará duda de que deseo servirlos; pero...

—¿Qué?

—Tendremos gente.

—Es la mitad de lo que necesitamos.

—En cuanto a los caballos...

—Nadie puede proporcionarlos más fácilmente que tú.

—Uno, dos, quizás tres.

—Han de ser doce.

—¡Mil rayos!... ¿Y de donde ha de sacarse todo eso?

—Si yo lo supiera no me tomaría el trabajo de venir a buscarte.

—Es verdad.

—Te advierto que podemos disponer de mucho oro.

—Por mi parte...

—Eres un desalmado, que nada harías si no te pagasen con mucha largueza. Para lo que es difícil necesito ayuda, pues lo fácil lo yo haré.

—Doce caballos...

—De los cuales han de salir ocho al amanecer, o antes, si es posible, para situarse en el punto que se designe y esperar.

—Empleo a entender.

—Y la gente que salga acompañada de oro abundante

para comprar más caballos: cualquier precio y hacerles avanzar y que también esperen—repuso el capitán.

Y luego le preguntó a Luis:

—¿No está así el plan bien combinado?

—Perfectamente.

—¡Cuernos de Lucifer!... Ya lo véis, empiezo a tener talento.

—Todo eso significa—dijo el Moreno—que algunas personas tienen necesidad de salir de la villa y correr mucho, muchísimo, como quien huye.

—Sí.

—Y esas personas...

—Yo soy una, otra lo es: este joven hidalgo que te honra con su presencia y cuyo nombre no necesitas saber, y en cuanto a los demás, tampoco te importa más que el dinero que han de darte.

El bandido inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—Acaba de vestirme que el tiempo pasa y es menester aprovecharlo.

—Doce caballos—murmuró el Moreno—, doce... ¡Que el diablo me lleve!... Es muy difícil.

—¡Vive el cielo!... Escoge entre quinientos ducados y una estocada que te atraviese de parte a parte.

Y al pronunciar estas palabras arrugóse el entrecejo del señor Pero León, que se puso en pie y fijó en el bandido una mirada terrible.

—Aunque no sea más que para servirlos...

—Guarda los cumplimientos para quien no te conozca.

—Buscaremos.

—Y no nos separaremos de tí hasta que todo quede arreglado.

—¿Y cuántos hombre?

—Habéis de ser cuatro lo menos.

—Aunque se necesiten cuarenta; pero los caballos...

—¡Ira de Satanás! ¿Es que te has propuesto apurar mi paciencia?

—Perdonad; pero...

—Vamos, vamos.

Acabó de vestirse el bandido, tomó su capa y su sombrero, y dijo:

—Si no hay ningún inconveniente, dadme ahora algún dinero.

El paje sacó un bolsillo lleno de monedas de oro y lo arrojó sobre la mesa.

El Moreno se estremeció. Brilló en sus ojos el fuego de la codicia, tomó el dinero y se envolvió en su capa. Dispuséronse a salir.

Preséntose entonces Carracha para cerrar la puerta y le dijo el capitán:

—Ya sabéis que en esta casa os estima, y que por nadie se hará lo que por vos.

—Y tú tampoco ignoras que tengo buenos puñales, y que con facilidad se me sube la sangre a la cabeza, sin contar con que conozco vuestra vida y miseria.

Salieron de la casa.

—Por aquí—dijo el Moreno.

Avanzaron con cuanta rapidez les era posible en aquellas calles y entre las tinieblas.

Veinte minutos después, se detenían, y el Moreno golpeaba la puerta de una casa no menos miserable que la suya, diciendo a nuestros amigos:

—Tendréis que esperar aquí, porque si entráis, nada haremos.

—Acuérdate de que tengo poca paciencia.

Media hora tuvieron que aguardar.

El señor Pero León, según costumbre, juraba y maldecía mientras sin cesar se movía de un lado para otro. Luis continuaba silencioso y meditabundo. Hacía reflexiones sobre la situación, que cada vez le parecía más crítica.

Aun suponiendo que todo había de salir aquella noche a medida de sus deseos, no consideraba segura la salvación del príncipe.

¿Qué haría éste cuando se le dijese que ya podía partir?

Era posible que se negase a salir del alcázar como había hecho pocas horas antes.

Saló el bandido.

—¿Qué has adelantado—le preguntó el capitán.

—Dos catalanes muy buenos.

—Es poco.

—Tengo seguridad de encontrar otros dos; pero una docena...

—¡Rayos!

—No basta el dinero, es menester tiempo; dejadme el día de mañana.

—Esta noche ha de ser.

—Veremos.

—¿A dónde hemos de ir ahora?

—Al arrabal de San Martín.

—¿Y luego?

—No lo sé.

Empezó a llover.

No los seguimos paso a paso, porque lo que más nos importa es el resultado.

En el momento en que los ocho caballos de Segovia, y después a los derrumbaderos que bajaban desde las cercanías de Santiago de los Caños del Peral y la huerta de la Priora.

La lluvia espesaba cada vez más.

El peaje continuaba silencioso.

A las tres de la madrugada tenían ocho caballos.

El Moreno se dió por vencido, y declaró terminantemente que no le era posible hacer más, aunque lo matasen.

Si los ocho caballos no eran todo lo que necesitaban era mucho en aquella situación.

—Bien—dijo entonces Luis—; nos arreglaremos como sea posible.

—Decid ahora lo que tenemos que hacer.

—Cuatro caballos saldrán lo más pronto posible.

—¿Y los otros?

—Estarán mañana a las doce de la noche junto al puente de Segovia.

—Entendido.

—Para los demás detalles os dará instrucciones el señor Faró León.

—Pues me voy a descansar—dijo el Moreno.

—Conmigo—replió el capitán—, porque en mi posada encontraremos buen fuego y buen vino.

—Falta me hacen las dos cosas.

Luis se separó de su amigo y del Moreno, y se encaminó lentamente hacia el alcázar real.

CAPÍTULO LXVIII

El paje que no comprende lo que vé

Luis entró en el alcázar, no para dormir, sino para sentarse y descansar mientras refería a su señora lo que acababa de hacer.

Cesó la lluvia y el horizonte empezó a despejarse.

Brillaron las estrellas; pero pronto empezaron a palidecer, y sonrieron los primeros resplandores del matutino crepúsculo.

Entonces volvió a salir el paje, porque quería ver al capitán y saber si efectivamente habían salido los caballos, pues si algún inconveniente se había presentado era preciso acudir pronto al remedio.

En vez de dirigirse por Santa María a la calle de Almudena, tomó por los alrededores de San Nicolás, pues era sitio más solitario, y así llegó cerca de la morada del comendador.

Le repentinó al paje, porque vió que se abría la casa de Maldonado y que salían dos hombres.

—Tan temprano!—murmuró Luis.

Efectivamente, era extraño que a semejante hora saliese nadie de su morada, y mucho más extraño que tras los dos hombres salieran dos caballos.

—¿Qué significa esto?—dijo Luis—. ¿Tenemos intriga?... Parece imposible, tratándose de un hombre como el comendador. Saldré de dudas muy pronto porque quizás la Providencia me ha traído para darme a conocer algún secreto de gran interés.

El mancebo se ocultó en el hueco de una puerta, de modo que podía ver sin ser visto.

Pocos momentos después salió otro sirviente y otros dos caballos, y luego una mula lujosamente enjaezada.

—Se trata de un viaje—pensó Luis—. Esa mula

de paso para que el señor vaya con comodidad y los carceles para los criados. ¿Dónde piensa ir el buen comendador? ¿Cómo es que se aleja de la corte, en estos críticos momentos?... Veamos, veamos.

No imaginaba el paje que tenía muy cerca la dicha y que una circunstancia cualquiera podía cambiar completamente la situación.

Siguió observando. Dos de los sirvientes cabalgaron y esperaron a pocos pasos de distancia.

Un minuto después se presentaron los caballeros.

Eran el comendador Maldonado y su hermano el barón.

El primero estaba envuelto en una bata, y por consiguiente, no salía sino para despedir a su hermano.

—Comprendo—murmuró el paje—; el barón se vuelve a su solitario castillo. No hay pues intriga, y pierdo el tiempo en observar; pero agradeceré que se alejen, porque no me conviene que me vean.

Abrazáronse los dos hermanos, y en sus semblantes se pintaba una commoción dolorosa.

El barón cabalgó en la mula, separóse algunos pasos y volvió a detenerse.

—Ya no lo entiendo—dijo el paje—. ¿Por qué no se alejan los viajeros?

La explicación no se hizo esperar, y Luis tuvo un nuevo motivo de sorpresa.

Dos criados más salieron.

Llevaban una silla de manos.

—¡Vive el cielo!—exclamó el paje.

Y sin que supiese por qué, sintió que su corazón latía violentamente.

—¿A quién llevan ahí?—dijo con voz alterada. Columbraron sus ojos negros.

Su primer impulso fué acercarse a la silla y conocer el abuso de ver quién la ocupaba, y que supuso era una mujer; pero consiguió dominarse y apareció inmóvil.

Los de la silla se pusieron en movimiento.

—Adiós hermano mío—dijo el barón—. No olvides que me has prometido una plaza.

—No puedo olvidarlo — respondió el comendador.

Resonaron las pisadas de los caballos.

Pocos momentos después desaparecieron tras una esquina.

Maldonado había permanecido en el umbral.

—Ahora veremos como sale del apuro — dijo Luis.

Y dió algunos pasos mientras gritaba:

—Buenos días caballero.

Voltió el comendador la cabeza.

Su frente se contrajo y no pudo contener una exclamación de sorpresa y de disgusto.

¿Qué significaba la presencia del paje en aquel sitio y a semejante hora?

Esta pregunta se hizo Maldonado, y desde luego creyó que el travieso Luis lo espiaba, así como creyó que el motivo no podía ser otro que el de haberse sospechado que el marqués de Foxa vivía.

Siempre había sido peligroso este secreto; pero entonces lo era mucho más.

Tan turbado se sintió el caballero, que no acertó a responder, y quedó inmóvil con la mirada fija en el paje.

Sonreía éste, aunque de coariscir no tenía ganas, y entrando en el portal, desemborándose y frotándose las manos para devolverles el perdido calor, dijo:

—Está la mañana fría, y la verdad es que no se puede madrugar, sino para cumplir alguna obligación de importancia.

—Ciertamente—respondió sin Maldonado, que hacía grandes esfuerzos para recobrar la calma—, y por eso me sorprende que tan temprano hayas salido.

—¡Ay! mi querido caballero, los que tenemos que obedecer, los que no somos dueños de nuestra voluntad, no podemos permitirnos ciertas comodidades. A estas horas estaría ya de muy buena gana en el lecho, y sin embargo, no vale aquí lo cual significa que me han dado ordenes, y tengo que cumplirlos, olvidándome de mi condición y de mi gusto.

—Eres ingrato con la fortuna.

—¿Por qué?

—Tu noble señora te quiere y te trata como a un hermano.

—Verdad y muy verdad; pero eso mismo me obliga a complacerla con mayor afán.

—Eres agradecido y así lo demuestras.

—En cuanto a vos, caballero, ya he visto que el deseo de abrazar a vuestro hermano es lo que os ha hecho madrugar.

—¿Acaso has visto?...

—Sí; que ha marchado el señor barón y he supuesto que vuelve a su silencioso retiro, entre los bosques y las montañas, para entregarse allí a sus recuerdos, que deben ser bien tristes.

—No te has equivocado.

—Primero me puso en gran cuidado, porque vi...

—¿Qué?

—Una silla.

—La llevan por...

—Sí—interrumpió el paje—, porque la persona que la ocupa no puede caminar a caballo.

Densa palidez cubió el rostro de Maldonado, que fijó en el paje una mirada escudriñadora.

Sonreía éste; pero con expresión burlona.

Al verlo se hubiera dicho que conocía perfectamente el secreto.

Las palabras que había pronunciado eran vagas, podían significarse mucho, podían ser solamente una suposición; pero Maldonado les dió la importancia más grave, y cometió la torpeza de preguntar:

—¿Y qué sabes tú?

Comprendió el pajecllo que su situación era muy ventajosa, y quiso sacar partido de ella.

Miró a todos lados recelosamente, acercóse más a Maldonado, y le dijo a media voz:

—No me parece prudente hablar aquí de ciertos asuntos.

—Pero...

—Os exponéis a coger una pulmonía, y como además yo tengo que cumplir las órdenes de mi noble señora...

—No serán tan urgentes que no te permitan subir y descansar mientras hablamos.

—A estas horas...

—A todas es agradable tu conversación.

—Gracias.

—Ven.

—Vamos, pues.

Sin mostrar disgusto ni alegría, siguió Luis a Maldonado.

Aunque muy disimuladamente, miraba a todos lados el travieso niño, con la esperanza de encontrar algún detalle que le diese luz.

Ya no le quedaba duda que el comendador estaba metido en alguna intriga de mucha importancia, y, sobre todo, que tenía interés en ocultar quién era la persona que iba en la silla de manos; pero esta presunción de nada le servía en aquellos momentos.

Ni en la escalera ni en las habitaciones que atravesaron encontraron orlado alguno.

Esta circunstancia no pasó desapercibida para el astuto manco; pero nada podía deducir.

Entraron en un gabinete y se sentaron.

El comendador, observando siempre con atención profunda el rostro del paje, le dijo:

—Supongo que ahora no tendrás inconveniente en explicarte.

—¡Explicarme!—replicó Luis con tono de extrañeza.

—Sí.

—¿Y sobre qué he de darte explicaciones? ¿Pues qué cosa me habéis visto hacer que no hayáis entendido?

—Decías que ciertos asuntos no debían tratarse en el sitio en que nos encontrábamos.

—Y vos me habéis invitado a subir, lo cual prueba que era prudente mi observación.

—Pero ese asunto...

—Caballero, vos lo sabéis mejor que yo.

—¿A qué te referías?

—Al viaje de vuestro hermano.

—Nada más sencillo.

—La hora, el cuidado que todos ponían en no hacer ruido, la silla de manos...

—¡Ah!... Eso es lo que ha llamado tu atención.

—Pues bien—dijo resueltamente el paje—, eso es, sí.

Maldonado soltó una carcajada y replicó:

—Lo siento mucho, mi querido Luis, lo siento muchísimo.

—¿Puedo saber cuál es la causa de vuestra pena?

—Que tengo que desvanecerme una ilusión.

—Ciudadano caballero que si os equivocáis será muy mala vuestra posición, y os ganaré muy fácilmente la partida.

—No sucederá.

—Veamos, pues, en qué consiste mi ilusión, y cómo la desvanecéis.

—Los años, y sobre todo los sufrimientos, han quebrantado mucho la salud de mi hermano: esto lo sabe todo el mundo, y lo prueba la circunstancia de que lo menos la mitad del año tiene necesidad del médico.

—Eso es verdad, por desgracia, y no ignoro que el doctor Pedroso...

—Es uno de los que van en su compañía, y se quedará en el castillo, donde tendrá que permanecer quizás algunos meses.

—Comprendo.

—Por lo que pueda suceder, ha dispuesto el doctor que se lleve una silla de manos, pues la fatiga del viaje...

—No os molestáis, caballero.

—Sí he entendido...

—Nadie ocupe la silla, ¿es verdad?

—Nadie, ni quiera Dios que sea menester que mi hermano la ocupe.

A su vez soltó el paje una carcajada burlona.

—¿Por qué te ríes?—preguntó Maldonado, que otra vez perdió la tranquilidad.

—Es ingeniosa la explicación.

—Es sencilla, como todo lo que es verdad.

—¡Pícaros de todos!

—¡Luis!...

—Perdonadme, señor comendador, porque tal vez abuso de vuestra bondad, pero como soy casi un niño, no sé fingir, y digo lo que siento.

—Debo ser muy torpe cuando no entiendo lo que quieres decir.

—Que habéis olvidado — detalle de muchísima importancia, y la culpa es mía.

—¡Un detalle!...

—Ya sabéis aquello de que por el hilo se saca el ovillo, y en esta clase de intrigas, dejar un cabo suelto es echarlo todo a perder.

—¡Vive el cielo!, que apuras mi paciencia.

—No quiero molestaros—dijo Luis, poniéndose en pie.

—No te irás—repuso Maldonado—. no te irás sin haberme dado explicaciones.

—Si no os desagradasen mis palabras...

—Por el contrario, quiero que hables con franqueza, con claridad, porque necesito desvanecer tus errores, convencerte de que te has equivocado.

—Caballero, desde luego aseguro que sois incapaz de hablar con la misma franqueza que yo, con la misma claridad.

—Lo veremos.

—Dos hombres robustos que llevan una silla de manos vacía, levantan la cabeza, no se contraen, se mueven con ligereza, no se cuidan de mirar dónde pisan, no afirman los pies, andan de prisa...

—¡Vive Dios!...

—Vuestros criados iban contraídos, como agachados, andaban con dificultad, medían sus movimientos, procuraban afirmar bien los pies, sus pasos eran cortos y perfectamente acompasados...

—Has visto visiones — interrumpió Maldonado.

—También vi que os inclinábais, levantábais una de las cortinillas, mirábais...

—Para ver si todo estaba bien arreglado.

—Mirabáis, digo, con gran interés, hacíais un gesto como de dolor, lo cual estaba en perfecta armonía con la situación, puesto que os separabais de una persona querida...

—De mi hermano.

—Entonces no os ocupábais de él.

—Te has equivocado.

—Y como me encontraba cerca, pude oír que

decidais a los que llevaban la silla: "Cuidado, mucho cuidado".

La turbación de Maldonado llegó al último punto.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

—No — dijo con voz insegura—, tú no has podido ver todo eso, ni tampoco oír semejantes palabras, que no he pronunciado.

—¿Y por qué no he podido verlo?—preguntó Luis.

—Porque has llegado cuando ya se alejaban los viejeros.

—Antes no me pudisteis ver; pero en el hueco de una puerta de enfrente me encontraba yo cuando abrieron la de vuestra casa.

—Es decir, que te habías ocultado para observar...

—No.

—¿Quién te ha mandado que me espías?—repuso el comendador, en tanto que fijaba en el paje una mirada terrible.

—Nadie.

—Sin embargo...

—Por casualidad he visto lo que no esperaba ver, y la culpa no es mía, sino de la casualidad. Pensábais desvanecerme una ilusión, y es vuestra la que se ha desvanecido... Lo siento mucho, caballero, aunque vos debéis sentirlo más.

—Bien, muy bien.

—Ahora confesad lealmente que he ganado la partida.

—¡Oh!...

—Todo el mundo sabe que soy curioso, y vos lo sabéis también; y por consiguiente, no debe sorprenderos lo que ha sucedido, si bien comprendo que os desagrada.

—No te he conocido hasta hoy.

—Y aun han de suceder muchas cosas antes de que acabéis de conoceros.

—Puesto que no eres un niño más que en apariencia, te trataré como se trata a los hombres.

—Eso me place.

—Tú has sospechado...

Interrumpióse el comendador.

—Proseguid—le dijo el paje.

—No, no—, repuso Maldonado como si habíase para sí—: es imposible, imposible.

—¿Qué es lo que creéis que he sospechado?

—Nada, nada.

—Entonces...

—Vales mucho, serás un gran hombre.

—Gracias.

—Pero te falta la experiencia.

—¿Para qué la necesito ahora?

Para comprender toda la importancia de ciertos asuntos.

—Dicen que la ignorancia es una dicha.

—También es un peligro.

—¿A donde vais a parar?

—Escucha, y no olvides lo que voy a decirte.

—Ya escucho.

—Te han mandado para que me espíes, que averigües si es cierto lo que se sospecha con respecto a cierta persona.

—Os equivocáis.

—La prueba la tengo en lo que acaba de suceder.

—Es verdad que os espío; pero por mi propia cuenta.

—¿Y qué te propones?

—Ya lo habéis dicho; averiguar lo que hay de cierto en cuanto a esa persona, cuyo nombre...

—¡Silencio!—interrumpió vivamente el comendador.

—¿Hay peligro de que nos escuchen?

—No.

—Pues si no hay peligro...

—¡Desdichado!—exclamó el caballero como si ya no pudiera dominarse—. ¿Aún no has comprendido que se trata de un secreto de Estado?

—¡Bah!—replicó Luis con tono de indiferencia y encogiéndose de hombros—. ¿Nada más?

—¿Te parece poco?

—¿Y qué importa, señor comendador?

—Un secreto de Estado es...

—Como un veneno, no lo ignora.

—Si lo sabes, no se comprende tu tranquilidad.

—Después de haber tomada a pequeños dosis muchas veces el mismo veneno, ya no hace efecto.

—Lo cual significa...

—Que son tantos los secretos de Estado que conozco, que uno más o menos ninguna importancia tiene para mí.

Maldonado fijó una mirada de estupor en el príncipe.

Este prosiguió diciendo:

—La gravedad del asunto es la misma aunque no pronunciemos el nombre de esa persona, y por consiguiente...

—Basta, basta.

—Perdonadme; pero ya he principiado. y concluiré.

—Peor para ti, y para la persona que te envía.

—Pequito que trabajo por mi propia cuenta.

—Para servir al príncipe don Carlos.

—¡Yo!

—Sí.

—Os equivocáis.

—Me alegraré, porque te quiero, a pesar de lo que me has hecho sufrir hoy.

—Tened entendido, caballero, que a nadie sirve más que a mi noble señora.

—El eso fuese verdad...

—¿Qué haríais?

—Un beneficio tan grande... ¡Oh!...

—No os entiendo.

—Luis, por lo que más ames en el mundo, por la memoria de tus padres, jura que no es tu señora la que te ha mandado que me observes, y que nada tiene ella que ver ella con la persona que ocupa la silla.

—Jurado...

—Jurado, y Dios te premiará—reusó el conde con una voz que revelaba convicción profunda.

Al oírlo le tocó entonces sentirse aturdido.

De su contestación dependía la felicidad de doña Blanca.

Si se negaba a jurar, fácilmente adivinaría el conde que la noble doncella era la mujer amada por el marqués.

Luis dudó.

Pensó que si no juraba, su negativa era equivalente a revelar el secreto de que tomaba parte en las intrigas de los cortesanos, y que de esto se deduciría fácilmente que él era, con la ayuda de su señora, el misterioso personaje a quien llamaban el diablo.

Tanta previsión era exagerada; pero en aquellos momentos no podía el paje discurrir acertadamente.

—Juro—dijo Luis al fin—, que mi señora no me ha mandado que os espíe, y juro también que ni siquiera sabe que os visitó para pedir os una prenda del marqués de Foza, que en el cielo está.

Elon había dicho Luis, los detalles tienen mucha importancia y son con frecuencia como el rayo de luz. Las palabras "que el cielo está", refiriéndose al marqués pronunciadas sencillamente, convencieron al comendador de que ni remotamente sospechaba el paje que el de Foza vivía y era el que ocupaba la silla de manos.

—¡Ah!—exclamó el caballero, como quien se siente libre de la mano que lo ahoga.

—Y juro también — dijo el paje—, que el príncipe don Carlos no me ha mandado que os espíe, ni siquiera sabe que estoy fuera del alcázar.

—Creo lo que dices.

—Ahora, sabed que, como ningún secreto me habéis confiado, ninguna obligación tengo que callar, y antes de dos horas todo el mundo sabrá que...

—¡Por Dios vivo!

—¡Es mi venganza, caballero!

—¡Tu venganza!... ¿Pues en qué me he podido ofender?

—Os pedí un favor, me lo negasteis, y me complaceré en haceros mal.

—Es decir, que quieres...

—Que pagueis mi silencio.

—¡Oh!...

—Dadme el relicario, y callaré.

—Cometes un abuso...

—Aprovecho la ocasión.

—Ya sabes que el relicario...

—Hemos concluido—replicó el marqués—. Que Dios os guarde...

—Me obligas a transigir... Está bien; pero a no eres reservado...

—Descuida.

Pocos momentos después el comendador entregaba el relicario a Luis.

Creía éste que había conseguido mucho, y sin embargo, por segunda vez había perdido la ocasión de hacer dichosa a Blanca.

Volvió a prometer la reserva, despidióse y salió encaminándose presurosamente a la morada del capitán.

CAPÍTULO LXIX

De cómo Luis entregó el relicario a su señora

El comendador se había tranquilizado porque ya tenía seguridad de que no se sospechaba que el marqués de Poza vivía, pero no estaba satisfecho, ni era posible que lo estuviese, pues cuanto más reflexionaba, más se convencía de que el paje conocía perfectamente a la mujer amada por el marqués.

Meditabundo quedó el caballero, y más de una vez pensó en doña Blanca, pero no discurrió con bastante acierto para acabar de adivinar, y dijo al fin:

—Lo mejor me parece hacer con el paje lo que él hace conmigo: espíarlo cuidadosamente, y más o menos tarde descubriré la verdad.

En tanto que así discurría el comendador, Luis entraba en la vivienda del capitán, a quien encontró almorzando con el mejor apetito.

—¡Cuernos de Satanás!—exclamó el soldado—. Llegáis a tiempo.

—Para que me déis noticias.

—Para almorzar.

—Aún tengo mucho que hacer;

—¿Y yo?

—Nada en todo el día, a menos que se haya presentado algún inconveniente.

—Me alegro mucho, porque podré dormir.

—Lo cual significa...

—Que todo sale a pedir de boca. ¡Mil truenos!... No podía suceder otra cosa. ¡Verdad es que nos ha costado pasar una noche mala, pero hemos triunfado y nuestros enemigos se quedarán a la luna de Valencia.

—¿Y los caballos?

—Salieron los cuatro, según lo convenido, con el Moreno y otros tres bribones, y los demás esperan a nuestra disposición.

—Bien.

—¿Qué más queréis?

—Que al príncipe no se le trastorne la cabeza; porque si comete otra locura...

—Es posible.

—Descansad, porque tendremos que caminar toda la noche.

—¿Dónde hemos de vernos?

—Aquí.

—Es decir...

—No saldréis.

—¡Rayos!... En Flandes vamos a pasar una gran vida. Allí sabréis lo que es el mundo; la alegría, los goces...

—Y los desengaños, los sufrimientos.

—¡Bah!

—Hablemos después.

—Sí, mientras corremos por esos mundos de Dios. Lo que no tengo daria por ver la cara que pondrá el rey, y como temblará Ruy Gómez de Silva, y cómo se desesperará la hermosa princesa...

—No nos entreguemos a ilusiones que pueden desvanecerse con mucha facilidad.

—¿Desconfiáis de nuestra estrella?

—Sí.

—¡Tripas de Lucifer!...

—Pronto saldremos de dudas.

—A dormir, pues cuando llegue la noche...

—Que Dios nos proteja...

—Pero siquiera bebed...

—No, no—dijo el paje.

Y salió para volver al alcázar, diciendo para sí:

—Llevo un tesoro que hará feliz a mi señora, hasta donde la felicidad es posible para ella. Sin embargo, no estoy satisfecho, porque no he averiguado quién es la persona que iba en la silla. Asegura el comandante que se trata de un secreto de Estado. ¿Qué secreto puede ser, cuando no hay ninguno que yo no conozca?

En vano cavilaba el paje, pues no era posible que adivinase la verdad mientras alguna nueva circunstancia no le sirviese de guía.

Entró en el alcázar.

Su señora que acababa de salir de la cámara de la reina, a donde tenía que volver, le preguntó:

—¿Hay novedad?

—Una.

—¿Dios mío!...

—No tembléis, que es muy buena la noticia que os traigo.

—Una buena noticia...

—Escuchadme con cuanta calma os sea posible; porque sería muy triste que lo que hago con la mejor intención y para proporcionaros un consuelo, no diese otro resultado que el de una mortificación.

—Explicate, Luis, pues no te comprendo.

—Amésteis al marqués con verdadero delirio... cambió repentinamente de expresión, y cuyo corazón empezó a latir violentamente.

—Aun lo amo, Luis, aun lo amo como si entre nosotros no se hubiese puesto la mano helada de la muerte.

—Es extraño.

—Mi pasión es casi criminal. Impía, lo reconozco, porque hay sentimientos que no deben abrigarse cuando se piensan en los que han dejado de existir, pero mi voluntad es impotente para cambiar por el amor a la muerte.

—¿Qué hay arrepentido...

—¿De qué?

—He trabajado sin cesar para adquirir una prenda de las que el noble marqués llevaba al morir.

—¡Luís! — exclamó coña Blanca arrebatadamente y estrechando entre las suyas las manos del paje—. Dame esa prenda, y te deberé más que la vida; dámela, y me consideraré dichosa; dámela, y luego pídenme la existencia.

—Sobre su pecho llevaba el marqués un relicario.

—Sí, sí.

—Tomadlo—dijo el paje.

Y sacó y entregó la prenda a su señora.

No puede explicarse, ni puede comprenderse, lo que ésta sintió.

¿Sufrió o gozaba?

¿Se recrudecía su dolor, o experimentaba un consuelo?

Ni ella mismo hubiera podido decirlo.

En aquellos momentos, para ella solemnes, estaba trastornado su corazón.

Con frenesi besó el relicario.

Lágrimas abrasadoras corrieron por sus mejillas.

Sus magníficos ojos brillaron con el fuego de su pasión.

Levantábase su pecho a impulsos de una respiración trabajosa y desigual.

Suspiros, exclamaciones de alegría y de dolor se escapaban de sus labios.

Contemplábala el paje, cuyos negros ojos se habían humedecido.

Largo rato pasó, que fué un instante para aquella mujer tan desgraciada como sublime.

—Basta—dijo por fin el mancebo.

—¡Ah!... ya no se separará de mí esta querida prenda; sobre mi pecho irá al sepulcro.

—Señora, dominad vuestro arrebatq. o me arrepentiré de haberos procurado ese consuelo.

—Sí, me dominaré, ya lo verás... ¡Cuánto te debo!...

—Nada.

—¡Y no puedo pagarlo, no puedo hacerte tan dichoso como mereces!...

—Pensad que la reina os aguarda.

—Es verdad.

—Y a mí el príncipe.

—Sí, ocupémonos de cumplir nuestro deber, de salvar a ese desdichado.

—Es dudoso, señora; pero lucharé hasta el último momento y mientras me quede vida. Cuatro de los ocho caballos partieron ya, y los otros están preparados. Cuando llegue la noche...

—¡Dios misericordioso!...

—Triunfaremos o moriremos.

Blanca enjugó su llanto y se esforzó para aparecer tranquila.

—Voy a ver al príncipe.

—¿Y después?

—Dormiré.

—Antes me dirás cómo has podido adquirir este relicario.

—Ya lo sabréis después.

—Adiós, Luis—dijo la doncella, besando con inmensa ternura la frente del paje.

Separáronse.

Blanca volvió a la cámara de la reina.

Luis fué en busca del infeliz don Carlos.

CAPÍTULO LXX

Cómo se encontraba el príncipe

Tampoco el príncipe don Carlos había podido cerrar apenas sus ojos al sueño de la noche anterior. Un presentimiento horrible pesaba sobre su espíritu, débil ya en extremo, a impulsos de tan violentas emociones. Sin duda las palabras del paje, cuando le dijo que estaba perdido si no salía del alcázar aquella misma noche, habíanle infundido un terror inexplicable, pero que no bastaba, sin embargo, a decidirlo en aquellas momentos a atajarse, dejando a la reina expuesta a mil peligros, y sobre todo, habiendo oído pronunciar a

esta un juramento de amor que era por lo menos una esperanza.

Habíase aumentado la palidez que constantemente cubría el rostro del mancebo: un cerco amoratado rodeaba sus ojos, que habían perdido del uno al otro día su natural viveza, y en sus movimientos se notaba la enervación, como si una ruda fatiga le hubiese robado la mayor parte de sus fuerzas.

También había madrugado el príncipe.

Hallábase recostado en un amplio sillón, y la primera visita que había recibido era la del paje, cuyo rostro parecía alterado por el insomnio y la fatiga.

Los grandes ojos del hermoso niño miraban somnolientamente, y una profunda arruga se marcaba entre sus cejas.

Sus vestidos estaban ajados, mojada su capa, y la blanca pluma de su gorra de terciopelo, llenas de lodo, de arriba abajo, las botas de cuero color amarillo que cubrían la parte inferior de su musculosa, pero delicada pierna.

—Mala noche has pasado—le dijo el príncipe.

—Nada me importa mientras salgamos de nuestra empresa.

—Estás mojado.

—Como que a la una empezó a diluviar, y sin más abrigo que el de mi capa he tenido que atravesar cien veces la villa de extremo a extremo.

—¿Y Pero León?

—Ha pasado la noche en mi compañía.

—¿Y qué habéis adelantado?

—Mucho, pero no tanto como yo hubiera querido.

—Sepámos.

—Excuso detalles, señor, y sólo os diré que, después de andar todo Madrid, hemos logrado encontrar ocho caballos.

Esta noticia, que el día antes hubiera llenado de júbilo al príncipe, le recibió entonces con la mayor indiferencia.

—¿Y estos caballos están dispuestos para cuando se quiera?—preguntó.

—Cuatro han salido de Madrid al amanecer,

para aguardarnos a cinco leguas de aquí, y los otros cuatro estarán esta noche a vuestras órdenes.

—Has sido previsior.

—Al salir de la villa tenemos que correr mucho, y reventaremos nuestras cabalgaduras; por eso he creído conveniente que marchen delante los otros, porque así podremos continuar nuestro camino con la misma velocidad.

—¿Y luego?

—Los que nos precedan llevan orden de comprar a cualquier precio otros cuatro caballos y hacerles también adelantar.

—De ese modo...

—Es imposible que nos alcancen, porque cuando nuestros perseguidores se pongan en camino, les llevaremos ya una buena delantera.

—¿A qué hora debemos salir?

—No podrá ser antes de media noche.

Don Carlos inclinó la cabeza sobre el pecho, y permaneció silencioso algunos instantes. Luego se notó en sus ojos alguna animación, y dijo:

—¿Y la reina?

—No se ha levantado aún.

—¿Pero está buena?

—Atormentada por el recuerdo de la escena de anoche.

—Dime cuanto sepas de ella.

—Nada sé, ni es prudente perder el tiempo en semejantes averiguaciones.

—Nadie se atrevería a hablarme como lo haces tú.

—Tampoco nadie se interesa por vos como yo.

—Quisiera saber algo de la reina.

—Acaburéis por perderos.

—Anoche me juró que me amaba.

—Peor para vos; así tendréis un tormento más y otro peligro.

—¿Qué me importan los peligros si ella me ama?

—¿No pensáis que esos peligros son los de que no volvéis a verla ni marchéis a Flandes?

—¿Quién ha de impedirmele?

—Si después que anoche entrásteis en nuestro aposento hubieseis intentado salir...

—¿Crees que me lo hubiesen estorbado?

—De seguro. Ya os dije que Ruy Gómez espía a la puerta.

—Será con otro fin.

—Con el de haberos detenido. Doña Blanca, a quien dié instrucciones, ha observado que en la cámara se poseaban dos hombres, sin que dejaran en todo la noche su puesto.

—¿Entonces como hemos de salir luego?

—Creo que se contentarán con seguirnos sin hacer demostración alguna, al menos que viesen que os dirigáis fuera del alcázar; pero los dejamos burlados fácilmente.

—¿Tienes algún proyecto?

—Muy sencillo.

—¿Cuál es?

—Dejar que nos sigan, y cuando menos lo piensen, nos entramos por una puerta secreta que nadie sino yo conoce.

—¿Y si nos salen al encuentro por otro lado?

—No nos saldrán, porque caminaremos por el interior de los muros, hasta encontrarnos fuera del alcázar.

—¿Estás seguro de tu plan?

—Por el camino a que hago referencia salí anoche, y lo conozco perfectamente.

Volvió el príncipe a quedar silencioso.

—¿Con que nada me dices de la reina?—preguntó al fin.

—Cualquiera diría, señor—contestó el paje—, que habéis perdido el juicio.

—Como tú no has amado...

—¿Pero qué adelantáis con empeorar vuestra situación? Ni la reina os corresponde ni os corresponderá; os amará en silencio, sí; pero no esperéis otra cosa de ella. ¿Habéis olvidado vuestra imprudencia de anoche? No pecásteis por ignorancia, porque os advertí que nos seguían.

—No penad...

—Nada pedís sino en satisfacer vuestros caprichos, en dejaros arrastrar por el primer arrebozo, sean cuales fueran las circunstancias.

—Ya ha sucedido.

—Sí, ya ha sucedido, y gracias no sé a qué, os habéis libre a estas horas.

—Lo que prueba que exagerabas el peligro.

—¿Os creéis ya seguro?

—Como al marchar no encuentre ningún obstáculo...

—Me alegro que vuestra situación os inspire tanta confianza; pero más prudente hubiera sido anoche salir de palacio.

—Entonces estaba yo loco.

—Es verdad.

—Dejemos lo pasado y pensemos en lo presente.

—Pensemos en lo presente; pero no en la reina.

—¿Qué debemos hacer ahora?

—Mientras vos almorzáis, yo mudaré mis vestidos, y luego saldremos para ver al señor Pero León, y al mismo tiempo observar si os siguen o qué hacen, y así podremos arreglar nuestra conducta a la de nuestros enemigos.

—¿Y después?

—Comeréis y cenaréis a la hora de costumbre, mostrándoos tranquilo.

—¿Vendrás tú a llamarme a la hora de la partida?

—Sí, señor, yo vendré. Vos os acostaréis, asegurando la puerta.

—¿Para qué he de acostarme?

—Para dormir, porque es preciso que reparéis vuestras fuerzas; de otro modo no podrías emprender tan acelerado viaje.

—Me sería imposible cerrar los ojos.

—La noche pasada no habéis dormido, según decís, y el cansancio...

—Lo dudo pero lo intentaré.

—Que nos perdemos si enfermáis en el camino.

—Dormiré, dormiré.

—Yo haré lo mismo esta tarde, para poder velar luego toda la noche.

Una hora después salieron el príncipe y Luis, y a poco rato, el edificio que había construido la cerradura, la inutilizaba.

Pocos pasos habían dado ambos jóvenes fuera del alcázar, cuando advirtieron que Ruy Gómez los seguía, por lo cual creyeron prudente no ir a ve tal capicán Pero León. Después de dar un paso

por diferentes calles de la villa, volvieron al alcázar, siempre seguidos, aunque de lejos, por el de Ecolí.

Separáronse. El pajeillo se fué a dormir, y el príncipe a meditar sobre su fuga y a notar las desgracias de sus amores.

El cielo seguía encapotado.

Tachurnos los palaciegos.

Corrían de boca en boca mil extravagantes noticias sobre don Carlos, aunque todos parecían temerosos de hablar de tales asuntos.

La reina no se había levantado en todo el día; habíale visitado los médicos, pero ninguno acertó su enfermedad: estaba en el alma.

Llegó la noche y el pajeillo se levantó.

Isabel de Valois despertaba de un pesado sueño. Abrazábala una violenta fiebre.

Espiró una mirada vaga sobre su lecho de ébano con incrustados de nácar, oro y marfil, con largas colgaduras de seda blanca bordadas de oro y prendidas con gruesos cordones del mismo azul. Tras estas colgaduras había una segunda cortina color de rosa, de tela finísima, transparente, que era la que corría y descortinó, y tras esas cortinas y descansando en los milidos colchones, entre blanquísimos y perfumados sabanes, cubierto de una colcha de estambres de colores variados y bordada de seda, estaba Isabel de Valois más seductora que nunca, porque su palidez, el tórax amoratado que rodeaba sus grandes ojos, la languidez de su mirada y la sencillez de su peinado daban mayor realce a su belleza.

Blanca estaba a su lado.

CAPITULO LXXI

Pensamientos de la reina

—¿Cómo os sentís, señora?—preguntó la condesa a doña Isabel.

—Poco, porque la frente parece que se me abrasa.

—Los médicos aseguran que no ofrece cuidado vuestra dolencia.

—¿Qué saben los médicos? Si hubieran podido verme el corazón...

—Tranquilizaos, señora, y si podéis dormir...

—No, Blanca, no quiero dormir, porque el sueño que he tenido me ha puesto peor.

—Siempre el descanso es provechoso.

—Ha sido un sueño terrible... ¡Oh!... si fuera un presentimiento...

Y la reina se estremeció.

—Efectos de la calentura—dijo la doncella.

—Soy tan desgraciada, me rodean tantas desdichas, que todo lo temo.

—No penséis en nada más que en reponer vuestras fuerzas—contestó Blanca, con acento caríptico.

—¿Qué ha sido del príncipe?

—Se prepara a marchar.

—¿Pero el rey?...

—No se ha dado por entendido de nada.

—Algo medita más terrible que el desahogo de su cólera en el primer arrebato de ella.

—Tal vez; pero mientras medita, el príncipe se va.

—¡Dios proteja a ese desdichado mancebo!

—Confío en que se salvará.

—Así lo quiera el cielo y haga que se extinga su fatal pasión.

—Su pasión...

—Con él morirá, Blanca, como conmigo la mía.

—Olvidaréis con el tiempo.

Isabel movió tristemente la cabeza, exhaló un hondo suspiro, y contestó:

—A ti puedo decírtelo todo, Blanca, porque eres una amiga fiel; yo amo al príncipe como tú amabas al desdichado marqués de Poza; mi amor es de esos que matan, no es de los que mueren. Un año y otro año alimenté en mi pecho esta pasión; sueños de ventura inexplorable me hicieron ver un mundo de inmensa felicidad; los días pasaron entre las más risueñas ilusiones, y cada hora, cada momento se aumentaba mi dicha, mi amor se hacía más intenso, porque se acercaba el instante de gozar mi anhelada ventura. Parecíame lento el

curso de la vida, porque mi ardiente afán hubiera querido dejar tras sí rápidamente los días y los años. ¡Miserable condición humana! ¡Yo quería que el tiempo agitasen más velozmente sus alas destructoras, sin sospechar que, de un cielo de ventura sin fin, caminaba a un abismo de horribles tormentos! ¡No pensaba que todo es incierto en esta vida, y que el camino de la mundana felicidad es el que más pronto conduce al lugar de la desdicha y el hanto!

Un doloroso suspiro salió del pecho de la reina y una lágrima brotó de los negros ojos de Blanca.

—Dejad esos tristes recuerdos—dijo la doncella—. Vuestra salud está delicada, y así no conseguís sino agravar vuestros padecimientos.

—¿Qué importa, cuando la muerte está tan cerca de mí? Algunos días más de vida, para quien tan amarga la pasa, nada valen, y casi es un consuelo la idea de que pronto se dejará de padecer, aún a trueque de perder la existencia.

—Por Dios, señora, que os hacéis mucho mal.

—No, Blanca, no me hago ningún mal, porque ya está hecho. Tú no puedes comprender lo que sufro.

—¿Acaso no he amado como vos, y como vos he visto convertirse en humo mis ilusiones y mis esperanzas?

—Sí, pero tu honra ha quedado ileso. el mundo no te acusa como a mí.

—¿Quién ha de acusaros?

—Primero el rey. Luego la sociedad, porque es más inclinado el mundo a creer las debilidades que las virtudes. Para acusar, le basta una leve sospecha; para absolver necesita pruebas tales, que rara vez se pueden dar; son suficientes para que lance su terrible fallo; pero todo es poco para la defensa. Mi virtud y mi pasión han luchado constantemente: cuán desgarradora ha sido esta lucha, solo yo lo sé. Y en pago del sacrificio que he hecho de mi reposo, me llaman liviana, y la posteridad echará un borrón sobre mi nombre. ¡Oh!... ¡esto es terrible!... ¡tú no puedes comprenderlo!

Estremeciéndose la desdichada Isabel, y un leve suspiro salió de sus secas labios,

Blanca lloraba.

—No llores, Blanca, no. El día en que me veas exhalar el último suspiro, regocijate, porque habrá dejado de padecer. Este día está muy cercano.

—¡Por Dios, señora, por Dios, que os quitáis la vida y me atormentáis horriblemente!—exclamó la doncella con angustioso tono—. ¡Dejad esos tristes presagios!

—He tenido un sueño...

—La fiebre os hace delirar.

—No, no es la fiebre, es un presentimiento que se verá realizado, como otro que tuve antes de mi casamiento. Oye, Blanca.

—Reposad, señora; el médico ha prohibido que habléis.

—El médico no conoce mi mal—repuso la reina con acento cada vez más débil.

—No os escucharé.

—Sí, escuchame, y luego dormiré, callaré, haré cuanto quieras. ¡Es tan consolador depositar los pesares en un seno amigo!

—Otro día lo haréis, pero reposad ahora.

—Seré breve, no me niegues este favor.

La reina calló algunos instantes como para tomar aliento y luego prosiguió:

—Cuando llegó a París la noticia de la desgraciada y sangrienta batalla de San Quintín, oíse que el ejército español avanzaba rápidamente, devastándolo todo como una manga de fuego, y que llegó a la capital precedido de un gigante invencible, cuya soja mirada hacía estremecer la tierra y cuya mano reducía a polvo cuanto le ponía resistencia. En vano intentaron defenderse los habitantes de París, el gigante derribó murallas y torres, cortó cabezas, y atravesando un inmenso lago de sangre, llegó hasta el trono de mi hermano y amenazó hundirle en la lúgubre y roja charca. Pidió la paz el desdichado rey; el coloso impuso condiciones que aceptó sin vacilar e hundiéndose, y al terminar el tratado "tu hermano, dijo el gigante, he de cedur con su mano esta alianza. Yo soy la fortuna, que protejo a un hombre, y al darle la victoria quiero que de ella tenga un recuerdo en esa flor pura y de belleza sin igual". Mi sueño se

cumplió: yo sellé la paz de mi patria, y la fortuna
grande de Felipe II me entregó a su protegido.

La respiración de Isabel era agitada. Volvió a
quedar silenciosa por breves instantes. Estaba muy
fatigada.

—Hoy he vuelto a soñar—prosiguió—. He visto
al príncipe don Carlos luchando contra la muerte
en un oscuro calabozo... y... ¡Oh!... ¡Es horri-
ble!...

—Callad, señora—exclamó Blanca con tono su-
plicante.

—Y... al fin... el desdichado sucumbió... y me
llamaba desde el cielo... y yo quería seguirle, pe-
ro no podía...

—¡Por Dios, señora!...

—No podía separarme de este mundo... y lu-
chaba no sé con quién... pero al fin mis esfuer-
zos hicieron mil pedazos mi corazón... y también
sucumbí...

El extravío de las miradas de la reina, sus dé-
biles, pero desconcertados ademanes, su penosa fa-
tiga, hicieron conocer a la doncella que la fiebre
crecía y que la razón de su señora estaba trastor-
nada.

—¡Sosegaos!—dijo.

—Mi sueño se cumplirá... sí...—prosiguió Isabel
con excitación—. Se cumplirá... ¿lo ves?... allí...

Y extendió los brazos, estubo un grito y que-
dó inmóvil y aletargada.

—¡Dios mío, compasión para esta infeliz!—ex-
clamó la doncella cayendo de rodillas.

Siguióse un profundo silencio, sólo interrumpi-
do por los sollozos de Blanca.

¡Tristísimo cuadro!

No podían prestarse consuelo el uno al otro aque-
llos dos corazones profundamente lacerados por el
dolor. Sufrir en silencio era el destino de aquellas
dos criaturas; llorar y morir atormentadas por
una lenta agonía.

La desdichada Blanca sufría mucho. Había in-
tentado reanimar el abatido espíritu de la reina,
cuando el suyo estaba en extremo abatido. Ella
también veía en el oscuro horizonte de su por-
venir una espesa nube, negra como el vacío que

deja la última esperanza. También ella había tenido ensueños horribles, presentimientos tan tristes y dolorosos como los de Isabel de Valois, y a pesar de la confianza que le inspiraba el hermoso paje, nada tranquila estaba, y preveía un desenlace terrible en el drama cuyo principal y más terrible papel tocaba entonces representar a don Carlos.

La noche avanzaba y la doncella no se atrevía a dejar a Doña Isabel. Y llegaba el momento de despedir a Luis, al desdichado niño que iba quizás a perecer en su empresa.

Afortunadamente otra doncella entro a informarse de la salud de la reina y a relevar a Blanca. Esta se ofreció a continuar velando; pero no pudo insistir por temor de que sospechasen que la movía algún interés, y salió, dirigiéndose a su aposento.

Eran las once.

CAPÍTULO LXXII

El paje observa

Mientras tenía lugar la triste escena que acabamos de referir, el paje había hecho todos los preparativos para el vinje, concluyendo su tarea cuando daban las diez.

Acercábase el momento decisivo.

La mirada de Luis era sombría.

Su rostro estaba pálido y contraído violentamente.

A pesar de todo su valor, y toda su audacia, temblaba el marcebo, si bien es verdad que los peligros no le espantaban, sino el temor que el príncipe don Carlos cometiese alguna imprudencia.

Sentía también el corazón oprimido, porque iba a separarse, quizás para siempre, de su señora, a quien ya sabemos que amaba como hubiera podido amar a su madre.

Sentóse Luis, pasóse las manos por la frente, miró a su alrededor y exhaló un triste suspiro.

—Dentro de dos horas—dijo—, dejare este lugar, santuario de mis recuerdos de alegría y de dolor, de amor purísimo y de odio, de agitación y de dulce tranquilidad. Aquí he reído y he llorado; aquí he gozado y he sufrido: aquí me han halagado las más gratas ilusiones, que se han desvanecido, y me han arruinado esperanzas de una dicha inmensa, esperanzas que se han trocado en negras realidades. ¿Y para qué he luchado?... No lo sé. ¿Qué suerte me está reservada? ¿Cuál es mi destino?... ¡Ah!... sombrío es el horizonte de mi porvenir, y en sus densas tinieblas se pierde mi mirada. ¿Yo soy malo o bueno? ¿Me he dejado arrastrar por ruines pasiones, o cumplo una santa misión? Dudo, y mi duda es un tormento. ¡Dios mío!

Hizo el desgraciado niño un gesto de desesperación, inclinó sobre el pecho su cabeza y se oprimió las sienes y quedó inmóvil.

Sufrió horriblemente en aquellos momentos, lo cual era entonces no pequeño peligro, porque acabaría por acurdirse precisamente cuando más necesidad tenía de que estuviese despejada su inteligencia.

Afortunadamente lo comprendió así, y haciendo un esfuerzo, púsose en pie y exclamó:

—¡Vive el cielo!... necesito hacer algo, porque si cavilo mucho, me trastornaré hasta el punto que cometeré mil torpezas. Ayr tardaré una hora en volver doña Blanca, y este tiempo lo aprovecharé para observar. ¿Qué hace el rey? Quiero saberlo, por si acaso prepara algún golpe que pueda dar al traste con nuestro plan.

Este temor no era infundado, ya lo sabemos.

Salió el paje de su habitación, atravesó galerías y pasillos solitarios, y al fin desapareció en la obscuridad de un aposento.

Pocos momentos después se delujo, inclinóse y miró por el ojo de la cerradura de una pequeña puerta.

He aquí lo que vió:

El rey se paseaba lentamente, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho,

Estaba pálido, sombrío, imponente como nunca. En fuerza de contraerse, se entrecubrían sus labios.

Indudablemente una borrasca espantosa agitación su espíritu en aquellos momentos.

El paje lo contempló y tembló, mientras decía para sí:

—Algo medita, algo muy terrible.

No se equivocaba.

Si es cierto que la cara es el espejo del alma, la de Felipe II hubiera podido verse en aquellos momentos.

No se percibía ni el más leve ruido, pues el de los pasos del tétrico monarca se apagaba en la alfombra.

Un cuarto de hora pasó, y sin que fuese anunciado, presentóse el duque de Feria, quedando junto a la puerta en actitud respetuosa.

El rey se detuvo, lo miró un instante y le preguntó:

—¿Está preparada la escolta que ha de acompañarnos?

—Sí, señor.

—Bien; pues aguardad en la antecámara;

Se inclinó el duque y salió.

—¡La escolta!—dijo para sí el paje—: ¿Pues a dónde va el rey a estas horas?... No lo advino.

Volvió a pasearse el monarca.

Otros quince minutos transcurrieron, y otra persona se presentó.

Era Ruy Gómez de Silva; no menos pálido y sombrío que el rey.

—¿Están cumplidas todas mis órdenes?—le preguntó el rey.

—Todas, señor; pero si vuestra majestad me permite...

—¿Qué?

—Suplico a vuestra majestad...

—Basta—interrumpió severamente Felipe II.

Luego miró el reloj y dijo a Ruy Gómez:

—Que traigan la armadura según ordené.

Salió el favorito, y a los pocos momentos se presentaron cuatro pajes con una armadura completa, que pusieron al rey.

Fizo éste un ademán y desaparecieron los pajes.

Entonces sintió Luis como si la sangre se hiciese en sus venas.

Empezaba a comprender, o más bien a sospechar.

Frio sudor corrió por su frente.

Sin embargo, quiso tranquilizarse con la idea de que no era posible que nada se intentase contra el príncipe don Carlos, porque para esto no había de armarse el rey como si fuese a entrar en singular batalla.

Más atencosamente miró y escuchó Luis; pero el rey no quiso entonces pronunciar más palabra, y Rey Gómez tuvo también que permanecer silencioso.

Dieron las once.

Por fin el monarca rompió el silencio para decir:

—Que venga la escolta.

—Pedómevuestra majestad; pero...

—No me supliques.

—Señor, vuestro corazón de padre...

—¿Y más debares?

—Pero se trata del heredero del trono...

—La escolta, la escolta—interrumpió con impaciencia Felipe II.

No necesitó Luis más para comprenderlo todo. Lo que sintió no puede explicarse.

iban a prender a don Carlos.

Los momentos eran preciosos, y el triunfo dependía de llegar antes a la cámara del príncipe.

Una circunstancia tranquilizó a Luis hasta donde era posible la tranquilidad en aquella situación: no podían entrar en la cámara de don Carlos, porque éste no abriría la puerta; les sería preciso entrar por un cerrajero para que rompiese la cerradura de que ya hemos hecho mención, y que ofrecía una gran resistencia; y mientras todo esto hacían, el príncipe tendría tiempo sobrado para vestirse y salir por la puertecilla secreta.

Así calculó el paje, y calculaba bien: pero no sabía que la ingeniosa cerradura había quedado ya

inutilizada y que, por consiguiente, la puerta cedería al primer empuje.

—¡Aun puede salvarse!—exclamó Luis.

En medio de la oscuridad vibraron sus ojos que relumbraban como luces fosfóricas.

Instantáneamente recobró la energía.

Siempre fiando en el obstáculo que debía presentar la cerradura, creyó que tenía tiempo para ver a su señora, para abrazarla por última vez para darle el último adiós.

Para hacer esto no necesitaba más que unos minutos.

¿Por qué había de privarse de aquella satisfacción?

Era horrible para Luis separarse de Blanca sin dirigirle una palabra de ternura, sin recibir el último beso: y, sobre ser horrible, le parecía criminal.

Corrió, pues, hacia su aposento.

Al llegar a una galería se detuvo, porque sintió ruido de pasos de muchas personas, pasos que para Luis resonaban pavorosamente.

Miró y vio los soldados que iban a la cámara real.

¿Para qué tanta fuerza, cuando no había que hacer más que apoderarse de un solo hombre débil, enfermo y que no contaba con el auxilio de nadie?

Los soldados desaparecieron en otra galería.

Corrió otra vez el paje, y llegó a su aposento.

Aún no había vuelto la doncella.

CAPÍTULO LXXIII

De cómo el príncipe era prudente cuando no debía serlo

¿Qué hacía don Carlos mientras le amenazaba tan de cerca tan espantoso peligro?

Preciso es que el lector tenga paciencia, pues antes de averiguar quién llegó antes, tenemos que

conocer el estado moral del desdichado príncipe.

A las nueve y media mandó que se retirasen los de su servidumbre y lo dejaron solo, advirtiéndole que no necesitaba que nadie lo desnudase, porque él lo haría cuando le pareciera mejor.

Quedó, pues, solo.

Cerró la puerta, y contempló la ingeniosa cerradura, sin ver nada que le infundiese sospechas, pues la habían inutilizado con tanta habilidad como había sido construida.

—Elen — murmuró el infeliz—. Ahor estoy tranquilo, porque mis espías no pueden observarme ni tampoco es posible que me sorprendan. Para abrir tendrían que hacer mucho ruido, y emplear más tiempo del que necesito para despertar, vestirme y salir por esa puerta que nadie conoce más que el diablo.

Calculaba bien, lo mismo que había calculado el paje; pero, desgraciadamente, partía del mismo error de la resistencia que había de prestar la cerradura.

Cruzó el príncipe los brazos, inclina sobre el pecho la cabeza, y empezó a pasearse lentamente.

¿En qué pensaba?

No es difícil adivinarlo: en su situación y en la reina; pero más en ésta, porque el fuego de su pasión se había encendido más y más durante las veinticuatro últimas horas.

Las muchas conmociones que había experimentado el príncipe, conmociones demasiado violentas, produjeron un trastorno que tiene fácil explicación.

Sus ideas eran vagas, y la verdad es que no se daba clara cuenta de los sucesos, ni era posible que los apreciase con exactitud.

Todo lo veía confuso y oscuro.

De los sucesos de la noche anterior, sucesos que decidieron su suerte, se acordaba como se acuerda uno de lo que ha soñado.

En semejante estado, no era posible que diese toda la importancia que tenían los peligros que le amenazaban, y, por consiguiente, si llegaba el caso de cometer nuevas imprudencias, las cometería sin vacilar.

Iba a partir, a dejar quizás para siempre su patria, y lanzarse en una senda completamente desconocida para él; a servir de escudo, de pretexto, de bandera y aun de justificación, a los que, pidiendo para su conciencia libertad, querían la independencia. Y nada de esto lo había comprendido don Carlos; se había dejado arrastrar inconscientemente, y no hacía ni más ni menos que la mariposa que busca la luz donde ha de abrasarse.

Lo presente era bello, seductor; pero, ¿y lo por venir?

Amparar al desvalido, ayudar al débil, levantarse contra la tiranía y la arbitrariedad, luchar al lado de la víctima contra el verdugo, era muy noble; pero, ¿y luego?

Después del triunfo, cuando don Carlos se sentase en el trono, los flamencos le dirían:

—No somos españoles, tú has reconocido nuestros derechos, tú no eres nuestro rey.

Y don Carlos ante la fuerza de la lógica, y sin fuerza moral, tendría que reconocer la independencia, que él mismo había proclamado y defendido con su espada.

Si el príncipe tenía muy clara inteligencia, si tenía imaginación ardiente y fecunda, no tenía bastante talento, bastante juicio, bastante experiencia para apreciar así la cuestión.

Por causas enteramente distintas, el hijo caía en la exageración y el extravío, lo mismo que el padre.

Bien dice el adagio que los extremos son viciosos.

El monarca, profundo conocedor de la vida real, fue hasta la exageración al someterlo todo a la fría razón de Estado.

El príncipe que no conocía más que la vida teórica, el mundo ideal, se lanzaba con lastimosas imprudencia tras ilusiones que habían de desvanecerse muy pronto.

¿Qué papel le estaba reservado en Flandes?

Sería proclamado rey; pero rey de nombre, un rey de palo, porque el verdadero lo sería el príncipe de Orange, Guillermo el "Taciturno".

Empero, don Carlos iba donde sus impresiones querían llevarlo, y nada más.

Entre el hijo y el padre había un abismo de odio, o algo que se le parecía, y era forzoso que se buscaran por opuesto camino.

Todo lo que hubiera de mortificar a Felipe II le parecía bien a don Carlos.

Si fuéramos idealistas, diríamos que cada uno de ellos había nacido para tormento del otro, y que ambos cumplían su misión.

Por de pronto, don Carlos tenía ya lo que necesitaba para ir a Flandes, y se iba. Tenía que separarse de la reina, y en esto consistía su modificación.

Después de media hora de pasarse se acercó al lecho, donde se sentó, quedando hundido. Ya no pensaba más que en doña Isabel. El rostro del muchacho comenzó a cambiar de expresión. Entreabrióse sus labios. Su corazón latía con violencia.

Algunos minutos después cerró los ojos.

Entonces vió a la infeliz mujer a quien adoraba.

Sufrió don Carlos como si su sangre se hubiera convertido en fuego.

Hízose más profundo su trastorno.

De repente se levantó.

Brillaron sus ojos, como si de sus pupilas se escapase el fuego de su pasión inextinguible.

—Ya nada tengo que temer: absolutamente nada—dijo—. «Por qué he de desentenderme?... ¡Ah!... Quiero verla: es la última vez; quiero contemplarla algunos momentos... ¡Isabel, Isabel!»

Avanzó resueltamente hacia la puerta.

Detévese y escuchó. No percibió ni el más leve ruido. Lo que en otras ocasiones hubiera sido una locura, sería tal vez la salvación aquella noche, porque si se detenía en la cámara de la reina no lo encontraría su padre, y Luis le advertiría el peligro; podrían huir a tiempo.

Sin embargo, al principio le sucedió lo que no le había sucedido nunca: tuvo miedo.

—¿Me espantarán?... se preguntó—. ¿Me compro-

meterá alguna coincidencia?... ¡Oh!... En estos momentos...

Reflexionó.

Su pecho se abrasaba. Acrecentaba su trastorno. Le fué imposible dominarse.

Puso la diestra en la cerradura, y muy caída, desahogada, como el ladrón que teme ser sorprendido, abrió.

No había luz en la habitación inmediata.

Lentamente, y con los brazos extendidos, avanzó don Carlos. Llegó a otra puerta, que abrió lentamente, encontrándose en un aposento humilde débilmente.

Allí, sentados en un banco, había dos hombres, que se pusieron en pie como autómatas que obedecen sus resortes.

Don Carlos se detuvo, fijó una mirada terrible en los dos criados, y les dijo con voz reconcentrada:

—¿Qué hacéis aquí?

—Señor, nos toca de guardia esta noche, y cumplimos nuestro deber.

—¿Pues no he mandado que todos se retiren?

—Creímos que la orden se refería a los que sirven en la cámara de vuestra alteza...

Lo que hacéis es espiar.

—Señor...

—Idos, ¡píve el cielo!

No se atrevieron los criados a replicar, y salieron.

—¡Oh!—exclamó don Carlos—. A todas horas y en todas partes traidores.

Apretó los puños con toda la fuerza de la desesperación.

Centellas se escaparon de sus labios.

Retrocedió volviendo a su dormitorio: pero no cerró la puerta.

Otra vez empezó a recorrer el aposento con desiguales pasos.

Murmuraba palabras que no era posible entender.

Dieron las diez y media.

Aún no había pensado en dormir.

—Ya no me detendré—dijo.

Volvió a salir.

Entonces no encontró a ningún criado.

Tomó por una galería por donde no había más luz que la moribunda de un farolillo.

A los pocos momentos le pareció oír ruido de pasos y volviendo la cabeza distinguió un bulto que avanzaba en la misma dirección que él.

Viramente contrariado se sintió el príncipe. Se detuvo. Bien pronto vio que era una mujer, la princesa de Eboli.

¡Otro obstáculo, otro sufrimiento!

Doña Ana llegó donde estaba don Carlos, inclinó la cabeza, y sin detenerse, dijo:

—Guarde Dios a vuestra alteza.

El desdichado mancebo, dejándose llevar del arrebató de su ira, atajó el paso a la dama y le preguntó:

—¿A dónde vais?

—A cumplir mi deber — respondió tranquilamente doña Ana.

—¿Y vuestro deber consiste en espiarme?

—El papel de espiá no puede representarlo la princesa de Eboli, tenedlo entendido.

—Sois...

—Descendiente de los reyes de Castilla, del gran Alfonso el Sabio, y por ello me llamo la Cerda.

—Mucho ha degenerado aquella raza de grandes hombres.

—Aun más y más pronto ha degenerado la del emperador Carlos V — replicó audazmente doña Ana.

—¡Vive el cielo!... Si olvidáis quien soy...

—Vuestra alteza me ha enseñado el camino.

—Soy el heredero del trono y vos la esposa adúltera, la despreciable manceba del rey...

—¿Y qué será mañana vuestra alteza?

—Por vuestra desgracia he de ser bastante para aniquilaros.

—Por de pronto, sois digno de compasión—replicó la dama, con tono de humilde desdén.

—Compadecedme, sí; pero acordaos de El Escorial y de aquella noche en que encontrasteis en vuestro aposento a la reina...

—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—¿Me amenazáis?

—Recuerdo el adagio y nada más.

—Dentro de algunas horas...

—Perdone vuestra alteza; pero no puedo detenerme.

—Quiero saber a dónde vais.

—A la cámara de la reina.

—¿Y si os lo estorbo?

—Peor para vos.

—¡Oh!..., si os dejo con vida, es por no ensuciar mis manos en vuestra persona—dijo el príncipe.

Y retrocedió para volver a su cámara, porque se convenció de que ya era imposible ver a la reina.

El desdichado empezaba a sentirse muy débil.

Entró en su dormitorio.

Cerró la puerta.

Miró el reloj.

—Las once—dijo—. Y antes de que se pasen dos horas vendrá Luis a buscarme... Dormiré para descansar y recobrar la calma.

Ya no vaciló.

Desnudóse y se acostó.

Sus fuerzas se agotaron.

¿Dormiría?

Sí; contra lo que debía esperarse, quedó profundamente dormido a los pocos minutos.

Luego se movieron sus labios.

Pronunció el nombre de la reina.

El infeliz soñaba que había triunfado, que su padre no existía y que estrechaba entre sus brazos a doña Isabel.

¡Qué horrible debía parecerle la realidad cuando despertase!

Ya hemos dicho que en aquellos momentos se preparaba Felipe II para descargar el terrible golpe.

Volvamos a la galería donde hemos dejado a doña Ana de Mendoza.

CAPITULO LXXIV

**Doña Ana goza mientras sus víctimas
sufren**

No iba la princesa de Eboli a la cámara de la reina, y si salió de su aposento fué para espiar a don Carlos, pues temía que éste desapareciera antes del momento de la prisión.

—He sufrido el último ultraje — dijo la dama cuando estuvo sola —; el último, porque dentro de una hora ese desdichado habrá perdido la libertad, y no pasará mucho tiempo sin que pierda también la vida.

El fuego de su odio y de todas sus ruines pasiones iluminó los ojos de la princesa.

Retrocedió.

Ea tenía la seguridad de que don Carlos no se atrevería a salir de su cámara.

Recorrió algunas galerías, pasillos y habitaciones.

Quería convencerse de que el rey no había cambiado de resolución.

Por fin llegó a la antecámara, donde vió al duque de Feriz, que hablaba con algunos de los caballeros de la real servidumbre.

Todos se pusieron en pie y saludaron respetuosamente a la dama, que dijo:

—Perdonad si os interrumpo.

—Señora, nos honráis.

—Gracias.

—¿Podemos servirlos?

—Desearía saber si aún está mi esposo en la cámara de su majestad.

—Sí.

—¿Y no podéis decirme si tardará mucho en salir?

—Lo ignoramos.

—Pues lo siento.

—Algún asunto muy grave ocupa a su majestad—dijo un gentilhombre.

—¡Oh!... Siempre en continua lucha, sin descanso...

—Siempre, por desgracia.

—De manera que...

—Me parece, princesa, que debéis acostaros y descansar, pues es lo más probable que nuestro amigo don Ruy no pueda tener la dicha de veros hasta mañana.

—Empiezo a creerlo así—repuso la dama, dirigiéndose al duque de Ferla—, porque al encontrarnos aquí a estas horas...

—Me llama su majestad no sé para qué; acudo y espero.

—Presiento una desgracia inmensa, y ya sabéis que rara vez engaña a la mujer el instinto.

—Todo es posible, señora.

—Voy, pues, a dormir, si es que el sueño no huye de mí por lo mismo que lo deseo.

—Olvidaos de lo que pasa y dormidéis.

—Que Dios os proteja, señores.

—Con Dios id, encantadora princesa.

La dama salió.

—¿Qué opináis de esto?—preguntó un gentilhombre.

—¿De qué?—dijo otro.

—De la visita con que nos ha honrado doña Ana.

—Es natural que la tierna esposa quiera saber lo que ha sido de su esposo.

—¿Acaso la princesa ignora para qué don Ruy ha venido a ver a su majestad?

—Hay quien asegura que nada hace el marido sin licencia de su mujer.

—Invención de los murmuradores ambiciosos.

—Cosas hay que parecen buenas y no las es.

—Cuidado...

—Sí; más prudente es callar.

Prudente era; pero no callaron, sino que cada cual hizo observaciones sobradamente maliciosas.

El duque de Ferla no tomó parte en la conversación.

Ya no tenía que hacer doña Ana más que esperar.

Fué a su aposento.

Sentóse y meditó.

Entrecabrióse sus labios y desplegó una sonrisa que revelaba su criminal satisfacción.

Ya consideraba seguro el triunfo.

En aquellos momentos gozaba como pocas veces en su vida había gozado.

Con ansiedad creciente esperaba la hora.

De vez en cuando miraba el reloj.

—¿Y qué hace el diablo?—dijo—. ¿Por qué no acude para salvar al príncipe su protegido y mortificarme?

El diablo no se había dormido, ya lo sabemos; no descansaba, y si aquella vez también no desbarataba los planes de la princesa, sería por llegar un minuto más tarde de lo que convenia.

Una por una fué recordando con la Ana todas las alternativas, todas las peripecias, todas las fases que había presentado aquella utroga horrible.

Comprendía muy bien la dama que el triunfo no era definitivo, pues ni ella ni su esposo debían considerarse a cubierto de terribles golpes mientras el príncipe don Carlos viviese; pero después de la prisión sería mucho más fácil hacer lo demás.

En tanto que esperaba aquella mujer diabólica, trazaba planes y dejaba que su ardiente imaginación remontase el vuelo en el anchuroso horizonte de su ambición desmedida.

Dieron las once y media.

Buremeidóse la dama.

Se puso en pie.

—No—dijo—, no hay nada tan dulce como la esperanza.

Se envolvió en su ancho abrigo de color oscuro.

Salió de su aposento.

Sus pasos no producían el más leve ruido.

Oprimíase el pecho con la diestra para contener los violentos latidos de su corazón.

Muchas veces se detuvo.

El silencio era absoluto, y en aquellos momentos solennos tenía algo de lugubre.

Si todos los habitantes del alcázar no se habían entregado al reposo, por lo menos se habían retirado a sus aposentos y no se atrevían a salir.

Por fin doña Ana se metió en el hueco de una puerta a donde no llegaba ni un solo rayo de luz de la rojiza y moribunda que había al extremo opuesto de un pasillo.

Desde allí podía ver sin ser vista.

Parecíóla que el tiempo pasaba con una lentitud angustiosa.

Empero, como ya no hay plazo que no se cumpla, según ella misma le había dicho el príncipe, llegó el momento.

Percibióse lejano y confuso un sordo rumor.

Luego el ruido de pasos de muchas personas.

Como dos luces fosfóricas brillaron sus ojos.

Vió muchos buitos en el otro extremo del pasillo.

Debían ser soldados, porque la luz reflejaba en las armaduras.

Avanzaban lentamente.

Siguieron, pasaron, desaparecieron.

Debilitóse gradualmente el rumor de los pasos.

—¡Ah!—exclamó la dama.

Se pasó las manos por la frente, que tenía empapada en sudor frío.

—Esta noche—dijo con voz sorda y reconcentrada—, encerrado en su cámara, y dentro de algunos días en el sepulcro.

¿Y el paje?

Si aun estaba al lado de su señora... ¡Pobre don Carlos!

Doña Ana de Mendoza volvió a su aposento, se dejó caer en un sillón y quedó inmóvil.

Sus fuerzas se habían agotado.

CAPÍTULO LXXV.

De cómo el paje se despidió de Blanca
y se encontró en un nuevo apuro.

Con creciente impaciencia pasébase Luis en su habitación, esperando a su señora.

Era un tesoro cada minuto que se perdía, porque un solo minuto de retraso podía decidir la suerte del príncipe.

—¡Oh!—exclamaba el paje, mientras apretaba los puños—. No debe esperarme, ni tampoco puedo irme sin verla. ¿Qué haré si tarda, qué haré?

Y a medida que pasaba el tiempo hacíase más desgarradora la lucha que opuestos sentimientos sostenían en el alma del desgraciado niño.

Era para él una desgracia horrible partir sin abrazar a su señora, y no era menos horrible la idea de llegar tarde para salvar a don Carlos.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Me tenéis reservado también este sufrimiento?... Si es así, lo soportaré con cuanta resignación me sea posible.

Y después de algunos minutos añadió:

—Puesto que Dios lo dispone así, haré el mismo sacrificio y cumpliré mi deber, aunque mi corazón se destroce.

Acercóse a una mesa y tomó una pluma para escribir a Blanca, diciéndola que le había sido imposible esperar, por razones que ella conocería muy pronto.

Cuando trazaba la primera letra, con mano convulsa presentóse la doncella.

—¡Gracias, Dios mío!—dijo Luis.

—¡Ah!—exclamó Blanca, al ver a su paje vestido como para salir inmediatamente.

Ambos quedaron inmóviles y silenciosos por algunos minutos.

Sus nobles corazones latían con desigual violencia.

¡Cuánto sufrían!

Se veían quizás por última vez; quizás iban a morir muy pronto; el uno niño aún, entre la sangre de los campos de batalla, y la otra joven y bella, bajo el peso enorme de su dolor.

—¡Vas a partir!—exclamó al sir Blanca, con ahogado acento.

—Tal vez—contestó el paje, exhalando un profundo suspiro.

—No volveré a verte...

—Si muero, no.

—¡Luis, hermano mío!

El pajeillo estrechó fuertemente contra su pecho a la doncella, y luego, desprendiéndose bruscamente de sus brazos, dijo, con acento firme:

—La hora llegó.

—¿Tan pronto me abandonas?

—Y aún quizás llegue tarde.

—¿Qué sucede?

—El rey ha mandado llamar al capitán de la guardia para prender esta noche a don Carlos.

—¡Dios mío!

—Y si me detengo un instante...

—¿Pero cómo has podido saber?...

—Desde hace una hora están en la cámara del rey éste y Ruy Gómez de Silva, mientras que el duque de Feria aguarda en la antecámara. Yo he llegado hasta la puertecilla que da al pasillo de comunicaciones con el dormitorio, y desde allí he podido ver y escuchar. Van a salir con los soldados, que estaban prevenidos, y como el triunfo será del primero que llegue a las habitaciones del príncipe, he corrido para despedirme de vos y avisar a don Carlos. Si el rey llega primero, no hay salvación. No era ésta la hora que teníamos convenida para salir, porque hasta la una no estarán los caballos preparados; pero evitemos el golpe, una vez fuera del alcázar nos ocultaremos en la casa de Diego hasta que llegue el instante de partir.

—Antes es la vida del príncipe que mi deseo de verte algunos momentos más. ¡Corre, Luis, no pierdas tiempo!

—¡Adiós, señora!—exclamó el paje, abrazando nuevamente a la doncella.

—Si llegases tarde...

—Creo que no, porque tienen que perder mucho tiempo para romper la cerradura.

—Mañana saldré para Burgos.

—Allí iré a buscaros algún día.

—¡Ah!... ¡No tengo fuerzas para separarme de ti!

—¡Peligra la vida de don Carlos!

—Es verdad..., adiós — dijo Blanca, con voz apenas perceptible.

Y estampando un beso en la frente del pajeillo y recibiendo otro de éste, hizo un supremo esfuerzo para no caer en tierra.

—¡Ira del infierno!—exclamó Luis—. ¡Me ahogo!

Y, como desesperado, salió del aposento.

—Se fué — murmuró la doncella, a la vez que caía sin conocimiento en un sillón.

Corrió el paje cuanto le era posible, y preocupado con la idea del peligro, no advirtió que un hombre le seguía, procurando hacer el menor ruido posible con sus pasos.

En algunas habitaciones y asilos no había luz; pero esto no era un inconveniente para el manco.

Atravesó una galería, y al volver a la izquierda para entrar en un aposento, creyó percibir ruido.

Detúvose un instante y miró a todos lados.

Entonces vio al que le seguía.

—¡Ch!—murmuró el paje con voz reconcentrada—. ¿Es casualidad, o me espían?... Pronto saldré de dudas; pero perderé un tiempo precioso.

Creyó que la princesa de Eboli había llegado a sospechar quién era el diablo que tanto le daba que hacer, y que para averiguarlo con certeza, había mandado que le espíasen.

Se equivocaba; pues ya sabemos que doña Ana de Mendoza no se ocupaba aquella noche más que de don Carlos.

¿Quién era el espía?

No tenemos para qué hacer misterios sobre este punto, y recordaremos que el conde Maldonado había decidido observar a Luis, por el de esta manera conseguía saber quién era la mujer

amada por el marqués. No se descuidó para poner en práctica este plan, y aquel mismo día hizo el encargo a una persona de su completa confianza, que vivía en palacio, porque pertenecía a la familia real, y que no podía engañarla, porque le debía el empleo que disfrutaba y era su único recurso.

Si el comendador no había perdido el tiempo, tampoco lo perdió el espía.

Era éste muy astuto y a propósito para desempeñar aquella comisión; pero no menos astuto era Luis, y además estaba dotado de ingenio más fecundo.

Siguió el travieso paje, luego se detuvo, y haciendo esto dos o tres veces y observando que el otro también lo hacía, no le quedó duda de que lo espíaban.

¿Cómo librarse de su inoportuno perseguidor?

Nunca como entonces necesitó Luis de todo su ingenio.

Volvió a detenerse.

Meditó.

Pocos momentos después, desplegó una sonrisa.

Sin duda había encontrado el medio que buscaba.

Una travesura ingeniosa tenía doble mérito en la situación en que el paje se encontraba, pues apenas había podido dominar su emoción dolorosa y desaturdirse.

Tenía que evitar un escándalo, cuyas consecuencias hubieran sido las peores.

Nada conseguiría con volver a su aposento, porque su perseguidor aguardaría a la puerta, y después de perder el tiempo, se encontraría lo mismo que antes.

Desaparecer por una puerta secreta a la vista del espía, hubiera sido dar la clave del secreto que más importaba guardar.

Todo esto lo pensó Luis en mucho menos tiempo del que se necesita para decirlo.

—Adelante—dijo—, y si le cuesta la vida, no será mía la culpa, sino de la persona que le ha dado tan peligrosa comisión.

Entróse el mancebo por un estrecho pasillo, a cuyo final no llegaba un solo rayo de luz.

Avanzó rápidamente.

El espía lo siguió.

Voltió el mancebo a la izquierda, y empezó a subir por una escalerilla muy empinada.

Allí la obscuridad era absoluta.

Seis u ocho escalones había subido el paje, cuando se detuvo, sentóse, se acurrucó, se contrajo, contuvo en cuanto le fué posible la respiración, y quedó inmóvil y con el oído atento.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

Pocos minutos habían transcurido cuando Luis percibió el ruido leve de los pasos del espía, que también empezó a subir la escalera.

Aquel ruido fué acercándose al mancebo.

Tal vez éste triunfaría. Pero ¿y el tiempo que pasaba?

Ya había perdido mucho, y aún temía que perder más.

Esto era lo más interesante, y por consiguiente, lo que más le hacía sufrir al travieso paje, pero no podía dar el golpe sino en el momento oportuno.

Por fin oyó la respiración agitada del espía, calculando que éste debía estar muy cerca.

Con el pensamiento invocó Luis la ayuda del Omnipotente, y sin perder ya un instante, de repente y con toda la fuerza que le daba el apuro, extendió los brazos, asió las piernas del espía, empujó muy violentamente, y lo hizo resbalar y perder el equilibrio, mientras que él, siempre encorvado, se deslizó, bajó...

¡Pobre espía!

No pudo sostenerse.

Cayó, rodó, quedó no sabemos cómo.

Exhaló un grito de dolor y de ira.

Después del grito, algunos lamentos muy angustiosos.

Quedó inmóvil, ya porque hubiera perdido el conocimiento, ya porque no pudiera moverse.

Guardó silencio, bien fuese por prudencia, bien porque ni para exhalar gemidos le quedasen fuerzas.

Si no había muerto, nada más fácil que acabar con su vida, porque la hubiera sido imposible defenderse.

De buena gana se hubiera detenido Luis para amenazar a aquel desdichado y obligarle a decir a quién servía; pero ante todo, necesitaba ganar tiempo, y se alejó por el pasillo, desapareciendo a los pocos instantes.

El espía estaba vivo.

Cuando pudo, se movió: revolvióse y se levantó con mucho trabajo.

—¡Ay! — exclamó, con lastimero tono—. Estoy magullado, ¡apenas puedo moverme!... ¡Oh!... ¡Mil rayos!... Este niño se ha burlado de mí, y por milagro de Dios no he quedado muerto; pero juro que ha de pagarme cara la burla.

Entre tanto, Luis buscaba otra vez el camino que le convenía.

Volvió a recorrer galerías y habitaciones.

Su fatiga acrecentaba.

Apenas podía respirar.

Al atravesar un pasillo iluminado, quiso su desgracia que se le presentase otra persona.

Era uno de los tantos individuos de la real servidumbre que sirven al paje y le preguntó:

—¿A dónde vais a estas horas?

—Voy... de prisa.

—Ya lo veo.

—¿Succede alguna desgracia?... Estáis agitado y pálido...

—Se ha puesto enferma mi señora.

—Lo siento muy de veras.

—Dejadme.

—Antes, decidme si es cosa de cuidado.

—Parece que sí.

—¡Oh!... Esta noche...

—Tengo que buscar al médico, y no puedo detenerme.

—Esperad un minuto y sabréis cosas buenas—replicó el inoportuno amigo.

Y al hablar así se colocaba de manera en el estrecho pasillo, que Luis no podía pasar.

—Nada quiero saber—replicó el paje, con tono de impaciencia mal contenida.

—Es que he visto en el cuerpo de guardia...

—Soldados, ya lo supongo.

—Dicen que esperan órdenes reservadas, y que...

—¡Vive el cielo!...

—No os enfadéis, señor Luis.

—¿Qué me importan los soldados y nada de lo que suceda?

—Os importa mucho, porque su majestad ha prohibido que nadie salga de palacio, y, por consiguiente, será inútil que intentéis ir en busca del médico.

—En un caso extraordinario...

—En el mismo se encuentra el señor Andrés Castillejo, a quién conocéis muy bien: su esposa se ha puesto enferma, necesita un médico, y no le han dejado salir. Acabo de verle suplicar, y hasta llorar, desesperado.

—Haré la prueba.

—Nada conseguireis sin una orden de su majestad.

—Quiero convencerme.

—Os daré un buen consejo, el mismo que he dado al señor Andrés: acudid a mi amigo Antón, que sabe más que ningún médico, y así lo ha probado.

—Pues bien, hacedme el favor de suplicarle que vaya a ver a mi señora, y como es vuestro amigo...

—Entiendo.

—Os lo agradeceré.

—Descuidad, que lo haré con mucho gusto, y entre tanto vos podréis estar al lado de vuestra noble señora.

Así pudo verse libre el paje.

Todas las casualdades, todas las coincidencias se conjuraban contra él aquella noche.

Corriendo, quiso compensar el tiempo perdido en cuanto le fué posible.

Dieron las doce.

El sonido de la campana del reloj produjo en el mozo un efecto inexplicable.

Contra su voluntad detuvo.

Húbrase dicho que se había petrificado.

Frio y copioso sudor corrió por su frente.

Su rostro se tornó lívido.

—¡Es tarde!—murmuró con desaliento y sin saber lo que decía.

Bien puede decirse que estas palabras no las pronunció, sino que se escaparon de sus labios, arrancadas por un presentimiento, por el instinto.

No se equivocaba.

También en aquellos momentos doña Ana de Mendoza se sentía trastornada por su júbilo criminal.

Para moverse tuvo que hacer Luis un esfuerzo verdaderamente sobrehumano.

Consiguió, al fin, recobrar la energía.

El momento terrible, fatal, había llegado.

¿Quién entraría primero en la cámara del príncipe?

¿Continuaba éste durmiendo?

Sí. Dormía profundamente, y soñaba con la felicidad que había deseado.

Posible era que el paje llegase primero a la cámara; pero mientras despertaba a don Carlos y le hacía comprender el peligro, para que huyese, aunque fuese medio desnudo, había tiempo sobrado para que el monarca entrase.

Sucediendo así, no solamente el príncipe, sino también el paje debía considerarse perdido, pues ya no podría negar que era el autor y el alma de las intrigas que tanto habían mortificado a Felipe II.

Salgamos de dudas.

CAPÍTULO LXXVI

La prisión

Luis bajó por una escalerilla, subió por otra, siguió camuflado, y al fin se introdujo por una puerta secreta en el corredor o uno de aquellos pasillos que sólo él conocía.

Con dolor y violencia palpaba su corazón.

Respiraba trabajosamente.

Llegó a la puertecita que comunicaba con las habitaciones del príncipe.

Abrió.

May difícilmente pudo contener un grito de ira, de desesperación y de espanto.

¡Ya era tarde!

En aquel momento también se presentaba Felipe II con Ruy Gómez de Silva, el duque de Feria y los soldados.

Quedó Luis como petrificado, pero reponiéndose instantáneamente, retiróse y volvió a cerrar, sin que nadie hubiese notado su presencia.

Dejémoslo desesperado hasta el último estreno, escuchando desde fuera lo que se hablaba, y ocupándonos del rey.

Al referir el memorable suceso de la prisión del príncipe don Carlos no haremos sino repetir lo que dicen los historiadores, con insignificantes diferencias, y nada pondremos de nuestra parte, como no sea alguna observación que apunte ligeramente nuestro juicio. Hacemos esta advertencia para evitar la repetición de notas que en otro caso serían necesarias.

En Felipe II con armadura debajo el vestido, y cubría su cabeza con un yelmo, como si fuese a entrar en singular batalla. Aquella armadura servía por cuarta vez. La vistió el "prudente" monarca en dos torneos, luego para recibir la noticia de la rota de San Quintín, pasearse por el campo, que había sido de batalla, cuando los enemigos estaban ya muy lejos, y, por último, la noche en que fue a prender a su hijo que se hallaba debilitado por falta de salud y sus excesos, que estaba solo y dormía profundamente. Permitámonos los apasionados de Felipe II que encontremos ridículo este acto de reñada "prudencia".

Seguía Ruy Gómez de Silva, el duque de Feria, algunos criados y doce guardas de la real persona, armados también hasta los dientes.

El monarca estaba pálido.

Su severa mirada recorrió el aposento con aire melancólico, y cuando vio que ya habían entrado los que le acompañaban, dijo al duque de Feria y a Ruy Gómez:

—Entrad con la guardia. Si está dormido, aprovechad su sueño para apoderaros de las armas que dicen deja de noche cerca de su lecho.

—Bien, señor.

—No temáis sus gritos ni sus amenazas, que cuando esté desarmado, yo entraré para obligarle a que se sosiegue. Vosotros—dijo a los criados—, os quedaréis aquí y no permitiréis que nadie atraviese la puerta.

La del dormitorio del príncipe cedió al primer empuje del capitán.

Don Carlos dormía tan profundamente que nada sintió. La tenue luz de una lámpara de plata que pendía del elevado techo, dejaba ver su rostro, pálido como el de un moribundo, que se destacaba entre las azules cortinas de su mullido lecho. Tal vez su ambición de familia le hacía soñar en aquellos momentos con la corona que iba a ganar en Flandes, o quizá, para descanso de su espíritu, sonriale el dios de los amores con recuerdos de alguna halagüeña ilusión. ¡Cuán ajeno debía estar del peligro que le amenazaba!

El duque de Feria se apoderó de una espada y de un puñal que el príncipe tenía puesto debajo de la almohada, así como del arcabuz que dejaba al alcance de su mano.

Tampoco despertó.

—Pesado sueño—dijo el de Feria.

Y moviendo a don Carlos, añadió con voz bastante alta:

—Señor, despertad.

Estremeciéndose el príncipe, abrió los ojos, miró a su alrededor como espantado, e incorporándose en el lecho preguntó:

—¿Quién está aquí?

—El consejo de Estado—respondió el duque.

Entonces el príncipe dió un rugido de cólera, arrojóse del lecho, y lanzándose sobre el capitán para recobrar sus armas, exclamó:

—¡Vive el cielo que habéis de pagar cara vuestra osadía!

—¡Deteneos, señor!—dijo Ray Gómez.

—¡Aparta, miserable asesino! — prosiguió don Carlos.

—¡Sosegaos!

—¡Villanos, atrás!—volvió a gritar el príncipe atropellando al de Ebohi, que se le había acercado.

En aquel momento se presentó Felipe II y clavó en su hijo una mirada de tan fascinadora severidad, que le dejó paralizado.

—Sosegaos—dijo con el tranquilo, pero imponente acento que le caracterizaba.

—¿Qué me quiere vuestra majestad?—replicó el príncipe.

—Ahora lo sabréis—repuso el monarca.

Y haciendo que entrasen los de la servidumbre, mandó asegurar las ventanas y las puertas y sacar de la habitación cuantos muebles y objetos hubieran podido servir al príncipe para atentar contra su vida.

Los criados obedecieron, llevándose hasta los morillos de la chimenea.

La cólera hacía temblar a don Carlos como si fuese presa de una convulsión. Sus centelleantes ojos dirigían a su padre miradas del odio más reconcentrado.

Felipe II parecía sereno, pero su corazón palpitaba con extremada violencia.

Cuando los criados concluyeron su operación, dijo el rey al duque de Feria:

—Quedáis encargado del príncipe: cuidadlo bien.

Y dirigiéndose a la servidumbre, añadió:

—Servid al príncipe con todo respeto; pero no ejecutéis ninguna de sus órdenes sin darme primero cuenta. Sed fieles, bajo pena de que os juzgue como traidores.

—¡Oh!—exclamó don Carlos—. Máteme vuestra majestad y no me prenda! ¡Esto será un escándalo para el reino! Si vuestra majestad no me mata, me mataré yo mismo.

—No haréis tal—replicó el rey—; eso sería cosa de loco.

—¡Si vuestra majestad me trata de modo que me obliga a semejante extremo! ¡No lo haré como a loco, sino como desesperado!

—Tranquilízase y volved a la razón—repuso Felipe sin alterarse—. Mis paternales consejos, mis

pacíficas amonestaciones han sido inútiles hasta el presente. Vuestra conducta me obliga a seguir opuesto camino.

—¿De qué tiene vuestra majestad que acusar me?

—Ya sabéis que tengo en mi poder vuestros papeles, que he leído tan cuidadosamente como vos debistéis leer anoche el que arrojó a vuestros pies una mano desconocida.

—Como extraño me tratáis y como tal obré la humanidad ultrajada por vuestra tiranía me pidió socorro, y yo se lo prometí; pero heristeis el corazón, y mi corazón pidió venganza. He puesto resistencia a la arbitrariedad, me he defendido.

Enrojeciéronse las mejillas del monarca, pero nada contestó a su hijo.

—He aquí uno de los actos de justicia del gran rey! —prosiguió don Carlos arrebatadamente—. Máteme vuestra majestad, porque ya no le miro como padre, y si me deja con vida, será terrible mi venganza.

—Nada tengo que añadir : lo que os he dicho —repuso Felipe dirigiéndose a los de su servidumbre.

Todos inclinaron la cabeza y guardaron un profundo silencio.

El rey salió seguido de sus cortesanos, y el príncipe, después de prorumpir en exclamaciones de furor y pasearse agitadoamente, quedó abatido y triste, tan estropeado el cuerpo como languido el espíritu.

CAPÍTULO LXXVII

De cómo el paje dió una prueba más de la nobleza de su alma

El paje no había perdido un solo detalle ni una palabra de la escena que acabamos de referir.

Como ya hemos dicho, quedó el príncipe solo y abatido profundamente.

Los que debían vigilar se situaron en las habitaciones inmediatas, y todos estaban tristes, o así lo parecían, y además muy preocupados, de lo cual resultaba que guardasen silencio, y que, por consiguiente, no se percibiera el más leve ruido.

El paje apenas podía sostenerse.

Sentíase aturdido como si hubiesen descargado sobre su cabeza un terrible golpe.

Tuvo que apoyarse en la pared.

Llevó las manos a su cabeza y se oprimió las sienta.

Sabría lo que apenas se concibe, porque consideraba ya perdido a don Carlos, porque se desvanecían sus esperanzas de ver vengado al marqués de Poza, y porque aquella derrota mortificaba su amor propio.

No le quedaba el consuelo de dirigir al príncipe algunas palabras cariñosas para reanimarle y fortalecer su espíritu, y para jurarle que no descansaría hasta que lo sacase de su encierro, pues no era posible que entrase Luis sin que lo viesen los guardiános.

¡Cuánta amargura devoró el pobre niño en aquellos instantes supremos!

Para no sucumbir agobiado por el terrible golpe, necesitaba toda la energía de su espíritu privilegiado.

Cerca de media hora pasó antes de que pudiera moverse.

—Estoy abatido, anonadado — murmuró —, y esto es una debilidad de que debo avergonzarme. Nunca he necesitado tanto el valor y la serenidad... ¡Dios mío, dadme fuerzas!

Se alejó de aquella puertecilla, que ya era para él completamente inútil.

Sus pasos eran vacilantes.

Cuando llegó a una galería, se detuvo y aspiró con avidez el aire frío.

Luego se puso otra vez en movimiento.

Entonces no encontró ningún importuno que lo detuviese.

Blanca había recobrado el sentido, y arrodillada ante un relicario, dirigía fervientes súplicas al Omnipotente.

Como impulsada por un resorte, pisóse en pie al ver a Luis, y exhaló un grito, que lo mismo expresaba la alegría que el terror.

Y efusivamente, de júbilo inmenso se sintió poseída la noble doncella al ver a la criatura a quien tanto amaba; pero a la vez se horrorizó, porque la presencia de Luis era el anuncio de una nueva desgracia y la prueba de que había llegado tarde para salvar a don Carlos.

Inmóviles y silenciosos quedaron por algunos minutos.

Contruidos violentamente, pálidos, más bien vivos, estaban sus rostros.

Ni ella se acordó a preguntar, ni él a decir lo que había sucedido.

Ambos temblaban, la doncella de miedo, y el paje de ira.

Largo rato pasó.

—Luis, hermano mío—dijo—sin Blanca tímida-

mente.—¡Ah!—exclamó Luis—. ¿Qué sería de mí sin vuestro cariño?

Y abrazó a su señora.

Un raudal de lágrimas se escapó de los ojos de la doncella.

Llamaradas de ira despidieron los del paje.

—Habla, Luis, habla...

—Señora mía...

—Todo está perdido, ¿no es verdad?

—¡Oh!... Ya no me separaré de vos...

—¡Dios mío!...

—Pero no se ha perdido todo: aun podemos luchar, salvar a don Carlos y vengar al marqués...

—No, no—replicó tristemente Blanca—; no lo quiere así la implacable fatalidad que nos persigue.

—Sossegaos y escuchadme—repuso Luis, que hacía esfuerzos para ocultar lo que sentía y alentar a su señora.

Sentóse ésta.

El mozocho hizo lo mismo.

Seguía corriendo el llanto por las mejillas de la doncella.

—Está preso don Carlos—dijo—; no lo niegues.

—¿Y cómo he de negar lo que sabrá todo el

mundo al amanecer? Sí; ha quedado preso y... ¡Vive Dios!... no te equivocáis al decir que pesa sobre nosotros una fatalidad implacable. He perdido media hora, porque me espíaban, me seguían...

—¡Dios misericordioso!...

—Conseguí burlar a mi perseguidor; pero a costa del tiempo que era tan precioso.

—En todo han pensado nuestros enemigos.

—Sí; supongo que doña Ana...

—Ha sospechado que tú eras el intrigante que la mortificaba, y ya no le habrá quedado duda.

—Veremos.

—Lo es preciso que te pongas en salvo, porque mañana, quizás antes que amanezca, el rey sabrá...

—No interrumpió Luis—, no saldré del alcázar.

—Dices que has conseguido burlarte de tu perseguidor...

—Sí; lo esperé en una escalera, en la obscuridad, y cuando subía le hice rodar... No sé si se ha matado. Así tuve tiempo de alejarme y desaparecer.

—Ello es que te han conocido, que han visto que a estas horas recorrías el alcázar y que tenías interés en que nadie te observase, y como entretanto se preparaba su suceso muy grave, con poco que vacilen y discurran...

—Todo eso es posible.

—Basta una sospecha para que el rey adopte la resolución de encerrarte, pues como en último caso nada perdería...

—Perdonad, señora.

—Escás ofuscado...

—Te lo probaré.

—No lo estoy.

—Mis temores son los mismos que los vuestros.

—Entonces...

—Abandonar ahora a don Carlos sería la cobardía más ruin.

Estas palabras las pronunció Luis con tono de firme resolución.

La verdad es que debía considerarse perdido.

Ni remotamente había sospechado, ni era posible que lo sospechase, que el espía de aquella noche obedecía las órdenes del comendador Maldonado, sino que creía firmemente que servía a doña Ana de Mendoza.

¿Qué más prueba necesitaba la dama para quedar convencida de que el paje era el diablo, o que, a lo menos, estaba en relaciones con los amigos del príncipe?

No necesitaba otra prueba, y era sobrada para que el rey empezase a desconfiar y adoptase una resolución extrema, tanto más fácilmente cuanto que ninguna clase de consideraciones tenía que guardar al pobre niño.

Así había discurrido Luis mientras que así discurría su señora, y, por consiguiente, tenía doble mérito su determinación de permanecer en el alcázar.

Allí se consideraba político, y, sin embargo, allí se quedaba con un valor y una abnegación que apenas se conciben.

—Vuelvo a decirte que estás ofuscado—replicó Blanca.

—Os equivocáis.

—Cuando los sacrificios son estériles el hacerlos significa una obcecación estúpida.

—Hay deberes que no pueden dejar de cumplirse los hombres honrados.

—Cuando el mundo nos contempla para juzgar, sí, porque es preciso dar una prueba de respeto a la sociedad; pero tú no te encuentras en este caso, porque nadie más que yo conoce tu situación.

—¿Y mi conciencia?

—Has hecho cuanto era posible, sin detenerte ni aun ante los mayores peligros, y tranquila debe estar tu conciencia: aunque sea la más escrupulosa y exigente.

—Puedo hacer más.

—No; porque mañana estarás en un calabozo.

—Algún día recobraré la libertad—repuso Luis.

—Para entretener...

—Sufriré y me resignaré.

—Ahora es cuando el príncipe te necesita, y si quiera para serle útil, debes evitar que te encierren,

—Si he de evitarlo saltiendo del alcázar. ¿cómo lo servire?

Como vamos viendo, Luis se defendía tenazmente.

—Piensa que yo me moriría de dolor si alguna desgracia cayera sobre ti.

—¡Oh noble señora, habéis soportado golpes más terribles, y abrijo la esperanza de que el valor no os faltaría.

—Te lo suplico — dijo la doncella con voz ahogada — por nuestro puro amor...

—Por Dios, señora—interrumpió el mancebo—, que me destrozáis el alma...

—¡Ah!...

—No me iré.

Un penoso suspiro exhaló Blanca.

Convencióse que nada conseguiría y dió nuevo giro a la conversación.

El paje refirió detalladamente cuanto había sucedido, y manifestó su extrañeza por no haberse presentado a representar su papel de médico el llamado Antón.

Nosotros sabemos que éste era el espía, que en aquellos momentos estaba en su cama y exhalaba los más lastimosos ayes.

A las tres de la madrugada dijo la doncella:

—Acuéstate, Luis.

—No.

—Necesitas descanso.

—Claramente; pero tengo que ir a ver al señor Pero León para darle cuenta de lo que pasa, y disponer que se retiren los cahallos antes de que amanezca y algún curioso haga observaciones.

Sabemos ya que Luis podía salir de palacio a todas horas. Y, por consiguiente, ningún obstáculo encontró para ir a la posada, donde el capitán esperaba con impaciencia.

—¿Venís solo?—preguntó el soldado.

—Ya lo veis—respondió el paje.

—¿Y el príncipe?

—Preso.

—¡Preso!—exclamó el capitán.

Y fijó en Luis una mirada de estupor.

—Eso he dicho.

—¡Tripas de Lucifer!... ¡Rayos del infierno!...

—Callad.

—¡Mil rayos!...

—Ahora empieza la verdadera lucha—interrumpió Luis—, y los arrebatos de la cólera no han de servirnos para nada.

—¿Me aconsejáis que tenga calma cuando ha sido inútil cuanto hemos hecho, cuando quizás estamos perdidos?

—Tal vez.

—¡Viva Dios!...

—Hemos sufrido una derrota; pero aun nos quedan recursos para hacer algo.

—Si don Carlos está preso...

—Lo sacaremos de su prisión.

—Eso se dice muy fácilmente; pero...

—Y si mañana me encierran...

—¿Qué estáis diciendo?

—Que probablemente harán conmigo mañana lo que esta noche han hecho con el príncipe.

—¡Oh!... si tal sucediera, os juro que mi primera determinación sería matar a doña Ana de Mendoza y a su marido, y aun quizás al rey...

—Haréis lo que yo disponga; es decir, que si a las doce del día no ha venido a veros, iréis vos a ponerlos a las órdenes de doña Blanca.

—Bien: está bien, muy bien — dijo el capitán mientras se paseaba en el aposento—. ¡Mil rayos!... Salimos de un apuro y nos encontramos en otro mayor; y el tiempo pasa, y cada día es más crítica la situación... ¡Truenos!... y tenemos que callar y dejar las manos quietas...

—Prudencia, disimulo...

—Disimularé.

—La lucha es de astucia, de ingenio...

—Entonces para nada sirvo, ya lo sabéis, porque no tengo en la cabeza más inteligencia que en los pies.

—Hablaremos después si es que no me encierran.

—Aguardaré.

—Voy a descansar, porque apenas puedo sostenerme.

—Y si teméis que os prendan, ¿por qué no os

al alcázar? Me parece que cometéis una torpeza, pues no es, ni más ni menos, que meterse en la boca del lobo.

—Tengo que cumplir mi deber.

—No lo entiendo.

—Lo entenderéis cuando luego me explique.

—Cumplase vuestra voluntad.

—Por lo pronto iréis al puente de Segovia.

—Un paseo muy agradable.

—Es preciso que los caballos desaparezcan.

—¿Qué más?

—Hablaréis poco, lo absolutamente preciso, porque una palabra imprudente puede comprometernos.

—Descuidad.

—Han de ir en busca de los otros caballos para que retrocedan y conservarlos a nuestra disposición, pues no sabemos lo que puede suceder.

—Así se hará.

—¿Necesitáis dinero?

—Me sobra.

—Que Dios nos proteja.

—¡Rayos!... Falta nos hace.

Despidióse Luis del capitán y volvió a palacio.

Ya le era imposible continuar en pie.

Desnudóse y se acostó.

Tal era su fatiga, que a pesar de sus temores se durmió.

El sueño debía reparar sus fuerzas, despejar su entendimiento y devolver la calma a su espíritu.

Dejaremos que acabe de pasar la noche y que el sol espere su luz.

CAPITULO LXXXVII

Otro espía

La Inquisición tenía una policía tan admirablemente organizada como no la ha tenido ni tiene ningún Gobierno, y en todas partes contaba con los servicios de espías muy fieles y que pertenecían a todas las clases de la sociedad, pudien-

do así desempeñar mejor su odioso oficio. Por interés los unos, otros por miedo y muchos por fanatismo, todos eran leales y servían admirablemente bien al terrible tribunal.

En palacio había también espías, y no era solamente Antonio el que observaba para obedecer al inquisidor general.

Hecha esta advertencia, diremos que apenas los primeros rayos del sol se dejaron ver, un hombre, que por su ropa parecía ser un hidalgo, y que probablemente pertenecía a la servidumbre real, atravesaba por uno de los espaciosos aposentos del alcázar, y de vez en cuando dirigía miradas a su alrededor, que parecían ser recelosas.

Representaba el nuevo personaje unos cuarenta y cinco años; era de estatura escasa, abultado de carnes, y en particular de abdomen, y de facciones no menos abulladas.

Su rostro se dilataba, y sus gruesos labios se entreabrían como si fuesen a sonreír; pero su sonrisa no tenía nada de maliciosa, sino que era expresión de la candidez, de la sencillez y de la inocencia más pura.

Su inteligencia debía ser escasa, muy escasa.

El primer golpe de vista era bastante para comprender que aquel hombre había conseguido ser tan dichoso como pocas criaturas lo son. Nosotros que le conocemos, podemos decir que no había sentido nunca el aguijón de las ambiciones, ni había tenido que poner a prueba sus virtudes, porque ningún contratiempo había experimentado, ninguna contrariedad lo había mortificado, ni tuvo que sufrir ningún apuro de los que engendran la desesperación.

Creía de buena fe que cuando llegase el día de la prueba, soportaría pacientemente las desgracias que Dios quisiese a bien enviarle, y se resignaría cristianamente. Tal vez se equivocaba; pero no había pruebas para contradecirlo.

En cuanto a vanidades, no tenía más que una, la de su virtud, una de esas virtudes que casi pudiéramos llamar negativas; virtud teórica, que no ha pasado por ninguna prueba, es decir, la presunción, nada.

Como era modesto, como las condiciones de su educación no lo impulsaban por la senda de ciertos extravíos, era más rico con poco dinero que con lo son con mucho.

No se había casado ni pensaba casarse.

¿Por qué había de echarse sobre sí la carga enorme de los cuidados de una familia?

Eso le parecía una estupidez.

Y aquí tenemos la prueba de un egoísmo de que nuestro personaje no se daba cuenta.

Era buen católico, oía misa diariamente y confesaba todos los domingos, sin que hubiese fiesta religiosa a que no asistiese ni auto de fe a que no asistiese.

No daba limosna, porque decía que era pobre; no se tomaba la molestia de hacer un favor, porque decía que el tiempo apenas le bastaba para cumplir sus deberes religiosos y los de su empleo.

Sin embargo, su conciencia estaba tranquila, satisfecha, y creía firmemente que había de salvarse.

Era un fanático de buena fe. Uno de esos espidos que no sabemos si merecen más bien compasión que castigo.

Entonces estaba en cuerpo y alma al servicio de la Inquisición, aunque valía mucho más para nada, es decir, para obedecer como un cadáver, según la expresión de los hijos de Ignacio de Loyola.

No era menester más que jurar al buen hidalguito para convencerse de que no servía para ingenuo. 3. por consiguiente, nadie podía desconfiar de él.

Eguó andando, mirando a su alrededor y sonriendo.

A muy pocas personas encontró; y si alguien le preguntaba a dónde iba tan temprano, respondía apocadamente:

—A confesar.

Sabó del alcazar.

—Supongo—decía para sí— que su eminencia sabe ya o supone lo que ha sucedido; pero cumpliré mi deber y le pediré instrucciones.

Diez minutos después entraba en la morada del cardenal.

Los criados de éste debían conocer al buen hidalgo, porque le saludaron cortésmente, preguntándole:

—¿Es urgente el asunto?

—Me parece que sí, aunque puedo equivocarme porque estoy sujeto a errores como toda criatura.

—Venid.

—Si os parece que es demasiado temprano...

—Ya sabéis que su eminencia es madrugador.

—Bien, bien.

A los pocos momentos el hidalgo entraba en las habitaciones donde se encontraba el cardenal de placer.

—Dios os bendiga—dijo éste.

—Eminentísimo señor...

—Sentaos.

—Antes vuestra mano y vuestra bendición, si a *bleu* lo tenéis.

Con respeto religioso besó el hidalgo el anillo que brillaba en la mano que le presentó Espinosa.

Luego se sentó.

Inclinó humildemente la cabeza.

Quedó inmóvil y esperó a ser interrogado, pues le hubiera parecido una falta imperdonable tomar desde luego la palabra.

—La pasada noche—dijo el inquisidor, después de algunos momentos—, debe haber sucedido algo de mucha importancia en palacio.

—Sí, señor; algo muy grave.

—Explicaos.

—Dentro de algunas horas, cuando la noticia del suceso cunda, quedará asombrado el pueblo de Madrid, y muy pronto el mundo, si bien al mismo tiempo se regocijarán los verdaderos cristianos.

—Supongo que os referís a la prisión del desgraciado príncipe don Carlos.

—A las doce quedó encerrado en su aposento y bien vigilado.

—¿Oposo resistencia?

—Dicen que intentó atropellar a don Ruy Gómez de Silva y al duque de Feria; pero su ma-

ced se presentó y lo contuvo con algunas palabras.

—¿Y luego?

—Nada más, eminentísimo señor: por todas partes silencio y calma; pero una calma que infundía pavor. ¡Ay!, yo temblaba, no puedo explicar lo que sentía... Me pasado la noche sin dormir, pidiendo a Dios que a todos nos ilumine.

—Me sorprende que los amigos y cómplices de don Carlos no hayan intentado su salvación.

—Lo han visto en la desgracia y lo han abandonado, o el Omnipotente ha querido que comprendan que iban por el camino de la perdición.

—Ese intrigante misterioso a quien llaman el diablo.

—Ha desaparecido.

—Seguid observando más cuidadosamente que nunca.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Mucha prudencia, sobre todo no demostréis odio contra el príncipe.

—Es un hereje.

—Ahora debemos compadecerlo y aun pedir que se le perdone.

—Si le devolviesen la libertad...

—Si el rey llegase a saber que todos acusaban a su hijo, lo perdonaría, no lo dudéis.

—Tal vez.

—Volved a palacio.

—¿Estáis satisfecho de mi conducta?

—Sí.

—Soy dichoso.

—Dios os acompañe.

Volvió el hidalgo a besar el anillo, y haciendo muchas reverencias salió.

Entonces el cardenal desplegó una sonrisa.

—La gota de agua horada una piedra—dijo—. Don Carlos había nacido para acabar con la Inquisición... ¡Ah!... Ya puedo tranquilizarme, porque la Inquisición acabará con él.

CAPÍTULO LXXIX

El Consejo de Estado

Al siguiente día mando Felipe el llamar a los de su Consejo de Estado, al cardenal Espinosa y a Ruy Gómez de Silva, ordenando que a la una de la tarde se encontrasen todos reunidos en un espacioso salón preparado al efecto.

La noticia corrió de boca en boca con rapidez, y, como puede presumirse, no fué el paje el último en saberla. Mucho le interesaba averiguar con exactitud cuanto debía tratarse, y por eso pensó que el mejor medio era escucharlo él mismo. El aposento de la reunión no tenía puerta secreta alguna, ni más que una entrada; pero como nuestro diablillo no era mozo que abandonase sus planes cediendo a los inconvenientes, pensó largo rato sobre el asunto, y al fin su imaginación fecunda suministróle un medio que le pareció inmejorable.

Consistía éste en ir al salón donde debía reunirse el Consejo, introducirse en él antes de que los ujieres se situasen a la puerta, y esconderse debajo de la mesa que ya habrían colocado delante del sitio del rey.

—La mesa—decía para sí el paje—, tendrá, como de costumbre, una cubierta que llegue hasta el suelo, y favorecido por esta circunstancia, podré acomodarme allí sin ser visto de nadie.

Y después de frotarse alegremente las manos, prosiguió:

—Nos vencerán, no lo dudo, pero antes he de darles mucho que hacer.

La ejecución de este plan salió a medida de su deseo. Bien temprano dirigióse el paje al salón, abrió la puerta y con una de las llaves de su tesoro entró, volvió a cerrar y miró con aire satisfecho la ancha cubierta, n. de la mesa, cuyo salón de oro tocaba en el pavimento.

—¡Magnífico!—exclamó.

y sin perder un instante metió en su escondite.

A las doce y media estaban ya reunidos los conserjes, y a la una se presentó Felipe II en el salón. Su continente era grave, más que de costumbre, y se notaba alguna tristeza en su mirada.

El aposento estaba lleno de respetables varones envejecidos en el servicio del Estado. Colocados más o menos cerca del rey, según su categoría, presentaban un aspecto imponente con sus negros vestidos y sus severos rostros, dignos del más severo aun que los presidía.

El monarca paseó por la respetable asamblea su mirada penetrante, quedó silencioso por algunos momentos, y al fin dijo:

—Un triste acontecimiento os ha reunido aquí, y si al daros cuenta de él faltan a mi lengua las palabras, no os admiréis, porque tal vez el rey no podrá olvidar que es padre.

Todos escuchaban con religiosa atención, pero ninguno se atrevía a levantar del suelo la mirada.

—Ninguno de vosotros ignora que la conducta de mi hijo Carlos, príncipe de Asturias y heredero del trono, no ha sido la que más conviene a su nombre y a su clase. Exceso decir cuánta ha sido mi amargura, y ya comprenderéis que, cediendo a los impulsos de mi cariño paternal, he sido más tolerante de lo que tal vez permita la justicia. Empero los desmanes del príncipe han llegado a tal extremo, que al fin, y a costa de un gran sacrificio, me he visto obligado a tomar una determinación harto triste, pero indispensable.

Sintióse un leve murmullo, y todas las miradas se fijaron en el rey, cuyos ojos parecieron humedecerse con una lágrima.

—Voy a presentaros los documentos que prueban las faltas del príncipe; vosotros los examinaréis y juzgaréis.

Felipe II extendió sobre una mesa gran porción de papeles, y luego prosiguió.

—Dos son las acusaciones que pueden hacerse a don Carlos: la de adicto a la reforma y la de conspirador. Voy a hacer algunas observaciones antes de oír vuestro parecer. Al proceder contra mi

nijo, sólo he pensado evitar que llegue a sentarse en el trono. La Europa está conmovida por el espíritu de reformas religiosas, y ha oclado torrentes de sangre, inmensos sacrificios a mis augustos abuelos el contener los efectos de la herejía; para combatirla no han omitido esfuerzos: nuestras armas, después de pelear por nuestra fe y por nuestra independencia hasta clavar sus pendones en la Alhambra, han ido a lejanas tierras y sacrificado millones de vidas en defensa de su religión santa. Yo, vuestros todos los buenos españoles, he mis consagrado y consagramos nuestros desvelos al lustre de nuestra santa Iglesia, y por ella sacrificariamos gustosos nuestras vidas. Resultáenos conseguidos a tanta costa, una lucha de nueve siglos, no pueden quedar en un día espóritas por la debilidad de una cabera extraviada. ¿Cuán doloroso no sería ver a la España católica sobre todos los puertos del mundo convertida en la España protestante. Pues esto, señores, cuya sola idea os hace estremecer, sucedería si el príncipe ciese la corona. Hoy don Carlos, cuyo poder e influencia distan mucho de ser los de un soberano, protege la herejía en Flandes, y con esta, no sólo da pruebas de su falta de religión, sino que comete el crimen de rebelión contra su rey y contra sus padres. Quiero, pues, presentar los males que debe traer el trinado de mi hijo, y por él debe sacrificar todas mis atenciones, porque nada valen éstas para la religión y el bien de mis pueblos. Quiero sucesor a mi hijo antes que la posteridad me acuse; quiero salvar mi alma, evitando que se condenen mis muchas arretras por el torrente de las nuevas y falsas doctrinas.

Detúvose el monarca como para tomar aliento, y luego prosiguió:

—Tales males merecen un severo castigo que inmediatamente hubiera yo impuesto, pero se trata de mi hijo, y de un príncipe, y es preciso a la vez que se evite el mal, evitar también el escándalo, y por eso, como he ya dicho, no he pensado hasta ahora en otras cosas que en hacer de modo que don Carlos no se sienta en el trono. Sin embargo, si vosotros como jueces imparciales conside-

ras como de necesidad mayor rigor, no encontrareis corrigido en mí. Os escucho.

El cardenal Espínosa, como el más autorizado entre todos, tomó la palabra.

—Graves son, señor, los faltas de que se acusa a su alteza, y más graves aun las consecuencias que pueden traer; empero, a mi juicio, extraviados son efecto de la inexperiencia y de torcidos consejos; esto último puede evitarse con la vigilancia, aquella con el tiempo, que dará a su juicio más rectitud y firmeza, y si bien debe contarse alguna medida previsional, no creo que sea necesario desheredar al príncipe. Los miramientos y consideraciones que hasta ahora ha tenido vuestra majestad, nos llenan de viva satisfacción porque poseas en el hijo el mismo respetuoso amor que en el padre, y la voz de estos dignos y leales vasallos se unirá a la mía para alcanzar de vuestra majestad el perdón del príncipe.

De todas partes salieron palabras de aprobación y sentidos ruegos en favor de don Carlos.

—Noble es vuestra conducta, señores—dijo Felipe—, y con ella probáis el amor que me tenéis; pero será prudente que antes de seguir vuestros generosos sentimientos, paséis en la balanza de vuestro juicio la misericordia con los males que pueden traer. Ahí tenéis los documentos en que se fundan las acusaciones contra el príncipe; examínelos, comed la información y oídme cuando pona en vista de lo que de ella resulta. A esos documentos podéis añadir las declaraciones que creáis convenientes. Os dejo para que tengáis completa libertad, y luego volveré. El licenciado Oros hará las veces de secretario.

Levantóse el monarca y con tristado paso salió del aposento.

En seguida se procedió al examen de la correspondencia y demás papeles del príncipe, y se comenzó a hacer extensas y a extender notes.

A las tres de la tarde volvió Felipe II y se comenzó con toda actividad la información.

A las nueve de la noche según flicó un aseritor de aquella época empleado en palacio, se llevaba

escribió un legajo de cerca de medio pie de altura (1).

Todos querían eludir la responsabilidad de tan delicado encargo, y así es que, después de un largo debate, convinieron en que el rey debía nombrar un tribunal especial para que entendiese en el asunto.

Felipe II aceptó la idea, y después de dar las gracias a sus consejeros por el celo que habían demostrado, los despidió, rogando al cardenal Espinosa que se quedase.

CAPÍTULO LXXX

De cómo el paje se vió muy apurado para salir de su escondite

Solos ya el rey y el inquisidor, y sentados cerca de la mesa, guardaron silencio por un corto rato como si descansasen de la pasada fatiga.

El paje, entre tanto, inmóvil en su escondite, disponíase a escuchar, aunque ya no de muy buena gana, porque el hambre empezaba a atormentar su estómago.

—Señor cardenal—dijo al fin el monarca—, me he detenido para acabaros de poner al corriente en cuanto toca el asunto de mi hijo, porque he creído que no debía decirlo todo a los consejeros, y también porque deseo que me aconsejéis en cuanto a las personas que debo nombrar para que entiendan en la causa.

—Os doy, señor, las gracias por la confianza que vuestra majestad hace de mí, distinguiéndome entre tantos ilustres y leales consejeros; pero en

... El paje se acercó a su cámara a los de su camarero y se retiró a su habitación en ella desde la cual se le avisó por el paje que había salido de la noche no se sabe que hora, pero el rey hizo información secreta de ello en Oviedo, hallase el rey presente al examen de testigos. Hay escrito casi un fardo en alto.

cuanto a lo que toca al tribunal que debe formarse, quisiera que vuestra majestad obrase por sí solo y se dispensara de dar ningún consejo, porque es asunto harto delicado para que yo me atreva a explicar el ánimo de vuestra majestad en favor de padre.

—De todos modos, tengo ya hecha la elección de las personas—contestó Felipe, como si no diese importancia a este punto—; ocupémonos de los documentos que se han encontrado a mi hijo.

—Como agrade más a vuestra majestad—repuso Espinosa.

—Ya que no puede decirse a todo el mundo—prosiguió el rey—, y como la posteridad tal vez se mostrará conmigo más severa de lo que debe, acuérdame de haber yo sido exageradamente riguroso con mi hijo, quiero que sepáis que el paso que he dado ha sido de imprescindible necesidad, porque el príncipe ha roto todos los lazos que a él me unían como rey y como padre.

—Comprendo, señor, que las razones que han impulsado a vuestra majestad a dar semejante paso han de ser poderosas.

—¿Qué diréis, señor cardenal, de un hijo que desea la muerte de su padre?

—Señor...

—Diréis que ese hijo ya no se considera tal, que ha perdido la razón, o que es tan malvado que debe separarse de la sociedad para que no la corrompa.

—Tal vez su razón...

—En buen hora; concedo que esté loco, y siendo así, es mi deber evitar que el cetro de España pase a manos de un demente.

—Graves fundamentos debe haber.

—Veréis, señor cardenal, cuáles son—dijo el monarca sacando algunas papeles—. Estas dos cartas, la una de Montigny y la otra de mi hijo, os harán conocer que no debemos tener duda de que el príncipe es uno de los más ciegos partidarios de la Reforma.

El inquisidor leyó las cartas con toda la atención y detenimiento del que deletrea, y devolvió-

doles al rey, guardó silencio como si se dispusiese a escuchar.

—¿Qué opináis?—le preguntó Felipe.

—Efectivamente... Pero... como es aún muy joven...

—Es menester, señor cardenal, que no es mostréis tan compasivo, porque se trata de la religión y del bien de la monarquía.

—Pero como es el hijo de vuestra majestad...—replicó Espinosa, con melifluo tono.

—Por lo mismo me es más doloroso. ¿Qué otra el mundo cuando sepa que el hijo de Felipe II, el nieto de Carlos V y de la Católica Isabel, de los monarcas que todo lo han sacrificado por la religión, es el primer hereje de España? ¡Oh!... esto es horrible. ¡Hereje un hijo mío, mi misma sangre, mi carne misma!... Señor cardenal, este es el mayor castigo que pudiera haberme enviado el cielo.

Y Felipe II, al concluir estas palabras, ocultó el rostro entre las manos y quedó abatido y silencioso.

—Aun hay más—dijo, al fin, con tono amargo:—entre los papeles del príncipe estaba la lista de las personas a quienes considera amigos y de los que tiene por enemigos y ha de perseguir a muerte. Son sus mismas palabras, vedlo escrito de su puño.

La lista, que pareció interesar a Espinosa más que las cartas, fué leída por éste, y un ligero carmín apareció y desapareció repentinamente en sus mejillas.

—Leed, leed—repuso el rey.

El cardenal volvió a leer, pero en voz alta, lo siguiente:

“Lista de las personas a quienes yo, Carlos de Austria, príncipe de Asturias y sucesor de Felipe II, amo como a mis verdaderos amigos, y de las que tengo por enemigos a quienes perseguiré a muerte. Escríbela, no porque yo olvide los nombres de los que amo ni de los que aborrezco, sino porque si Dios me llevase sin recompensar a mis amigos o sin exterminar a mis enemigos, queda

este documento para que sirva de guía a cualquiera de los primeros que desee pagarme mi cariño leyendo mi obra.

AMIGOS

"Antes que todos, la reina Isabel de Valois.

"Mi tía doña Juana.

"Mi tío don Juan.

"El diablo de palacio.

"El barón de Montigny.

"El marqués de Bergen.

"Todos los nobles flamencos, porque eran muy queridos de mi abuelo, el invicto don Carlos, a quien Dios haga en su gloria.

"Y otros que no nombro por haber pasado a mejor vida y cuya memoria honraré a su tiempo.

ENEMIGOS

"Antes que todos, el rey don Felipe II.

"El cardenal Espinosa, inquisidor general.

"El duque de Alba.

"El adulador Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli.

"Su esposa, doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

"Y otros que por ser de poca importancia o porque me son indiferentes, dejo de nombrar."

Este curiosísimo documento era hijo de una de las tantas imprudencias de don Carlos. A su lectura sonrió irónicamente el cardenal y palideció el monarca.

—Ya veis—dijo—que yo soy el primer enemigo del príncipe.

—Os confieso, señor, que esto es muy grave.

—Aun hay más.

—¿Otra lista?

—No se contenta mi hijo con atorrecerme, sino que también intenta ponerme en ridículo. Tomad y leed.

Y el monarca entregó otro papel al cardenal. Este leyó lo siguiente:

"VIAJES DEL EMPERADOR CARLOS V .

"De Alemania a España.

"De España a Alemania.

"De Alemania a Flandes.

"De Flandes a Italia.

"De Italia a África.

"De África a España.

"De España a Alemania.

"De Alemania a Flandes.

"De Flandes a Francia, etc., etc., etc."

"VIAJES DE FELIPE II

"De Valladolid a Madrid.

"De Madrid a El Escorial.

"De Madrid a El Pardo.

"De El Escorial a Madrid.

"De Madrid a El Pardo.

"De El Pardo a Madrid.

"De Madrid a El Escorial.

"De El Escorial a Madrid.

"VICTORIAS DEL EMPERADOR CARLOS V

"Todo el mundo las conoce, y es por demás que yo las enumere."

"HAZANAS DE FELIPE II

"Cuando las tenga se escribirán.

"El trono en que se sentaba mi abuelo era su caballo de batalla, y su cetro, su espada invencible.

"El caballo de batalla que montó mi padre es un cómodo sillón, y su espada una pluma, porque esto sólo quedó de las águilas de mi abuelo."

Tales eran las imprudencias de aquel desdichado príncipe, cuya razón, en momentos dados, debía estar o demasiado débil o demasiado exaltada.

Fácilmente se comprenderá cuánto debió ha-

rir al alma de Felipe II el ridículo en que le ponía el satirico escrito que dejamos copiado. Su orgullo de rey, su vanidad de hombre encendieron su sangre, sin contar que el aguijón de los celos era bastante a excitar su terrible enojo.

—¡Este es ya el último de los escándalos!—exclamó.

—Señor, si no lo viera no lo creería.

—Es preciso que se juzgue a mi hijo como se merece.

—¿Se ha decidido vuestra majestad?

—Desde anoche no vacilo.

—Entonces a vuestra majestad toca ordenar lo que tenga por conveniente.

—Que inmediatamente se presente la acusación fiscal y se haga el sumario.

—¿Por un tribunal especial?

—Sí.

—Entonces, con licencia de vuestra majestad me retiro para dejarlo pensar libremente sobre este punto.

Y el cardenal se levantó.

—Sentase—le dijo el rey—, porque aun os necesito.

—Estoy a las órdenes de vuestra majestad—dijo Espinosa, volviendo a sentarse.

—¿Sabéis quiénes han de componer el tribunal?

—No lo adivino.

—Dos jueces y el fiscal que presente la acusación.

—Me parece bastante.

—Los jueces seréis vos y Ruy Gómez de Silva.

—¡Señor!...

—Y el fiscal el licenciado Muñatones de Briñesca.

—Mucho agradecería a vuestra majestad que me relevase de ese cargo con que me honra.

—¿Por qué?

—Porque si me nuestro indulgente no cumpliré con mi deber, y si severo, dirán que satisfago antiguos rencores.

—Yo creo que cuando sentenciéis a mi hijo sólo os acordaréis de que sois juez.

—Así será; pero el mundo...

—¿No os basta vuestra conciencia?

—No del todo, señor, porque estimo en mucho mi nombre.

—¿Es decir, que os negáis a prestarme vuestra ayuda en esta ocasión?

—Señor...

—Ya sabéis que en pocas personas puedo tener confianza.

—Pocas son; pero las hay.

—¿No queréis arriesgar nada por mí?

—Todo, señor, y para probar a vuestra majestad cuánto es mi deseo en servirlo, acepto el cargo que se digne confiarme, por más que en ello haga un penoso sacrificio.

Estas palabras irritaron de tal modo al paje, que olvidando que el menor movimiento que hiciera podía perderle, extendió un brazo hacia el inquisidor con ademán de amenaza, a tiempo justamente en que el buen cardenal estiraba una pierna, resultando que ambos miembros, se encontraron, chocando algo rudamente.

Espinosa dió un brinco y se puso en pie.

—¡Aquí hay alguien!—exclamó.

—¡Cómo!—dijo el rey, disponiéndose a mirar debajo de la mesa.

Empero el paje, rápido en obrar como su pensar, y comprendiendo su situación, decidióse a salvarse a toda costa, y antes que Felipe II hubiese tenido tiempo de levantar la cuartera de la mesa, cogióla él con ambas manos por el extremo opuesto, colocóla sobre su cabeza, y saliendo rápidamente, a la vez que se envolvía en el negro paño, echó a rodar los candelabros y papeles, dejando a oscuras el salón, y en dos brinco encontróse fuera y huyó como un desesperado hasta que tuvo ocasión de introducirse por una de las puertas secretas que tanto le servían.

Ni la exclamación del cardenal ni el ruido que produjeron al caer los candelabros, hicieron comprender a los ujieres que había a la puerta del sa-

lo lo que en éste ocurría; bien que por otra parte el terror que sintieron al ver abrirse estrepitosamente la puerta y salir aquel negro fantasma, no les dejó ni valor ni tiempo para detenerlo.

En vano corrieron multitud de criados en busca del fugitivo, porque nadie lo encontró, o, mejor dicho, nadie lo conoció, pues el travieso mancebo, después que dejó el paño, fué a mezclarse entre los sirvientes para divertirse en ver cómo andaban desalentados.

—¡Y lo tenía tan cerca y se me ha escapado! exclamó el rey fuera de sí—. ¡Quinientos escudos de oro al que lo coja!

Y al ver a Luis que atravesaba un corredor, gritó:

—¡Tú, pajecillo, que eres ligero y todo lo sabes!

—Dicen que es el diablo, señor, y tengo miedo.

—No es más que un hombre. Si lo encuentras te daré quinientos escudos de oro.

—Voy tras él, señor.

Y haciendo una reverencia, desapareció.

CAPÍTULO LXXXI

Nuevo proyecto del paje

Pensó Luis que mejor que buscarse a sí mismo sería buscar qué comer, y así, sin más detenerse, volvió al cuarto de su señora.

Esperábelo ésta con impaciencia y temerosa de que hubiese sucedido alguna desgracia a su querido paje; así es que al verlo, una exclamación de alegría salió de su boca, y luego, viéndole pálido y triste, le dijo:

—Grande ha sido mi cuidado, Luis. ¿Qué te ha sucedido?

—Nada de particular, señora, sino que no me ha sido posible volver en todo el día ni en lo que va de noche.

—¿Dónde has estado?

—En el alcázar.

—¿Y por qué no has venido?

—Porque no podía moverme del sitio en donde estaba.

—Alguna nueva diablura.

—Dos diabluras, señora, y por cierto que la segunda me puso en grande aprieto.

—¿Qué te ha sucedido?

—Ha pasado todo el día y la noche debajo de una mesa.

—¿Debajo de una mesa!

—Ni más ni menos; la misma que había en el salón donde el Consejo se ha reunido.

—¿Luis!

—Y desde allí he podido enterarme de cuanto se ha tratado, con más de la conversación que después tuvieron el rey y el cardenal.

—Eres muy temerario—repuso la doncella.

—No lo niego, y mi temeridad ha podido costarme muy cara.

—Si te hubiesen descubierto...

—Así ha sucedido.

—¡Cómo!—exclamó Blanca, cuyas mejillas palidieron.

—Tranquilízase, señora, el peligro ya pasó.

—Explícate.

—No hubo más sino que cometí la imprudencia de extender un brazo que tropezó con una pierna del inquisidor.

—¿Y qué hiciste?

—Cuando el rey se disponía a mirar debajo de la mesa, me envolví en el paño que la cubría, cayendo al suelo las luces, y yo salí de la estancia como un fantasma negro, sin dar lugar a que me echasen el guante.

Durante el anterior relato del pajeillo, había palpitado con violencia el corazón de Blanca.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó a la vez que ahalaba un suspiro.

—Todo el alcázar está en conmoción, y el rey ofrece quinientos escudos de oro al que le presente al diablo.

—¡Luis!

—Esto ya pasó, y, por consiguiente, no debemos ocuparnos de ello, cuando otros asuntos más graves nos rodean.

—Todo lo había olvidado ante el peligro que nos corrido.

—Gracias, señora.

—¿Hay alguna esperanza?

—Ninguna.

—Explicáte.

—La información ha principiado y hasta ahora no resultan pruebas sino contra el príncipe, a quien se ha calificado unánimemente de hereje y de reo de alta traición.

—¿Qué va a ser de ese desdichado?

—Aun no sabéis lo peor.

—¿Qué más puede sucederle?

—Se ha convenido en que se forme un tribunal especial para juzgarlo.

—Si al menos estuviese compuesto de hombres que no fuesen enemigos de don Carlos...

—¿Queréis saber quiénes son?

—¿Están nombrados ya?

—Sí.

—Dime sus nombres.

—El cardenal Espinosa y Ruy Gómez de Silva.

—¡Dios mío, sus mayores enemigos!

—Esos lo sentenciarán.

—¡Es horrible!

—Ya veis si debemos tener esperanza.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por de pronto, desesperar al rey, ya que no puedo salvar a su hijo.

—¿Cómo?

—Escribirá ahora mismo a don Carlos poniéndole al corriente de cuanto ocurre, para que dé la noticia a sus servidores. El rey lo sabrá, y de seguro se vuelve loco, pensando cómo ha podido tener tales noticias su hijo cuando nadie entra en su aposento. Ahora sí que no le quedará duda de que el diablo anda en el alcázar.

—¿Tienes medios para hacer que tu escrito llegue a manos del príncipe?

—Casi os puedo asegurar que sí.

—No lo adivino.

—Durante mi encierro debajo de la mesa, he habido intervalos en que el licenciado Ovos escribía y los demás callaban, y esos momentos los he aprovechado en mortificar mi coltre para encontrar modo de conseguir mi deseo.

—Sepamos cuál es tu plan.

—Antes dadme de comer, porque el aliento me falta.

—¿No has tomado ningún alimento?

—Donosa pregunta. Escondido debajo de la mesa y sin poder salir, claro es que no habré comido, a menos que hubiese devorado las pantorrillas de su majestad, que estaban bien cerca de mí, y os juro que lo hubiese hecho a no contenerme el temor de que me descubriesen; tal era el hambre que tenía.

Blanca regaló a su paje con un pastel de perdices y luego dijo:

—Ya te escuchó.

—No sé si sabréis que en el dormitorio del príncipe hay una chimenea.

—Lo sé.

—Como todas, esa chimenea tiene una salida para el humo.

—Comprendo su plan.

—Por dónde el humo sale entrará mi carta.

—Se quemará.

—No la echare si hay fuego.

—Cerrará en manos de Ruy Gómez.

—El príncipe está siempre solo.

—Pero como no está advertido, no recogerá el papel y cuando los criados pongan laja lo verá.

—Yo llamaré la atención de don Carlos.

—¿Cómo?—preguntó la doncella, cuya curiosidad iba en aumento.

—Mi carta bajará pendiente de un cordón, y cuyo extremo ataré también una campanilla sumamente pequeña, cuyo sonido sea suficiente a llegar a oídos del príncipe; pero no a los de sus guardias, que están en la habitación inmediata.

—Ingenioso es tu plan—dijo Blanca, fijando en el paje una mirada de satisfacción.

—¿Os parece bien?

—Mucho! pero temo que la casualidad no te favorezca.

—Nada perderé.

—Mucho cuidado.

—Algo me expongo: pero algo debe arriesgarse en esta empresa.

—¿Cuándo emprenderás su ejecución?

—Esta misma noche quisiera enviarla al papel.

—¿Tienes todo lo necesario?

—Me falta la campanilla.

—Puede suplirse.

—Tenéis razón—interrumpió el paje, dándose una palmada en la frente—. En vez de campanilla pondré una llave, un pedazo de hierro cualquiera para que produzca algún sonido.

—Sí, sí; no pierdas un momento, a ver si de ese modo se logra que el rey desconfíe de Ruy Gómez de Silva.

—Pienso sacar más partido aún.

—No te comprendo.

—Quiero decir, que por donde entren mis cartas tal vez pueda salir el príncipe.

Blanca fijó en el paje una mirada de sorpresa.

—¡Luis!—exclamó.

—No os inquietéis, señora.

—Piensas una locura.

—La locura sería dejar que don Carlos se muriese en su encierro sin intentar sacarlo de él. O soy o no soy su amigo. No es su prisión como la de Montségur, a éste lo dejo ya como cosa perdida, porque el ocuparme en salvarlo sería descuidar nuestra propia salvación; pero el príncipe es diferente, señora.

—¿Pero crees que puede llevarse a cabo semejante proyecto?

—Si el cañón de la chimenea es bastante ancho para que quepa el cuerpo de un hombre, no encuentro mi proyecto tan loco. El capitán Pero León tiene brazos de hierro, y con sus fuerzas y lo poco que se ayuda el príncipe, podrá sacarlo en cuatro tirones.

Blanca reflexionó algunos instantes, y luego dijo:

—No se me ocurre ninguna dificultad, a menos que cualquier accidente imprevisto frustrase el plan.

—¿Lo aprobáis?

—Sí.

—Pues voy a escribir la carta para don Carlos.

Inmediatamente escribió el pajeillo una larga carta dando al príncipe detallado conocimiento de cuanto había sucedido en aquel día, y diciéndole que le contestase para saber que la había recibido.

—Dios me dé acierto—dijo al concluir.

—Mucha prudencia. Luis—repuso Blanca, con acento conmovido.

—Desusidad, señora, que buena es mi intención, y el cielo me protegerá.

—Hasta que vuelvas no me acostaré.

—No hagáis tal.

—Me sería imposible dormir.

—Haced lo que más os plazca—dijo el paje.

Y luego, envolviéndose en su capa, y provisto de una linterna y de un largo cordón a cuyo extremo acó la carta y una llave, salió del aposento.

CAPÍTULO LXXXII

Donde veremos que valía mucho el que espiaba al paje

Muchos personajes habían acudido a palacio aquel día para hacer manifestaciones de dolor y suplicar que se perdonase al príncipe; pero el rey no había recibido a nadie, pues ya sabemos que estaba muy ocupado, y porque quiso evitar la molestia de escuchar lo que debía serle muy enojoso.

En algunos sitios de Madrid, particularmente en las gradas del convento de San Felipe, y en lo que es hoy plazuela de Matute, puntos ambos de re-

ción de los ociosos y murmuradores, eran más numerosos que de costumbre los grupos, y aunque en su baja, se hacían muchos comentarios sobre el gran suceso de la noche anterior; pero las demás calles parecían más solitarias y ni una sola persona se atrevió a dar muestras de contento, yendo a parar a la pradera del Manzanares.

El rey sufría, o debía sufrir, y era preciso que sus vasallos sufriesen también.

En particular, las personas de elevada clase dejaban ver en sus rostros la preocupación o la tristeza.

Había algo de sombrío, apenador e inexplicable en el aspecto de la población, y aun sin saber lo que pasaba, el menos observador hubiese dicho:

—Algo muy grave sucede.

Como otros muchos, el comendador Maldonado había ido al alcázar, donde permaneció hasta la una, y convencido de que ya le sería imposible ver al rey, volvió a su morada, comió y se entregó a reflexiones muy desagradables sobre la situación.

Siempre temía que se descubriese la verdad en cuanto a la suerte del marqués de Poza, descubrimiento doblemente peligroso, después de haberse apoderado de los papeles del príncipe y de haber apodado a éste. Si ningunas consideraciones se guardaban al heredero del trono, ¿qué había de suceder cuando se tratase de cualquiera otra persona por respetable que fuese?

Así discurría el comendador, cuando se presentó uno de sus criados para decirle que deseaba hablarle el señor Antón.

Era éste el espía, y también el curandero de que había el importuno amigo que detuvo al paje, siendo cause de que llegara tarde para salvar a don Carlos.

—Que entre—dijo Maldonado.

Presentóse el llamado Antón, que representaba treinta años, y era de regular estatura, rostro aguilfo y mirada penetrante y muy expresiva.

Por su ropaje se conocía que en la servidumbre real representaba uno de los últimos papeles.

Su inteligencia debía ser bastante clara, y sus delgados labios parecían revelar la astucia.

Estaba pálido, ojoso y de muy mal humor, pues así lo indicaban las arrugas que se veían en su entrecejo y algo de sombrero que se advertía en su mirada.

—Mucho me alegro que hayáis venido—le dijo el comendador.

—Me honráis, caballero.

—Supongo que me traeréis alguna noticia de interés.

—Sí, de mucho interés, aunque muy desagradable, si bien me consuela que haré mi fortuna, y que así se cumplirá el adagio de que no hay mal que por bien no venga.

—No había fijado la atención en vuestro semblante, pero ahora...

—En vuestra presencia no me tomo el trabajo de disimular.

—Sentados, buen Antón, y explicaos con cuanta claridad os sea posible, pues empiezo a ponerme en cuidado. ¿Qué desgracia os ha sucedido?

—Por milagro quedé anoche con vida, y de pensar que un niño se ha burlado de mí...

—Empiezo a comprender; el travieso paje de doña Blanca...

—Sí.

—Ya os advertí que no es tan niño como parece, y que si sus años son pocos, su astucia es mucha. Yo también estaba equivocado; pero tuve ocasión de conocerlo, y por algo os encargué que espíaseis.

—He cumplido vuestras órdenes con exactitud.

—Tengo sobradas pruebas de vuestra lealtad.

—Anoche salió de su aposento poco después de las diez.

—¿A dónde se dirigía?

—Hacia las habitaciones que ocupa su majestad.

—Supongo que lo seguiríais...

—Sí; pero nada conseguí, porque en un pasillo desapareció.

—Eso no se comprende.

—No puedo deciros más, señor comendador, y

si yo fuese supersticioso, creería que ese niño tiene pacto con Satanás.

—¿Y por qué?—preguntó Maldonado, que cada vez escuchaba con más atención.

—Porque el paje desapareció en aquel pasillo como desaparece un fantasma, de tal manera, que yo juraría que se filtró por la pared.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Corrí, y como no había más que una puerta, no pude equivocarme, pues era imposible que por otro lado se hubiese ido; pero nada conseguí.

—Se extraña—dijo el comendador, cuya frente empezó a contraerse—. Proseguid y no olvidéis ningún detalle.

—Quise convencerme de que no me había equivocado, me coloqué en un rincón, fijé la mirada en la puerta y esperé.

—Entre tanto, el paje volvería por otro camino a su aposento.

—No.

—Lo veríais aparecer en aquella puerta...

—Tampoco.

—¿Tenéis la seguridad de que no estabais confundido?...

—Sorprendido no más, y admirado.

—Decís que el paje volvió...

—Apareció en el pasillo después de las once, y no salió por la única puerta que hay.

—¿Pues por dónde?

—¡Vive el cielo!—exclamó Antón, sin poder dominarse y en tanto que sus ojos brillaban con el fuego de la ira—. ¿Acaso yo lo sé? Apareció como aparecen los fantasmas, corrí como quien necesita aprovechar el tiempo, y pronuncié algunas palabras que no pude entender. Cerca de mí pasó, y, sin duda, iba tan preocupado o tan ciego por la ira, que no me vió.

—Si yo no os conociese bien, diría que intentabais burlaros de mí.

—Después he sabido que precisamente en aquellos momentos el rey mandaba que se avisase a los soldados que habían de acompañarle para prender al príncipe, y de esto se deduce...

—La deducción es muy grave.

—¡Oh!... Tengo segura la venganza, y ese niño pagará muy cara su osadía.

—No os dejéis arrebatár, Antón, que el asunto es demasiado serio para adoptar ninguna resolución con ligereza.

—Por respeto a vuestra persona, nada he querido hacer sin vuestra licencia.

—Proseguid—dijo el comendador, que parecía tan preocupado como disgustado.

—El paje volvió a su aposento.

—¿Eso es todo?

—Por desgracia, no.

—Sepamos.

—Me olvidaba de un detalle: el paje se había puesto botas de montar y espuelas.

—¿Espuelas!

—Y espada, y colete de ante... Me parece que no es un desatino suponer que pensaba salir del alcázar, montar a caballo y emprender un viaje.

—Todo es posible.

—Las botas, las espuelas...

—No olvidéis que las apariencias engañan.

—Esperé con una paciencia que nunca he tenido, y como media hora después salió el paje.

—Y otra vez lo seguísteis.

—Torpemente o con mala fortuna, porque me vió, disimuló, fué y vino, dió vueltas y revueltas, metióse por un pasillo, subió por una escalerilla que conozco muy bien y donde no había luz; yo también empecé a subir y...

Interrumpióse Antón.

Enrojeció su rostro como si fuese a brotar la sangre.

Dos centellas se escaparon de sus ojos.

—Gran ofensa ha debido haceros el paje.

—¡Oh!... Mi cuerpo os lo dirá, que está lleno de cardenales.

—Pero...

—El paje me hizo rodar y huyó.

—Siento que la burla haya sido tan pesada, y sobre todo por zerrirme.

—Es mi obligación; pero una vez que la he cumplido...

—Esperad.

—¿Me permitiréis algunas observaciones?

—Nada más justo.

—El paje intriga.

—Así parece.

—Anoche se preparaba un suceso muy grave, y ese niño no descansaba. ¿Qué se proponía? No lo sé; pero de seguro que no quería favorecer al rey, pues se ocultaba. ¿Y a dónde pensaba ir?

—Cuidado, buen Antón, que en el camino de las exposiciones es el del extravío...

—Señor comendador, lo diré de una vez y con toda claridad, porque ya no tengo duda, estoy convencido; ese intrigante misterioso a quien todos llaman el diablo, no es otro que el paje.

—¡Antón!...

—Lo que hizo anoche nadie puede hacerlo más que el diablo.

—Imposible.

—Lo que acabo de deciros se lo diré también al rey.

—No—interrumpió severamente Maldonado.

—Es mi venganza.

—No os vengaréis.

Antón quedó inmóvil y fijó en el caballero una mirada de estupor.

Ambos permanecieron silenciosos por algunos minutos.

Inclinó Maldonado la cabeza sobre el pecho y meditó, principiando por preguntarse si efectivamente Luis era el diablo de palacio.

En caso afirmativo, debía suponerse que Blanca era la mujer amada por el marqués de Poza.

Uno por uno empezó a recordar el comendador todos los detalles que el astuto Antón había observado, y además la conducta anterior e inexplicable del travieso niño desde que fué a pedirle una prenda del marqués.

¿Era todo esto bastante para juzgar?

Opinaba Maldonado que no.

Necesitaba más pruebas, porque si engañado por

las apariencias daba un paso en falso, las consecuencias serían horribles.

Posible era que el paje la noche anterior se ocupase de alguna intriga de amores de su señora, sin que pensase siquiera en don Carlos; y si se preparaba para salir de palacio y emprender un viaje, tal vez era con el fin de llevar algún recado o carta a un galán que se encontrase fuera de Madrid.

Así discurría el comendador, y se esforzaba para encontrar razones que probasen que Antón se había equivocado.

No pensaba el noble caballero que se alejaba del punto a donde quería ir, que hacía todo lo contrario de lo que le convenía, y que él mismo levantaba obstáculos que hacían imposible la realización de sus generosas aspiraciones.

La prudencia, la previsión, la cautela y la calma, tan convenientes en otras ocasiones, eran en aquellos momentos el mayor de los males.

—No—dijo, al fin, Maldonado—, no lo creo, no debo creerlo sin tener pruebas que no dejen lugar a dudas.

—Está bien, pero dejadme en libertad.

—Os diré lo que ignoráis, y así apreciaréis la situación y comprenderéis el por qué os prohibo el vengaros.

—Escucho.

—La suerte de ese niño me inspira mucho interés.

—Yo había creído lo contrario.

—Es una criatura de noble corazón, de gran inteligencia.

—Os advierto que yo nunca hubiera pensado en hacerle mal; pero desde anoche, que hirió mi amor propio con la burla y magulló mi cuerpo haciéndome roder por la escalera, he sentido la necesidad de castigarlo, de hacerle comprender hasta qué punto es peligroso ofender a un hombre como yo.

—Se defendió, y nada más, y si sois justo, comprenderéis que estaba en su derecho, porque la provocación fué vuestra, vuestro el abuso.

... —Ciertamente; sin embargo...

—Seguid escuchándome.

—Es mi deber.

—Tengo que cumplir la promesa que hice a un moribundo.

—Es un deber sagrado.

—La persona a quien me refiero es el marqués de Pozo.

—¡Oh!

—Ya sabéis.

—Nadie ignora que murió porque el rey lo dispuso así.

—Si secreto es, pues, de mucha importancia.

—Y peligroso.

—Para cumplir mi promesa, necesito averiguar quién era la mujer amada por el marqués de Pozo.

—Empiezo a comprender.

—Tengo motivos para creer que el paje sabe quién es esa mujer y he ahí por qué os he encargado que lo exploréis. En cuanto a lo demás, ¿qué me importan las intrigas que se refieren a don Carlos? ¿Qué me importa esa lucha que sostienen los ambiciosos? ¿Por qué he de hacer mal a ese niño que ningún mal me ha hecho? Si favorece al príncipe, como supongo, peor para él, porque ha de sufrir un desengaño.

Antón desplegó una sonrisa.

—¡Ah!—exclamó—. Si así me hubieseis hablado antes...

—Pues ya lo sabéis todo.

—Señor comendador, perdonadme si os digo que la misma gravedad del asunto os ha ofuscado.

—Tal vez.

—¿Queréis saber quién es la mujer amada por el de Pozo?

—¿Acaso vos podéis decirlo?

—Sí.

—Hablad y si no os equivocáis, considerad hecha vuestra fortuna.

—Pues bien: esa mujer es doña Blanca...

—La prueba, la prueba—dijo afanosamente el comendador.

—¡Pruebas me pedís!...

—Las necesito.

—¿A quién sirve el paje?

—Pero...

—¿Por qué favorece al príncipe? ¿Os habéis olvidado de que el marqués era uno de los amigos y partidarios más ardientes y leales de don Carlos?

—No, no lo olvido.

—¿A quién debió el rey dar la orden para que se asesinase al marqués?

—Lo ignoro.

—Debió ser a don Ruy Gómez de Silva.

—Es su favorito, su confidente...

—Y ese a quien llaman el diablo se complace en atormentar ante todo a don Ruy y a doña Ana...

—No sé, no sé—interrumpió Maldonado, cuyo aturdimiento acrecentaba por instantes.

Y llevó las manos a su cabeza y se oprimió las sienes.

—Suposiciones y deducciones—dijo después de algunos momentos—, no más que suposiciones...

—Lo que se vé, lo que se toca.

—Pruebas, pruebas.

—Señor comendador...

—¿Y si las apariencias me engañan? Sólo Dios sabe las consecuencias de un paso en falso, consecuencias horribles, espantosas.

—La prueba que tanto deseáis, podéis tenerla.

—¿Cómo?

—Decidle a doña Blanca lo que a mí me habéis dicho, porque al fin no es un crimen que el marqués de Posa os hiciere un encargo, y si ella es la que buscáis, os lo confesará, no lo dudéis.

—¿Y si no es y dice que sí para conocer mi secreto?

—Me parece que tan ruin traición no puede cometerla una persona como doña Blanca.

Como vamos viendo, Antón daba pruebas de ser muy astuto, y discurría con admirable acierto; pero nada conseguía, porque tenía que luchar con el terror que a Maldonado le intundía la sola idea de que se descubriese el secreto de la suerte del marqués.

—Reflexionaré, y si me decido...

—No os arrepentiréis.

—Entre tanto...

—Observaré, averiguaré con más acierto que antes, porque ahora conozco bien la situación...

—Por supuesto, no penséis en vengaros...

—Perdono al paje.

—Después que lo vieseis en un calabozo, os sirviera de haberle hecho mal, y a mi me desagrada la mucho veces convertido en delator...

—Ya he dicho que lo perdono.

—Sois un hombre honrado.

—Antón se puso en pie.

—¿Volvéis ahora al alcázar?—le preguntó Maldonado.

—Sí.

—Pues que Dios os proteja.

—No os olvidéis de mi consejo.

—Repito que meditaré.

El hombre astuto salió.

No le quedaba duda de que Luis era el diablo, y Blanca la mujer amada por el marqués de Poza.

El comendador vacilaba, tenía miedo de convenir y dar un paso en falso.

Por espacio de una hora reflexionó.

—Mañana—dijo al fin—, iré a visitar a doña Blanca, y si es ella, no podrá resistir, me lo dirá y podré hacerla feliz.

Lo dejaremos para volver al alcázar y ver cómo el paje ponía en práctica su atrevido plan.

CAPÍTULO LXXXIII

De cómo el paje conocía lo mismo el exterior que el interior del alcázar

La noche estaba en extremo oscura.

No brillaba en el cielo una sola estrella, y a la distancia de diez pasos hubiera sido imposible distinguir ningún objeto.

Había llovido aquel día y helado aquella noche,

Un silencio profundo reinaba en el alcázar, ninguna persona atravesaba sus largos pasillos donde ya no se veía una sola luz.

El pajeillo anduvo largo rato dejando atrás galerías y habitaciones solitarias. Apenas se percibía el ruido de sus pasos, y la débil luz de su linterna parecía caminar a solas.

Entregado a profundas meditaciones, llegó a un apartado corredor, a cuyo extremo había una escalera estrecha y muy pendiente. Subióla con paso firme, y al final encontró una puertecita que cedió al primer empuje.

Nuestro héroe se encontró en la plataforma de uno de los elevados torreones del alcázar.

Ya hemos dicho que la noche estaba en extremo oscura. No brillaba una estrella, y el horizonte parecía poderse tocar con solo extender el brazo.

Inútilmente intentó Luis examinar los sitios que le rodeaban: su mirada penetrante no pudo descubrir ni aun una sombra inferna.

—Esta obscuridad debería causarme miedo—murmuró.

Y colocando la linterna en el suelo, puso sobre ella la capa.

—Con la lluvia de esta mañana—añadió—y la helada de esta noche, estarán las pisarras resbaladizas como planchas de acero bruñido. Poco tengo que andar sobre ellas, pero bien puede suceder, que caiga el primer paso; será prudente ir descalzo.

Descalzóse, en efecto, y mientras el frío le hacía temblar, hizo la señal de la cruz y santiguóse devotamente.

—No ha pensado doña Blanca—dijo—, en el peligro que corro. Caminando por esta superficie resbaladiza, sin luz que me permita ver donde piso, es lo más fácil, lo más probable rodar desde tan inmensa elevación al suelo, a donde llegaría sin vida. Si he de hacerlo, no debo pensarlo.

Y luego descolgóse desde el borde del muro del torreón a la madra techumbre.

Cualquier hombre se hubiera llenado de terror al verse solo en medio de aquella silenciosa oscuridad, con la vida pendiente de una pisada insegura.

y amenazado además de mil peligros ;pero aquella criatura no sintió el miedo, su corazón palpitaba con la mayor regularidad, y no pensaba en otra cosa que en asegurar sus pies y en salvar al príncipe.

Cinco veces perdió el equilibrio su cuerpo, porque no pudieron asegurarse sus pies sobre aquel plano inclinado, de pulida superficie y cubierto de hielo; pero su serenidad lo salvó siempre de caer en el abismo que tenía a sus plantas.

Su mirada intentó descubrir un objeto, pero no pudo. Adelantó algunos pasos más, siempre con gran cuidado, y entonces le pareció percibir una sombra.

—¿Voy bien?—murmuró.

Y continuó su peligroso camino.

—Aquí es donde quisiera verte, capitán—añadió—: aquí donde no valen la lanza ni los puños.

Adelantó, y entonces pudo ver con más facilidad el objeto que buscaba.

—Dos o tres pasos más, y basta.

Dólos y su mano se puso al fin sobre el cañón de la chumenea.

—He tenido buen acierto—dijo.

Y examinó el hueco que daba paso al humo.

—Bien cabe por aquí un hombre. Ahora no hay fuego, pero se distingue allá abajo claridad. Es muy raro... ¿estará acostado?... Sea como quiera, ya es preciso concluir este asunto. ¡Dios me proteja!

Luego introdujo la cuerda en el interior del ancho tubo, y poco a poco hizo bajar el papel y la este hasta que advirtió que la cuerda perdía su tensión.

—Ha llegado—dijo.

Y subiendo y bajando la mano dos o tres veces para que la llave chocara contra el suelo, esperó.

No se hizo aguardar mucho tiempo la respuesta.

Sintió el paje que tiraban del cordón y que después de algunos momentos volvió a aflojarse. Entonces se estremeció. La duda de quién habría tomado el papel le hizo temblar más que el peligro que hasta entonces había corrido, porque si Ruy Gómez había sorprendido la carta, ya no había salvación para don Carlos.

—Alguien ha cogido la carta—dijo—. ¿Será el

príncipe?... Mañana lo sabré. Ahora huyamos de aquí, porque si la suerte no nos ha favorecido, será muy fácil que nos sorprendan antes de darne tiempo para huir.

Volvió a subir la cuerda, de cuyo extremo inferior había desaparecido el papel y la llave; con las mismas precauciones que antes, volvió a emprender su peligroso camino hasta encontrarse nuevamente en el torreón.

—¡Oh!—dijo—, no pense salir con tanta felicidad de mi empresa. No hay que perder un instante.

Luego tomó la cepa y la linterna, y con los borcigües bajo el brazo, para no detenerse en calzarse, descendió rápidamente la escalera, y por el mismo camino que antes había andado, llegó a su aposento.

Blanca lo esperaba llena de angustioso afán; al verlo, un grito de alegría se escapó de los labios de la hermosa doncella.

—Aquí me tenías sano y salvo—dijo el pejecilla.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Blanca, abrazando al travieso niño.

—Creo que todo ha salido a medida de nuestro deseo.

—¿Es decir?...—

—Que el papel llegó a su destino; una mano lo cogió y quedóse también con la llave, quizás presumiendo que con algún fin se enviaba: me parece que ha sido el príncipe quien tomó el cordón; mañana lo sabremos.

—¿No has encontrado a nadie en el camino?

—A nadie. Tengo la seguridad de que no me han visto.

—¿Y te parece que podrás salvar al príncipe sacándolo por la chimenea?

—A lo menos cabe por allí muy holgadamente una persona.

—Dios te protegerá.

—Así lo espero, señora.

Blanca estampó un beso fraternal en la frente del paje.

CAPITULO LXXXIV

Cómo Maldonado puso en práctica el consejo de Antón

A las diez de la mañana siguiente el comendador estaba en palacio y se dirigía a la habitación de doña Blanca.

La hora no era intempestiva, pues en aquella época madrugaban hasta los más encopetados nobles.

El paje acababa de salir para averiguar si el príncipe había seguido con exactitud sus consejos, y por consiguiente su presencia no molestó a Maldonado.

Fue recibido éste por la doncella, en cuyo rostro pálido se veían las señales inequívocas del llanto y del insomnio.

La infeliz oyó sorprendida el anuncio de aquella visita; pero después de reflexionar algunos momentos, recordó todo lo que había sucedido los días anteriores, y que Luis le había referido.

Para Blanca, lo mismo que para su paje, el comendador estaba metido en intrigas de gran importancia, pues así parecía probarte el viaje del barón y aquella silla de manos ocupada por una persona misteriosa.

Si se trataba de un secreto de Estado, no había duda, en opinión de la noble doncella, que Maldonado trabajaba en favor del rey, y por consiguiente, contra el príncipe.

—Debo de estar muy prevenida — dijo para sí Blanca, después que dispuso que entrase el comendador.

Y dió a su semblante una expresión de fría indiferencia, como convenía a quien adopta la resolución de mostrarse reservado hasta el último grado de la reserva.

Mal principio era éste para que se llegara al fin deseado,

Desconfiaba el comendador, porque era mucho lo que arriesgaba, y desconfiaba la doncella, porque jugaba la suerte y aun la vida de Luis.

Si el peligro no hubiera sido más que para ella no habría vacilado para declarar que amaba al marqués, pues se enorgullecía con sus sentimientos de ternura; pero semejante confesión daría lugar a deducciones como las que ya hemos visto hacer a Antón con tanto acierto.

El comendador había meditado; tenía, pues, una ventaja.

La doncella no había podido reflexionar sobre lo que ni siquiera sospechaba.

Una ligereza, una torpeza, una indiscreción, hubiera sido su felicidad, y precisamente su primer cuidado era el de no pronunciar una sola palabra con ligereza.

El comendador quería dar la dicha a Blanca y pensaba hacer todo lo contrario de lo que era necesario para conseguirlo.

Muchas dificultades presentaba la conversación que iban a entablar. De cómo se principiase dependía tal vez el resultado.

Después de cruzar algunas frases corteses, el comendador dijo:

—Mi visita debe sorprenderos.

—¿Y por qué?—replicó la doncella sencillamente.

—Como no tengo la costumbre de visitaros...

—Pero somos antiguos y buenos amigos.

—Vuestra amistad me honra.

—Gracias, comendador.

—Me han dicho que no gozáis de completa salud, y por consiguiente «mi visita es doblemente impropia».

—No tiene importancia mi dolencia, porque no es más que efecto de la fatiga de las veladas, de lo que sufro al ver enferma a su majestad la reina, a quien amo como a una madre.

—Y, no es posible que ocultéis vuestro sufrimiento, porque está pintado en vuestro rostro.

Hízose más densa la palidez de las mejillas de doña Blanca.

Empezó a temer que se adivinara la verdad:

—Sí—respondió—, debe conocerse en mi rostro...

—Perdonadme, pues, la molestia, en gracia de mi buena intención.

—Perdonado estáis, caballero.

—Tengo que pedir os un favor...

—¡A mí!...

—Y de mucha importancia.

—¿Está en mi mano complacer os?

—Creo que sí.

—Entonces habéis hecho muy bien en venir.

—Sois la suma bondad.

—Cumpla mi deber.

—Yo hago lo mismo en este momento.

—Os escucho ya.

—Supongo que vuestro paje, a quien dicho sea de paso, profeso gran estimación, porque la merece, no tendrá para vos secretos.

—Así lo he creído.

—Debe haberos hablado de dos conferencias que ha tenido conmigo...

—¡Con vos mi paje!—Interrumpió Blanca, con acento de profunda sorpresa.

—Eso he dicho.

—¡Conferencias ese pobre niño, que nada representa en el mundo, con un personaje como vos!

—¿Qué os admira?

—Nada me admiraría, si me dijerais que habíais tenido la bondad de hablar con Luis, de escuchar sus agudezas o de tolerarle sus bromas, que a veces son pesadas; pero de eso a una conferencia, hay muchísima distancia.

—Es decir que ignoráis...

—Sí—respondió Blanca, sin vacilar.

Y fijó su mirada profunda y melancólica en el comendador, arrojando la estudiadora de éste.

—Lo siento mucho, muchísimo—murmuró Maldonado, haciendo un gesto de disgusto.

—¿Puedo saber por qué os disgustáis de lo que sólo a mí debiera ofenderme?

—Lo sabréis, sí, porque quiero deciros la verdad.

—Os advierto que no soy curioso.

—Señora, esta conversación tiene más importancia de la que os figuráis. Os dije que se trataba de

hacerme un favor, y ahora añadiré que de vuestra franqueza y de mi acierto depende quizás la suerte de una criatura muy desgraciada.

—Explicaos, caballero.

—La verdad pura saldrá de mis labios.

—Vos no podéis mentir.

—Y gravísima ofensa sería siquiera suponer que vos podéis fingir.

—Hacéis justicia a mi nobleza y os lo agradezco.

—No debéis ignorar, porque todo el mundo lo sabe, que en mi casa se depositó el cadáver del marqués de Poza, asesinado no se sabe por quién.

Esprémeciósse Blanca.

Latió violentamente su corazón.

Por algunos momentos huyó la luz de sus ojos y no pudo respirar.

Tuvo la infeliz que hacer sobrehumanos esfuerzos para sostenerse, y sobre todo para disimular, en cuanto el disimulo era posible en aquellos instantes.

—Triste es el recuerdo—balbuceó.

—El marqués era uno de mis mejores amigos.

—No quiso Dios que llegaseis a tiempo para salvarlo...

—Tampoco, según he podido entender, llegó a tiempo otra persona, que corríó para advertirle que se trataba de asesinarlo.

—¿Otra persona?

—Una mujer.

Blanca se creyo descubierta.

¿Qué debía responder?

Dudó, esforzose más y más, y dijo al fin:

—He ahí un secreto que nadie conocia.

—Así como tampoco nadie sabe que, si no llegué a tiempo para salvar al marqués, sí pude escuchar las últimas palabras que pronunció, y... señora—añadió Maldonado, cambiando de tono—, a vuestro honor confío este secreto...

—Y yo os juro que le guardare—dijo Blanca, cuya agitación crecía por instantes—. Proseguid, caballero. Escuchasteis las últimas palabras del marqués... ¡Ah! ...Todo eso es muy interesante...

—Me hizo un encargo, que quiero cumplir.

—¿Y yo?...

—Podéis ayudarme, haciendo así una buena obra en cometer ninguna deslealtad, pues aunque el dicho, como se dice, fuese partidario de los flamencos, ya no existe...

—Contad conmigo.

—Gracias, señora.

—Puesto que tanta confianza os inspiró...

—Ciega.

—Repetid las palabras del marqués.

—Antes me permitiréis que me ocupe de vuestro paje.

—Pero...

—Sería imposible que nos entendiésemos de otro modo.

—Es extraño cuanto decís...

—Mucho.

—Explicaos como mejor os parezca.

—Una noche vuestro paje se presentó en mi casa, y después de un exordio muy hábil, me dijo que iba en nombre del príncipe don Carlos.

—Tal vez no menta, porque el príncipe lo trataba con tanto cariño como el rey, como todos...

—Sin embargo, tan extraño como a vos os parece lo que digo, me pareció que don Carlos, a quien diariamente yo veía, no me dijese una sola palabra sobre el asunto que parecía interesarle tanto, y más extraño aún que eligiese para mensajero a un niño, por más que el niño no lo sea más que en la apariencia, según he podido luego ver.

—¿Y qué deseaba el príncipe?—preguntó la doncella, desatendiéndose de las últimas observaciones del comendador.

—Me pedía una prenda cualquiera de las que sobre su persona llevaba el marqués al morir.

—Un recuerdo cariñoso... No me sorprende, porque don Carlos amaba muy de veras al marqués.

—La petición era justa; pero tuve que responder con una negativa, porque no conservaba del de Pozo más que una sola prenda, un relicario, y me parecía bien darlo con preferencia a la mujer a quien amaba.

—A la mujer... amada por el de Pozo...

—Con delirio.

—¡Amada con delirio!—replió Blanca, con acento indefinible.

—No lo dudéis.

—¡Ah!...

—¿Acaso lo ignorabais?

—Caballero, incurris en muchas contradicciones.

—Eso r.o.

—Si creáis que yo conocía ese secreto, ¿en qué consiste la ciega confianza que os inspiró, ni con qué derecho me exigis que lo guarde?

—Es verdad: perdonad mi torpeza. Este asunto me ha hecho cavar tanto, que he concluido por aturdirme.

—Continuad, y decidme si habéis cumplido vuestro deber entregando el relicario a la mujer amada por el noble Posa.

—Lo ha estorbado vuestro paje.

—Eso es incomprensible, porque Luis, tan bueno como es...

—Escuchadme y comprenderéis.

—Sí, sí.

—Pasaron días, y una mañana, cuando apenas se había dejado ver el sol, mi hermano emprendió su viaje para volver a su retiro, y con mi hermano otra persona que nada tiene que ver en este asunto y que iba en una silla de manos.

—Callad su nombre, porque ya os he dicho que no soy curiosa.

—Vuestro paje, no sé por qué razón, nos espantaba; quiso averiguar quién iba en la silla, tuve que decirle que se trataba de un secreto de Estado, y me amenazó con hacerlo público.

—¡Oh!...

—Le supliqué que callase; pero a cambio de su silencio me exigió el relicario.

—¿Y se lo disteis?

—Sí, aunque de muy mala gana.

—Os colocó en una alternativa bien comprometida para satisfacer los deseos del príncipe.

—No, porque, con más o menos claridad, dijo que aquella prenda no era para don Carlos.

—Ahora no lo entiendo.

—¿Qué debo deducir de la conducta de vuestro paje?

—Yo nada deduzco.

—Indudablemente conoce a la mujer amada por el de Poza.

—Pues yo lo dudo, porque si Luis la conociese, yo también la conocería—replicó la doncella, que desconfiaba más del comendador cuanto más empeño mostraba este por penetrar el misterio de los amores del marqués.

—¿Por qué vuestro paje me espaba?

—No lo hacía para cumplir mis órdenes.

—¿Por qué me ha exigido el relicario?

—Lo ignora.

—Pero no es posible que ignoréis que representa un gran papel en cierta clase de intrigas.

—Os equivocáis.

—Doña Blanca, no olvidéis que me habéis prometido ser franca.

—Y cumplo mi promesa.

—Entonces, si a bien lo tenéis, decidme por qué vuestro paje llevaba anoche botas de montar y espuelas, espada y colete de ante, y por qué desapareció como un fantasma en cierto pasillo...

—¿Caballero!...

—Y por qué — repuso imprudentemente el comendador — tenía tanto interés en ocultarse, que para evitar que le siguiese un importuno curioso, se rasiló en hacerle rodar por una escalera, aun a trueque de hacerle pagar con la vida su curiosidad.

No fué menester más para que Blanca mirase al comendador como a su más terrible enemigo.

Contrájose la frente de la doncella.

Su mirada se tornó sombría.

—Caballero—dijo la infeliz con severidad—, ya que habéis sido franco hasta el punto de confesar vuestra culpa, sed ahora justo y pronunciad vuestra sentencia, siquiera calificad vuestro proceder.

Comprendió Maldonado que había cometido una torpeza: pero ya era tarde para remediarla.

—Señora—balbuceó—, pensad...

—A un niño puede perdonársele la curiosidad, y no merece duro castigo Luis si se puso a observar

frente a vuestra casa; pero un hombre como vos, grave, juicioso, noble y que sabe hasta qué punto es respetable el sagrado de la vida privada...

—¡Oh!... Me tratáis con demasiada dureza.

—No merecéis menos.

—Seis injusto, y, sobre todo, partís de un error.

—Me atengo a lo que acabáis de decir.

—Yo no era el espía.

—Pero si habéis mandado espías...

—Tampoco—dijo Maldonado, por cuya frente corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¿Fues cómo sabéis el suceso con todos sus detalles?

—Me lo han contado.

—A Luis le convenía callar y a nadie lo habrá dicho, y en cuanto al miserable espía, también por su conveniencia habrá guardado el secreto para todo el mundo, menos para quien le pague por cometer abuso tan ruin.

No tenía réplica el razonamiento de Blanca.

Sintióse el conde profundamente turbado.

—Señora—dijo—, no me está permitido dar explicaciones sobre este punto; pero si os suplicare que para apreciar mi lealtad tengáis presente mi franqueza de hoy.

—Es verdad que Luis se preparó anoche para emprender un viaje, cumpliendo órdenes reservadas mías que nada tenían que ver con las intrigas de los cortesanos, ni a nadie interesaban más que a mí, a mi corazón... ¿Qué deducís de eso, caballero?

—Nada, señora, nada.

—No salió al fin del alcázar, porque supo que el rey había dispuesto que a nadie se dejara salir.

—Me doy por convencido, y espero que seáis generosa...

—Y yo espero que vos seáis reservado.

—Os lo juro por mi honor.

—Quedo tranquila.

—Permitidme ahora volver al asunto principal.

—Podéis hacerlo.

—Ya os he dicho que el marqués de Foza amaba y era correspondido, y no puedo equivocarme, puesto que él mismo me dió a conocer este secreto.

—¿Y no os dijo quién era el objeto de su pasión?

—No pudo, porque iba a pronunciar su nombre, le faltaron las fuerzas, y... expiró.

—Es una gran desgracia.

—Ante todo se cuidó de hacerme un encargo, que no puedo cumplir sin saber quién es esa mujer, y es de tanta importancia el asunto, que de él depende su porvenir, su vida quizá.

Lo primero que pensó Blanca fué que se le tenía un lazo.

—¿Y bien?—dijo.

—Para encontrar a esa mujer, os pido ayuda. Vos sois buena, generosa, y tratándose de hacer un beneficio...

—Difícil es la empresa.

—Sin embargo...

—Os ayudaré, aunque sin esperanza de conseguir lo que deseáis.

—Haremos cuanto nos sea posible, y nuestra conciencia quedará tranquila.

—¿Y por qué acudís a mí con preferencia a otra persona?

—Priméramente, porque conozco la nobleza de vuestro corazón.

—Gracias.

—Además, porque desde el momento que vi que vuestro hijo mostraba tanto empeño en tener una prenda del marqués de Poza, creí saber quién era la mujer en cuestión, y, sabiéndolo él, vos debíais conocerla.

—Está perfectamente explicado.

—Me felicito por haber dicho algo que os parezca bien.

—Puesto que to se trata más que de cumplir un deber sagrado, sin hacer mal a nadie, no veo razón para guardar el secreto.

—Señora...

—Aunque hubierais sido el mayor enemigo del marqués, tendrías la obligación de cumplir el encargo que os hizo en los últimos instantes de su agonía.

—Preciso es que todo lo sepáis y que yo os dé la última prueba de la confianza que me inspiráis.

—Así nos entenderemos mejor—dijo Blanca, para quien tenía el más vivo interés cuanto a su amante se refería.

—Aquella noche inolvidable llegué junto a Santa María con mi hermano y el doctor Pedroso, encontrando al marqués y a su criado, vivos aún, si bien agonizando. Según lo que pude deducir de algunas palabras del de Poza, antes había estado allí una mujer, su amada, que tal vez lo dejó, creyéndole sin vida.

—Sí, sí—dijo involuntariamente la condesa.

Y se oprimió fuertemente el pecho y miró más afanosamente al comendador.

Si este no estuviese tan turbado, habría comprendido que Blanca era la mujer a quien buscaba.

—El marqués hizo un esfuerzo y me habló.

—¿Qué os dijo?

—Sus palabras son un secreto que no puedo revelar sino a la mujer desconocida.

—¡Ah!...

—Llegó a nuestros oídos ruido de pasos, nos alejamos, nos ocultamos tras una esquina, y vimos que llegaba una ronda. A los pocos minutos, nos presentamos otra vez como si llegásemos por casualidad, y fingimos sorpresa.

—¿Y el marqués?

—Ya había muerto, según declaró el doctor Pedroso.

—¡Negra fatalidad!

—Ofrecí mi casa, y... nada más.

—De manera...

—Que ya no puedo decir a nadie que vi al de Poza antes de que dejase de existir, porque me comprometería, se me preguntaría el por qué no había dicho desde luego la verdad, y sobre este punto no puedo dar explicaciones, porque...

—Es un secreto de Estado.

—Sí.

—Comprendo.

—Decidme ahora que no soy franco, poned en duda mi buena fe.

—No.

—Me tranquilizo.

Bianca guardó silencio.

Reflexionó.

Recordó todo lo que Maldonado había dicho, y volvió a creer que se le tendía un lazo.

Ya no podía dudar de que el espía estaba pagado por el comendador.

—¿Debemos fiar en la persona que nos espía?

No.

En opinión de la doncella, el comendador se proponía, como término de su plan, saber quién era el águila de palacio.

La joven se hubiera dejado matar antes que pronunciar una palabra que diera ocasión al descubrimiento de la verdad sobre este punto.

—Muy bien—dijo después de algunos minutos—, he meditado y empiezo a tener esperanza de conseguir lo que deseáis.

—Haréis el mayor de los beneficios, creedlo.

La conversación había terminado.

Como siempre, la negra fatalidad había querido que quedara oculto el secreto de la vida del marqués.

Bianca, que tan cerca tenía la dicha, debía continuar sufriendo.

No quedó completamente convencido Maldonado; pero tuvo miedo de acabar de decir la verdad.

Ambos desconfiaban, y así era imposible que se entendiesen.

Aquella conversación había sido para la doncella un golpe y un martirio a la vez.

El comendador se puso en pie.

—Desde hoy—dijo—nuestra amistad puede llamarse íntima.

—Ciertamente.

—Me permitiréis que con frecuencia venga a visitaros.

—Siempre que bien os parezca.

—Quiera Dios daros acierto, porque así tendremos la satisfacción de hacer dichosa a la infeliz que es muy desgraciada.

—¿Creéis que hay dicha posible para la pobre mujer que amaba al de Poza?

—Sí—respondió sin vacilar Maldonado.

—Para eso sería preciso que resucitaseis al marqués.

—Sin embargo...

—Un puñal destrozó el corazón del amante, y el dolor debe haber destrozado el corazón de la mujer amada.

—Las heridas se cicatrizan.

—Y matan antes de cicatrizarse.

—De todas maneras, si podemos consolar al que sufre...

—Siempre es un beneficio.

—Señora, que el cielo os guarde.

—Hasta otro día, comendador.

Apenas Blanca estuvo sola, cambió de expresión su rostro.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Cuánto he sufrido!...

Largo rato pasó antes de que pudiera pronunciar una palabra más.

Luego dijo:

—¿Es verdad que el marqués no había muerto cuando yo estampé en su noble frente el beso de eterna despedida? ¿Es verdad que me conocí y que pensó en mí antes de expirar?... No, no lo creo... ¿Qué clase de encargo había de hacer al comendador?... Mienten, intentan engañarme... ¡Oh!... No caeré en el lazo... No se equivoca Luis: el comendador, con su apariencia de noble severidad, es un intrigante, lo mismo que cuantos rodean al monarca; pero, afortunadamente, no ha tenido bastante habilidad. Por lo demás, me ha hecho un beneficio, porque ya estoy convencida de que el miserable que espía a Luis no obedecía las órdenes de doña Ana de Mendoza, y esto me tranquiliza hasta cierto punto. Muy pronto hemos de salir de dudas, porque muy pronto ha de resolverse esta situación.

En tanto que así pensaba la doncella, el comendador volvía a su casa y decía para sí:

—Tendré que convencerme de que Antón no se equivoca y que doña Blanca es la que busco, así como su paje es el diablo; pero necesito una prueba que no dé lugar a duda, pues de otro modo no me arriesgo a dar a conocer la verdad. ¡Oh!... Si el rey supiera que vive el marqués de Foza, que yo

se amparo y que me representase una tarca. ¡Pobre cabeza mía!... No la tengo muy segura sobre los hombros. Algo he conseguido, porque estoy sobre la pira, y más o menos tarde conseguiré todo lo que deseo.

CAPÍTULO LXXIV

De cómo Felipe II y sus cortesanos estaban a punto de volverse locos

Desde que el príncipe fue preso no había visto la luz del sol; las ventanillas de su aposento estaban clavadas y cerrada la puerta, de manera que para él era aquel encierro lo mismo que el más oscuro calabozo. Una lámpara ardía constantemente, a menos que don Carlos quisiese apagarla para dormir. Con nadie hablaba, porque no se le permitía a nadie entrar allí, y aun la infante doña Juana, cuyo noble corazón compadecía las desgracias de su sobrino, tuvo el disgusto de que se le negase visitarle.

En aquella soledad, en aquella eterna noche entristecióse el príncipe, abatióse su espíritu y su cuerpo empezó a debilitarse.

A las ocho de la mañana del siguiente día en que tuvieron lugar los sucesos que dejamos referidos paseábase lentamente don Carlos en su encierro. Estaba en extremo pálido; parecía haber enloquecido. Su mirada era triste y había perdido su acostumbrada viveza. No parecía ya aquel joven impetuoso de enérgicos movimientos y de altanero continente.

— ¡Isabel! — decía con angustioso suspiro. — ¡Ángel de mis sueños de ventura! ¡Único consuelo de mis amargos pesares, luciente estrella que sólo te dejabas ver en el negro horizonte de mi porvenir, dulcísimo recuerdo que calmaba los dolores agudos de mi corazón, para siempre te perdí! ¡Ya no volveré a verte, ya la esperanza no puede alentarme!... ¡Oh!...

Tras escasas palabras sintió más débil su cuerpo y tuvo necesidad de sentarse.

Mil tristísimas y contrarias ideas acudieron a su imaginación. Por momentos solía animarse su mirada y sentía renacer sus fuerzas. Al cabo de largo rato, dijo:

—No me queda otro consuelo que el de la verdadera amistad de ese niño. ¡Cuánto habrá tenido que arriesgar para enviarme esta carta! ¡Noble y generoso corazón!

Meditó algunos instantes y prosiguió:

—Creí que la llave tendría otro objeto. Sin embargo, tal vez podría servirme para matar a Ruy Gómez: un golpe dado con acierto en la cabeza... Pero me siento muy débil, y... empeoraría mi situación. Sigamos los consejos de ese niño, en el que no se sabe qué admirar más, si su corazón o su ingenio.

Luego gritó:

—¡Ruy Gómez!

Abríase la puerta y el de Eboli entró.

—¿Me ha llamado vuestra alteza?

—Sí—dijo don Carlos.

—Espero vuestras órdenes.

—¿Os burláis de mí? ¿Qué órdenes he de dar cuando la tenéis de no obedecerme?

—Perdone vuestra alteza.

—Os llamo, señor favorito, para daros la enhorabuena por la confianza que habéis merecido del rey.

Ruy Gómez miró con extrañeza a don Carlos, y contestó:

—No os comprendo, señor.

—¿Queréis engiros ignorante para guardar mejor el secreto? Inútil es vuestra reserva, porque todo lo sé.

—Repito que no comprendo a vuestra alteza.

—Pues voy a daros una noticia, a contaros cuanto sucedió ayer, a pesar de que no debe ser para vos cosa nueva, cuando a estas horas nadie lo ignorará.

—Tengo la honra de escucharos.

—Ya sabéis que se reunió el consejo de Estado para ocuparse de mí. Hicieron información, tomaron declaraciones, pusieron notas, y así ocuparon

desde la una de la tarde hasta las nueve de la noche. El bueno de Hoyos hizo las veces de secretario, y por cierto que mucho le hicieron escribir.

Ruy Gómez miró al príncipe con sorpresa.

—Os pasma, señor Ruy, que yo sepa tanto y con tanta exactitud; pues aun falta lo mejor. Los del Consejo opinaron que debía nombrarse un Tribunal especial, y después que se retiraron, el rey quedó solo con el cardenal Espinosa.

—Señor...

—Os referiré palabra por palabra la conversación que tuvieron.

—El príncipe está loco—dijo para sí el de Eboli.

—El rey enseñó al cardenal una lista que yo tenía en que estaban escritos por mí los nombres de mis amigos y de mis enemigos.

—Vuestra alianza se chancea.

—Ya lo veréis, señor aduador. Escuchad. Después de una larga conversación en que el rey ocultó sus celos de esposo con el celo de la religión, nombró por mis jueces al cardenal y a vos, y para fiscal a Briviesca de Muñatorres. Hoy constituiréis el Tribunal y daréis principio a vuestro papel de verdugos.

Ruy Gómez palideció y no acertó a contestar una palabra.

—Vuelvo a daros la enhorabuena por la confianza que de vos ha hecho su majestad, y quisiera que le dijeseis que le doy las gracias por el acierto que ha tenido en la elección de personas tan imparciales que no tendrán mayor placer que el verme muerto. Añadidle que, según dijo el cardenal Espinosa, se quería más que incapacitarme para reinar; pero se cumplirán sobradamente sus deseos, pues mis jueces pondrán la tumba entre el trono y yo.

Los ojos de don Carlos brillaron por un momento, y, dirigiendo a Ruy Gómez una mirada terrible, gritó:

—Retiraos.

Saló el de Eboli, confuso, porque había creído primero que el príncipe había perdido la razón; pero después se convenció de que no era así, y le daba mucho que pensar el que supiese lo ocurrido en el Consejo, porque si bien presumía que esto no

era un secreto, porque el tenido por diablo se había enterado de todo, no acertaba a comprender cómo lo había sabido el príncipe.

—Es preciso dar parte de todo a su majestad—dijo.

Y encargando la más exquisita vigilancia al duque de Fería, se fué a la cámara de Felipe II.

—Señor—le dijo—, vengo a participar a vuestra majestad un suceso muy desagradable.

—¿Qué ocurre?—preguntó el rey con marcada ansiedad.

—El príncipe está enterado minuciosamente de cuanto se trató ayer en el Consejo.

—¿Qué decís?

—Más aun: me ha referido palabra por palabra la conversación que tuvo vuestra majestad con el cardenal Espinosa, a quien enseñó vuestra majestad unas listas halladas entre los papeles de su altera. Ya me han referido esta mañana algunos cortesanos que uno escuchó esa conversación escondido bajo la mesa, y aunque me han dado detalles de tan raro suceso, no me han dicho tanto como el príncipe en la parte de mayor interés, es decir, con respecto a lo tratado en esa conferencia; de manera, señor, que su alteza es quien me ha dado noticia del más trascendental interés.

Palideció el monarca, y exclamó a la vez que se levantaba de su asiento:

—¡Ruy Gómez!

—Más al... señor.

—Prosigue.

—Dice, cosa que también ignoraba, que el Tribunal que ha de entender en la causa se compondrá del señor inquisidor y de mí, como jueces, y de Eriuesca, como fiscal.

—¿Quién ha hablado con mi hijo?

—Nadie más que yo.

—Imposible.

—¿Duda vuestra majestad de mi lealtad?

—¿Cómo ha podido saberse eso?

—No lo sé, señor: parece cosa del diablo.

—¡Siempre el diablo!

—Presumo que ha de darnos mucho que hacer todavía.

—¿Qué más ha dicho?

—Que vuestra majestad manifestó que no quería sino incapacitarle para reinar.

—Bien decía, Ruy Gómez: parece cosa de Satanás.

—Así dice también su alteza, que el diablo de palacio, su protector, le ha dado esas noticias.

Felipe II se paseó precipitadamente por el aposento, en frente estaba bañada en frío sudor.

—¡Volved!—dijo—al cuarto del príncipe, registrad, ved si están las ventanillas bien clavadas, y... en fin... averiguad... Todo lo que dice mi hijo es cierto... ¡Oh! ¿Quién es ese ser que desbarata todos mis planes? ¡Y lo tuveayer al alcance de mi mano y se me escapó! Corre, buen Ruy, corre, que seguramente ese a quien llaman el diablo de palacio satirá a mi hijo de la prisión si en ello se empeña.

Salió Ruy Gómez muy aturrido y confuso; ni siquiera dió al rey las gracias por la nueva prueba de confianza que había recibido.

Media hora después entró el cardenal.

—Mucho deseaba veros—le dijo Felipe, agitado aún.

—Y yo a vuestra majestad.

—¿Me trae alguna mala nueva?

—Que ya no es para nadie un secreto cuanto se trató en el Consejo de ayer y cuanto vuestra majestad habló conmigo.

—Tal presumía yo porque el traidor que estaba escondido debajo de la mesa, habrá procurado darle toda la publicidad que le conviene.

—¿Y no ha podido vuestra majestad adivinar quién era?

—No.

—Sería de mucho interés.

—Pero voy desconfiando, porque cada día tengo más pruebas de lo mucho que puerde.

—¿Alguna nueva desgracia?

—Mi hijo sabe cuanto se trató ayer en el Consejo y cuanto hablé con vos.

—¿Señor...

—Acaba de decirme el Ruy Gómez.

—¡Acaba de referírselo!—repitió el cardenal, cuya sorpresa le tenía confuso.

—Palabra por palabra.

—¿Y cómo?...

—Dice que el diablo, su protector, le ha dado la noticia. Esto es ya imposible, señor cardenal, y acabaré por volverme loco.

—¿Quién entra en el cuarto del príncipe?

—Nadie más que Ruy Gómez.

—¿Quién le vigila?

—Hasta ahora, solamente el de Silva y el duque de Feria.

—¿Las ventanas?

—Clavadas.

—¿La puerta?

—Cerrada.

—Digo lo que vuestra majestad — repuso Espinosa, encogiéndose de hombros—. Si pienso mucho en ello, me vuelvo loco.

—Es menester que se proceda inmediatamente a la formación de la causa.

—Y que vuestra majestad haga que se vigile con más cuidado al príncipe.

—Ya he dado esa orden.

El cardenal, a pesar de su astucia, no pudo adivinar nada.

Ruy Gómez hizo un registro escrupuloso en el cuarto del príncipe pero no halló indicio alguno que le diera luz.

El rey no quiso recibir a nadie aquel día.

En el alcázar se murmuraba más que nunca, y en la villa estaban los ánimos mal dispuestos.

CAPÍTULO LXXXVI

Espinosa decide apelar a medios extraordinarios

Nada hizo al cardenal tanto efecto como lo que acababa de referirle el rey.

Había disimulado, no había pronunciado más que algunas frases vagas sobre el asunto; pero es lo

erto que el inquisidor volvió a su morada muy preocupado.

—Preciso es convenirse—decía—; es preciso, por más que sea desagradable: ese intrigante misterioso a quien llaman el diablo, vale mucho, y más o menos tarde acabará por sacar de su prisión al príncipe. Ayer lo tuvimos a nuestro lado, debajo de la mesa, y por lo que se ve, anoche mismo hizo llegar la noticia a don Carlos. ¿Cómo ha podido hacerse eso? No lo sé, no lo adivino; pero ello es que la astucia de ese traidor es tanta, es tan fecunda su ingenio, que para nada encuentra inconveniente. ¡Oh!... Ese hombre es un tesoro y me convendría tenerlo a mi servicio. Si yo consiguiera saber quién es, no se lo entregaría al rey para que le castigase, pero que le daría cuanto quisiese para que fuese mío.

Por espacio de más de una hora caviló el cardenal.

Convencióse de que la lucha no era de fuerza, sino de astucia, de habilidad, y que para habérselas con el misterioso intrigante se necesitaba otro que no valiese menos.

¿A quién acudiría?

El fanático inocente a quien ya hemos dado a conocer, no servía para el caso.

—Alguno debe haber—pensó Espinosa—entre todos los bribones que están al servicio de la Inquisición.

Casi seguro de que encontraría lo que buscaba, llamó a uno de sus criados y le dijo:

—Has de ir al convento de Santo Tomás.

—Bien, eminentísimo señor.

—Verás al padre Bernardo, y le dirás que quiero hablarlo cuanto antes.

—¿Nada más?

—Nada.

El criado salió.

Aun no había transcurrido media hora, cuando se presentó un fraile dominico, que nada de particular presentaba en su persona más que sus ojos, que eran muy expresivos, negros y de mirada penetrante. Al bien casi siempre los tenía cerrados y no era fácil advertir esta circunstancia.

Era fray Bernardo, inquisidor, y uno de los más afamados canonistas de su época.

No puede imaginarse un tipo más perfecto de humildad que el dominico.

Verlo y calificarlo de modesto, y aun de sordo, era todo uno.

Nada sabemos en cuanto a sus virtudes, si bien tiene para nosotros el mal antecedente de ser inquisidor.

Con dulcísima voz, casi tímidamente, saludó a Espinosa, diciéndole luego:

—Aguardo las órdenes de vuestr. eminencia, y me considero muy afortunado por ser el elegido para cumplirlas.

—Sentaos, hermano—dijo el cardenal—, y escuchadme con cuanta atención merece el grave asunto de que voy a daros conocimiento.

Hizo una profunda reverencia fray Bernardo, sentóse y fijó en el suelo la mirada, quedando inmóvil.

El cardenal añadió:

—Nadie ignora que el príncipe don Carlos ha protegido a los herejes flamencos, y que a tal punto ha llegado su extravío, que el rey, haciendo el sacrificio de sus sentimientos de ternura paternal, ha tenido que adoptar una resolución extrema.

El fraile siguió guardando silencio, pero emitió un suspiro penoso.

—Veo—dijo Espinosa—que os entristece y os apena esta desgracia.

—Ante todo, me hace sufrir el convencimiento de mi propia debilidad, que en este caso es un pecado.

—No os comprendo—replicó el cardenal, con tono de extrañeza.

—Eminentísimo señor, hay motivos para suponer que el príncipe es adicto a la Reforma.

—¿Quién lo duda?

—Se asegura—repuso el fraile con mayor humildad que nunca y sin levantar los ojos—, y vuestra eminencia perdonará mi atrevimiento por estas observaciones, se asegura que su majestad ha conseguido apoderarse de los papeles secretos de don

Carlos, y que esos papeles arrojan mucha luz son una prueba del crimen.

—Así es la verdad.

—También se sabe que un día el príncipe levantó sus manos impuras sobre un príncipe de la Iglesia, sobre vos...

—Sufrí la ofensa con humildad cristiana.

—¿Se necesita más para que la Inquisición levante su brazo poderosísimo, armado con la espada de la justicia? Sin embargo, y otra vez pido perdón a vuestra eminencia, yo he callado, hemos callado todos, y hemos dado lugar a que haga el rey lo que nosotros debíamos hacer, lo cual prueba que hemos sido indulgentes hasta la debilidad, pues la indulgencia tiene sus límites.

—Se trataba del heredero del trono.

—¿Qué nos importa el nombre del pecador? Cuanto más elevada es la persona, mayor es el escándalo y más peligroso el ejemplo, porque no son los pequeños los que ejercen influencia sobre los grandes, sino los grandes sobre los pequeños.

—Yo tenía la seguridad de que, al fin, el rey haría lo que le hemos visto hacer, y como lo que nos importa es el resultado, no he querido dar ocasión para que se nos acuse o se crea que nos impulsaba un sentimiento de ambición o de odio. Por lo mismo que yo he tenido que sufrir ofensas del príncipe, debo probar con mi conducta que no abrigó rencor y que no quiero, con el pretexto de castigar la herejía, satisfacer mi deseo de venganza.

—Ya ha sucedido.

—La situación debemos aceptarla como es. El príncipe está preso, y a su majestad ha de faltarle el valor para imponer el castigo que merece el crimen.

Fray Bernardo inclinó más la cabeza.

—De esto resultará—prosiguió Espinosa—, que la prisión se prolongará, y como don Carlos tiene amigos que no le abandonan en la desgracia, dejandoles tiempo, que es cuanto necesitan, acabarán por salvarle. Nevárselo a Flandes y colocarnos en la situación más comprometida.

—Sí—se concretó a decir el dominico.

—Es, pues, absolutamente preciso evitar que el príncipe recobre la libertad.

Hizo el fraile un movimiento de cabeza.

—Y no podemos evitarlo—añadió el cardenal—, no podemos, si ante todo no inutilizamos a los amigos del príncipe. Ya nada tenemos que temer de Bergen, de Montigny ni del marqués de Poza...

—Del diablo—murmuró el fraile.

—¿Qué decís?—preguntó el cardenal, mirando sorprendido al fraile.

—Con perdón de vuestra eminencia, me ha permitido nombrar al diablo.

—¿Y qué habéis querido decir?

—Que el diablo es el único enemigo terrible.

—¿Acaso sabéis que en palacio hay un intrigante a quien nadie conoce y que ha hecho tales cosas que ha dado lugar a que se le llame el diablo?

—No lo ignoro.

—¿Y cómo han llegado a vuestro silencioso retiro esas noticias?

—Una casualidad, como dirían los incrédulos.

—Me alegro mucho, hermano, porque así me evitara la molestia de daros muchas explicaciones. Ese intrigante misterioso...

—Se ha burlado del rey.

—Sí.

—Y de doña Ana de Mendoza...

—Sabéis tanto como yo...

—Tal vez.

—¡Oh!... No sin razón sobrada dicen que valéis mucho. Bien, hermano, muy bien... Dios ha querido inspirarme para que acuda a vos.

—Bendito sea el Omnipotente.

—Puesto que sabéis tanto como yo, decidme lo que opináis.

—No tenemos medios para luchar con el diablo, porque es un diablo que no se asusta de la cruz ni del agua bendita.

—¿Que no podemos luchar!...

—¿Y cómo, eminentísimo señor, si no le conocemos? ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Cuáles son sus armas, sus medios de ataque y de defensa? ¿Lo sabe vuestra eminencia? ¿Lo sabe alguien?

Hablaba el dominico con una calma la más fría

y siempre con la cabeza inclinada sobre el pecho, y fija en el pavimento la mirada.

—Pues precisamente eso es lo que necesitamos —replicó Espinosa—; buscarle, averiguar quién es, conocerlo.

—No le conoceremos sino cuando ya la lucha haya terminado.

—Hermoso, si principiáis por desconfiar...

—Perdonadme, eminentísimo señor.

—Explicaos.

—Principio por no entregarme a ilusiones.

—Eso está bien.

—Si vuestra eminencia me lo permite, haré algunas suposiciones.

—Como mejor os parezca.

—Pues bien, supongo que nos dedicaremos a buscar a ~~ese~~ intrigante misterioso. ¿No necesitamos tiempo para averiguar quién es?

—Sí.

—Dice vuestra eminencia, y yo creo lo mismo, que los amigos del príncipe no necesitan más que tiempo para triunfar.

—Así me parece.

—Pues si les damos lo único que necesitan, puede suceder que consigan lo que desean antes que nosotros.

—¡Oh!...

—Confío en vuestra benevolencia, eminentísimo señor.

—Discurris de una manera...

—No tengo necesidad de discurrir, sino que digo lo que ha de suceder, lo que haremos y lo que vuestra eminencia dice que harán los amigos de don Carlos.

—Y reconozco que es posible que todo eso suceda.

—Entonces...

—No tenemos otro medio.

—Yo haré lo contrario.

—¿Cómo?

—Dejaría en paz al diablo y me ocuparía solamente del príncipe.

—Si nos olvidamos del enemigo principal...

—Ese enemigo no será terrible desde el momento que encuentre un obstáculo insuperable.

—Explicaos más claramente.

—Fuera de palacio: en cualquier otro lugar donde no estén el monarca y la corte, ese intrigante nada podrá hacer, absolutamente nada.

—Quizá no os equivoquéis.

—Que cuenta con la ayuda de otras personas no puede dudarse, así como tampoco que todos los recursos los tiene en el alcázar.

—Convengo en eso.

—Pues bien, eminentísimo señor, pongamos al príncipe don Carlos en otro lugar, y nada tendremos que temer.

Se contrajo la frente de Espinosa.

Había empezado a comprender con ~~total~~ claridad.

No podía ser más atrevido lo que el humilde fraile proponía: tan atrevido, que el cardinal temía, y eso que era menester mucho para que con un inquisidor general se asustase.

Sacar al príncipe del palacio real y llevarlo a la Inquisición: tal era el plan de fray Bernardo.

Con sobrado motivo se horrorizaba Espinosa, pues por lo mismo que era el inquisidor general tenía mucho que perder, mientras que el astuto dominico, sin arriesgar nada, podía ganar mucho.

Los frailes jugaban siempre así; un juego hecho en que todo lo más que podía sucederles era no ganar, pero perder, eso no.

—¿Habéis meditado bien vuestras palabras?—preguntó el cardenal después de algunos minutos.

—Sí, aunque reconozco que soy la más débil de las criaturas y puedo equivocarme...

—Para que el príncipe esté en otro lugar es menester sacarlo del alcázar.

—Indudablemente.

—¿Y a dónde ha de llevarlo su majestad?

—A ninguna parte.

—¿Pues no decía...?

—Pienso, señor, vuestra eminencia.

—Buen señor—interrumpió Espinosa, cuya paciencia se acababa—¿comprendo?—Tenéis licencia para decir...?

superior, sino el compañero; pero hablad con claridad, explicaos de una vez.

Desapareció repentinamente el aire de humildad del dominico.

Levantó la cabeza.

Abrió los ojos y fijó su mirada ardiente y penetrante en Espinosa.

—¡Ah!—exclamó éste—. Ahora sola otro.

—Porque hablo el compañero.

—Así me agrada.

—No es el rey quien ha de sacar del alcázar al príncipe.

—Nosotros...

—La Inquisición, que está sobre el rey; la Inquisición, que apenas si reconoce la autoridad del Papa; la Inquisición, que es el vigilante del catolicismo y de todos los intereses de la Iglesia, y pone su mano allá dondequiera trasluce la herejía.

—Pero...

—A los calabozos de la Inquisición han ido príncipes de la Iglesia. ¿Por qué no ha de ir un príncipe real, que es y vale mucho menos?

—Me hacéis temblar.

—Yo no tiemblo, señor, porque todo lo más que puede suceder es perder esta vida miserable, hacer más en el breve plazo que hemos de estar en este mundo de desdichas, de sufrimientos, de llanto. Las conciencias puras no tienen miedo a la muerte, sino que la esperan con tranquilidad y hasta con impaciencia.

—Hermano, os extravió vuestro celo.

—Es posible.

—Hay algo de soberbia en vuestro valor para arrostrar los peligros.

—Soy el último pecador, y estoy muy lejos de creer que en la otra vida he de alcanzar la bienaventuranza; pero cuando se trata del cumplimiento de mis deberes, no vacilo.

—¿Conocéis bien a Felipe II?

—Me parece que sí.

—No, no le conocéis.

—El tiempo lo dirá.

—¡Ah!—exclamó con voz reconcentrada Espinosa—. No sabéis de lo que es capaz el rey, ni nadie

lo sabe, porque nadie ha podido penetrar en el tenebroso e insondable abismo de su alma. Reclamar la persona del príncipe sería lo mismo que decirle a Felipe II que hay una autoridad superior a la suya, y apenas esto se le dijese, la Inquisición desaparecería. Y como tiene ejércitos y verdugos...

—Nosotros somos dueños de las conciencias.

—No nos daría tiempo ni ocasión para la defensa, porque Felipe II descarga el golpe sin amenazar, sonríe mientras empuña el cuchillo con que ha de herir.

El fraile desplegó una leve y desdofiosa sonrisa.

Indudablemente era soberbio, mucho más soberbio que el rey.

—No estamos de acuerdo — dijo friamente —; pero a vuestra eminencia le toca mandar y a mí obedecer como respetuoso ciudadano.

—Continuemos, hermano, que en fuerza de ocurrir encontraremos la solución más conveniente.

—¿Qué hemos de hacer contra un enemigo que es casi invisible? Ayer se reunió el consejo de Estado, y ese diablo estuvo muy cerca de vos; escuchó cuanto hablaréis...

—¿También sabéis eso?

—Sí, lo sé, y aun llevando al príncipe a la Inquisición, duro sí en sus bolsillos o entre los pliegues de su ropa no iría su protector el diablo.

—Yo también.

—Supongo que me habéis llamado para decirme que necesitáis un espía tan astuto, tan ingenioso y tan audaz como ese intrigante a quien llaman el diablo.

—Lo habéis adivinado.

—Si hubierais principiado diciéndome eso, ya sabría que ese espía está en palacio hace una semana.

—¡Por quien soy! — exclamó el cardenal, sin poder contenerse —. No me he repuesto de una sorpresa, cuando me hacéis experimentar otra.

—El hombre a quien me refiero, que es un verdadero tesoro, nada ha podido conseguir.

—En una semana...

—No ha hecho más que convencerse de que en la intriga anda una mujer.

—La reina...

—No.

—Una mujer...

—Os infundo más miedo que diez hombres, ¿no es verdad?

—Sí.

—A mí también.

—Vamos de mal en peor, hermano.

—Ya lo sé, y por eso os aconsejaba...

—Imposible, imposible.

—¿No se atreve vuestra eminencia?

—No.

—Pero haremos lo mismo de otra manera.

—¿Y cómo?

—Por el camino contrario.

—No acierto...

—Protegeremos al príncipe don Carlos.

—¿Y cómo ha de hacerse eso?

—Está en vuestra mano dilatar el día en que haya de pronunciarse la sentencia.

—Y así el diablo tendrá tiempo para sacar de la prisión al príncipe.

—Y más fácilmente lo hará, porque nosotros le ayudaremos.

—Lo declaro con franqueza—repuso Espinosa—, no veo bastante claro.

—Saldrá el príncipe, huirá...

—Y cuando se encuentre fuera del territorio español...

—¡Bah!—dijo el fraile, mientras sonreía otra vez—. Antes de llegar a la frontera, es lo más probable que le suceda alguna desgracia.

—¡Hermano!...

—Así se resuelven todas las dificultades.

—Ese sistema...

—Le pone en práctica el rey cuando no tiene otro recurso.

—Claramente, pero...

—¿Por qué no hemos de hacer nosotros lo que hace su majestad? Supongo que no os habéis olvidado del marqués de Poza.

—No.

—Tampoco del de Bergen...

—Tampoco—dijo el cardenal, que por un momento palideció.

—Ahora decidid, que dispuesto me tenéis a obedecer.

—Necesito reflexionar, porque vuestro último proyecto no me desagrada.

—Esperaré.

—Entre tanto, ese hombre...

—Seguirá trabajando, aunque conviene darle instrucciones cuanto antes.

—Mañana os contestaré.

—¿He de venir?

—Sí; a estas horas.

Púsose en pie fray Bernardo.

Otra vez cambió la expresión de su semblante. Inclino la cabeza.

Medio cerró los ojos.

—Dios os bendiga, hermano—dijo el cardenal.

El dominico salió.

Cuando Espinosa estuvo solo, murmuró:

—¿Qué se propone este hombre?... Vale mucha, muchísimo, y me infunde miedo. ¿No oculta esa intención?... De todas maneras, el plan es ingenuo y debe producir el mejor resultado, porque así no hay peligro de que el rey vacile.

¡Pobre don Carlos!

Su vida se acabaría muy pronto si se ponía en práctica lo que proponía el dominico.

Su plan era ruin hasta lo inconcebible.

De nada serviría el ingenuo del paje, de nada su valor.

Desearía sacar al príncipe de su encierro y lo conseguiría más fácilmente de lo que calculaba; pero sería para morir con él quizás a las pocas horas de aquel triunfo angustioso.

Mucho miedo tenía Espinosa a las mujeres; pero más miedo hubiera tenido Luis si supiera que había de luchar con un fraile.

No quedaba, pues, esperanza de salvación para don Carlos, y era casi seguro que también el paje sucumbiría.

El cardenal siguió meditando.

Hacia toda clase de suposiciones, pensaba en

todos los inconvenientes que podía ofrecer el plan del dimitido.

Siempre encontraba una ventaja importantísima: la de que don Carlos moriría.

El rey, según decía, no quería más que inutilizar a su hijo para que reinase, y esto era poco, muy poco para el cardenal.

Mientras don Carlos viviese, tendría partidarios, probablemente muchos, porque con el tiempo llegaría a representar las ideas modernas, sería el enemigo de la Inquisición y de la intolerancia, el jefe del partido liberal y reformador, y aunque lo hubiera desheredado, disputaría el trono al que lo ocupase después de Felipe IV fundándose en sus derechos de hijo mayor.

Además de sus partidarios en España, había de tener al príncipe un gran apoyo en los flamencos y holandeses, y también lo auxiliarían Inglaterra y una gran parte del pueblo francés.

Con tales elementos era muy probable que don Carlos se sentase en el trono.

Todo esto lo preveía el astuto cardenal, y por consiguiente no podía estar tranquilo si el príncipe no moría.

¿Fue para España una desgracia o una fortuna que no llegase don Carlos a ser rey?

He ahí una pregunta de muy difícil contestación.

Tal vez don Carlos, mal rey hubiera sido causa de grandes beneficios, porque no entraba en sus miras sostener aquella lucha constante con toda Europa, lucha que nos costó inmensos tesoros, mares de sangre, la ruina, en fin, y como indudablemente hubiera concedido la libertad posible en aquella época, España hubiera podido avanzar al paso de las demás naciones, así como no se habría pensado en la expulsión de los moriscos, y nuestra agricultura sería una fuente de riqueza inagotable,

CAPITULO LXXXVII

El agente de fray Bernardo

El cardenal Espinosa concluyó por aceptar con entusiasmo el plan del dominico, y éste dio las instrucciones convenientes al espía que, según dijo, había colocado entre los individuos de la baja servidumbre de palacio.

El esbirro, porque esbirro de la Inquisición era el tal espía, preparóse a cambiar de sistema, meditó y estudió el papel que tenía que representar.

Le sobraba astucia al miserable, era ingenioso no menos que Luis, y sobre todo, tenía para fingir tan rara habilidad, que fray Bernardo, que le conocía muy bien, lo calificaba diciendo:

—Si ese bribón se empeña, es capaz de engañarse a sí mismo.

Esta hipérboliz frase pintaba con toda exactitud al espía.

Como vulgarmente se dice, el paje había encontrado la horma de su zapato, y no había de burlarse tan fácilmente de aquel miserable como de Antón.

El adversario era, pues, muy temible, y a Luis triunfaba, bien podía estar orgulloso.

Hemos dicho que el espía era un esbirro de la Inquisición, y con decir eso no es menester añadir que era uno de esos desalmados capaces de cometer todos los abusos y todos los crímenes.

Su historia, que era una serie de horrores, no la conocía más que fray Bernardo.

Nada más diremos ahora del nuevo personaje, porque muy pronto ha de conocerlo el lector, en cuanto es necesario que lo conozca.

El espía, que se llamaba Benito, no tuvo que emplear más que una hora para trazar minuciosamente su plan de conquista.

Durante la semana que llevaba en palacio, había observado mucho, y había visto que a ciertas horas y por ciertos sitios vagaba una persona, a

quien no había podido conocer, y que era el paje.

No sabemos en qué se había fundado para suponer que en aquella intriga tomaba parte muy principal una mujer, pero esto es que lo había supuesto así, y que esto prueba que su astucia era tan refinada, que a veces podía confundirse con el don de adivinar.

Tenia Benito que continuar trabajando para conocer al intrigante misterioso, aunque no con el fin de delatarlo, sino para ponerse en relaciones con él, ofrecerle su ayuda y dar el golpe cuando don Carlos se encontrase fuera de su sitio.

Bien pronto tuvo ocasión de dar una prueba de su habilidad.

La noche del día siguiente al en que hemos visto conferenciar a Espinosa con fray Bernardo y cuando las once acababan de dar, el espiá se colocó en un pasillo estrecho y donde apenas llegaba una claridad muy débil, y dijo para sí:

—Me parece que no perderé el tiempo aguardando aquí porque éste ha sido su camino otras veces, y luego en la escalera donde desaparece sin que me sea posible volver a verlo, principiaré el ataque.

Se colocó en el hueco de una puerta.

Quedó inmóvil como una estatua.

Todos los habitantes del alcázar debían estar ya en sus aposentos y muchos entregados al reposo.

Pasó media hora.

—¡Ah!—exclamó Benito—. Ya llegó el instante.

Arababa de percibirse leve ruido de pasos.

En uno de los extremos del pasillo apareció un hombre envuelto en una capa color oscuro.

No era posible distinguir su rostro.

Avanzó lentamente.

Su cabeza se inclinaba sobre el pecho, lo cual parecía indicar que estaba muy preocupado.

Era el paje.

¡Cuán ajeno estaba del lazo que en aquellos momentos se le tendía!

Había salido de su aposento para llevar a don Carlos una carta, que debía introducir, como las anteriores, por el cañón de la chimenea.

A pesar de su preocupación, percibióse de que una persona estaba en el pasillo.

Dudó Luis si seguir avanzando o retroceder.

—¿Es el mismo espía de la otra noche?—se preguntó—. Tal vez; pero también es posible que otro lo haya substituido. Lo dejaré que me siga hasta que su presencia me incomode, y luego... Veremos lo que conviene hacer.

El paje, lo mismo que siempre, confiaba en su fecunda imaginación para salir de cualquier apuro.

Hipo como si no se apercibiese del espía.

Recorrió todo el pasillo.

Atravesó dos habitaciones solitarias, otra después que estaba enteramente oscura, y empezó a bajar una empinada escalerilla.

Su delicado oído percibía el rumor de los pasos del espía.

—Señor hidalgo, caballero o quienquiera que seáis—oyó el paje que decían tras él.

Se detuvo.

—¿Es a mí?—preguntó con tono de extrañeza.

—A vos, sí—respondió Benito, acercándose más.

—Hidalgo soy.

—Pues bien, señor hidalgo, si no tenéis miedo y queréis escucharme...

—¡Miedo!... ¿Y de qué?

—Como este lugar es solitario y no hay luz...

—Sola un hombre como yo y no necesito ayuda si algo intentáis contra mí.

—No he querido acercarme a vos donde hubiera luz, porque no creyerais que yo quería conoceros contra vuestra voluntad.

—Lo cual quiere decir que no sabéis quien soy.

—Lo sé y lo ignoto—dijo el espía, dando otro paso más hacia el paje.

Llevó éste la diestra a su daga y replicó:

—Nadie os entendería.

—¿Creéis que pueden pronunciarse aquí algunas palabras de interés sin que nadie las escuche?

—Sí, podéis hablar con el más completo descuido. ¿Cómo podéis querer de mí si no me conocéis?

—Escuchad, señor hidalgo.

—Decid.

—No es ésta la primera noche que bajáis por esta escalera.

—¿Y qué os importa?

—Vais a llevar una carta al príncipe don Carlos. Afortunadamente no había luz y no pudo verse que el rostro de Luis palideció, ni que sus manos temblaron.

Sin embargo, soltó una carcajada burlona y replicó:

—Habéis perdido el tiempo.

—Tan seguro estoy de que no me equivoco, que desde luego os diré que me encuentro en palacio hace pocos días, que me paga el príncipe de Orange por medio de otra persona que está en Madrid, y que mi obligación es salvar a don Carlos. Esto secreto podía costarme la cabeza, y ya vais cómo os lo revelo sin vacilar.

—Os agradezco la confianza; pero...

—Aun no he concluido.

—Proseguid, que no tengo prisa y me divierte escucharos.

—Antes os dije que os conocía, porque he observado y me he convencido de que sois ese protector misterioso del príncipe don Carlos, y dije también que no os conozco, porque ni sé vuestro nombre ni os he visto más que como ahora, en medio de la oscuridad.

No era imposible que los agentes de Guillermo de Orange hubiesen conseguido introducir en el alcázar a una persona de su confianza, sino que por el contrario, así les convenía.

¿Era aquel hombre un nuevo apemago, un nuevo espía que adoptaba distinto sistema?

Luis se hizo esta pregunta.

Empezó a dudar que era lo peor que podía sucederle.

Afortunadamente comprendía que era una imprudencia muy peligrosa ponerse a merced del primer desconocido que se le presentaba.

—Todo eso está bien—dijo después de algunos momentos—, pero os habéis equivocado.

—No.

—Sois tenaz.

—Mucho.

—Entonces...

—¿Qué perdéis por escucharos?

—Ya lo hago.

- No me conocéis, y vuestra desconfianza...
- Concluyamos.
- Siguiera para distraeros un rato, darteis permiso para que os presentase pruebas.
- Hacedlo; pero rápido...
- No es menester que pronunciéis una sola palabra que os comprometa. Mientras no quedéis convencido.
- En verdad que esta aventura es bien extraña.
- Si sois hombre de buen humor...
- Cuando puedo divertirme, lo hago.
- Pues bien, aceptad mi ofrecimiento.
- ¿Y en qué consisten las pruebas?
- En cartas con firmas respetables, y en el testimonio de personajes que no pueden inspirar desconfianza a los amigos del príncipe.
- Tanto ofrecéis...
- Y mucho más.
- ¿Cuándo me presentaréis esas pruebas?
- Mañana, porque ahora es imposible.
- ¿Dónde?
- Fuera de palacio.
- ¿En el lugar en que yo designe?
- Sí.
- En una hostaria, donde comeremos.
- Mucho me honráis.
- En la plaza del Arrabal...
- Sí, casa de maese Manchoni.
- A las doce en punto.
- Allí me encontraréis.
- La habitación la designare después que nos encontremos allí.
- Muy bien.
- ¿Llevaréis los papeles?
- Sí.
- Estamos de acuerdo.
- Nos hemos entendido.
- ¿Y cómo os conoceré?
- Me encontraréis en el piso bajo estando aguardiente, os acercaréis a mí y me preguntaréis: "¿Soy el aragonés?" Y yo os contestaré: "Soy el amigo de sus amigos y el enviado del Taciturno".
- No lo olvidaré.
- Así es imposible una equivocación.

—¿Y me dejareis ahora en libertad?

—Buenas noches, señor hidalgo—dijo Benito, y sin pronunciar una palabra más, desapareció. Inmóvil por algunos minutos quedó el paje.

—¡Oh!—exclamó el lin—. El corazón me decía que ese hombre es mi enemigo. No, ya no llevará la carta a don Carlos.

Volvió a subir.

Por distinto camino que antes se dirigió a su aposento.

Refirió a Blanca lo que había sucedido.

—Desconfía de ese desconocido—dijo la doncella sin vacilar.

—¿Credis que es un enemigo?

—Sí, sí.

—¡Vive el cielo!... Pero para él.

—Tiemblo...

—Tranquilizaos.

—Aunque no acudas a la cita, podrá reconocerte mañana por la voz.

—Ya he pensado en eso.

—¿No has adoptado ninguna precaución?...

—Acudire a la cita, y el miserable quedará preso en la misma red que me ha tendido.

—¿Qué harás?

—Lo veréis mañana.

—Luis...

—Ahora, descansemos.

—Respeto tu reserva, porque sé que no te agrada dar a conocer tus planes sino cuando los pones en práctica.

—Es verdad.

—Pero no me tranquilizo.

—¡Ah!... Mañana he de gozar mucho.

—Dios te proteja.

Luis quemó la carta que había escrito para don Carlos, porque era un papel peligroso.

Se acostó.

A los pocos minutos dormía profundamente.

Blanca fué a la cámara de la reina, encontrándola más sosegada.

La noche pasó sin novedad.

A las siete de la mañana decía el paje a su señora:

—Voy a principiar a divertirme.

—Cuidado...

—Lo que he de hacer ahora no ofrece ningun peligro.

El travieso paje, que ya habia combinado perfectamente su plan, salió.

Inmediatamente se dirigió hacia la cámara del rey.

Lo seguiremos.

CAPITULO LXXXVIII

Luis paga engaño con engaño

Entró el paje en la habitación donde se encontraban los individuos de la alta servidumbre de su majestad, siendo bien recibido por todos y saludado muy cariñosamente.

—¿Qué asuntos te traen por aquí a estas horas, mi querido Luis?—le preguntó un gentilhombre.

—Uno de mucha importancia—respondió el paje, que hizo lo posible para dar a su rostro la gravedad que requería la situación.

—Muy seriamente lo dices.

—Con toda la seriedad que merece el asunto.

—¿Podemos complacerte?

—Sí, y al mismo tiempo prestaréis un servicio a su majestad.

—Explicalo.

—Antes habréis de decirme si el rey nuestro señor se ha levantado, aunque supongo que sí, porque nunca es de los últimos que deja el lecho.

—No te equivocas.

—Pues bien, os ruego muy encarecidamente le digáis a su majestad, que desea tener la honra de hablarle.

—¿Tú?—exclamó con tono de extrañeza el gentilhombre.

—Me parece que eso he dicho con bastante claridad.

—Has debido considerar dos cosas.

—Si vos queréis decirme las...

—La primera es que tú, aunque su majestad te distingue, no eres de las personas que tienen entrada en la real cámara sin cumplir antes ciertos requisitos.

—¿Y la segunda?

—Que aunque el rey madruga, la hora no es conveniente...

—¿Eso es todo?

—Sí.

—No gozo de ningún privilegio, ya lo sé, y he venido a ver a su majestad, como puede venir cualquiera de sus vasallos. En cuanto a la hora, es la mejor, porque el asunto que me trae no puede dejarse para después.

—No olvides que el rey está de mal humor.

—Ya lo sé.

—Y además...

—Caballero — interrumpió Luis —, haced lo que mejor os parezca; pero si no queréis dar aviso a su majestad...

—No me atrevo.

—Vuestra será la responsabilidad, os lo advierto, pues así no pecaréis por ignorancia, y ningún derecho tendréis para quejarnos.

—¿Te burlas?

—No — dijo gravemente Luis.

—Pero...

—Se trata de un asunto de muchísima importancia y muy reservado, y cuando el rey sepa que no habéis querido dejarle paso, Dios sabe lo que sucederá.

—Empiezas a ponermos en cuidado.

—Os lo aconsejo por vuestro bien, caballero, avisad al rey.

—Conste que de buena fe creo cuanto decís.

—Acepto la responsabilidad.

—Aguarda.

El gentilhombre no se atrevió a rechazar al paje, y entró en la cámara donde se encontraba Felipe II.

Sabemos ya que el estado moral de éste no podía ser peor.

Sin embargo, recibió al paje, lo miró por algunos momentos, y le dijo:

—Acércate.

Dió algunos pasos más Luis.

Inclinó respetuosamente la cabeza y esperó a ser interrogado.

¿De qué asunto verdaderamente grave podía tratar aquel niño?

Esto debió preguntarse Felipe II; pero como hombre de mucha experiencia y de mucho talento, quiso escuchar al paje, pues sabía que cuando menos se espere es cuando se encuentra lo que se busca, y que para oír una palabra que interese, es preciso tener paciencia y escuchar cien necesidades.

Luis tenía sobrada inteligencia y no era posible que dejase de comprender que en aquellos momentos críticos era cometer una falta muy grave el permitirse una broma o el ocupar la atención del rey para pedirle una gracia.

Era el paje atrevido, audaz; se había permitido muchas libertades; pero nunca había sido inoportuno.

—¿Qué quieres?—preguntó el monarca, después de algunos momentos.

—Señor, ruego a vuestra majestad me perdone en gracia de mi buena intención.

—Estás perdonado.

—Asuntos muy serios y muy desagradables ocupan estos días la atención de vuestra majestad; pero de mucha importancia es también el que me trae. Quiera Dios darme acierto para servir a vuestra majestad.

—Hoy no estés alegre—repuso Felipe II, mientras fijaba su mirada penetrante en Luis.

—Tengo miedo, señor.

—¡Miedo, tú!... Te advierto que no me agradan los honores cobardes.

—Señor, empiezo a ver el lado feo de ciertas cosas, que es lo mismo que decir que empiezo a conocer la realidad de la vida, que me espanta.

—Ya te convencrás de que la inocencia es una dicha incomparable.

—Tiembo el pensar que algún día se desvanecerán mis ilusiones.

—Luego queda la fe cristiana, que es más que las
dilecciones de la juventud.

—Y la tranquilidad de la conciencia.

—No olvidemos el asunto principal.

—Señor, vuestra majestad me permitirá explicarme como mejor me sea posible.

—Como quieras.

—Salté anoche de mi habitación después de las órdenes para cumplir ciertas órdenes de mi señora, órdenes que a vuestra majestad no interesan, porque...

—No soy curioso.

—Como doña Blanca es joven, hermosa y...

—No te ocupes de los asuntos privados de tu noble señora.

—Al bajar una escalera donde no había luz el los pasos de otra persona que me seguía y que me rogó que me detuviese y escuchase. Me dijo que aunque no conocía mi nombre ni mi calidad, sabía que yo era el protector misterioso del príncipe don Carlos.

—¡Oh! — exclamó el monarca, sin poder contenerse.

Y su rostro palideció y se contrajo.

—El desconocido añadió que, fiando en sus observaciones de otras veces, estaba seguro de que por allí había yo de pasar, y me había esperado. Aunque me sentí aturdido, comprendí que aquel hombre me había tomado ni más ni menos que por el diablo, que tanto nos da que hacer, y la causa de la equivocación fué sin duda la circunstancia de haber pisado por allí a semejante hora y como quien desea ocultarse.

—Luis, ahora voy a tener la prueba de lo que dices.

—Probablemente habré cometido muchas torpezas, porque soy un niño, y mi escaso entendimiento...

—Pruébale.

—Ya sabe vuestra majestad que soy curioso y además dije parz mi solito: "Nada pido por conocer las intenciones de este mono".

—Muy bien.

—Empecé a representar mi papel de intrigante, mostrando desconfianza, y debí hacerlo bien, porque el desconocido acabó por decirme que me presentaría pruebas por escrito, y el testimonio de personas

respetables, para convencernos de que obedecía las órdenes de los agentes que tiene en España el príncipe de Orange.

Se hizo más densa la palidez del rostro del monarca.

Su mirada se tornó sombría.

—Acércate más—se concretó a decirle al paje.

Este obedeció y repuso:

—Lo que sentí no puedo explicarlo, señor. Le pedí a Dios fuerzas y seguí la conversación como mejor pude.

—¿Y al fin?...

—Quedamos de acuerdo para vernos hoy.

—¡Oh! ¿Por qué lo dejaste escapar?—replicó Felipe II,  reconcentrada.

—Yo no podía detenerlo, y por allí no había persona que pudiera acudir en mi auxilio. Además, hoy ha de llevar los papeles, según prometió, y el golpe lo daremos con mayor seguridad y doble provecho.

—Ese traidor habrá reflexionado y no acudirá a la cita.

—Creo que sí.

—Lo has tenido tan cerca...

—Y a las doce estará en poder de la justicia.

—Lo dudo.

—Me dijo que hace pocos días está en palacio.

—Uno de tantos espías, uno de tantos traidores.

—Hemos de vernos en la hostería de la plaza del Arrabal, y como yo me reservé el derecho de elegir la habitación donde hemos de comer, todo se arreglará fácilmente y a medida de nuestro dastó.

—Si conseguimos apoderarnos de ese hombre...

—Me consideraré dichoso por haber prestado un servicio a vuestra majestad.

—Servicio que recompensaré como merezca.

—Las bondades de vuestra majestad son recompensa sobrada.

—Puesto que el plan es tuyo, dí cómo hemos de concluir la obra.

—Una persona de la confianza de vuestra majestad, por ejemplo, don Ruy Gómez de Silva, por de ir a la hostería después que ya.

—¿Solo?

—Con algunos alguaciles, o más bien con esbirros de la Inquisición que el señor cardenal ponga a sus órdenes.

—Bien.

—Los esbirros quedarán en el piso bajo, guardando la puerta y esperando el momento oportuno; y don Ruy subirá, entrará en la primera habitación que encuentre a la derecha, se situará junto a una puerta que tiene una cortina, y desde allí podrá vernos y escuchar nuestra conversación.

—Entiendo.

—Cuando le parezca conveniente...

—No necesito más explicaciones.

—Yo seguiré representando mi papel de traidor...

—Cuidado, Luis, que si cometes una torpeza...

—Desuando vuestra majestad.

—Puedes retirarte, y después que todo haya concluido, volverás a verme.

Luis salió y volvió a su aposento para dar cuenta a su señora de lo que acababa de hacer.

—¡Ah! —exclamó el rey—. ¿Es posible que yo descubra a uno siquiera de esos traidores que tanto han contribuido a la perdición de mi hijo desdichado?

Dió el monarca algunos pasos por la habitación mientras decía:

—Ese niño vale mucho, será un gran hombre... No, no lo perderé de vista, lo observaré... ¿Quién sabe si ha de serme muy útil?

Una de las pruebas del talento de Felipe II es el acierto con que elegía a los hombres que habían de servirle. Nunca miró la posición social, ni las riquezas, ni nada más que el talento y las demás condiciones morales que constituyen la verdadera grandeza de los hombres. Así se le vió proteger y elevar a muchos que vivían oscurecidos y debían haber muerto sin ser útiles a nadie.

Cuando el monarca volvió a sentarse, llamó y mandó que fuesen inmediatamente en busca de Ruy Gómez de Silva.

Audió éste a los pocos minutos.

El monarca le refirió cuanto le había dicho el paje.

Escuchó Ruy Gómez, sorprendido, y exclamó:

—¡Ah!... ¿Quién había de creerlo? El paje, un niño...

—Aun no lo conoces.

—Dios nos favorezca, y gracias a su divino auxilio, vamos a saber quién es ese traidor intrigante que tantas veces se ha burlado de nosotros, pues tengo la seguridad de que las decaltraciones de ese desconocido han de darnos mucha luz y abrir el camino para que encontremos al verdadero diablo.

—Según lo que al paje le dijo ese hombre, busca al llamado diablo con tanto alán como nosotros, aunque con distinto fin; pero será una gran ventaja apoderarse de él.

—Lo que dudo es que acuda a la cita.

—Yo también; pero Luis cree lo contrario, y debemos estar prevenidos.

—Espero vuestras órdenes.

—Irás inmediatamente a ver al cardenal, y de mi parte le dirás que ponga a tu disposición algunos de sus dependientes, con orden de que obedezcan las tuyas ciegamente.

—Por supuesto, le explicaré...

—Lo haré yo más tarde, y no le dirás más sino que se trata de prender a uno de los agentes de los flamencos.

—Así lo haré.

—Seguirás al paje a distancia conveniente, y en todo lo demás harás lo que él ha propuesto, dando el golpe cuando ya no te quede duda de que ese hombre es un traidor.

—Dice que hace pocos días está en palacio.

—Ya veremos si es verdad.

—Si nada más tiene vuestra majestad que mandarme...

—Nada, buen Ruy.

Saló el de Eboli.

—¡Ah!—exclamó—. Este es un infeliz.

No quiso cumplir las órdenes del monarca sin participar antes a su esposa el suceso.

Corrió a su aposento.

Acababa de levantarse doña Ana, que miró como sorprendida a su esposo, diciéndole:

—¡Vos aquí a estas horas!...

—Regocíjate, Ana mía, da gracias a Dios, con-
céderate la más dichosa de las criaturas...

—¿Qué sucede?

—Llegó el día, el gran día—repuso Ruy Gómez,
en cuyo semblante se pintaba un júbilo sin igual.
Y abrazó a su esposa y la besó con todo el en-
tusiasmo de su amor y de su contento.

—Pues bien, me alegro, aunque no sé por qué...

—Muy pronto sabremos quién es nuestro enemi-
go, quién es el diablo que ha desbaratado todos
nuestros planes y se ha burlado de nosotros tantas
veces.

Doña Ana se puso en pie.

Reclumbraron sus ojos.

Exhaló un grito de alegría feroz.

Tal fué su conmoción, que quiso hablar y no
pudo.

Quedó inmóvil y con la mirada fija en su espo-
so con ansiedad indescriptible.

Ruy Gómez prosiguió diciendo:

—Si lo conocéremos muy pronto, y en cuanto
a los demás traidores que ayudan al príncipe, uno
de ellos estará en nuestro poder dentro de pocas
horas, a las doce...

—¿Oh!—exclamó al fin la dama—. Sin duda te
engaña el deseo, te entregas a ilusiones...

—No, no.

—Explícate. ¡Ah!... Conocer a ese miserable que
tanto me ha hecho sufrir... No quiero creerlo, por-
que si te equivocas, el desengaño sería horrible, me
mataría.

—Repito que no son ilusiones, no son esperanzas
que forja mi deseo, sino realidades; y tanto es así,
que ahora mismo, y por orden del rey, voy a ver al
cardenal para que ponga a mi disposición algunos
esbirros y prender a uno de los traidores.

—Traidor presunto..

—Confeso.

—Me parece imposible.

—Y por más que vaciles no adivinarás quién ha
hecho el descubrimiento...

—Acaba.

—Un niño, el paje de doña Blanca...

—¿Luist...

—Admirate, Ana mía... Indudablemente esa hermosa criatura vale tanto como el diablo y más que nosotros...

—Explicate.

Ruy Gómez de Silva, mientras iba y venía por el aposento, refirió detalladamente lo sucedido.

Con atención profunda escuchó doña Ana.

Luego inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Ahora—añadió su marido—, no dirás que son ilusiones.

—No ves bastante claro—dijo la dama después de algunos minutos.

—¿Dudas?

—Sí.

—¿Por qué?

—No acierto a decirlo.

—Si nos apoderamos de ese hombre...

—Esperemos el resultado.

—Poco ha de tardar.

—No te detengas...

—Hasta luego, mi querida Ana.

—Dios te proteja.

Saló Ruy Gómez, encaminándose a la morada del cardenal.

Su esposa quedó muy preocupada.

¿Conocer al diablo de palacio?

Le parecía imposible tanta dicha.

Desde entonces y con creciente afán contó los minutos, que le parecieron siglos.

¿Cómo terminaría aquella situación?

No es fácil advertirlo.



CAPÍTULO LXXXIX

Donde hemos de ver que Benito no se apuraba fácilmente

Dieron las doce.

Pesaron las campanas y rezaron el Ave María todos los habitantes de Madrid.

El paje acababa de salir de palacio, dirigiéndose a la calle de la Almudena.

Pocos minutos después salió Ruy Gómez de Silva. Miró hacia la izquierda, y vió que de una de las estrechas calles que rodeaban el templo de Santa María salieron cuatro hombres vestidos de negro.

Eran los cuatro esbirros que el cardenal había puesto a disposición de Ruy Gómez de Silva.

Ya habían recibido de éste las instrucciones necesarias, y no tuvieron que preguntar.

Seguó el paje, llegó a la plaza del Arrabal y entró en una hostería, donde algún tiempo después tuvieron lugar escenas interesantísimas, y que daremos a conocer en la segunda parte de esta historia.

Allí estaba Benito, cuyo retrato no hemos podido hacer por falta de luz; pero ahora diremos que representaba unos cuarenta y cinco años; era de estatura algo escasa, flaco, amarillento, de labios delgados, pómulos salientes, ojos hundidos, pequeños y redondos, que casi desaparecían bajo sus espesas cejas negras y entrecapadas.

A pesar de la leve y dulce sonrisa que vagaba constantemente en sus labios, de su voz no menos dulce y de sus maneras comedidas, era repulsivo el aspecto de aquel miserable.

Estaba junto a una mesa, y parecía deleitarse en agarrar sorbo a sorbo el aguardiente que había en un pequeño vaso.

Ninguna otra persona se encontraba en aquella habitación, y por consiguiente, el paje no pudo dudar: acercóse a Benito, le dirigió las palabras convenientes, y recibió la respuesta.

—¡Vive Dios!—exclamó el espía, mientras miraba y remiraba de pies a cabeza a Luis—. ¿Quién había de creer que fuérais vos?

—Si juzgáis por las apariencias...

—No, porque la experiencia me sobra, ni tampoco debo sorprenderme, porque a vuestra edad me habia yo metido en muchos negocios de importancia, y habia ganado la partida más de una vez a bribones muy torres. La primera desgracia me sobrevino a los diez y seis años, y fué una paliza que me dieron para hacerme pagar cierta travesura de la que fué víctima cierta doncella muy recatada y muy virtuosa hasta que me conoció. Más de un mes

estuve entre la vida y la muerte: pero al fin curé de cuerpo y de espanto, y seguí mi gloriosa carrera.

—¿Y no habéis hecho fortuna?

—Mil veces: pero otras tantas he perdido lo que gané.

—Si os parece bien subiremos y comeremos.

—Estoy a vuestra disposición en cuerpo y en alma, ya lo sabéis.

—Gracias, señor Benito.

—Veo que ya conocíais mi nombre...

—Desde el día en que empezasteis a servir en palacio.

—Yo también os conocí muy pronto; pero confieso mi torpeza, nunca creí que fuéis el diablo.

—Callad ahora.

—Vamos a comer.

Llamaron al hostelero, le dieron las órdenes oportunas, subieron al piso principal y se instalaron en una habitación donde no había más que una mesa y algunas sillas.

—Aquí podremos hablar con toda descuido—dijo Luis.

—La empresa es peligrosa: pero en cambio la recompensa será muy crecida.

El huésped se presentó con la comida que le habían pedido.

—No vendréis mientras no llamemos—le dijo el paje.

Quedaron solos Benito y Luis, y el primero, mientras echaba vino en su vaso, exclamó:

—¡Por Dios vivo!... Mucho debéis valer, señor Luis.

—Eso dicen.

—Aun no he podido adivinar... ¿Pero no bebéis?

—Sí.

—Antes de comer conviene limpiar el tragadero.

—Tenéis razón.

—Brindaremos por la salud del príncipe...

—Y por su libertad.

Bebieron.

—Pues como os decía—repuso Benito, en tanto que llevaba a la boca una chuleta—, aun no he podido adivinar...

Interrumpióse.

Contó.

Se limpió los labios y dijo:

—Se acaba.

—El remedio es fácil.

—Mientras haya vino...

—¡Por el príncipe de Orange!

—¡Por los flamencos!

Otra vez vaciaron los vasos.

Era evidente que Benito se proponía trastornar la cabeza del paje, haciéndole beber mucho.

Así debió comprenderlo el travieso niño, porque desplegó una sonrisa maliciosa, volvió a llenar su vaso, bebió, hizo lo mismo otra vez y luego dijo:

—Ahora es cuando empiezo a estar satisfecho.

—¿No tenéis miedo de emborracharos?

—Ya lo veis.

—¡Oh!...

—Decidme que...

—Sí, que no he podido adivinar...

—¿Qué?

—De qué medio os habéis valido para hacer llegar a manos del príncipe vuestras cartas, y reconocer lealmente que para una intriga de esta clase valeis mucho más que yo.

—Señor Benito, olvidáis una cosa.

—Vos me la recordaréis.

—No ha venido para que me interrogéis.

—Es verdad... Perdonadme — dijo el espía pudiendo apenas disimular su disgusto—. No ha sido mi intención...

—Ocupémonos del asunto que nos interesa.

—Voy a cumplir lo prometido.

—¿Habéis traído las cartas?

—Sí.

—Veamos.

—Antes me permitireis que os dé algunas explicaciones.

—Escuchó.

—El príncipe de Orange ha escrito una carta al heredero del trono, ofreciéndole sus respetos y sus servicios, carta que tiene el doble fin de que sirva como de credencial a la persona que la pretende, pues así se expresa.

—¿Y vos la tenéis?

—Sí.

—¿Y cómo habéis de hacer uso de ella, estando preso don Carlos?

—Cuando la carta se escribió, el príncipe estaba en libertad, pues habéis de tener en cuenta el tiempo que ha tardado en llegar a Madrid.

—No había pensado en eso.

—Además, tengo otra carta, recibida ayer, escrita por el conde de Egmout a don Juan de Austria, haciéndole ciertas proposiciones.

—¿Y para qué tenéis vos ese papel?

—Para entregarlo a don Juan cuando llegue a Madrid.

—Muy bien.

—Y por último, os presentaré una tercera carta que me escribió pocos días antes de morir el marqués de Poza, que me honró con su confianza, diciéndome que viniese yo a Madrid y estuviese prevenido, porque el día menos pensado tendríamos que partir en compañía de otra persona. No tengo que deciros que la otra persona era el príncipe don Carlos.

—¿También conocéisle al de Poza?—exclamó el paje, mientras llenaba su vaso.

—A mí acudía siempre por cierta clase de asuntos, y me pagó con mucha largueza. ¡Oh!... Si no hubiera muerto...

—Dadme las cartas.

—¿Queréis más pruebas?

—Por ahora, no.

—Tomad, y después hablaremos con la franqueza de buenos amigos y partidarios de la misma causa. Esto diciendo, el espía sacó unos papeles que puso sobre la mesa.

Por si el lector no advirta cómo estaban aquellos documentos en poder de Benito, le diremos que se habían falsificado, imitando la letra de Guillermo de Orange, de Egmout y del de Poza.

La imitación no era perfecta: pero al bastante para engañar a quien no estuviese prevenido.

El paje miró fijamente al espía.

Va no le quedaba duda de que era un espía de don Carlos.

Sin tomar las cartas, Luis dijo:

—Antes de examinar esos documentos, os haré algunas advertencias y algunas preguntas.

—Y lealmente os responderé. Ya habéis visto que os he entregado en vuestras manos.

—Soy un niño.

—Vive Dios!...

—La intriga es muy peligrosa.

—Y lo sé.

—Jugamos la cabeza.

—No se me oculta.

—A pesar de todo eso...

—Estoy decidido a trabajar en favor de don Carlos.

—¿Y si fuese menester inutilizar para siempre a alguno de nuestros adversarios?

—No me veríais vacilar.

—¿Os acroveríais a dar una puñalada a Rup Gómez de Silva?

—Ya he dado muchas.

—Lo digo porque tal vez...

—Si es preciso, esta misma noche morirá el príncipe de Ebor dentro del mismo alcázar—dijo el eunuco con sorda voz.

Y se contrajo su frente y se oscurecieron dos cenizas de sus ojos.

El paje soltó una carcajada burlona.

—¡Truenos!—exclamó Benito—. ¿Lo dudáis?

Rup Gómez, colocado tras la cortina, miraba y escuchaba, y sintió como si en sus venas se helase la sangre.

No pudo ya contenerse.

Separóse de la puerta, bajó, llamó a los esbirros que esperaban, y mientras volvían a subir, les dijo:

—Prenderéis al hombre que yo designe, de dos que están comiendo lo ataréis, y si hiciese resistencia, lo mataréis sin ninguna consideración.

Los cuatro esbirros sacaron las espadas y una parda.

—¿Y si grita?—preguntó uno de ellos.

—¿No tenéis una mordaza?

—Sí.

—Se la pondreis.

Llegaron a la puerta de la cortina.

Ruy Gómez no se atrevió a presentarse el primero.

--Entrad--dijo.

Uno tras otro fueron entrando los esbirros.

Es inexplicable el efecto que produjo su presencia.

Los cuatro conocían a Benito, y él a ellos, como que eran unos.

--¡Rayos!--exclamó Benito, con tono de profunda sorpresa--: ¿Qué buscáis aquí?

--¡Tú mano a mano con este hombre!--dijo con no menos sorpresa uno de los esbirros.

--¡Benito aquí con un hereje!--exclamaron los otros.

Todos creyeron que el paje era el criminal de quien debían apoderarse, y al paje rodearon amenazándole con las espadas.

--Os habéis equivocado -- dijo tranquilamente Luis.

Presentóse el de Eboli, fijó una mirada terrible en Benito, y gritó:

--A ese, a ese miserable..

--¡A éste!...

--Sí, es el criminal..

--¡A mí!...

--A ti, traidor, asesino..

--¡Nuestro compañero!..

--¿Qué decís?

--Señor...

--Atadlo...

Empezaba a producirse la confusión, porque todos hablaban a la vez y nadie se entendía.

La palabra compañero, pronunciada por los esbirros, había desagradado mucho al paje.

--Obedeced--dijo imperiosamente Ruy Gómez, que no se consideraba seguro mientras no viese por lo menos maniatado a Benito.

--Tranquilizaos--replicó éste-- que no ha de haber resistencia.

--¿Pero acaso eres tú el delincuente?

--Sí, yo.

--¡Ah!...

--Todo lo comprendo... Estos a vuestra disposición.

Al decir esto el espía, soltó una carcajada.

—Ahora te ríes — le dijo Ruy Gómez—, pero mañana...

—Sí, mañana y tal vez antes, tendrá vuestra señoría un desengaño.

—Con vuestra cabeza respondéis de este miserable.

—¿Y a dónde hemos de llevarlo?

—A la Inquisición, encerrándolo en el más seguro calabozo.

—Cuidado, caballero—dijo el espía con tono burlesco—, no olvidéis llevaros esas tres cartas, que son la prueba de mi delito.

Los esbirros cumplieron con exactitud las órdenes de don Ruy.

Atraron a su compañero.

—¿Vamos ya?—preguntaron.

—Con Dios quedad, señor paje—dijo Benito—. Otro día continuaremos nuestra interesante conversación.

Y añadió, dirigiéndose a los otros esbirros:

—Estáis representando un triste papel, y lo siento por la honra y la reputación de nuestra distinguida clase.

Dichas estas palabras, el espía empezó a cantar muy alegremente y salió con sus compañeros, que cada vez estaban más aturdidos.

Preocupado quedó Luis.

Sin embargo, no le había sorprendido la tranquilidad del espía, porque desde la noche anterior había creído que no era un partidario de los flamencos, sino un agente más o menos hábil del cardenal o de doña Ana de Mendoza.

Ruy Gómez de Silva tomó las cartas y las leyó atentosamente.

—¡Ah!—exclamó—. Esto es un tesoro.

—Caballero—replicó el paje—, no se entusiasme tan pronto.

—Mira, mira y...

—Ese bribón es demasiado astuto y sabrá defenderse, probar su inocencia y salir de nosotros.

—No hay defensa posible.

—Hemos conseguido inutilizarlo para auxiliar al príncipe, y nada más.

—Cuando lo pongan en el tormento...

—No sucederá.

—¿En qué te fundas para creerlo así?

—En que he visto que representaba dos papeles, y lo hace tan bien, que a todos los engañará, y quiera Dios que no engañe también al rey.

—Exageras.

—Pronto veremos quien se equivoca.

—Vámonos, mi querido Luis. Quiero que te vea mi esposa.

—Le haré una visita; pero más tarde o mañana.

—¿No vuelves ahora a palacio?

—Eso sí.

Pegó Ruy Gomez con mucho gusto la comida. Salieron y volvieron al alcázar.

Antes de decir cómo se resolvió aquella situación extraña, tenemos que dar noticias del infeliz marqués de Poza.

CAPÍTULO XC

La desgracia mayor

Aquel mismo día y precisamente a la hora en que tenía lugar en la hostería el suceso que acabamos de referir, el comendador Maldonado se encontraba en su casa y parecía absorto en la lectura de una carta que poco antes había recibido.

Pálido y contraído estaba el rostro del buen comendador.

Sus manos temblaban.

Leía por segunda vez.

—¡Dios misericordioso!—exclamó con voz ahogada.

Y con acentos de dolor y abatimiento profundo inclinó sobre el pecho la cabeza.

He aquí el contenido de la carta, que parecía escrita para que sólo Maldonado la entendiese:

“La fiebre no ha cesado un solo instante, a pesar de haberse curado ya completamente la heri-

da, sino para sobrevivir una desgracia tal vez peor que la muerte. Cuando el doctor creía que el estado de debilidad a que había llegado no era posible que viviese; cuando aseguraba que la calentura había consumido su ser y que en breves días dejaría de existir, sobrevino una crisis horrible, y con ella un completo trastorno de la razón. Está loco el infeliz manco. El doctor dice que no tiene cura, y así lo creo. Tiene momentos desesperados, y pronuncia con frecuencia muchos nombres que ya podría adivinar cuáles son. Habla de su amor; pero no dice cómo se llama la mujer a quien adora. No es puedo decir otra cosa; vive pero loco. ¡Desdichado! ¿Qué he de hacer? No lo abandonaré, y los pocos años que me quedan de vida los dedicaré a endulzar en lo posible su triste situación. Veo por vuestra carta que ahora importa más que nunca guardar el secreto, porque si entonces hubo motivos para hacer con el desdichado lo que se hizo, con más razón hoy que descuidos o imprudencias han puesto en manos de sus enemigos su perdición. Desde que está loco he pensado que lo hicimos un mal con salvarle la vida. Han sido estériles nuestros sacrificios.

"Espero con ansiedad vuestra carta para saber si vuestros temores eran fundados".

Esta carta no tenía firma.

Pasó largo rato.

Levantó Maldonado la cabeza, y exhaló un pesado suspiro.

—¡Loco!—exclamó—. ¡Infeliz!... ¿De qué le ha servido que yo lo arriesgue todo, hasta mi cabeza, por salvarle la vida? ¡Para el mundo está muerto, y para los que nos hemos complacido de él está loco! Y siempre el recuerdo de sus amores, que fueron ignorados para todo el mundo; se han conocido algunos, pero de nero pesatiempo. En los torneos no llevaba su empresa más que un corazón, bajo el cual decía: "Otro busca y no lo encuentra". Sólo en el último torneo, pocos días antes de su muerte, puso un sol con las palabras: "Todo arde a mi vista"; palabras tan mal intencionadamente interpretadas por sus enemigos, que debieron contribuir no poco a su desgracia, según

me aseguró Ruy Gómez aquella noche fatal. Aquel sol a creer lo que se dijo... No es posible, porque no hubiera profesado tan íntima y verdadera amistad al príncipe, a su mismo rival. Imposible, imposible.

Volvió a meditar largo rato, y luego añadió:

—;Desdichado!... Voy a escribir a mi buen hermano. Malas nuevas tengo yo que comunicarle; desgraciadamente, mis temores no fueron vanos.

El noble comendador escribió lo siguiente:

"Tristísimas nuevas me daís, y tristísimas es las comunico. Razón tenéis al decir que le hubiéramos hecho mayor beneficio con no salvarle la vida. Según el aspecto que toman los negocios, hoy sería más peligroso que nunca el que se supiera que vive. La persona sobre quienes tengo hablado está ya imposibilitada hasta de respirar el aire libre, si bien continúa en su posada. Esto sucedió hace pocos días, y en ellos dicen que ha cambiado tanto, que no se le conoce. Todo se sabe ya, y está probado que son documentos que comprometen mucho, mucho al que está con vos. Sucedan cosas tan extrañas, que son incomprensibles. Más que nunca es ahora peligroso nuestro secreto.

"Decís que habla de su perdido amor; yo sigo buscando a la mujer amada y no la encuentro; tened cuidado de no olvidar cualquier hombre, que pronuncie, por si esto pudiera servirnos; aunque bien pensado, si no sana de su demencia, más vale dejar a sus amigos en la creencia de que ha muerto: ya lo lloraron, y la noticia de esta segunda desgracia causaría nuevo dolor.

"Bendigaos Dios por los sentimientos caritativos que demostráis."

Concluida la epigramática carta, llamó a un criado y le dijo:

—Que entre ese hombre.

Un momento después se presentó un hombre de avanzada edad, pero de robustos y ágiles miembros. Su vestido participaba de la decencia del de un sirviente de algún hidalgo de provincia, y de la sencillez del de un campesino bien acomodado; así es que fácilmente se le hubiera podido tomar por lo uno o por lo otro;

—Señor — dijo saludando al comendador con profundo respeto —, espero vuestras órdenes.

—Tenéis que llevar otra carta, Juan.

—Señor, mi edad y vuestras bondades me han dado algunas veces atrevimiento para entremeterme en asuntos que no son míos.

—Sabes que no te tratamos como a un criado cualquiera.

—Os debo mucho, y más al señor barón, vuestro hermano.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Lo que ya me atreví a decir al señor barón, y es, que si por una desgraciada casualidad llegase a caer en extrañas manos una de las cartas de que yo soy portador, los perjuicios serían incalculables.

—Es verdad.

—Eso no sucedería sin que antes me matasen; pero es el caso, que aunque yo sacrificase mi vida no por eso dejaríais de sufrir menos perjuicios; y he pensado, que cuando las cartas no contengan secretos que yo deba ignorar, es más prudente no escribirlas, y comunicaros de palabra lo que el señor barón os dice por escrito.

—¿Qué os ha dicho mi hermano sobre eso propio?

—Que si lo aprobáis, no escribirá nada más relativo al señor marqués.

—Lo apruebo en un todo, y empleo por quitar la carta que debías llevarle.

Fizolo así el comendador, y luego dijo al fiel sirviente:

—Escúchame con atención y no olvides una sola palabra.

—Descuidad, señor comendador.

—Dí a mi hermano que la noticia de la locura del marqués me ha causado un sentimiento profundo, y que pienso como él en cuanto a que casi hubiera sido mejor no salvarle la vida. Que este secreto es hoy más peligroso que nunca, porque se han convertido en realidades lo que antes eran sospechas, pues se han apoderado de todos los papeles del príncipe. Que éste se encuentra preso en su cuarto y que se le forma activamente proceso. Que nadie conoció al marqués sino amoros

de puro pasatiempo, y que interesa mucho que se ponga cuidado en cualquier nombre de mujer que pronuncie, por si acaso de esto podemos deducir alguna cosa. Que no me he atrevido nunca a revelar a don Carlos el secreto porque temí a sus imprudencias, y que hoy es además imposible porque está incommunicado. Y en fin, que me lleno de gozo al ver sus sentimientos caritativos.

—¿Nada más, señor?

—Puedes añadirle que aun no se ha descubierto quien es ese amigo del príncipe, y que debió serlo mucho del marqués, a quien sin conocerlo le llaman todos el diablo de palacio. A éste interesaría revelar el secreto; pero es imposible saber quién es. Tiene desesperado al rey, loca a la princesa, espantado a Ruy Gómez de Silva y alborotados a los cortesanos todos.

—Vuestras palabras serán fielmente repetidas.

—Tráeme noticias con frecuencia.

—Apenas haya cualquier novedad, vendré.

—Puedes irte ya.

Salíó el anciano después de hacer una profunda reverencia.

Cuando el comendador estuvo solo, dijo:

—¿Debo seguir buscando a esa mujer misteriosa, amada por el marqués?... Dudo, porque si el infeliz está loco, no conseguiremos sino destruir el alma de ella con la noticia de una nueva desgracia, mil veces peor que la muerte. Y sin embargo, esa mujer tiene derecho a saber la verdad, porque sólo así puede apreciar su situación.

Poco tuvo que reflexionar Maldonado para convencerse de que debía seguir buscando a la mujer que llamaba misteriosa.

Aunque no fuese probable, era posible de que el marqués recobrase la razón que había perdido, y posible también que entra tanto la mujer amada creyéndose libre, aceptase otro esposo o se retirase a una celda, pronunciando votos sagrados que la separasen para siempre del mundo.

En este caso semejante, ¿qué sucedería cuando la verdad se pudiese en claro?

Lo mismo ella que él se entregarían a la desesperación, y si podían soportar el golpe, serían las

criaturas más desgraciadas y sufrirían lo que apenas se concibe.

Indudablemente el comendador estaba obligado a buscar a la mujer desconocida para decirle la verdad.

¿Qué se había conseguido con salvar la vida del marqués?

Al saber que estaba loco su amante, debía Blanca sufrir mucho más de lo que había sufrido al creer que estaba muerto.

¡Negra fatalidad la que perseguir constantemente a aquellas dos criaturas!

—Estoy decidido — murmuró Maldonado después de unos minutos—. Seguiré trabajando sin cesar. Hoy veré otra vez a doña Blanca, le suplicaré; y... ¡Oh!... Creo que desconfía, y no sé cómo inspirarle confianza.

Lo que acababa de suceder con Benito era un motivo más para que la doncella viese un enemigo en cada persona que le hablaba de sus amores o del paje.

Ya se había fijado la atención de éste, que era lo peor que podía suceder, y a tales medios se acudía, que era menester vivir muy prevenidos, y desconfiar hasta de los que más amigos parecían.

Ya conocemos la situación del marqués: veamos ahora cómo quedó Benito.

CAPÍTULO XCI

Cómo probó el espía que había prestado un gran servicio

Felipe II escuchó el relato fiel que hizo Ruy Gómez de lo sucedido en la hostería, preguntó cuál era la opinión del paje, y luego arrugó el entrecejo.

Después de algunos minutos leyó las tres cartas y dijo a Ruy Gómez de Silva:

—Estoy satisfecho de tus servicios.

—Me considero feliz, señor.

—Déjame ahora, y vuelve a la cámara de mi hijo.

Salió el favorito mientras decía para sí:

—Creí que iba a entusiasmarne, y ha sucedido lo contrario. ¿Acertará el paje en lo que pronosticó? ¿Me ha engañado mi propio deseo? ¿No tiene este asunto la importancia que yo he creído? Sin embargo, mucha importancia le daba el mismo rey hace pocas horas. Empleo a estar aturrido y no lo entiendo... ¡Oh!... Y luego mi esposa se burlará de mí, y lo peor es que tiene verdadero motivo para burlarse.

Una hora pasó, y el cardenal entró en la cámara del rey.

—Llegáis muy a tiempo — dijo el monarca —, porque disiparéis mis dudas.

—No comprendo, señor — respondió Espinosa con tono de extrañeza.

—¿Aún no sabéis quién es ese hombre? ¿No lo habéis interrogado?

—¡Ese hombre!...

—El que está preso.

—Señor, me dijo el de Eboil que se trataba de apoderarse de un hereje, de un traidor...

—Sí.

—No me dió más explicaciones, ni yo se las pedí concretándome a mandar que cuatro esbirros se pudiesen a su disposición y le obedecieran ciegamente.

—Y han cumplido su deber.

—Lo que después ha sucedido lo ignora.

—El criminal se encuentra en los calabozos del Santo Oficio.

—Entonces...

—Escuchadme, señor cardenal, y comprenderéis la situación; pero sentaos, porque conviene que hablemos sossegadamente.

Sentóse el cardenal, y fijó su mirada penetrante en Felipe II.

Con todos sus detalles refirió el monarca cuando había sucedido y luego dió a Espinosa las cartas que Ruy Gómez había calificado de tesoro.

Leyó muy atentamente el inquisidor general. Su rostro no expresaba ni alegría ni disgusto;

—¿Qué opináis?—preguntó el monarca.

—Nada todavía.

—El paje cree que ese hombre representa un doble papel, y que se justificará.

—Es posible que ese niño acierte.

—Yo nada quiero creer aún.

—Señor, me parece que ante todo debo interrogar a ese hombre.

—Sí.

—Después tendré la honra de decirle a vuestra majestad lo que opino y lo que debe esperarse; pero entretanto, el enemigo más terrible, el verdadero diablo...

—No lo conocemos.

—Si vuestra majestad me lo permite...

—¿Qué queréis?

—Me voy—dijo el cardenal poniéndose en pie.

—Y apenas hayáis puesto en claro la verdad...

—Vendré.

Muy poco más hablaron.

Espinosa guardó las cartas y salió.

Volvió a su morada y dispuso que inmediatamente fuesen en busca de fray Bernardo.

Acudió éste, escuchó con su humildad característica y respondió sencillamente:

—Veremos.

—Lee las cartas.

No las leyó el fraile, sino que miró la firma, y haciendo un gesto de duda, dijo:

—Vuestra eminencia, que es muy bondadoso, me permite una observación.

—Decid.

—Falta saber si esto es una falsificación.

—¿Hermano!

—Vuestra eminencia me perdonará.

—A mí me ha ocurrido por casualidad.

—No he pensado en eso...

—Vamos a la Inquisición. veremos a ese hombre y saldremos de dudas.

Fray Bernardo guardó silencio.

Diez minutos después entraban en el edificio, que aún existe, donde tantos desdichados inocentes gemieron, donde se pronunciaron sentencias tan terribles como injustas, donde tantos críme-

nes se cometieron invocando el santo nombre de Dios.

El cardenal fue recibido con todos los honores que correspondían a su elevada clase, no solamente como príncipe de la Iglesia, sino como inquisidor general.

Preguntaron si efectivamente había entrado un preso y les contestaron afirmativamente; pero nada más les dijeron.

Después de descansar algunos minutos bajaron a las cuevas.

Los acompañaban los cuatro esbirros y otros dos dependientes.

Todos iban silenciosos.

Los primeros hubieran dado explicaciones y manifestado su extrañeza por lo que sucedía; pero no se atrevieron porque no les preguntaban.

No tenemos ahora para qué pintar el interior de aquel edificio, tal como entonces se encontraba, y cuyas cuevas se prolongaban hasta lo que es hoy Santo Domingo.

Detuviéronse junto a una puertecilla cerrada, que abrió el llavero.

—¿Está bien asegurado el criminal?—preguntó Espinosa.

—Con argollas, esposas y grillos.

—Quedaos aquí.

Entraron el cardenal y fray Bernardo en el calabozo donde apenas penetraba algún rayo de luz.

Los pies se resbalaban y se hundían en el húmedo piso.

Era pesada y nauseabunda la atmósfera.

Parecía imposible que allí pudiese vivir una criatura algunos días.

Sin embargo aquel calabozo no era de los peores.

En un rincón, sentado en una piedra y encadenado se encontraba Benito, que exclamó:

—¡Gracias a Dios!... no me sorprende que os hayáis apresurado a venir en mi socorro; pero estoy tan mal, que los minutos me parecen siglos... ¡Oh!... Perdóneme vuestra eminencia; no puedo levantarme, ni apenas moverme, pero con el res-

peto debido saludo a vuestra eminencia, y le suplico que me dé su bendición.

—¡Benito!—exclamó el fraile sorprendido.

—El mismo soy, reverendo padre.

—¡Tú eres el criminal!...

—Yo, y según parece, mi crimen no es otro que el de haber cumplido fielmente las órdenes de vuestra merced, y habré prestado un gran servicio a la santa causa de la religión y a su majestad.

—¿Conocéis a este hombre?—preguntó Espinosa a fray Bernardo.

—¡Que sí lo conozco!... Pues sí es el que en palacio nos servía.

—¡Ah!...

—Y según lo convenido, representaba el papel de partidario del príncipe don Carlos...

—Empiezo a comprender.

—Tan bien lo ha representado, que las consecuencias...

—¿Y las cartas?

—Pronto saldremos de dudas, eminentísimo señor.

—Hablabamos en otro sitio, porque aquí se está muy mal.

—Supongo que no hay ningún inconveniente en que quiten al pobre Benito esas cadenas...

—Sí, que se las quiten y que nos siga.

Llamó el fraile.

Bien pronto el espía se vió libre de los grillos y esposas.

—Esto es otra cosa—dijo.

Abandonaron el calabozo.

Sallieron de las cuevas.

Subieron al piso principal y entraron en una habitación sencillamente amueblada.

Era el despacho particular del dominico.

Sentóse el cardenal en el único sillón que había.

El fraile, siempre humilde, ocupó una dura banqueta.

Benito permaneció en pie.

De aquellos tres hombres, Espinosa era el que representaba más, y aunque valía mucho, considerado bajo el punto de vista intelectual, era pre-

ciso conceder el primer lugar al dominico, porque éste tenía más inteligencia, más ingenio y más astucia.

Después del traste, tenemos que colocar a Benito, que también valía más que el cardenal en cierta escala.

Transcurrieron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

Espinosa rompió el silencio, aunque hubiera preferido que hablase fray Bernardo, y dijo:

—Principiemos por estas cartas. Una está escrita por Guillermo de Orange, ese gran hereje indigno del ilustre nombre que lleva. Sus antepasados vertieron su noble sangre en defensa de la religión católica. ¿Qué dirían si resucitasen y viesen a su descendiente combatir por la herejía? ¡Que Dios illumine su razón perturbada!

—Amén—dijo a media voz el dominico.

—La otra carta — añadió Espinosa —, es del conde Egmond, el vencedor de Gravelinas y San Quintín, siempre leal vasallo y buen católico, y extraviado ahora por un sentimiento patriótico mal entendido; y por último, la tercera de estas cartas está escrita por el marqués de Poza, sobre cuya familia parece que había caído la maldición del Omnipotente, resultando que su padre y su hermano incurriesen en el crimen de herejía y fuesen sentenciados por la santa Inquisición y quemados en Valladolid. El hermano era indigno sacerdote, dominico lo mismo que vos, fray Bernardo.

—Sí, eminentísimo señor, del orden de dominicos, los fundadores de la Inquisición y por la Inquisición fué quemado.

—Sin dejar sucesión ha muerto desastrosamente el último vástago de esa familia.

—Mil veces bendito el Omnipotente.

El cardenal tosió, cambió de postura, miró a Benito y le preguntó:

—¿Qué tenéis que decir de estas cartas?

—Eminentísimo señor — respondió el espía —, esas cartas son uno de tantos resortes de que he tenido que valerme para representar mi papel de partidario de don Carlos.

—¿Pero cómo se encontraban en tu poder estos papeles de tanta importancia?

—Dios ha querido darme alguna habilidad para manejar la pluma, y como yo los escribí, claro es que estaban en mis manos.

—¡Ah!...

—Son falsos, eminentísimo señor, tal falsos como el alma de Judas.

—Basta; ya no necesito más explicaciones, porque lo demás lo tengo entendido. Eres un hombre de provecho; pero tu celo te ha extraviado, y has cometido más de una torpeza.

—Todavía espero justificarme y que vuestra eminencia cambie de opinión.

—Lo de las cartas está bien, muy bien; revela ingenio, astucia...

—Gracias, eminentísimo señor.

—Pero te has dejado arrebatar, no has tenido paciencia, y has dado el golpe en falso; de todo lo cual resulta, que ahora tenemos que privarnos de tus servicios, porque te has inutilizado para pisar los umbrales de palacio.

—Perdóneme vuestra eminencia—dijo el fraile—, perdóneme si me tomo la libertad de hacer una observación.

—Sí, sí.

—Abrigo la esperanza de que Benito probará que nada hemos perdido, sino que hemos ganado mucho.

—¡Bah!—repuso el esbirro—. Casi no necesito probarlo, porque no necesita pruebas lo que se ve, lo que se toca.

—Pues si te he de hablar con franqueza, nada veo.

—Eminentísimo señor, tanto hemos conseguido, que no necesitamos más.

—Pero, ¿qué hemos conseguido?

—Averiguar quién es el diablo de palacio.

—¡Benito!...

—Ni más ni menos, eminentísimo señor.

—Si eso fuera verdad...

—No he podido hablar con el padre Bernardo, y sin embargo, estoy seguro que piensa lo mismo que yo. Vuestra eminencia es demasiado indul-

gente, piensa demasiado bien de todo el mundo, y por eso no ve lo que está tan claro.

—Hermano Bernardo, hablad.

—Eminentísimo señor, yo no dudo—dijo el dominico—: el intrigante que se burla de todos y a quien llaman el diablo, es el paje...

—¡El paje!...

—Por lo mismo que nadie desconfía de él, que a nadie infunde temor, porque es un niño, ha podido hacer lo que ha hecho.

—Es audaz y más astuto que la misma audacia—dijo el esbirro—: adivinó lo que yo me proponía y quiso inutilizarme.

—Y lo hubiera conseguido, si Benito no obedeciera nuestras órdenes, porque a estas horas estaría ya en el tormento, y mientras probaba su inocencia, el paje tendría tiempo de concluir su obra.

Sintióse aturdido el cardenal.

Nunca había sospechado que Luis era el intrigante misterioso que tanto daba que hacer.

Reflexionó.

Aún no habían pasado diez minutos, cuando era de la misma opinión que el fraile y el esbirro.

Sus pequeños ojos brillaron con el fuego de la alegría.

¡Conocer al diablo de palacio!

Esto era una fortuna incomparable.

¡Con cuánto entusiasmo dispondría un auto de fe para ver cómo el travieso niño perecía en la hoguera!

Efectivamente, si se discurría con calma y algún acierto, recordando antecedentes y apreciando circunstancias y detalles en su verdadero valor, se venía en conocimiento de que Luis era el diablo.

Gran importancia tenía el descubrimiento, y gran recompensa merecía Benito, aunque no presentase pruebas.

Para juzgar era bastante el convencimiento moral y no necesitaba Felipe II más que estar convencido para pronunciar la sentencia.

Tal vez se respetaría la vida del paje; pero sería

encerrado en un calabozo del que no saldría mientras viviese el monarca.

El espiá no se había equivocado al decir que a Ruy Gómez de Silva le esperaba un desengaño terrible.

—No necesito más — dijo Espinosa, después de algunos minutos—, nada más.

—Vuestra eminencia dispondrá de mi humilde persona.

—Por de pronto irá a ver al rey, se pondrá en claro la verdad y determinaremos lo que más convenga; pero de todos modos tú serás recompensado tan largamente como mereces, pues has hecho lo que parecía imposible, y has prestado un servicio de la mayor importancia.

—Aún queda bastante que hacer.

—Hoy mismo el paje ocupará el calabozo donde tú has estado.

—Si vuestra eminencia me da la orden irá a prenderlo ahora mismo.

—Antes es preciso contar con la licencia del rey.

—Entonces...

—¿Crees que han de dejarlo en libertad?

—Sí—respondió sin vacilar el esbirro.

—¿Qué opináis, hermano Bernardo?

—Lo mismo que Benito.

—No, eso no puede ser.

—Eminentísimo señor—repuso el fraile—, aún no conozco a ese niño; pero tengo la seguridad de que sabrá defenderse, justificarse, y quizás haga creer que merece una recompensa.

—No se equivoca vuestra merced—dijo Benito—, y pronto se convencerá vuestra eminencia.

—Sí, necesito verlo para creerlo.

—Pues bien, si ahora se me deja en libertad...

—¿Qué quieres hacer?

—Al despedirme del paje le prometí continuar nuestra interesante conversación, y debo cumplir mi promesa.

—Si no has de hacer más que hablar con él...

—Nada más.

—Licencia tienes.

—Yo te acompañaré—dijo el fraile.

—¿Y para qué quiere vuestra merced tomarse esa molestia?

—Porque me conviene conocer personalmente a ese niño.

—Ya verá vuestra merced que en la cara lleva escrito lo que vale.

Puso el cardenal término a la conversación, porque quería cuanto antes llevar la noticia del gran descubrimiento.

Salió, pues, y se encaminó a palacio.

Entonces dijo el fraile a Benito:

—Ahora escúchame, te convenceré de que has cometido una torpeza y evitaré que cometas más.

—¿No hemos de ir a ver al paje?

—Hay tiempo para todo.

—Cuando vuestra merced lo disponga.

—Tenemos también que ponernos de acuerdo en cuanto al plan a seguir.

—Así es prudente.

—Escúchame, pues.

—Es mi obligación.

Los dejaremos ponerse de acuerdo: seguiremos al cardenal.

CAPÍTULO XXII

Cómo recibió el rey la noticia

Muy acostumbrado a disimular y a fingir estaba Espinosa; pero aquel día no le fué posible evitar que en su rostro se pintase su alegría.

Entró en el alcázar, contestando con bendiciones y sonrisas los saludos respetuosos de los palaciegos.

Según costumbre, inclinaba sobre el pecho la cabeza y medio cerraba los ojos; pero a través de sus pestañas escapábanse los fulgores de su inmenso júbilo.

Regocijabase con la seguridad que tenía de que muy pronto estaría en su poder el paje, pues creía que el rey no se opondría a que la Inquisición cas-

digase al criminal, que había cometido el delito de herejía en el mero hecho de proteger a los inusurpados de Flandes.

...llegó a la real cámara, fué recibido por Felipe II.

La expresión del rostro de éste había cambiado, o más bien había desaparecido toda expresión.

Si por un momento había dejado ver lo que sentía, después de recobrar la calma y de reflexionar volvió a cubrirse su semblante con máscara de hielo, a través de la cual era imposible ver lo que había en su alma tenebrosa.

—Bien venido—dijo triamente al cardenal.

—Señor, hemos triunfado por completo: ya conocemos al diablo de palacio, y puede castigarse al traidor que ha cometido tantos abusos y que tan tenazmente ha favorecido la causa de la herejía.

—¿No os equivocáis? — preguntó el monarca, fijando su mirada penetrante en Espinosa.

—¡Equivocarme!... Ahora no puede ser.

—Me alegro.

—Para que vuestra majestad comprenda la situación, tengo que darle a conocer algunos antecedentes.

—Ya escucho.

—Fray Bernardo, dominico, y uno de los más celosos individuos que componen el tribunal de la Inquisición en Madrid, creyó conveniente averiguar hasta que punto era cierto lo que se decía de intrigas en favor de la Reforma en el interior de este alcázar.

—Efectivamente—dijo el rey con una intención que pasó desapercibida para el cardenal—. muy celoso debe ser ese dominico.

—Para conseguir lo que deseaba, en oien de nuestra religión se arregló de modo que un hombre de su confianza y dependiente también del Santo Oficio obtuviese un empleo en palacio.

—¿Hace mucho tiempo?

—Nueve o diez días lo más.

—No recuerdo que me hayáis pedido semejante gracia.

—Es que no la pedí, porque yo ignoraba los planes de Fray Bernardo.

—Ahora entiendo: la Inquisición, o ese fraile, que para el caso es igual, creyó introducir en mi morada un espía.

—Para buscar un hereje, o muchos...

—Continuad.

—El hombre que nos servía...

—Era el mismo que anoche siguió al paje.

—Y para inspirarle confianza...

—Sí, ya lo comprendo todo.

—Seguro que el hombre a quien seguía era el diablo...

—Señor cardinal — interrumpió Felipe II, que empezaba a sentirse vivamente herido porque en su licencia se hubiera dispuesto a introducir en su palacio al espía—, debíais haber buscado un hombre de más inteligencia.

—¿Pues qué, tiene poca?

—Viéndolo estáis: al primer paso que ha querido dar, ha cometido una torpeza.

—Señor, estas cartas—repuso el cardinal, sacando y entregando al rey las tres que Ruy Gómez de Silva consideraba un tesoro—, estas cartas están escritas por nuestro hombre, son falsas...

—Lo cual prueba que tiene demasiada habilidad; una habilidad peligrosa, pues lo mismo que falsifica hoy para servirlos, falsificaría mañana para hacerlos traición.

Empezó Espinosa a comprender que el rey miraba la cuestión bajo distinto punto de vista.

Era, pues, conveniente dar nuevo giro a la conversación.

Fray Bernardo hubiera mirado con lástima al cardinal porque la verdad es, que éste cometía torpeza tras torpeza aquel día. Era tan astuto como siempre; pero no podía ponerse a la altura del dominico en aquella intriga.

El fraile en lugar de Espinosa, hubiera relatado de otro modo los sucesos, y fingiéndose torpe como quien no quería a deducir la verdad, hubiera dejado que el monarca hiciese las deducciones.

No sucedió así, y bien puede decirse que por una casualidad se había salvado el paje.

—Por de pronto—dijo Espinosa después de algunos minutos—, he cumplido mi deber.

—¿Que habéis hecho con ese hombre?

—Lo he puesto en libertad; porque no ha cometido ningún delito, sino que se ha concretado a cumplir las órdenes de sus superiores.

—Me parece bien.

—No pido que vuelva al servicio de vuestra majestad, porque me parece inútil después que sabemos quién es el diablo.

—¿Que lo sabéis?

—Eso he dicho antes.

—Es verdad: me había olvidado... ¿Quién es?

—Recuerdo vuestra majestad cuánto ha sucedido, y no le quedará duda que el misterioso intriguante es...

Se interrumpió el cardenal.

—No lo adivino—dijo el monarca.

—El paje.

No bien hubo pronunciado Espinosa estas palabras, cuando el rey desplegó una leve y desdeñosa sonrisa.

Movió los labios como para hablar; pero debió arrepentirse, porque continuó silencioso.

También Espinosa calló.

Y transcurrieron algunos minutos sin que hiciesen más que contemplarse.

Mucho sufría el cardenal.

No había producido el efecto que deseaba, y sentía mortificado su amor propio.

Creyó que el rey se había propuesto tratarlo con desdén, y dejándose arrebatar de su soberbia, dijo al fin:

—Con motivos suficientes para suponer que el paje es el llamado diablo de palacio, y teniendo presente que el mismo llamado diablo ha incurrido en el delito de herejía, el santo tribunal de la Inquisición dispondrá lo más conveniente para que la verdad se ponga en claro y el delincuente sufra el castigo que merece.

—El paje no es el diablo—dijo fríamente Felipe II.

Pero aquella frialdad, aquella calma era tan

terrible, mucho más terrible que los arrebatos de la cólera.

—¡Señor!...

—A claras horas de la noche han visto al paje en lugares solitarios, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Se han hecho otras observaciones.

—De muchísima importancia.

—Pues bien, todo lo que el paje ha hecho ha sido para obedecer órdenes reservadas que yo le he dado.

Lo que sintió Espinosa no puede explicarse.

Su frente se contrajo.

Densa palidez cubrió su rostro.

No acertó a replicar.

El monarca añadió:

—Ese niño, que es mi vasallo más fiel, está bajo mi protección, entendido bien, bajo la protección de Felipe II.

—Señor...

—Os autorizo para repetir mis palabras en presencia de los inquisidores.

—Puesto que vuestra majestad atestigua...

—Y soy testigo irrecusable.

—Doy por terminado este asunto.

—En cuanto a ese hombre, como su intención ha sido buena y ha cumplido su deber, quiero que vuelva a mi servicio, y en la primera ocasión que me lo permita mejoraré su suerte.

—Nosotros lo recompensaremos, señor...

—He dicho que quiero.

¿Por qué el monarca se declara protector de Luis.

No había más razón que la de haber creído que los inquisidores herían su dignidad y rebajaban su autoridad, y protegiendo al paje, probaba que la autoridad del rey estaba sobre la Inquisición.

El cardenal no se había equivocado cuando le dijo al fraile que Felipe II acabaría con la Inquisición si ésta dejaba siquiera entrever que se consideraba superior al rey.

Así se explica la resolución de aquel gran tirano.

Lo que no se comprende es que a la vez de

terminase recompensar al espía, principiando por mandar que continuase a su servicio.

He ahí un nuevo misterio que no era fácil poner en claro.

No era posible prolongar la conversación, y comprendiéndolo así, dijo Espinosa:

—Si vuestra majestad no tiene nada que mandarme...

—Me complace mucho vuestro celo por mi servicio... que Dios os proteja.

Cuando quedó sólo el monarca apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Quedó inmóvil por espacio de diez minutos.

Cuando cambió de postura, murmuró:

—¡Oh!... Tal vez no se equivocan, y ese niño... Yo saldré de dudas, yo pondré en claro la verdad. Y si el paje es el diablo, ¿a qué clase de impulso obedecerá?

¡Pobre Luis!...

Muy cerca estaba su perdición.

Lo repetimos, lo peor que podía sucederle era que fijasen la atención en él, porque más o menos tarde acabaría por quedar en descubierto.

Llamó el rey.

—Que venga el príncipe de Eboh—dijo.

CAPÍTULO XXIII

Ruy Gómez se sorprende y aturde, y doña Ana se desespera y se burla de su marido

Ruy Gómez de Silva acudió prontamente y esperó con ansiedad las explicaciones que suponía iba a darle el monarca.

Este con afable tono, principió la conversación con la siguiente pregunta:

—¿Todavía crees que el paje no ha de acertar en sus pronósticos?

—Me parece imposible.

—Pues te equivocas.

—¡Señor!...

—Ese hombre se ha justificado.

—¿Y cómo ha de justificarse después de lo que yo he oído, y cuando no puedo negar que llevaba las cartas?...

—Representaba una farsa, obedeciendo las órdenes de sus jefes, de los inquisidores, porque es un esbirro...

—¡Ah!...

—Y las cartas están escritas por él.

Una mirada de asombro fijó Ruy Gómez en el monarca.

—Señor, eso es incomprensible... Aunque ahora recuerdo qué llamaba compañeros a los esbirros... ¡Oh!... ¿Y cómo figuraba en la servidumbre de palacio? ¿Y por qué se fingió traicionar cuando hablaba con el paje? ¿Qué se proponía? ¿Qué ha conseguido?... No lo entiendo, no lo entiendo...

—Porque no has podido sospechar que sin mi conocimiento y licencia se atreviesen los inquisidores a introducir espías en mi morada.

—Ciertamente: el atrevimiento es tal, que no se concibe.

—Y tampoco se te ha ocurrido que el espía, por resultado de sus observaciones, llegase a creer que el paje era el diablo que protege a mi desgraciado hijo.

—¡El paje!... ¡Pobrecillo!—exclamó Ruy Gómez.

Y sin poder contenerse y a pesar del respeto debido al rey, soltó una carcajada burlona.

—Más todavía, buen Ruy.

—¿Otro desatino?

—Otro atrevimiento.

—No adivino.

—Los inquisidores, movidos por su celo religioso, se preparaban para venir a prender al paje sin mi autorización, entrándose en mi palacio como entran en la casa del último de mis vasallos, y convenciéndome de esta manera de que su autoridad está sobre la mía.

—¡Jesús!

—Parece que te horroriza.

—Señor, han querido engañar a vuestra majestad los que eso han dicho.

—Lo sé por el cardenal...

—¡Oh!...

—Ya les he hecho comprender lo que no habían comprendido y tenían olvidado.

—Pedóneme el cardenal; pero...

—No he demostrado enojo.

—Sois demasiado indulgente, señor.

—Muy pronto dirás que soy demasiado severo.

—Los que así han abusado bien merecen castigo.

—Ten en cuenta, Ray, que el espía obraba de buena fe, ha obedecido a sus superiores...

—Tiene el aspecto de un bribón, de un desalmado.

—Lo creo; pero he determinado que continúe a mi servicio, dejando para siempre el de los intrigadores.

—Eso parece una recompensa.

—Y lo es.

—Pues no lo entiendo.

—Y después de la recompensa, la justicia.

—Señor me permitiré decir a vuestra majestad que ese miserable confesó que era un asesino, y después dijo que estaba dispuesto a matarme aquí, dentro de palacio.

—Así representaba su papel.

—Y sin embargo...

—Los que intrigan en mi morada, aunque sea para servirme, cometen un delito que no puedo perdonar.

Ray Gómez se estremeció.

—No quiero intrigantes—añadió el rey.

—Yo los aborrezco.

—Con nadie hables de este asunto.

—Callaré.

—Hoy volverá el espía para ocupar su puesto.

—No tiene necesidad de entenderse conmigo, y me alegro mucho.

—Pero tú habrás de entenderle con él.

—Quedecaré a vuestra majestad.

—Prepárate para emprender un viaje esta noche.

—¿Un viaje!...

—A Segovia.

—Espero las ordenes de vuestra majestad.

—A las nueve vendrás a recibirlas.

—Es decir que ahora.

—Volverás al cuarto del príncipe y le dirás al duque de Feria que lo llamo.

Salió Ruy Gómez sin adivinar lo que el rey se proponía.

Obedeció y media hora después pudo ir a ver a su esposa, porque el de Feria había vuelto después de recibir las ordenes del monarca.

¿Qué efecto debía producir a doña Ana de Mendoza la noticia de lo sucedido?

El pensar, porque se desvanecía su esperanza de conocer al diablo.

No sabía Ruy Gómez cómo hablar del asunto; pero tenía que hacerlo.

—No quieren dejarme en paz a vuestro lado— dijo a su esposa.

—¿Pues qué sucede?

—Su majestad me manda hacer un viaje.

—¿A dónde?

—A Segovia.

—¿Y para qué?

—No me lo ha dicho ni he podido adivinarlo, porque yo estoy aturdido. ¿Quién es capaz de entender lo que pasa? Se encuentra uno con que es negro lo que parece blanco, y experimentando sorpresa, concluye uno por dudar si está despierto o dormido.

—No entenderéis lo que pasa; pero a vos tampoco es posible entenderos.

—Señora...

—Decid de una vez que tenéis que darme una mala noticia.

—Señora...

—Ya sabéis que no me agrada descifrar enigmas — replicó doña Ana cuyo semblante empezó a cambiar de expresión.

—Es que no sé cómo explicarme.

—Pues callad.

—Yo estoy aturdido, y lo he declarado con franqueza; pero vos estáis de un humor...

—Os equivocáis, porque no tengo motivos sino para estar contenta.

—Me felicito.

—Recordad lo que me dijisteis esta mañana—repuso la princesa—, y os convencéis de que debe rebosar en mi alma la alegría.

Ruy Gómez que se había sentado, se puso en pie y empezó a pasearse, porque así evitaba mirar de frente a su esposa.

Había llegado el momento que tanto temía.

—Es verdad—dijo mientras iba y venía—, tenéis motivos de contento; pero verdad es también que la situación ha cambiado, que las circunstancias no son las mismas, y aunque tengo la seguridad de que vamos ganando...

Tuvo que interrumpirse Ruy Gómez, o más bien su esposa le interrumpió con una carcajada burlona hasta el último grado de la burla.

—Señora, me parece que merezco alguna consideración.

—Perdonadme, pero no he podido contenerme, porque os explicáis de tan extraña manera...

—Me explico como bien me parece o como puedo.

—Principales por los comentarios... ¿Y los sucesos?

—Os complacere, descuidad—dijo Ruy Gómez volviendo a sentarse.

Su dignidad estaba herida y ya se sentía con valor para mirar frente a frente a su esposa.

Los labios de ésta, labios hechiceros se ensancharían para sonreír irónicamente.

—Ya os escucho.

—Fui a la hostería con cuatro esbirros y allí encontré al paje con el traidor y escuché lo que hablaban, y...

—¿Qué decían?

—El criminal, como prueba de que era amigo de los flamencos, presentó tres cartas, una del príncipe de Orange, dirigida a don Carlos, otra del conde de Egmont para don Juan de Austria y la tercera del marqués de Poza.

—Eso es más de lo que se necesita para condenarlo.

—Le preguntó Luis si tendría valor para matarme...

—Respondería que sí.

—Aunque fuese a media noche y dentro de palacio.

—Supongo que os horrorizaría.

—Señora—replicó severamente Ruy Gómez—, durante mi vida he dado más de una prueba de valor; pero el puñal de un asesino infunde siempre espanto.

—Continuad, y perdonadme, que no he querido poner en duda vuestro valor a pesar de que os he visto temblar muchas veces.

—¡Vive el cielo!...

—¿Y os apoderasteis del criminal?

—Sí, y ha resultado que las cartas estaban escritas por él y que era un esbirro de la Inquisición, que obedecía las órdenes de sus jefes y representaba una farasa para descubrir al diablo.

—Lo han puesto en libertad y... todo ha concluido, ¿no es verdad?

—No ha concluido porque al rey le ha parecido muy mal que sin su consentimiento se introduzcan espías en su palacio.

—¿Y qué nos importa eso? El resultado es que nada se ha conseguido, que os entregasteis a suposiciones, que visteis fantasmas...

—Dejadme concluir.

—Vuelvo a escuchar.

—Ese hombre después de lo que ha observado, ha creído que el diablo de palacio no era otro que el paje.

—El paje!...

—Y de la misma opinión es el cardenal, son los inquisidores y se preparaban para venir a prender al presunto delincuente; pero su majestad dijo que Luis estaba bajo su protección, y que cuanto se le había visto hacer era para cumplir sus órdenes.

—Y ha dicho bien.

—El paje no era más que un pretexto; pero la verdadera cuestión consistía en cuál de las dos autoridades era superior a la otra, si la del monarca o la de la Inquisición.

—Comprendo.

—Y para que todo sea extraño en este asunto, el rey ha dispuesto, por vía de recompensa, que el escudo continúe en la servidumbre de palacio, el bien con la firme resolución de hacer justicia, aunque no sé cómo, pues dice que no perdona al que en el interior de su morada intrigue, aunque sea para servirlo. Estas palabras me han desagradado mucho, señora, porque me han parecido una advertencia...

—Siempre vuestro miedo — replicó desdeñosamente doña Ana.

—No olvido que abusé del nombre de su majestad...

—¿Acaso mentísteis?

—No; pero...

—Tranquilizaos, pues.

—Además, pienso en vos...

—No he fraguado ninguna intriga, sino que me he defendido, y casi siempre de acuerdo con el rey.

—Sin embargo...

—Proseguid.

—Después de manifestar su resolución de hacer justicia, el rey me mandó estar preparado para emprender esta noche un viaje a Segovia.

—¿Y no adivináis para qué?

—No.

—Para llevar a un desdichado que ha de quedar en los calabozos del alcázar.

—¿Quién?

—Lo veréis.

—Es posible.

—¿Nada más tenéis que contarme?

—¿Y os parece poco?

—Caballero, ahora no llevaréis a nada que me ría.

—Doña Ana...

—El paje, que es un niño, os ha puesto en conmoción, lo mismo a vos que al rey, os ha hecho concebir esperanzas, arrullar ilusiones, os ha obligado a ir y venir... ¡Oh!... Si no os avergonzáis...

—Basta, señora.

—Y queráis que yo también me dejase arre-

bater y representase el ridículo papel que habéis representado... ¡Pobre don Ruy!

—¡Oh!

—No os enfadéis.

—¡Por Dios vivo! Que vuestras palabras son la más grave ofensa...

—Sois digno de compasión,—dijo la dama con tono del más profundo desdén.

Rugió sordamente el caballero.

Púsose en pie.

Apretó los puños con toda la fuerza de la desesperación.

Dió un paso hacia su esposa.

Esta se recostó en el sillón donde estaba sentada y sonriendo siempre, dijo con calma:

—No me asustáis, caballero.

Ruy Gómez trastornado por la ira, salió del aposento.

Otra cosa no le era posible hacer, a menos que se decidiese a dar un escándalo.

Así terminó aquella escena.

Y ahora nos parece bien ir en busca del paje, para saber si al fin lo habían visitado el fraile y Benito.

CAPÍTULO XCV

De la conversación que tuvieron el paje, el dominico y el espía

De la conversación que tuvieron el paje, el dominico y el espía

De su habitación salía el paje y atravesaba una galería cuando se encontró mano a boca de Benito y el fraile.

Detuvieronse todos, y por algunos momentos se contemplaron.

No esperaba Luis ver tan pronto al espía, y algo le turbó la sorpresa; pero se repuso inmediatamente, y aunque no tuvo tiempo para reflexionar, comprendió, pudiera decirse que por instinto,

que aquel miserable era un espía pagado por el cardenal y los inquisidores, sin otro objeto que el de averiguar quién era el diablo en palacio. Sólo así había podido recobrar la libertad tan pronto, y así también se explicaba que fuese en compañía del dominico.

Sabemos ya que el travieso niño, cuya imaginación viva y fecunda apenas se concibe, no necesitaba mucho tiempo para trazar planes, y entonces combinó instantáneamente el que le pareció mejor para sus fines.

¿Había adivinado el dominico lo que Luis demostraría en aquella ocasión?

Lo dudamos, y por consiguiente, debemos suponer que había de encontrarse en muy gran apuro, porque de nada servía haberse puesto de acuerdo con Benito.

El rostro de Luis expresó la más viva alegría.

—¡Ah!—exclamó como si estuviera poseído de júbilo.

Y abrió los brazos mientras se acercaba al estro.

Desconcertado se sintió este porque encontraba lo que no había podido esperar; pero disimuló lo mejor que pudo, y en sus brazos recibió al travieso paje, mientras decía:

—Bien, muy bien... Así me agrada, porque supego...

—Que sois mi amigo, y yo lo soy vuestro; que valéis mucho, mal pese a nuestros enemigos, triunfaremos.

—Sin embargo...

—Ahora, después, cuando bien os parezca, nos entenderemos. Los papeles se han trocado; antes era preciso que vos me inspiráseis confianza, y ahora soy yo quien debe probaros que podéis fiar en mí.

Al decir esto Luis, volvióse hacia el fraile y le dijo respetuosamente:

—Perdonad, padre, si os detengo, y sobre todo perdonadme porque no os he saludado; pero este amigo...

—Dios os bendiga—dijo el fraile.

Y con una bendición dejó pagadas las frases respetuosas de Luis.

—Gracias.

—Si ahora tenéis que hacer...

—No.

—Pero...

—El reverendo padre Bernardo, que con su compañía me honra, está en el secreto, y...

—¡Ah!...

—Es otro amigo, otro compañero, es...

Se interrumpió Benito, miró a todos los lados recelosamente, y bajando la voz y como misteriosamente, añadió:

—Es la persona que me comunica órdenes...

—¡Vive el cielo!...

—Os sorprendéis, ¿no es verdad?

—¿Quién habla de creer?...

—Señor Luis, mucho valéis; pero os falta experiencia.

—Es verdad.

—Todo eso lo digo, suponiendo...

—Os he ofrecido pruebas y explicaciones francas.

—Entonces...

—Venid y hablaremos.

—¿En vuestra habitación?

—Sí.

—¿Y en presencia de vuestra señora?

—No está, ni ha de volver hasta la noche. Además, ni noble señora...

—Comprendo.

—Vamos, vamos.

Ni el fallo ni Benito sabían a qué atenerse con respecto al pájaro.

¿Se proponía éste representar el papel de enemigo de don Carlos?

¿Quería seguir apareciendo como intrigante, con el fin de que los otros hiciesen algo que los comprometiera?

Las palabras de Luis eran ambíguas, podían significar lo mismo lo uno que lo otro.

Silenciosamente avanzaron.

El dominico aprovechó aquel tiempo para reflexionar.

Una ligereza, la más leve, podía comprometerle.

¿Qué clase de papel le convenía representar?

La situación era en verdad muy comprometida.

Per de pronto decidió fray Bernardo mostrarse muy reservado, hacer que hablase Luis cuanto le fuese posible, y luego seguir el rumbo más conveniente, amoldándose a las circunstancias.

El papel de Benito era el de menos importancia en aquellos momentos.

La lucha debía sostenerse principalmente entre Luis y el fraile.

Eran adversarios dignos el uno del otro.

Acomodáronse en un aposento donde podían hablar sin temor de que nadie los interrumpiese.

—Ya os escuchamos—dijo el fraile—, porque sin vuestras explicaciones nada podemos hacer.

—Señor Benito, ante todo os recordaré que juego mi cabeza, y que es tan difícil mi situación, que son tantos los peligros que me amenazan, que lojiz las precauciones son pocas.

—Ciertamente.

—Me ofrecisteis pruebas, las acepté; pero no eran bastante para que yo quedase tranquilo, y como antes es mi vida que todo, os prepararé una emboscada, cuyo resultado había de darme la medida de lo que de vos debía esperarse, lo mismo en cuanto a lealtad, que en cuanto a inteligencia. Habéis triunfado, lo reconozco; estáis en libertad.

—Y os diré cómo he conseguido salir de los calabozos de la inquisición.

—Lo presumo, pues probablemente hacéis lo mismo que yo, jugáis con dos barajas, representáis un doble papel.

—Y no es culpa mía que haya tantos que se dejan engañar.

—Perdonad, pues, si os he hecho sufrir un mal rato; pero era preciso.

—Me he divertido, creedlo.

—Ya no dudáis que soy el diablo de palacio.

—Así parece—dijo el fraile, que quiso empezar a tomar parte en la conversación.

—Lo dudabais, señor Benito, y para convenceros me hicisteis una pregunta, a la que no quise contestar otra cosa, sino que yo no había ido a la hostería para que me interrogaseis.

—Es verdad, os pregunté de qué medio os valdais para comunicaros con el príncipe don Carlos.

—¿Y ahora, lo diréis?—preguntó fray Bernardo.

—Sí, porque ya no me cabe duda de que sois de los nuestros.

—Yo tampoco he podido adivinar...

—El medio es muy sencillo, tanto que parece que al más torpe ha de ocurrirle ponerlo en práctica.

—Nada debe despreciarse, hijo.

—Sabed, reverendo padre, que cuento con dos personas para que lleven mis cartas a don Carlos.

—Pero si nadie puede entrar en la prisión...

—Entran siempre que se les antoja.

—No lo entiendo—dijo el fraile.

—Admiraos, reverendo padre, y sobre todo admirad la inteligencia de que nos ha dotado el Omnipotente.

—Bendito sea su santo nombre.

—Las dos personas que me ayudan, que llevan las cartas al príncipe, son...

Guardó silencio el paje y miró al dominico y al espiá, como si se complaciera con la idea del efecto que iba a producir.

—Acabad.

—Pues bien, esas dos personas son don Ruy Gómez de Silva.

—¡El de Ebo!!...

—Y el duque de Feria.

—¡Ah!...

—¡Imposible!...

—¡Traidor el duque!...

—¡Desleal Ruy Gómez!...

Así exclamaron alternativamente el fraile y Benito.

El primero fijó su mirada penetrante en Luis.

El segundo arrugó el entrecejo y exclamó:

—¡Por Dios vivo!...

—No juréis—le dijo severamente fray Bernardo.

—¡Oh!... ¿Y cómo quiere vuestra merced que me contenga al ver que este niño se nos burla en nuestras barbas? Y podría perdonárselo en cuanto a mí; pero estando presente vuestra merced...

—No me burlo—interrumpió Luis.

—Basta de broma, y si es que os habéis propuesto...

—Deciros la verdad.

—¡El príncipe de Eboli! ¡El duque de Feria!...

—Los mismos...

—Por su propia conveniencia han de ser leales al rey, y muy particularmente don Ruy es forzoso que aborrezca a don Carlos.

—A pesar de todas esas razones...

—¿Por quién nos habéis tomado?... Si me conocéis bien, no os atreveríais a tanto como os atrevéis.

—Tened más calma—dijo el fraile a Benito—, dejando que se explique, porque a veces no hay nada más fácil que lo que parece imposible.

—Muy bien, padre, muy bien—dijo Luis—; con vos me entenderé.

—Continuad, hijo, que os escucho con mucha complacencia.

—Si el señor Benito no se dejase arrebatar tan fácilmente, ya me habríais entendido.

—Hablad.

—No son traidores; el príncipe de Eboli, ni el duque de Feria.

—Estamos de acuerdo.

—Llevan mis cartas sin saber lo que hacen...

—Ya empiezo a comprender.

—Sabéis que en todas partes tengo entrada libre, y que todas me reciben bien, y hasta se complacen con mi conversación.

—Sí.

—Paseo el día hablando con unos y otros; con grandes y chicos, nobles y plebeyos, y no hay nadie que me mire con desconfianza.

—Con tales medios...

—Casi me atrevo a decir que no conozco lo imposible.

—Proseguid.

—Muchas veces voy a la habitación donde están vigilando el príncipe de Eboli o el duque de Feria, o los dos al mismo tiempo. El día que me conviene voy ya preparado, espero la ocasión y mientras el duque o don Ruy vagan por la habitación, sirviéndome de un alfiler convertido en gancho, girelo la

carta en su ropa por detrás, empiezo a toser, me oye don Carlos, llama...

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó Benito, sin poder contenerse.

Y se puso en pie, y en el colmo del entusiasmo, abrazó a Luis.

—¡Bendito sea Dios!—dijo el fraile.

—¿Qué os parece?

—Tan admirable como sencillo.

—Sóis un gran hombre...

—No tengo que deciros que don Carlos se acerca al inocente portador de la carta, y...

—Entendido, entendido.

—Ahora negad que Ruy Gómez de Silva y el duque de Feria no son mis auxiliares mejores.

Soltó Luis una carcajada burlona.

Benito empezó también a reír de la mejor gana.

Había caído en el lazo a pesar de toda su astucia, lo cual no debe extrañarse, porque las explicaciones del travieso niño habían sido tan hábiles como sencillas.

Fray Bernardo, aunque no más que por un instante, arrugó el entrecejo, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

No parecía participar del entusiasmo del esbirro.

Tenía que continuar el paje la farsa, y era lo más probable que cometiese una torpeza; pero quiso la fortuna que en otro aposento gritasen:

—¡Luis, Luis!

—¿Quién me llama?—preguntó el paje acercándose a la puerta.

—Venid corriendo... Os aguarda su majestad...

—¡El rey! —exclamaron a la vez el fraile y Benito.

—Podéis permanecer aquí...

—Volveremos.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—A la noche...

—No puede ser.

—Que Dios os proteja.

—Salieron los tres.

Luis corrió por un lado, y por otro se alejaron el fraile y el esbirro.

—¡Oh!—exclamó éste—. Ya es nuestro.

—Desde ayer te has vuelto estúpido—interrumpió el dominico.

—¿Acaso dudáis...?

—Ese niño es el diablo de palacio, ya no lo dudó.

—Entonces...

—Vale demasiado para que tú puedas luchar con él.

—Si lo dice vuestra merced para picarme el amor propio...

—Lo digo para que te guardes.

—No retrocederé.

—Benito, no estás seguro aquí.

—Pues a menos que vuestra merced me lo prohíba terminantemente, aquí he de volver.

—Veremos... Es preciso reflexionar muy detenidamente...

—Pues juro que si me engaña no ha de quedar para contarle.

Veinte minutos después conferenciaban con el cardenal, y Benito recibía la orden de volver inmediatamente a ocupar su puesto en la real servidumbre.

—Lo que no entiendo, no me gusta—murmuró fraile.

—Hermano — le dijo Espinosa—, ahora empieza a conocer a Felipe II.

CAPÍTULO XCV

De cómo el paje seguía engañando con la verdad

Vivísima curiosidad tenía el paje por saber cómo tan pronto había conseguido el espía recobrar la libertad, y cómo había podido justificar su conducta hasta el punto de presentarse en palacio des-corradamente y aun en compañía de un fraile do-

mánico, que indudablemente representaba un importante papel en el tribunal de la Inquisición.

—¿Para qué me llama el rey? — se preguntó Luis mientras iba a la real cámara—. Supongo que para hablarme de este endiablado asunto. Así tendré ocasión de saber con exactitud lo que ha sucedido, y apreciaré debidamente la conducta de Benito, y me explicaré el por qué lo acompañaba el fraile.

La salvación de Luis dependía en aquellos momentos de una palabra, de un gesto quizás que hiciera conocer a Felipe II que eran acertadas las sospechas del espía, de fray Bernardo y del cardenal.

Apenas el monarca vió al paje le dijo:

—He creído que vendrías sin necesidad de que yo te llamase.

—No me he atrevido a molestar a vuestra majestad—respondió Luis.

—Cuando se trata de asuntos tan graves...

—También he creído que el príncipe de Ebo se apresuraría a dar cuenta de lo sucedido...

—Y lo ha hecho.

—Pido perdón a vuestra majestad...

—Estás perdonado porque lo mereces.

—Tanta bondad...

—Escucha, porque supongo que ignoras lo que al fin ha resultado.

—Sé que ese hombre ha sido puesto en libertad.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ha venido a verme acompañado de un fraile.

—Debe ser el dominico, fray Bernardo...

—El mismo, señor.

—¿Cómo te ha explicado el suceso?

—De ningún modo, porque no he cometido la torpeza de preguntarle, y cuando estábamos en lo más interesante de la conversación, he tenido que dejarlos para venir.

Quedó pensativo el monarca.

Luego fijó su mirada penetrante en Luis, y le dijo:

—Quiero saber lo que habéis hablado.

—Señor, se habían trocado los papeles y así como esta mañana le pedía yo pruebas a ese hom-

bre, justo era que yo se las diese esta tarde, porque motivos tenía para desconfiar de mí.

—¿Y has cometido la torpeza de probar que no eres traidor?...

—Señor, torpezas cometo, y muchas; pero no de tanto bulto.

—¡Ah!...

—He seguido representando mi papel de traidor, de diablo, porque el diablo de palacio creen que soy.

Lo mismo que antes el dominico, el rey se convenció de que no lo servía de nada el plan que había trazado para sorprender a Luis y aprovechar su turbación y conocer si era el intrigante misterioso.

El travieso niño, no por cálculo, sino por casualidad, había principiado por donde el rey pensaba concluir.

—Está bien—dijo el rey por decir algo, y después de reflexionar.

—Mi apuro era grande para convencerlos de modo que fuese imposible la duda.

—¿Y cómo te has arreglado?

—Ofrecí darles a conocer el medio de que me valía para hacer llegar mis cartas a manos de su alteza.

—¿Acaso tú conoces ese medio?

—No, señor: pero supuse que me era absolutamente preciso buscarlo, y a poco que cavilé, lo encontré.

—Muy bien, Luis, muy bien.

—Aseguré que los portadores de las cartas eran el príncipe de Eboli y el duque de Ferla.

—¡Niño inocente!... No te creerían...

—Claro es que no.

—Entonces...

—Me expliqué, me creyeron, y se entusiasmaron hasta el punto de abrazarme.

—No adivino...

—Sirviéndome de un alfiler hecho gancho, colgaba las cartas a la espalda del duque o de don Ruy...

—¡Ah!...

—Nada, más sencillo, y por consiguiente...

—Tienes más ingenio del que yo creía, quizás más del que deseo que tengas.

—Señor...

—¿Quién sabe si has acertado?

—Todo es posible, aunque la coincidencia...

—¿Te desagradaría?

—Declaro con franqueza que sí.

—Dispondré que se hagan observaciones, y si has acertado...

—Suplico a vuestra majestad que no me prometa ningún premio.

—¿Por qué?

—Porque no tiene mérito lo que se hace por casualidad.

—Continúa.

—Tuve que interrumpir la conversación para obedecer la orden de vuestra majestad.

El monarca fijó una escudriñadora mirada en el paje y dijo:

—Supongamos que me engañas con la verdad.

—No comprendo bien, señor—respondió Luis, que había comprendido demasiado.

—Quiero decir que fueses el diablo.

El paje, como si no pudiera contenerse, soltó una carcajada.

Así la alteración de su rostro pasó desapercibida para el rey.

—Perdóneme vuestra majestad — dijo cuando acabó de reír y pudo dominarse—: acabo de cometer una falta de respeto.

—¿Por qué te ries?

—¡Pobre de mí!... ¡Yo el diablo!... Ojalá, señor, ojalá fuera así.

—¿No comprendes que ese intrigante no vivirá más tiempo que el que tarde en ser conocido?

—Por el contrario, creo que entonces hará su fortuna.

—¿Su fortuna!...

—Me parece que conozco muy bien a su majestad.

—Por lo mismo que me conoces...

—No, vuestra majestad no ha de querer que se le quite la vida a un hombre que vale mucho y ese intrigante, así como ahora hace prodigios

para favorecer a su alteza, puede hacer mañana para servir a vuestra majestad.

—¿Y los abusos que ha cometido?

—Para eso está la clemencia, señor.

—Es que ha llegado a ofender...

—No a vuestra majestad que está demasiado alto para que nadie pueda ofenderlo.

Felipe II miró con asombro a Luis, porque no esperaba de éste semejante contestación, más propia de un hombre de Estado que de un niño.

—Es posible que no te equivoques—dijo el rey después de algunos momentos.

—Por eso acabo de decir, que yo desearía ser el diablo de palacio, pues el día que me convenciese de que nada me era posible hacer en favor de su alteza...

—Implorarias mi perdón, ¿no es verdad?

—Sí.

—De todo eso deduzco, aceptando tus opiniones, que no ha perdido la esperanza el intrigante que nos ocupa.

—Así parece.

—¿Y qué puede hacer?

—Señor, sería mucho adivinar si yo lo adivino.

Ya no le quedó duda a Felipe II de que era imposible sacar partido de los efectos de la sorpresa; pues para todo le suministraba instantáneamente recursos al paje su viva imaginación.

—Esta bien—dijo el monarca, que decidió dar un nuevo giro a la conversación—. no has cometido ninguna torpeza.

—Me felicito.

—Ahora voy a decirte por qué ese hombre ha recobrado tan pronto la libertad.

—Es supuesto que representaba un doble papel que engaña con la verdad, como hace poco decía vuestra majestad.

—Sí, porque es un esbirro de la Inquisición, y lo habían puesto aquí para que espíase. ¿A quién engaña? Esto es lo que muy difícilmente averiguaríamos, y sobre todo no quiero averiguarlo, porque perderíamos un tiempo precioso, y arriesgaríamos más de lo que nos conviene.

—Si los inquisidores no habían pedido licencia a vuestra majestad para introducir en palacio a ese miserable...

—No.

—Se han atrevido a mucho.

Al ver Felipe II adivinado su pensamiento por aquel niño, sintió todo el entusiasmo que era capaz de sentir su alma de hielo.

—¡Oh!—exclamó—. ¡Lástima que tú no seas el diablo de palacio!

En aquellos momentos Luis pudo hacer su fortuna sin más que decir que era el intrigante misterioso; pero su ambición, por mucha que fuera, callaba ante el sentimiento de su deber, ante su abnegación sin igual.

—Lo siento—dijo sencillamente—; pero me convertiré en diablo para servir a vuestra majestad.

—Has representado tan bien tu papel, que hasta el cardenal cree que tú eres el diablo.

—Su eminencia es crédulo.

—Y estaban pensando venir a prenderte.

Luis soltó otra carcajada.

—¡A mí!—exclamó alegrement— ¡A un desdichado como yo, que no puede hacer ni bien ni mal! ¿Para qué querían semejante estorbo los inquisidores?

—Descuida que nada harán, porque he declarado que estás bajo mi protección, y que tu conducta era misteriosa hasta cierto punto, porque tenías que obedecer órdenes reservadas mías.

—Gracias, señor, gracias...

—Te advierto que he querido darte una prueba de que mi autoridad está sobre la tuya.

—Yo recibo el beneficio...

—Estoy seguro que me lo pagarás.

—Cree que sí.

—He dispuesto que el espía vuelva a ocupar su puesto en mi servidumbre.

—Me alegro.

—Pero harás lo posible para que ese hombre no te vea en todo el día.

—No me verá.

—Y a las nueve y cuarto de la noche has de venir.

El paje se inclinó respetuosamente.

—Déjame ahora—dijo el monarca.

Luis salió.

Nunca Felipe II se había dignado hablar tanto tiempo con una persona que nada representaba en el mundo.

Esto era muy significativo.

Sus dudas no se habían disipado, y aun sospechaba que Luis fuese el intrigante misterioso.

Luis corrió a su aposento: donde encontró a Blanca diciéndole:

—Mi querida señora, la situación se complica.

—Tiemblo, Luis.

—Tranquilízate.

—No, porque ha sucedido lo peor que pudiera suceder.

—¿Quién sabe lo que más le conviene?

—Han fijado en tí la atención, te espían a todas horas, por una parte el comendador Maldonado, por otra...

—La Inquisición.

—¡Dios mío!

—Pero yo he parado el golpe, diciéndole a todo el mundo que soy el diablo de palacio, es decir, jugando con la verdad.

—Sin embargo...

—Escuchadme, que es preciso que sepáis cuanto ha sucedido.

Luis habló a su señora de la visita de Benito y del fraile, y de la conversación que acababa de tener con el rey.

Blanca escuchaba con profunda atención y con tranquilidad creciente.

Luego dijo el paje:

—No se me oculta que ya están nuestros enemigos en el camino que ha de llevarlos al descubrimiento de lo que tanto les conviene y yo temo.

—Sí, más o menos tarde...

—Se convencerán de que yo soy el diablo: pero no ha de ser tan pronto que no me dejen tiempo para vencer o morir.

—Esa esperanza no me tranquiliza.

—Por eso he decidido defenderme.

—¿Qué harás?

—Benito no me infunde miedo, porque ya lo conozco bien, y voy a tenerlo muy cerca.

—Ese fraile...

—¡Oh!... El fraile es el que más me asusta, y he ahí porque quiero inutilizarlo.

—Intentas un imposible.

—Veremos.

—¿Con qué medios cuenta para conseguirlo?

—Todavía no he trazado ningún plan.

—Supongo que no habrás pensado atentar contra la vida del fraile.

—No, no.

—Entonces...

—Veremos, señora.

—Lo más acertado sería dar por concluido este asunto.

—¡Abandonar a don Carlos!...

—Ya nada puedes hacer por él.

—Mucho todavía.

—Morirá en su encierro, no lo dudes.

—Pero yo habré cumplido mi deber.

—Te suplico...

—Ya sabéis que es inútil.

—¡Ah!...

—Viendo estáis que Dios me ha protegido hasta hoy, y espero que no me abandonará.

—Tu loco empeño te costará la vida, y yo...

—Tengo la seguridad que no he de morir mientras vos estéis en este mundo. Así me lo dice el corazón.

Un penoso suspiro exhaló Blanca.

—Señora—dijo el paje—, no os dejéis dominar por tristes ideas, porque nada habéis de remediar con vuestros sufrimientos.

—Si pudieses comprender...

—No hablemos de este asunto.

—¿Qué otro puede interesarme?

—Ahora necesito meditar.

—Dios ilumine tu entendimiento.

Guardaron silencio.

Pocos minutos después dijo Blanca:

—Voy a ver a la reina.

—¿Sigues mejor?

—Sí.

—Me alegro mucho, muchísimo.

El paje se quedó solo y se ocupó en buscar trajes para seguir su peligrosa intriga.

No debía salir de su aposento hasta que llegase la hora de ir a la cámara del rey, según éste le había mandado.

CAPÍTULO XCVI

Cómo hizo justicia el monarca

A las nueve en punto de la noche Ruy Gómez de Silva se presentaba en la cámara real.

—Espero a otra persona—le dijo el monarca—; pero tardará quince minutos en venir, y los aprovecharé para darte una noticia.

—Vuestra majestad me honra.

—No hemos conseguido descubrir al diablo; pero sí de averiguar de qué medios se vale para enviar sus cartas a mi desgraciado hijo.

—¡Señor!—exclamó sorprendido el de Eboil.

—Le ayudan otras dos personas: ¿a quién conoces?

—¡Ah!...

—¿Te alegras?—preguntó el rey mientras desplegaba una leve sonrisa.

—¿Cómo no he de alegrarme? No conocemos al diablo, pero sí a sus cómplices, según vuestra majestad asegura y con encerrarlos ponerlos en el tormento y...

—Cuidado, buen Ruy.

—Señor...

—Me parece que te muestras severo en demasía, cruel.

—¿Pues qué se hace con todos los criminales?

—Según.

—Y sobre todo cuando sacan comiendo latidos de tal naturaleza, favoreciendo a los herejes, declarándose enemigos de vuestra majestad...

—Sin embargo no me he atrevido a adoptar semejante resolución.

—No lo entiendo, señor.

—Tal vez me equivoco.

—¡Dejad libres a los cómplices del diablo!..

—Cuando conozcas sus nombres...

—¿Qué importa su clase? Pueden ser los primeros nobles del reino; pero desde que han conspirado contra vuestra majestad, no merecen más consideración que el último plebeyo.

—Veremos si opinas lo mismo dentro de cinco minutos.

—Siempre.

—Uno de esos nombres que han llevado cartas a mi hijo, eres tú, buen Ruy.

Quedó el cortesano inmóvil y con la mirada fija en el rey.

—Señor — dijo después de algunos minutos—, vuestra majestad me dispensa la honra de charcararse...

—No.

—Yo... cómplice...

—Tú, portador de algunas cartas...

—¡Oh!...

—Y lo mismo ha hecho el duque de Peria.

—¡También el duque!..

—Sí.

—¡Calumnias horribles!

—Verdad que yo no creería si no tuviese pruebas.

Sintióse atónitaco Ruy Gómez.

De su inocencia estaba seguro; pero no era posible que permaneciese tranquilo.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Frio sudor inundó su frente.

Se consideraba perdido a pesar de su inocencia, completamente perdido, puesto que el rey no dudaba.

—¡Pruebas! — balbuceó el desdichado.

—Sí.

—Señor, suplico a vuestra majestad...

—Te voy a castigar.

—¡No me voy tranquilo!

—Si porque no pondré en práctica tu consejo. No irás a un calabozo, no te descoyuntarán en el tormento.

—Todo eso está bien, señor; pero mi honra, mi lealtad...

—¿Quién la ha puesto en duda?

—Vuestra majestad asegura...

—Lo que es cierto.

—Sin duda he perdido la razón, pero no entiendo...

—Pues es muy sencillo—repuso el monarca, que parecía complacerse en atormentar a su favorito—. Tú has llevado cartas del diablo de palacio y el duque de Ferla, las ha llevado también.

—No y mil veces no—replicó el de Eboli.

—Sí.

—Las pruebas, señor, las pruebas, porque mi honra lo exige así.

—¿No basta mi palabra?—preguntó el rey con un tono que produjo a Ruy Gómez de Silva el mismo efecto que una mano de hielo puesta en su corazón.

—Pido perdon a vuestra majestad.

—¿Quién entra en la habitación donde estáis vigilando?

—Muchas personas que van a visitarnos.

—¿Podéis recordar a todos, absolutamente a todos los que os han visitado desde que esté preso el príncipe?

—Sería imposible, señor; pero creo que han sido cuantas personas distinguidas tienen entrada en palacio.

—Pues una de ellas es el diablo.

—Indudablemente, puesto que en palacio debe vivir.

—Cuando le convertía iba provisto de las cartas, y con un alfiler hecho gancho, os las colgaba en la espalda al primer descuido...

—¿Vive el cielo!..., Perdoneme vuestra majestad...

—¿Estáis convencido?

—¡Torpe de mí!... Y también torpe el duque...

—¿Sería justo castigarlos?

—Ahora comprendo...

—Así el diablo se ha burlado de vosotros.

Interrumpieron la conversación, porque llegó el peje.

¿Para qué los había citado el monarca?

No necesitamos escuchar lo que hablaron, porque vamos a ver los efectos.

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de referir, Benito, que había cumplido las obligaciones de su cargo y nada tenía que hacer, decía:

—Fray Bernardo no acaba de convencerse, y yo estoy casi convencido; pero muy pronto saldrá de dudas. Si el paje es el diablo, su señora debe representar algún papel en esta intriga, y así resultará que mis deducciones eran acertadas y que el alma del enredo era una mujer. El paje vale mucho, muchísimo; pero obedece a otra persona, es decir, no es el diablo, sino un instrumento con gran inteligencia, y que obedece con exactitud, que es lealmente leal y que sabe resolver con acierto en los casos apurados que no se hayan previsto. ¿Por qué no he de verlo ahora?

Hizo otras muchas reflexiones por el estilo, salió de su aposento y se dirigió al de Luis con ánimo resuelto de poner en claro la situación.

Acababan de dar las nueve y media.

Cerca de la habitación de doña Blanca se encontraba el espía, cuando vio cuatro hombres, que de dos en dos avanzaban y que al pasar junto a él se detuvieron, mirándolo los que iban delante.

Como la luz daba en aquellos momentos en el rostro de Benito, era muy fácil conocerlo.

—¡Ah!—exclamó uno de aquellos hombres—. Aquí lo tenemos.

—¡El paje!—exclamó sorprendido el espía.

Efectivamente, eran Luis, Ruy Gómez de Silva y dos soldados, que desnudaron las espaldas sin que se lo mandasen, lo cual probaba que ya sabían lo que habían de hacer.

No necesitaba Benito explicaciones ni tampoco reflexionar mucho para comprender que se trataba de prenderlo.

Por segunda vez le habían tendido un lazo.

Se contrajo su frente y su mirada se tornó sombría.

—Así ahorraremos la mitad del camino—dijo Ruy Gómez de Silva.

—¿Me buscábais?—preguntó el estirto.

- Sí.
- ¿Para qué?
- Habéis de seguirmos.
- ¿Quién lo manda?
- Su majestad.
- ¿Y a dónde hemos de ir?
- Lo veréis.
- Esto parece una prisión.
- Tal vez.
- ¡Vive Dios!
- Venid, que tiempo os quedará para enfada-

ros.

—No os seguire.

—¡Bah!—dijo el paje—. ¿Y cómo resistireis, si somos cuatro y podemos ser cuatrocientos en solo dar un grito?

—Me dejaréis, porque soy dependiente del santo tribunal de la Inquisición y no reconozco más autoridad que la de mis jefes.

—¿Acaso no sois español?

—Por los cuatro costados.

—¿Y no sois también vasallo del rey de España?

—Sí, pero el Santo Oficio.

—Se entenderá con los herejes.

—Señor Luis, sois un traidor.

—¡Traidor llamáis al que sirve lealmente a su majestad!...

—Dos veces habéis querido burlaros de mí...

—Decid que me he burlado.

—¡Oh!...

—Acabemos—interrumpió Ruy Gómez de Silva.

—Recordadlo a su majestad que soy...

—Un intrigante, un desalmado.

—Caballero, será preciso dar parte a mis jefes.

—El rey se entenderá con el cardenal o será lo que mejor le parezca.

—Pero...

—Registrad a ese hombre—dijo el de Ebro a los dos soldados—, y quitadle las armas que venga.

—La daga no más, tomadla.

—Pues vamos.

No se movió el aspa.

Sus ojos estaban injectados en sangre.

A impulsos de la ira temblaban sus manos.

Muy trabajosamente se dominaba.

No era a Ruy Gómez de Silva a quien miraba con odio, sino a Luis.

Sonreía éste con una satisfacción inmensa.

—¿Queréis que hagámos uso de la fuerza? — preguntó el de Eboli.

—¡Oh!... Al final de mi carrera un niño se burla de mí.

—Así es el mundo... ¿Qué queréis?... Es preciso resignarse como buenos católicos.

La resistencia era inútil, y al fin el espía dijo:

—Vámonos.

Atravesaron galerías y habitaciones.

Bajaron algunas escaleras.

Salieron del alcázar.

Todo estaba preparado.

Esperaban seis soldados a caballo y un coche.

Benito dejó escapar un grito de rabia.

Había creído que le llevarían a la cárcel, y se convenció que habían determinado hacer mucho más, sacarlo de Madrid.

Su perdición era completa.

Lo trataban como a un reo de Estado.

Entró en el coche.

Ruy Gómez hizo lo mismo.

El paje se acercó a la portezuela y le dijo al espía:

—Parece que está escrito que nunca hemos de terminar nuestra conversación, y siempre este caballero ha de interrumpirnos.

—Acordaos de que no hay bien ni mal que cien años dure.

—Y ahora se cumplirá el adagio, porque antes de un siglo ha de haber cambiado la situación para todos.

—No pierdo la esperanza de que continúen la conversación.

—Por de pronto os vais y yo me quedo. Me tranquiliza la seguridad que vos sabéis sacar partido de todo, y no lo pasaréis muy muy mal con vuestra nueva vida.

Benito no tuvo por conveniente continuar la conversación.

—Adiós mi querido Luis—, dijo Ruy Gómez estrechando la diestra del paje.

—Que Dios os acompañe, caballero.

—Te agradeceré que visites a mi esposa, y le hagas comprender que me ha sido imposible despedirme de ella.

—Descuidad, que esta misma noche cumpliré el encargo.

No hablaron más.

El coche se puso en movimiento escoltado por los seis soldados.

A los pocos minutos se perdió entre las tinieblas.

—Un enemigo menos—murmuró Luis—. Queda el trile, que es mucho más temible, y con el que no puede hacerse lo que con ese bribón. La fortuna me protege, y sin embargo no puedo estar tranquilo. ¿Qué significa la conducta del rey? Sus distinciones me desagradan mucho, porque temo que quiera inspirarme confianza para que yo mismo me dé a conocer. ¡Oh!... debo tener más miedo a las sonrisas del rey, que a su cólera.

Fué Luis en busca de su señora, que le esperaba con ansiedad y le preguntó:

—¿Qué quería su majestad?

—Ni más ni menos que protegerme ayudarme.

—No comprendo.

—Benito, el miserable espía acaba de ser preso y lo tenéis camino de Segovia con Ruy Gómez de Silva.

—Parece imposible.

—Ya no tenemos que pensar con él, y desde mañana me ocuparé del dominico, que me infunde más miedo que todos.

—Nada quiero deciros, porque estás decidido a burlar.

—Sí, sí.

—¿Sucede algo más?

—Nada.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Voy a ver a doña Ana, para darle la noticia del viaje de su esposo, y luego me ocuparé probablemente en escribir al príncipe.

CAPITULO XCVII

El paje se divierte y el dominico
vaticina

A las nueve de la mañana siguiente, fray Bernardo se encontraba en su celda.

Hacía ya un hora que esperaba al esbirro, y no acertaba a comprender cómo éste no se había presentado.

Empezaba a temer al fraile que hubiera sobrevenido una nueva desgracia, y ya no podía dominar su impaciencia.

—Si no ha podido venir—decía—, ¿por qué no me ha enviado un aviso según le previne? Para hacerle así, cuenta con una persona de nuestra confianza. ¿Se habrá dejado engañar por el paje? Semejante torpeza no merecería perdón, porque ya he dicho qu' ese niño es muy temible.

Meditabundo quedó fray Bernardo.

Un cuarto de hora transcurrió

—Quiero salir de dudas—dijo.

Y dando a su semblante la expresión de numbidad que lo caracterizaba, se encaminó a palacio.

Allí preguntó por Benito, y a cuantas personas se dirigió le respondieron:

—Hoy no se le ha visto por aquí.

Fué al aposento del espía.

La puerta estaba cerrada con llave.

El dominico llamó

Como no recibió contestación, convenciose de que perdía el tiempo

No le quedaba más recurso que acudir al paje.

Atravesó algunas habitaciones.

En una galería vió a Luis.

Derivose éste se quitó la gorra y dijo:

—Buenos días padre.

—Dios os bendiga.

—¿Puedo servirlos en algo?

—Sí, decídmelo dónde encontraré a Benito.

—En su aposento... es guare.

—Es mudo porque de allí vengo.

—Hoy no lo he visto.

—¿Y ayer?

—Tampoco.

—¿Extraño...

—Evidente me ha parecido a mi tambien; pero he creído que obedecía vuestras órdenes.

—No, pues dispuse todo lo contrario.

—Entonces...

—¿Me ayudaríais a buscarlo?

—Con la mejor voluntad reverendo padre.

—Gracias dijo.

—Por aquí.

—Sin pronunciar una palabra empezaron a recorrer habitaciones y a bajar y subir escaleras.

El paje preguntaba por dentro a cuantos lo conocían.

Nadie le había visto aquella mañana, ni la noche anterior.

De vez en cuando se arrugaba el entrecejo del fraile.

Recorrieron una gran parte del alcazar.

—¿Cosa rara!—murmuró Luis.

—¿Cómo os explicáis esto?—le pregunta el dominico.

—No lo entiendo.

—Ya empieza a fatigarme.

—Descansaremos ya.

—Es de esperar, lo que se fatiga.

—Disponed lo que mejor os parezca, que a vuestra disposicion me tenía.

—Quiero ver al principe de Eboh.

—Vamos.

Otra vez se pusieron en movimiento.

El paje preguntó a doña Ana.

—¿Está don Ruy?—preguntó el paje.

—No—respondió el criado.

—¿Salió muy temprano?

—Ayerche no vino a dormir, lo cual sucede con frecuencia desde que está preso el principe don Carlos.

—Es verdad.

—Supongo que lo encontraréis en las habitaciones de su alteza.

El dominico, con una paciencia inagotable, siguió a Luis.

Este se divertía.

Pocos minutos después llegaron a la habitación donde a todas horas vigilaba Ruy Gómez de Silva y el de Feria.

Encontrábase éste sólo.

—Dios os guarde, señor duque—le dijo Luis.

—Buenos días.

—Aquí tenéis al reverendo padre Bernardo, inquisidor...

—Bien venido.

—Desea ver a don Ruy.

—Hoy no ha venido.

—¿Se retiró anoche muy tarde?

—Antes de las nueve se fué, y no volvió, aunque le tocaba vigilar.

—¿Y no sabéis dónde podemos encontrarlo?

—Supongo que en la cámara de su majestad.

—Gracias, señor duque.

Salieron.

Entrecabrieronse los labios del dominico para sonreír irónicamente.

Llegaron a la antecámara donde estaban los individuos de la alta servidumbre.

Todos saludaron cariñosamente al paje, más cariñosamente que nunca, porque recordaban que el día anterior le había llamado el rey, hablando con él largo rato.

—¿Habéis visto a don Ruy?

—Hoy no.

—En ninguna parte lo encuentro y debo creer que ha salido.

—Tal vez haya ido a conferenciar con el cardenal, porque como son los jueces...

—Es posible.

—¿Queréis más?

—Nada.

Quando el paje y Benito salieron de la antecámara, se detuvieron.

El primero, dijo:

—Viéndolo estáis

—Sí, ya lo veo.

—Si os interesa mucho ver a don Ruy...

—No.

—Me parece que mi compañía ya no os sirve para nada.

—Os agradezco la molestia.

—Soy vuestro servidor, reverendo padre.

Se alejó el dominico.

Cuando el paje estuvo sólo no pudo contenerse, y soltó una carcajada.

Gozaba en aquellos momentos, como pocas veces en su vida había gozado.

—Ahora—dijo—, le contaré al rey lo que acaba de suceder.

Y volvió hacia la cámara real.

Diversiase el travieso niño; pero era probable que la diversión le costase muy cara.

Mientras el dominico se alejaba del alcázar hacía grandes esfuerzos para evitar que su rostro revelase lo que sentía.

Caminó con cuanta prisa le fue posible.

Llegó a la morada del cardenal, que le recibió inmediatamente.

—Eminentísimo, señor—dijo el fraile con tono menos humilde que de costumbre—, el que lucha y no le da importancia a' primer palmo de terreno que ceda, debe considerarse derrotado.

—¿Y por qué decís eso?

—Porque vuestra eminencia jefe y representante del Santo Oficio, ha tenido por conveniente ceder en la primera cuestión y ya no podemos triunfar.

—Sentaos y explicaos. ¿Qué sucede?

—Benito está preso.

—¿Preso!

—Y supongo que lejos de Madrid.

—¿Pues qué ha hecho?

—Será con lealtad.

—Imposible, hermano.

—A las ocho debió ir a verme...

—Estará ocupado.

—Yo he ido al alcázar y... ¿Nadie lo ha visto?

—¿Y el paje?

—Se ha burlado de mí.

—Todo eso es imposible.

El dominico refirió cuanto le acababa de suceder.

Se arrugó el entrecejo del cardenal.

—Empiezo a ser de vuestra opinión—dijo.

—Pues bien, lo diré con claridad: lo que yo he hecho con Benito lo harán conmigo cuando les convenga lo harán también con vuestra empuñadura...

—¡Hermano!...

—Me parece que voy conociendo a Felipe II mejor que vuestra eminencia.

—Exageráis y vuestros temores...

—Es muy desagradable lo que digo; pero sucederá.

—¡Preso ya, ya!—exclamó Espinosa como si hablase de lo inverosímil.

—O reesterrado; que mal es igual.

—Hermano, habéis perdido la razón.

—¿No sabe vuestra eminencia lo que se ha propuesto el rey de encerrar a Benito?

—No lo advino.

—Hacer una prueba.

—Pero...

—Si se le deja en paz, si no se le disputa la presa...

—¡Oh!... Os empeñáis en colocarme en una pendiente tan resbaladiza como peligrosa.

El dominico se encogió de hombros.

—Está bien—dijo con desdenosa indiferencia.

—Ve a ver al rey.

—Y si vuestra eminencia encuentre al paje le proporcionará una ocasión para que vuelva a divertirse.

Dos relámpagos siniestros se escaparon de los ojos del cardenal.

—Volverás a verme a las tres—dijo.

—Que el cielo guarde a vuestra eminencia.

El atributo del asunto tralla debía cumplirse.

Venidos al Espinosa supo disputar la presa al rey.

CAPÍTULO XXVIII

De cómo el rey con la ayuda del paje,
representó una farsa

El cardenal Espinosa se envanecía de conocer a Felipe II, y se equivocaba lo mismo que cuantos tenían semejante pretensión. Acababa de tener una prueba de que no había podido penetrar en el alma de aquel gran tirano que ha dejado en la historia un abismo insondable de tinieblas y misterios; pero esto no se hacía la ilusión de que no se equivocaba.

Con una humildad admirable hemos visto al cardenal cómo lentamente llevó a cabo su obra, consiguiendo que el monarca adoptase una resolución extrema contra su hijo, y haciendo después que se le nombrase juez de la causa; pero nos parece que Felipe II, aparentando que se dejaba engañar, hizo lo que le convenía.

Mientras se dirigía al alcázar real, Espinosa decía para sí:

—Empleo a perder el tiempo, y quizás fray Bernardo tiene razón; pero no he querido cambiar de sistema porque el mío me había producido mejores resultados. La desaparición de Basilio es grave. ¿Es posible que lo hayan encerrado en un calabozo? Poco me importa su suerte; pero el golpe no ha sido asestado contra él sino contra los inquisidores contra mí, queriendo hacerme comprender que por mucho que yo valga represento muchísimo menos que el rey! ¡Oh!... Veremos, y en cuanto al paje, será preciso adoptar alguna resolución. ¿Qué importa que sea un niño? La verdad es que, amigo del príncipe o leal al rey, representa en esta intriga un importante papel, y como no conocemos sus intenciones, para nada nos sirve y para todo nos estorba. Contra ese rapaz alevado e insolente no podemos contar con doña Ana, porque se burla de los que creen que el paje es el diablo; tampoco ha de darnos ayuda Ruy Gómez, y nosotros ~~no~~

mos que sostener la lucha. El enemigo parece pequeño, pero no es despreciable. Tal vez nos equivocamos y sobre ser inocente es ofensivo. Sin embargo, nada perdemos porque desaparezca y conseguirlo así no me parece imposible. Calma mucha calma necesitamos, mucha prudencia y mucho estímulo. Sería una temeridad entablur la lucha frente a frente, a cara descubierta, y sobre este punto no ve con pesante claridad fray Bernardo. Si el rey se sintiera herido, se irritaría y el primer resultado de su irritación sería devolver a su hijo la libertad, probando así que a ninguna voluntad se somete.

Discurriendo así llegó a la cámara real.

Su visita no debió sorprenderle al monarca.

—Bien venido, señor cardenal—dijo el rey—: vuestra visita me complace.

—Gracias, señor—respondió Espinosa—: pero si he de hablar a vuestra majestad con franqueza, le diré que he venido con gran disgusto.

—¿Me traéis alguna mala noticia?

—Espero encontrarla aquí.

—Pues os habéis equivocado.

—Me tranquilizo.

—Explicaos más claramente, porque no es entiendo.

—Señor—dijo Espinosa mientras observaba con atención profunda el rostro del rey—, me han dicho que ese buen hombre a quien vuestra majestad quiso premiar...

—Sí, el llamado Benito, ya sé... ¿Y qué os han dicho de ese buen servidor?... ¡Ah!... Pienso ahora que su conducta es bien extraña, tal vez por efecto de su carácter, pues no le ha ocurrido pedir-me una audiencia para mostrar su agradecimiento con algunas palabras.

—No ha tenido tiempo, señor.

—Eso es más extraño aún.

—Se explica perfectamente con lo que ha sucedido con la cacería de que pienso hablar, y...

Se interrumpió Espinosa como si no se atreviese a decir todo lo que pensaba y sentía.

—Continuad.

—Temo...

—¿Y da también, señor cardenal.

—Pues bien, me sorprende que vuestra majestad necesite explicaciones para comprender lo que quiero decir.

—Claro que las necesito, porque nada sé.

—Entonces...

—Me obligáis a cavilar.

—Empiezo a creer que se ha cometido un abuso.

—¿Por quién y contra quién?

—Supuse que sería un acto de justicia...

—¿Acabardis? — Interrumpió el monarca con impaciencia.

—Benito ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido!

—Veo que vuestra majestad lo ignoraba.

—Sí.

—Creí que Benito había cometido una grave falta, y que estaba preso.

—Lo dudo.

—Y como la orden de prisión tenía que haberla dado vuestra majestad, porque se trataba de un individuo de su servidumbre...

—Nada sé, absolutamente nada.

—Resulta, pues, el abuso.

—Pensad que tal vez ese hombre nos engaña a todos, y si ha temido que su traición se descubra...

—Imposible.

—¿Tenéis la seguridad de que ha desaparecido?

—No se le encuentra.

—¿Quién lo ha buscado?

—Fray Bernardo hace una hora o poco más.

—Si no tenéis otro fundamento, otras razones...

—Lo ha buscado también ese niño... el paje de doña Blanca, y hay otra circunstancia que me da mucho que pensar.

—Sepamos.

—Lo diré, porque vuestra majestad quiere que hable con franqueza.

—Sí, sí.

—Tampoco se encuentra al príncipe de Eboli, ni nadie lo ha visto desde anoche.

—Es decir, que también ha desaparecido...

—Pero don Ruy parecerá así lo espera.

El monarca desplegó una leve sonrisa.

—Bien—dijo—, muy bien. ¿Y qué deducís de todo esto?

—Lo que ya he dicho, señor: creí que a Benito se le había encerrado en un calabozo, probablemente fuera de Madrid, y que el príncipe de Eboi había sido el encargado de ejecutar la orden.

—Os habéis equivocado.

—Me alegro.

—Vámos a salir de dudas, señor cardenal.

Felipe II mandó que fuesen a buscar a Benito. No hay que decir que no lo encontraron.

Dispuso el rey que se le buscase otra vez, y tan apremiantes fueron sus órdenes, que muchos individuos de la real servidumbre se pusieron en movimiento.

Trabajo perdido, porque nadie daba razón del espía.

—¡Oh!—exclamó el rey como si se impacientara—. ¿Habéis registrado bien su aposento?

—Está cerrado con llave.

—Pues que rompan la puerta. ¿Quién sabe si la noche anterior le ha dado algún accidente?

Si esto no era probable, era posible.

La orden fué obedecida con prontitud; pero ni encontraron a Benito, ni vieron nada que indicase haber tenido lugar un suceso extraordinario.

El rey llevaba la farsa hasta el último extremo.

Dudaba el cardenal y ya no sabía qué decir.

¿Por qué no buscaban también a Ruy Gómez de Silva?

Esta pregunta se hizo Espinosa, y como si su pensamiento fuese adivinado por el rey, dijo:

—Ahora nos ocuparemos del buen Ruy.

—Señor...

—Como también ha desaparecido, según decís...

—Testigo el paje.

Dispuso el monarca que se llamase a Luis.

El travieso niño se presentó muy pronto.

—Veamos—le dijo el rey—, si tú consigues lo que nadie ha conseguido.

—Le pido a Dios acierto para complacer a vuestra majestad.

—Según entiendo, ya tenéis noticia de que Benito...

—No está en el alcázar, y quizás ni tampoco en Madrid.

—¿Y no te atreves a encontrarlo?

—Señor, lo haré todo menos lo imposible.

—¿Qué opinas de este suceso?

—Mi opinión no he querido decírla a fray Bernardo porque necesitaba meditar; pero ahora...

—Todo quiero saberlo—interrumpió enérgicamente Felipe II.

El paje inclinó sobre el pecho la cabeza.

El cardenal cuyo semblante había cambiado de expresión, fijó en el mozo una mirada penetrante.

Muy difícilmente se dominaba ya su eminencia, porque empezaba a convencerse de que el rey se le burlaba, y temía que el paje hiciese lo mismo.

—Señor—dijo el paje después de algunos momentos—, no sé si lo que observé anoche tiene relación con Benito. Salí a las nueve, y cerca de las caballerizas vi tres hombres parados. Uno de ellos se movía con impaciencia, y exclamó: "¡Vive el cielo! ¿Nos engañará?" Y otro replicó: "Responde de su lealtad." Nada más oí, seguí mi camino y volví una hora después.

—¿Y aquellos hombres?

—Se encontraban en el mismo sitio, y uno de ellos dijo: "Mirad; me parece que es él." Todos miraron hacia el alcázar y yo también miré, y como soy curioso fijé toda mi atención en el que de aquí había salido. El topaje negro, la estatura, el continente...

—Benito—murmuró el rey.

—No pude verlo el rostro.

—¿Habló con aquellos hombres?

—Llegó donde estaban, y los cuatro se alejaron progresivamente.

—¿Por qué no los seguistes?

—Me esperaban, señor y el asunto de que hablamos de ocuparnos era de mucha interés.

—Los asuntos de tu señora no tienen valor cuando se trata de mi servicio—replicó el monarca.

—No era mi señora la que me aguardaba.

—¿Quién?

—Suplico a vuestra majestad...

—Responde.

Paració que Luis se turbaba, y miró como rascosamente al cardenal.

—Responde, yo lo mando—volvió a decir el rey.

—Puesto que su majestad se empeña, le diré; la persona que me esperaba era el príncipe de Eboli.

—¡Ah!...

—Con él he pasado la noche, y ahora he de ir.

—Basta.

—Comprendo—dijo el cardenal.

—Ya sabéis por qué a don Ruy Gómez no se le encontraba—repuso el paje, dirigiéndose a Espinosa—, y podéis decírselo al padre Bernardo, que sabrá perdonarme mi reserva, porque se trataba de cumplir mi deber.

Felipe II estaba encantado con el paje.

Guardó este silencio y quedó inmóvil.

—Déjanos—le dijo el monarca después de algunos instantes.

Y añadió después que Luis había salido:

—Ya veis, señor cardenal, cómo preguntando por Benito hemos averiguado el por qué nadie sabe de Ruy Gómez de Silva.

—Sí, ya lo veo.

—Nada de eso lo ignoraba yo; pero he querido que el paje lo diga en vuestra presencia y sin ponerse de acuerdo conmigo, porque así no os quedará duda de que la desaparición de Ruy Gómez de Silva ninguna relación tiene con Benito.

—Pero...

—Ese hombre es un traidor, no lo dudéis, y puesto que se ha ido, dejadlo.

—Sí es un traidor...

—Acordaos del adagio: "a enemigo que huye, puente de plata".

—Sin embargo, no me tranquiliza.

—Si bien os parece adoptar una resolución para averiguar el paradero de Benito, hacedlo, que yo no he de poneros estorbo.

—Veremos.

Nada había conseguido el cardenal, nada había de conseguir, y no quiso continuar la conversación. Pidió licencia para retirarse.

Quando salió de la real cámara y atravesaba una galería, dijo:

—Esto es ya demasiado... ¡Oh!... No saldré del alcázar sin haber puesto en claro la verdad.

CAPÍTULO XCIX

Se convence Espinosa de que era aciago aquel día

Enpeño y muy vivo tenía ya el inquietador general en salir de dudas y saber a qué atenerse con respecto a los unos y a los otros, y para conseguirlo determinó conferencia inmediatamente con doña Ana.

La verdad es que el papel que representaba Espinosa desde el día anterior no tenía nada de agradable, y hubiera mortificado al más humilde y menos vanidoso.

Era evidente que se habían burlado de él, y sufría muchísimo al pensar que tenía que confesarlo así a fray Bernardo.

No era posible que la princesa ignorara la verdad; así lo suponía Espinosa, y no se equivocaba, pues ya sabemos que Ruy Gómez no hubiera dado un solo paso sin consultar con su esposa.

Encontrábase doña Ana en su habitación, y en su semblante se pintaba su aburrimiento. Nada había tenido que hacer desde que prendieron a don Carlos; ninguna intriga había tenido que fraguar, y por consiguiente la vida no presentaba para ella ningún atractivo. Había nacido para la lucha, y la inacción o siquiera la tranquilidad de espíritu era para ella insostenible.

Un solo momento había tenido de distracción, de agradable solaz: el breve rato que la tarde anterior había podido burlarse de su marido.

—¡Ah!—exclamó languidamente al ver a Espinosa.—Os agradezco mucho esta visita, muchísimo, señor cardenal.

—Señora—dijo el inquisidor—, me felicito por haber llegado tan a tiempo.

—La vida que paso es insuportable, las horas los días, las semanas entre estas cuatro paredes... Esto es horrible. Ni una emoción, ni una alternativa... ¡Siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo...! Os lo ruego encarecidamente, amigo mío: dadme una mala noticia, muy mala, y me haréis un gran beneficio, porque será una novedad y despertaré de este letargo en que se consume mi existencia.

—Sois una criatura singular.

—¿Acaso vos podéis vivir sin hacer nada?

—Me sorprende lo que decís.

—¿Y por qué?

—Porque nunca como ahora habéis tenido ocupación: nunca las circunstancias han ofrecido tanto aliento a vuestra imaginación viva inquieta...

—Desgraciadamente os equivocáis.

—Lo que sé decir es, que hace dos o tres días que no sosiego, que constantemente tengo que ocuparme de vuestros enemigos, y lo que es peor de todo, que empiezo a sentirme aturdido.

—Perdonadme, pero os lo diré con franqueza: veo que mi esposo os ha contagiado.

—No os comprendo.

—Os entregáis a ilusiones: vosotros mismos creáis fantasmas, les dáis gigantescas proporciones, y luego miráis con espanto, los perseguís unas veces, huís otras...

—¡Señora...!

—Ni más ni menos—dijo la dama haciendo un gesto de desdén.

—Todo es posible.

—Hay momentos en que nada puede hacerse, y entonces es preciso resignarse como yo me resigno. ¿De qué sirve nuestra voluntad cuando no nos favorecen las circunstancias?

—Reconozco mi torpeza, no os entiendo.

—Pues bien, explicaos, decidme lo que sucede, lo que os apura, lo que os aturde, y si queréis conocer mi opinión...

—Sí, sí.

—Os escucho.

—Antes sería preciso que me contestáseis a una pregunta.

—Lo haré.

—Nuestros intereses son los mismos y por consiguiente...

—Os diré la verdad, tranquilizaos.

—¿En qué se ocupó anoche vuestro esposo?

—¡Mi esposo!—dijo la dama con tono de profunda sorpresa.

—Si vuestro esposo.

—Todo el mundo lo sabe, y es extraño que vos lo ignoréis.

—Cuando os lo pregunto...

—Lo que hizo anoche no lo sé, lo supongo. Antes de las nueve, se separó de mí; debió ir al cuarto del príncipe don Carlos y permanecer allí cumpliendo su deber. Aún no ha vuelto, ni lo espero hasta más tarde.

—En el cuarto del príncipe no estuvo, y el duque de Feria ha tenido que vigilarlo solo.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Sí.

—¡Oh!... Yo debería sorprenderme, y no me sorprendo, pues es preciso que sepáis que hace algún tiempo que mi marido se muestra reservado. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Desconfía de mí? Es posible. Yo creo que si se siente acobardado, poseído de pavor desde que prendieron a don Carlos, y sobre este punto no hay que pedirle explicaciones, porque no acertaría a dadas. Demasiado bien conocéis a mi esposo y comprenderéis esto mejor que yo.

—Os equivocáis.

—Proseguid, señor cardenal.

—Lo único que debía saber era lo que os he preguntado, y como no podéis decirme lo, me quedo tan a oscuras como antes.

Demasiado bien sabía la dama que su esposo estaba camino de Segovia con el escirto; pero no quiso decir la verdad, porque ya ningún interés tenía en ayudar a Espinosa.

Este había hecho cuanto le era posible hacer contra don Carlos, y para lo demás no lo necesitaba la princesa.

Las relaciones que había tenido podían darse por terminadas: se auxiliaron mutuamente cuando así les convenía y apenas la intriga terminó, ce-
bian mirarse como extraños y no guardarse otras consideraciones que las que exige el trato social entre personas de su clase.

Esplúcase quédose pensativo.

Era muy desgraciado aquel día.

Preguntóse si su desgarcía era efecto de su torpeza.

¿Qué le era posible hacer?

—Supongo—dijo después de algunos minutos—, que no ignoraréis lo que ayer sucedió.

Doña Ana como si no pudiera contenerse, soltó una carcajada.

—Se han burlado de vosotros—dijo.

—Señora...

—Y se ha burlado un niño...

—¡Oh!...

—No lo dudéis.

—Ese niño audaz...

—¿Podría creéis que es el diablo de palacio?

—Si expulso sin vacilar Esplúsa.

—Peor para vos porque mientras béis la atención en el niño dejaréis en paz al verdadero diablo.

—Me parece, princesa, que no comprendéis la situación.

—Demasiado bien la comprendo.

—Abandonad la lucha.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo que yo hago, y tened entendido que aún no podemos captar victoria, pues mientras exista ese enemigo misterioso que de todos se burla...

—A ese enemigo le conoceremos algún día. Dichoso vos señor cardenal, porque nuestro triunfo ha sido completo y al fin... ¡Oh!...

—¡Completo mi triunfo!

—Eseré encerrado al principio, y morirá en su prisión—dijo la dama, cuyo semblante se contrajo repentinamente.

Y su mirada sombría se fijó en el cardenal.

—Ahora os reconozco—dijo ésta.

—Me alegro.

—¿Por qué no hehas de hablar como siempre hemos hablado?

—Han cambiado las circunstancias.

—Son más críticas, más peligrosas para nosotros.

—Solamente para mí.

—Si os empeñáis en creer que mi triunfo ha sido completo...

—¿Qué más podéis desear? ¿No disponéis en esos momentos de la suerte de don Carlos? ¿No tenéis la seguridad de que ha de morir muy pronto? Pues siendo así, como es, ¿qué os importa ese enemigo a quien llamamos el diablo, que os importa cuando en realidad no es vuestro enemigo?

—¡Que no es mi enemigo!

—No os persigue, no os molesta; ha hecho cuanto es imaginable para salvar a don Carlos; pero nada más. Yo me encuentro en situación distinta: a mí me ha perseguido, se ha complacido en mortificarme, me ha ofendido, me ha ultrajado; y como no puedo perdonar un ultraje, como no puedo olvidar que alguna vez el ridículo ha caído sobre mí, no me tranquilizaré, no estaré satisfecha mientras no lo conozca y le haga sufrir como he sufrido, y lo jure y...

—Entiendo, entiendo.

El fuego de la ira más reconcentrada brilló en los ojos de la princesa.

—No, señor cardenal, ya no podemos hablar como antes, porque nuestros intereses son distintos. ¿Cómo habéis de molestarnos, cómo habéis de arriesgar nada cuando nada habéis de conseguir, porque todas vuestras aspiraciones están satisfechas?

—¡Satisfechas mis aspiraciones...! Si dejamos tiempo a nuestro enemigo, don Carlos se salvará, no lo dudéis. Vos tenéis necesidad de conocer al diablo para saciar vuestra sed de venganza, y yo...

—Para nada.

—Para ayudarle—dijo Espinosa, que ya no pudo contenerse.

—¡Ayudarle! exclamó la dama con sorpresa... que ya no era fingida.

—Sí, porque quiere que saque de su prisión a don Carlos.

—¿Habla's seriamente?

—Como siempre os he hablado.

—¿Qué os proponéis? Porque supongo que no os habéis compadecido del príncipe.

—Me propongo hacer lo que el rey no hará. Vos creéis que don Carlos ha de morir en su prisión...

—Os responde con mi cabeza.

—No morirá.

—Está enfermo.

—Como siempre.

—Ha de agravarse su enfermedad y como no siempre los médicos aciertan...

Doña Ana y el cardenal se contemplaron silenciosos.

No es posible hacer comprender lo que sus semblantes expresaron.

Se habían entendido perfectamente.

—Señora—dijo el cardenal—mi plan es más seguro, porque ofrece menos dificultades.

—Mi opinión es distinta.

—Sin embargo...

—Puesto que creéis que vuestro enemigo es el paje, no necesitáis más: haced lo que mejor os parezca, y yo entre tanto...

—Todo se perderá.

—No.

—Os obstináis...

—Mi resolución es firme.

—La ocasión se nos muestra propicia, las circunstancias nos favorecen, porque siendo vuestro esposo uno de los que vigilan a don Carlos...

—Señor cardenal—interrumpió doña Ana—quiero hacer más, arriesgando menos.

Y pronunció estas palabras con acento de firmeza tal que Espinosa se convenció de que nada conseguiría.

¿Por qué doña Ana no quería ser ya aliada del inquisidor?

Primersamente porque no lo necesitaba, y además porque había previsto la caída del cardenal.

Ya sabemos que fray Bernardo la había previsto también.

No quiso ya Espinosa hablar de Benito, ni siquiera continuar la conversación, y se puso en pie.

—¿Tan pronto os vais?—le preguntó la dama.

—Me esperan.

—¿Habéis visto al rey?

—Sí; pero hoy es un día desdichado... Me resignaré como vos os resignáis.

—Os lo aconsejo de buena fe: no os ocupéis más que en cumplir vuestros deberes como juez, según ha dispuesto su majestad, porque si otra cosa hacéis, es posible que lleguéis a perder todo lo que habéis ganado, y mucho más.

—Gracias, señora, por vuestra buena intención.

Despidióse el cardenal y salió tan preocupado como disgustado.

Y ahora, lector, hemos de ver cómo el paje se arregla para librarse del enemigo fraile que más miedo le infundía, es decir, del astuto fraile.

CAPÍTULO C

De cómo el paje volvió a su espiado

Rapaba en temeridad el valor de Luis, y además era imprudente hasta el extremo de cometer toda clase de locuras, según ya hemos visto: sin embargo cuando el peligro se le presentaba demasiado descubierto hacía lo posible para conjurarlo si quiera fuese para evitar que sus enemigos triunfasen.

Así sucedió después de las extrañas peripecias que acabamos de dar a con ver.

Muy detenidamente reflexionó el paje, tan detenidamente y con tanto acierto como pudiera haber reflexionado el dominico, y concluyó por apreciar con tanta exactitud la más crítica y no menos difícil situación en que se encontraba.

Ya no tenía que preocuparse solamente en salvar al príncipe don Carlos, sino que también quizás ante todo, le era posible guardar su persona.

Creyesen o no que él era el diablo de palacio, la verdad es que había quedado muy al descu-

bierto, y no menos verdad que Espinosa y el dominico debían mirarlo como un estorbo pues por él no habían tenido más que disgustos, viéndose contrariados en todo.

Los hombres como Espinosa y el dominico, ¿qué hacen cuando otro les estorba?

Para Luis no era dudosa la contestación a esta pregunta.

Recordaba la muerte de Bergen, y preveía el fin de don Carlos si no se conseguía sacarlo pronto de su encierro.

En aquella época, disponiendo de unos cuantos escudos, cualquiera podía contar con el brazo de un asesino, brazo que descargaba el golpe mortal sobre la persona que se le designase, fuese quien fuese, sin meterse en más averiguaciones.

Así perdieron la vida muchos honrados esposos, muchos rivales afortunados, muchos amantes consecuentes, muchos ancianos que no habían cometido más delito que el de poseer cuantiosos bienes, ser solteros y no tener más pariente que los heredase que algún sobrino calavera y arruinado.

Si para cualquiera era fácil descargar impunemente uno de esos alevosos golpes, mucho más fácil era para Espinosa o el dominico, que contaban con toda clase de medios, y hasta tenían a sus órdenes y como esbirros de la Inquisición, a los desarmados más miserables de aquella época.

Por resultado de todas sus reflexiones, muy parecidas a las que acabamos de hacer, se preguntó Luis:

—¿Es posible que me dejen en paz?

No, no era posible; ya lo sabemos, porque conocemos las intenciones del inquisidor, y así lo comprendió el paje.

—Ante todo—dijo—, guardaré mi desdichada persona de un fin desastroso, y me prepararé para descargar el golpe antes de recibirlo. Después, cuando el fraile quede inutilizado, pondré en práctica el otro plan, proporcionaré el último consuelo a don Carlos y a la reina, y... ¡Vive el cielo!... El esfuerzo último, y triunfar o morir; pero cualquiera que sea el resultado, vengaré al noble marqués de Peza.

Bien pronto tuvo ocasión de convencerse de que sus temores no eran imaginarios, pues cuando a las nueve de la noche salió del alcázar, vió que un hombre lo seguía.

—Casualidad puede ser—pensó el paje—, que ese embozado tenga que ir por el mismo camino; pero más me parece un espía que un honrado transeunte.

Apresuró el paso Luis.

El otro hizo lo mismo.

Luego se detuvo el paje, y parado quedó el otro también, resultando así que siempre se encontraban a la misma distancia.

No brillaba la luna; pero la claridad de las estrellas era bastante para distinguir los bultos.

Podía Luis retroceder, entrar en palacio y volver a salir por otra puerta; pero le pareció mejor hacer de modo que el espía se creyese de que se había equivocado, y si así no lo conseguía, que por lo menos sufriera la pena que merecía por su abuso.

—Adelante, pues—dijo al manco.

Y siguió. Llegó a la posada donde Pedro León tenía su aposento, encontrando a éste cenando.

Cuando el uspatán no tenía nada que hacer, hacía siempre lo mismo, que se aburría y así era la verdad porque no se encontraba bien sino moviéndose, hablando o riendo.

—¡Gracias a Dios o al diablo!—exclamó al ver al paje.

—Creía que os habíais olvidado de mí.

—No.

—¿Puede de Satanás!... ¿Dónde habéis estado?... Dos días sin vernos, y en estas circunstancias... ¡Rayos!... ¿No bebéis? ¿Me acompañaréis a cenar? Si lo haréis y os lo agradeceré mucho, porque a mí me sucede con la comida lo mismo que con el amor: que no me ofrece ningún atractivo sino entre dos personas.

—Estáis de buen humor.

—Al contrario, me aburro.

—Os proporcionaré algún entretenimiento.

—¿Ya tenemos que hacer algo?

—Poco—dijo Luis mientras se sentaba, llenaba un vaso y bebía.

—¡Bien!... Así me gusta...

—Me ha divertido mucho.

—Y entretanto yo...

—Habléis descansado.

—¡Mil truenos!...

—He tenido que quitarme la máscara.

—No os comprendo—dijo el capitán Ejanó en el paje una mirada de extrañeza.

—He declarado terminantemente y a voz en grito que soy el diablo en palacio.

—¡Cuernos de Lucifer!...

—Y ahora que lo digo nadie quiere creerlo, y el rey me toma bajo su protección y me acaricia, y me consulta y me confía delicadas comisiones...

—¡Señor Luis!...

—Y Ruy Gómez de Silva me llama su mejor amigo, y doña Ana de Mendoza me defiende, y...

—Esperad ¡vive Dios! necesito desaturdírme.

Pero León se aturdió muy fácilmente, ya lo sabemos, y tuvo necesidad de beber para que se despejase su inteligencia.

—Ahora empiezo a entender — dijo —: nadie cree que sois el diablo por lo mismo que vos lo confesáis: a mí me sucedaría lo mismo, no lo creería.

—Pero hay quien es de distinta opinión.

—¿Y qué os importa mientras el rey no comprenda la verdad?

—Mucho, porque se trate de un fraile.

—¡Rayos!...

—Un dominico.

—¡Por Satanás!

—Inquisidor, amigo de Espinosa y...

—Estamos perdidos, señor Luis.

—Y como además me he burlado de ese fraile...

—Os habéis vuelto loco.

—Y del cardenal me he reído en sus barbas.

—¿Esperáis que os perdone esa gente?

—No.

—Debemos huir...

—Escuchad, que aún no he concluido.

—Beberé, no se me atraganta la comida... ¡Truenos y centellas!... Desde que habéis dicho que te-

ramos que luchar con un fraile, y que ese fraile es inquisidor, y que descaradamente os habéis burlado del cardenal Espinosa...

—Y he sido causa de que a un esbirro de la Inquisición lo entierren en el Alcázar de Segovia, de donde no saldrá sino para la sepultura.

—¿Y qué dice vuestra señora de todo ese enredo?

—Lo mismo que yo, que debo considerarme perdido desde que han fijado la atención en mí.

—No se equivoca.

—Me defenderé como mejor pueda; pero no dejaré de luchar hasta vencer o morir.

—Cada día peor, y al fin de la jornada...

—Os dejo en libertad para hacer lo que mejor os parezca.

—¡Tripas de Lucifer!—gritó Pero León con voz reconcentrada—. ¡Mil rayos!... ¿Por qué me tratáis tan injustamente? ¿Por qué ponéis en duda mi lealtad? ¿Cuándo me habéis visto volver la espalda en momentos de peligro?

—No os enfadéis, que ni he puesto en duda vuestro valor, ni vuestra lealtad.

—Entonces...

—Si no me escucháis, no me comprenderéis.

—Lo comprendo bien: un fraile que os persigue, un fraile que es inquisidor, y...

—Es decir un estorbo del que es absolutamente preciso desembarazarse.

—Decidme su nombre y dejádmelo, que mañana a estas horas...

—Señor Pero León, vuelvo a suplicaros que me escuchéis.

—Ya estáis complacido.

—El capitán no se ocupó más que de comer mientras escuchaba.

Con todos sus detalles refirió Luis los sucesos que conocemos ya, concluyendo por decir que un hombre lo seguía y había quedado esperando a pocos pasos de la posada.

No pudo ya el capitán contenerse.

Púsose en pie mientras que de sus ojos se escapaban dos centellas.

—¿Qué intentáis?—le preguntó Luis.

—Este es asunto mío—respondió el soldado, empezando a ceñir su espada.

—Aguardad.

—¿Y para qué?

—Tengo mi plan bien combinado...

—Dejadme.

—No.

—¡Vive el cielo!

—Tened paciencia.

—Me resigno.

—Acabad de cenar, y después saldréis, iréis a Platerías, tomaréis luego por los alrededores de San Miguel, iréis a parar a Puerta Cerrada y entraréis en la calle de Cuchilleros.

—Entendido.

—Andaréis muy deprisa.

—Correré.

—Os ocultaréis en la primera puerta de la derecha y esperaréis con el sombrero en la mano.

—¿El sombrero o la espada?

—El sombrero he dicho.

—¿Qué más?

—Esperaréis; llegaré, tomaré vuestro sombrero y os daré mi gorra que os pondréis, aunque es pequeña para vos, sin deteneros ni un solo instante, seguiréis calle arriba, os pararéis a los pocos pasos y volveréis la cabeza.

—Otra vez me aturdo.

—Cuidado...

—Acabad.

—Vereis al espía, que también quedará parado a la entrada de la calle, y después de algunos momentos retrocederéis y tomaréis por la de Segovia, procurando encoger las piernas para que mengue vuestra estatura.

—¡Ah!...

—¿Ya entendéis?

—Sí, sí.

—En la calle de Segovia hay un nicho con una Virgen...

—Y un farol...

—Por allí volveréis a deteneros, y haréis de manera que el espía no pueda irse sin que le habléis.

—¿Qué debo decirle?

—Que os agrada su tenaz persecución.

—Y entonces él...

—Como se convencerá de que se ha equivocado, os pedirá perdón, se alejará...

—¡Por el rabo de Asmodeo!... ¿Ha de irse sin que la punta de mi tizona no le arañe el corazón?

—Contentaos con darle una paliza.

—Es poco.

—Me conviene que quede vivo, porque si muriese, me acusarían sin tener en cuenta otra razón que la de que yo he debido ser la persona a quien espía.

—Pero si es mozo de valor y resiste...

—Lo desarmaréis y lo dejaréis huir, y todo lo más lo heriréis para inutilizarlo.

—Muy bien.

—¿Necesitáis más explicaciones?

—No.

—Yo saliré pocos momentos después que vos.

—Me parece menuda que se me presente ocasión de divertirme.

—Y por lo que pueda suceder, cambiaré de posada.

—Esta misma noche la pasaré con Diego.

—Mañana nos ocuparemos del fraile.

—¡Oh!... No me privaréis del placer de acogerlo.

—¿Para que hemos de quitar a nadie la vida?

—Hay enemigos tan terribles...

—Cenad.

—Ya ha concluido.

—Pues manos a la obra.

—Después de la paliza...

—Me encontrareis en Puerta Cerrada.

—¡Cuánto voy a gozar!

Tomo el capitán su espada y su sombrero.

Saló seguido de Luis, que se detuvo en el zaguán.

Bien pronto el soldado se alojaba y desaparecía.

—Ahora yo—dijo el paje.

Y también salió de la posada.

¿Conseguirán engañar al espía?

CAPÍTULO CI

Cintarazos

Muy lentamente avanzaba Luis.

El espía lo siguió.

Como el paje tenía que recorrer escasamente la cuarta parte de camino que el capitán, deteníase con frecuencia para dar tiempo a que éste llegase al punto convenido.

El éxito dependía de la oportunidad.

Si esperaba el soldado, nada se perdía; pero si llegaba después sería imposible realizar el ingenioso plan de Luis.

Siguió éste con la misma lentitud.

Por fin llegó a Puerta Cerrada después de diez minutos.

Dirigióse hacia la calle de Ouchilleros y de repente aceleró la marcha, entró en la calle, se quitó la gorra y sin separarse de la pared avanzó hasta encontrar la primera puerta.

Allí estaba el capitán.

Había cumplido con toda exactitud las instrucciones del paje, y tenía el sombrero en la mano, mientras que alargaba la otra para coger la gorra con que había de representar el papel.

Todo esto debía ser obra de un instante.

Luis tomó el sombrero mientras daba su gorra y se metía en el hueco de la puerta, y al tomar la gorra el capitán, salió y siguió arriba.

En aquel momento el espía llegó a la embocadura de la calle.

La obscuridad favoreció a nuestros amigos.

De repente se detuvo Pero León.

Volvióse y vió el bulto del espía.

Este quedó también inmóvil junto a la esquina.

Ya no debía quedarle duda de que había llamado la atención; pero estaba decidido a continuar.

No sabemos si las órdenes que se le habían

dado eran para espiar a Luis o para asesinarlo.
Transcurrieron algunos minutos.

Aunque el capitán no había nacido más que para dar cuchilladas supo representar admirablemente su papel y le pareció muy divertido.

Se contrajo como mejor le fué posible, y su estatura merminó bastante.

Movía la cabeza para que se agitase la pluma blanca de la gorra, llamando así la atención del espía y engañándolo mejor.

—Me parece que lo hago bien—pensó el capitán—, y mejor me de hacerlo cuando llegue el caso de sacudir el polvo a ese britón.

Voltió a Puerta Cerrada.

Entró en la calle de Segovia.

Pronto llegó al lugar donde estaba el farolillo que pendía ante la imagen de la Virgen.

Dió algunos pasos más y se detuvo.

Hizo lo mismo el espía.

Luego el capitán pasó al otro lado de la calle. Como no era posible adivinar si iba a retroceder, su perseguidor quedó inmóvil.

Había llegado el momento crítico.

El capitán pasó calle arriba, volvió a la izquierda y rápidamente se acercó al espía, exclamando:

—¡Quieto, ¡Vive Dios!

Y al mismo tiempo dejó ver su espada.

La del espía relumbró también.

—¿Qué querrás?—preguntó.

—Haceros comprender que es preciso que acabe esta broma.

—No os entiendo.

—Pues si tan torpe sois, mi espada se encargará de daros explicaciones muy claras.

Al decir esto el capitán bajó el embozo, acercóse más al espía y éste pudo verlo el rostro.

—¡Ah!...

—¿Qué os sucede?

—Me habéis equivocado!

—Desde que allí de palacio os ví...

—Perdonad... ¡Oh!... Estoy viéndolo y aún lo duda... ¡No es él!...

—¿Por qué me seguís?

—Repito que me equivoqué, y la culpa ha sido de vuestra gorra que con esa pluma... Y sin embargo, yo juraría...

—¡Por Satanás!

—Hemos concluido... Siento mucho haberos molestado; pero todos estamos sujetos a errores y...

—En una cosa no me equivoco—interrumpió el capitán.

—Si tenéis a bien decir...

—Que sois un bribón.

—Os advierto...

—¡Advertencias a mí un villano!... ¡Mil truenos!... ¿Tanta es vuestra audacia que hasta ese punto os tomáis libertades?... ¡Por Dios vivo!... No quedará impune vuestra osadía.

—Que no he querido ofenderos...

—Esa espada, miserable, esa espada—gritó el capitán en tanto que blandía la suya—. ¡Que no habéis querido ofenderme!...

—No, y mil veces no.

—Pero ciò es que me habéis ofendido, que ofensa grave es para mí que me sigan los pasos y me obliguen a fijar la atención en un miserable.

—Os he pedido perdón...

—No lo esperaré.

—Si es que queréis cometer un abuso...

—Soy esclavo de la justicia.

—Entonces dejadme en paz.

—¿No queréis seguir a una persona?

—Sí; pero no a vos.

—¿Qué importa esa circunstancia, ese detalle? Habíais resuelto cometer un abuso, y ruin debéis ser para convertirlos en espía.

—Como ignoráis...

—El motivo no os excusa. Espiar es cometer lo más repugnante de las alevosías y por consiguiente merecéis muy duro castigo, y yo, en nombre de las gentes honradas...

—Caballero, exageráis, juzgáis con ligereza...

—Basta.

—Es que...

—¡Fuego de Satanás! —exclamó el soldado, y al mismo tiempo accionó al espía.

Tuvo éste que defenderse, y la verdad sea dicha, no dió muestras de cobarde ni de torpe.

Sus pupilas relumbraron como dos luces fosfóricas.

Ya no sonó más ruido que el de las espadas al chocarse.

Con gran sorpresa encontró el capitán una mano fuerte y ligera, y un juego nre probaba maestría y larga práctica.

Eran adversarios dignos el uno del otro.

Así cambiaba la situación.

No se apuraba el capitán por las dificultades que tuviera que vencer, ni por el temor de recibir una estocada, sino porque con semejante hombre se veía con la necesidad de matar o morir.

Con rapidez se esquivaban y paraban los golpes; y si el capitán parecía clavado en tierra, el otro tampoco se movía.

El combate se prolongó más de lo conveniente.

Pero León tenía la ventaja de sus fuerzas hercúleas.

—¡Rayos!—exclamó el fin— Me había propuesto regalaros algunos cinerazos...

—Eso no ¡vive el cielo! porque me deshonraría.

—Pues matadme.

—No sería el primero que ha caído a mis pies—dijo el espía.

Y al mismo tiempo asestó tan certera estocada al capitán, que éste tuvo que retroceder para no quedar atravesado.

—¡Tripas de Lucifer!...

—Otra vez será—murmuró el espía.

Sordamente rugió el soldado.

Se rebizo, arremetió con fuerza sin igual, hizo el último esfuerzo, apeló a la más hábil de sus maniobras, y pocos instantes después, la espada del adversario fué a parar a larga distancia.

—¡Maldición!—exclamó el espía.

Y quiso ir por su acero para continuar la pelea, pero el capitán, que estaba ciego por la ira y desecho de concluir, no lo permitió, y aunque de plano; dejó caer la tizona sobre el otro con tanta fuerza que le hizo dar en el suelo y quedar aturcido.

No era bastante para que Pero León se considerase satisfecho, y tras aquel golpe descargó otros muchos no menos terribles.

Gritos de dolor y de rabia exhaló el espía.

Revolvióse, quiso levantarse y recibió nuevos cintarazos que le hicieron caer nuevamente.

—¡Cobarde!—exclamó—. ¿Por qué no me dejáis tomar mi espada?...

—Villano, mal nacido... ahora sabes lo que cuesta ser curioso.

Y el capitán más ciego cada vez, manudeaba los golpes.

Las fuerzas del espía se agotaron.

Quedó inmóvil.

No tenía ni una sola herida; pero estaba magullado de pies a cabeza.

—Me parece bastante—dijo el capitán.

Tomó calle arriba.

En Puerta Cerrada encontró al paje que le dijo:

—Lo ha observado todo.

—¿Y os ha parecido bien?

—Os habéis ensañado.

—¡Truenos!... Es un bríoón muy temible. Maneja bien la espada, y como no se aturde; ha tallado muy poco para que me atraviere de parte a parte.

—Por esta noche hemos salido del apuro.

—Queda el traje...

—No lo olvido.

—Ahora volveré a mi posada, recogeré lo que tengo allí, pagaré y me iré a buscar a Diego.

—En su casa os verá mañana.

—Y si os siguen...

—De día no lo harán.

—Os acompañaré hasta palacio.

—No.

Tomó el capitán su sombrero, y Luis su garra. Despidiéronse y se separaron.

En realidad nada había conseguido, y la única ventaja fue para Pero León, que había gozado mucho mientras daba cintarazos al espía.

CAPITULO CII

Donde conoceremos al apaleado

A las siete de la siguiente mañana, fray Bernardo salía de su convento.

No era menester más que mirarlo para conocer que estaba muy preocupado y de mal humor.

Rápidamente dejó atrás calles y calles, y antes de diez minutos llegó a los alrededores del convento de Santa Catalina.

Muy urgente y de bastante importancia debía ser el negocio que tan temprano le obligaba a salir de su celda, pues al tribunal no iba ningún día hasta después de las nueve.

Después de pasar el convento, se detuvo junto a la puerta de una miserable y pequeña casa, que no tenía más que un piso.

Llamó dando algunos golpes.

Se abrió la puertecilla y se dejó ver una vieja, de la que apenas pueda decirse que estaba vestida, sino cubierta de harapos.

—¡Ah!—exclamó al ver al dominico—. Dios bendiga vuestra merced con el consuelo que nos trae con tanta prontitud.

—Como me dijisteis que estaba tan malo...

—Verá vuestra merced que no he mentado.

Entró el fraile.

Atravesó el aposento donde apenas había muebles, y penetró en el otro, esclarecido débilmente por la luz que penetraba a través de los vidrios de una pequeña ventana con reja.

Allí había dos sillas y una cama tan pobre como sucia.

—¡Ay!—se oyó que decía una voz lastimera que parecía escaparse del pavimento.

Miró fray Bernardo, y distinguió confusamente la cabeza de un hombre que estaba envuelto y oculto con las ropas del lecho.

—¡Loado sea Dios!—dijo el dominico acercándose y mirando el rostro lívido del que se queja-

ba—. ¿Qué es lo que me han dicho buen Mateo? ¿Es posible que tú tan previsor, hayas cometido una imprudencia?

—Padre me muero.

—¡Que te mueres!.. Viéndolo estoy, y me parece mentira que tú te abates y te acobardes así. No estás herido, y todo consiste en algunos golpes...

—Que no ha recibido vuestra merced, y no ante lo que duelen... ¡Oh!... ¡Pobres huesos míos!..

—Sí; debes sufrir mucho, pero hay mucha distancia del sufrimiento a la muerte.

—Es que me mata la desesperación — replico Mateo cuyos ojos se ahumaron—. Enténdalo bien vuestra merced, la desesperación; y como estoy desesperado y no pienso en nada que sea conforme con lo que manda Dios, me condenare resultando así que la brutal patiza que me recibido ha magullado mi cuerpo y ha perdido mi alma.

—Me parece que deliras, hijo.

—¡Delirar!.. Sí, loco de rabia, ¡vive Dios!

—Cuidado.

—Y el miserable tiene un brazo de hierro, y no se cansaba, y se divertía con mis lamentos... ¡Y no puedo vengarme!..

—Soségate, Mateo, y explícate.

Revoltóse otra vez el paciente, exhaló algunos ayes y diciendo luego:

—Padre Bernardo, yo quisiera que me sacase vuestra merced de dudas.

—Lo hare en cuanto me sea posible, porque así es mi obligación.

—Ante todo quiero hablar al confesor, y por consiguiente, lo que yo diga a vuestra merced...

—No tengas cuidado.

—Como nadie más que Dios nos escucha y... ¡Ay!.. Debo tener hechas pedradas las costillas.

—Domina los dolores —dijo el fraile con calma y la serenidad del que aconseja sin sufrir.

El paciente murmuró algunas palabras que debieron ser una blasfemia, porque el dominico exclamó horrorizado y con tono muy severo:

—¡Mateo, Mateo!..

—Que Dios me perdone; pero...

—Al asunto.

—Pues bien. lo que yo quería que vuestra merced me dijese con toda seguridad es si efectivamente hay criaturas que tienen pacto con Satanás.

—La cuestión es muy grave y no puede tratarse con ligereza.

—He visto a muchos morir en la hoguera por hechizos o cosa parecida; pero la verdad es que nunca he creído en esas cosas, y lo mismo me ha reído de las brujas que de los duendes, y aun de mismo Lucifer.

—¡Jesús!—exclamó el dominico mientras se santiguaba.

—Siempre me he creído mentira eso de que algunas criaturas dispongan de un poder sobrenatural.

—Probablemente estés en lo cierto.

—Suy embargo, duéce desde anoche, pues lo que es lo que sucedió...

—Buen Matco—interrumpió fray Bernardo—, en vez de perder el tiempo en observaciones y comentarios que para nada sirven, debes ocuparte en referir todo lo que pasó la noche pasada, pues según voy viendo, debe ser cosa de mucho interés y que quizás produzca consecuencias gravísimas.

—Y las ha producido, reverendo padre, y la prueba la tengo en mi desdichado cuerpo.

—¿Es posible que te hayas dejado maltratar por un niño? ¿Por qué no acabaste con su vida? ¿Acaso no tenías autorización para matarlo si era preciso?

—Lo que debe considerarse cosa muy extraña es que yo escapase con vida, pues un hombre tan brutal como él que quiso mi mala fortuna ponerme delante, no he debido esperar que se diera por satisfecho con malermme a cantarazos.

—No entiendo.

—Me explicaré con toda claridad.

—Relata sencillamente todo lo que nliciste, todo lo que pasó, como si no hubiese sido más que un espectador indiferente que tiempo nos queda para hacer apreciaciones.

—Me coloqué junto al alcazar y en el sitio designado por vuestra merced. Ví al paje, y aunque nos separaba bastante distancia, lo reconocí antes

que saliese porque la luz le daba de lleno. Levaba como casi siempre, su gorra de terciopelo azul con pluma blanca. Lo seguí hasta la plaza del Arrabal.

—¿No se apercebió de que lo espían?

—Luego tuve ocasión de convencerme que sí.

—¿Qué hizo en la plaza?

—Entró en una posada y yo esperé.

—Muy bien.

—Más de media hora pasó, y volvió a salir.

—¿Sólo?

—Sí.

—Continúa.

—Lo seguí. Iba despacio, se detenía muchas veces, bajaba la cabeza y meditaba, según yo suponía.

Era acertada la suposición.

—Llegamos a Puerta Cerrada, y de repente el maldito paje avanzó con mucha rapidez y entró en la calle de Cuchilleros.

—Intentaba perderte de vista...

—No, porque bien pronto se detuvo, y me miró cuando yo estaba en la esquina de la calle.

—¿Nadie pasaba por allí?

—Nadie absolutamente.

—Tanto mejor.

—Pasaron algunos minutos, retrocedió el paje, tomó por la calle de Segovia, se detuvo cerca del nicho donde está la Virgen.

—¿Allí tenías luz...

—¿Y para qué me servía? Vi que se movía como si se impacientase; pasó al otro lado de la calle, y de pronto se me vino encima, preguntándome por qué me quitaba la libertad en seguirlo.

—Entonces...

—Sí: entonces vi que el paje no era él...

—¿Que no era él?...

—Ni siquiera se le parecía.

—¿Te habías equivocado...

—Eso debe creerse pero yo juraría que no me equivoqué, y sin embargo...

—Ahora comprendo por qué me preguntabas si había quien tuviese pacto con Satanás.

—Reverendo padre, aún no me ha convencido;

el paje salió del alcázar, fué a la calle de Segovia y allí se transformó.

—¡Pobre Mateo!

—Sí, soy digno de compasión.

—Las criaturas buscamos siempre razones para justificar nuestras torpezas y no teniendo tú otro medio te empeñas en mirar el asunto por el lado de lo sobrenatural. Nunca has creído en hechicerías y crees ahora, porque así te conviene.

—Padre...

—Prosigue tu relato.

—Aquél hombre parecía un hidalgo.

—Eso es lo que menos importa.

—Le pedí perdón, diciéndole que me había equivocado: pero replicó que mi curiosidad merecía el más duro castigo, y sin escuchar otras razones, me acometió con la espada...

—¿Y tú?...

—Ya sabe vuestra merced que no soy cobarde; me defendí, ataqué y faltó muy poco para que mi adversario muriese; pero se rehizo, me acometió con mayor furia y consiguió desarmarme. Quise coger mi espada para continuar la lucha para vencer o morir, y entonces el miserable me hizo caer al suelo de un terrible cintarazo, y me descargó otras muchas después. Se agotaron mis fuerzas y me resigné a morir.

—¿Y luego?

—Cuando le pareció bien se alzó y desapareció, y yo permanecí en el suelo más de media hora sin que me fuese posible moverme.

—¿Eso es todo?

—Sí, padre.

Fray Bernardo incluyó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

No necesitaba reflexionar mucho para quedar completamente convencido de que Mateo se había equivocado, siguiendo a quien tal vez era el mayor enemigo del paje.

En opinión del dominico, la única desgracia era haber perdido veinticuatro horas pero el espía daba mayor importancia a lo sucedido, porque tenía los brazos quebrantados.

—Es inútil cavilar—dijo el fraile después de al-

gunos momentos—, porque siempre resulta lo mismo, es decir que has cometido una torpeza. Toda la atención la fijaste en la gorra azul y la pluma blanca, sin pensar que en Madrid hay muchas gorras lo mismo.

—La fijé en todo, reverendo padre.

—Lo mismo digo de la estatura.

—Pues para que vea vuestra merced que en todo esto hay brujería o cosa por el estilo, le diré que el desalmado que me magulló tan brutalmente, crecía en la calle de Segovia cuando se acercaba a mí, y sin temor a equivocarme puedo asegurar que al acometerme tenía un palmo más de estatura, y había engruesado, de manera que se había convertido en un gigante. ¿Cómo se explica esto vuestra merced?

—El miedo, que nos hace ver lo que no existe.

—¡Miedo!...

—Sí, desde el momento en que aquel hombre te amenazó con la muerte te pareció gigantesco. Esto se explica muy bien: en momentos de perturbación, nuestros sentidos nos engañan, se oyen ruidos que no han sonado, se ven fantasmas que no existen, se palpa lo que es imaginario, y...

—Reverendo padre yo no me turbo con facilidad. He visto la muerte muy cerca muchísimas veces, y si hay algo de que yo pueda estar orgulloso, es de mi serenidad en los momentos de peligro. Para sostener el combate me fué preciso tener muy en cuenta la estatura de mi adversario, pues si se olvida esta circunstancia, no es posible dirigir el golpe con acierto, ni parar los que a uno le dirigen, y la prueba de que no me equivoqué está en que sólo retrocediendo pudo librarse de una estocada que le asesté. No lo dudéis, cuando salí del alcázar apenas tenía mi estatura, y luego era más alto que yo, bastante más.

—Te obsecas, te ofuscas.

—¡Oh!...

—¿Era o no el paje?

—Era; pero se transformó...

—Basta. Mateo, que el asunto es demasiado grave para que nos entreguemos a ilusiones.

—¡Vive el diablo!...

—No juras, porque me veré obligado a ponerte una penitencia muy dura.

—Si vuestra merced no llamase ilusiones a los golpes que recibí, a los dolores que sufro...

—A eso no, pero a lo demás sí.

—Reverendo padre...

—Has cometido una torpeza, y la has pagado, esto es lo positivo, esta es la verdad. Ya lo ves, el castigo se ha cumplido, y en el mismo pecado has encontrado la penitencia.

—Y ahora las consecuencias...

—Te curarás; pero si te murieses, puedes tener por seguro que en el espacio de un año no diría yo misa que no fuese por tu alma.

—¡Misa! —murmuró entre dientes Mateo.

—¿Qué decías?

—Que todo eso está bien, reverendo padre; pero que entretanto me duelen los huesos, y el tal hialgo o lo que sea se reirá de mí.

—Haremos lo posible para que no se ría, pues me parece que averiguaremos quién es, y cuando lo sepamos: irá a los calabozos de la Inquisición, y tú te divertirás en verlo sufrir cuando le apliquemos algunas cuñas siquiera dos, y le estiremos los brazos y las piernas en el potro...

—Y lo llevaremos a la hoguera.

—Puesto que entró en la posada allí deben de saber cuál es.

—Lo que siento es que no puedo moverme.

—Harán tus compañeros lo que sea menester.

—Gracias, reverendo padre.

—Y vendrá un médico, y como que tendrás cuanto necesites, muy pronto te curarás.

—Y seguiré trabajando, y juro a vuestra merced que no he de equivocarme, y que el paje, aunque tenga pacto con Satanás...

—Veremos, veremos.

Fray Bernardo se puso en pie.

—No me olvide vuestra merced.

—Dios te bendiga y te consuele.

Salió el dominico en tanto que Mateo exhalaba algunos ayes al cambiar de postura.

CAPÍTULO CIII

Averiguaciones

No habían transcurrido dos horas, cuando atravesaba la plaza del Arrabal, y entraba en la posada un hombre vestido de negro, y al que bastaba mirar para comprender que era un esbirro de la Inquisición.

Por demás está decir que había recibido órdenes de fray Bernardo para averiguar qué persona la noche anterior había entrado en la posada después de las nueve, volviendo a salir cerca de las diez.

El esbirro que se llamaba Lucas, conocía desde antiguo al posadero, y aun puede decirse que eran amigos íntimos, porque íntimas habían sido sus relaciones en otro tiempo, relaciones que no continuaron como antes, porque cada cual tuvo que atender a sus obligaciones en la situación tan distinta en que los había colocado la fortuna, o más bien sus opuestos caracteres y sus inclinaciones.

Cuando la casualidad los reunía tratábase como siempre, con una franqueza que era leal por la parte del posadero y fingida en Lucas.

El primero era honrado hasta el último punto de la honradez, sencillo y a veces cándido, mientras que el esbirro era astuto, falso, traidor y capaz de cometer todos los abusos y todos los crímenes.

No podía ser otra cosa el que se degradaba hasta el punto de servir como esbirro al tribunal de la Inquisición.

Juan Andrés que así se llamaba el posadero, encontrábase en la cocina, oyó que lo llamaban, y salió viendo a su amigo Lucas.

— ¡Dí por mí casa! — exclamó Juan Andrés.

— Porque deseaba verte, y porque tenemos que tratar de un asunto de mucho interés.

— Estoy a tu disposición como siempre.

— Te advierto que hemos de hablar sin testigos.

—Pues aguarda un poco—dijo el posadero.

Y se alejó para volver a los cinco minutos, con un jarro lleno de vino, algunas sardinas saladas y un trozo de jamón.

—Me parece—dijo—que así pasaremos mejor el rato, porque lo cortés no quita lo valiente. Ya hace mucho tiempo que no nos hemos visto, y creo que debemos remojar el paladar.

—Como quieras.

—Saber que soy verdadero amigo tuyo.

—Y ahora me darás otra prueba de tu amistad.

—Ven, Lucas.

Fueron a la habitación donde podían hablar en que nadie los interrumpiera.

Sentáronse.

Ante todo, bebieron.

—¿Y qué tal?—preguntó Juan Andrés—. ¿Eres contento con tu fortuna?

—Me resigno y nada más—dijo Lucas—. Trabajo mucho, y lo que es peor, sufro mucho para cumplir mi deber, y apenas gano lo suficiente para vivir.

—Yo no podría hacer lo que tú haces...

—Tienes corazón y te sucedería lo mismo que a mí... ¡Oh!... Hay días en que deseo la muerte como el mayor de los beneficios.

—Bebe, Lucas, y no nos ocupemos de cosas desagradables.

El esbirro suspiró, bebió y dijo luego:

—Es el caso, mi amigo Juan Andrés, que desagradable ha de ser nuestra conversación, aunque tengo la esperanza de que no cometerás una tontería.

—No adivino lo que quieres decir.

—He venido para cumplir una orden de mis superiores, y por consiguiente...

—¡Lucas!—exclamó el posadero, que iba a beber y dejó el vaso para mirar recelosamente al esbirro.

—¿Te asustas?

—¿No estás al servicio de la Inquisición?

—Ya sabes que sí.

—¿Y qué tengo que ver con el Santo Oficio ni el Santo Oficio conmigo? Tranquila está mi con-

ciencia, pero como nadie puede estar libre de una mala voluntad...

—Claramente.

—Tienes pruebas de mi honradez, todo el mundo sabe que soy un buen católico y...

—Nadie lo ha puesto en duda.

—Entonces...

—Escúchame con calma.

Juan Andrés había ido palideciendo y empezó a temblar.

Ni el más valeroso permanecía tranquilo cuando le decían que tenía que entenderse con la Inquisición.

—Explicate—dijo el posadero.

—Has de principiar por decirme los nombres de las personas que están en tu posada, y además de los nombres, cuanto sepas de las mismas.

—¡Ay, amigo Lucas, desgraciadamente no hay en mi casa nadie más que yo, mi mujer y Juanillo, a quien ya conoces.

—Eso no es verdad—replicó el esbirro en tanto que llevaba a la boca una magra—. Serán pocos tal vez uno no más: pero...

—Te juro...

—No jures en falso, porque me pondrías en el mayor de los compromisos. Te quiero mucho, Juan Andrés: pero no puedo olvidar mis deberes, y en caso necesario me sería preciso no pensar que eres mi mejor amigo.

—Me ofendes Lucas, me ofendes con sólo suponer que puedo jurar en falso, y me duele tanto más la duda, cuando más amigo mío eres.

—Alguien te ha trastornado la cabeza.

El posadero fijó una mirada de estupor en el esbirro.

Este prosiguió diciendo:

—Te han deslumbrado con alguna promesa.

—¡Lucas!...

—Al fin eres una criatura débil: aún es tiempo de remediar la falta.

—¡Oh!...

—No te enfades.

—Es que sufre...

—Te lo aconsejo por tu bien, dime quién hay en

tu posada, porque muy pronto vendrán a registrar; cuando se pruebe la mentira, irás a un calabozo de la inquisición y...

—¡Dios mío!...

—Ya estás advertido y puedes hacer lo que mejor te parezca.

—Pues bien, que registren—dijo el infeliz posadero, por cuya pálida frente empezaba a correr frío sudor.

—Algo más harán.

—Que pregunten a mi mujer y a mi criado sin que yo me ponga de acuerdo con ellos.

—¡Pobre Juan Andrés!... Tú has creído que se nos puede engañar fácilmente.

—¿Y por qué había de mentir? ¿Acaso es un delito?...

—No.

—Hace quince días que en mi posada quedó una sola persona...

—Ya lo ves, una.

—Pero anoche se fué.

—¡Ah!...

—Y como ya no está...

—Eso es otra cosa.

—Estoy aturdido, lo confieso.

—Sórelégate, que me parece que acabaremos por entendernos.

—Dios lo quiera.

—Bebe y tranquilízate.

Bebieron.

No recobraba la calma Juan Andrés.

El esbirro añadió:

—Dices que había en tu casa una persona...

—Sí.

—¿Quién era?

—Un hombre que debía tener en el cuerpo al mismo Satanás, pues juraba y maldecía como un condenado, y no sabía mandar sin amenazar terriblemente, y más de una vez puso las manos sobre el pobre Juanillo.

—¿A qué clase pertenecía ese hombre? ¿En qué se ocupaba?

—Parecía un hidalgo que había servido en Flandes y en Italia, y que había sido capitán. Su ocu-

pación consistía en comer como cuatro, beber como siete, dormir de día, salir de noche y... nada más. Pagaba con largueza, eso sí, y aparte de su genio y afición a dar golpes era un corazón honrado.

—Soldado, penitenciario, de vida misteriosa... El mismo, el mismo...

—¿Lo conoces?

—No.

—Ignora de donde venía y adonde iba, ¿...?

—Díme su nombre.

—Pero León.

—No lo olvidaré.

—Creí que estaría mucho tiempo en mi casa; pero anoche salió, volvió, tomó su equipaje, me pagó religiosamente, regaló a Juanillo un doblón, y se fué.

—¿A qué hora salió?

—Serían las diez.

—Había venido a las nueve.

—No.

—Sí.

—Te equivocás.

—Lo vi.

—Fues te engañaron tus ojos, porque mucho antes de las nueve pidió la cena, se la di y lo dejé en su aposento, volviéndome a la cocina y poniéndome a rezar con mi mujer y Juanillo.

—Entonces me dirás quién entró a las nueve o poco más.

Ya empezaba a desagradarle el interrogatorio al posadero: pero le infundía terror el Santo Oficio y estaba dispuesto a decir la verdad.

—Sentí pasos—respondió—, me asomé a la puerta de la cocina, y vi un hombre que me pareció ser un amigo del señor Pero León, y no debí equivocarme, porque subió sin preguntar, y después él que los dos hablaban.

—¿Y ese amigo?

—Nunca le he visto la cara, porque siempre ha venido de noche embozado...

—Pero su ropaje...

—Muy decente como un hidalgo.

Más, mucho más y de gran interés podía el posadero haber dicho: pero como contestaba contra

su voluntad, no hablaba más que lo absolutamente preciso para satisfacer a Lucas.

—¿Y salirlos los dos?

—A las diez sentí otra vez pasos, miré hacia el zaguán, y vi que salían. Como nada me dijeron, nada les dije y volví al lado de mi mujer para seguir revando.

Lucas bebió otro vaso de vino, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

Después de algunos minutos, preguntó:

—¿Usaba ese capitán una gorra con pluma blanca?

—No.

—¿Y su amigo?

—Sí.

—Ya está comprendido todo — repuso Lucas mientras desplegaba una sonrisa maliciosa.

—No te entiendo.

—Parece mentira que nunca hayas oído el nombre de ese amigo del capitán, ni le hayas visto el rostro...

—De noche, embozado...

—Eres curioso, Juan Andrés.

—Sí; pero cuando el señor Pero León vino a mi casa, me advirtió que le desagradaba mucho la curiosidad, y que para castigar a los curiosos tenía las manos y la espada, y como la experiencia me ha probado después que no amenazaba en balde, me he guardado muy bien de meterme donde en último caso no me importa.

—¿Y si yo te dijese que ese hombre de la gorra ha venido también de día?

—Es posible pero nadie lo ha visto, porque cuando estamos lejos del zaguán, puede entrar cualquiera como tú has hecho hoy, y puede también salir y salir...

—Comprendo.

El hombre cándido a pesar de su candidez, engañaba al astuto; pero éste había ya averiguado bastante para quedar satisfecho.

Ya era indudable que Mateo había seguido a un hombre que no era el que vivía en la posada,

pero no había pruebas de que el de la gorra fuese el peje.

Según todas las señas, el capitán, por su carácter y antecedentes, era muy a propósito para lances como el de la calle de Segovia; pero también su amigo podía ser otro soldado rudo y valeroso.

Otras deducciones debía hacer el fraile, deducciones que le darian a conocer la verdad.

Muy comprometido quedaría Luis si se trasladaba que era amigo del señor Pero León y que tenía con éste conferencias secretas.

Continuó Lucas hablando, comiendo y bebiendo, y al cabo de otra media hora se despidió de su amigo y fué en busca de fray Bernardo.

—No estoy tranquilo — decía el posadero —, porque cuando la Inquisición se ocupa de una persona... ¡Oh!... Pero mi conciencia está tranquila, y de los delitos que puede haber cometido el capitán no soy yo reponsable. He ocultado parte de la verdad, porque al fin el señor Pero León ha estado en mi casa, y me ha pagado generosamente, y es mi obligación favorecerle en cuanto me sea posible. En cuanto al otro, ¿por qué he de decir quién es? Que lo averiguen por otro lado, pues Dios sabe lo que sucedería si yo pronunciase su nombre, que por casualidad conozco, así como por casualidad también supe que vive en el alcázar real. Todos estamos obligados a hacer un bien cuando podemos. Yo no soy delator, ni alguacil, ni cosa que le parezca.

No era posible que el honrado posadero calculase el inmenso beneficio que acababa de hacer.

CAPÍTULO CIV

Espinosa y el fraile modifican su plan

Fray Bernardo con la cabeza inclinada sobre el pecho y cerrados los ojos escuchó a Lucas.

Cuando éste concluyó su relato, cambió aquel de postura y dijo:

—Muy bien,

—Soy dichoso si vuestra merced aprueba.

—Sí.

—¿Ha de hacer algo más?

—Nada por ahora.

El esbirro se fué.

Desplegó el fraile una sonrisa maliciosa.

—No — dijo —, ya es imposible dudar; esa nifio es el diablo de palacio, y nos dará mucho que hacer sino adoptamos una resolución que lo inutilice. Parece mentira y es verdad: una criatura de diez y seis años, todo la más diez y siete... ¡Oh!... No es el primer caso de precozidad que se ha visto. Sin embargo, el paje no es el autor, no es la voluntad que manda, no es el alma de la intriga: hay otra persona, probablemente una mujer, como creía Benito, y esa mujer no puede ser otra que la reina.

Hizo un gesto de disgusto el dominico.

Le era imposible luchar con la esposa de Felipe II: pero en cambio le era muy fácil privarla del instrumento de que se servía y que no era otro que el atrevido paje.

Cuando la reina no contase con el auxilio de Luis, tendría que buscar otro, y para encontrarle necesitaría un tiempo que aprovecharía muy bien el fraile.

La mejor solución era un puñalada.

¿Por qué no había de morir el paje como murió el de Poza?

Ninguna dificultad presentaba esto, puesto que corraban asesinos que descargasen el golpe.

Una vez que Luis no existiese, es decir, que desapareciese el estorbo no sería imposible poner en práctica un plan cuyo resultado fuese sacar a don Carlos de la prisión para acabar también con su vida.

¡Pobre don Carlos!

No era menester que nadie cortase el hilo de su débil existencia, porque ésta terminaría en un plazo breve sin hacer más que dejarlo con su dolor y sus amarguras.

Doña Ana de Mendoza estaba en lo cierto, pues en su prisión debía morir don Carlos.

Menguaban rápidamente las fuerzas del infeliz;

la fiebre lo devoraba a todas horas, y su existencia no era más que una agonía.

Sin embargo, el dominico, la misma que Espinosa, quería que cuanto antes se resolviese la situación, porque al fin don Carlos era joven, y bien podía suceder que su juventud hiciese lo que nadie esperaba.

También la esposa de Ruy Gómez de Silva, impaciente como toda mujer, debía pronto dudar y opinar como el dominico.

Había visto a muchos enfermos recobrar la salud cuando ya se había perdido toda esperanza, cuando la ciencia se declaraba impotente.

¿Por qué no había de suceder lo mismo con don Carlos?

De todas esas dudas y vacilaciones, de todos estos temores debía resultar muy pronto un nuevo crimen.

Reflexionó muy detenidamente el fraile, y luego fué a ver al cardenal Espinosa, refiriéndole cuanto había sucedido la noche anterior y dándole cuenta de lo que había hecho Lucas.

Tal efecto produjo en Espinosa el relato que se dejó arrebatado puesto que ya sabemos que era uno de esos hombres de gran fuerza y de voluntad para dominarse.

—¡Ah! — exclamó poniéndose en pie—. Ahora mismo iré a ver al rey.

—¡Al rey! — dijo el fraile con tono irónico.

—Y como ante la evidencia se convencerá...

—Perdone vuestra emulencia.

—¿Dudáis?

—No lo dudo.

—Entonces.

—Eminentísimo señor, no dudo, porque tengo completa seguridad de que el rey no ha de molestar al paje.

—Si lo ha dejado en paz, ha sido porque ninguna prueba se le ha presentado; pero ahora...

—Supongo que su majestad se convence.

—Así sucederá.

—Perdonaré al paje a condición que le sirva lealmente.

—Imposible.

—Ese niño vale mucho, es un tesoro, y Felipe II no es bastante torpe para arrojar por la ventana un tesoro que le depare la fortuna.

—¡Oh! — murmuró Espinosa volviendo a sentarse. — Quizás tengáis razón, hermano. Ahora pienso que desde que hay motivo para suponer que el paje es el diablo, es desde cuando el rey lo protegerá lo halaga.

—Y busca una prueba y aguarda una ocasión, y no me parece bien que nosotros la demos la ocasión y la prueba.

—Hermano, hoy discurris con admirable acierto.

—Gracias, eminentísimo señor.

—Adelante con nuestro plan.

—Que puede modificarse.

—Decid, que os escuchó con mucha complacencia.

—Me parece inútil seguir espiondo al paje.

—¿Creéis que desde luego debe darse el golpe?

—Sí—respondió sencillamente al fraile.

—No me opongo—dijo el cardinal cuya frente se contrajo un momento.

—Eminentísimo señor, no debemos olvidarnos de la persona a quien obedece el paje, pues ya hemos convenido...

—Sí, hay una persona que manda, y...

—También hemos supuesto que es la reina; pero nos conviene tener la seguridad de que no nos equivocamos.

—Esa duda no puede disiparla nadie más que Luis, y como no ha de hacerlo...

—Lo hará, declarará y lo sabremos todo si vuestra eminencia quiere que nuestro plan se modifique.

—¿Cómo?

—No hay noche que el paje no salga.

—Claramente.

—Pues bien, se le espera en el sitio que parezca conveniente, y sin morisiento alguno se le lleva a la Inquisición.

—¡Hermano!

—El rey nada sabrá, porque no hemos de cometer la torpeza de decírselo, y cuando ese niño au-

daz esté en un calabozo, cuando se le ponga en el tormento...

—¡Oh!...

—Todo eso es muy fácil: diez o doce esbirros se apoderan de un hombre, que no puede resistir, que ni siquiera gritará porque se le pondrá una mordaza...

—Sí, sí.

—Aunque sea en medio del día, y en el lugar de más tránsito, puesto que nadie vería más sino que los dependientes del Santo Oficio se apoderan de un delincuente.

—Esto sucede con frecuencia...

—Mayor será de noche.

—No quiere su majestad que la Inquisición vaya a palacio a prender al paje. ¿Que nos importa? Lo haremos fuera del alcázar.

—Muy bien, hermano, muy bien.

—Es posible que cuando el paje desaparezca se sospeche la verdad: pero como no tendrán pruebas...

—Ni han de ir a registrar los calabozos del Santo Oficio.

—Y aunque registrasen, ¿qué conseguirían? Nos sobran medios para ocultar a una persona.

—Y después que declare...

—Después, eminentísimo señor, poco nos importará lo que haga el rey, porque ya don Carlos habrá dejado de existir.

—He ahí lo que ofrece más dificultades.

—Nunca, eminentísimo señor.

—Si ha de devolverse al príncipe la libertad...

—Vuestra omniscia puede conseguirla.

—¿Quién ha de ayudarme? Yo no puedo contar con doña Ana de Mendoza.

—Pero ¿con su marido.

—Os equivocáis.

—Señor, la misericordia sienta muy bien a un príncipe de la Iglesia.

—Indudablemente.

—Y el príncipe de Eboli debe ser blando de corazón.

—Es débil.

—¿Por qué vuestra eminencia no ha de mostrarse compasivo?

—Pero...

—Sólos los jueces de don Carlos, teneis que pronunciar una sentencia de muerte, y cuando se acerca el día de hacerlo así, don Ruy Gómez no extrañará que le propongáis favorecer al infeliz desventurado proporcionándole la libertad.

—No se atreverá Ruy Gómez.

—Vuestra eminencia le infundirá alientos.

—Aborrece al príncipe...

—El odio es una mala pasión, y vuestra eminencia se lo hará comprender así.

—Hay que tener en cuenta que doña Ana...

—No ha de saber lo que tratáis.

—Dudo, hermano.

—Todo depende de vuestra eminencia. Después de meditar detenidamente y con alguna habilidad, el éxito es seguro.

—Meditaré.

—Creo conocer al de Eboli, y siempre he supuesto que lo se ha metido en ciertas clases de intrigas sino impulsado por su esposa.

—No os equivocáis.

—Más me atreveré a decir — repuso el fraile como si quisiera probar que su perspicacia rayaba en lo prodigioso—, don Ruy Gómez de Silva podrá tener valor; pero no tanto que no se espante ante su propia obra.

—Hermano, acabaréis por hacerme creer que tenéis el don de adivinar.

—Soy la más torpe de las criaturas, pero el más leal servidor de vuestra eminencia.

—Proseguid, que me agrada oírlos.

—Queda a mi cuidado la prisión del paje, y en caso de que el rey llegue a saber lo sucedido, vuestra eminencia se defenderá diciendo que todo se ha hecho sin autorización ni conocimiento y que yo he cometido el abuso.

—Pero entonces...

—No tenga vuestra eminencia cuidado por mí, que razones me sobran para justificar mi conducta.

—Vuestro valor me admira.

—Cuando tengo que cumplir un deber, nada temo.

—Dios os proteja.

—Desde hoy me ocuparé en averiguar quién es ese capitán llamado Pero León, si no ha salido de Madrid irá muy pronto a un calabozo, con lo cual conseguiremos dos cosas, disminuir el número de nuestros enemigos y castigarlo por la paliza que ha dado al pobre Mateo, que es uno de nuestros servidores más fieles.

—Estamos de acuerdo.

—Pues si nada tiene que mandarme vuestra eminencia...

—¿Qué he mandaros, cuando sabéis mejor que yo lo que hay que hacer?

—La bondad de vuestra eminencia no tiene límites.

Así terminaron la conversación.

¡Pobre Luis si no inutilizaba muy pronto al fraile.

Asesinar al desgraciado niño podía ofrecer algunas dificultades, siquiera fuese porque la ocasión no se presentase inmediatamente; pero llevarlo a los calabozos de la Inquisición era obra muy sencilla, pues fuera del alcázar real, a cualquier hora y en cualquier sitio podían hacerlo.

El paje había logrado salvarse siempre; pero su situación era peligrosa como nunca, desde el momento que tuvo que luchar con un fraile.

Meditó Espinosa.

Más de una vez se entreabrieron los labios para sonreír.

El plan lo encontraba mejor cuanto más lo reflexionaba.

Media hora después salió para ir a palacio.

No pensaba ver a Felipe II sino a Ruy Gómez de Silva.

¿Qué hacía entre tanto Luis?

Se encontraba en la pobre vivienda de Diara y conferenciaba con éste o con el capitán.

Demasiado bien comprendía el travieso paje el valor que el dinero tenía, y ante todo quiso ocuparse del dominico.

¿Quién descargaría el primer golpe?

En esto consistía todo, porque era ya cuestión de oportunidad, de momento.

No tenemos que molestarnos en asistir a la conferencia, porque muy pronto haremos de ver su resultado.

Aquel día pasó sin otra novedad, pues Luis volvió al alcázar desde la morada de Diego, y no creyó conveniente salir otra vez.

Seguiremos al cardenal para saber cómo preparó el ánimo de Ruy Gómez de Silva y conocer las intenciones de éste.

CAPITULO CV

La misericordia del cardenal y de Ruy Gómez

El cardenal Espinosa no tenía que buscar pretextos para hablar sin testigos con Ruy Gómez, pues se veían diariamente para ocuparse de la causa instruida a don Carlos.

En la habitación preparada al efecto encontráronse aquel día, despachando con Oyos, que ya sabemos hacia las veces de secretario, y cuando éste salió, dijo el cardenal:

—Poco tenemos ya que hacer.

—Muy poco, es verdad—contestó Ruy Gómez de Silva—: pero lo más grave, lo de mayor importancia.

—Están examinados todos los testigos, reunidas todas las pruebas, y...

—Ahora la sentencia.

—Eso es.

El de Ebohi palideció, inclinó la cabeza y quedó silencioso.

El cardenal exhaló un triste suspiro, cruzó las manos y murmuró:

—Dios nos llamine.

Huéltase dicho que los dos estaban agobiados por un gran pesar.

Ruy Gómez de Silva tenía miedo.

Espinosa representaba su papel según lo convenido con el fraile.

Transcurrieron cinco minutos sin que pronunciasen una palabra.

Por fin el inquisidor general rompió el silencio para decir:

—¿Y que opináis de todo esto, mi buen amigo? Porque el momento se acerca, y me parece conveniente que estemos de acuerdo. Muchas veces hemos hablado de este asunto, pero nunca hemos podido apreciar con calma la situación, porque no veíamos más que el peligro, que era preciso conjurar. , puede decirse que hasta cierto punto nos impulsaba un celo exagerado.

—Lo cual quiere decir, que hemos ido más allá de donde debíamos.

—No, porque era preciso hacer lo que se ha hecho, so pena de que sobreviniesen males espantosos. Don Carlos había llegado al último punto del extravío; en esta morada se conspiraba descaradamente: los herejes flamencos disfrutaban en la corte de la libertad más completa, y se afiantaban cada día de la impunidad. Con auxiliares poderosos con toda clase de medios, hubiera sido peligrosísimo que don Carlos llegara a fugarse; pero la situación ha cambiado, y ya nada pueden hacer los enemigos del monarca y de nuestra religión, el príncipe no es ya más que un delincuente, está desprestigiado, y desprestigiada se veía la causa que defiende. Antes el heredero del trono merecía el castigo; ahora es digno de compasión.

—¿Y qué le aconsejáis?

—El nombre que inspira estima, no puede ejercer ninguna clase de influencia. Los más amigos de don Carlos, no queriendo llamarle criminal, dicen que está loco.

¿Qué ha de hacer en semejante situación?

—Al fin replicó el de Eboli con un sí es no es de vanidad—. a' fin acabaréis por pensar como yo en este asunto. Por clemente que sea su majestad, ha de quedar incapacitado para reinar el príncipe, y por consiguiente no veo la necesidad de poner fin a su vida.

—Discutís con mucho acierto,

—Además, yo, que veo a todas horas a don Carlos y que le observo muy atentamente, estoy convencido de que su existencia no puede prolongarse. Se debilita por días, enflaquece, pierde el apetito y se consume de manera que puede decirse que está en perpetua agonía.

—¡Desdichado!

—Le he preguntado al doctor Olivares, cuya opinión vale mucho, y me ha dicho terminantemente que es imposible que don Carlos recobre la salud, porque necesitaría como principal medicamento cambiar de vida, respirar el aire libre, pasearse, distraerse, y precisamente todo esto es lo que le falta.

—La verdad es, que si a cualquiera de nosotros se nos colocase en la misma situación dejándonos a solas con nuestras tristes ideas y nuestras amarguras, sin consuelos, sin esperanzas...

—Yo moriría muy pronto.

—Yo también.

—No amo a don Carlos, ya lo sabéis; pero me parece una crueldad lo que con él se hace. Mucho hubiera ganado con ir a la Inquisición, porque allí se le hubiera condenado en absoluto.

—Ya sabéis que su majestad...

—Ha tenido que sujetarse a las circunstancias y a muy graves consideraciones de Estado.

—Sí.

—Nuestro deber es penoso; pero tenemos que cumplirlo.

—Y como está aprobado el delito de herejía y otros de no menor importancia, nos será preciso pronunciar una sentencia de muerte.

—¡Oh!...

—Y ya sabéis que su majestad es la rectitud personificada, esclavo de sus deberes, esclavo de la justicia.

—Aprobará la sentencia.

—Sí, la aprobará aunque tenga que destrozarse el alma.

—Lo peor es que nada podemos hacer en favor de don Carlos.

—Pues es preciso que busquemos un medio de

«Evitar su desgracia sin faltar al cumplimiento de nuestro deber,

—Si eso fuese posible...

—Dios es misericordioso sin dejar de ser justiciero. Si algún odio abrigáis contra don Carlos...

—Contra él precisamente, no, porque ya he olvidado las ofensas que me hizo: en quien no pueda pensar con calma, es en ese intrigante misterioso a quien llaman el diablo.

—Cuando el príncipe haya salido de su prisión o haya muerto—repuso el cardenal Espinosa—, ese diablo nos dejará en paz a todos.

El tiempo os convencerá.

—Bien sabéis, señor cardenal, que mi esposa, con su vehemencia de mujer...

—Comprendo.

—Supongo que su opinión es distinta a la nuestra.

—Por eso no debéis decirle lo que pensamos sobre este asunto.

—Es el caso que...

—Amigo don Ruy, no olvidéis que una cosa es la benevolencia, el amor o la ternura, y otra la debilidad.

—Lo confieso, alguna vez...

—Habéis sido débil.

—Sí.

—Pues esa debilidad tiene algo de pecaminosa.

—¿De veras? — preguntó candidamente Ruy Gómez.

—Cuando yo os lo digo...

—Me enmendaré, os lo juro.

—Suponed que tratáis de hacer una buena obra, y que sabéis que vuestra esposa opina que no debéis hacerla.

¿No es poner os vros mismo estorbo al ir a consultarle o participar vuestra resolución?

—Ciertamente.

—No hariais el beneficio y la culpa seria vuestra.

—Comprendo, comprendo.

—Ni una sola palabra debéis decirle de este asunto.

—Descuidad.

—Después, cuando todo haya concluido, yo me encargaré de convencer a vuestra esposa...

—¡Convencerla! — replicó Ruy Gómez como quien oye hablar de lo inverosímil.

—¿Y por qué no?

—Por la sencilla razón de que es imposible.

—La convencerá el tiempo.

—Mi esposa es muy buena en todos sentidos, es casi una santa, y me ama con locura; pero cuando tiene una opinión...

—Dejadla, pues.

—Me parece lo mejor.

—Puesto que me habéis prometido no ser débil...

—Y probaré que sé cumplirlo.

—Meditad, buscad un medio para favorecer al desdichado príncipe, y si alguno os ocurre...

—Fío en vuestro talento.

—Yo también meditaré.

—Dudo que vuestras nobles dexas se cumplan.

—Nos ayudará Dios.

El cardenal no quiso desde luego hablar de la fuga del príncipe don Carlos, porque hubiera inspirado desconfianza.

Dió el primer paso aquel día, dejando para otro lo demás.

Ya estaba preparado el ánimo de Ruy Gómez de Silva, que era lo que de pronto interesaba.

Muy poco más hablaron.

Espínosa, muy satisfecho, se despidió y salió.

Pensativo quedó el esposo de doña Ana.

—El cardenal tiene razón—decía—: hemos exagerado, hemos ido más allá de donde debíamos, y casi casi nos hemos engañado. Mucho me ha hecho sufrir don Carlos; pero debo considerar que es un niño enfermo y cuya razón no está sana. En cuanto a mi esposa, he prometido no ser débil, y cumpliré mi promesa.

Efectivamente, Ruy Gómez de Silva había de dar muy pronto una prueba de entereza de carácter.

CAPÍTULO CVI

Escenas a medias

El día siguiente fué en apariencia de completa calma, y sin embargo nunca habían trabajado tanto los unos y los otros.

No habían salido el paje; pero en cambio Diego apenas estuvo en casa una hora para comer y hablar con Pero León.

Fray Bernardo dió las órdenes convenientes, suponiendo que cuando llegase la noche no habría dificultad para apoderarse de Luis.

Todos esperaban con ansiedad creciente.

El cardenal y Ruy Gómez se habían visto, preguntando el primero al segundo:

—¿Habéis encontrado algún medio?

—No—respondió el de Eñoli.

—Seguid meditando.

—Reconozco mi torpeza, señor cardenal.

—La constancia puede mucho.

—Confío en vos.

—Abrigo la esperanza de que conseguiremos realizar nuestro humanitario propósito.

—¿Qué habéis pensado?

—Os lo diré mañana cuando perfeccione mi plan.

—Debo participaros que he cumplido mi promesa, y que ni una sola palabra he dicho a mi esposa, a pesar de que me ha hecho muchas preguntas sobre este asunto.

—Muy bien.

—Don Carlos sigue apurando nuestra paciencia.

—¿Pues qué hace?

—Burlarse de nosotros, pues aun recibe noticias de cuanto sucede, y esta mañana me dijo que un esbirro de la Inquisición había sido castigado con una paliza por ser demasiado curioso.

—¿También sabe eso?

—Y mucho más a lo que he podido entender.

No pudo Espinosa disimular su disgusto,

—¡Oh!—murmuró—. La culpa no es don Carlos, sino de ese miserable..

—El diablo.

—Sí.

No quiso Espinosa seguir tratando de este asunto, porque hubiera tenido que nombrar al paje, y no le convenía hacerlo así.

Separáronse, pues, sin que la conversación ofreciese gran interés.

Llegó la noche tan deseada por el dominico.

Por los alrededores del alcázar viéronse vagar algunos hombres vestidos de negro.

La infeliz Blanca estaba en su habitación y hablaba con su paje.

Los dos parecían muy preocupados, aunque Luis hacía lo posible para disimular y aparentar alegría.

—Tranquilízase—decía el travieso niño—, que no es la situación tan apurada como habéis creído.

—Luis es inútil que intentes inspirarme confianza.

—Se acerca el desenlace, ya lo sé pero, esto me parece una fortuna, porque la lucha concluirá, y no estaremos atormentados por dudas ni temores.

—Ese fraile...

—Ya conocéis mi plan.

—Pero entre tanto...

—¿Qué debo temer?

—Decías que esta noche habías de salir, y como estoy segura de que te esperarán...

—No han de conseguir más que perder el tiempo.

—Sin embargo, te ruego que me tranquilices adoptando algunas precauciones.

—Os complaceré.

—Has de cambiar de ropa.

—¿Nada más?

—Y busca medio de salir por donde no puedan verte.

—Lo haré así.

Prudente y muy acertado era el consejo de la doncella.

Luis se puso una capa de color muy oscura y un sombrero de anchas alas sin pluma ni ningún adorno.

Le era muy fácil salir del alcázar sin que nadie lo viese.

Así debia quedar por aquella noche desbaratado el plan del dominico.

Eran las nueve.

Despidióse Luis y salió.

Diez minutos después se reunía con el capitán y Diego, encaminándose los tres hacia el convento de Santo Domingo.

Ignoramos a donde pensaban ir; pero en tanto daremos a conocer una parte de su conversación.

—¿Habéis terminado todos los preparativos?— preguntó el paje.

—Sí—respondió el capitán.

—¿Y no teméis que esa bruja cometa una torpeza?

—¡Rayos!—exclamó Diego—. Si la conocieseis como yo, estaríais tranquilo.

—Es que cuando se trata de un fraile...

—Descuidad.

—¿Y vuestros compañeros?

—Esperando.

—¿Están ya en casa?

—Ahora lo veréis.

—Vamos, pues.

—¿Y nada más nos preguntáis?

—Si algo tenéis que decirme...

—Que hemos visto bultos sospechosos en los alrededores del alcázar, y hemos supuesto...

—Esperarian que yo saliese para hacernos pagar los cincuenta duros de la otra noche.

—¡Tripas de Lucifer! exclamó el capitán. Bien molidos se quedaron los huesos al espía. ¡Tremas!... Pocas veces he gozado tanto. Ahora me alegro haberlo dejado con vida, porque así sufrirá más tiempo.

Dejaron atrás el convento de Santo Domingo y se metieron en el laberinto de calles que rodeaba el de Santa Catalina.

Apenas y muy confusamente podía distinguirseles.

Poco después se detuvieron.

Se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura.

Luego crugió una puerta.
Nuestros amigos desaparecieron.
Entonces el silencio fué absoluto.
Transcurrió una hora.
Volvió a crujir la puerta.
Apareció un hombre.

Era el paje que volvió a su morada y fué recibido con inmensa alegría por su señora.
Entre tanto los esbirros aguardaban.
Perdían el tiempo y el trabajo.
Con la misma tranquilidad aparente que el día pasó la noche.

Otra vez la luz del sol dispuso las tinieblas.

Fray Bernardo apenas había dormido, y se despertaba en su celda, esperando con impaciencia creciente.

Ninguna noticia había recibido.

Ya no le quedaba duda que el golpe no se había dado, y muy acertadamente supuso que el paje recibía, y no se atrevía a salir de noche.

A las siete se presentó Lucas.

Estaba pálido y ojoso.

—¿Qué habéis hecho?—le preguntó el fraile.

—Nada—le respondió el esbirro.

—Os advierto que hoy mismo lo sabré si anoche salió.

—Reverendo padre, puedo asegurar que no ha salido nuestro hombre.

El tiempo tenía demasiado valor, y fray Bernardo después de meditar, creyó que sería preciso apoderarse de Luis durante el día.

Sin embargo no quiso disponerle así, sin hablar antes con el cardenal.

—Vete—dijo.

—¿Nada hemos de hacer ahora?

—Iréis al tribunal y esperaréis mis órdenes.

Lucas besó respetuosamente la diestra del fraile y después salió.

Pocos minutos después hacia fray Bernardo lo mismo.

Dos horas pasaron.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzadas las manos, el dominico atravesaba las calles que rodeaban el convento de Santa Catalina.

Ya había conferenciado con el cardenal y pensaba honrar con una visita a Mateo antes de ir a la Inquisición.

Absorto en sus pensamientos avanzaba, cuando de repente se abrió la puerta de una casa de apariencia miserable y salió una mujer anciana, muy pobremente vestida, con el cabello en desorden, el rostro lívido y los ojos abiertos como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Sin cuidarse de cerrar la puerta, y en tanto que exhalaba un grito de dolor, lanzándose calle abajo con tanto ímpetu y tan ciegamente que no vió al fraile, con el que chocó rudamente, faltándole muy poco para que le hiciese caer.

Tuvo la vieja que detenerse, y entonces fué cuando vió con qué clase de persona había tropezado.

—Hermana—dijo el fraile con cuanta dulzura le fué posible—, mirad bien por donde vais...

—¡Dios misericordioso! — exclamó la anciana con acento desgarrador.

Y cruzó las manos y elevó al cielo una mirada, en tanto que algunas lágrimas rodeaban por sus mejillas.

Aunque maquinalmente, fijó la atención en ella el dominico diciéndole con dulzura:

—Dios sea conuselo y os bendiga como yo lo hago en el santo nombre.

—Padre, por la Santísima Virgen, en nombre de la misericordia divina... ¡Ah!

Tuvo que interrumpirse la pobre mujer, porque los sollozos la ahogaban.

—¿Qué os sucede?

—Os envía Dios... Y se muere... Y llegará tarde...

—Pero...

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó desesperadamente la vieja—. Socórranos vuestra merced... Apenas pueda hablar ya... Que confieso, que se salve su alma y... ¡Ah! El secreto... ¡Esto es horrible!... Los otros inocentes...

—¿Qué queréis decir?...

—No lo sé... no puedo hablar—repuso la anciana, cuya agitación era cada momento más violenta—.

—Se morirá sin confesión, y el dinero se perderá...

—¿Qué dinero?

—El de los otros, el robado... ¡Ah! Estoy loca...

Es ahí, en esa casa... Pronto quedará libre vuestra merced, porque el infeliz se morirá en seguida... Está arrepentido; pero como yo no sé leer y... padre mío, que se muera... Aquí es, aquí...

—Sosegaos y explicaos...

—Que se muera...

—Ya entiendo.

—Yo iba por un sacerdote... No ha querido darme el papel... ¡Pobrecito de mi alma!—exclamó la vieja—. Sufre mucho. Tiene miedo que se entere el Santo Oficio...

—¡Venga vuestra merced, por el amor de Dios!

Y sin dar más explicaciones ni esperar respuestas, volvió la mujer hacia la casa.

De lo que acababa de decir se deducía que un moribundo esperaba confesión; y que el moribundo era un arrepentido y atormentado por la conciencia en los momentos terribles de la agonía.

El caso no dejaba de ser interesante, y aun cuando no lo fuese, fray Bernardo no podía negarse a cumplir sus deberes como sacerdote.

Nada perdía por escuchar la confesión del desdichado que se encontraba en aquella casa, sino que por el contrario era posible que averiguase algo de mucha importancia.

—Dominad vuestro dolor y resignaos—dijo.

Y siguió a la vieja.

Entraron en la casa.

La puerta se cerró.

Cometeremos el abuso de escuchar la confesión del moribundo, porque nos parece que ha de ser en extremo interesante.

CAPITULO CVII

Quién era el moribundo

Por un pasillo estrecho, húmedo y lóbrego, siguieron la vieja y el fraile.

La primera sollozaba cada vez más penosamente, y al segundo empezaba a preocuparse con aquella aventura, que algo tenía de extraña y mucho de interesante por lo mismo que hasta cierto punto tenía de misteriosa.

Era fray Bernardo uno de esos hombres que no miran con indiferencia ni aun lo que parece lo de menos valor, porque les ha enseñado la experiencia que lo más pequeño suele ser encubridor de lo grande.

—¿Quién sabe—decía el dominico—, quién sabe si voy a conocer algún secreto de grandísima importancia y que pueda serme muy útil? La casa inmediata es la de Mateo que debe saber quien habita aquí, y por consiguiente, me será muy fácil completar las averiguaciones.

Efectivamente, era la de Mateo la casa inmediata, y esta coincidencia podía producir resultados que nadie hubiera previsto.

Entraron en una habitación donde era muy escasa la luz, porque no había más que la que penetraba por una ventanilla con reja que daba a un patio muy estrecho.

Fray Bernardo miró a su alrededor, viendo una pequeña mesa y dos sillas, y otra puerta sin hojas, la de un dormitorio donde la obscuridad era casi absoluta.

Detúvose y oyó una respiración tranciosa y precipitada, y como un gemido débil y angustioso.

La anciana ya no tenía que hacer nada allí y respetando el secreto de la confesión, volvió a salir cerrando la puerta.

Dió algunos pasos el dominico y entró en la alcoba.

lady continuamente distinguí una cama, y palpando encontró una silla.

Del moribundo, que se encontraba en aquel lecho, no podían verse más que los ojos, porque brillaban en la obscuridad.

—¿Quién es?—se oyó una voz que parecía escaparse del fondo de una caverna.

—El sacerdote—respondió fray Bernardo gratamente y a la vez que se sentaba.

—¡Ah!... Gracias, padre... Mi vida se acaba...

—Alegrate si es que estás arrepentido y contrito, porque al acabar esta vida, que siempre es de dolores y llanto, empieza la eterna, donde hay para el justo goces inefables.

—Temo morir demasiado pronto, antes de decir todo lo que manda mi conciencia... ¡Ay... Dios misericordioso!...

—Hijo, aprovecha estos momentos que te concede la misericordia divina para que cumpas tu deber y se salve tu alma.

—Sí, sí.

—Según entiendo nunca que hacer revelaciones de mucha importancia.

—Es verdad.

—Pues principia que ya te escucho.

El fraile hubiera querido examinar el rostro del enfermo; pero la obscuridad no se lo permitía, y tuvo que contentarse con escuchar.

—Padre mio—dijo el moribundo, siempre con los ojos y entonación angustiosa—, tengo que hablar pero explico con claridad.

—No te importa.

—He de principiar por... ¡ay!, por un asunto... Es un secreto del que depende la vida de cierta persona, y además se trata del rey...

—¡El rey!...

—Hablo al confesor, y...

—Descuide.

—No sé si conocería vuestra merced al marqués de Pozo.

—Sí; porque todo el mundo lo conocía.

—Pues bien; el marqués estaba enamorado... y era correspondido... Amaba a una doncella de la

reina... ¡Dios mío!... ¡Cuanto sufro!... Se llama doña Blanca y tiene un paje...

No pudo el dominico contener una exclamación de sorpresa, de asombro y de júbilo.

Le hablaban del paje, del diablo y de palacio.

Indudablemente, el moribundo era uno de los que ayudaban a Luis para proteger a don Carlos.

¿Y por qué principiaba aquel hombre hablando del marqués de Poza?

¿Por qué hacía mención de los amores de esta con doña Blanca?

Era sobradamente astuto el fraile y no necesitaba muchas explicaciones para comprender.

El nombre de la doncella fué para él como un rayo de luz.

No era la reina el alma de las intrigas que tanta habían dado que hablar, si no la noble doncella.

Así se comprendía perfectamente que Luis fuera el instrumento de la mujer que intrigaba.

Todo esto lo pensó fray Bernardo en pocos momentos.

Su mirada se fijó con ansiedad indecifrable en el lecho.

Ya se habían dilatado sus pupilas, y aunque había más luz que antes, pudo distinguir, envuelta entre vendajes muy sucios y ensangrentados, la cabeza del moribundo. Este se había interrumpido como para tomar aliento.

—Continúa—dijo el fraile.

—El príncipe de Eboli fué quien, después, asesinó al marqués.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Dejadme acabar, porque mi cabeza está débil y aturdo, y...

—Vuelvo a escucharte.

—Don Ruy dijo que el rey había mandado matar al marqués. Si era verdad, cometió un abuso al revelar el secreto, y si mentía, calumniaba al rey; pero de todas maneras, don Ruy era el asesino.

—¡Oh!...

—Doña Blanca quiso vengarse.

—Y su paje...

—También.

—¿Y entonces?...

—Persiguieron a don Ruy y a su esposa, y finalmente a don Carlos. y... todavía lo favorecen... El paje es muy temible, se burla de todos, y ahora hace que se desesperen los que guardan a don Carlos... Nada de esto os interesa...

—Pero ¿qué tienes tú que ver con todo eso? ¿Quien eres?

El moribundo exhaló un gemido desgarrador.

—Las pruebas de lo que acabas de decir—añadió el fraile, que, a pesar de su calma, no podía contenerse.

—Sí; las pruebas por escrito.

—¿Dónde están?

—Aun no sabe vuestra merced lo mas interesante... Este niño le escribe todos los dias al príncipe...

—No puede ser, porque a don Carlos se le vigila a todas horas, y las cartas.

—Entran en la prisión por a chimenas.

—¿Sí?...

—Y dentro de pocos dias, muy pocos, por la chimenea también salvará don Carlos.

No necesitaba más el fraile para comprenderlo todo, absolutamente todo.

Púsose en pie, se inclinó sobre el lecho y dijo con voz reconcentrada:

—Las pruebas, las pruebas...

—Ahora

—Y tu nombre, y...

—Escuche vuestra merced...

—Luego, luego.

—Es igual. Las pruebas...

—Por escrito, ¿no es verdad?

—Sí; las tiene Magdalena... ¡Madama!...

El domingo salió de la alcoba, atravesó el inmediato aposento y abrió la puerta para llamar a la anciana; pero se encontró frente a frente con un hombre y retrocedió, en tanto que su entrecejo se arrugaba y su mirada se tornó sombría.

El hombre que estaba a la puerta avanzó.

Tras él entró otro, y otros dos se dejaron a

Y al mismo tiempo resonó a la alcoba una carcajada.

Toda esto sucedió rápidamente, en un instante. Instantáneamente también comprendió el fraile que había caído en un lazo dispuesto por el paje.

Lo que fray Bernardo sintió no puede explicarse.

Valor le sobraba para arrostrar todos los peligros; pero la ira lo trastornaba.

No teniendo que luchar más que con uno o dos hombres, hubiera esperado triunfar; pero era muchos los cuatro que entraban y el fingido enfermo que ya había dejado la cama y se quitaba las vendas.

Transcurrieron algunos minutos sin que nadie hablase ni se moviese.

El fraile miró uno por uno a sus enemigos.

El que había representado el papel de enfermo era Luis.

Pero León y Diego eran los que primero habían entrado, y de los dos que le seguían conocemos uno, que era el Moreno.

Excepto el paje, los demás tenían los puñales desenvueltos.

No eran dudosas sus intenciones, y sus rostros decían claramente que no vacilarían para hacer lo que se habían propuesto.

Torpeza imperdonable hubiera sido pedir misericordia y mayor torpeza intentar engañarlos.

El paje rompió al fin el silencio, acercándose al dominico y diciéndole:

—Sentaos, reverendo padre, y hablemos en más comedia.

—Si pensáis asesinarne, hacedlo pronto—replicó fray Bernardo enérgicamente.

—No os mataremos como no nos obliguéis, haciendo resistencia.

—¡Resistencia contra cinco hombres armados!... No tengo de loco tanto como vosotros de cobardes y traidores.

—¡Rayos de Salinas!—exclamó Pero León.—¡Nos llamáis cobardes!... ¡Oh!... Ahora veréis...

—Callad y dejadme—interrumpió Luis.

—Si habéis de divertiros, os dejaré—dijo el capitán.

Y salió con los otros.

Se sentaron el paje y el dominico.

Ya tenía éste la seguridad de que respetarían su vida.

La situación no era, pues, tan mala como había creído.

Mientras viviese podría luchar de un modo o de otro, y mientras luchaba no debía perder la esperanza de triunfar y de vengarse.

Sufrió en aquellos momentos una derrota; pero no era definitiva, no tenía más valor que el de una de tantas alternativas, de tantas peripecias de toda lucha.

Después de pensar todo esto, pudo el fraile recordar la calma, y volvió a ser lo que siempre había sido.

—Si a bien lo tenéis—dijo—explicaos, porque no comprendo con qué fin me habéis preparado esta emboscada. Ya sé que sois ese intrigante misterioso a quien llaman el diablo, y creo que es la pura verdad cuanto me habéis dicho hace poco cuando representábais vuestro papel de moribundo.

—Pues si habéis creído que todo eso era verdad, muy poco tengo ya que deciros. Me estorbáis, sois el único adversario a quien tengo miedo; el único que pueda luchar conmigo y derrotarme, y, por consiguiente, me he ocupado, ante todo, en inutilizaros. Cometisteis esa torpeza, la de daros a conocer, y eso es lo que os ha perdido.

—Claramente, y os confieso, que más de la derrota, me duele que un niño me dé lecciones.

—Paciencia, padre Bernardo, y véyase por las lecciones durísimas que habréis dado vos.

—Si el cardenal Espinosa os conociese bien, me agradecería mucho que os encerrase.

—¿Y por qué?

—Porque sois su mayor enemigo, y la prueba está en vuestra conducta. Habéis querido precipitar a su eminencia y colocarlo en una situación muy peligrosa, poniéndolo en abierta lucha con el rey.

—¿Yo?...

—Vos, reverendo padre; vos con vuestra humildad, con vuestra mansedumbre, con vuestra suavidad. ¡Pobre Espinosa! Es un zorro muy astuto; pero comparado con vos, no vale más que la cán-

dida y la más inocente de las criaturas. Sin duda aspiráis a ocupar su puesto de inquisidor general... ¡Oh!... El puesto lo tendréis vacante muy pronto, porque el cardenal está al borde del abismo; pero me parece que vuestro deseo no se realizará.

—Si no fuérais un niño, comprenderíais toda la importancia de lo que acabáis de decir.

—No se me oculta que desde el momento en que os doy una prueba de que os conozco como no os conoce nadie, corre mi vida en peligro, porque no es posible que vos dejéis vivir a quien os conoce.

Desplegó el dominico una sonrisa que hubiera hecho temblar a cualquiera que no fuese el reye.

—Sin embargo—añadió éste—, me tranquiliza la seguridad que tengo de que habéis pronunciado mi sentencia de muerte antes de sospechar que yo os conocía.

—Es inútil que yo niegue ni conceda, puesto que habéis de cambiar de opinión. Por esta vez me habéis ganado la partida: pero aún no podéis cantar victoria.

—Todo es imposible.

—Conozco ya vuestro secreto y...

—Vais a saber más.

—Gracias—dijo irónicamente el fraile.

—Benito...

—He supuesto que está en Segovia.

—No os equivocáis.

—En cuanto al príncipe don Carlos...

—Dentro de pocos días saldrá de su encierro.

—¿Habéis pensado en todos los inconvenientes que puede ofrecer la empresa?

—Sí.

—Me parece que no.

—Ya os he dicho que don Carlos saldrá por donde entran mis cartas, y como hay suficiente anchura...

—No vacaréis al príncipe don Carlos por la cámara.

—¿Y por qué?

—Eso es mi secreto, que no cometeré la torpeza de revelaros a menos que aceptéis una condición.

—¿Una condición?... ¿Acaso podéis imaginarla?

cuando estéis en mi poder, cuando soy dueño de vuestra vida?

—Sí; puedo ofrecer os algo que os convenga, y pedir una compensación.

—Lo que queréis es engañarme: pero no lo conseguiréis.

—Lo que yo he querido y lo que quiero es sacar de su prisión a don Carlos. No habéis de creer esto, ya lo sé; pero es verdad, y el tiempo disipará vuestras dudas. Algo habéis adivinado de mis planes en cuanto se refiere al cardenal; pero no todo. ¿Por qué deseo volverle la libertad al príncipe? no lo adivinaréis, y, sin embargo, es verdad. Dadme parte en la empresa, aceptad mi ayuda, y antes de tres días el príncipe saldrá por la chimenea, porque desaparecerá el único obstáculo que hay que no habéis previsto. Luego os dejaré, iréis a Flandes o donde mejor os parezca, yo me volveré a mi convento. Mucho valéis, no tiene igual vuestro ingenio pero habéis olvidado un detalle, un pícaro detalle que os perderá, que en solo instante hará que se derumbe el gran edificio que habéis levantado a tanta costa.

Tanto desagradaron al paje estas observaciones, que empezó a perder la tranquilidad; pero se esforzó para ocultar lo que sentía, y soltó una cargada burlesca.

—¡Pobre niño! — murmuró fray Bernardo con tono de compasión—. ¡Cuántas lágrimas ha de costaros esa risa!... A pesar de que os habéis burlado de mí, no os odio ni os deseo ningún mal, porque no me produciría vuestra desgracia ningún bien. Tampoco vos habéis querido hacerme mal; me habéis encontrado en vuestro camino, me consideráis un estorbo para vuestros planes y...

—Quita el estorbo.

—Si no hubiéseis desconfiado de Benito, ya estaría don Carlos fuera de su prisión.

—Dadme una prueba de que no me engañáis.

—¿Qué prueba queréis?

—Decidme en qué consiste ese obstáculo que he de encontrar.

—Eso sería favorecer a don Carlos más que a vos.

—¿No queréis que se salve?

—También quiero mi libertad.

—Os la devolveré cuando la intriga haya concluido.

—No nos entenderemos—dijo el fraile.

—¿Quién sabe si, andando el tiempo, seremos amigos?

—Tal vez.

Fray Bernardo consideró terminada la conversación.

—¿Cómo se encuentra el espía que recibió los cintarazos?—preguntó Luis.

—Algo mejor.

—Me alegro.

—La verdad no era difícil adivinarla; un cambio de personas: vuestro amigo Pero León se puso en vuestro lugar...

—Sí.

—Aconsejadle que se guarde de la Inquisición.

—Ya lo hace.

—Y ahora decidme si he de quedar en esta casa.

—Es preciso; pero como yo no gozo con los sufrimientos de nadie, se os tratará lo mejor posible.

—Dios os bendiga por vuestros sentimientos humanitarios.

—Supongo que no gritaréis ni haréis resistencia.

—Descuidad.

—Pues venid.

Salieron de la habitación.

En el pasillo estaban los otros.

—Por aquí... Dadme la mano—dijo el paje.

Bajaron una escalerilla muy empinada.

Luego se encontraron en una cueva bastante espaciosa, y en cuyo fondo y en la parte más elevada del muro había una ventanilla con barbetes de hierro.

Por allí penetraba alguna luz, que no esclarecía más que un pequeño espacio del húmedo pavimento.

En un rincón y sobre una piedra bastante grande habían colocado un colchón, probando así que querían proporcionar al fraile toda la comodidad posible en tan lóbrego encierro.

No mostraba sorpresa ni disgusto en dominico; su calma real o aparente, continuaba siendo perfecta.

—Aquí estaréis—dijo el paje—porque es preciso guardaros bien.

—Yo haría lo mismo en vuestro lugar.

—Os traerán comida abundante y buena.

—Soy por naturaleza frugal, y también por costumbre.

—No importa.

—Os prometo no gritar ni hacer otro ruido que el que produzcan mis movimientos y mi voz al respirar, si es que queréis permitirme hacerlo con voz alta.

—Sí.

—Gracias.

—Esa ventana da a un patio donde habrá vigilantes noche y día.

—Y aun cuando no los hubiese, por ahí no cabe una persona.

—Las precauciones no están de más.

—Me permitiré haceros una pregunta.

—Os responderé con mucho gusto.

—Aunque nunca hayáis estado preso, bien se os alcanzará que no hay nada más desagradable.

—Claramente.

—Antes me habéis dicho que cuando termine la intriga que sostenéis con tanta habilidad como audacia...

—Podréis volver a vuestro convento.

—Me servirá de consuelo saber siquiera aproximadamente el tiempo que he de estar aquí, porque a medida que se acerque el momento de recobrar mi libertad, mi sufrimiento será menor.

—Con seguridad no puedo fijar un plazo; pero me parece que antes de seis días, quizás antes de cuatro, habré salvado al príncipe o habré muerto.

—Una semana se pasa pronto.

—A mí me ha de parecerme un siglo.

—Otra vez os advierto que habéis olvidado un detalle, y como no sacaréis de su prisión a don Carlos y os descubrirán, os conviene preparar bien la retirada.

—Os agradezco el consejo.

—No os lo diría mejor el más leal de vuestros amigos, y pronto os convenceréis de que no me equivoco y deseo vuestro bien.

Los repetidos anuncios del fraile sobre el resultado de la empresa desagradaban más cada vez a Luis; pero siguió disimulando y puso fin a la conversación diciendo:

—Hasta otro día, reverendo padre.

—¿Vendréis a verme?

—Siempre que me lo permitan mis ocupaciones y que me considere seguro fuera del alcázar.

—Seguridad—murmuró el dominico haciendo un gesto de duda—. No respondo de lo que pueda suceder cuando salgais de palacio.

—Le rogaré al cardenal que no se ocupe de mí.

—Según...

—Y le amenazaré con quitaros la vida.

—Es buena idea.

Luis soltó una carcajada.

—¿Por qué os reís?—preguntó fray Bernardo.

—Porque habeis creído que he de cometer la torpeza de decirle a Espinosa que os tengo en mi poder.

—Que Dios os dé fuerzas para soportar las penalidades que os aguardan.

—Lo mismo deseo.

No hablaron más.

El paje salió.

Sonó el ruido de la puerta que se cerraba y luego de un cerrojo.

Los labios del dominico se entreabrieron para sonreír.

—No—dijo—, no esperaré a que tú me devuelvas la libertad, porque yo me la procuraré.

Y sacó de entre los hábitos un puñal.

—¡Oh!—exclamó—. No ha pensado ese niño que un fraile puede llevar un arma para defensa de su persona, ni se le ha ocurrido tampoco que en la casa inmediata puede vivir un amigo mío, un hombre que tiene la obligación de sacrificar la vida por mí, y que tiene, además, muchas ganas de pegar los cintarazos que recibió sin haberlos pedido. Meditemos,

sentóse fray Bernardo, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Después de algunos minutos empezó a decir lo que pensaba.

He aquí cómo discurría:

—Don Carlos no saldrá de su prisión de la manera que el paje quiere sacarlo, y, por consiguiente, le será preciso cambiar de plan, perdiendo algunos días y quizá algunas semanas. Esto es lo mejor que puede sucederle, y yo tendré tiempo sufi- ciente para horadar la pared y pasar a la cueva de la casa de Mateo, si es que tiene cueva, lo cual sébre muy pronto. Una vez fuera de aquí dejaré que el paje siga trabajando, y aun le ayudaré como me sea posible, y luego...

Otra sonrisa desplegó el dominico.

Sabemos ya lo que pensaba hacer cuando el príncipe recobrara la libertad.

Levantóse y fué al otro lado de la cueva.

Golpeó la pared con el mango del puñal.

—¡Hueco el otro lado!—exclamó con acento de júbilo—. El puñal es fuerte, y por mucho espesor que el muro tenga acabará por horadarlo, pues me favorece la circunstancia de que es de ladrillo. Cuestión de tiempo y de constancia es todo, y la constancia la tengo y el tiempo me sobra.

Calculaba muy bien.

No se equivocaba al suponer que había cueva en la casa de Mateo, si bien la obra no era fácil.

En el sitio más oscuro podía abrir el agujero, y no era probable que sus guardianes se apercebiesen de nada pues se contentaría con vigilar en el patio y en el pasillo.

¡Desdichado Luis si no triunfaba antes de que el fraile recobrara la libertad!

—Cuando llegue la noche principiare mi obra—murmuró fray Bernardo, mientras otra vez se sentaba—. Ante todo debo saber a que horas vienen con las comidas, y también si se ocupan en examinar las paredes.

En tanto que el fraile así discurría, Luis volvía a palacio.

Marcábase una arruga entre sus cejas.

Estaba muy preocupado y decía para sí:

—Asegura que he olvidado un detalle, una circunstancia. ¿Será verdad? ¡Oh!... Tal vez se propone infundirme miedo para que me turbe, hacerme cavilar para que no me ocupe en perfeccionar mi plan. Sin embargo, no estoy tranquilo.

No, no estaba tranquilo, y la verdad es que había motivo para que no lo estuviese.

Entró en su aposento, donde le aguardaba asimismo su señora, y exclamó:

—¡Hemos triunfado!

—¡Ah!...

—Ya puedo ocuparme en proporcionar el último consuelo a don Carlos y a la reina.

—Eres incansable.

—Mi querida señora, si perdemos un día lo perderemos todo.

—Pues no has de retroceder, cuanto más pronto terminemos será mejor.

—Sí: pronto triunfar o morir.

Dejaremos a Blanca y a Luis y volveremos a la morada del cardinal Espinosa.

CAPÍTULO CVIII

Lo que determinaron el cardenal y los inquisidores

Encontrábase en su cámara Espinosa y leía. Dieron las once y cerró el libro, levantando la cabeza y diciendo:

—Tarda demasiado. ¿Cuál puede ser la causa?... Se fué antes de las nueve; no había que perder más que algunos minutos para ver a Mateo, y en el tribunal no pensaba detenerse sino el tiempo preciso para disponer que hoy mismo quedara preso el paje.

Efectivamente, fray Bernardo había prometido al cardenal volver a verlo aquella mañana, y era muy extraño que no lo hiciese así, con la escru-

poica exactitud de que tantas pruebas tenía dadas.

Un cuarto de hora después se impacientaba Espinosa. Cavilaba y hacía toda clase de suposiciones; pero era imposible que adivinase la verdad. ¿Habría sobrevenido alguna nueva desgracia? ¿Se habían apoderado del paje?

Escas preguntas y otras muchas se hizo el inquisidor general concluyendo por ponerse de muy mal humor.

Los minutos le parecieron horas y las horas siglos como le sucede siempre al que aguarda, y dieron las doce y le avisaron que la comida estaba dispuesta.

De buena gana hubiera dispuesto que fuesen inmediatamente en busca del dominico; pero le pareció bien esperar aún hasta que acabase de comer.

No tuvo aquel día el mismo apetito que otros, y concluyó antes que de costumbre.

Ya no pudo dominarse.

Mandó que un criado fuese al tribunal de la Inquisición y otro al convento para averiguar dónde se encontraba el dominico.

Media hora después volvieron los dos criados y dijeron lo mismo:

—No está, ni lo han visto.

—Imposible—respondió Espinosa con aspereza.

—Eminentísimo señor, en el tribunal aseguran todos que el padre Bernardo no ha ido hoy, a pesar de que a uno de los dependientes que se llama Lucas le mandó que lo esperase allí con otro de sus compañeros.

—No lo entiendo.

—Y por más señas, eminentísimo señor, que los que esperan están de un humor muy malo, pues dicen que no han dormido la noche pasada y no han podido ir a comer.

Se arrugó el entrecejo del cardenal.

El otro criado añadió:

—En el convento aseguran que el padre Bernardo salió esta mañana y no ha vuelto, y aunque suponen que está ocupado en el tribunal, empiezan a ponerse en cuidado.

—Inmediatamente uno de vosotros volverá al tribunal, preguntará dónde vive un esbirro que se llama Mateo...

—Yo lo sé.

—Pues corre y que Mateo te diga si ha visto hoy a fray Bernardo y a que hora, con lo demás que le parezca conveniente.

Obedeció el criado

Llegó a la morada de Mateo, y fué introducido en el dormitorio de éste apenas dijo que era de la casa de su eminencia.

El esbirro, que conocía muy bien al sirviente, le preguntó apenas lo vió:

—¿Qué me manda su eminencia?

—Que le digáis si hoy habéis visto al padre Bernardo.

—No.

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Pues claro está que estoy seguro. ¿Cómo he de equivocarme? A nadie he visto hoy más que a mi mujer, y nadie ha estado en mi casa, ni el médico, que supongo vendrá más tarde.

—Su eminencia se lo entiende, pero yo tampoco.

—¿Y que es lo que no entendéis?

—El padre Bernardo se ha perdido.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que ha desaparecido, si así os parece mejor.

—¿Desaparecido, perdido! ¿Habéis seriamente?

—No me tomo la libertad de chancearme cuando se trata de cumplir las órdenes de su eminencia.

—¡Por Satanás!...

—Y nuestro respetable amo se impacienta, y se enfada, y manda que por todas partes busquen al padre Bernardo; pero no se le encuentra, ni nadie lo ha visto. Hemos estado en el tribunal, y en el convento...

—No lo busquéis.

—¿Por qué?

—Porque no lo encontraréis.

—¿En qué os fundáis para creerlo así?

—Decidle a su eminencia que el padre Bernardo, muerto o vivo, debe estar en poder del diablo.

—¡Jesús!...

—Ya entenderá su eminencia lo que quiero decir.

—Repetiré vuestras palabras.

—Sí; en poder del diablo o del miserable que a nosotros me movió, pues para el caso es lo mismo. ¡Oh!... ¡Y no puedo moverme, nada puedo hacer!

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada.

—Pues que Dios os dé alivio, que no quiero detenerme, porque ya sabéis que a su eminencia no le gusta esperar.

—Recordadle que soy su criado más fiel.

No se detuvo más el sirviente.

Cuando se presentó a su señor, repitió con toda exactitud las palabras de Mateo.

—¡Oh!—exclamó el cardenal, sin poder contenerse—. No se equivoca: el diablo, ese niño audaz... ¡Y todavía dudará el rey!

Era demasiado grave el caso, y tenía demasiada importancia el dominico, y, por consiguiente Espinosa no podía perder un solo momento.

¿Qué hacer en situación semejante?

Ante todo dispuso avisar a los inquisidores para que se reuniesen, tratasen del asunto y adoptasen las resoluciones convenientes.

Las órdenes del cardenal fueron tan terminantes y tan apremiantes, que poco después de una hora estaba reunido el tribunal de la Inquisición, y sus individuos escuchaban, horrorizados e indignados profundamente, el relato del suceso.

Todos pidieron el más terrible castigo para el criminal, que había llevado su audacia hasta el punto de atentar contra la persona sagrada de un inquisidor.

No tenía pruebas; pero Espinosa estaba convencido de que el delincuente era el paje, y no se necesitaba más para condenarlo.

Hablóse allí sin ninguna reserva.

Discutióse largamente sobre la conveniencia de que el Santo Oficio reclamase abierta y terminantemente la persona del atrevido paje.

Sobre este punto las opiniones estaban divididas.

Los que conocían bien a Felipe II aconsejaban que se trabajase silenciosamente y sin emplear otras armas que la astucia.

Los demás pedían que se formulase la reclamación con la debida solemnidad y que, en caso de negativa, invadiese el tribunal el palacio, dando así una prueba de que su autoridad estaba sobre la del monarca.

Al fin se colocaron en un término medio, que era lo peor que podían hacer, y se decidió que el cardenal fuese a ver al rey, y lo convenciese de que la prisión del paje era de gran interés para la religión.

Colocada la cuestión en este terreno, y partiendo de la reclamación del santo tribunal, les pareció a los inquisidores imposible que Felipe II se negase a entregar a Luis y provocase un conflicto, cuyos resultados nadie podía prever.

Espinosa no se entregaba a semejantes ilusiones, y así lo manifestó claramente; pero no quiso echar sobre sí la responsabilidad de las consecuencias.

—Ahora mismo—dijo el cardenal—iré a ver al rey; pero temo que mis razonamientos y amonestaciones no sirvan más que para ponerlo sobre aviso, quedando nosotros en peor situación.

—Puede no puede ser—replicó uno de los inquisidores.

—Sí—añadió otro—, porque ahora podemos apoderarnos del paje, y después no.

—Ya hemos decidido—repuso Espinosa—, y por consiguiente, me parece ocioso volver a discutir.

—Claramente.

—Os dejo para que os ocupéis en hacer cuanto es imaginable con el fin de que se averigüe, si quiera, si fray Bernardino ha muerto.

—Temo que así haya sucedido.

—Y yo creo que se han contentado con encerrarlo.

—Sí; lo mismo que al pobre Benito.

Poco después, todos los señores, toda la nu-

seriosa y bien organizada policía de la Inquisición, se puso en movimiento.

Si habían asesinado al dominico, debía encontrarse pronto su cadáver; pero si lo habían encontrado, ¿dónde estaba?

Podía desde luego asegurarse que no lo habían sacado de Madrid, puesto que era casi imposible hacer esto en pleno día.

Los esbirros habían de trabajar en balde.

Sin embargo, ya sabemos que el fraile contaba con el auxilio de su puñal y que tenía muy cerca a Mateo.

Cerca de las cinco de la tarde era cuando el cardenal llegó a palacio.

Pidió ver al rey, advirtiéndole que tenía que tratar de un asunto de muchísima importancia y urgente.

A los pocos minutos fué recibido por el ténico marqués.

¿Qué determinaría éste?

No es posible adivinarlo; pero muy pronto lo veremos.

CAPÍTULO CIX

De cómo el paje probó claramente que la víctima era él

No era posible que aquel día el cardenal Espinosa sonriera, como siempre sonreía, ni que siquiera disimulase. Era demasiado violenta la agitación de su espíritu, y su rostro, pálido y contraído, revelaba lo que sentía.

Una mirada le bastó al rey para comprender que era muy grave la situación, y dijo con tono de sorpresa:

—¿Qué sucede? Acaban de decirme que venías muy agitado, y temo que alguna nueva desgracia nos ponga en mayores compromisos que los que tanto nos dan que hacer,

—No son infundados los temores de vuestra majestad, pues a tal punto han llegado las cosas que no hay nadie que debe considerarse libre de las asechanzas de nuestros enemigos.

—En gran cuidado me ponéis.

—Mayor ha de ser cuando sepa vuestra majestad lo que pasa.

—Santaos—dijo el monarca, que muchas veces concedía esta distinción al cardenal—: explicad con cuanta calma sea posible, que a Dios gracias nos quedan todavía medios para castigar a los herejes.

—Suplico a vuestra majestad me permita hablar con franqueza.

—Os autorizo para que os olvidéis de que soy el rey.

—Gracias, señor.

Mostrábase Felipe II benévolo aquel día como nunca, lo cual no era señal favorable para Espinosa.

—Ya os escucho.

—Abusan de la buena fe de vuestra majestad.

—¡Mi buena fe!—murmuró el monarca con acento indefinible.

—Sí, señor.

Felipe II hizo un gesto de duda, mientras decía para sí:

—¿Cómo han de quitarle a nadie lo que no posee? ¿Cómo han de abusar de la fe que en nadie tengo?... Hoy desvaría este pobre cardenal: se conoce que lo han herido muy vivamente.

—Se ha consumado un abuso inconcebible, un crimen, el más horroroso.

—¿Un crimen!...

—Y la víctima es un sacerdote.

—¡Oh!...

—Un inquisidor; la lumbrera del Santo Tribunal...

—¿Quién os ha ofendido?

—No soy la víctima, sino indirectamente.

—¡Ah!... Yo creí que érais vos, pues que vos sois la lumbrera del Santo Oficio. ¿De quién se trata, pues?

—De fray Bernardo.

—No recuerdo—dijo el rey con tono de extrañeza—. Fray Bernardo... Ese nombre...

—El dominico que dispuso se hicieran ciertas observaciones para averiguar quien era el diablo de palacio.

—Sí, sí; el que se tomó la libertad de introducir espías en mi morada, y que luego...

El monarca se interrumpió, y después de algunos momentos preguntó con la más fría indiferencia:

—¿Y qué le ha sucedido?

Sintió el cardenal como si su sangre se helara.

No necesitaba continuar la conversación para convencerse de que nada había de conseguir.

Ya era indudable que el rey no había perdonado ni perdonaría jamás el dominico.

El primer impulso de Espinosa fué levantarse y salir; pero no lo hizo, porque se hubiera colocado en situación más peligrosa.

—Señor—dijo—, fray Bernardo ha desaparecido.

—¿Cosa extraña!

—A las nueve se separó de mí esta mañana, y después nadie lo ha visto.

—¿Y qué pensáis de ese suceso?

—Que si no lo han asesinado lo han encerrado.

—Es lo más probable.

—¿Y quién tenía interés en que desapareciese fray Bernardo? Una sola persona, no más que una.

—¿Y esa persona?...

—Es el intrigante misterioso que nos persigue...

—El diablo.

—Sí.

—Creo lo mismo que vos, señor cardenal.

—Pues entonces...

—Ante todo es preciso averiguar quien es ese diablo.

—¿Aun duda vuestra majestad? Motivos sobrados hay para suponer que el paje...

—Señor cardenal—interrumpió el monarca—, si hay motivos para acusar al paje, dádmelos a conocer.

¿Qué había de responder Espinosa?

Ninguna prueba tenís.

—Pruebas—dijo—, que en verdad puedan llamarse pruebas, no las tengo; pero nunca las he, o muy pocas veces, cuando se procede contra una persona. Las pruebas se encuentran después: en las declaraciones del presunto delincuente, las de los testigos y...

—Me parece que divagáis.

—Posible es; pero lo mismo entienda el tribunal que se ha reunido para tratar de este asunto.

—¿Y todos opinan que el paje ha cometido el abuso?

—Todos.

—¿Y qué han decidido?

—Que en su nombre hable yo a vuestra majestad.

—También desapareció ese otro espía, el llamado Benito, y... ¿quién sabe si un suceso está relacionado con otro?...

El rostro de Espinosa se cubrió de pálida cadáverica.

¿Acaso el fraile había sufrido la misma suerte de Benito?

¿Era el monarca quien, en uso de su autoridad sin límites, había dispuesto que el dominico fuese encerrado?

Así empezó a creerlo el cardenal, y he ahí por qué palideció.

Pensó entonces que el paje, aunque a tanto hubiera querido atreverse, no habría podido realizarlo, y mucho menos en medio del día y en el centro de la población.

Ya no había lucha posible, porque luchar con Felipe II hubiera sido la mayor locura.

Razón tenía de sobra los que opinaban que debía proceder contra Luis tan secretamente como se había procedido contra el espía y fray Bernardo.

Pasaron algunos minutos de silencio, que rompió el monarca para decir con tono glacial:

—Os habéis empeñado en que ha de convertirse en alcalde; lo conseguiréis.

—Señor...

—Voy a interrogar en vuestra presencia al paje

—Negará.

—Ya lo sé; pero sus contestaciones han de darnos la medida de su inocencia.

—¿Le parece inútil que se moleste vuestra majestad.

—Veremos.

Llamó el monarca y mandó que inmediatamente fuesen en busca de Luis.

Pocos minutos después se presentaba éste.

Su semblante expresaba la sorpresa, que era fingida, puesto que esperaba lo que estaba sucediendo.

—Escúchame—le dijo severamente el monarca—, y responde clara y terminantemente a lo que voy a preguntarte; en la inteligencia de que ahora te prohibo hacer ninguna clase de observaciones ni comentarios.

El paje guardó silencio y permaneció en actitud respetuosa.

—¿Dónde está fray Bernardo, a quien de sobra conoces?

—Lo ignora, señor.

—Debes saberlo.

—Supongo que a esta hora está en su convento, aunque también puede estar en la Inquisición.

—Mientes—dijo el monarca con breve acento y fijando en Luis una mirada terrible.

—Perdone vuestra majestad—replicó el travieso niño con perfecta calma—; pero en todo caso, me equivoco.

—Repito que debes saberlo.

—Por ventura, ¿soy guardián del padre Bernardo?

—Eso respondió Cain cuando Dios le preguntó por su hermano Abel—dijo el cardenal como si hablase para sí.

—Pero en el presente caso—replicó Luis con la audacia que le caracterizaba—, se han trocado los papeles, porque a mi me sonreían como Cain a su hermano Abel y me inspiraban confianza para descargar el golpe con toda seguridad, lo cual si su majestad me lo manda, lo justificaré en cuanto sea posible justificarlo. No me sorprende que fray

Bernardo se ocupe de mí, pues aunque es un santo varón, tiene muy buena memoria y no se olvida de que por mí se descubrió que se había excedido hasta el punto de introducir espías en este recinto que para todo vasallo leal debe ser sagrado.

—Supongo—dijo el rey—que exageras en lo de que han pensado atentar contra tu persona, después que yo he declarado que estabas bajo mi protección.

—Después, señor, después; anoche mismo, y por cierto bien torpemente con poco disimulo, con ninguna habilidad.

—Es muy grave lo que dices.

—Y mucho más grave para mí, pues desde hoy me veo en la dura necesidad de vivir encerrado en este alcázar, y aun dando gracias a Dios, pues me sería mucho más desagradable verme en un calabozo del Santo Oficio.

—¡Luna!

—Señor, por algunas palabras que cometió la imprudencia de dirigirme fray Bernardo, comprendí que se trataba de proceder contra mí como contra un hereje.

—El miedo te hacía ver fantasmas.

—No eran fantasmas los esbirros que anoche vagaban por estas cercanías.

—Esbirros pudo haber; pero eso no prueba que la Inquisición se ocupase de ti.

—Señor, como no me consideraba seguro, así disfrazado, y no solamente vi, sino que oí, pues favorecido por la obscuridad, dando vuelta a Santa María, y arrastrándome como una culebra, llegué a situarme tras una esquina, y a pocos pasos de tres de los esbirros que acechaban.

—¿Y entonces...?

—Uno dijo: "¡Condenado paje!" Otro respondió: "Verás como esta noche no sale." Y el tercero añadió: "No lo dudéis, es verdaderamente un diablo o está protegido por Satanás. El padre Bernardo no quiere creerlo; pero tendrá que convertirse." Los dos que habían hablado primero se burlaron del otro y al mismo tiempo maldicían

porque se les obligaba a pasar una mala noche inútilmente.

El rey miró al cardenal como si quiera decirle:—¿Qué os parece eso?

Difícilmente se contuvo Espinosa.

—Me parece—prosiguió diciendo el paje—, que todo eso es demasiado significativo. No conseguirán apoderarse de mí, se sienten desechados, y ahora buscarán otro camino. Sin embargo, nada temo, porque no es fácil engañar a vuestra majestad.

—Deseo conocer vuestra opinión—dijo el rey al cardenal.

—Suponiendo que sea verdad lo que este niño acaba de decir, puede vuestra majestad hacer deducciones, teniendo en cuenta que fray Bernardo ha desaparecido hoy, es decir, pocas horas después de haber intentado prender a Luis.

—Comprendo. Vos deducís que esta criatura, al verse atacada, se ha defendido, y yo añadiré que la defensa es justa.

—No hemos hecho más que suponer que es verdad lo que acaba de decir este niño, pues también es posible que mienta para justificarse.

—Para justificarme!—exclamó Luis—. ¿Y de qué?

—Os habéis apoderado del dominico—replicó Espinosa—, le habéis encerrado o asesinado.

El paje se encogió de hombros y dijo con la más fría indiferencia:

—Señor cardenal, no merecen contestación las palabras de vuestra eminencia.

—¡Oh!

—Es demasiado grosera la trampa para que no sea descubierta muy pronto. No tengo vanidad, porque sé que nada valgo; pero me avergonzara de ser el autor de intriga tan torpe. Os engañan, no lo dudéis; y digo que os engañan, porque no puedo creer que vos toméis parte en tan indigna intriga.

—Como es posible—dijo el rey—. Todo es posible. ¿Quién sabe si fray Bernardo se oculta para dar ocasión a que acusen al paje? Tanto y tan ex-

—¡No! Hemos visto, que no puede lograrse nada. Pensad que es imposible apoderarse de un hombre en las calles de Madrid y en medio del día.

—Pero si le tienden un lazo, si le engañan...

—¡Bah!... Engañar a un hombre como el padre Bernardo no es menos difícil que llegar con la cruz al cielo.

Convencióse el cardenal de que nada había de conseguir, como no fuese colocarse en peor situación.

Púsose en pie, y, disponiéndose a salir, dijo:

—Señor, me parece que debemos dar por terminado este asunto.

—Aconsejadlo así a los inquisidores, recordándoles que el paje está bajo mi protección y advirtiéndoles que si le sobreviene alguna desgracia y ellos los acusaré, no más que a ellos, y las consecuencias...

El monarca se interrumpió.

Su mirada penetrante se fijó en Espinosa, que tembló, balbuceó algunas palabras y salió tan confundido como desesperado.

—Ahora—dijo el rey a Luis—. hablemos del padre Bernardo.

—Señor—respondió el travieso niño—, he acusado a los inquisidores de falsarías, aunque he supuesto...

—¿Qué?

—Que el padre Bernardo ha desaparecido como desapareció el espía.

—Te equivocas.

—Entonces lo de la farsa...

—Es dudoso.

—Pues confieso mi torpeza; no lo sé.

Pronunció estas palabras el paje con un acento de sencillez y verdad, que el monarca empezó a creer que, efectivamente, el dominico probablemente había estado con Espinosa, su había ocultado con el fin de que hubiera un enlace entre el paje.

—Bien—dijo Felipe II después de reflexionar— todo lo aclarará el tiempo.

—Y cuando el misterio se aclare, podremos vivir tranquilos.

—No olvides que te he tomado bajo mi protección.

—Señor...

—Tampoco olvides que para defenderte he amenazado a los inquisidores.

—Si yo fuese un traidor...

—Si fueses el intrigante a quien llamamos el diablo...

—¡Pobre de mí!

—No aceptar el perdón que ofrezco, sería un crimen que yo no perdonaría jamás.

—Estoy tranquilo.

—Déjame.

—Que Dios dé salud a vuestra majestad.

Se fué el paje.

—No lo entiendo, no lo entiendo—murmuró el rey.

Lo mismo le sucedía al cardenal, a Ruy Gómez de Silva y a doña Ana de Mendoza.

La única persona que había conseguido entender era el padre Bernardo; pero a costa de su libertad, por de pronto, y de algo más que podía sucederle después.

El cardenal pasó todo aquel cavilando sobre la desaparición del dominico.

Los esbirros no descansaban.

Algunos de ellos dieron pruebas de astucia sin igual, pero nada consiguieron.

A la mañana siguiente preguntó Espinosa si se había averiguado algo, y le contestaron negativamente.

—¡Oh!—dijo—. No se le encontrará.

CAPITULO OX

La fidelidad de Ruy Gómez de Silva

Espinosa no contaba ya con la ayuda del dominico, que había llegado a ser el alma de la intriga; pero conocía el plan trazado por éste y

creyó que debía continuar la obra, pues seguir aguardando era perder un tiempo precioso.

Después de almorzar y meditar muy detenidamente, decidió ir a palacio para hablar con Ruy Gómez de Silva y proponerle que se ocupase en favorecer la fuga de don Carlos.

Firmemente creía el cardenal que no encontraría oposición, porque el de Eboli se había mostrado compasivo y misericordioso y no había motivo para que cambiase de opinión, a menos que hubiera hablado con su esposa.

No tenían que ocuparse aquel día de la causa, y, desde luego, pudieron entablar la conversación sobre el interesante asunto que tanto preocupaba a los dos.

—Os he aguardado ayer—dijo Ruy Gómez de Silva.

—Vine, pero tarde, y sólo para ver al rey.

—Lo sé.

—Mi buen amigo, es más grave cada día la situación.

—¿Pues qué sucede?

—Otra desgracia, otro abuso, otro crimen... Horrificados, don Ruy, nuestros enemigos han llevado su audacia hasta el punto de intentar contra la persona de un sacerdote.

—¡Ah!...

—Fray Bernardo, la lumbrera del Santo Oficio, el más virtuoso de los hombres, nuestro servidor más leal, ha desaparecido ayer.

—¿Que ha desaparecido un fraile?

—Lo mismo que desapareció aquel espía, Benito...

—Ahora entiendo—interrumpió Ruy Gómez de Silva—. Ese fraile era el que dispuso que el tal Benito... ¡Oh!...

Estremecióse el cortesano, porque aún recordaba con horror lo que el esbirro había dicho en la inisteria, y otras frases no menos desagradables que pronunció durante el viaje a Segovia.

Muy bien le pareció al de Eboli que el dominico hubiera sufrido la misma suerte que el espía, y empezó a creer que el monarca había adoptado

la misma resolución con respecto al primero que al segundo.

—No debéis olvidar—dijo el caballero cuando hubo reflexionado—que a su majestad le desagradó mucho que se introdujesen espías en palacio.

—¿Y qué tenía que ver el disgusto de su majestad con lo que ha sucedido? ?

—Señor cardenal, yo no sé en qué consiste; pero es lo cierto que siempre les sobreviene alguna desgracia a las personas que han dado motivo de disgusto al rey.

—Lo cual significa...

—Nada, nada—se apresuró a decir Ruy Gómez—; es una observación que se me ocurre.

Espinosa desplegó una leve sonrisa.

No le quedó ya duda de que el fraile se encontraba en una prisión como rey de Estado.

¿Para qué había de continuar hablando del dominico, si ya sabía cuanto necesitaba sobre este punto?

—Mucho siento lo que ha sucedido—dijo el cardenal—; pero me parece prudente olvidarlo.

—Sí.

—Y puesto que de semejante asunto no debemos tratar, nos ocuparemos del desgraciado príncipe.

—He hecho cuanto me ha sido posible para consolarle y endulzar su situación; pero...

—Es poco.

—Me dijisteis que tenéis un plan.

—Y es lo único que producirá un resultado positivo para don Carlos.

—Os escucho.

—Dentro de pocos días firmará el rey la sentencia de muerte...

—¡Oh!...

—Así quedará hecha la justicia.

—Es verdad; pero...

—¿No es alegraréis de que el duque de príncipe consiguiera salir al principio de su prisión?

Ruy Gómez hizo un gesto de duda.

—Ya hemos convenido—añadió el cardenal—que don Carlos no es temible, porque está des-

prestigiado, porque ha perdido toda su influencia, y hasta sus amistades le miran con lástima y desdén.

—Así lo creen.

—Pues bien, si recobrara la libertad, nosotros quedaríamos tranquilos, porque sin haber dejado de cumplir nuestros deberes, no tendríamos ninguna responsabilidad, sino que, por el contrario, gozaríamos con la satisfacción de ver aliviada la desdicha de una criatura.

—Todo eso está bien, señor cardenal; pero partiremos de una suposición enteramente falsa.

—¿Cuál?

—Que el diablo de palacio consiga sacar al príncipe de su encierro.

—Tales cosas hemos visto...

—Pero las diabluras de ese intrigante tienen su límite. Si posible fuese lo que decías, ya don Carlos habría recobrado la libertad.

Quedó Espinosa silencioso.

Inclinó la cabeza y fingió que meditaba.

Después de algunos minutos fijó su mirada penetrante en Ruy Gómez de Silva y le dijo:

—¿Y no os parece que, como buenos cristianos, tenemos la obligación de ayudar a los amigos de don Carlos?

Hubiérase dicho que Ruy Gómez dormía y había sido despertado por el estampido del cañón.

Púsose en pie, a la vez que exhalaba una exclamación de sorpresa, de asombro y de terror.

Un momento después, y como si perdiese el equilibrio, volvió a dejarse caer en la silla.

Abriósele extremadamente sus ojos.

Su mirada se fijó con estupor en el cardenal.

Algunos minutos transcurrieron sin que articulase una sílaba.

Espinosa rompió al fin el silencio, para decir con la misma calma y la misma sencillez que antes:

—Vuestra situación os permite hacer mucho, muchísimo y sin ninguna responsabilidad, pues así como no se os acusa porque el príncipe recibe cartas todos los días...

—Basta, basta—interrumpió el de Eboli mientras se pasaba las manos por la frente.

—Además, así prestaríais a su majestad un gran servicio.

—¡Un servicio con una traición!

—Y le haríais un beneficio inmenso.

—Si no estoy soñando...

—Ni vos soñáis, ni yo he perdido la razón.

—Entonces...

—No solamente firmará el rey la sentencia, sino que mandará que se ejecute, no lo dudéis.

—Todo es posible.

—Esclavo de la justicia es Felipe II, ya lo sabéis, y así lo prueba la determinación adoptada con su hijo y puesta en práctica por él mismo, aunque tuvo que destrozar su corazón de padre. ¿Olvidáis que tiene dicho que si pecase su mano derecha, él mismo la cortaría con la izquierda?

—Nada de eso ignoro, señor cardenal; pero...

—Mucho me equivoco, o estáis algo aturdido.

—¡Oh!... Tan aturdido, que no sé lo que me pasa.

—Por eso no apreciáis con exactitud la situación; por eso no comprendéis que su majestad ha de bendecir al que le ponga estorbos de tal naturaleza que no le permitan quitar la vida a su hijo.

—Pero es que su hijo es su enemigo mayor...

—El rey es padre al fin.

—Su hijo es... ¡Vive el cielo!—exclamó Ruy Gómez de Silva desesperadamente—. Entendedme, señor cardenal, entendedme sin que yo lo diga.

—No adivino...

—Pues bien, ya que me obligáis lo diré: el hijo es también el rival...

—Calumnias de los enemigos de la reina; habillias de los ociosos—replicó desdeñosamente el cardenal.

—¡Habillias!... El rey tiene pruebas, ha oído, ha visto...

—También los ojos engañan.

—Pero su majestad no cree que los ojos le han engañado, y, por consiguiente, odia a su hijo, se olvida de que es padre...

—¿Oa lo ha dicho así el rey?

—No; pero lo sé.

—Perdonadme, pero...

—Y aún suponiendo que todo eso es verdad, resultaría que el rey ha encerrado a su hijo, no por un sentimiento de amor a la justicia, sino impulsado por los celos, por el odio, por la sed de venganza.

—Algo hay de eso.

—Ha sido débil, se ha dejado dominar por las malas pasiones que Satanás ha encendido en su alma.

—Dará a Dios cuenta de su conducta.

—Pero, entretanto, comete una injusticia, y tenemos la obligación de favorecer a la víctima.

—Don Carlos es de todas maneras delincuente, puesto que se ha declarado protector de la herejía y ha favorecido a los enemigos de España y de su majestad.

—Sin embargo...

—No me convenceréis—replicó enérgicamente Ruy Gómez.

—Habéis cambiado muy pronto de opinión, pues hace dos días...

—Me inspiraba compasión don Carlos, y ahora me sucede lo mismo.

—Pues entonces...

—Pero no cometeré una traición.

—Don Carlos morirá.

—No es mía la culpa.

—Y el rey sufrirá lo que apenas se concibe.

—Lo siento, pero no puedo remediarlo.

—Tenéis una prueba de que su majestad desea que don Carlos recobre su libertad. Claro está como la luz del día que el paje es el diablo de palacio, y su majestad aparenta que no lo comprende así y le protege, dándole tiempo y ocasión para que acabe su obra.

—El paje no es el diablo.

—Además, a los que lealmente trabajan para descubrir al misterioso intrigante, el rey los inutiliza, como ha hecho con fray Bernardo y con Benito.

—Si su majestad deseara que su hijo recobrarla libertad, no adoptaría tantas precauciones para guardarlo.

—Así cubre las apariencias.

—Pues bien, si es que el rey desea que su hijo se salve, que lo perdone o que, por todo castigo, lo destierre.

Yo cumpliré sus órdenes, y suya será la responsabilidad.

—Estáis ofuscado.

—Ya veis que pongo en práctica vuestro consejo y cumplo mi promesa de no ser débil. Ni he de favorecer a don Carlos, ni he de agravar su situación tristísima.

Esta es mi última resolución.

—Está bien, caballero.

—¡Traidor al rey!... ¡Por Dios vivo, señor cardenal, que no habéis meditado bien vuestras palabras ni habéis comprendido que me ofendíais gravemente al suponer que yo era capaz de cometer una traición.

—Se trata de hacer un beneficio.

—Pero siendo yo desleal.

No era posible convencer a Ruy Gómez de Silva.

Espinosa dió por terminada la conversación, despidióse y volvió a su morada.

—Está visto—decía—, la fortuna me ha vuelto la espalda.

Ruy Gómez fué en busca del duque de Feria y le dijo:

—Cuidado, mucho cuidado.

—¿Pues qué pasa?

—Se positivamente que se trata de sacar de su prisión a don Carlos.

—¡Bah!...

—¿Lo dudáis?

—No dudo que lo deseen y que lo intenten; pero tampoco creo que lo consigan.

—¿Cómo llegan al preso las noticias de lo que sucede en palacio?

—No lo adivino.

—Pues lo mismo que entran las cartas...

—Un papel se introduce por una rendija; pero no un hombre. Acordaos de lo que os dije en majestad y vos me contastéis.

—Sí, que las cartas las introducíamos nosotros sin saberlo.

—Y aunque no es fácil, es posible.

—Sin embargo, ahora estamos sobre aviso y el príncipe continúa recibiendo cartas.

—Habrán buscado otro medio no menos ingenioso y que no adivinamos.

—Mi querido duque, los que tanto ingenio tienen, acabarán por burlarse de nosotros.

—Pues bien—replicó el de Feria, que empezaba a impacientarse—, si se burlan de nosotros, lo sentiré; pero, ¿qué he de hacer para evitarlo? Como cumplo y he de cumplir más deberes, mi conciencia está tranquila.

—La mía también.

—Decís que se proponen sacar al príncipe de su prisión, y eso lo sabemos, puesto que estamos viendo que sus amigos trabajan sin cesar. Si otras noticias no tenéis...

—No.

—Pues nada tenéis que agradecer a quien os ha dado esas.

Comprendió Ruy Gómez que había cometido una torpeza y había dicho una tontería, y, avergonzado, se separó del duque y fué a ver a su esposa.

—¿Qué os sucede?—preguntó ésta—. Estáis pálido y como agitado...

—¡Oh!... El cardenal... ¿Quién había de creerlo? Aún me parece mentira... Escuchad y admiraos; pero este secreto...

—¿No tenéis en mí bastante confianza?

—Claro, ya lo sabéis; pero os advierto...

—Probablemente me diréis lo que yo tenga ya olvidado.

—Ni lo sabéis, ni es posible que lo sospechéis.

—Veremos.

—El cardenal, que es el mayor enemigo del príncipe, que no vacila para condenarlo a morir y que...

—Basta—interrumpió doña Ana—. Sé lo demás.

—Imposible.

—El cardinal os ha propuesto favorecer la fuga de don Carlos.

—¡Vive el cielo!

—¿Me equivoco?

—Señora...

—Aún sé más, porque de seguro el buen Espinosa no os ha dicho lo que se propone para después.

—Librar de la muerte a ese infeliz, que ya no es peligroso, porque está desprestigiado.

—Os engaña.

—Sin duda la conciencia...

—¡Pobre don Ruy!... Sois tan cándido como un niño.

—¿Y por qué?

—El cardinal sabe muy bien que Felipe II puede firmar la sentencia de muerte de su hijo; pero no mandar que se ejecute.

—Entonces...

—Si el príncipe saliera de su prisión, no habría nada más fácil que asesinarlo.

—¡Por Santiago!

—¿Comprendéis ahora?

—Eso no puede ser.

—¡Que no puede ser!... ¿Y por qué no, mi querido caballero?—repuso la dama con el tono entre irónico y burlón que usaba casi siempre al hablar con su marido—. ¿Acaso es empresa tan ardua quitar la vida a un hombre?

—Llevar las cosas a ese extremo...

—Sí, hasta el último extremo, porque el cardinal no hace las cosas a medias. Yo pienso como él, y le ayudaría en cuanto me fuese posible si no estuviese segura de que muy pronto ha de morir don Carlos en su prisión, y no es menester que nos tomemos la molestia de proporcionarle la libertad.

—No me convencere.

—¿Queréis una prueba?

—Se trata de las intenciones del cardinal y, por consiguiente, no hay prueba posible.

—Tenéis al don de equivocaros siempre, lo cual es una desgracia que deploro muy de veras.

—Y vos os complacéis en mortificarme.

—Escuchad, caballero, y os convenceréis de que la razón me sobra.

—Decid lo que os plazca.

—Antes que a vos, me ha propuesto el cardenal que trabajásemos para sacar de su prisión a don Carlos; pero a mí me dió a conocer sus intenciones, me dijo la verdad, porque sabía que no le era posible engañarme.

—¡Vive el cielo!

—¿Por qué os enfadáis?

—El cardenal ha representado un doble papel.

—Así le convenia.

—Me engañaba, ha querido convertirme en instrumento de sus planes... ¡Por quien soy que no le perdono!

—El que engaña no merece ningún castigo, sino el que se deja engañar. Si me hubiésetis consultado...

—Ma aconsejó que fuese reservado, y ahora comprendo...

—Si comprenderéis que no tenéis un amigo tan leal como vuestra esposa.

—Cometer una traición arriesgando mi cabeza...

—En cambio, el buen Espinosa no arriesga nada.

—Perdonadme si una sola vez en mi vida he guardado para vos un secreto.

—Habéis encontrado la penitencia en el mismo pecado.

—Es verdad.

—Si escarmentáis...

—No me sucederá otra vez.

—¿Sucede algo más?

—Ha desaparecido un inquisidor, el padre Bernardo...

—¿El que se ocupaba en espiar al diablo?

—Sí; y suponemos que el rey ha hecho con el fraile lo que con el espía: aunque es extraño que ni una palabra me haya dicho de semejante asunto.

—¿Conocéis los detalles de ese suceso?

—No.

—Pues averiguad y decidme lo, siquiera para distraerme.

—Descuidad, que quedaréis complacido.

- Preguntadle al pafecillo, que lo sabe todo.
—Todo debe saberlo el paje, si es diablo, como asegura el cardenal.
—No lo quiera Dios, porque me mataría la vergüenza si un niño se hubiera burlado de mí.
Así pusieron término a la conversación.

CAPÍTULO CXI

Se prepara otra intriga

El travieso paje no descansaba ni podía descansar, so pena de perder cuanto había ganado.

Aquella noche conferenció muy detenidamente con su señora, y al día siguiente acudió al primero de las habitaciones donde se reunían los cortesanos para aguardar a que el rey se dejase ver, si es que así lo tenía por conveniente.

Pocos minutos después encontraba al comendador y le decía:

—Caballero, si queréis visitar a mi noble señora, os lo agradecerá mucho.

—Más le agradezco yo la honra que me dispensa.

—Sóis un cumplido galán.

—¿Y cuándo debo ir?

—Ahora, si os place, o después.

—Supongo...

—Ha de deciros algo de mucho interés.

—Pues ahora mismo será.

—Dios os guarde.

—¿No me acompañas?

—Tengo que hacer.

Creyó Maldonado que había llegado el momento de conocer el secreto de que dependía tal vez la suerte del de Poza.

¿De qué otro asunto había de tratar doña Blanca?

Tanto deseaba el comendador conocer a la mujer amada por el marqués, que no quiso esperar ni un solo instante.

Y nosotros preguntamos: ¿Qué se propone Luis?

Preparar el ánimo del comendador para conseguir lo que parecía imposible, según muy pronto hemos de ver.

Segura estaba la doncella de que el comendador había de acudir inmediatamente, y aguardaba dispuesta a representar su papel con la misma habilidad que siempre lo había representado, si bien a costa de sufrir mucho, pues no era posible que la infeliz se ocupase de su amor sin destruirse el alma.

Saludáronse muy cortésmente, y luego dijo Maldonado:

—Aquí me tenéis, esperando con ansiedad vuestras explicaciones.

—Viendo estáis—respondió la doncella—, que cumplo lo que prometí.

—Nunca he dudado que lo cumpliérais.

Doña Blanca parecía perfectamente tranquila.

El comendador la miraba afanosamente.

—Ante todo—dijo—necesito saber si habéis hablado con algún amigo de vuestra confianza del asunto que tanto os interesa.

—Con nadie.

—Recordad, caballero.

—Puedo asegurarlo.

—Cosa extraña—murmuró la doncella como si hablase para sí.

Y su cabeza se inclinó, quedando en actitud meditabunda.

—¿Qué os sorprende, señora?

—No lo entiendo.

—Pues me parece muy sencilla.

—Si a nadie habéis hablado...

—Os lo juro.

—No pongo en duda vuestras palabras.

—Entonces...

—Pero no lo entiendo—dijo la doncella.

Maldonado se encogió de hombros y fijó una mirada de extrañeza en la encantadora joven, mientras decía:

—Yo tampoco, y en verdad... ¡Oh!... Perdonad si me muestra impaciente.

—Caballero, si habéis guardado reserva absoluta en todo lo que tiene relación con el marqués de Posa, a quien Dios haya perdonado...

—Sí, absoluta.

—No comprendo cómo hay quien sepa que buscabais a la mujer amada por el marqués.

—¡Doña Blanca!...

—Y saben también que me habéis hablado de este asunto.

—¡Imposible!...

—Y que os prometí ayuda, y que le disteis a Luis el relicario...

—¡Oh!... Eso es demasiado... ¿Se han propuesto volverme loco?

—También a mí.

—Señora, vuestro paje, que al fin es un niño...

—No ha cometido ninguna indiscreción—interrumpió la doncella.

—Entonces...

—Os aire lo que ha sucedido.

—Sí, decídmelo sin hacer comentarios; pues sólo así podremos entendernos.

—Esta mañana, aún no hace dos horas, solicitó hablarme un hombre que no quiso decir cómo se llamaba, sino solamente que tenía que tratar de un asunto de mucho interés para vos y para mí.

—Supongo que lo recibiríais.

—Sí.

—¿Y no lo conocíais?

—No.

—Pero sus señas...

—Parecía un hidalgo pobre.

—¿De poca estatura?—preguntó Maldonado, suponiendo que era Antón.

—Al contrario, era casi un gigante.

—¡Oh!...

—Rudo en sus maneras, en su lenguaje... Me pareció uno de esos aventureros que pasan la vida en los campamentos... En fin, no lo he conocido, ni él quiso decirme su nombre, ni darme de su persona más antecedentes sino que había servido en Italia y en Flandes, y había conocido al marqués de Posa y...

Se interrumpió la doncella.

—Continuad—dijo Maldonado.

—Parecia hombre de gran corazón, aunque de escasa inteligencia.

—Amigo del marqués...

—Todo es posible.

—Ciertamente.

—Con una seguridad sorprendente, me dijo que, según yo sabía, vos buscabais a la mujer que amó al de Foza, así como ella deseaba vivamente conferenciar con la persona que hubiese escuchado las últimas palabras del marqués.

—¿Y por qué no se había dirigido a mí?

—Se me ocurrió hacer esa misma pregunta.

—¿Y qué os respondió?

—Que no lo hacía, porque no había de conseguir nada.

—No adivino lo que ese hombre se proponía.

—Dice que la dama en cuestión no puede darse a conocer.

—¿Acaso su amor era criminal?

—Lo ignoro.

—Pues si esa mujer tiene tanto empeño en ocultarse, ¿cómo ha de hablar conmigo ni con vos? Me parece que han querido sorprenderos, averiguar algo de lo que nos importa callar, y... desconfío, señora.

—Pregunté al hidalgo con qué fin me habíais de semejante asunto, cuando yo nada podía decirle que le interesase.

—Muy bien preguntado.

—Me respondió, sin vacilar, que lo que deseaba era saber si podía confiar ciegamente en nuestras promesas.

—¿Y ha podido dudarlo?

—No debéis ofenderos, cuando la duda la atráe quien no os conoce.

—Sin embargo, mi nombre es una garantía—repuso el comendador, con todo el orgullo de raza de su clase en aquellos tiempos.

—Comendador, no olvidéis que, por desgracia, hay caballeros que son unos miserables.

—Es verdad, pero...

—También deseaba saber si cuando llega al

momento de cumplir ciertos deberes, teniendo que arrostrar un peligro...

—Creo —interrumpió Maldonado— que habréis hecho justicia a mis sentimientos.

—Ha respondido que para cumplir vuestro deber no vacillabais.

—Gracias, señora.

—Que tenéis valor sobrad y no os espantan los peligros, y que en cuanto a lo de cumplir vuestras promesas, puedo asegurar, porque lo he visto, que vais más allá de donde tenéis obligación.

—Sola mi mejor amiga.

—El desconocido me habló de Luis, de vuestro hermano y... No recuerdo más. Juró mil veces que obedecía las órdenes de la mujer que amó al marqués de Pota, y en su nombre me suplicó que le dijese si en realidad habéis escuchado las últimas palabras del marqués.

—Entonces vos...

—Le contesté afirmativamente, porque algo es mejor arriesgar si algo ha de conseguirse. Además, me pareció que eran inútiles las negativas, porque el tal tal sabía más de lo que yo podía decirle. ¿Quién es? ¿Quién lo envía? No he sospechado que fuese ese intrigante misterioso a quien llaman el diablo, pero sí que está en relaciones íntimas con el Con frecuencia divagaba, se distraía, parecía preocupado, y abrigué la esperanza de que cometiese alguna torpeza que fuese una explicación para mí. Desgraciadamente, no sucedió así, y mi curiosidad quedó sin satisfacerse.

—En suma, ese hombre dijo mucho y no dijo nada.

—Sin embargo, pareció que quedaba satisfecho y muy contento, y aseguró que le serviría de mucho lo que yo le había dicho.

—De todo ello resulta que hemos quedado en la misma situación que antes.

—Me parece que no.

—¿En qué consiste la diferencia? Las mismas dudas, la misma ignorancia de lo que tanto nos interesa saber.

—Pero ese hombre ha de hacer algo más de lo que ha hecho.

—Tal vez.

—Más o menos tarde, el misterio se pondrá en claro. ¿Para qué se ha tomado la molestia de venir? ¿Con qué objeto se ha informado de lo que debía esperarse de vuestra hidalguía y valor?

—No lo adivino.

—Mucho me equivoco, o el hidalgo ha de haceros una visita.

—Quiéralo Dios.

—Suponiendo que ha de ser así, me ha parecido bien que estuviésete prevenido.

—Os lo agradezco mucho.

—Si no acierto...

—Nada habremos perdido.

Ni remotamente podía sospechar el comendador que la doncella no hacía más que preparar el terreno para tenderle un lazo.

—Quizás vos, con más talento y más experiencia que yo, juzgaréis de distinto modo al desconocido hidalgo.

—¿Por qué no ha de ser un hombre honrado según habéis creído?

—Sin embargo, es prudente que estéis prevenido, porque en estos tiempos de intrigas y de maldades...

—No tengo enemigos, señora...

—¿Sabéis lo que ayer sucedió? Pues un dominico, inquisidor, ha desaparecido, y los unos suponen que el abuso es obra del diablo de palacio mientras que otros... ¡Oh!... A vos puedo decirlo...

—Si es un secreto...

—No es nada, puesto que nada se sabe de positivo. Dicen que el fraile se encuentra en una prisión de Estado.

—¿Qué había hecho?

—Introducir en palacio un espía para que averiguase quién es el intrigante misterioso a quien llaman el diablo.

—Es decir, que favorecía a su majestad pues que trabajaba contra los amigos de don Carlos.

—A lo menos, así parecía.

—Pues entonces no se comprende que el rey le castigue.

—Antes que el fraile, desapareció el espía, y, según he podido entender, su majestad se mostró muy enojado porque, sin su conocimiento y autorización, se habían introducido espías en su morada.

—Ahora entiendo: creyó que se menospreciaba su autoridad.

—Hay más, caballero, y mucho más extraño.

—Acabaréis por picarme la curiosidad, aunque no soy curioso.

—Pues escuchad, admirad y... me parece que acabaréis por reír.

La doncella hablaba con tono casi burlón.

Con todos sus detalles refirió lo que había sucedido entre el paje y el espía, si bien guardó la más absoluta reserva sobre la suerte de éste.

Gradualmente fué arrugándose el entrecejo del comendador.

Recordaba todas las conversaciones del señor Antón, y decía para sí:

—¿Será Luis el diablo?

Y otra vez empezó a dudar si debía revelar el secreto de la existencia del marqués.

No se atrevió.

Terminó Blanca su relato y dijo:

—De todo esto resulta una cosa que me desagrada mucho.

—¿Qué teméis, señora?

—Que no nos dejen un momento de tranquilidad.

—A mí me sucede lo mismo desde hace algún tiempo, y bien sabéis que nunca he querido tomar parte en ninguna intriga.

—Pero lo que vos no hacéis, lo hacen las circunstancias.

Así continuaron la conversación largo rato.

El comendador volvió a dar las gracias a la doncella, se despidió y salió muy preocupado.

Ya no quiso ver al rey, y volvió a su morada.

—Debo estar contento—decía—, porque parece que voy pronto a conocer a la mujer amada por el de Pozo; pero es el caso que el misterio se presenta cada vez más oscuro.

Ovillando y haciendo suposiciones pasó todo el día.

En vano esforzaba su imaginación.

¿Cómo había de adivinar que Blanca era la mujer a quien buscaba?

Esperaba que de un momento a otro se le presentase el hidalgo, no menos misterioso que la dama.

Así debía suceder; pero no para disipar las dudas del comendador, sino para colocarlo en una situación la más difícil.

Bien caro había de costarle su generosidad, bien caro el deseo de hacer un beneficio.

Cuando el sol se ocultaba, el noble Maldonado conferenció con el señor Antón, que ninguna noticia de interés pudo darle.

La noche cerró.

—Vendrá mañana—dijo el caballero, refiriéndose al misterioso hidalgo.

CAPÍTULO CXII

Una proposición extraña

El horizonte estaba despejado, brillaban las estrellas, y la luna favorecía con sus reflejos a los habitantes de la coronada villa.

Encontrábase Maldonado en su aposento, tan preocupado como antes, pues ni por un solo momento dejaba de pensar en lo que le había dicho la doncella.

Un criado se presentó, diciéndole:

—Acaba de llegar un hombre que muestra gran empeño en ver a vuestra señoría.

—¿Quién es?

—No lo conozco, ni ha querido decir su nombre.

—¿Y sus señas?

—De elevada estatura, vestido como un hidalgo pobre, con aspecto de espadachín.

—Debe ser el mismo—murmuró el comendador.

—Yo me negaba a dar aviso a vuestra señoría;

pero asegura que tiene que tratar de un asunto de muchísimo interés, y es impaciente, y ha faltado poco para que amenace.

—Que entre.

Pocos momentos después se presentó el hidalgo, que no era otro que el señor Pero León.

—Dios os guarde—dijo con la rudeza propia de su carácter y costumbres.

—Y a vos también—respondió Maldonado, en tanto que miraba al capitán con la atención que se mira todo lo que tiene algo de misterio—. Sentados y decidme qué es lo que desentis, y si bien os parece, principiad por darme a conocer vuestro nombre, pues no recuerdo haberos visto nunca.

—No; no me conocéis.

—Entonces...

—Pero no es mi nombre el que os interesa—repuso el capitán, sentándose y recostándose en un sillón.

—Siempre conviene saber con quién se habla.

—Con un hidalgo de buena cuna, de limpio honor, y que tiene el cuerpo honrado con más de cincuenta cicatrices. Supongo que no lo dudaréis caballero, porque semejante duda... ¡Vive Dios!... Perdonad si me olvido del asunto que me obliga a molestaros; pero la culpa no es mía, es decir, no es de mi voluntad, sino de mi pícaro cabeza, que está medio vacía, y cuando se trata de ciertos negocios, me aturdo, me olvido de... ¡Mil rayos!... ¿Por qué no he de decirlo con franqueza? No es una deshonra la escasez de entendimiento.

—A los hombres se los aprecia según sus obras—dijo el comendador, por decir algo, pues era muy difícil seguir la conversación, tal como la principiaba el capitán.

—Muy bien, así me gusta.

—Desde luego reconozco las mejores cualidades; pero...

—Señor comendador, cumplo las órdenes que he recibido.

—Es decir, que vais en nombre de otra persona.

—Sí.

—Y por consiguiente, esa persona...

—Es una dama...

—Pero su nombre...

—Tampoco me ha dado licencia para revelar.

—Tanto misterio...

—¿Qué queréis? Así es preciso y así se hace. Yo tampoco quisiera encontrarme metido en este negocio; pero tengo que someterme a las circunstancias.

—Aunque no tengo obligación de tratar con quien no conozco, os escucharé.

—Gracias.

—Decid lo que mejor os parezca.

—¿Os acordáis del marqués de Poza?

—Sí.

—Lo asesinaron y vos llegasteis a tiempo de escuchar sus últimas palabras.

—No, porque ya había dejado de existir.

—Eso habéis dicho a todo el mundo; pero a mí no debéis decirme, porque sé la verdad.

—¿Y si os equivocáis?

—Caballero, no he venido para molestaros con una disputa cuyo resultado no sería provechoso para nadie.

—Así lo supongo.

—Ningún crimen es que hayáis escuchado las últimas palabras del marqués de Poza, y aunque lo fuese, como nadie más que Dios nos escucha, no pueden comprometeros vuestras declaraciones.

—Me pedís franqueza...

—Sí.

—Y vos os mostráis tan reservado, que ni vuestro nombre queréis decirme.

—Hay en mi conducta algo de injusticia, porque exijo lo que no quiero dar. lo reconozco; pero no puedo hacer otra cosa.

—Pues bien, voy a complaceros. Escuche las últimas palabras del marqués, palabras que no puedo repetir...

—Que yo tampoco quiero conocer.

—Me alegro.

—Todo el mundo ignora que el marqués agredió y era correspondido; pero vos no lo ignoráis.

—Es verdad.

—¿Y no deseáis encontrar a la mujer amada por el de Poza?

—Sí.

—Pues es la dama que me envía.

—Señor hidalgo, no llevéis a mal...

—Adivino lo que vais a decir—interrumpió el capitán—; como es un secreto de mucha importancia el que tenéis que revelar a esa mujer, necesitáis pruebas...

—Sí; pruebas que no den lugar a duda,

—Las tendréis.

—Muy bien, señor hidalgo.

—¿Descaís más?

—Mucho más, si alguna claridad; pero me parece...

—Perdonad; pero a su tiempo tendréis cuantas explicaciones podéis desear. Mi conducta es muy extraña, ya lo sé, y motivos sobrados hay para que desconfiéis; pero es el caso...

—Esas observaciones son inútiles ahora.

—Entonces, ya que dispuesto os encontráis...

—¿A qué, si nada concreto habéis dicho?

—Soy torpe, ¡mil rayos!

—Si no os explicala con más claridad, no os entenderé.

—Es muy sencillo; mañana, a las diez de la noche, podréis ver a esa dama, si vais a Puerta de Moros.

—¿Solo debo ir?

—Acompañado, si es que solo no os atrevéis.

Estas palabras hirieron vivamente la dignidad del comendador.

Llevar compañía era confesar que tenía miedo.

—Proseguid—dijo.

—En Puerta de Moros me encontraréis.

—¿Y luego?

—Si el misterio no os infunde terror...

—Señor hidalgo, haréis muy bien en excusar esta clase de observaciones.

—Entraréis conalguien en una casa.

—¿Y allí?...

—Se dispararán vuestras dudas al hablar con la persona que os espera.

—¿Nada más?

—Nada.

—Lo que me proponéis...

—No puede aceptarse sin meditar.

—Meditaré.

—Permitidme la última advertencia.

—Con mucho gusto.

—De vos depende el único consuelo que puede tener una criatura muy desgraciada.

—Lo sé.

—Podéis hacer un beneficio.

—Su importancia la conozco mejor que vos.

—Fío en vuestra generosidad—repuso el soldado, y se levantó.

—Hasta mañana, si es que voy...

—Iréis, porque os sobra valor y porque se trata de consolar a una criatura infeliz.

—Que Dios os guarde, señor hidalgo.

—El cielo os proteja, caballero.

El capitán había representado su papel mucho mejor de lo que debía esperarse de su rudeza.

Saltó de la casa y encontró al pajeclito, que le dijo:

—¿Qué tal?

—Muy bien.

—¿Ha prometido ir?

—No ha prometido nada, pero irá, ya lo veréis; ¡Rayos!... Es un buen hombre, y da lástima engañarlo.

—Es preciso.

—Lo que me parece, es que no conseguiréis vuestro deseo.

—¿Por qué?

—Porque la bondad tiene sus límites, y el comendador...

—No le conocéis.

—Me alegraré equivocarme.

—Pronto saldremos de dudas.

—¿Volvéis a palacio?

—Sí.

—Y yo a mi nueva casa, porque Diego está solo esta noche, y se aburrirá.

—Mucho cuidado con el fraile.

—¡Vive Dios!... Es muy astuto, pero no me engañará.

Separáronse.

Entretanto, el comendador recordaba una por una todas las palabras del hidalgo desconocido.

—¿Debo ir?—se preguntaba el buen Maldonado—. El misterio ha llegado a tal punto, que empiezo a perder la tranquilidad. Parece un hombre honrado ese desconocido; pero no me inspira confianza. Si creen que puede fiarse en mi honor, ¿por qué tanta reserva? Además, yo no necesito nada de él, ni de la dama misteriosa, mientras que ella sí tiene necesidad de mí. Sin embargo, impone condiciones, y yo... ¡Oh! ¿No soy bondadoso hasta la exageración? ¿Estoy obligado a tanto para cumplir mi deber?

Efectivamente, el comendador exageraba en cuanto al cumplimiento de sus deberes como amigo, y aún quizá como cristiano; pero, ya lo hemos dicho, cuando se trataba de hacer un bien, ante nada se detenía, por más que algunas veces su bondad le hublara costado serios disgustos.

Cuanto más reflexionaba, más se inclinaba a terminar su buena obra, y, al fin, exclamó:

—¡Iré!

No tenemos que repetir que se le tendía un lazo y que su buena fe podía costarle la vida.

El paje cometía un abuso que sólo podía justificarse con su noble intención de proporcionar un gran consuelo y algunos minutos de dicha al infeliz don Carlos.

CAPÍTULO CXIII

De cómo la reina se encomendaba al diablo

Para comprender la nueva intriga, es preciso que retrocedamos y demos a conocer la escena que tuvo lugar entre la reina y el paje el mismo día en que Blanca habló con Maldonado.

No se había adivinado la infeliz doña Isabel a decir lo que más vivamente deseaba; pero Luis lo adivinó, y para complacerla había empezado a trabajar.

Quería sorprender agradablemente a la reina;

pero ésta no le dió tiempo, pues sin poder demorarse, abordó la cuestión.

La escena era demasiado interesante para que dejemos de pintarla.

Eran las cuatro de la tarde.

A los pies de la reina, y sentado en un taburete, hallábase el hermoso paje.

En los ojos de Isabel de Valois se veían recientes señales de llanto; en los de Luis se revelaba una profunda tristeza.

—Para ti—decía la esposa de Felipe II—no existe el imposible; para todo halla remedio tu prodigiosa inventiva, todo lo vence tu travesura; te burlas del rey, de Ruy Gómez, de su esposa, de los cortesanos: te pones junto a ellos y no te ven, los hablas y no te conocen; eres dueño de todos los secretos, y, en fin, nada se resiste a tu voluntad. Ni la luz del sol puede penetrar en el cuarto del príncipe, y tú has logrado que entren tus cartas; salgan las tuyas, y tienes un medio tan sencillo como seguro de sacarlo de su prisión.

—Y muy pronto, según creo, señora.

—Pues bien, cuando se fugue don Carlos tendrá que huir sin perder un instante.

—Bien pudiera permanecer algunos días en el alcázar sin que nadie le viese; tengo medios para ello, pero nos expondríamos a que al salir cayese en poder de sus perseguidores. Huirá, como vos decís, sin perder un instante.

—Luis, el príncipe llevará una herida en el corazón si no me ve antes de partir; yo presiento mi cercana muerte, y no quisiera dejar de decirle una palabra de consuelo, de darle el adiós último.

—Señora, os ruego que no os dejéis dominar por esas tristísimas ideas.

—Siento que mi vida se acabe rápidamente.

—Por Dios, señora...

—En vano intentarás convencerme de lo contrario, y por consiguiente, tampoco me harás desistir de mi deseo.

—Pero vuestro deseo no pueda cumplirse.

—Tú lo puedes todo.

—Eso es imposible.

—¿No queréis hacer por mí un esfuerzo?

—Mi vida es vuestra, señora, y si sacrificándola
alivian vuestros pesares, aquí la tenéis—contes-
tó Luis con noble entusiasmo.

Dos lágrimas de ternura rodaron por las tersas
mejillas de la reina.

—¡Luis, no me abandonéis en este supremo ins-
tante, en que se desgarrá mi corazón!

—¡Por Dios, no lloréis, señora, que me hacéis
mucho mal!

—¡Padezco tanto!

—Lo sé.

—Nada puede halagarme, nada aliviarne sino
dar el último adiós al príncipe! La infanta doña
Juana ha solicitado verle, y el rey le ha negado
esta gracia. ¿Cómo he de conseguirlo yo? Sólo tú
puedes hacerlo.

—¿Y cómo?

—De la misma manera que todo lo demás. ¿Aco-
so te propones alguna cosa que no consigas?

—Una carta, señora, la introduzco por el cañón
de la chimenea; pero con vos no puedo hacer lo
mismo.

—Pero puedes encontrar para mí otro medio—
repuso doña Isabel—. ¡Oh!... Por la memoria de
tu madre, por la del marqués de Poza...

—Dejadme un instante... ¡Oh!

Y el travieso pajeuelo, cuyos ojos relumbraban,
levantóse y se echó a lo largo del gabinete, con la
cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cru-
cidos.

¿Por qué Luis no decía que ya había empezado
a trabajar para lo mismo que le pedía doña Isabel?

Ningún motivo serio tenía para semejante re-
serva que, en realidad, debía calificarse de capricho
infantil.

Quiso aparentar que buscaba el medio que ya
tenía y fingió que meditaba.

Bien merecía que se le perdonase su vanidad
de niño.

No podía, porque no necesitaba hacerlo así.

Presó que abusaba de la buena fe y de los sen-
timientos generosos de Maldonado: pero compe-
ntrado profundamente por el dolor de la reina, en

vez de vacilar, decidió llevar el abuso hasta el último extremo.

Transcurrió largo rato, durante el cual contempló con Isabel al paje con afán indescriptible, y, al fin, dándose una palmada en la frente el temeroso diablillo, exclamó:

—¡Ah!... Sí, sí... le debe la vida... y como todo está preparado hace tiempo... esta misma noche... Bien.

—¿Ya has encontrado un medio?—le preguntó la reina precipitadamente.

—Tal vez, señora, tal vez...

—Habla.

—¿Tenéis confianza en mí?

—¿Lo dudas?

—Pues bien, dejadme, y esta noche, a las doce o a una volveré a deciros si puede llevarse a cabo mi plan.

—¿Y hasta entonces?

—Esperad; pero dejadme ahora, porque cada instante que se pierda será un día de retraso.

—¡Corre, y que Dios te proteja!—exclamó Isabel, agitada por una violenta emoción.

Y en su entusiasmo estampó un beso de inmensa gratitud en la frente del paje.

Este salió, a la vez que decía:

—¿Cuántos besos me habrán valido mis traversuras?

Sin perder un segundo dirigióse a su aposento, participó a Blanca lo que ocurría, y, después de recibir de ésta otro beso cariñoso, salió para ir en busca del capitán y darle las instrucciones convenientes.

CAPÍTULO CXIV

Más diabluras

En la época en que tuvieron lugar estos sucesos existía aún la Puerta de Moros y la plazuela conocida hoy con este nombre, solamente que era bastante más reducida. A las ocho de la noche

estaba siempre desierto aquel sitio, porque nadie se aventuraba a pasarlo, a menos que tuviera el raro capricho de que lo dejaran en cueros y aún sin vida.

Las diez serían, y tras la esquina de una de las calles que allí desembocan había cinco hombres que difícilmente podían verse, porque la noche era en extremo oscura.

—Por aquí ha de pasar—dijo uno, cuya dulce voz no parecía ser la de un asesino—. Mucho me equivoco o solo vendrá, porque es valiente y muy caballero. Ya lo sabéis, ni el menor daño se le ha de hacer. Bien vendados los ojos, la mordaza puesta si intenta gritar, y que no se pase de las amenazas. Sólo cuatro para uno, y, por consiguiente, fácil os será concluir el negocio sin gran trabajo. Yo estaré detrás de aquella esquina para observarlo todo, y os seguiré luego. Cuidado, Pedro, que no desmientas tu valor ni tu astucia. Vos, señor Pero, quedáis como jefe.

Alejóse el que de esta manera había hablado, y ocultóse tras la esquina de otra calle.

Todo volvió a quedar en silencio.

Pasó largo rato, como media hora poco más o menos, cuando se percibió lejano ruido de pisadas, y luego un hombre, hasta los ojos embozado, llegó al sitio donde se ocultaban los otros. Paróse, sin duda para ver si en la plazuela alguno le esperaba; pero antes de poder examinar el oscuro paisaje, los que aguardaban, sin hacer el menor ruido y con maravillosa rapidez, rodeáronle súbitamente, sujetáronle por los brazos y la garganta y levantaron sobre su pecho cuatro afilados puñales.

—Si dais un grito—le dijo uno—, si hacéis el menor movimiento, moriréis sin que se os amenace por segunda vez.

El acometido que, como ya comprenderán nuestros lectores, no era otro sino el comendador Maldonado, quedó tan sorprendido que no articuló una palabra. Tampoco pensó en defenderse, porque conocía que era una temeridad vana el intentar siquiera moverse para sacar el acero. Así es que permaneció inmóvil y no opuso la menor resistencia.

cuando sintió que le vendaban los ojos y le quitaban la espada y la daga.

—Si dais vuestra palabra de honor—volvieron a decirle—de no gritar ni hablar mientras no se os pregunte, os evitaré la incomodidad de llevar una mordaza.

—Lo prometo—contestó Maldonado.

—Vamos, pues—le dijeron.

Y conduciéndole por el brazo, atravesaron la plazuela y se internaron en una estrecha calle, seguidos del que no había hecho más que observar.

El golpe había sido dado con toda habilidad.

El noble comandante estaba completamente aturdido, no porque fuese cobarde, sino porque siempre trastorna la sorpresa.

¿Obedecían aquellos miserables al hidalgo desconocido?

Esta pregunta se hizo Maldonado y se respondió afirmativamente.

No eran aquellos hombres bandidos que se encontrasen allí por una desdichada casualidad, pues en semejante caso no tenían que hacer otra cosa que robar y huir.

¿Por qué le sujetaban y le vendaban los ojos?

¿Por qué le acometían tantos, cuando bastaba la presencia del hidalgo desconocido?

¿Había sido un pretexto lo de la dama misteriosa?

Todo era posible.

—No estoy tranquilo—decía para sí Maldonado—. Afortunadamente, saldré pronto de dudas. ¡Y para esto me sirve ser bueno!... ¡Oh!... Casi estoy por arrepentirme de haber sido tan generoso. Paciencia, paciencia, aunque dudo que la mía sea bastante para sufrir todo esto.

Atravesaron algunas calles, y al fin llegaron a la puertecilla de la casa donde ya vimos entrar al príncipe y al paje cuando se ocupaban de la fuga de Montigny.

Entraron todos, siguieron un estrecho pasillo, bajaron algunos escalones, y, abriendo otra puertecilla se encontraron en un sótano sin ventanas ni más respiración que la puerta. Allí había una cama, pobre, pero limpia, un sillón y una mesa.

—Salid y llevaos la luz—dijo uno de los empujados, cuya voz era ronca como si estuviese constipado.

Salieron los demás y cerraron la puerta.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Podéis quitaros la venda de los ojos—añadió el de la voz ronca.

Destapóse los ojos Maldonado, pero se encontró en la más completa oscuridad.

—Ya podemos hablar, señor comendador.

Este, cuya ira apenas podía reprimir, dijo:

—¿Me habéis traído aquí para asesinarme?

—Voy a preguntaros y no a contestaros.

—¿Y cuál ha sido el objeto de vuestra infame traición?

—Ya lo sabréis, pero vuelvo a repetirlos que no hacéis preguntas, porque perderéis el tiempo. En cuanto a traiciones, lo mismo son estas que la que hizo perder la vida al marqués de Pozo.

—Sin duda queréis vengarle...

—No, porque nada tengo que ver en ese asunto, y además, en caso de querer vengarle, no sois vos quien merece pagar lo que otros hicieron.

—No me permitis hacer preguntas, y, sin embargo, necesito saber si sois el hidalgo que anoche estubo en mi casa o si obedecéis sus órdenes.

—A otra persona más elevada.

—Pero...

—La misma a quien el hidalgo sirve.

—Es decir, una dama...

—Cuyo nombre no puedo pronunciar.

—Entonces—repuso el comendador, que se esforzaba por dominarse—debo estar tranquilo en cuanto a mi vida.

—Es lo más probable, porque abrigo la esperanza de que no cometeréis la torpeza de negar lo que voy a pedir.

—¿Quién sabe?... ¡oh!... Torpeza y muy grande he cometido al venir esta noche, y otras mil puedo cometer. Habéis cometido un abuso inculcable, habéis...

—Caballero—interrumpió el de la ronca voz—, supongo que deseáis volver a vuestra casa, y, sin embargo, perdéis el tiempo.

—¡Vive Dios!...

—¿Otra vez os enfadáis?

—Concluyamos.

—Seré breve.

—Pero, ante todo, os advierto que, aunque me quitéis la vida, aunque me destrucéis en un tormento, no revelaré el secreto de...

—Ningún secreto deseamos conocer.

—¿Vais a pedirme dinero a cambio de mi libertad?

—¡Dinero!... Si lo necesitáis, os lo ofrezco, señor comendador.

—Pues ¡por Dios vivo! que es imposible admitir lo que os proponéis.

—El hidalgo que os visitó anoche no mintió más que a medias, puesto que es verdad que podéis hacer un gran beneficio.

—Si de otra cosa no se trata, ¿para qué me habéis traído? ¿Acaso necesito que me amenacen para hacer un beneficio? Al suponerlo así, me hacéis la mayor de las ofensas.

—Vuelvo a deciros que perdéis el tiempo lamentosamente.

—Explicaos, pues.

—A eso voy, pero antes me habéis de contestar a una pregunta.

—A nada puedo negaros.

—¿Juráis por Dios, por vuestro honor y por vuestro nombre no revelar jamás a persona alguna lo que en esta noche os ha sucedido y lo que os suceda, a menos que yo os dé permiso para ello?

—¿Y si no juro?

—Está visto, señor comendador, que no habéis comprendido vuestra situación. Os empeñáis en hacer preguntas.

—Vos tampoco habéis comprendido que para decidirme a jurar o no, necesito saber cuál será vuestra conducta en uno o en otro caso.

—Os complaceré para que vos seáis también complaciente. Si juráis, continuaremos nuestra conversación, y después de un segundo juramento os pondré en libertad; si no, os volveré la espalda, os traerán una luz y una, como tenéis aquí, y acabaréis lo que os resta de vida en este encierro.

—¡Vive Dios!...

—No os alteréis, porque a nada conduce.

—Proseguid.

—¿Jurais?

—Juro por Dios, por mi honor y por mi nombre, no revelar a nadie jamás lo que esta noche me ha sucedido ni lo que me suceda mientras esté en vuestro poder.

—Perfectamente.

—Ahora, decidme lo que queréis de mí—repuso Maldonado, convencido ya de que la muerte del marqués de Fozz no tenía relación con lo que le ocurría.

—Hace seis años, en una noche tan oscura como esta, y cerca del paraje donde se os ha sorprendido, salvastéis la vida al duque de Faria, que sin vos hubiera sido asesinado por unos miserables...

—Como vosotros—interrumpió el comendador en poder contenerse.

—Como los que me han acompañado, y os ruego que os moderéis, porque aun cuando estemos a oscuras, vuestras palabras me ofenden como a la luz del sol.

—Bien, proseguid.

—El duque de Faria, noble caballero, agradecido como pocos, porque poquísimo los hay en este mundo de ingratos, os dijo que nada os podría negar si alguna vez necesitabais de él, puesto que os debía la vida.

—Es verdad.

—El señor duque olvida fácilmente los favores que hace, pero no los que recibe, y de seguro desgracia una ocasión en que pagaros.

—Le hacéis la justicia que se merece.

—Ya veréis que también os la hago a vos.

—¿Qué querrán de mí?—se preguntó Maldonado.

—Ha llegado esa ocasión, y el noble duque puede pagaros con usura.

—No os comprendo.

—Ya me comprenderéis.

—Proseguid, que es mucha mi impaciencia.

—Si queréis recobrar vuestra libertad, habéis

de pedir un favor al duque de Feria y éste ha de otorgárselo.

—¡Un favor!

—Escuchadme. Ya sabéis que el príncipe don Carlos recibe noticias de cuanto sucede en la corte.

—Lo sé.

—El medio de que sus amigos se valen para darle esas noticias no sirve para hacer que una persona entre en su prisión.

—¿Qué queréis proponerme?

—Dejadme continuar. Sin duda pensáis que se trata de la fuga del príncipe; nada de eso; para que salga de donde está, se necesita la ayuda del duque; pero tampoco la persona que ha de entrar puede verificarlo del mismo modo que el príncipe su salida.

—Proseguid.

—Lo que se quiere es que cuando toque el turno de vigilancia al duque, mande acostarse o retirarse con cualquier pretexto a los demás criados y permita la entrada en la prisión a una persona para que ésta hable con don Carlos algunos momentos. La cosa es muy sencilla; esa persona no lleva más objeto que el de despedirse del príncipe antes de que éste parta para Flandes.

Quedó tan sorprendido el comendador que por algunos instantes no supo contestar.

—No sé qué responderos—dijo al fin.

—Fácilmente os convenceréis de que no se lleva una segunda intención, si pensáis en que para hacer llegar a manos del príncipe una carta, un arma o cualquier otro objeto, no se necesita semejante medio, y tanto es así que mañana tendrá don Carlos en su poder un libro, por ejemplo, sin la ayuda del duque ni de ninguno de sus guardiánes; y quien dice un libro, dice un puñal, una espada, un mosquete, aunque esto sería peligroso con su carácter.

—¿No decís que don Carlos saldrá de su prisión?

—Sí.

—Entonces, ¿para qué comprometer al duque? Bien puede esa persona dejar su despedida para más tarde.

—Cuando el príncipe se escape, no podre detenerse en despedidas.

—Pueden esperarle a la salida...

—No.

—¿Quien es esa persona?

—¿Estais dispuesto a pedir al durue ese favor?

—¿Y no he de saber para quien?

—Imposible.

—Es demasiado delicado el asunto.

—Bastante.

—No puedo decidirme fácilmente.

—Yo, en vuestro lugar, ya me habria decidido.

—Tal vez no.

—Todo es preferirle a morir aqui solo sin ver la luz del dia, sin respirar más aire que el impuro de este sótano.

—Casi preferiria que me asesinasen.

—La arco, pero eso no puede ser, porque a mi me gusta derramar sangre sino en el último, apuro.

—Parece imposible que el que habla así sea el mismo que me haya preparado la emboscada.

—Hidalgo soy, señor comendador, y de corazón muy noble, y si con una obra como villano, obligóme la necesidad a ello.

—¿Os conozco?

—Mucho.

—Vuestra voz...

—Es fingida.

—Si sois hidalgo...

—No intentéis convencerme, porque nada seduciréis, ni yo puedo retroceder, ni vos osaréis a lo que os pido.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales se convenció vincentago de que no podía salvarse de una muerte horrible sino accediendo a la exigencia que se le hacia. Las razones que se le daban eran irrefutables.

—¿Y cómo, dijo al fin, pediré un favor a alguien que al me tenéis aqui encerrado?

—Si os decidís, saldréis bajo vuestra palabra, y si nada alcanzais, volveréis.

—¿Tanta confianza tenéis en mí?

—Completa. Sé que volveréis, sabiendo que vale la pena morir.

—Bien dijisteis, me habéis hecho justicia.

—Os reconozco.

—¿Creéis que el duque accederá?

—Sí.

—Le salvé la vida, es cierto; pero eso es pedirle más que la vida, es pedirle su honra, porque ha de ser traidor al rey.

—Pero una traición que a nadie perjudica, porque sólo se trata de que don Carlos diga adiós a una persona, y para que el duque se convenza de ello, esta misma noche quedará en poder del príncipe un libro, y así veréis que no tenemos necesidad de ayuda si quisieramos enviarle un arma o cualquier otra cosa. En cuanto a su fuga, por este medio, no hay cuidado, porque el duque vea que el príncipe permanece en la habitación cuando se retire la visita.

—¿Qué misterio es este?—dijo para sí Melchior.

—No caviléis—añadió su interlocutor—, porque nada advinaréis.

—Creo que a pesar de esas razones el duque no accederá.

—Cuando le digais que volvéis a poder nuestro para morir aquí encerrado, no os dejará partir, porque os debe la vida y es justo que os salve la vuestra; la gratitud le obligará aun a costa del mayor sacrificio.

—Lo dudo.

—Probad, que mucho os interesa.

—Es cierto.

—¿Estáis decidido?

—¿Que no lo hago? ¡Vive el cielo!

—Si el duque se niega, mañana a las diez de la noche volveréis al mismo sitio donde os hemos sorprendido, y vendréis solo.

—Lo hare.

—¿Lo juráis?

—Lo juro.

—Si el duque se decide, convenis en cuanto al día y la hora en que ha de ir la persona al cuarto del príncipe; lo escribís todo bien detallado y entregáis el papel a un hombre que mañana a la noche, a las nueve, estará junto a la puerta de San

Nadie; el hombre os dirá: "Yo soy aquí; dadme la señal".

—¿Y como sabrá el duque que la persona que se le presenta es la misma a quien debe dar entrada en el cuarto del príncipe?

—Todo está previsto, señor conde. Ahora se entregará un palazo de pergamino, cortado de cierta manera de otro que llevará esa persona; si al unir ambos pedacitos conviene el corte es la misma, este documento no puede falsificarse.

—Es ingenua la contraseña.

—Ahora vendrán dos hombres con una luz; os vendrán otra vez los ojos y os sacarán de aquí, dejándoos junto a la Puerta de Moros donde quedareis libre sin más guardiames que vuestro juramento.

—No es poco.

—Os autorizo, pues, para que habléis al duque de Fern de la que esta noche os ha sucedido; pero a nadie más.

—¿Dónde habéis aprendido el arte de la intriga?

—En palacio.

—¿Y podéis dar lecciones a los cortesanos más viejos y más astutos.

—Y aun a la princesa de Eboli.

—¿Sabré algún día quién sois?

—Sí.

—¿De veras?

—A fe de buen hidalgo—contestó el desconocido.

Y salió, cerrando tras sí la puerta.

En el pasillo le esperaba un hombre con una luz.

—Venid—le dijo.

Y subieron al piso superior donde había otros cuatro.

El travieso país, porque no era otra, bajó el embudo de su copa y dió orden para que se sacase de su encierro al conde con las precauciones debidas.

Un cuarto de hora después, el noble Maldonado caminaba libremente hacia el alcázar real, dando tormento a su imagin por comprender la intriga en que representaba el principal papel, y no muy con-

tento por verse obligado a poner en un grave compromiso a su noble amigo el duque de Feria.

CAPITULO CXV

Lo que hacía el fraile y lo que sucedió en la vivienda de Mateo

Tenemos que dejar a Maldonado, retroceder algunas horas y volver a los alrededores de Santa Catalina para averiguar como se encontraba el padre Bernardo, cuyo plan ya conocemos.

No había perdido el tiempo el dominico, pues desde la primera noche empezó a trabajar curcumiendo la pared en el sitio más oscuro de la cueva.

El muro era grueso, y, por consiguiente, la obra larga y difícil, pero no se desanimó el dominico, sino que, por el contrario, redobló sus esfuerzos.

A las tres de la madrugada se acostó y antes de las seis estaba ya despierto, y pudo ver a uno de los guardianes que le llevó el desayuno.

A la siguiente noche continuó su trabajo, y entonces se convenció de que necesitaba muchos días para abrir un boquete que le permitiera pasar a la otra cueva.

—¿Por qué no ha de ayudarme Mateo?—dijo el fraile.

Y suspendiendo su trabajo, reflexionó.

Supuso que el esbirro estaba ya mejor y podía dejar el lecho y que, por consiguiente, se encontraba en disposición de bajar a la cueva.

—Abrir un agujero de poco diámetro, siquiera de una puñada, era fácil y suficiente para que pasara el ruido de la voz y llegase a oídos de Mateo mientras que hacer el boquete lo bastante grande para que pudiera salir un hombre, ofrecía el inconveniente de ser obra más larga y el peligro de que fuese visto por los guardianes, pues no había medio de taparlo.

Mateo, desde la cueva de su casa, podía carco-

mer el muro sin temor de que nadie le viese, lo cual era una ventaja inmensa en aquella situación.

El dominico partía de suposiciones y podía equivocarse; pero también era posible que acertase.

En caso de error, nada perdería.

Decidió, pues, poner en práctica el nuevo plan, y aquella misma noche aprovechó el tiempo cuanto le era posible.

Llegó la siguiente

Antes de emprender su trabajo, y según costumbre, subió la escalerilla y llegó a la compuerta que cerraba el subterráneo.

Escuchó.

Oyó varias voces.

Luego rumor de pasos.

Poco después le pareció percibir el ruido de una puerta que se abría y cerraba.

Inmediatamente sonaron los pasos de una sola persona, y, al fin, reinó en la casa un silencio profundo.

—La fortuna me protege—dijo fray Bernardo—. Indudablemente no ha quedado en la casa más que uno de mis guardianes, pues nadie había. Esta sería la mejor ocasión para salir por aquí, en vez de hacerlo por la pared: pero no puedo forzar los cerrojos de esta compuerta.

No se equivocaba el fraile, pues en la casa no había quedado nadie más que Diego. Mientras los otros iban a Puerta de Moros para apoderarse del camandor.

Para no dormirse y hacer su soledad menos enojosa, el bandido determinó cenar y beber poco a poco un jarro de vino.

Este era el único medio de que podía disponer para no aburrirse ni entregarse al sueño, medio que puso en práctica inmediatamente.

Las nueve serían cuando el padre Bernardo empezó a trabajar.

Como era poco el espacio que carcomía con el puñal, adelantaba rápidamente, y a las diez el arma pasó al otro lado del muro.

—¡Ah!—exclamó el dominico—. La situación comienza a cambiar.

En medio de la oscuridad vieronse relucir sus ojos.

Quedó inmóvil algunos minutos para descansar y reflexionar.

Luego volvió junto a la compuerta y escuchó, sin percibir ni el más leve ruido.

Acabó de convenérsese de que en la casa no había más que un guardián, que tal vez dormía.

Esta última suposición no era acertada, pues Diego, aunque había concluido de cenar, estaba despierto, y en tanto que meditaba sobre las intrigas que entre manos traían, consumía sorbo a sorbo el vino que había en un jarro.

Bajo otra vez el domitico, reconoció a tientas el agujero que acababa de hacer, y paratiéndose bastante, acercó al mismo los labios y con voz concentrada dijo:

—Mateo.

Este se encontraba en su habitación había cenado, y en aquellos momentos le decía a su mujer, que era la vieja a quien ya vimos:

—Es hora de descansar.

—Nos acostaremos—respondió Pancracia.

—Pero antes bebere un poco de aguardiente, porque así dormiré mejor.

—¿Aguardiente a estas horas!...

—Sí.

—Tú has perdido el juicio.

—¡Vive Dios!... Lo que pierdo es la paciencia, y te advierto que, aunque todavía me hurtan los huesos, me sobran fuerzas para romperlos a tupe.

—Mateo...

—Dame el aguardiente, Pancracia.

—Está en la cocina.

—Tráelo.

—No hay más luz que esta.

—Puedes llevártela.

Aunque estas palabras no daban lugar a réplica, la discusión no terminó.

Para que esto se comprenda, es preciso que demos algunas explicaciones.

Mateo consideraba a su esposa como una carga insostenible.

Pancracia tenía motivos sobrados para decir en

su mayor su única desgracia era haberse casado con semejante hombre.

He aquí las razones y antecedentes en que se fundaba: ella tenía quince años más que su marido, y había sido dueña de algunos niños.

Matron, que había sido soldado y no tenía para vivir más que el producto de sus crímenes, creyó que era un buen negocio casarse con aquella mujer, y así lo hizo porque ella creía, entre tanto, que todo lo felicísimo consistía en tener marido.

Los bienes de Panocracia se disiparon pronto.

Desapareció el dinero y también la ternura del marido.

Entonces éste, con los títulos de su carrera de criminal, con su astucia y audacia, consiguió una plaza de escriba en el Tribunal de la Inquisición.

¿Qué representaba ya su mujer?

Era vieja, fea, de carácter violento y hasta caprichosa, porque no se olvidaba de que había llevado dinero al casarse.

Sucedía lo que debía suceder: la paz doméstica, por formada, se interrumpió.

Panocracia declaró terminantemente que no sufra el dominio tiránico de su esposa, y éste, con una villosa, hizo comprender a su esposa la diferencia que había entre la teoría y la práctica.

La mujer se sometió, porque las razones de su marido la quebrantaron los huesos.

De esto resultó que fueron los mayores enemigos el uno del otro y que se odiaban, aunque con un odio disimulado, porque así lo exigían las circunstancias. Ese odio que se enciende en el alma de algunas personas que tienen que vivir unidas y están obligadas a decir que se aman y aún a dar pruebas de su amor.

Para que a Matron le pareciera bien una cosa, no había más que decirle que a Panocracia le parecía mal, así como ella calificaba de malo lo que él decía que le parecía bueno.

Tal era aquel matrimonio.

Y volviendo a la escena que tuvo lugar, diremos que en la casa no había más luz que la de un candil de garabato que alumbraba el aposento donde estaban los dos esposos.

—Que te lloves la luz—gritó Mateo.

—Con ese se remedia todo—dijo Pancracia—. No llevo la luz, la traigo. voy. vengo y...

—¿Quieres callar?

—No callaré.

—Vieja endemoniada, si es que te has propuesto quitarme la vida...

—¡Vieja, vieja!—exclamó Pancracia, cuyos ojos retumbraron con el fuego de la ira—. Cuando solicitabas casarte conmigo, no mirabas mis años, sino mi dinero, que te has gastado alegremente.

Se convenció Mateo de que era preciso apelar a la razón suprema, y, aunque de mala gana, se puso en pie. Hijo en su esposa una mirada terrible y gritó:

—¡Tripas de Lucifer!

No tuvo necesidad de hacer uso de las manos.

—¡Villano, mal nacido!—dijo la vieja.

Pero entre tanto descolgó el candil y se acercó a la cocina en busca del aguardiente.

Apenas puede describirse lo que sucedió después.

Entró en la cocina Pancracia y tomó una pequeña botella que contenía el espirituoso líquido.

Iba a salir: pero de repente se detuvo junto a una compuerta que ocupaba parte del suelo.

Quedó la vieja inmóvil como una estatua.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Abriéronse sus ojos como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Sus manos temblaron convulsivamente.

¿Que le había sucedido?

Acanaba de oír lejano, confuso, una voz que se prolongaba, interrumpíase, repellase, volvía a sonar y que al pronto no era posible decir de dónde salía.

Parecía como un lamento de agonía, un sollozo o el grito de un fantasma que vagase en las entrañas de la tierra.

A cualquiera, por valeroso que fuese, y en todas ocasiones, hubiera infundido pavor, y mucho más a una mujer y en aquellos tiempos de superstición y de creencias absurdas.

No puede explicarse lo que sintió Pancracia.

Apoderóse de su espíritu el terror.

Lo que no se explica, lo que no se comprende, lo desconocido, lo que tiene algo de sobrenatural o de misterioso, espanta, aterra mucho más que lo real, lo que se conoce, lo que se comprende, y es que el instinto nos dice que contra lo desconocido o lo sobrenatural es absurda la lucha, es imposible la defensa.

Fantasmas, duendes, trasgos, almas en pena... Algo de esto o mucho más creyó Pancracia que andaba por allí, muy cerca de ella, bajo sus pies, sobre su cabeza, quizá en todas partes.

Mateo no creía en lo sobrenatural; pero su esposa tenía la creencia de que había brujas, y hechiceros, y seres fantásticos, y malos espíritus que en ratos de ocio se divertían en atormentar a los mortales.

Y mucho más creía Pancracia, pues nunca había dudado de que cualquier criatura en momentos de desesperación, podía ir a media noche a las Vísperas de San Francisco, invocar al demonio y ofrecerle el alma a cambio de un poder sobrenatural.

Para creerlo así tenía sus motivos Pancracia, pues cuando se vio despreciada y maltratada por su marido, quiso hacerse bruja para vengarse y proporcionarse otras delicias, y a las Vísperas de San Francisco fué, y llamó a Satanás y su propio miedo le hizo ver una figura espantable que echaba fuego por los ojos.

No llegó a consumar el trato con el rey de las tinieblas, porque al verlo, en el último punto del terror y contra su voluntad, invocó a Jesucristo, y el demonio huyó arrojando como un toro.

Pancracia se apresuró a confesar para que Dios la perdonase, y como penitencia le mandó el sacerdote que por espacio de un año sufriese sin replicar ni quejarse los malos tratamientos del marido.

No había cumplido la penitencia, porque era imposible que callase tanto tiempo Pancracia. Y acordándose de esto, al oír la voz cavernosa, empezó a creer que el diablo la persegua por no haber cumplido la penitencia.

Más violento cada instante era el temblor de Panracia y más densa su palidez y más profunda su turbación.

La voz lúgubre resonaba sin cesar, y como parecía que se acercaba, no pudo ya resistir la dichada vieja, y exhaló un grito destemplado, a la vez que de sus manos se escapaban botella y candil, apagándose la luz.

Acrecentó su pavor al encontrarse entre las tinieblas.

Dejó escapar nuevos gritos, destemplados, desgarradores.

Quiso huir; pero no hizo más que moverse en un pequeño espacio, poniendo muchas veces los pies sobre la compuerta, resultando así que produjese un nuevo ruido, que le pareció atroz y espantable.

Oyó los gritos Mateo y se puso en pie.

—¿Qué sucede?—dijo—. ¡Vive Dios!... Esta mujer ha nacido para mi tormento.

Menguaban por momentos las fuerzas de Panracia.

Ahogábase su voz.

Comprendíase que estaba a punto de desfallecer.

—Parece cosa seria—murmuró Mateo.

Y aunque de mala gana, decidió acudir en auxilio de su esposa.

A tientas avanzó.

—Silencio—decía—. ¿Por qué alborotas tanto?... Nada temas, que aquí me tienes... ¡Mil rayos!... ¿Y la luz?...

¿Acaso chillas porque te has quedado a oscuras?

Calló Panracia, no porque se tranquilizase, sino porque ya no tenía fuerzas para gritar.

Tampoco se oía la voz misteriosa,

Mateo llegó a la cochera.

Se detuvo y escuchó.

No percibió más ruido que el de la respiración violenta y desigual de su mujer.

No podían verse los dos esposos.

—¿Dónde estás?—preguntó Mateo.

—Aquí—respondió Panracia con voz insegura—

ven sacórreme, desfiéndeme... Al fin soy tu mujer... ¡Dios misericordioso!...

—¿Pero qué te sucede?

—Está muy cerca, me persigue, gritaba...

—¿Quien?

—No te he visto...

—¡Túenos!

—Fantasmas, duendes... No sé—dijo Pancracia, en tanto que se acercaba a su esposo.

Ya sabemos que éste no creía en fantasmas y, por consiguiente, no encontró bastante justificado el miedo de su mujer.

—¡Tirgas de Lucifer!—exclamó colérico el esbirro—. No son diendes, ni brujas, ni almas en pena sino los malos espíritus que tienes metidos en el cuerpo, y que yo te sacaré a palos.

—Gritaba se acercaba, y...

No pudo continuar Pancracia, porque otra vez la voz lúgubre y cavernosa volvió a resonar.

Mateo se estremeció.

Gracias a la oscuridad no pudo verse que palidecía.

La mujer se abrazó a su esposo.

Ambos quedaron inmóviles y mudos.

La voz, sin que pudiera decirse si lejos o cerca, seguía resonando como lamento de muerte.

Para permanecer tranquilo en aquellos momentos, no le bastaba al esbirro todo su valor.

—¡Fuego de Satanás!—decía, en voz bastante baja—. Es verdad.

—Escucha—murmuraba la vieja.

—Pero...

—No es un hombre.

—¡Oh!

—¡Luz, enciende luz!

—¿Y cómo?

La prueba de que el esbirro tenía miedo, era que no atrevía a levantar la voz, ni tampoco a moverse para encender luz.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

—¡Luz, luz!—repetía Pancracia.

—¡Rayos!...

—Mateo...

—Déjame escuchar...

—Por este lado...

—No.

—Por el techo y...

—Tampoco.

—¡Virgen Santísima!...

—Caja de tierra..., en el sótano...

—Sí, sí...

—Aparia...

—Por Dios, Mateo, no me abandones.

—Déjame—replicó el esbirro.

Y, con más ira que valor, rechazó a su mujer y dió algunos pasos, llegando a la compuerta, atordillándose, inclinándose y escuchando.

Ya no le quedó duda de que la voz resonaba en la cueva.

Si era un ladrón o un asesino, ¿por qué gritaba?

No tenía explicación lo que sucedía, y, por lo mismo, infundía doble pavor.

Además, aquella voz parecía comprimida, como de una persona medio ahogada.

Mateo llegó a temer tanto o poco menos que su mujer.

Ante todo, quiso convencerse de que la compuerta estaba bien cerrada, y, a tientas, buscó el cerrojo.

Empezó a creer en los seres fantásticos.

Se santiguó.

Los más descreídos son los que más pronto acuden a Dios en los momentos de apuro, sin duda porque su conciencia les dice que tienen mucho que temer, porque han hecho mucho mal.

Siguió escuchando el esbirro.

Al fin, oyó que la voz misteriosa pronunciaba su nombre.

—¡Es a mí!—exclamó con tono que revelaba el espanto.

—¡A tí!—murmuró Panracia.

—Escucha...

—Sí, decía Mateo muy claramente... ¡Ah!... Lo comprendo...

—¿Y qué es lo que comprendes?

—No he dado motivo para que me persigan los malos espíritus.

—¿Y 30?

—Tendrás alguna cuenta pendiente.

—Pancracia piensa oten lo que dices...

—¿Ahora también me amenazas?... Atrévete a vocarme... Si ya lo ves: el demonio viene por ti, y bien lo mereces por la vida que me haces pasar...
 Arréglate como puedas

—¡Vive el cielo!...

—Yo nada tengo que ver con tus asuntos—repuso la vieja.

Y, algo más tranquila, fué de un lado para otro, y acortó con la puerta, saliendo de la cocina.

Su intención era irse a la calle y llamar a los vecinos.

Así debió comprenderlo Mateo, y, como no le convenía que se produjese un escándalo que le pondría en ridículo, se levantó y gritó:

—¡Quieta, Pancracia, quieta, o te mataré aunque vengan todos los condenados del infierno!

No se atrevió Pancracia a desobedecer, y se detuvo.

La situación se prolongaba demasiado.

Preciso era ya salir de dudas.

Mateo buscó y encontró, al fin, lo necesario para encender luz; pero tan turbado estaba, que más veces daba con el eslabón en los dedos que en el pedernal.

De vez en cuando esparcíanse algunas chispas.

Las más horribles blasfemias se escapaban de los labios del esbirro.

—¿Cómo ha de ayudarte Dios mientras te ofendes?—dijo Pancracia.

—¡Cien mil demonios!...

—¡Jesús!

Se encendió la yesca.

Luego brilló la azulada luz de la mecha de azulre.

—¡Ah!...

—Gracias a Dios o al diablo.

—¡Cala, Mateo.

—El candil.

—No se dónde está...; por aquí... Míralo...
 Aguarda, porque es preciso echarle aceite.

Al disparar las tinieblas, recobró el valor Ma-

teo hasta donde era posible que lo recobrase en aquella situación.

Algo se tranquilizó también Pancracia; pero temblaba todavía y miraba recelosamente a su alrededor.

Cuando el candil estuvo encendido, fue Mateo por su espada y su daga, y dijo a su mujer:

—Salgamos de dudas.

—¿Piensas bajar solo a la cueva?

—Solo no, porque tú me acompañarás.

—¡Yo!...

—Has de traer la luz.

—Primero me dejaré matar.

—Pancracia—replicó el esbirro, blandiendo la tizona—, te has empeñado en hacernos perder la paciencia, y lo conseguirás.

—Intentas una locura. ¡Bajar a la cueva sin saber qué clase de enemigos vas a encontrar!

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Debemos llamar a los vecinos...

—No me pondré en ridículo.

—Pero...

—¡Vamos!... ¡Mí truenos!

Exhaló la vieja un penoso suspiro.

Mateo levantó la compuerta, obligando a su mujer a que bajase delante con el candil.

Quiso la casualidad que dejase de sonar la voz de fray Bernardo.

Al encontrarse en la cueva los dos esposos, se detuvieron.

La luz se esparcía trabajosamente en aquella atmósfera húmeda y densa, y no esclarecía más que un pequeño espacio.

No distinguieron ningún bullo, nada vieron más que los ennegrecidos muros, ni oyeron más ruido que el que produjeron algunas ratas al correr.

Avanzaron.

Volvieron a mirar.

—¿Y los duendes?—dijo Mateo.

Su mujer no se atrevió a pronunciar una palabra.

Algunos minutos pasaron.

Convenciéronse de que era inútil permanecer allí.

El estirto creía que se habían equivocado al suponer que la voz misteriosa sonaba en la cueva.

A Pancracia no le quedó ya duda de que todo era obra de seres fantásticos.

Se contemplaron como si se pidieran explicaciones.

Y cuando así estaban, la voz misteriosa, escapándose del muro, dijo de repente:

—¡Mateo!

No pudo dominarse Pancracia.

Lanzó un grito destemplado.

Corrió hacia la escalera, mientras que de su mano se escapaba el candil, caía y se apagaba.

Mateo se volvió y revolvio, mientras blandía la espada y juraba y maldecía.

Perdió el tino, y le era imposible encontrar la escalera.

En situación tan apurada, apoyó la espalda en la pared y siguió descargando a diestro y siniestro golpes con toda la fuerza de la desesperación.

—Silencio, silencio — dijo entonces fray Bernardo.

—¡Cuernos de Lucifer!... Quienquiera que seas, hombre o fantasma, no te acerques...

—Calla, Mateo, calla...

—¡Por el infierno!

—Obedece... ¿Así te turbas?... ¿No me conoces?... Soy fray Bernardo.

—¡Ah!...

—¡Silencio, miserable!

—¡Por Satán!...

—Calla, y escucha...

—¡Fray Bernardo!... ¡Oh!... Imposible... Y es tu voz... ¿Me he vuelto loco? ¿Estoy soñando?...

—Me perderás con tus gritos, porque me asesinarán... Estoy encerrado en esta otra cueva...

—¡Ahora entiendo!—exclamó el estirto.

Dujo caer la espada, como si sus fuerzas se hubieran agotado.

Pasóse la mano por la frente, que tenía inundada en frío sudor.

—Prohíbe a tu mujer que grite—dijo el fraile.

—¡Mi mujer!... ¡Rayos!... Ya estará en la calle, alborotando la vecindad...

No se equivocaba Mateo, porque Pancracia no se había contentado con salir de la cueva, sino que salió también de la casa, pidiendo socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Algunos vecinos despertaron.

Abriéronse algunas ventanillas.

Muchos preguntaron qué sucedía.

La vieja repetía sin cesar:

—¡Ladrones, asesinos, fantasmas!... En la cueva...

Los más valerosos acudieron a medio vestir y con armas, y bien pronto se reunieron seis o siete.

—¿Dónde están los ladrones? — preguntaban unos.

—Luz,—decían otros.

—En la cueva—respondía Pancracia.

—Vamos.

—¿A oscuras?

—No puedo encender luz.

—Yo la traeré.

Diego, que había oído también los gritos, se abrió la ventana.

Poco necesitó escuchar para comprender que la causa del terror de aquella vieja era el haber oído voces u otro ruido en la cueva de su casa, pues contestaba a las preguntas de los vecinos diciendo:

—Oí voces, luego las oyó mi marido... Heme bajado, y a nadie hemos visto... Y las voces volvieron a sonar.

Fácilmente adivinó la verdad Diego: el fraile había gritado, aunque no se explicaba cómo el no lo había oído estando más cerca.

—¡Fuego de Satanás! — exclamó —. Estamos perdidos; pero no sacarán al fraile con vida porque le mataré ahora mismo.

Dos llamaradas se escaparon de los ojos de Diego.

Tomó la luz, desenvainó su puñal y corrió a la cueva.

Entre tanto, los vecinos, ya con luz, entraban en la vivienda de Mateo.

Llegaron a la cocina.

En aquel momento el estirito salía de la cueva.

Ecaba su rostro lívido y temblaban sus manos, no por el miedo, sino por la ira.

—¿Qué buscáis en mi casa?—preguntó ásperamente a los vecinos.

—¿Así nos recibís, cuando venimos a socorreros?

—¡Por Dios vivo!, que he de desollar a mi mujer.

Y sin miramiento, se lanzó el estirio sobre Pancracia.

Mal lo hubiera pasado ésta sin la intervención de los vecinos, que sujetaron a Mateo.

Largo rato pasó antes de que se restableciese la calma y pudiesen entrar en explicaciones.

—Pero ¿qué ha sucedido?—preguntaban los vecinos.

—Que mi mujer se empeñó en que había duendes en la casa, y juró que había oído gritar, y para tranquilizarla, he registrado...

—Tú también—dijo Pancracia—, tú también has oído...

—Calla, o te mataré... Nada, absolutamente nada; he mirado hasta el último rincón. Sin duda, en otra casa han hecho ruido... ¡Vive el cielo!... Y esta mujer, que ha nacido para mi tormento, me ha puesto en ridículo, pues ahora creeréis que yo he tenido miedo como ella.

—Si habéis registrado...

—Todo, ya lo he dicho.

—Entonces, os sobra la razón para acusar a vuestra esposa, porque, sin motivo bastante, alborota la vecindad, nos interrumpe el sueño, nos hace dejar la cama, y...

—Perdonad... La culpa no es mía, porque la prohibo terminantemente que gritase; pero ella...

—Esto es una injusticia—interrumpió Pancracia—. mi marido sabe muy bien...

—Silencio.

—¡Ay! paz—dijo uno de los vecinos—. El asunto no merece la pena de disgustarse... Buenas noches.

Y salió de la casa.

Los demás le siguieron.

Pancracia empezó a temblar apenas quedó a solas con su marido.

—Acércate—le dijo éste, con voz reconcentrada,

—Mateo...

—Acércate y escucha.

—No seas injusto; sabes muy bien...

—¡Por Satanás!...

—Pero...

—Digo que me escuches.

La pobre vieja exhaló un suspiro, inclinó sobre el pecho la cabeza, y quedó inmóvil como una estatua.

—Ha faltado muy poco para que comprometas la vida del padre Bernardo,

—¡El padre Bernardo!...

—Y todavía es posible que tengamos que pagar por las consecuencias del escándalo que has hecho.

—No entiendo.

—Yo tampoco; pero nuestra situación es muy grave, muy crítica.

—Mateo, por la misericordia divina te suplico...

—Desde este momento has de oír, ver y callar, y por extraño que te parezca lo que veas, no has de meterle en averiguaciones, pues es preciso que entiendas, para tu gobierno, que mi cabeza no está segura sobre los hombros...

—¡Jesús!

—Y, aunque te alegrarías de quedar viuda, déjame advertirte que, así como a mí me amenaza un gran peligro, tú estás muy cerca de los calabozos de la Inquisición.

—¡Yo, que soy buena cristiana por los cuatro costados!

—Sí—dijo Mateo, con una calma terrible.

—Pero ¿qué sucede? ¿Acaso no es verdad que en la cueva sonaron voces y que te llamaron?

—Es verdad.

—Pues entonces...

—Figúrate que el miedo te hizo ver visiones de lo que no sonaba...

—Me lo figuro, ¿y qué?

—Así nos salvaremos.

—Estoy aturdida.

—Acuéstate, duérmeme y descansa.

—¿Y tú?

—Tengo que hacer.

—¿Dónde?

—En la cueva.

—Entonces...

—¡Vive Dios!... ¿Te has olvidado de que fray Bernardo desapareció?

—No.

—Pues bien; está encerrado en la cueva inmadista, y... No sé más, ni comprendo por qué nos manda callar y disimular; pero ello es que lo manda y tenemos que obedecer.

—Este negocio no me gusta.

—A mí tampoco.

—Te comprometes.

—Dejamo en paz.

Pancracia hubiera hecho el mayor de los sacrificios por satisfacer su curiosidad; pero era imposible que lo consiguiese, y tuvo que resignarse y considerarse feliz porque su marido se había contentado con amenazar.

—Me acostaré—dijo, después de algunos momentos—, aunque no podré dormir.

Al fin, se vió libre Mateo.

Había recobrado la calma en cuanto era posible.

Reflexionó.

No pudo explicarse lo que sucedía.

En tal situación, lo más aceriado era obedecer.

—A la cueva—dijo—, y esperaré. ¿Quién había de suponer que tan cerca de mí se encontraba fray Bernardo?

Tomó el candil Mateo, bajó a la cueva, y empezó a examinar las paredes.

Bien pronto entre las grietas y desmenuchados vió un pequeño agujero.

—¡Ah!—exclamó—. Empiezo a comprender.

Inclinóse y acercó el rostro al muro.

Oyó voces de dos personas que hablaban.

CAPITULO CXVI

**Diego se convence de que no tiene
motivo para enfadarse**

Según ya hemos dicho, corrió Diego y bajó a la cueva, con intenciones de poner fin a la vida del fraile, suponiendo que éste había gritado para llamar la atención de los vecinos; pero se detuvo al concluir de bajar la escalera, y, por de pronto, se contentó con exclamar:

—¡Rayos del infierno!

Fray Bernardo estaba en el centro de la cueva, arrodillado, con los brazos abiertos y fija la mirada en la bóveda.

Parecía que su entusiasmo místico había llegado al último punto y que estaba en verdadero éxtasis.

Resonaba su voz grave, dulce y conmovedora, pronunciando palabras de ardiente fe y dirigiendo al Omnipotente tiernas súplicas.

Tan absorto estaba en su ferviente oración, que no se apercibió de la llegada ni de la exclamación de Diego.

—Señor misericordioso—decía—, dignaos escucharme. Santísima Virgen, Madre inmaculada del divino Redentor...

—¡Por Satanás!—gritó, fuera de sí, el carcelero, acercándose al dominico y levantando el puñal—. Puesto que os encontráis tan bien dispuesto y tan en gracia de Dios, os haré un gran beneficio, enviándoos al otro mundo.

Se estremeció violentamente el fraile.

Dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Cambió de expresión su rostro, y, mirando severamente a Diego, le dijo:

—¿Por qué me interrumpís, hermano? ¿Por qué me amenazáis, cuando ningún mal os he hecho? Si es que habéis decidido acabar con mi vida, os cargad el golpe, que no exhalare una queja. Esperad... Permittedme dirigir al Omnipotente la

una súplica para que os perdone, como yo os perdono.

—¡Tripas de Lucifer!—interrumpió Diego—. Os conozco bien, sé que sois un hipócrita muy astuto, y no me engañaréis.

—¡Engañaros!—replicó el dominico, con tono que algo de compasión desafiadora sentía—. Dejáis que la ira perturbe vuestra razón. ¿Que puedo hacer con vosotros? ¿En que puede consistir el engaño, cuando me resigno, no me quejo y espero tranquilamente el día de mi libertad, si es que libertad me devolvéis?

—¿Por qué gritáis?

—Oraba en alta voz, según tengo costumbre, y haciendo uso de la licencia que me habéis dado, y si es que habéis determinado otra cosa, debierais habérmelo advertido. Sed justa, hermano, y reconoced que he cumplido fielmente lo que prometí. ¿Por qué me amenazáis? ¿En qué consiste mi falsedad?

Diego no acertó a responder.

La lógica de fray Bernardo no podía ser más severa.

Hacia uso de la licencia que le había dado Luis, y nada más.

Si peligro había, si algún inconveniente ofrecía al que rezase el dominico en voz alta, no era la culpa suya, sino de quien se lo había permitido.

—El señor Luis es demasiado generoso—dijo el guardián, después de algunos momentos.

—Tal vez—murmuró, irónicamente, el fraile.

—Y no ha pensado que su generosidad puede costarnos muy caro.

—Sosegáos, recobrad la calma y decidme por qué venis con ademán tan terrible y amenazador.

—Gritais como un desesperado.

—El terror religioso...

—¡Osmeas de Lucifer!... Os han oído los vecinos, han pedido socorro...

—La siento más que vos, hermano, porque si los vecinos se apercebiesen de la verdad y quisieran sacarme de mi encierro, me matarían. Lo que me conviene es esperar, porque así dentro de pocos días, el paje me devolverá la libertad, según ha

prometido. Puedo ser torpe, pero no tan estúpido que haga lo que no me conviene. Si he gritado mucho, no lo sé; creedlo; y para daros una prueba de mi buena fe, estoy dispuesto a declarar que me encuentro aquí por mi propia voluntad.

—Si os dejas hablar, me convenceréis.

—La fuerza de la razón...

—Pero, a pesar de vuestra buena fe, si vienen a molestarme...

—No es posible que advinen dónde he gritado, ni mucho menos que me tenéis encerrado... Ya lo véis, nadie os oye... Tranquilizaos.

Tuvo Diego que declararse vencido.

Guardó silencio y escuchó.

No sonaba ya ruido en la casa inmediata.

Supuso que habían registrado y que, no encontrando a nadie, se habían convencido de que el miedo había hecho gritar a la vieja.

—Mientras el señor Luis no dé nuevas órdenes es prohibido rezar en voz alta.

—Seréis obedecido.

—Ya es hora de descansar.

—Sí, voy a dar gracias a Dios porque me ha librado de un gran peligro, y luego me entregare al reposo.

Diego salió de la cueva.

Volvió a la ventana.

Ya se habían retirado los vecinos.

Una hora después, se presentaba el señor Peru León.

En tanto que bebían y hablaban de los sucesos que acababan de tener lugar, el dominico se acercaba otra vez al agujero y llamaba al esbirro.

—Aquí estoy, reverendo padre—dijo Mateo.

—¿Pueden escucharnos?

—No, a menos que por ese lado haya peligro.

—Ahora ninguno.

—¡Ay!, reverendo padre, lo que esta noche he sufrido no acierto a explicarlo; pero a Dios gracias ya se ha conjurado la tormenta, y empiezo a respirar. ¡Quién había de sospechar que tan cerca de mí se encontrase vuestra merced! ¿Y cómo ha podido esos desalmados consumir ese abuso?

—Domina tu curiosidad, porque antes de satisfacerla, tengo que darte instrucciones.

—Tienen a vuestra merced encerrado en la celda, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues lo más conveniente me parece dar parte a su eminencia, y...

—No, no.

—Antes de una hora entraríamos de grado o por fuerza en esa casa y nos apoderaríamos de los criminales.

—No me conviene.

—Y no tenga cuidado vuestra merced, que no lo asustarán, pues es muy fácil evitarlo. Yo daré a vuestra merced una barrena y un clavo para que sin hacer ruido asegure la puerta, de modo que no puedan abrirla sino con mucho trabajo y no poco tiempo, dejándonos el suficiente para...

—Repito que no—interrumpió el dominico.

—Cúmplase la voluntad de vuestra merced, que a mí no me toca más que obedecer lo que tenga a bien mandarme...

—Nadie ha de saber dónde me encuentre. absolutamente nadie, enténdelo bien, y si te parece que tu mujer ha de hablar lo que no conviene, enciérrala, ponle una mordaza, y adviértele que puede ir a los calabozos de la Inquisición.

—Callará, porque me temo.

—Con el menor ruido posible has de ir corrompiendo el muro por ese lado, hasta que quede una abertura por donde yo quepa.

—Entiendo.

—Trabajarás toda la noche, si las fuerzas te alcanzan.

—Me sobran para cumplir este deber.

—Mañana dormirás, y durante el día no darás un solo golpe sin que yo te lo mande.

—¿Qué más he de hacer?

—Esperar la recompensa por este servicio y por tu lealtad.

—Gracias, reverendo padre.

—Supongo que no te faltará alguna herramienta con que dar desde luego principio al trabajo.

—Tengo cuanto necesito.

—Pues encomiéndate a Dios y manos a la obra.

—Un temor me asalta.

—¿En qué consiste?

—¿No verán el agujero esos criminales?

—A este sitio no llega la luz, y además no hay de hacer el agujero inmediatamente, sino ir trabajando en la extensión que te parezca, y cuando ya el muro este muy delgado, en un instante podrás hacer el agujero.

No hablaron más.

El fraile se retiró a su techo.

Pocos minutos después, Mateo trabajaba con tanta habilidad, que era imposible que el ruido que producía llegara a los oídos de los guardianes de fray Bernardo.

¿Reconocería el fraile la libertad antes de que Luis sacase de su prisión a don Carlos?

Así parecía probable.

Volvamos en busca del comendador, para saber si cumplió lo que había prometido al paje.

CAPÍTULO CXVII

Gratitud y honra

Aquella noche tocaba a Ruy Gómez de Silva vigilar al príncipe, y a las doce relevó al duque de Feria.

Cuando éste entró en el aposento que en la alcázar tenía destinado como capitán de guardias del rey, encontró al comendador Maldonado que lo esperaba con impaciencia.

—No aguardaba el placer de veros, hoy, señor comendador—le dijo el noble duque.

—Yo tampoco, pero, desgraciadamente, ha sucedido así.

—¿Desgraciadamente! ¿Qué pasa?... Estáis perdido...

—Así debe ser.

—Hablad, amigo mío; ya sabéis que me interesa mucho todo lo que tiene relación con vos.

—Gracias, señor duque.

—¿Os ha sucedido alguna desgracia?

—Muy grande.

—Me tenéis impaciente, explicame.

—Vengo a pedir os un favor...

—¿Y dudáis que os lo otorgue?... Sea cual fuere, quedo por concedido. ¿Acaso no os debo la vida?

—Olvidad eso, señor duque.

—¡Olvidarlo!... Pero en fin, no perdamos el tiempo en cumplidos.

—No sé cómo empezar.

—Os repito que está concedido cuanto me pidáis, si depende de mí.

—Sólo de vos.

—Pues asunto concluido; decid lo que es.

—Muy pronto habéis otorgado.

—¿Dudáis?

—Dudo, y no lo extrañareis cuando sepais lo que pasa.

—No adivino.

—Esta noche recibí una carta sin firma, en que se me citaba para ir a un sitio extraviado, a la Puerta de Moros. Todas las trazas eran de un desafío.

—¿Y queréis que os acompañe? Precisamente esta noche estoy libre.

—No quiero que me acompañéis, porque acudi solo.

—¿Y habéis unido a vuestro adversario?

—No me he batido.

El duque se encogió de hombros, porque ya no comprendía.

—No, amigo mío. Al volver una esquina se arrojaron cuatro hombres sobre mí: me sujetaron y me amenazaron con sus puñales.

—¡Miserables!

—Me desarmaron.

—¿Eso más?

—Y me vendieron los ojos.

—Os habían tendido un infame lazo.

—Me llevaron no sé por dónde, a una casa, y me encerraron en un sótano, donde quedó uno de ellos.

—¡Vive Dios!—exclamó el duque apretando los puños.

—¿Y cómo habéis escapado?

—Jurando por Dios y por mi honor volver al encierro si no satisfago la exigencia que me han hecho.

—Ahora lo comprendo todo; os piden una crecida suma que quizás en este momento no tenéis... Todo cuanto posco está a vuestra disposición, amigo mío; afortunadamente, puedo disponer ahora mismo de una crecida cantidad.

—Gracias, señor duque; si eso fuese, no me habíais visto pálido; lo que me exigen es que os pida un favor, y si me lo negais, debo entregarme otra vez en manos de esa genta, y concluir mi vida en el encierro.

—¡Voto a, señor comendador! ¿Y habéis dudado un instante de que yo os negase un favor del que depende vuestra vida? ¿No os deba la mía?

—El favor es un sacrificio muy grande.

—No puedo serlo para mí el salvaros la vida.

—Se trata de que vos faltéis a vuestro deber y a la confianza que en vos tiene depositada su majestad.

El duque abrió extremadamente los ojos, hizo un movimiento de sorpresa y exclamó:

—¡Señor comendador!

—Señor duque, perdonadme: pero no podía salvar mi vida sino a costa de semejante proposición. Sin embargo, estad seguro de que si no me hubiesen convencido de que en nada se perjudica al rey ni a nadie, sino que por el contrario, se hace un bien, no hubiese aceptado tan enojosa comisión y hubiese esperado la muerte tranquilo y resignado.

—Explicaos, pues, porque os soy deudor de la vida.

—Se trata de que introduzcáis en el cuarto del príncipe a una persona que no sé quién es.

La sorpresa del duque creció.

—¿En el cuarto del príncipe?...

—Esa persona no lleva más objeto que el de *despedirse* de su alteza.

—No puede ser.

—Como me han convencido, os convenceré, sin que con ello quiera obligaros a nada.

—Motivo tenéis para estar pálido... Hablad, hablad—dijo el duque.

Y se enjugó algunas gotas de sudor que corrían por su frente. Las palabras del comendador habían horrorizado su severidad militar.

Maldonado dió a su amigo las mismas explicaciones y las mismas razones que antes habían salido de boca del paje. Parecían convincentes, en cuanto que ningún peligro se debía temer; pero no podían ser bastantes para hacer vacilar la firme rectitud de un hombre de principios tan severos como los del capitán de guardias de Felipe II.

La alternativa era durísima para el noble duque: o faltar a sus deberes o dejar que el amigo a quien debía la vida fuese a entregarse en poder de sus asesinos. ¿Qué hacer? De una parte la gratitud, de otra, el honor.

—¿Es bastante la gratitud—se preguntaba el duque—, para faltar a los deberes? ¿Se ha de llevar a tal extremo el cumplimiento de los deberes, que se falte a la gratitud, más cuando ésta la reclama una persona a quien le es uno deudor de la vida?

El comendador, por su parte, estaba ya cansado de haber puesto en tan grave compromiso al noble capitán.

Aquellos dos hombres debieron sufrir mucho.

—Señor duque—dijo al fin Maldonado—, soy muy débil. Yo he debido morir antes que proponeros nada que pudiese atacar vuestro honor. En tanto estimo el mío, que valdiera a buscar la muerte para cumplir mi juramento, y si yo doy la vida por no faltar a mi palabra, con más razón debéis sacrificar no vuestra vida, sino la mía, por no faltar a vuestros deberes.

—Si se tratase de mi vida, diez veces la daría antes que ser traidor.

—Lo sé amigo mío. Perdonadme, os he ofendido: a un caballero se le puede pedir la vida, pero no el honor.

Levantóse Maldonado y se alejó a saltir.

—¿Os valió?—le preguntó el duque.

—Sí, amigo mío.

—¿Adónde?

—A mi casa, para dedicarme a dejar arreglados los muchos asuntos de interés que no quiero dejar pendientes antes de morir.

—¡Vive el cielo, señor comendador, que habéis perdido el juicio!—exclamó el de Feria.

—Señor duque, todos tenemos miedo a la muerte; este miedo, unido al aturdimiento de la sorpresa, no me dejó pensar la importancia de las proposiciones que se me hacían. Pero ahora que se ha refrescado mi cabeza, que he podido apreciar el valor de tan infames proposiciones, no quiero que pueda aceptar vuestro sacrificio, porque esto sería un abuso.

El de Feria no tuvo suficiente valor para dejar a su amigo que volviese al encierro, donde le esperaba una muerte segura, lenta y horrible; su corazón, henchido del más noble entusiasmo de gratitud, no dió cabida en aquellos instantes a los sentimientos del deber, de la lealtad, y la severa disciplina del soldado, la ciega obediencia del vasallo, borráronse por un instante de su memoria.

—¡Por la cruz de mi espada—exclamó—que no haréis tal!

Y levantándose repentinamente, estrechó entre sus brazos al comendador.

—Dejadme partir, os lo suplico—repuso en voz con acento ahogado. ...

—Os he dicho que no.

—¡Dejadme partir, que soy un miserable!

—No lo intentéis, amigo mío; ya sabéis que soy firme en mis resoluciones.

—No puedo aceptar semejante sacrificio. Tuve un momento de debilidad.

—Tranquilizaos, todo puede arreglarse—repuso el duque aparentando serenidad—.

—¡Cómo!

—La vista de esta persona al príncipe no debe por objeto ningún plan que pueda perjudicarlo.

—Pero en el fondo de vuestra conciencia...

—Nadie ha de saberlo, amigo mío, y siquier concederemos a ese joven infeliz algunos instantes de consolador alivio.

—Me avergüenza vuestra generosidad, señor duque.

—Si los amigos del príncipe logran esta noche, según decía, introducir en su aposento un libro, a pesar de la vigilancia de Ruy Gómez de Silva, no debemos dudar de que el objeto de la visita de esa persona es inocente.

—Sin embargo...

—Para que no os quede ningún escrúpulo, dejemos pendiente la resolución de este negocio. Si don Carlos recibe el libro, entrará esa persona, y si no, volveréis a vuestro encierro. Tal es mi voluntad.

Dudó algunos instantes el comendador; pero como a la vida se le viene tan singular y preferente cariño, decidióse a aceptar el sacrificio del duque, pero condicionalmente, es decir, si el libro llegaba a manos del príncipe.

—No puedo resolverlo, señor duque.

—Estoy yo resuelto, y es bastante. Idos, pues, a descansar, y mañana venid.

—El mañana hablaremos—contestó Maldonado en alreverso a decir que estaba conforme.

Cuando el duque de Feria quedó solo, cayó en una meditación profunda, parecida a un sueño pesado. Mucho padecía. Inmenso era el sacrificio que acababa de hacer a la gratitud y a la amistad.

CAPÍTULO CXVIII

De cómo el diablo seguía con sus diabluras

A las ocho de la mañana del siguiente día, el duque de Feria, que aún no había cerrado sus ojos al sueño, se dirigió al cuarto del príncipe con el fin de averiguar si éste había recibido el libro.

El noble capitán encontró a Ruy Gómez de Silva recostado en un sillón, pálido y ojeroso, como quien no había tampoco dormido.

—El cielo os guarde, don Ruy—le dijo el duque—. Parece que estáis muy fatigado.

—No he dormido en toda la noche, amigo mío, porque he querido ver si podía averiguar el cómo don Carlos recibe las noticias que todas las mañanas nos da.

—¿Y habéis adelantado algo?

—Nada más que desesperarnos. Registré todo el aposento, vi si estaban bien cerradas las ventanas, y pregunté al príncipe si tenía que decirme alguna cosa. Me contestó con tono de burla que aún no había ido el diablo a verlo; pero que lo esperaba de un momento a otro, y que si yo tenía interés en saber lo ocurrido aquel día antes de que saliese el sol quedaría satisfecho.

—¿Y ha sucedido así?

—Con toda exactitud. Salí del cuarto y me senté junto a la puerta, y luego de media en media hora volvía a entrar, miraba de nuevo las ventanas y lo registraba todo.

—¿Y siempre el mismo resultado?—repuso el duque con marcada curiosidad.

—Siempre, amigo mío, y esto es para volverme loco.

—¿Y al fin?

—A las seis de la mañana me llamó el príncipe.

—¿Y sabia...?

—Todo lo ocurrido ayer y con la mayor exactitud; añadiendo, cosa que yo ignoraba, que anoche fue sorprendido junto a Puerta de Marra el condeador Maldonado, y conducido a un encierro, de donde le dejaron salir a hora bastante avanzada, y después de imponerle y él aceptar, ciertas condiciones que se reserva.

—¡Don Ruy!—dijo el duque admirado.

—¿Sabéis si es cierto este suceso?

—Tal como es lo ha referido el príncipe.

Ruy Gómez palideció.

—Señor duque—repuso—, esto es insufrible; don Carlos acabará por burlarse de todos, y si esto continúa como hasta aquí, preciso será que se ponga a su altura un guardia de vista.

—Será inútil.

—¿Tal pensáis?

—Nada crea, don Ruy, sino que estoy cansado de intrigas y misterios, y el que encubre a los amigos del príncipe me va poniendo en cuidado.

—Hoy diré a su majestad lo que suceda.

—Haréis bien—contestó distraídamente el de Fecia.

—Y veremos si el rey...

—¿Duermes ahora el príncipe?

—No sé. ¿Queréis entrar?

—A saludarlo, como de costumbre.

—Lo encontraréis contento como nunca.

—Tanto mejor—dijo el duque.

Y entró en el aposento de don Carlos.

Batíbase éste en la cama aún, pero despierto, y tenía en la mano un libro, en cuya lectura parecía muy entretenido.

El príncipe parecía enflaquecer por horas, según había cambiado en los pocos días que llevaba de prisión. A la luz de la lámpara que noche y día iluminaba el aposento, parecía más pálido su rostro.

—Señor—le dijo el duque a la vez que hacía una profunda reverencia.

—¡Hola, buen duque!—le contestó don Carlos con acento débil, aunque con más contento que de costumbre.

—Parece, señor, que estáis hoy más animado.

—Sí, estoy más alegre, sin duda por lo que me ha divertido la lectura.

—Ese libro es...

—Las poesías de Juan de Mena.

El duque examinó el tomo, y fue tal su admiración, que no pudo decir una palabra.

—Sin duda—prosiguió el príncipe—, no esperábais ver ese libro en mis manos.

—Como su majestad no os permite más libros que los que pueden ser provechosos a la salud del alma...

—El rey es muy buen católico; pero el diablo, que no debe serlo, según asegura Espinosa, me trajo anoche estas poesías. Voy a leeros una sílva bellísima que trata de la gratitud.

—Perdonadme, señor—interrumpió el duque visiblemente turbado—; nadie como yo sabe cuánto

obliga al hombre la gratitud, y harto me pesa.

—Es decir, señor duque—repuso don Carlos con marcada intención—, que el diablo y la gratitud habrán de proporcionarme algún otro placer mayor que el de la lectura de este libro.

—Sí, señor, esta misma noche—dijo el de Pera con voz casi imperceptible.

El príncipe dió un grito de loca alegría, e incorporándose en la cama quiso arrojarle al cuello del duque; pero éste lo contuvo con una mirada, y le dijo:

—Ved si hay en este libro algún párrafo que trate de la prudencia.

—Tenéis razón—repuso don Carlos, contemplando su alegría.

—Ocultad el libro y el contento.

—Lo haré.

—¿Tenéis algo que mandarme, señor?

—Nada, amigo mío. Dios os dé tanta felicidad como a mí desgracia—contestó el manco, cuyos ojos se compañaron con una lágrima de gratitud.

—¡Desdichado!—murmuró el duque a la vez que salía.

Y luego, mientras se encaminaba a su habitación, donde ya le esperaba el comendador Maldonado, decía:

—Ha ahí la gratitud cómo hace llorar a este infeliz joven, que morirá bendiciéndome. Es preciso que esa persona entre... ¿Quién será?

Una sospecha atravesó su mente, pero la desechó como un mal pensamiento.

CAPITULO CXIX

De cómo el paje cobraba en besos lo que daba en diabluras

Aquella noche, a la nueve y media, un embosado estaba junto a la Puerta de Moros. Acercósele otra, escuchó algunas palabras del que esperaba, luego le entregó un papel, y le dijo:

—Todo está dispuesto.

Aquellos dos hombres se separaron, y a buen paso el uno se dirigió a la calle de San Nicolás, y el otro al alcázar.

Entretanto, la reina Isabel, languidamente recostada en un diván, hablaba con su doncella Blanca.

La desdichada esposa de Felipe II estaba triste, muy triste. Sus hermosos ojos negros estaban empapados, sin duda por algunas lágrimas de las muchas que vertió en su amarga vida. Sus mejillas adquirían de día en día una palidez mate que denotaba la falta de salud, esa enfermedad del alma, un nombre, que quita lentamente la vida.

La prisión de don Carlos había sido un golpe de muerte para la desdichada reina: y si aun no había experimentado más quebranto en su salud, era porque abrigaba la esperanza de que el paje sacaría de su encierro al príncipe.

La pasión de Isabel, antes contenida por su virtud, había crecido mucho desde que un verdadero y material imposible se opuso a ella, y en aquel momento, cuando la infeliz vela la muerte sobre la cabeza del noble manco, dióle fuerzas su amor, no para manchar su virtud, sino para hacer lo que en otra ocasión hubiera tenido por imperdonable falla.

Por eso la idea de visitar al príncipe, de darle el último consuelo y el postrer adiós, fue para ella la idea dominante, obligando al paje a que fraguase la intriga de que nos ocupamos.

Como llevamos dicho, la reina estaba triste, muy triste, y en vano su doncella, aparentando una calma que no sentía, procuraba animar aquel espíritu abatido, aquel espíritu que debía muy en breve concluir con la materia.

Cuando Blanca hablaba, el tapiz de una de las puertas del aposento moviéndose y entró el hermoso paje.

La reina dejó escapar un grito y extendió los brazos, y en su pálido semblante se pintó el afán, la duda y el miedo, y con acento entrecortado dijo:

—Pronto, pronto, Luis.

—Señora —contestó el paje, en cuyo rostro se dejó ver el contento—, acabo de separarme...

—Bien; pero ¿has conseguido?...

—Esta noche, a las doce y media, entraréis en el cuartito del príncipe.

—¡Ah!—exclamó Isabel levantándose y cayendo de rodillas—. ¡Gracias, Dios mío!

Blanca, a quien las travesuras del paje llenaban de orgullo, no pudo tampoco contener su alegría y una lágrima salió de sus ojos.

Reinó un silencio profundo.

Aquellos tres corazones palpitaban con violencia.

Isabel de Valois apenas podía explicarse lo que sentía. Un arrobamiento profundo se apoderó de su alma, y en aquel instante nada veía de cuanto estaba a su alrededor: su cabeza estaba trastornada, y sólo sentía como si un pesado sueño le aturdiere.

Empero ¡que hermosa estaba de rodillas, cruzadas sus blancas manos, elevados al cielo sus rayados ojos, en los que asomaba una lágrima que no acababa de desprenderse de sus párpados como si temiese abandonar tanta belleza!

Blanca, como hemos dicho, ufana con el triunfo de su paje, dudaba si la entrevista de la reina con el príncipe traería una nueva desgracia, o si sólo serviría para dar algún consuelo a los desdichados amantes. Sus negros ojos estaban trémulos bajo sus doradas pestañas, y parecían, por su brillo, fulgidas estrellas bajo rico dosel de marfil y oro. También de ellos brotó una lágrima que, más atrevida que las de Isabel, rodó por sus nacaradas mejillas, y fué a perderse entre los desconocidos misteriosos de su seno virginal.

Miraba Luis, ya a la reina, ya a su señora, y su noble corazón palpitaba de gozo y de ternura al ver aquel llanto que se llevaba tras sí una parte del dolor y daba algún alivio a los que noche y día se entregaban sin descanso a los tormentos crueles de sus tristes recuerdos, a la idea de su perdida esperanza. El sensible niño; de alma generosa, de sobrado ingenio, pero de experiencia falta, dejándose llevar de aquella impresión, no pensaba que el consuelo del momento sería después un recuerdo de amargura, y se olvidaba de que,

que la reina podía entrar la muerte en el aposento del príncipe.

Largo rato, quizás muchas horas hubiesen transcurrido sin que ninguno hablase, si el pajeclito, más tranquilo ya, y cuerdatamente pensando que no debía dejar que la reina se entregase con tal exceso a su propia alegría, no hubiera dicho:

—Señora, tranquilizaos, que tanto daña el dolor como la alegría, y tened en cuenta que dentro de poco necesitaréis de vuestras fuerzas todas.

La reina se estremeció como si la despertasen de un profundo sueño, y mirando a su alrededor, volvió a sentarse.

—Nada me has dicho aún de tu intriga, sino el resultado—contestó.

—Resultado muy satisfactorio, y que se lo debemos a nuestros enemigos.

—¿A nuestros enemigos?

—Sí señora: al comendador Maldonado, que dejó morir al marqués sin darle aviso del peligro que corría, y al duque de Feria que prendió a don Carlos.

—No sé cómo...

—Os lo diré.

—Sí, sí, explicádmelo todo.

Luis refirió a la reina el medio de que se había valido para obligar al duque, y luego, sacando un pedazo de pergamino añadió:

—Tomad, señora, este pergamino. Cuando vagáis al aposento del príncipe, se lo entregáis al duque de Feria, quien después de cotejarlo con otro de donde ese se ha cortado, os dejará entrar. No sabe quién es la persona que ha de visitar a don Carlos, y, por consiguiente, podéis ir bien tapada, disfrazada o como os dé la gana.

—¿Qué me pides en cambio del servicio que me das de prestar?

—Señora—contestó atrevida y maliciosamente el paje, desplegando una sonrisa encantadora—, señora mía, si con algo queréis recompensarme, ser con un beso, que es lo que hasta ahora he salido ganando con todas mis travесuras. Así me paga mi señora, así me habéis pagado vos otras veces, y todas las damas me pagan del mismo modo mis

chistes y mis diabluras, mis atrevimientos o mis desvergüenzas. Y como otra cosa no me dan, conformándome porque no soy descontentadizo, me he propuesto reunir un tesoro de besos, dados por bocas perfumadas, y ya tengo muchos de vos, que sois reina, de princesa, de duquesas, de todas clases; en fin, de damas de muy noble alcurnia. ¿No os parece que muchos galanes darían por mi tesoro de besos, el suyo de ducados en oro de buena ley?

Sonrióse la reina, y con ternura de una madre, pagó a Luis en la codiciada moneda que él pedía.

—¿Otro más?—le dijo Blanca.

—Otros ciento, señora mía: ya sé a lo que saben, y por cierto que me gustan extremadamente, pues aunque os llaman la estatua de mármol y oro, tenéis de fuego los labios y de cera el corazón.

El travieso niño había recibido de la naturaleza el don de agradar, de entusiasmar, pues la gracia de su acento, de sus maneras y la oportunidad de sus palabras no tenían igual.

Sus chistes entrecuvieron a la reina y su doncella sin que sintiesen transcurrir las horas, hasta que dieron las doce en todos los relojes del alcázar.

—Ya es tiempo de que os preparéis, señora—le dijo Luis a Isabel.

Esa palidicció repentinamente: luego un ligero carmin tiñó sus mejillas, y sintió que sus sienes y su corazón palpitaban con violencia.

—Blanca, un manto—dijo con voz albuente.

—Yo os dejo—repuso el paje—, porque quiero ver si alguien os espía. Si no vuelvo podéis salir con toda confianza.

Salió el paje.

Blanca, a pesar de la orden que había recibido de la reina, permaneció inmóvil. Un ligero temblor agitaba su cuerpo.

—Blanca—repitió Isabel, que apenas podía respirar—, un manto.

—Perdonad... voy al momento...

—¡Dadme fuerzas, Dios mío!—exclamó la reina.

CAPITULO CXX

De cómo puede mucho la campana
de un reloj cuando suena a tiempo

El duque de Feria se paseaba en el aposento donde hacía la guardia.

Profundas arrugas surcaban la anchoa frente del noble duque y parecía muy abatido.

— Pronto debe llegar — murmuraba —. Todos guernien... ¡Oh!... ¿Que me espera si se descubre mi traición? La deshonra... ¡Esto es horrible!... ¡Comendador, Comendador, no sabes a cuánta costa te he salvado la vida! ¿Y quién será esa persona? Mucho daría por saberla. Vendrá tal vez disfrazada, pero bien puede ser que adivine... tengo una sospecha... No es imposible. ¿Y qué me importa? ¿Dejo de hacer a mi deber sea quien fuere?

Así atormentado por la idea de su traición al rey, o movido por la curiosidad, pasaba el noble duque cuando llegó a sus oídos el roce suave del vestido de una mujer.

— Ahí está — dijo parándose repentinamente y a la vez que se estremecía.

Efectivamente, entró una mujer cubierta con un ancho manto negro que la tapaba el rostro y no permitía examinar las formas de su talla.

El duque la miró cuidadosamente como si por la estatura quisiera adivinar el nombre, y luego, intentando hacerla hablar, le dijo:

— ¿Q... os envía?

La prudente tapada no contestó, y sacando el pergamino que servía de contraseña, lo entregó al duque.

Este fijó una mirada escudriñadora en aquella blanda y bien formada mano, y al percibir el suave perfume que se escapó de entre los pliegues del negro ropaje de seda, exclamó:

— ¡Ah!

Ya no le quedaba duda, o por lo menos creía

no deber tenerla: aquella mujer era Isabel de Valois.

—Señora—dijo el duque después de cotejar el pergamino—, tenéis franca la entrada; pero decidme antes que cuando salgais de aquí olvidaréis que he sido traidor.

La reina se acercó al oído del duque, y hablando tan bajo que éste no pudiese reconocerla por la voz, le dijo:

—Más caballero, más honrado, más leal y más noble que nunca.

El de Meria se inclinó, y la esposa de Felipe II pasó adelante...

Don Carlos esperaba con impaciencia.

Cuando se abrió la puerta de su encierro y la reina entró echando a la espalda el negro manto y dejando ver sus más negros ojos llenos de lágrimas, el príncipe, como el que ve celeste visión en la noche eterna de su calabozo, quedó un momento inmóvil, y luego, precipitándose hacia Isabel, cogió las manos temblorosas de ésta entre las suyas y las cubrió de besos.

La reina se dejó caer en un sillón.

El príncipe se sentó a su lado.

A la luz blanquecina de la lámpara, único al de aquel recinto, pudieron contemplarse los rostros de aquellas dos personas, cuyos corazones palpitando desigual y violentamente, parecían querer saltar del pecho.

La agitación de Isabel de Valois se notaba fácilmente; su seno se levantaba con precipitada movimiento; sus manos temblaban, esparcían sus ojos miradas de terror y sus labios parecían tener miedo de abrirse para hablar.

Los ojos del príncipe se habían animado con extraño fuego; también era agitada su respiración, también temblaban sus manos, pero su rostro, poco antes pálido, se había teñido de un vivo carmin.

—¿Por qué llorais, señora?—dijo—. ¿No habéis venido a consolarme, a infundir valor y dar fuerza a mi abatido espíritu? Enjugad, pues, esas lágrimas, azome a vuestros labios la sonrisa.

—Don Carlos, he venido a daros el último adiós, y en vano intento sonreír y estar tranquila.

—¡El último adiós! ¿Habéis perdido, acaso, la esperanza de que me salve?

—No; pero cuando salgáis de aquí será para alejarnos mucho, y si la fortuna os es propicia en Flandes, si volvéis a España vencedor, no encontraréis de mí sino el recuerdo y mi nombre suará el mármol de un sepulcro.

—¡Vos morir!—exclamó con arrebató el príncipe—. Eso no puede ser.

—¿No es ese el destino de la criatura?—repuso Isabel con acento glacial.

—¡Por Dios, señora: por compasión, no penséis así, no habléis de esa manera!

—Don Carlos, tras las escarpadas rocas de Roncesvalles se ocultó la estrella de mi dicha, y en el cielo transparente y risueño de España sólo vi el negro horizonte de mi porvenir; en Guadalupe sintieron mis pies las agudas espinas de la senda que tenía que atravesar, y en este alcázar se ha abierto la fosa donde ha de terminar mi camino y han de encerrarse mis recuerdos de felicidad y mis dolores.

—¡Señora!...

—Ya os lo he dicho, he venido a daros el último adiós, que es mi último consuelo, y el último adiós es tan triste como la pérdida de la última esperanza. Os entristezco, ya lo sé; pero ¿qué queréis que diga el que se despide para toda una eternidad de su más cara afección? ¿Y esta despedida no tienen que hacerla todos? Vos también os despediréis algún día de mis recuerdos, y el rey de su corona, de sus sueños de ambición. Esta es la vida: se nace, se crece y se desee, y algún pasajero goce se alcanza, sin dar lugar a que la mente se recree con la idea de la dicha, esta se va, la muerte viene, y con su mano fría nos arrebató para dejar a otro ser que ha nacido el lugar que en el mundo ocupamos, y, al desaparecer, sólo nos resta el consuelo, consuelo desgarrador, de despedirnos de cuanto amamos.

—Y ¿por qué habéis de morir?—replicó don Carlos con desesperación.

—¿Por qué?... Preguntadlo a quien da y quita la vida.

—Vuestros pesares os hacen ver lo porvenir más negro de lo que es.

—No, don Carlos; hay presentimientos que jamás engañan, y el de la muerte es uno; sus pesares se sienten y con nada se confunden; cuando enferma el alma, no puede vivir el cuerpo; la criatura conoce bien cuales son los últimos latidos de su corazón, hay para eso un instinto especial que es infalible.

Los labios de la reina estaban secos, y el llanto había desaparecido en sus ojos.

—Y ¿qué importa morir—prosiguió—, cuando la vida es un tormento? El descanso de la muerte, cuando otro no se puede alcanzar, es la última esperanza, después de perdidas todas, que resta al que llora noche y día.

—Vuestras palabras me estremecen—replicó don Carlos—, vuestro acento me hiela el corazón. Harto conozco el tormento de vuestra vida, porque es el tormento de la mía; pero en medio de tales dolores, cuando veo que huyen de mí todas las esperanzas, vuestra mirada, vuestro acento, vuestro recuerdo no más da aliento a mi pecho, fuerzas a mi espíritu, y de todo me olvido, se adormecen mis dolores, cesan mis tormentos y me parece que estoy en un edén de eternas delicias.

El príncipe volvió a coger entre las suyas las manos abrasadoras de la reina.

—Habladme de vuestro amor—prosiguió con arrebató—, de ese amor que debió hacer nuestra felicidad y ha sido causa de nuestra desdicha. No vernos por última vez según decís; pues bien, empleemos estos momentos preciosos en ser felices un solo instante de nuestra vida. Desde que no os veo, os amo más; desde que se alejó de mí la esperanza de llamarme mía, crece mi pasión, me enciende el pecho, me devora el alma, me embriega y... ¡Oh!... ¡Cuán hermosa sois, doña Isabel!... ¡Vuestro rostro es mi cielo; mi luz, la de vuestros ojos; mi gloria, la de vuestro amor!... ¡Oh!... ¡Yo os adoro, y es tal mi pasión, que si llegase a cumplir mi deseo moriría de felicidad! ¡Un instante, un solo instante de mi anhelada

deba, aunque tenga que pagarla después con una eternidad de infernales tormentos!

Los ojos del príncipe parecían dos ascuas: sus facciones estaban descompuestas, y temblaba su cuerpo como agitado por una convulsión. Su penetrante mirada se fijaba con avidez en la reina, cuya mirada también, por la fiebre encendida, vagaba incierta y con todas las señales de desvarío mental.

—Don Carlos—dijo Isabel—, también yo os amo, ya os lo he dicho, y mi amor al vuestro en nada cede; cuando se encendió mi corazón, me dió la vida; ahora me mata... ¡Oh!... Ahora el mundo no me oye, sólo Dios escucha mis palabras. Dios que sabe que voy a morir, y me perdonará que una sola vez desahogue con palabras mi pecho, ya que por muchos años sufrí con resignación, me atormenté callando. ¡Benditas aquellas horas que en brazos de doradas ilusiones me dormía pensando en vos, acordándome de vos abría mis ojos. ¡Oh! mi amor mi dicha, mi única esperanza! ¡Benditas aquellas horas, don Carlos!... Pero después, cuando la esperanza de la dicha se convirtió en la realidad de los tormentos; cuando en vez de dormirme por las ilusiones aturllada, cerró mis ojos el cansancio de espantosa lucha; cuando al abrirlos recordaba mis deberas en vez de recordar mi amor, entonces, esas horas, ¡oh!, esas horas tan terribles, horas terribles... ¡benditas sean también, porque son las horas de Dios!... empero, si no haberlas vivido hubiera sido la mayor de las felicidades. ¡Cuánto se sacrificó el mundo! El amor, libre como el alma que lo siente, como el pensamiento que lo desea, incontrarrestable como la naturaleza misma, porque hija de la Naturaleza es, tiene que sufrir el freno de esas leyes sociales que los hombres en su vanidad creyeron perfectas, y que en vez de la felicidad nos traen la desgracia. El orgullo, la vanidad, ambiciones inútiles y miserables, estudiadas por sociales consideraciones, levantan su voz y, en su provecho, os piden el sacrificio de vuestras afecciones, sacrificio que no puede negarse porque el mundo ha establecido como base social que nada importa la felicidad

moral de uno contra el bienestar material de todos. Y ¿qué es el mundo, qué sus ambiciones ante mi corazón? ¿Por qué éste ha de sacrificarse para acallar la ambición o el orgullo de dos poderosos que se disputan un insignificante pedazo de tierra?

—Porque el mundo es injusto, el mundo es tirano, señora. Y ¿por qué hemos de obedecer sus leyes? Se aprisiona el cuerpo, se le priva de sus movimientos; pero ¿quién el deseo contiene? ¿Quién el pensamiento puede aprisionar? Libre es éste como el alma, hijo de ella, emanada de Dios. Tal vez la muerte se cierne sobre nuestras cabezas, quizás estos instantes son los últimos en que podemos vengarnos de la tiranía social, satisfaciendo nuestros deseos... ¡Me amais, yo os amo, el tiempo vuela y acaba la noche, seamus felices venga la muerte para no dar lugar a nuevas dolores!

Tal confusión de ideas sólo podía caer en cabezas trastornadas por la fiebre, produciendo tantos discursos hijos de la pasión y la desesperación en sus últimos grados. Bien pudiera decirse que don Carlos y la reina se habían olvidado de todo. Momento de locura completa era aquél. Sus frentes se abrasaban, agitábanse sus corazones con violencia, una espesa nube parecía velar sus ojos; trastornada la razón, perdida la memoria y convulso el cuerpo ni vieron ni oyeron de nada y acordaron.

¿Adónde los conducía su delirio?

Los labios secos y ardientes del príncipe se vieron a estamparse en las manos más ardientes aun de doña Isabel, y la cintura de ésta sintió la opresión del brazo de aquél; pero en el mismo instante, como el estampido del trueno en medio de la soledad más absoluta y del silencio de la noche, así el vibrante sonido de la campana de un reloj llegó a oídos de la reina.

Isabel de Valois dejó escapar un grito de espanto, como quien despierta de un pesado sueño; ve junto a sí un fantasma de negra y dudosa forma y encendidos ojos; levántose por medio de una sacudida rápida y nerviosa; pásase las manos por la frente, miró a todos lados, y luego como

quien ha perdido las fuerzas, dejóse caer de rodillas, y un torrente de lágrimas salió de sus rasgados y negros ojos.

Don Carlos no pudo articular una palabra; miró con espanto a la reina y quedó inmóvil y sin aliento.

—¡Dios mío!—exclamó Isabel—. ¡Tú que conoces las debilidades humanas, perdona la mía! ¡Mozca ha vertido palabras horribles, criminales acusaciones! ¡He querido que mi pasión mundana sea más respetable que la felicidad de todas las criaturas! ¡He maldecido las leyes de la sociedad cuando muchas de esas leyes son las de la naturaleza, que es obra tuya!... ¡Perdón, Dios mío, perdón!

—Señora—dijo el príncipe con acento ahogado—. ¿Qué hacéis?

Levantóse la reina.

—Don Carlos—repuso—, las lágrimas que se derraman en la tierra son átomos de divina ventura que se alcanzan en el cielo: resignaos, llorad y bendecid a Dios.

El príncipe exhaló un suspiro débil. Sus miembros estaban tan enervados que apenas podía moverse.

—Vuestro amor—dijo—, aquel amor...

—Está aquí—interrumpió Isabel poniendo sus manos sobre el pecho.

—¿Entonces?...

—Cuando vine estaba loca, y el eco de esa campana me ha devuelto el juicio.

—¡Terrible noche!

—Porque es la de nuestro eterna despedida.

—Si viene la muerte, señora, me encontrará tranquilo: os he tenido a mi lado, he visto vuestro amor en toda su desnudez, en toda su intensidad, y nada más deseo.

—Don Carlos, estamos comprometiendo al duque, y no es justo que su generosidad se dañemos con ser causa de su deshonra.

—¿Os vais?

—Sí—contestó Isabel.

Y se pasó las manos por la frente, y se oprimió el pecho porque faltaba a sus ojos la luz y aire a sus pulmones.

—Para siempre—balbució don Carlos.

—Para siempre... sí... voy a cometer la última de mis fealtades... adiós... venid...

Y la infeliz, sintiendo que se ahogaba, abrió debilmente los brazos.

El príncipe se precipitó en ellos, agotando sus últimas fuerzas.

—¡Para siempre!...

—¡Para siempre!...

¡Tristísima palabra!

Aquellos corazones palpitaron la primera y última vez; pero palpitaron con fuerza. El fuego de la pasión no los agitaba en tan breves instantes.

Isabel de Valois sintió que le faltaban las fuerzas; parecióle que por sus venas circulaba helada la sangre; un sudor copioso y frío bañó su pálida frente, y la luz huía de sus ojos, momentales entonces de doloroso rocío, más que luceros de reflejo gente luz.

Don Carlos se sentía también destallar.

—¡Para siempre!—volvieron a murmurar con acento tan triste y desgarrador que a nada podía compararse.

Y haciendo la reina uno de esos esfuerzos que raras veces pueden hacerse en la vida, se desprendió de los brazos del príncipe, y pronunciando un adiós postrero, y ahogando un grito en su garganta, salió sin cuidarse de ocultar el rostro, sin reparar que el duque se inclinaba profundamente a su paso, y con planta débil, vacilante, llegó a su aposento, y cayó sin sentido en los brazos de su doncella querida.

¡Pobre mancebo!

Don Carlos, entretanto, murmuraba:

—Me ha dado la muerte...

Y también se dejaba caer en su lecho, más que falto de sentimiento, casi falto de vida.

CAPÍTULO CXXI

Intentos de fuga

Ocho días habían transcurrido durante los cuales el príncipe había recibido noticias de cuanto pasaba en la corte, y se había puesto de acuerdo con el papé para llevar a cabo su fuga.

Desesperábase el rey cada día más, porque toda su astucia y su poder no eran bastantes a descubrir al autor de aquellas intrigas.

La reina moraba noche y día; agotábase la delicada flor de su juventud, y a medida que su espíritu languidecía, debilitábase su cuerpo.

No menos falto de fuerzas estaba el príncipe; era cada día más grave el estado de su salud y temíase que muy pronto no le permitiría su falta de fuerzas abandonar la cama.

Seguían activamente el proceso los jueces elegidos por Felipe II, y en vista del carácter que la causa iba tomando, inclinábanse a aconsejar al monarca que entendiérase en ella el tribunal del Santo Oficio, como asunto casi enteramente religioso.

Serían las diez de la noche, y Ruy Gomez de Silva había concedido a su esposa algunos momentos para tratar de sus intrigas.

—Siempre con nuestros temores — decía doña Ana de Mendoza.

—No puedo desaharlos — le contestó su esposo.

—No tienen fundamento.

—¿Quién sabe lo que puede suceder? Estamos viendo cosas muy extraordinarias.

—Ya sabremos quién es ese maldito diablo.

—Pero entre tanto nos perderá.

—Tenéis mucho miedo — repuso con desdén la reina.

—¿Hay quien no lo tenga cuando está expuesto a que le corten la cabeza?

—Exagerais.

—¿Acaso se contentará el rey con desterrarlos,

el día que sepa que he tomado su nombre para cometer un crimen? Vuestro plan fué endemoniado, señora, y no pensasteis en las consecuencias que podía tener.

—Para evitarlas os lo propuse. Si no hubiésetis tomado el nombre del rey para hacer matar al marqués, al día siguiente se os hubiera acusado como asesino—repuso doña Ana.

—Pero ¿y si su majestad llega a saber...?

—¿Cómo? ¿Habrá alguien que se atreva a decirle que él mandó hacer el asesinato? Tal como se llevó a cabo este negocio, vos no tenéis responsabilidad para con el mundo, porque todos creen que no hicisteis sino obedecer a su majestad.

—No me convenceréis.

—Enhorabuena.

—Tengo mucho miedo al diablo de palacio.

—Ya lo hemos vencido en dos ocasiones.

—Pero al fin saldremos perdiendo.

—Dejemos ese asunto—dijo la princesa.

—Más vale.

—¿Cómo está la causa?

—Toca a su fin.

—¿Tomará parte la Inquisición?

—Es muy posible.

—No olvidéis las palabras heréticas que el príncipe dijo en cierto día al obispo de Segovia.

—Ya están consignadas.

—Triunfaremos a pesar de vuestros temores—dijo doña Ana con marcada alegría.

—Dios lo quiera.

—¿Y no habéis podido todavía sospechar el cómo se comunica el príncipe con el diablo?

—Han sido vanos todos mis esfuerzos.

—¡Es muy raro!

—Anoche mismo me preguntó don Carlos qué novedades ocurrían: le dije que ninguna, y él me contestó que en breve me daría noticia. Salí del aposento y antes de cinco minutos me llamó nuevamente para contarme cuanto había ocurrido. Registré la habitación como ya había hecho cien veces, porque creí que el diablo estaría allí escondido.

—¿Y encontrasteis...?

—Los pocos muebles que le han dejado y nada más.

—Diera la mitad de mi vida por saber el nombre de ese invisible protector de don Carlos.

Ruy Gómez consultó el reloj.

—No puedo detenerme.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿No volveréis esta noche?

—No.

—Pues venid mañana temprano, antes de que habléis con el cardenal.

Saludó Ruy Gómez a su esposa, y salió.

Una hora después hallábanse reunidos en el cuarto de Blanca, ésta, su paje y el capitán Pero León.

Estremecióse Blanca.

—Sois muy atrevidos en acometer tan peligrosa empresa—dijo.

—¿Hemos de dejar morir al príncipe?

—Antes morir nosotros.

—Son las once—repuso la doncella—, y...

—Antes de una hora habremos salvado a nuestro amigo—interrumpió el paje.

—O pereceréis con él.

La conversación siguió por largo rato, hasta que ya cerca de las doce, cuando el más profundo silencio reinaba en el alcázar, el paje se levantó y dijo al capitán con solemne acento:

—A cumplir con nuestro deber.

Estiró el capitán los brazos y apretó los puños como para convencerse de que conservaba sus hercúleas fuerzas, y contestó:

—Vamos.

Tomando la cuerda de que hemos hecho mención, y dando un tierno beso de despedida a Blanca, salió el paje con su amigo.

Dejémosles caminar hacia el torreón donde ya acompañamos a Luis y trasladémonos al momento del príncipe.

Paseábase éste con desiguales pasos, y a cada momento consultaba su reloj. Desde el último día en que lo presentamos a nuestros lectores, había cambiado su aspecto, estaba más flaco, más pálido

y más ojeroso, y se notaba fácilmente que sus fuerzas habían disminuido mucho.

—Cinco minutos faltan—dijo.

Y se oprimió el pecho con ambas manos porque sentía palpitár violentamente su corazón. Luego sintió el cansancio de su continuado paseo, y tuvo que sentarse. La emoción que le producía la esperanza de verse libre, le quitaba las fuerzas.

Pocos momentos después se sintió un leve roce en el interior de la chimenea.

El príncipe palideció y no pudo hacer el menor movimiento. Toda su sangre afluyó a su cabeza.

El ruido se hizo más perceptible.

—¡Ya están ahí! ¡Dios mío, protégeme!

Y llegando a la chimenea, cogió el extremo de la cuerda que habían dejado caer sus amigos.

Las manos de don Carlos temblaban como si fuesen presa de una convulsión.

—¡Libre! —murmuró con acento ahogado—.

¡Libre! Tendré luz del sol, aire, espacio donde correr.

Sus ojos se abrieron extraordinariamente como si opacasen el sol, aspiró con avidez la espesa atmósfera que lo rodeaba como si ya estuviese al aire libre, y sus manos trémulas rodearon la cuerda a su cintura.

—¡Adiós, testigo mudo de mis dolores!—exclamó mirando a su lecho—. ¡Rey Felipe, si fueses batallador como mi buen abuelo, nos veríamos dentro de poco en el campo; pero ya que no es así, nos pondremos frente a frente ante el tribunal severo de la pública opinión y ella fallará.

Luego se introdujo en la chimenea, y, un momento después, gracias a sus esfuerzos y a los brazos de Pero León, comenzó a ascender lentamente, dejando caer con el roce de su cuerpo algunos pedazos de la capa de yeso que vestía el interior del tubo.

A la mitad había llegado de su estrecho y sucio camino, cuando recibió un golpe en la cabeza y se sintió detenido por un obstáculo. Entonces llevó las manos al sitio donde se notaba el estorbo, y encontró dos gruesas barras de hierro cruzadas.

Sus brazos perdieron toda su fuerza, que ya no

era mucha, su cuerpo languideció, y sólo le quedaron fuerzas para exclamar:

—¡Estoy perdido!

Pero el capitán seguía tirando con todas sus fuerzas de gigante, y la cabeza del príncipe hacía empuje contra los hierros, de modo, que a pocos trones hubiera quedado aplastada, si devolviéndole el dolor la energía no gritase con todas sus fuerzas.

—¡Hay dos hierros que me impiden pasar!

Y luego oyó un juramento horrible, y que le consternaba:

—¡Arrancadlos!

En aquel instante se abrió la puerta del aposento y Ruy Gómez entró. Al dirigir su mirada a todos lados y no encontrar al príncipe, su frente palideció y estremeciéndose involuntariamente. Luego corrió de un lado para otro, miró en todas partes, debajo de la cama, entre los colchones, detrás de las cortinas, pero no encontró al prisionero. El espanto se pintó en su semblante, y con voz entrecortada, gritó:

—¡Traición!... ¡Se ha escapado!

Aquellos gritos pusieron en alarma al duque de Feria y a los demás gentileshombres que estaban de servicio, y todos ellos se lanzaron a la habitación, encontrando a Ruy Gómez aterrado, con las facciones congestionadas y agitado por un convulsivo temblor.

—¿Qué sucede?—preguntaron.

—¿No lo veis?—contestó el de Silva—. Se ha escapado...

—¡Viva Dios!—exclamó el duque.

—¿Por dónde?—preguntaron los cortesanos.

—No lo sé. Las ventanas están clavadas como antes, por la puerta no ha salido... ¡Oh!... Esto es obra de Satanás... Los que favorecen al príncipe no pueden ser hombres como todos...

—El diablo mismo debe ser.

—Creo firmemente que en el alcázar mora un espíritu condenado—dijo Ruy Gómez, cuyos cabellos a no estar cortados según la moda de la época, se hubiesen erizado.

En aquel instante hacía el príncipe esfuerzos

desesperados por arrancar los hierros, sin apercibirse de lo que pasaba en su dormitorio y el roce continuo y violento de sus piernas y sus brazos contra la negra pared, desmoronó algunos pedazos de ésta, que cayeron con estrépito.

—¡Por aquí!—gritó el duque, acercándose a la chimenea—. ¡Aún no ha salido!

—¡Soy un estúpido!—exclamó Ruy Gómez—. ¡No había pensado en semejante cosa!

E introduciendo en el tubo la cabeza, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bajad, o moriréis de un arcabuzazo!

Aquel grito llegó no sólo hacia don Carlos, sino hasta el paje y el capitán.

—¡Ira del infierno!—exclamó éste.

—¡Nos han descubierto!—dijo Luis.

—¡Bajadme!—gritó el príncipe, tan aturrido ya, que no sabía siquiera dónde estaba.

—¡Seguidme!—dijo el de Feria—. ¡Vamos a cortar la retirada a los traidores!

Y salió acompañado de algunos gentileshombres y alabarderos.

Pocos instantes después salía don Carlos de la chimenea y se dejaba caer en un sillón, talto de conocimiento.

Su rostro y sus manos estaban negras, y su vestido hecho mil pedezos.

El paje había comprendido que nada se adelantaba con obstinarse en sacar al príncipe, sino perderse con él; y obrando con prudencia y acierto, mandó al capitán que abandonase la cuerda y lo siguiese.

—Vendrán a cortarnos la retirada—dijo—, y es preciso no perder un instante.

Y seguido de Pero León llegó a la plataforma de la torre y saltó a la escalera.

Bajáronla ambos como quien suya brincando de tres en tres los escalones a trueque de romperse la cabeza; pero al concluir su rápido descenso y encontrarse en la primera habitación que tenían que atravesar, oyeron ruido de pasos y luego vieron abrirse una puerta, apareciendo algunos soldados y sirvientes con luces.

El pajeillo quedó pasado un instante, se dio una palmada en la frente y gritó:

—¡Por aquí!

Se había acordado de una de las muchas puertas secretas que conocía, y por ella desapareció, seguido del capitán.

El alcázar estaba alborotado.

El rey, furioso.

Isabel de Valois rezaba.

Blanca estaba inmóvil, con la mirada fija en la puerta de su aposento y el alma en los ojos.

Un grito de alegría se escapó de su boca: el pajeillo acababa de entrar con el semblante pálido y descompuesto.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó la doncella, estrechando contra su pecho a Luis.

—¡Todo se ha perdido!

—¡Tú te has salvado!

El hermoso niño se encogió de hombros.

—¡Alma generosa!—repuso la doncella al ver aquel movimiento del paje que significaba tanta abnegación.

—De bien poco me sirre, señora.

Al fin volvió a reinar un profundo silencio.

CAPÍTULO CXXII

El último consejo y la última proposición de fray Bernardo

Blanca y el paje estaban inmóviles y silenciosos. Parecía que sus fuerzas se habían agotado al hacer aquel supremo y último esfuerzo.

Corría el llanto por las mejillas de la doncella.

La mirada de Luis era profundamente sombría.

—¡Oh! —exclamó al fin—. He cometido una torpeza, lo reconozco, y es culpa mía que no se haya salvado el príncipe.

—¡Culpa tuya!...

—Ahora comprendo las palabras de fray Bernardo; no se equivocaba.

Se interrumpió Luis, porque sonaron algunos golpes dados en la puerta de la habitación.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la doncella—. Llamán, quizás te buscan.

—Lo veremos—dijo el paje mientras se dirigía a la puerta.

—¿Qué haces?... Ocúltate, huye.

—Si he sido torpe, debo sufrir el castigo—interrumpió Luis.

Y abrió antes de que pudiera detenerlo su señora, y retrocedió un paso, y abrió más y más los ojos, y luego quedó inmóvil, sorprendido, admirado y aterrado como quien ve un fantasma o un cadáver que se levanta de la sepultura.

Había reconocido al padre Bernardo.

Blanca dejó escapar un grito de terror.

Entró lentamente el dominico.

Su semblante tenía la expresión más dulce.

—Que Dios os bendiga—dijo con tono de humildad.

Y se sentó, mirando alternativamente al paje y a la doncella, añadiendo:

—Tranquilizaos.

—¡Vos aquí!

—Gracias a la protección divina y al auxilio de Mateo que vive en la casa inmediata a la que me ha servido de anfitrión... Vos no sabéis que Mateo es aquel desgraciado esbirro a quien engañasteis y tan brutalmente maltrató el capitán en la calle de Segovia. Hace algunas horas que salí de la cueva y he permanecido en el alcázar, oculto en la habitación de un amigo, esperando a que salvaseis al príncipe. Debéis darle a Dios gracias por no haberlo conseguido, y sobre este punto no me pidais explicaciones.

La doncella y su paje, completamente aturridos, escuchaban a fray Bernardo sin acortar a decir una palabra.

El fraile, siempre con la misma calma, prosiguió diciendo:

—No quisisteis aceptar mi proposición, y os ha sucedido exactamente lo que os anuncié. Habéis olvidado un detalle; no se os ocurrió pensar que en el cañón de la chimenea, como en todas las de

esta clase, hay una reja para resguardo de la habitación, y por quitar esa reja debísteis haber empujado, lo cual os hubiera sido fácil, bajando vos primero, limando los hierros y dejando así expedita la salida. Ya es tarde para remediar la torpeza.

—Pero vos...

—Nada he perdido, porque don Carlos morirá; no será rey...

—¡Oh!

—Es cuanto deseo.

—Y entonces, ¿por qué queríais ayudarme a salvarlo?

—En eso consiste mi secreto, y no permitáis que lo guarde, así como vos guardáis otros muchos. Ahora permitidme que os dé un buen consejo.

—Vos, que sois mi mayor enemigo...

—Os equivocáis.

—Me habéis perseguido, habéis querido asesinarme o encerrarme en la Inquisición...

—Porque así me convenía; pero ahora no. Yo no tengo odios para nadie, ni cariño; no tengo vanidad ni hay para mí cuestiones de amor propio, sino de conveniencia, porque en mí no hay pasiones, no hay más que razón y juicio, y como también se hacer uso de la voluntad, me domino cuando la razón me manda dominarme. Sois un niño; no conocéis el mundo ni el corazón humano, y os dejáis llevar por los impulsos de vuestra alma generosa. Tenéis una gran inteligencia; pero os falta experiencia, y os extraviareis, os perdereis.

—Tal vez; pero mi conciencia...

—¡Bah!... ¿Tenéis seguridad completa de que al favorecer a don Carlos favoreceis la verdadera justicia? ¿Podéis decirme si el hijo merece más consideraciones que el padre? Y en cuanto a vuestra venganza...

—No quiero vengarme, no—interrumpió Blanca.

—Pero yo quiero que no queden sin castigo Ruy Gómez y su esposa—añadió el paje.

—El castigo lo recibirán, os lo aseguro; pero cuando llegue la ocasión; entre tanto, olvidaos del príncipe, os lo aconsejo de buena fe, porque ya no

lo salvaréis. Seamos amigos leales, trabajemos unidos para llegar a un fin y... ¡Dios sabe hasta dónde iremos! Lo que a vos os falta, es dour, el juicio y la experiencia, lo tengo yo, y con esto y vuestro ingenio, vuestra audacia, vuestra viveza y el vigor incansable de vuestra juventud, seremos más que el rey, dueños del mundo, y os elevaréis y vuestra fortuna no tendrá igual, así como yo llegaré adonde me propongo. Si aceptáis mi proposición, quedaréis en palacio, ganaréis la confianza de su majestad, y antes de seis años seréis su ministro, el depositario de los secretos de su tenebrosa política, seréis la influencia casi omnipotente, seréis el verdadero rey de España.

—Nada de eso quiero.

—¡Pobre niño!

—¿Y qué sucederá si no acepto?

—Os perderéis, ya os lo he dicho—Le contestó con indiferencia el fraile.

—Pero vos...

—Os dejaré en paz. No abusaré de las ventajas de mi posición, os lo juro; no abusaré, porque no me conviene. Si no aceptáis ahora, puede llegar un día en que me busquéis, y no me conviene involucraros. Muy pronto tendréis la prueba de todo esto, porque veréis cómo aseguro que nada tenéis que ver con el abuso de que he sido víctima, y cómo revelaré que me equivoqué al creer que vos erais el diablo de palacio. Lo repito, no me conviene haceros mal, y como no me conviene, no os lo haré.

—De lo cual se deduce...

—Que nada tenéis que agradecerme.

El paje se sentía cada momento más aturdido.

¿Debía temer que lo delatase fray Bernardo?

Si tal hubiera sido la intención de éste, no tenía para qué esperar, ni mucho menos provocar aquellas explicaciones.

De todas maneras, Luis no podría ya detenerse ni hacer otra cosa que huir en caso de apuro, y esta determinación no le convenia adoptarla inmediatamente.

Iba a replicar cuando el dominico se puso en pie, y con la misma calma que antes, dijo:

—Reflexionad y decidíos. Ya sabéis quién soy y dónde podéis encontrarme a todas horas.

—Esperad—replicó vivamente el paje.

—No.

—Ahora no os dejarían salir del alcázar.

—Ya lo sé; pero tengo habitación aquí donde pasar la noche. Que el cielo os bendiga.

Al pronunciar estas palabras, salió fray Bernardo.

La doncella y Luis se contemplaron como si se interrogasen.

—Debemos huir—dijo Blanca después de algunos momentos.

—¡Oh!—exclamó el paje con voz reconcentrada.—Triunfare o morire.

—Luis.

—No me supliquéis.

—¡Dios misericordioso!

—Mi querida señora, necesitamos descansar, porque no sabemos lo que mañana puede suceder.

Convenciose la doncella de que era imposible hacer cambiar de resolución a Luis.

¿Cometía ésta una imprudencia?

¿Debía temer que el dominico lo delatase?

Fray Bernardo había dicho la verdad, pues no estaba hacer mal alguno al travieso niño, sino al contrario, estaba decidido a protegerlo en cuanto fuese posible.

Así terminaron los sucesos de aquella noche.

El tiempo debía probar que el dominico no se equivocó en cuanto a la suerte del príncipe don Carlos.

CAPÍTULO CXXIII

La consulta

Apenas los primeros crepúsculos de la mañana empezaban a romper las negras tinieblas de la noche.

Reynaba un silencio profundo en el alcázar. Y, sin embargo, no dormían sus habitantes, porque

el suceso de la noche anterior había infundido en todos los corazones tal espanto, que no había quien se creyese seguro en su aposento.

Felipe II se hallaba en la habitación que le servía de despacho y que ya conocen nuestros lectores; estaba sentado delante de la mesa, donde apoyaba los brazos, y, descansando la frente entre las manos, de manera que ocultaba el rostro, parecía dormir profundamente. Allí había pasado la noche, ya escribiendo, ya dando órdenes a sus gentileshombres, ya revolviendo en su cabeza varios planes o devorando sus dolores y sus celos. El sueño no había cerrado sus ojos.

Algunos instantes permaneció inmóvil, y, al fin, levantó la cabeza, se pasó las manos por la frente, sus párpados se movieron con dificultad y luego exhaló un profundo suspiro.

Entonces, a la luz de la bujía que ardía sobre la mesa y a los resplandores de la aurora que entraban por el balcón, pudo verse su rostro pálido y desfigurado, sus labios resecos y blanquecinos y su mirada sombría.

Su diestra cogió una campanilla de oro que había sobre la mesa, agitóla, y al repetirse los metálicos sonidos en las bóvedas del aposento, la puerta se abrió, presentándose un gentilhombre.

—¿Están cumplidas todas mis órdenes?—le preguntó el monarca.

—Todas, señor.

—Que venga el duque de Feria.

—Bien, señor.

—Y don Ruy Gómez de Silva.

Salió el gentilhombre, y pocos momentos después llegaron los dos personajes a quienes llamaba el rey.

Fuera efecto de no haber dormido o de otra cualquiera causa, sus semblantes estaban taciturnos y parecían como temerosos de acercarse al monarca.

—¿Ha ocurrido alguna novedad?—les preguntó Felipe II.

—Ninguna, señor.

—¿Y el príncipe?

—Acostado.

—¿Duerme?

—Parece dormir.

—¿Y habéis podido averiguar alguna cosa?

—Nada—contestó Ruy Gómez.

—Se burlan de mí — repuso el monarca con amargura.

—Se burlan de todos, señor.

—¡Y tal vez sea el último de mis criados, el más ruin! ¡Oh!... ¡Y todo mi poder se estrella contra la astucia de ese miserable!... Es más castor que se araban las burlas.

—Señor...

—Dentro de un cuarto de hora ha de quedar el príncipe en la habitación que he mandado disponerle. Con vuestra cabeza me respondéis de su persona; procurad, pues, ser más vigilantes.

—Señor—dijo el duque—, vuestra majestad ha visto...

—Sé que sola leal como ninguno—le interrumpió el monarca—; pero anoche estuvisteis torpe en demasía, dejando escapar a los traidores.

—Vuestra majestad sabe que les salí al encuentro; pero nada se puede contra quien se filtra por las paredes como un fantasma.

—No hablemos más de este asunto.

—Esperamos las órdenes de vuestra majestad.

—Escuchadme atentamente. En la nueva prisión no hay ventanas, ni chimenea, ni agujero alguno más que la puerta. He tomado cuantas precauciones son imaginables. Dos gentileshombres velarán constantemente. La comida se trinchará en una habitación inmediata, donde la dejarán los monteros para que desde allí la entren en la del príncipe los que están encargados de su custodia. Nadie le hablará más que sus jueces, el confesor y el médico, éste delante de los gentileshombres. Así, a menos que la traición se introduzca entre los caballeros elegidos para guardar al príncipe o que alguno de ellos sea ese a quien llaman el diablo, es imposible que se repita el suceso de anoche.

—¿Ya tiene vuestra majestad nombradas las personas que han de vigilar al príncipe?

—Todo está ya hecho.

—¿Es decir, que sólo falta...?

—Que se conduzca al príncipe a su nueva habitación.

—¿Qué precauciones hemos de tomar?

—Las mejores son una fuerte escolta, porque el diablo que nos persigue debe temer más a una alabarda que a la cruz.

—¿Y si el príncipe se resistiese a seguirnos?

—Si tal sucediese, le meteréis en una silla de manos.

—Para eso se necesitaría la presencia de vuestra majestad.

—Iré si se hace preciso, pero en el último extremo. Ya comprenderéis que me sería muy doloroso presentarme a mi hijo en tales momentos.

—Las órdenes de vuestra majestad serán cumplidas fielmente—dijo el duque.

—Y averiguad—repuso Felipe—, averiguad a toda costa, porque diera yo la mitad de mi vida sólo por saber quién es ese traidor. No despreciéis la menor sospecha ni el más leve indicio, porque no es más que un hombre al fin, y le venceremos con la constancia.

Dicho lo cual, el monarca despidió al duque y al de Ebnú, y pocos momentos después el príncipe don Carlos salía de su dormitorio rodeado de alabarderos.

Hallábase en tal estado de debilidad el desdichado joven, que tuvo que apoyarse en el brazo del de Feria.

Permítanos el lector que demos una idea de la nueva prisión que se destinaba al príncipe.

Estaba situada en uno de los torreones del alcázar y era un aposento cuadrado de bastante extensión. Sus paredes, de piedra, estaban cuajadas de caprichosos bajorrelieves representando flores desconocidas, monstruos imaginarios y otras figuras extrañas, separadas de trecho en trecho por columnas que desde el pavimento llegaban a la mitad de la pared, donde las coronaba una ancha cornisa, sobre la cual volvían a repetirse las columnas y los relieves hasta llegar al techo, de cóncava forma y adornado de grandes rosetones.

No había ventanas ni agujero alguno por donde entrase la luz del día, más que una estrecha puerta.

¿Qué había sido el objeto del que mandara labrar aquella habitación es difícil adivinarlo, y como tampoco nos importa, no lo intentaremos.

Hubábase puesto una alfombra sobre el pavimento de mármol, y no se veían otros muebles que una cama digna de un príncipe, una mesa y dos sillones, amén de un brasero y una lámpara, cuyos resplandores se perdían en aquel recinto lóbrego y extraño.

Por el lado de la puerta comunicaba aquella habitación con la destinada a los gentileshombres guardianes del príncipe, por cuya habitación se salía a otra donde había de trincharse la comida, y en esta habitación había una puerta que daba paso a un salón oscuro, cuyo techo tendría la mitad de la altura de la prisión y que estaba separado de ésta sólo por una de sus macizas paredes. Este último salón estaba siempre cerrado, porque de nada servía, y lo mismo pensaron después que se hubo trasladado al príncipe al inmediato.

Seguían después otras habitaciones, destinadas a los sirvientes de la última clase y al cuerpo de guardia de los doce alabarderos.

Conocida por el lector la nueva estancia de don Carlos, nos ocuparemos en continuar nuestra historia.

Como ya hemos dicho, estaba muy adelantado el proceso del príncipe.

Para las diez de la mañana de aquel día se había mandado llamar, por orden del rey, a varios eminentes teólogos, y a la hora citada se hallaban todos reunidos en el mismo salón en que días antes se reunirían también los consejeros. Entre ellos estaba el cardenal Espínosa, como juez de la causa, como inquisidor y como teólogo.

Presentóse el rey a la respetable asamblea, más que grave, triste y abatido, y, tomando la palabra con mesurado tono, dijo:

—Tristísimo es el reconocimiento que me obliga a reunir mi consejo de conciencia; pero es preciso, así lo quiere el Creador de todo, cumplirse su voluntad. Deseo que resolvais mis dudas sobre un punto de que depende quizá mi salvación. Voy a

exponeros el caso, y vosotros, con la voz de la conciencia, me contestaréis lo que ella os dicta.

Meditó el monarca algunos instantes, mientras que todos guardaban el más profundo silencio, y luego prosiguió:

—¿Qué pena merece el hijo de un rey que se haya unido con los enemigos de su soberano y de su patria y que piense en vengarse de su padre de la misma manera que de cualquier otro enemigo? ¿Puede en conciencia el padre perdonar al hijo, o está obligado a entregarlo a la justicia? Meditadlo y contestadme, y para que con más libertad habléis, os dejo solos.

Dicho lo cual, Felipe II se fué.

Siguióse una discusión, de que haremos gracia al lector.

Pasó una hora, y, volviendo el monarca, preguntó:

—¿Lo habéis meditado?

—Sí, señor.

—Os escucho.

El cardenal Espinosa tomó la palabra en nombre del Consejo, y dijo:

—Señor, todos convenimos en que hay dos caminos igualmente justos y posibles según todas las leyes de la conciencia: el curso regular de la justicia y el castigo, y la misericordia y el perdón. La elección es de vuestra majestad: puede hacer uso de su autoridad de príncipe o mostrarse solamente severo juez. Vuestra majestad debe considerar dos cosas en la administración de sus estados: el título de soberano y las funciones de juez. Si se considera esto último, nada hay que le excuse de hacer justicia y castigar el crimen, sin excepción de personas: si lo primero, autorizado está para dar cabida en su pecho a la piedad, a la misericordia y al perdón. Además, importa mucho que vuestra majestad tenga presente que, usando de esos mismos derechos de monarca, en muchas ocasiones ha seguido los generosos sentimientos de su corazón para perdonar a un malhechor a quien ni siquiera conocía, y que con más razón debe vuestra majestad ejercer sus misericordiosos impulsos tratándose de su propia sangre, de un hijo de sus

entrañas. Y yo, en nombre de los respetables y sabios varones que están presentes, suplico a vuestra majestad que en esta ocasión imite el proceder del gran Carlo Magno, que perdonó a su hijo, que había conspirado contra su persona.

A la voz del cardenal unieron la suya los respetables sacerdotes que componían el Consejo, rogando encarecidamente y con muestras de piadosa ternura que perdonase Felipe a su hijo.

El monarca, con la cabeza apoyada entre las manos, permaneció meditabundo, y, rompiendo al fin el silencio, volvió a preguntar:

—Conociendo yo en toda su extensión los males que debe causar a mal estados el disimulo de los crímenes de mi hijo, ¿puedo perdonarle sin hacerme ante Dios responsable de las desgracias que mi clemencia produzca?

—Para vuestra majestad debe ser antes la salud de sus pueblos que la vida de su hijo. Ejemplo de esto es Moisés, que pidió ser anatémizado por el bien del pueblo. Empero, cuide vuestra majestad de no equivocarse y que un exagerado celo por el bien de sus vasallos y el lustre de la religión ciegue su entendimiento.

—Si no castigo a mi hijo, si se sienta en el trono, España será protestante.

Todas las cabezas se inclinaron, como agobiadas por enorme peso, y nadie contestó.

—Puedo perdonar a un asesino, pero no a un hereje.

Los consejeros excitaron nuevamente al monarca para que diese cabida en su pecho a la misericordia, y, despidiéndose, salieron.

Casi podemos decir que estaba pronunciada la sentencia del príncipe.

Los celos habían cegado al monarca; su ardiente fe religiosa, que rayaba en fanatismo, no le permitía otorgar un perdón que creía criminal.

CAPÍTULO CXXIV

Lo que encontró el paje en su tesoro

Tan diversas son las opiniones de los que han escrito sobre la prisión y muerte del príncipe don Carlos, que bien pudiera decirse que hay tantos pareceres como historiadores de Felipe II. Opliar los unos que la causa fué formada al príncipe por la Inquisición, mientras otros no admiten sino el nombramiento de un Tribunal especial, compuesto como ya hemos dicho, del cardenal Espinosa, de Ray Gómez y de Brindesca; pero todos convienen en que de uno o de otro modo la sentencia de muerte se fulminó y que en ella estampó su firma el monarca, cuya política nadie ha podido aún explicar satisfactoriamente.

Gregorio Leti, entre otros, nos da minuciosos detalles de los momentos en que Felipe, al trazar la primera letra de su nombre en la sentencia, sintió tan débil su mano, que tuvo necesidad de interrumpirse para asegurar con la siniestra la diestra y poder concluir.

En nuestro concepto, no está suficientemente probado que la Inquisición tomase parte en el proceso, ni tampoco lo juzgamos creíble; pero de cualquier manera, no absolverá nuestro juicio al padre que sanciona una sentencia de muerte contra su hijo, aunque esté resuelto a no llevarla a cabo y sean cuales fueren los motivos que a ello le impulsasen. Algunos han llevado su torpe adoración hasta el punto de comparar a este monarca con Abrahán; esta comparación, además de inexacta, la juzgamos sacrilega, porque el memorable patriarca levantó el mortífero acero sobre su hijo por obedecer el mandato de Dios, mientras que Felipe II no obedecía sino a su humano juicio, sujeto a errores, a pasiones y debilidades como todo lo humano, y establecer comparación entre el juicio de un hombre y los decretos del Omnipotente es, repetimos, un sacrilegio repugnante, como todo acto

impío. Ni siquiera es disimulable y mucho menos meritoria la acción de Felipe; todo lo más, puede admirarse como rasgo de abnegación sin ejemplo, porque al fin era padre, y, como añade Leti, en aquel momento supremo circuló la sangre por sus venas como una corriente de fuego que, refluyendo en el corazón, se lo abrasaba.

Nosotros no comparamos a Felipe II con Abraham ni con ningún otro hombre, porque creemos que a ninguno se asemejaba en sus actos aquel monarca extraordinario a quien no puede negarse un talento luminosísimo, y cuya política ha sido objeto especial de largos y profundos estudios de los más sabios historiadores europeos.

Lo que entre tanta diversidad de opiniones resulta de cierto, es que la sentencia de muerte se dictó; pero no está probado, como en tan delicado punto fuera de desear, que esta sentencia se ejecutase, y de aquí deducimos que tal vez Felipe II quiso dar ejemplo de respeto a la justicia sancionando sus fallos como rey, pero que como padre no se encontró con bastante fuerza para derramar la sangre de su hijo.

Muchas consideraciones se nos ocurren al meditar este suceso; mucho podríamos decir sobre las respectivas opiniones de Cabrera, Campanas, Strada, Leti, San Miguel, Prescott, Wels y otros escritores nacionales y extranjeros; pero haríamos pesadísima la lectura de nuestra novela con digresiones que no llenarían nuestro objeto y distraerían sobremanera con su lectura.

Volviendo a nuestra historia, diremos que la reina Isabel disfrutaba de una poca de vida que ya empezaba a dar cuidado a los médicos, cuya ciencia se estrechaba contra la enfermedad moral que acababa su triste vida. Le mareaba su pasión y el terrible golpe que había recibido en la prisión de don Carlos y la suerte que esperaba al desdichado príncipe.

Este se encontraba también en muy mal estado: su debilidad era cada vez mayor, y en muchos no tenía fuerzas para sostener el trono. Contribuían sus excesos a tenerle de tal modo, pues tan débil su razón como su cuerpo, pasábase a veces

uno o dos días sin comer, y luego, como si quisiera desquitar lo perdido, devoraba un pastel con tres o cuatro perdices y un descomunal trozo de carne. Bebía a menudo grandes vasos de agua muy fría, y, según aseguraban algunos, echaba en la cama pedazos de hielo. La fiebre abrasaba al infeliz príncipe, y su desesperación buscaba consuelo a los ardores de la calentura. Culpa fué de sus guardianes tanta locura, pues no debieron darle ni el agua helada ni la nieve, y si cierto fué que sus excesos le quitaron la vida, de muchos o de todos, es responsable Ruy Gómez, encargado especialmente de vigilar a don Carlos. Nada entraba al rey en el cuarto del príncipe sin que fué inspeccionase el do Eboil, y ciertamente que el celoso guardián no permitiría que entrasen los helados por cumplir las prescripciones del médico.

Este, que era el doctor Olivares, había dicho que el paciente no curaría y que su fin estaba próximo.

Tan triste pronóstico daba contento a doña Ana de Mendoza; pero no quedaba del todo satisfecha, porque temía que la enfermedad curase, como suelen curar las más peligrosas, y ya revolvía en su cabeza un nuevo proyecto, tan criminal como todos los suyos.

Entretanto, el pajeillo examinaba sin cesar los pergaminos que componían su tesoro, para ver si encontraba camino por donde llegar hasta la prisión de don Carlos.

Habían transcurrido seis meses desde los últimos acontecimientos que llevamos referidos.

Era el 23 de Julio.

A las cuatro de la tarde se hallaba Luis ocupado en revisar sus pergaminos, con la ayuda de Sianca.

Largo rato llevaban ya de aquella manera entretenidos, cuando brillaron los hermosos ojos del paje, y, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Ya está aquí!

La doncella dejó escapar un grito de sorpresa, y preguntó al niño:

—¿No te equivocas?

—No.

—Veámos—repuso afanosamente Blanca.

—Ya sabéis que una de las habitaciones contiguas a la prisión está abandonada.

—Sí.

—Sobre ella hay un camaranchón o desván que en otro tiempo tuvo una salida que después taparon.

—Bien—dijo la condesa, cuya mirada iba examinando las líneas que el paje señalaba con el dedo en un pergamino.

—Este desván, como el aposento que tiene debajo está contiguo a la prisión y separado de ella por la maciza pared, componiendo entre desván y salón, menos altura aun que la del techo de la cámara donde está encerrado el príncipe.

—Prosigue.

—Abriendo nuevamente la entrada del camaranchón, podrá llegarse hasta la pared del aposento de don Carlos.

—Pared que es de maciza piedra.

—Cierto, pero en esa piedra hay una cosa que yo ignoraba.

—¿Cuál?

—El autor de este plano marcó aquí un punto negro, para indicar una entrada secreta...

—¿Ah!

—El tiempo y el roce de unos pergaminos con otros, casi ha borrado el punto, que yo no he visto hasta ahora.

—De modo que una vez que se penetre en el desván, el príncipe...

—Podrá salvarse.

—¡Dios mío!

—No hay que contar con la victoria, porque antes de llegar a la entrada secreta tenemos que romper una pared de ladrillo, y es muy fácil que nos sorprendan, sin contar con que en el momento de la huida entre alguien en la prisión y se repita la escena de la chimenea.

—Eso puede evitarse.

—¿Cómo?

—Poniendo en la puerta algún estorbo que no permita abrirla y que os dé tiempo para huir mientras la rompen.

—Tenéis razón.

—¡Por Dios, no expongas inútilmente tu vida!

—Desculad.

—Medita antes bien, no sea que luego se presenten obstáculos que ahora no prevés.

—Malo sería, porque una vez dado el primer paso, no podrá retrocederse.

—Mucha prudencia.

—Mucho valor es lo que necesito.

—¿Cuándo acometerás la empresa?

—Esta misma noche, y para ello voy a buscar al señor Pero León, y si podemos empezar desde luego, mañana sacaremos al príncipe.

—Prepáralo todo, caballos, armas, dinero... —añadió la doncella.

—Y una escala, porque, como véis, la entrada secreta, que por el desván es una puertecilla, por la prisión es una ventana que está sobre la ancha cornisa que divide en dos partes la altura de la pared.

—Escala tienes.

—Del dinero, vos estáis encargada.

—De los caballos y armas, el capitán.

—Nada falta, pues.

—Falta salvarle.

El pajeillo encerró su tesoro, y, despidiéndose de Blanca, salió para ir en busca del capitán.

CAPITULO CXXV

De cómo el paje y el capitán comenzaron su obra

A las doce de la noche de aquel mismo día, dos bultos atravesaban silenciosamente una galería del alcázar real. Después de caminar algunos minutos entraron en una habitación solitaria y oscura; uno de aquellos bultos sacó una linterna, siguieron adelante, y, subiendo una escalera, dejaron tras sí varios aposentos y, llegando al fin a uno solitario y sombrío, se detuvieron.

Aquellos dos hombres eran el paje y el capitán. La habitación en que se hallaban no servía para otra cosa que para recoger en ella muebles, alfileras y otros objetos desechados del uso, y que estaban allí amontonados con desorden, sirviendo de abrigo a multitud de ratones.

Luis reconoció las paredes con su mirada, y, fijándose en un punto en que, a poca distancia había dos sillones antiquísimos y los restos de una papelera de cocina, dijo al capitán:

—Aquí debió estar la entrada; pero si me equivoco, no importa, porque lo mismo tiene abrirla en este o en el otro sitio, con tal que pasemos al camaranchón.

El capitán dejó caer su capa, y, blandiendo una palanqueta de hierro, contestó:

—Vengo a vuestras órdenes, señor diablo; decíme lo que he de hacer.

—Romperéis la pared culebrándoos tras estos muebles, que la casualidad nos puso aquí, extragándonos de ponerlos; tendréis la linterna a vuestro lado y la capa también, y mientras vos trabajáis yo estaré de centinela en la habitación inmediata. Si oís un silbido, ocultad la luz con la capa y no prosigáis; si dos, tomad la linterna y la palanqueta y salid de aquí, porque tendremos tiempo de ponernos en salvo: id prevenido a la defensa por si nos acometiesen, porque de ser descubiertos, no pienso morir encerrado como su alteza, sino matado a mis verdugos.

—¡Voto al diablo, eso no! Podrán hacerme mil pedazos, pero meterme en un calabozo, eso no, mientras yo lleve mi tizona.

—Arrancad a fuerza de puños cuantos ladrillos podáis y no déis sino los golpes indispensables. No hay gente por aquí cerca, pero bueno es ser cautelosos.

Oculto Pero León entre los muebles y la pared, y con la linterna y la capa cerca de sí, empujó la palanqueta y comenzó la operación. Al principio se vió precisado a dar algunos golpes, pero cuando pudo introducirse en la pared la punta de su herramienta, haciendo poderosos empujes, sus fuer-

zas de gigante arrancaban trozo tras trozo de la drillo.

Entre tanto Luis, con el oído atento, brillando como dos luciérnagas sus ojos en medio de la oscuridad, estaba en la inmediata habitación desempeñando su papel de vigilante.

A cada golpe de palanca se estremecía el paje y el roce no interrumpido de la herramienta contra la pared, producía en él tal emoción que sentía su cuerpo agitado y le parecía que el corazón iba a salirse del pecho, según eran de violentos sus latidos.

Transcurrió una hora sin que la operación se interrumpiese.

Dieron las doce, y los sordos golpes de la rírea palanca armonizaron con los metálicos y vibrantes del gran reloj de palacio.

El capitán contempló su obra con rostro satisfecho; bien podía estarlo, porque llevaba carcomida la pared hasta la mitad de su espesor y en el espacio de cerca de dos pies en cuadro.

—Si yo pudiese dar cuantos golpes quisiera, ya tendríamos la entrada franca. ¡Voto a mis narices!... ¡No tardé tanto tiempo en San Quindí para derribar la puerta del convento donde bebí tan exquisito vino!

Continuó el capitán carcomiendo la pared y el paje vigilando.

¡Qué largas parecían las horas!

Sonó la una.

—¡Animo!—murmuró Pero León.

El pajecillo continuó inmóvil.

Dieron las dos.

—¡Bravo!—exclamó el soldado sin poder contener su alegría.

La pared estaba casi agujereada, pero en un reducido espacio.

—La noche acaba... pronto la luz del día os obligará a alejarnos—murmuró el paje.

Cuando se oyeron las tres, la palanqueta acabó de taladrar el muro.

Iba el capitán a repetir su exclamación de alegría, pero le interrumpió Luis.

—¿Habéis adelantado mucho?—preguntó.

—Mirad.

—Bien, bien, capitán: mereceis el empleo de coronel que os ha prometido don Carlos.

—Dejadme continuar.

—No, porque la aurora asoma. De todas maneras, no podríamos entrar en la prisión hoy.

El capitán volvió a tomar tranquilamente su cape, ocultó la palanqueta y siguió a Luis, que con la linterna sirvió de guía.

Blanca no había podido dormir.

—¿Habéis adelantado algo?—preguntó al paje cuando lo vió entrar.

—Mucho.

—¿Cuándo podréis penetrar en la prisión?

—Mañana.

—¡Gracias, Dios mío!

—Rogadle, que bien necesitamos su protección.

CAPÍTULO CXXVI

De cómo Ruy Gómez se mostró un héroe resistiendo a su esposa

A las seis de la mañana, el doctor Olivares se presentó en el aposento de don Carlos.

El día anterior lo había pasado éste tan mal, que el médico temió alguna desgracia.

El príncipe estaba en su lecho.

Tenía el rostro pálido, hundidos los ojos, y su mirada era incierta, como si los órganos de la vista no funcionasen con regularidad. Notábase en su semblante esa indefinible expresión de horrible indiferencia que es la primera señal de la muerte, y sus descarnadas manos movíanse alguna vez sin concierto y lángidamente.

—¿Cómo se siente vuestra alteza?—le preguntó el médico.

—Muy débil—contestó con voz desfallecida el infeliz don Carlos.

—¿La boca?

—Seca... quiero agua... mucha agua.

—¿La cabeza?

—Se me arde.

—¿El pecho?

—Apenas puedo respirar, y me atormentan unas punzadas terribles sobre el corazón... Quiero agua.

El médico examinó atentamente el rostro del príncipe, y el suyo se anubló; observó el pulso, le hizo algunas preguntas más, y luego dijo:

—Voy a recetaros, y espero que encontraréis alivio antes de mañana.

—Me es indiferente la vida, y si no fuera un crimen, os rogaría que me la quitáscis.

—Dios sólo dispone de la vida de sus criaturas.

—Y los hombres también—repuso con acento de amargura de don Carlos.

—Después volveré—dijo Olivares, que no quería seguir ciertas conversaciones.

Y, saliendo, preguntó por Ruy Gómez de Silva.

—En su aposento está—le contestaron.

Dirigióse el doctor en busca del favorito del monarca, y encontrarlo acompañado de su esposa.

—Bien venido, señor Olivares—le dijo éste.

—¿Habéis visto al príncipe?—le preguntó la de Eboli.

—De su cuarto vengo.

—¿Cómo le habéis encontrado?

—Cerca de la muerte.

Doña Ana se estremeció, palidiecieron sus mejillas, pero luego brillaron sus ojos.

—¿Es decir, que no hay esperanza?

—Voy a recetarle un medicamento que producirá una reacción bastante violenta y que dará por resultado la vida o la muerte, casi instantáneamente; pero como se trata de un príncipe, no me atrevo a recetar sin que antes se me haya autorizado para ello.

—¿Y qué sucederá si no nos decidimos?

—Que su alteza morirá, pero dentro de tres, cuatro o cinco días.

—De modo que todo lo malo que pueda suceder es acelerar su muerte algunas horas, pero teniendo, en cambio, la ventaja de que tal vez se le dé la vida.

—Exactamente.

—¿Qué opináis?—preguntó Ruy Gómez a su esposa.

—Yo no me atrevería a tanto—contestó doña Ana.

—¿Qué se pierde? ¿Algunas horas de agonía que sólo le sirven de tormento?

—Recetad, amigo mío, y que Dios os ilumine en este momento—dijo Ruy Gómez.

Y poniendo papel sobre una mesa, invitó a Olivares a que extendiera su "répica".

Trasó el doctor sus homicidas garraños, y, después de dirigir algunas corteses frases a los esposos, salió.

—¿Daréis a don Carlos esa pócima?—preguntó a Ruy Gómez doña Ana.

—Dentro de cinco minutos.

—¿Y si se salta?

—Dios le dé larga vida.

—¿Qué decís?—preguntó la dama, en cuyo rostro se pintó la sorpresa y el ecojo.

—¿Pensáis en otro nuevo crimen?

—Pienso en salvarme, en salvaros.

—Señora, burlaos de mí si os place; pero hay momentos en que uno se siente dominado por ciertos presentimientos contra los cuales la voluntad es impotente, los mayores esfuerzos son inútiles.

—¿Habéis soñado con alguna hucha?—dijo con tono de burla doña Ana.

—No he soñado, señora.

—Entonces...

—Es un pensamiento que no puedo desahogar.

—¿Pero en que consiste?

—En creer que van a ser descubiertas todas nuestras intrigas.

—Siempre habéis sido débil—contestó desdenosamente la princesa—, y fuera extraño que a la vejez hubiésetis energía. No me sorprende lo que decís: sé que en las graves situaciones no es el valor la cualidad que más os distingue.

—Habéis dicho una gran verdad—repuso el cortesano con acento triste—. He sido muy débil, y tanto, que no he podido resistir vuestra caprichosa tiranía; he sido para vos no un esposo, sino un esclavo, quizá menos, un instrumento al cual se

maneja como se quiere. En una sola cosa os habéis equivocado, y es en pensar que la vejez no puede daros valor y energía.

—¡Vos energía!

—Tanta he de mostrar, que por primera vez en mi vida me negaré a obedeceros. No luchéis, porque será en vano; me cansan las intrigas, me horrorizan los crímenes...

—¿Estáis arrepentido?

—Sí.

—Decidlo a vuestro confesor; yo no lo soy.

—Es verdad: vos sois el demonio que el infierno ha puesto a mi lado para que se pierda mi alma.

—Don Ruy—dijo orgulosamente la princesa—si sois mi enemigo, obrad como os plazca; pero os prohibo que me faltéis a las consideraciones que se me deben.

—Señora, los viejos no somos galantes.

—Pero pueden ser respetuosos.

—Terminemos esta conversación, porque además de ser enojosa, me hace perder un tiempo precioso.

—Es verdad—repuso con amarga ironía la reina—, es verdad, se pierde un tiempo precioso, que debe emplearse en salvar al príncipe la vida para que se siente en el trono y os haga sentar a vos en un cadalso. Sí, sí, corred, que ya llegará un día en que vuestra buena obra os valdrá un collar, que si no es el del Tolsón, será el de la cuerda que os ponga el verdugo.

—¡Señora!

—Entonces les diréis al príncipe que os debe la vida, y él os dará las gracias, porque al salvarle le proporcionáis el placer de que os ahorque. No perdáis, pues, el tiempo, que es precioso.

—Ni vuestra ironía, ni vuestras amenazas ni nada en el mundo me hará retroceder.

—¿He intentado acaso haceros desistir de vuestro propósito de arrepentimiento? Salvad al príncipe y sed luego el blanco de todas sus iras; nada me importa, porque en mí no ha de cebarse su venganza, porque a mí no ha de ultrajarme. La vida del príncipe o la mía están de más en el mundo;

si vos le salvais, yo moriré; si muere, vivirá, porque aún tengo que vengar muchas ofensas y que aniquilar algunos enemigos.

—¿Qué decís, señora?—preguntó con espanto Ray Gómez de Silva.

—¿Qué os importa? ¿No os habéis trazado ya vuestro plan de conducta? ¿No decís que vuestra resolución es firme?

—Habéis perdido la razón.

—Pero no las fuerzas.

—¿No véis el abismo que se abre a nuestros pies?

—No soy cobarde como vos.

—Es que no tenéis conciencia.

—¿Y de qué habéis de acusarme?

—Señora, de crímenes.

—¿Llamáis crimen a defenderse?

—¿De quién?

—De los que intenten humillarnos y aniquilarnos. Entre la vida de vuestro enemigo y la vuestra, ¿cuál preferís?... Pero es inútil cuanto os diga, porque el miedo no os permite comprendarme; tampoco es vuestro valor, que ni aun el suficiente tenéis para defenderos.

Ray Gómez hizo un esfuerzo como el que lucha interiormente entre dos opuestos sentimientos.

—¿Os habéis propuesto desesperarme?—dijo.

—Sólo he querido haceros comprender vuestra situación, para que no pequéis de ignorante.

—Estoy ya cansado, es lo repito.

—Obrad como gustais; desde ahora no volveremos a tratar de semejante asunto. ¡Oh! No abandonéis en lo más crítico de nuestra situación... Bien, don Ray, salvad al príncipe y matad a vuestra esposa.

—Señora, dejadme esta sola vez en libertad de obrar.

—Id con Dios—repuso la dama, clavando en su esposo una mirada del más alto desdén.

Y, poniéndose de pie, volvió la espalda a su esposo y se dirigió al aposento inmediato.

—Quiero alguna vez ser dueño de mis acciones—dijo el de Eoou saliendo y llevando consigo la receta.

Seguimos a doña Ana.

Cuando estuvo sola, sentóse en un ancho sillón y oprimióse el pecho con las manos.

—Ya no puedo contar con mi esposo—murmuró—. El doctor Olivares es un sabio, y la esperanza que tiene de salvar al príncipe se convertirá en realidad. El rey empieza a reconciliarse con su hijo, porque éste aparentemente hace algunos días haber variado completamente en cuanto a sus ideas religiosas, y se complace en hablar con su confesor. Si el príncipe se salva, se sentará en el trono y yo en el patíbulo... ¡No, antes daré fin a mis días!

Las mejillas de la dama se cubrieron de un rojo carmín, se abrieron extremadamente sus ojos, y sus miembros se agitaron. Luego palideció. Su razón empezaba a trastornarse en aquel momento. Muchos días llevaba casi de completo aislamiento, siempre meditando sobre sus intrigas, siempre temiendo que la venciesen sus enemigos, y no hay razón que resista a luchas tan continuadas sin que deje de perder sus fuerzas.

—Sí—continuó—, morir o vencer; él o yo; pero jamás ambos, porque juntos no cabemos en el mundo. Si él sana, yo moriré; si él muere, yo dormiré tranquila. Esta noche, la reacción de su enfermedad debe llevarlo al sepulcro; pero si por el contrario, le es favorable, apenas declare el médico que lo ha salvado, un cólico me llevará a la tumba, el cólico que para él debió servir y que mi débil esposo no ha querido darle.

Su pecho estaba agitado.

Sus manos, crispadas, descomponían sus cabellos, sin que ella lo advirtiese.

—¡Ven, noche, ven!—exclamó—. ¡Ven con tu apacible sombra a poner término a mi afán!... ¡Oh! ¡La muerte o la vida, pero pronto, pronto!

Una sacudida violenta la hizo levantar involuntariamente, y cuando aquella rápida eólica acción de sus nervios pasó, sentóse nuevamente y quedó silenciosa y abatida.

CAPÍTULO CXXVII

La despedida

Al anochechar de aquel día hallábase la reina en su aposento, acompañada de Blanca y del paje.

Los últimos crepúsculos vespertinos penetraban por los vidrios de variados colores de las ventanas, y su escasa claridad apenas permitía distinguir bien todos los objetos de la habitación. Sin embargo, a favor de los débiles reflejos podía notarse la palidez que cubría las mejillas de Isabel de Valois, y se echaba de ver que había enflaquecido mucho, que sus negros ojos no brillaban como de costumbre y que sus movimientos eran pausados, faltos de energía sus ademanes, como si ya no quedasen a sus músculos fuerzas.

Su vida se acababa lentamente, como se marchita la flor cortada de su tallo, y eran ineficaces todos los cuidados, todos los remedios, porque su enfermedad estaba en el alma.

La desdichada reina, desde el sillón en que estaba sentada, había contemplado por largo rato el sol al ocultarse en Occidente, y los últimos destellos del astro del día arrancaron de sus ojos dos lágrimas de tanta ternura, de tan agudo dolor, que parecióle que tras ellas el espíritu abandonaba su débil cuerpo.

—¡Por Dios, señora!—dijo Blanca con acento cariñoso y consolador—. ¡Por Dios, señora, no os abandonéis al pesar, porque os estais matando!

—¡Mi vida!—contestó la reina, en cuyos labios vagó una sonrisa de esas que hacen llorar—. ¡Mi vida será muy corta!

—Vos no moriréis tan joven y tan bella—dijo el paje—. No moriréis cuando ha llegado el momento de triunfar de nuestros enemigos.

—He perdido la esperanza.

—¿Por qué, señora?

—Porque ya es tarde.

—¡Tarde!... ¡Oh!...—murmuró Luis, cuyas mejillas palidecieron.

—Ya sabes lo que ha dicho esta mañana el doctor Olivares.

—Los médicos exageran siempre, para alcanzar más reputación si se salva el enfermo.

—Tú no has visto, como yo vi, a don Carlos.

—Desde entonces...

—Cada día está peor, y temo que encuentres sólo un cadáver.

—¡Por Dios, señora, no digais tal!—replicó Luis estremeciéndose.

—Ya sabes que hace muchos días que el príncipe no puede moverse de su lecho, y esta tarde, según me ha dicho el duque de Ferla, había momentos en que ni oír ni conocer a las personas que se le acercaban. Esta noche se espera la crisis anunciada por el doctor, y no creo que la debilidad de don Carlos resista un violento sacudimiento de la naturaleza.

—¿Quién sabe?

—Y aun sucediendo así, ¿qué harás con un moribundo? ¿Sacarle en tus brazos de la prisión para que expire algunos momentos después? Para eso no debes exponer tu vida.

—Aunque supiera perderla sin salvarlo, no vacilaría—contestó Luis con noble entusiasmo—. Lucharé hasta el último momento, y si expira entre mis brazos, podré decirlo: "No he podido hacer más; ya que habéis de morir, podréis tener el consuelo de que exhaláis el postrer suspiro mientras descansa vuestra cabeza en un pecho verdaderamente amigo".

—¡Noble corazón!—murmuraron a la vez la reina y Blanca.

Hubo algunos instantes de profundo silencio.

La habitación quedó completamente a oscuras.

Nada pudo distinguirse, pero se oyeron los suspiros de aquellas dos mujeres, cuyos corazones estaban transidos de dolor.

Blanca salió, volviendo a poco rato con dos botellas, que dejó sobre una mesa dorada.

—Ved, señora, si algo tenéis que ordenarme antes de mi partida—dijo Luis a la reina.

—¿Estás resuelto?

—Sí, señora: y cualquiera que sea el éxito de mi empresa, tendré que huir.

—Y yo también—añadió Blanca.

—¿Por qué?

—¿No pensais—repuso la concella—que el rey me creería cómplice en las intrigas de Luis y, no pudiendo castigarlo, descargarla sobre mí todo el peso de su enojo?

—Es verdad.

—Además, señora, mi espíritu necesita descanso, y éste sólo puedo tenerlo en la casa del Señor.

—¿Y yo quedo sola?—murmuró Isabel—. ¡Sola!

—¡Ah! Me estremecí. Tres corazones unidos estrechamente por los lazos de la amistad más pura, se ven separados para siempre al despertar el nuevo día. Eso es horrible, muy horrible para los que ya de morir llorando, en la soledad, el uno; entre el mundo, que lo acusa, el otro.

—Muy horrible también—dijo el papa—para el ventero que ve morir a los otros mas sin poder enriquecer su agencia, y que no tiene otra esperanza que la de morir también él en medio de las honrras del combate.

La reina y Blanca permanecieron silenciosas; las mejillas estaban bañadas por el llanto.

El pejeillo apenas podía respirar: pareciale que tenía un peso enorme sobre el corazón. ¿Si al menos hubiese podido también llorar? Es verdad que las lagrimas querían salir de sus ojos negros, pero contrólas con grandes esfuerzos para evitarlo, por lo menos, no desahogarse más a la reina ni a su señora.

El infante iba a despedirse para ir a capear en algunas de las personas, unidas en el peligro, que, después de don Carlos, eran sus amigos verdaderos. A despedirse para ir en busca de la muerte que debían encontrar, o aquella misma noche al acometer su atrevida empresa, o algunos días después en Flanques, donde tendría para el desahucio de morir en defensa de los enemigos de su fe religiosa, desahucio que era muy grande para el desdichado niño, pues su travestido no quitaba que fuese un batallón de puras creencias.

Mucho padeció en aquellos instantes solemnes.
—¿Tendré fuerzas para despedirme?—pensó para sí el paje.

Conoció que no las tenía y juzgó prudente decir que volvería después.

—Ya es de noche, señora—dijo—y el capitán Pero León me espera.

—Dentro de algunos años—repuso la reina—serás un hombre y tu valor te habrá dado mucha gloria en los campos de batalla; pero yo no te verá.

—Si escapo del alcázar esta noche, con el príncipe o sin él, y en Flandes no muero, volveré a Madrid dentro de algunos años, y el Diablo de Palacio será el diablo de la villa y andará listo para vengar a sus amigos y castigar a sus enemigos. Entonces mis facciones se habrán transformado, no me reconocerán y volveré a ser el ente misterioso e invisible, tormento del rey, de doña Ana y de Ruy Gómez.

—¡El cielo te bendiga!

—No puedo detenerme—repuso Luis que estrujaba entre sus manos su gorra de terciopelo.

—¿Volverás?—repuso Isabel.

—Sí, señora—contestó el paje, que apenas podía pronunciar una palabra.

—¡Adiós, hermano mío!—dijo Blanca.

Y lo estrechó entre sus brazos.

Luis le dio un beso y huyó rápidamente.

El llanto empezó a correr por las mejillas de aquellas dos infelices mujeres.

CAPÍTULO CXXXVIII

La confesión

Mientras que el paje chico se despedía de la reina y de Blanca, el príncipe don Carlos, sintiéndose más débil cada vez, mandó que llamasen a su confesor, el reverendo Chaves, y pocos momentos después el sacerdote entró.

La luz de la lámpara daba de lleno en el rostro pálido y descompuesto del príncipe, que con la boca entreabierta respiraba y hablaba trabajosamente.

Sus mejillas estaban demacradas en extremo, sus ojos apagados y por entre sus labios secos y blancucinos salía un aliento corrompido.

Nada quedaba en su semblante de su belleza, nada de la animación que tanto le distinguía en otro tiempo: nadie hubiera dicho que allí se retrataban antes las emociones más dulces y más violentas como si el alma asomase a los ojos. Todo lo borra la muerte, nada respeta su mano.

El sacerdote contempló al moribundo por algunos instantes: cruzó las manos, hundecióronse sus ojos, y elevó al cielo una mirada de suplicante perdón.

—¿Os sentís peor?—preguntó luego a don Carlos con acento de consoladora dulzura.

—Se acerca mi fin, padre.

—Tened esperanza.

—Ya no me importa el mundo, y todo mi afán se cifra en que Dios me perdone y me de un lugar en su santa gloria.

—Nada hay comparable con el lugar que Dios más dichoso reserva a los buenos.

—¿Me perdonará mis pecados, padre mío?

—Sí; con tal que el arrepentimiento sea verdadero.

—Mis pecados son muchos.

—Por enormes que sean, un instante de verdadera contrición puede borrar cien años de pecados horribles.

—Me consoláis mucho.

—El nombre del Omnipotente siempre consuela—dijo el confesor, poseído en aquel instante de la más pura fe.

—¡Es tan dulce la idea de Dios!—murmuró el príncipe.

—Pues figuraros cuán dulce será su divina gracia y cuán dulcísima su gloria eterna.

—Yo he pecado, aborreciendo con odio profundo a muchos de mis semejantes.

—Esa es la fuente de casi todos los pecados, la falta de amor al prójimo, que es también la falta de amor a Dios, porque no ama ni honra al Creador el que no ama y honra sus obras.

—Me habían causado mucho mal mis enemigos...

—Vos lo hacéis a Dios cada día con vuestros pecados, a Dios grande entre los grandes, a Dios omnipotente, y es misericordioso y os perdona.

—Yo también perdono a mis enemigos, y los perdono de todo corazón, y quiero que ellos me perdonen; pero... mi padre, que me perdone al padre...

—Os perdonará.

—Quisiera despedirme de él... recibir su bendición... morir tranquilo...

—No os negará la bendición después que se hayáis confesado.

—¿No me la negará?

—No, hijo mío.

—Pues recibid mi última confesión, y absolvéme, y luego rogad a mi padre que me bendiga.

El sacerdote se acercó al lecho de muerte, con Carlos recogió sus ideas y la confesión completa.

Respetemos este acto solemne.

CAPÍTULO CXXIX

Cómo se encontraban los amigos y enemigos del príncipe

En tanto que el príncipe luchaba con la confesión sus pecados, doña Ana de Mendoza se preparaba a cometer el más execrable de todos el suicidio.

Su mano criminal había preparado un veneno muy activo, y la copa de plata que lo contenía se iba sobre una mesa, siendo objeto de la atención de la muerte que con ojos espantados, la contemplaba de hito en hito, mirándole palabras dantescas hijas de su estado de exaltación mental.

Los ojos de la princesa estaban encorvados por el ardor de la fiebre, sus mejillas pálidas y contraídas su frente. Sus labios se agitaban a impulsos de un temblor convulsivo, y sus crispados dedos

tremoleros también, solían de vez en cuando separar de su agublada frente los negros cabellos que en desorden sobre ella se esparcían.

La soberbia, el odio, y la desesperación se pintaban a la vez en el semblante de la noble dama.

Habíale dicho que la reacción anunciada por el médico empezaba a manifestarse, y aguardando la noticia del resultado, para decidir de su vida, permanecía en pie junto a la cama patal.

Terrible momento aquel. Su orgullo herido, su soberbia abatida, no podía soportar ni aun la idea de la existencia si se veía vencida en la lucha criminal que había sostenido tanto tiempo.

La péndola de un dorado reloj que había en el aposento anunciaba a la princesa, con sus acompa- ñadas oscilaciones, que se acercaba el instante en que debía triunfar o ser vencida.

Entanto, el terror y la agitación se habían apoderado de todos los corazones que palpitaban en el alcázar.

Nadie se atrevía a levantar la voz; pero todos se hablaban al oído y se cruzaban miradas sombrías.

Todos procuraban pisar de modo que no hiciesen ruido; pero no había nadie que estuviese quieto, todos iban y venían de prisa, y muchos de ellos sabían el objeto que los llevaba de un lado para otro.

Don Carlos espiraba.

La conciencia remordía a Ruy Gómez.

El paje y el capitán adelantaban su obra.

La reina oraba con fervor y en compañía de Blanca, que en sus rezos mezclaba el nombre de su paje querido.

La luz de una lámpara de plata iluminaba a las dos infelices mujeres. Sus semblantes expresan tanto dolor, tanta dulzura, como soberbia y desesperación el de la princesa de Eboil.

— ¡Dios mío! — exclamó la reina. — ¡Dios de infinita bondad, no os pido que salvéis mi triste vida, pero sí la suya! ¡Misericordia, señor!

El llanto corría abundantemente por sus mejillas y se llevaba tras sí la débil existencia de aquella mujer desdichada.

—Blanca, vé a saber cómo está el príncipe y si ocurre alguna novedad. Tiemblo por Luis, noble criatura de corazón sin igual, de abnegación inconcebible.

La doncella salió después de enjugar su llanto y de hacer un esfuerzo para aparecer tranquila.

Pocos momentos transcurrieron, pero fueron siglos de horrible angustia para Isabel de Valois.

La doncella volvió agitada y se arrojó en los brazos de su señora.

—Está expirando—exclamó.

—¡Expirando!—repitió la reina con desgarrador acento—. ¡Dios mío, Dios mío!

Violentas palpitaciones agitaban los pechos doloridos de aquellas infelices mujeres.

Reinó un profundo silencio, interrumpido sólo por los sollozos de Isabel y de Blanca.

Tristísimo cuadro el que presentaban.

La reina había ocultado el rostro en el seno de su amiga y la estrechaba fuertemente entre sus brazos como si tuviese miedo.

Así transcurrió media hora.

¡Cuánto sufrían!

Isabel levantó al fin la cabeza y dio nuevamente orden a Blanca para que fuese a preguntar por el príncipe.

Esta vez tardó largo rato la doncella.

—Confiesa con el padre Chaves y sigue expirando—dijo al entrar—. Oremos, señora.

—¿En qué te has detenido?—le preguntó la reina.

—En averiguar... y... nada más...

—No, Blanca—repuso asustosamente Isabel—. Algo ocurre. Habla.

—Quise ver a Luis.

—¡Blanca!

—¡Oh!, le amo como a un hermano.

—¿Has cometido alguna imprudencia?

—No pudo contenerme y me dirigí al aposento donde está con el capitán...

—Pronto, prosigue...

Pero al subir la escalera tuve miedo, no por mí sino por el... mi presencia podía comprometer...

—¿Y retrocediste?

—Quedé parada. y al fin, avanzó algunos pasos...

—¡Dios mío!

—Y entonces llegó a sus oídos el ruido de los golpes de la palanqueta con que derriban la pared... ¡Allí estaba Luis; allí estaba su corazón generoso. luchando hasta el último instante!

—¿Le viste?

—Hice un esfuerzo que debió haberme arrancado el corazón, y me volví... quise una imprudencia más lo hubiese perdido... ¡Ora!

—¡Niño infeliz!

—¡Qué hermoso estará con sus ojos chiprantes de entusiasmo...! ¡Ah! y la muerte está sobre su cabeza... ¡Qué horror!

—¡Se salvará, se salvará!

—¡Roguemos a Dios, señora!

La oración devolvió alguna calma a sus agitados espíritus.

Transcurrió otra media hora, y la criada trajo a Blanca que volviera a salir a preguntar por don Carlos.

La doncella salió, volviendo con iguales noticias que las anteriores.

Doña Isabel y Blanca seguían en fervoroso rezo, que interrumpían de vez en cuando para averiguar cómo estaba el príncipe y si ocurría alguna novedad.

En el ático seguían las mormonas a media voz, y las tías y tontas.

Felipe II estaba solo en su dormitorio, y también oraba ante un Crucifijo. Sus mejillas estaban en extremo pálidas, y por su frente solían correr algunas gotas de frío sudor.

—¡Fuerza! Dios mío—exclamó—, para soportar la terrible lucha que me desgasta el alma!

La princesa de Eloth seguía contemplando la ensangrentada copa, y sus ojos brillaban con el fuego de todas las malas pasiones.

Barón las once y media.

CAPITULO CXXX

De cómo Ruy Gómez, aunque tarde, empezó a sentir el arrepentimiento

De cómo Ruy Gómez, aunque tarde, empezó a sentir el arrepentimiento.

Había terminado el príncipe su confesión, y el reverendo Chaves lo había bendecido y absuelto en nombre de la Santa Trinidad.

Llegaban los últimos momentos de don Carlos, la muerte se cernía sobre su cabeza; el ángel de su espíritu ahuyentaba a Satánás.

El que no ha estado junto al lecho de un moribundo y escuchado entre el hipo de agonía la imponente voz del sacerdote, no puede comprender la emoción que el alma siente en tales momentos. El temor, el respeto y la ternura se apoderan a la vez de nuestro espíritu, y ni los ojos pueden llorar, ni articular palabras la lengua. Inclínase la frente aunque la voluntad resista, y se teme la justicia del Eterno aunque la incredulidad quiera oponer su fría indiferencia.

El prior don Antonio de Toledo y Ruy Gómez entraron en el cuarto del moribundo, y el confesor salió para ir a rogar al monarca que diese su bendición a don Carlos.

Reinó por algunos instantes un tristísimo silencio, interrumpido sólo por el estertor de la agonía del desdichado monarca.

El prior, con acento solemne, empezó a exhortar al moribundo.

Ruy Gómez inclinó la cabeza.

El príncipe tenía entre sus manos un Crucifijo de marfil que apoyaba en su pecho.

Su respiración era cada vez más débil y más precipitada. El hipo resonaba en el interior de su pecho, y lo hacía estremecer por intervalos desiguales.

Algunas veces escapábase de sus cárdenos labios el nombre de su padre, el de su madrastra, y la

palabra perdón, y otros momentos parecía insensible a cuanto le rodeaba.

Pocos instantes le quedaban de vida, y como había dicho la reina, el paje no debía encontrar sino un cadáver.

El prior levantó la voz y se aproximaba más al lecho, a medida que se extinguía la vida del príncipe.

¡Imponente cuadro!

El sacerdote, poseído de la fe que predicaba, parecía pendiente de la respiración del moribundo, como si temiese que el alma se escapase antes de haber sentido la verdadera contrición que debía salvarla.

Ruy Gómez sufría tormentos horribles. La conciencia, con grito implacable y continuado, lo acusaba sin cesar de la muerte del príncipe, de la del marqués de Poza y de la que amenazaba también a Isabel de Valois. En vano luchaba el débil esposo por apartar de su memoria el recuerdo de sangrientos episodios, cuyos más insignificantes detalles se lo representaban para desgarrarle el alma. El tormento de la conciencia es el peor de todos, el más insostenible, porque ni las fuerzas ni la voluntad bastan para defenderse de él. Las exhortaciones del prior, expresadas con toda la elocuencia del que había inspirado por la fe, recordaban a Ruy Gómez que había un Dios de severa justicia y el que todos tenían que dar cuenta de sus acciones.

El de Eboli, de edad avanzada ya, próximo a la muerte, sentía más vivamente el temor de someterse al juicio terrible del Eterno. Mucho sufría, repetimos, en aquellos momentos. Su rostro estaba pálido en extremo; parecía no atreverse a levantar los ojos, cuya mirada, que a la vez expresaba el espanto y el dolor, estaba fija en el pavimento. Temblaban sus manos y se doblaban sus rodillas, en extremo débiles. Más de una vez el aterrado y arrepentido cortesano estuvo a punto de precipitarse en el lecho del príncipe para demandarle su perdón: pero detúvose al instante de interrumpir al sacerdote, precisamente en los momentos en que

las palabras de éste eran quizás la salvación del moribundo.

El doctor Olivares se presentó en el aposento y se acercó al moribundo.

—Tarde venís—le dijo el prior—. Dejadme salvar el alma: el cuerpo ya no puede salvarse.

—Continuad, que yo no os interrumpo—contestó el médico con la frialdad del que mira la muerte desde el punto de vista de la ciencia.

Y luego observó el pulso de don Carlos; examinó sus ojos, aplicó a su pecho el oído, palpó la piel de sus manos, áspera, seca y fría; tocó su frente marchita y murmuró:

—Es posible aún que se salve; pero lo más probable es que sucumba.

—¿Qué decís?—preguntó afanosamente Ruy Gómez, que en aquel momento hubiera dado su vida por la del príncipe—. ¿Queda alguna esperanza?

—La reacción comenzada—contestó Olivares—no ha podido verificarse por falta de fuerzas; pero parece que quiere manifestarse por segunda vez, y si así sucede, tal vez se prolongue al menos un poco la vida, dándonos tiempo para obrar.

—¡Oh, salvadlo!—repuso el de Eoölí.

—Voy a recetar un nuevo medicamento, del cual le daréis una cucharada no más.

—No perdáis un instante.

El doctor salió seguido de Ruy Gómez, y cinco minutos después se administraba al paciente el medicamento.

El prior, convencido de que el príncipe estaba expirando, siguió sus dolorosas exhortaciones.

El de Eoölí permaneció en el aposento, fija la mirada en el lecho de muerte, esperando ver en don Carlos un síntoma cualquiera que cambiase su aspecto, que diera la más leve animación a sus miembros inmóviles.

La voz solemne y conmovedora del prior era lo único que interrumpía el silencio imponente que reinaba allí, porque había cesado el hipo del moribundo y su respiración era más sossegada.

—El doctor no se ha equivocado—pensó Ruy Gómez—. ¡Quién sabe si aún se salvará!

En aquel momento dieron las doce, y al sonar

la última campanada del reloj, sintióse un crujido en una de las macizas paredes del aposento...

Antes de proseguir debemos llevar al lector a que presencie otras escenas que tenían lugar al mismo tiempo que la anterior.

CAPÍTULO CXXXI

El rey tiene que esconchar como hombre lo que el hombre le dice como sacerdote

Ya vimos al reverendo Chaves salir de la prisión del moribundo para decir al monarca que su hijo le pedía su bendición en aquel instante supremo.

El sacerdote encontró a Felipe II solo, triste y abatido, como lo dejamos antes.

—Señor—le dijo el reverendo Chaves—perdone vuestra majestad que interrumpa sus tristes meditaciones para llenar un deber sagrado.

—¿Ha muerto mi hijo?—preguntó el rey, cuyos ojos se abrieron extremadamente y miraron con élan al sacerdote.

—No, señor; pero su espíritu está próximo a dejar la materia.

—Sentado, padre mío—dijo Felipe con triste asenso.

—Señor—dijo Chaves—, el príncipe don Carlos acaba de confesar y recibir la absolución.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó el monarca, elevando al cielo una mirada expresiva.

—Su arrepentimiento ha sido el más verdadero, y faltaba lengua a su boca para expresar palabras de humildad para alabar a Dios.

—¡Cuánto me consuelan vuestras palabras! Ya que tan temprano la muerte me roba a mi único hijo, réstame al menos la esperanza de que Dios acogirá misericordiosamente su alma, ya que una verdadera contrición la ha purificado.

—Vuestro hijo, señor, como el último de los consuelos de este mundo y como una esperanza

de su salvación eterna, pide el perdón de vuestra majestad.

—¡Mi perdón!—exclamó Felipe II, cuyos ojos se humedecieron—. ¡Oh!... ¿Cómo ha podido dudar del perdón de su padre? Volved a su lado, corred antes que expire y decidle que yo le perdono de todo corazón.

—Señor...

—No os detengais, padre mío—interrumpió el monarca—. Que tenga ese consuelo en su agonía.

—Es poco para lo que tan justamente desea.

—¿Qué más pide? ...Todo, todo lo tendrá.

—Pide la bendición de su padre.

Felipe II se estremeció.

—¡Mi bendición—dijo—. mi bendición...

—¿Se la negais?

—Vos no sabéis lo que pasa aquí—repuso el monarca, poniendo una mano sobre su pecho.

—Vuestro hijo expira.

—Y mi corazón se desgasta, padre.

—Es preciso que vuestra majestad haga un esfuerzo.

—Os repito que no sabéis lo que pasa aquí. Más que el príncipe, deseo yo bendecirle; pero no me siento con fuerzas para verle. El mundo no me oye ahora: os hablo sólo a vos y puedo mostrarme tal como soy, tal como me siento, sin que pueda echarme en cara debilidad en este instante de dura prueba.

—¡Debilidad—repuso el sacerdote—, debilidad! Nuncais el justo dolor que causa la muerte de un hijo! Señor, si los ojos de vuestra majestad lloran, prueba será de la grandeza del corazón.

—No suele juzgar así el mundo.

—La impensabilidad no es prueba del valor ni de la fortaleza. El hombre fuerte llora también; la grandeza de ánimo sólo la emplea para ahogar la desesperación, hiza casi siempre de los agudos dolores, y para sufrir resignado. ¿Es fuerte el que no sufre por las desgracias de su prójimo? ¿Es fuerte el que ve imposible y tranquilamente morir a su hijo? Esa es la crueldad, y no el valor. ¿Qué importa a un padre que el mundo vea las lágrimas

de su justo dolor, cuando esas lágrimas le engrandecen?

—;Padre mío!—exclamó Felipe con acento ahogado y ocultando entre las manos el rostro.

—Id, señor, al lado de vuestro hijo; llorad sobre su frente marchita por la muerte, que vuestras lágrimas, como rocío consolador, endulzarán su agonía, y endulzar la agonía de un moribundo es el mayor de todos los beneficios que el hombre puede hacer. ;Qué tranquilamente expirará el desgraciado joven si siente sus mejillas humedecidas por vuestro llanto! ;Oh, dichoso el que tiene un padre que llora, porque las lágrimas de un padre no tienen igual! a ellas no alcanzan en tiernísimo dolor las de un hermano, las de un hijo ni las de una esposa. ;Dichoso el que tiene un padre que llora, porque este favor lo alcanzan pocos, porque la terrible ley de la naturaleza da la muerte al padre antes que al hijo! ;Dichoso el que al morir recibe la bendición de su padre, porque esta bendición es la de Dios y le abre las puertas del Paraíso!

—;Oh sí, dichoso mil veces!—repitió Felipe II—. ;Pero cómo ir a su lado? Las fuerzas me faltan; las fuerzas del cuerpo, no las del espíritu, no las del deseo.

El rostro del sacerdote tomó una expresión de sublime energía, de gravedad imponente, y como si no hablase al monarca, replicó:

—;Que os faltan las fuerzas del cuerpo cuando os sobran las del espíritu, las de la voluntad!... ;Oh!... ;Felipe de Austria, si el príncipe don Carlos viese una madre, la verías correr al lado de su hijo para darle el último beso! ;Y no le faltarían las fuerzas, débil mujer; le sobrarían para atravesar el mundo de polo a polo hasta encontrar al pedazo de sus entrañas para estrecharlo contra su seno y recibir en él el último aliento de la muerte como en él había recibido el primero de su vida! Y no le faltarían las fuerzas para gritar: "¡Adiós, hijo mío!" ni para exclamar, levantando al cielo sus ojos: "Virgen santa, ampara a mi hijo; su desconsolada madre queda en la tierra; sé tú su madre en el cielo, ruega por él al Santo Dios que viste

morir en la cruz, ruégale como ruega una madre." Y levantaría su mano, trémula, pero firme, y bendeciría a su hijo. ¡Y vos, que sois hombre, decís que os faltan las fuerzas! Si vuestro cuerpo está debilitado, comuníquele vigor vuestro cariño de padre. Buscad fuerzas en vuestro mismo dolor, porque un moribundo os pide su bendición, porque un hijo os llama en la agonía, y a un moribundo no se le niega cuanto puede tranquilizar su conciencia. La voz de un hijo que expira debe de ser escuchada.

Felipe II, conmovido, trastornado, cayó de rodillas ante el sacerdote, cruzó las manos e inclinó la cabeza.

—¡Padre mío—exclamó—. si supiérais cuanto padezco en este instante!

—Más padece el que expira y se sobre su cabeza la espada de la justicia divina.

—¡Perdón por mi debilidad!

—No sois débil, os engañáis a vos mismo.

—Apenas puedo sostenerme.

—Sí, podéis sosteneros. Mostrad sereno el rostro y el ánimo resuelto y firme. Os engañáis a vos mismo y os lo probaré.

—Me sería imposible dar un paso.

—Levantaos—repuso Chaves.

Y luego se dirigió resueltamente hacia la puerta.

—¡Hola!—gritó—. ¡El gentilhomme de guardia!

—¿Qué hacéis?—dijo el monarca.

Y poniéndose en pie súbitamente, oprimió su pecho, exhaló un suspiro y compuso su semblante, que en un segundo apareció grave y sereno como de costumbre. Semejante transformación debía costarle un esfuerzo de los que muy pocos hombres son capaces, pero que en Felipe II eran una costumbre.

—Id a preguntar como está el príncipe—dijo al gentilhomme.

Este salió, después de hacer una profunda reverencia.

El monarca inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Ya véis—le dijo Chaves—cómo vuestras piernas puedan sosteneros, cómo vuestro rostro se pre-

senta al mundo grave, pero tranquilo, y vuestras palabras salen de vuestra boca sin que se turbe la lengua.

—Dura ha sido la prueba.

—Pero indispensable.

—Es verdad, padre.

—¿Os sentís ahora con fuerzas para ver a vuestro hijo?—le preguntó el sacerdote.

—Os obedeceré, padre mío—contestó el rey con resignación—. Os obedeceré, porque no puedo resistir vuestra autoridad de sacerdote.

—No quiero que me obedecáis a mí, sino a los impulsos de vuestro corazón.

—¡Oh!... Si, quiero ver a mi hijo, consolarle con mi bendición en su agonía.

—¿Ese es vuestro deseo?

—Sí. Antes creí que no tendría fuerzas, pero me habéis probado cuánto puede la voluntad del hombre.

El gentilhombre volvió.

—Señor—dijo—, su alteza el príncipe de Asturias sigue en el mismo estado, según explica el señor prior.

—¿Hay alguien que piense de distinto modo?

—Don Ruy Gómez de Silva.

—Explicaos.

—Hace poco rato que el doctor Olivares vió a su alteza y le recetó un nuevo medicamento, del que se le ha dado una cucharada, según ordenó.

—¿Y el doctor opinaba...?

—Que aún era posible, aunque no probable, que se verificase la reacción.

—¿Y se ha presentado algún síntoma?

—Hace pocos instantes que la respiración de su alteza es más sosegada, y esto lo cree don Ruy sin tema bueno.

—¡Si aun se salvase!—exclamó el rey.

—No lo esperéis—dijo Chaves.

—Decid—repuso el monarca al gentilhombre—que avisen a Olivares, para que ocurre a su príncipe sin moverse de su lado.

El sirviente salió.

—Padre—añadió Felipe—, vamos a ver a mi hijo,

—Estoy a vuestras órdenes, señor.

El rey meditó algunos momentos y luego dijo:

—No respondo de mis fuerzas cuando me encuentre cerca de mi hijo.

—Señor...

—Tranquilizaos, padre, iré.

—Tengo confianza. Ya habéis podido convenceros...

—De que la presencia de otro hombre que no sea mi confesor me obliga a sacar fuerzas de mi misma flaqueza.

—Allí tiene vuestra majestad a Ruy Gómez.

—No es bastante. Quiero que me acompañen algunos caballeros, porque así, aunque tenga que desmenuzarme el corazón, me mostraré sereno.

Felipe II volvió a llamar al gentilhombre y le dijo:

—Haced que vengan dos o tres de los primeros caballeros que encontréis en la antecámara.

Pocos momentos después entraba el condestable Maldonado y dos caballeros más.

—Señores—les dijo el monarca—, quiero que me acompañéis en un lance harto triste y doloroso. Mi hijo el príncipe don Carlos, después de haber confesado con toda la fe y contrición de un buen católico, me pide mi bendición. Voy a dársela y a rogar a Dios que se dé la suya; pero este solemne acto deben presenciarlo mis vasallos más fieles, porque me servirá de consuelo ver a mi lado a las personas que me profesan un verdadero cariño.

Los cortesanos dijeron al rey algunas palabras asegurándole su adhesión y lealtad y manifestándole la parte que tomaban en su justo dolor.

—Gracias, amigos míos—les repuso Felipe.

—Estamos a las órdenes de vuestra majestad.

—Vamos, ptes.

Y llevando a la derecha al reverendo Chaves y seguido de sus cortesanos, salió el monarca con su acostumbrada gravedad y sin que en su rostro se notase otra alteración que la de una profunda arruga que se marcaba entre sus cejas.

Dejémosle copiar hacia el aposento en que esperaba el príncipe, y retrocediendo veinte minutos, veamos cómo se encontraba el pejeñito.

CAPITULO CXXXII

Últimos esfuerzos del paje

Ya conocen nuestros lectores el sitio en que habían establecido sus trabajos el paje y el capitán.

La escasa luz de una linterna alumbraba la coqueal figura de Pero León que, con una rodilla en tierra y ayudado de su palanca, ensanchaba el agujero abierto en la pared, por donde debía penetrarse al desván. Solamente las prodigiosas fuerzas de aquel hombre hubieran podido llevar a cabo la obra sin más que sus puños, pues la herramienta no la empleaba sino para hacer empuje, evitando los golpes que pudieran llamar la atención. El agujero era ya bastante grande; pero no lo suficiente para que nuestros amigos pudiesen pasar por él.

El paje, entretanto, estaba inmóvil en la puerta de la habitación, atento al menor ruido que de fuera llegaba, para evitar cualquier sorpresa. El corazón del valeroso niño latía con una violencia extrema; su cabeza parecía encendida, su razón estaba exaltada, y en aquellos momentos nada le hubiera importado la muerte, nada le hubiera hecho retroceder. La poca seguridad de encontrar vivo al príncipe le atormentaba mucho, porque si tanto esfuerzo y el arrostrar tantos peligros de nada servía, su situación después había de ser bien triste.

—¿Llegaré tarde? — pensaba —. ¿Comprometeré al capitán para no conseguir mi deseo? Al menos, Dios mío, que yo solo pague mi abreviamento. Ya no debo retroceder.

Y luego se acercó al capitán para ver el estado de su obra.

—Poco le falta—le dijo.

—¡Voto al infierno!—contestó Pero León.— ¡Si yo pudiese dar no más que media docena de golpes a mi gusto, pronto pasaríamos al otro lado! Estos malditos ladrillos están más duros que piedras.

—Y el tiempo es precioso.

—Mucho temo que sea inútil nuestro trabajo, porque llegaremos tarde.

—Y advertid que jugamos la vida, señor capitán.

—Eso es lo de menos—contestó éste a la vez que se encogía de hombros.

—Nada temo por mí; pero vos...

—¿Y qué pierdo si me cuesta la cabeza este negocio? Bastante ha servido mi pellejo. Mal podremos salir con nuestro intento; pero os juro por mi tizona que no he de dejar que me echen el guante sin haber echado yo al otro mundo a media docena de hombres. Aún me queda alguna fuerza, a pesar de este trabajo. Ya véis—añadió rompiendo un ladrillo—, pues con más facilidad se rompe la cabeza a un hombre. ¡Voto a Judas! ¡Y si pudiera coger entre mis manos a Ruy Gómez!...

—¡Ruy Gómez!... ¡oh!... ¡El asesino del marqués—murmuró el paje.

—A vuestro puesto—repuso el capitán.

—Tenéis razón. Pueden sorprendernos...

Volvió Luis a la puerta, y a los pocos instantes percibió un leve ruido, como el que hace una persona que camina con miedo de que la sientan.

—Alguien viene—murmuró el paje.

Y ya se disponía para avisar al capitán, cuando oyó una voz comprimida que dijo:

—Soy yo... Blanca.

—¡Blanca!—exclamó el paje—. Dios mío, ¿qué sucederá?

Efectivamente, la doncella llegó.

Su rostro estaba pálido y descompuesto y sus manos temblaban.

Al ver a Luis se arrojó en sus brazos, y de sus ojos brotó un raudal de lágrimas.

—¡Llego a tiempo!—exclamó.

—¿Qué buscáis?—le preguntó el sorprendido niño—. ¿A qué venís?

—A salvarle.

—¿A salvarme!... ¿Qué ocurre?

—¿Acaso no sabes que en este momento tu vida depende de una casualidad cualquiera?

—¿Pero amenaza algún nuevo peligro?

- No son pocos los que ya te amenazaban.
—¿Por qué dijisteis que llegabais a tiempo?
—Porque aun puedes abandonar tu loca empresa sin que tengas nada que temer.
—¿Loca empresa llamais salvar al príncipe?
—Loca, sí, porque don Carlos está expirando en estos momentos. Quizá ya no exista.
—¿Oh!...
—Aun es tiempo...
—Señora—repuso el paje con acento firme—, he jurado llegar hasta el príncipe, y cumpliré mi juramento aunque me cueste la vida.
—¿Luis!
—En vano os opondeis. La pared está rota y dentro de cinco minutos podremos entrar.
—Encontrarás un cadáver rodeado de alabarderos.
—Pero habré cumplido lo que juré.
—Tu razón se extravía.
—Señora, alejaos, no me quitéis el valor de que tanto necesito ahora.
La condesa cogió entre sus temblorosas manos las de Luis, y, apretándolas contra su agitado pecho, exclamó:
—¡Por el recuerdo de tu madre, huyamos! ¡Piensa que eres mi único apoyo y que vas a dejarme abandonada!
—¡No me supliquéis, señora!
—Tu muerte es segura: el aposento del príncipe está lleno de gente, y no podrás entrar en él sin caer en manos de nuestros enemigos.
—Aun cuando así suceda...
—¡Tu muerte es la mía!
—¡Por Dios, señora, por Dios, no amengüéis mis ánimos!—dijo Luis haciendo un esfuerzo para dominar su emoción.
—Está ofuscada tu razón.
—Y extraño que el coraje no me ha vuelto loco.
—¿Qué harás cuando entres en la prisión y la encuentres llena de cortesanas que fingen llorar la muerte del príncipe?
—Echaré en cara sus crímenes a esas cortesanas miserables, y me volveré para ir a Flandes a vengarme del rey.

—Te acometerán todos a la vez.

—En dos brinco subire mi escala y ninguno podrá alcanzarme.

—Te cortarán la retirada.

—Allí enfrente hay una puertecilla que da entrada a una galería practicada en el interior del muro, y los dejaré burlados.

—Tú no puedes preverlo todo.

—Ya sé que me rodean mil peligros—repuso el paje con acento de resolución.

—Piensa, Luis, que te expones por salvar la vida a quien ya la ha perdido. ¿No es esto una locura?

—Señora, el príncipe no ha muerto aún; vos misma lo habéis dicho, y aunque está expirando quizá pueda yo recoger el último aliento, darle el último adiós, estrecharle en mis brazos, y... ¡Oh!... ¡Por esto daría la vida, cien vidas que tuviera!

Los ojos de Luis se inflamaron y su pecho se agitó más de lo que ya estaba.

—Si vive aún—prosiguió con exaltación—, atraparé a toda el mundo: a cortesanos y alabarderos, al mismo rey y llegaré a su lecho, le atrazaré, y de allí no podrán arrebucarme sino después de haberme hecho pedazos. ¡Oh! Pero mi sangre costará mucha sangre, porque me acompañará el capitán y su brazo no estará ocioso.

Blanca se sentía desfallecer. Las palabras del paje la horrorizaban, porque conocía toda la fuerza de voluntad de aquel niño.

—Bien—dijo la doncella con acento ahogado—, bien, Luis; sigue adelante. Dentro de poco tu cuerpo y el mío se verán destrozados por las alabardas de los soldados del rey.

—¡Vuestro cuerpo!—exclamó Luis dando un paso atrás.

—Sí, mi cuerpo, sí, porque ya no me moveré de tu lado, porque contigo saldré del alcázar y contigo moriré en la empresa.

—¿Habéis perdido la razón, señora?

—Ambos la hemos perdido.

—Vos no podéis permanecer aquí.

—Si puedo permanecer, porque si ningún peligro corre, me salvaré contigo, y si perezco...

—Señora...

—Yo no te sobreviviría mucho tiempo, me mataría el dolor, porque no se resisten dos golpes de esta especie sin sucumbir; y ya ves, para morir luego, después de haber sufrido nuevos pesares, mejor es morir ahora.

—¡Señora, por Dios, por la memoria del marqués, por mí a quien tanto amais, ¡Idos!—exclamó el paje—. Idos, que vuestra presencia puede perderme: esas lágrimas que salen de vuestros ojos me quitan el valor, y sin éste sucumbiré!

—¡Mis lágrimas!—dijo la doncella a la vez que secaba su llanto—. Ya no las verás correr. ¡Plenas que me falta corazón para mostrarme serena, para recibir la muerte con la sonrisa en los labios? No, Luis: mi debilidad no disminuirá tu valor, porque me verás animosa.

—¡Vuestra razón se extravía!

—Es verdad. Estoy loca, como tú lo estás también; pero mi locura me hará gritarte: "¡Adelante, no retrocedas!" Y me oirás decir a nuestros enemigos, mostrándoles mi pecho y levantando mi frente con orgullo: "¡Herid, cobardes! ¡Haced vuestro oficio, asesinos! Yo era la dama del marqués de Poza. ¡Matadme como a él sin que pueda defenderme!"

La fiebre trastornaba la razón de la doncella.

—¡Me estáis atormentando horriblemente!—exclamó el paje—. ¡Tened compasión de mí! Vuestro loco intento me hará desistir del mío, la conciencia me recordará toda mi vida si no cumplo mi juramento.

—Tu juramento está cumplido. El príncipe ha muerto y ya nada puedes hacer.

Luis apretó los puños hasta hacerse sangre con las uñas, su frente se contrajo, y luego, con voz firme, repuso:

—Estoy resuelto, señora.

—¿A seguir?

—Sí.

—¿Aunque mueras?

—Aunque hubiese de perder cien vidas.

—¿Y aunque yo también pierda la mía?

—¡Señora, por Dios!—exclamó el paje, hacien-

do un esfuerzo como si quisiese romper una cadena de hierro—. ¿Se ha convertido vuestro cariño en odio?

—Te escucho, y aun no puedo dar crédito a tus palabras.

—¡Compasión. Dios mío!—exclamó Luis, elevando al cielo una mirada suplicante.

—Luis, el tiempo vuela. Elige entre seguir adelante a costa de mi vida o retroceder, salvándote conmigo.

La alternativa era terrible, y el desdichado niño tuvo que sostener en su interior una lucha que parecía desgarrarle el alma. Mucho, muchísimo padecía en aquellos momentos. El dar el último adiós al príncipe, el recibir su último suspiro era para Luis un deber sagrado, una necesidad absoluta; pero satisfacerla a costa de la vida de Bianca, a quien todo se lo debía, a quien amaba tanto, le parecía un crimen.

Largo rato permaneció el niño silencioso, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, sin dar más señales de vida que algún leve estremecimiento producido por su estado de excitación nerviosa. No había temblado la noche que solo en medio de la más completa oscuridad y camuflando sobre resbaladizas pizarras y con un abismo a sus pies, introdujo la carta por la chimenea; no había temblado cuando se vió sorprendido debajo de la mesa por el rey y el cardenal; pero al contemplar a la doncella, al pensar que fiza a ser la causa de su muerte en vez de salvarle la vida, de defenderla y de consolarla en pago de lo mucho que le debía, temblaba, sentía por primera vez el miedo, se horrorizaba.

Luis vaciló, y ya iba venciendo la gratitud y el cariño que profesaba a su señora, ya se inclinaba a desistir de su atrevimiento o más bien loco propiamente cuando llegó el capitán, quien, después de expresar con un juramento la sorpresa que le causaba el ver allí a la doncella, dijo:

—¡Triunfamos! ¡Ya podemos pasar, voto si inferno!

Estas palabras produjeron un trastorno inexplicable en el espíritu de Luis: olvidóse de Bianca;

sus ojos, empañados un segundo antes como si fuese a brotar una lágrima, se animaron repentinamente y brillaron como dos astuas, se contrajo su tersa frente y su rostro tomó una expresión terrible, casi feroz.

Blanca dejó escapar un grito ahogado, grito de que no se apercibió el paje; tal era el estado en que se hallaba.

—¡Seguidme!—exclamó el desdichado niño, con el acento del que está embriagado por la sed de la venganza.

Y en dos bríncos llegó al agujero abierto por el capitán.

La doncella cruzó las manos, hizo un esfuerzo supremo, elevó al cielo una mirada a la vez de éxtasis y de desesperación, y dijo:

—¡Dios mío, salvadle o que yo muera con él!

Burgo entró resoltatmente por la abertura tras el paje y el capitán, que llevaba la linterna.

Guardando el mayor silencio, atravesaron el espacioso estamanchón, palacio de ratones, y en pocos momentos llegaron a una de las paredes.

A favor de la luz de la linterna pudo el paje distinguir una argolla de hierro que había como a dos pies del suelo.

—Ésta es—murmuró.

Y arrojándola con ambas manos se preparó a tirar. ¡Cómo latía su corazón!

El de Blanca palpitaba con violencia.

El capitán alumbraba impasible, sin que en su rostro se dejase ver las señales de la más leve emoción.

—¡Dios mío—dijo el paje—, protegedme!

En aquel momento dio la primera campanada de las doce.

CAPÍTULO CXXXIII

**Donde se da cuenta de lo que sucedió
en el cuarto del príncipe**

Ya dijimos que al sonar la última campanada de las doce se oyó un crujido en una de las macizas paredes del aposento donde espiraba el príncipe don Carlos.

Tras el crujido, y sobre la cornisa, se movieron algunas piedras, girando hasta dejar una abertura por la que podía fácilmente pasar una persona.

El prior y Ruy Gómez fijaron en aquel sitio sus miradas, y sus rostros palidieron mortalmente, a la vez que dejaban escapar un grito de sorpresa.

El paje había aparecido en la abertura: pero no era en aquellos momentos el niño de rostro encantador, de burlesca sonrisa, de expresión traviesa; era el hombre con faz serena y terrible, imponente mirada y aspecto casi feroz.

Sus ojos brillaron como si fuesen a lanzar chispantes centellas, y sin detenerse un instante dejó caer una escala, aseburándola en la cornisa, y se dispuso a bajar.

—¿Quién eres?—gritó el prior con voz atónica.

—¡El Diablo de Palacio!—dijo el niño con imponente acento de terrible cólera.

—¡El Diablo de Palacio!—repitió Ruy Gómez, estremeciéndose y dando un paso atrás, poseído del mayor espanto.

—¡El diablo, sí—repuso el paje—; el que ha de castigar tus crímenes y viene a sacar de entre tus garras a tu víctima infeliz!

—¡Detente, desgraciado!—gritó el prior—. ¡Respeto la muerte!

Ya se encontraba el paje a la mitad de su descenso, cuando al oír estas palabras, fijó su mirada en el lecho del príncipe, y de su boca salió un grito de espanto y de dolor.

—¡He llegado tarde!—exclamó con acento de desesperación.

Y quedó inmóvil.

Entonces volvieron a reinar la calma y el silencio.

Ninguno de los que componían aquel triste cuadro daba señales de vida, y hasta el capitán, que se asomaba la cabeza para seguir al paje, quedó sin movimiento.

Lo que pasó por el alma de Luis sería imposible explicarlo. La luz faltó por un instante a sus ojos; aturrida la cabeza, y parecióle que la sangre circulaba por sus venas como una corriente de fuego.

Ruy Gómez se sentía poseído de un terror que no le permitía hablar ni dar un paso. Temblaban sus miembros convulsivamente, y sus espantados ojos fijaban en el paje una mirada de indescriptible horror.

La desdichada Blanca, entretanto, oculta detrás del capitán, se apoyaba en la fría pared, porque las fuerzas le faltaban.

El paje no pensaba en huir, permanecía como una estatua, y al prior, también aturrido por la sorpresa, no se le ocurría llamar en su ayuda a los que estaban en el inmediato aposento.

El príncipe exhalaba sus últimos suspiros, y con voz entrecortada y apenas perceptible llamaba a su padre. El infeliz no se había apercibido de aquella escena.

Largo rato permanecieron de aquel modo.

Abrióse la puerta y Felipe II apareció pálido y grave. El comendador y los otros caballeros la seguían.

Al ver la escala, el paje pendiente de ella, y al prior y a Ruy Gómez sin movimiento, se detuvo y de su boca salió una exclamación de sorpresa que no pudo contener.

—¿Qué significa esto?—dijo al fin.

Estas palabras hicieron volver en sí al prior y a Ruy Gómez.

—Ese—dijo el de Eboli con voz entrecortada—, ese es... el Diablo... de Palacio...

Tal influencia ejercía este nombre en el ánimo del rey, que involuntariamente retrocedió un paso.

su rostro palideció más de lo que estaba, y fijó en el paje una mirada de espanto.

—¡El paje! —murmuró.

—Sí —dijo Luis con vibrante voz y acento terrible. —Yo soy el temido por ti, rey Felipe. Yo he venido a salvar a tu víctima, pero he venido tarde. Dios lo ha querido así, empero al menos te recordaré tus crímenes.

—¡Miserable! —exclamó el monarca, que ya más repuesto, dió un paso hacia el paje.

—¡Detente! —gritó éste—. ¡Respetar la muerte de tu hijo, ya que no respetaste su vida!

Con tal acento pronunció estas palabras el alevado niño, que el rey, completamente dominado, se detuvo involuntariamente, y como si a sus pies se hubiese abierto un abismo.

Los demás caballeros permanecieron inmóviles, aguardando las órdenes del monarca.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Felipe II recobró algún tanto el dominio de su voluntad. Entonces pensó que el paje no podía escapársele, y por consiguiente, nada perdía con dejarle hablar algunos momentos.

Los hombres de alma no común, de entendimiento privilegiado, tienen el don de hacerse escuchar de todos, porque su acento, sus miradas infunden cierta especie de respeto que no puede dominarse, ni con el orgullo ni con la indiferencia. El paje había dicho al rey que iba a recordar sus crímenes, y estas palabras, que en boca de otro, hubieran sido escuchadas con desprecio, y castigadas en el acto, en la suya produjeron honda sensación, y Felipe II quiso escuchar las acusaciones para sincerarse de ellas, como si el alevado niño fuese algún personaje de importancia bastante para acusar al rey de dos mundos.

Levantó Felipe la cabeza con aire orgulloso, y clavó en el paje una mirada severa.

—¿Conque eres tú —le dijo—, el insolente que has pretendido burlarte de mí? ¡Lástima es, hermoso niño, que en edad tan temprana acabe tu vida en manos del verdugo! Te compadezco porque te he querido mucho, porque con tu ingenio has

podido ser un grande hombre y has sido un gran criminal.

—¡El verdugo!—exclamó el paje, soltando una carcajada nerviosa—. No te lisonjees con esa esperanza, no. ¿Piensas que no he de burlarme de ti en esta ocasión? ¡Pobre rey! Te ciega el orgullo, crees que todo lo puedes. Me llamas criminal porque he querido salvar a tu hijo, vengar al marqués de Poza. ¿Cómo llamarás al que lo asesinó? Mala pasión es la venganza, ajena de nobles pechos, es verdad: pero tú no sabes una historia que yo te contaré, no sabes todo el mal que has causado, y quiero que lo conozcas, para que te atormenten los remordimientos.

—¿Qué dices, miserable rapaz? ¿Piensas que soy bastante débil para escucharte?

—Sí, rey don Felipe el Prudente, el Justo, me escucharás, porque voy a pedirte justicia, y tú no has de negármela si quieres que sea una verdad tu sobrenombre.

—¡Justicia!—replió el monarca, a quien admiraba la audacia y serenidad del paje.

—El noble marqués de Poza amaba a doña Blanca y era correspondido.

A esas palabras hizo un gesto de sorpresa el comendador.

—Asesinaron al marqués—prosiguió Luis—y esto hizo desgraciada para siempre a doña Blanca, a quien amo como a una madre.

Ruy Gómez no podía dominar el temblor que agitaba sus miembros.

—Siendo desgraciada mi señora, lo fui yo; su vida es un tormento, y también la mía, porque siento cuanto ella siente, sus alegrías son mis alegrías, mis pesares los suyos. ¿Comprendes ahora todo el mal que hizo el asesino del marqués?

—¿Y me pides justicia?

—Sí, te pido justicia y quiero que me digas lo que ese asesino merece.

Ruy Gómez apenas se podía tener en pie.

—Señor—dijo el rey con voz trémula—, no debe vuestra majestad permitir que se le faice al recuto por un rapaz miserable.

—Lo consentiré—contestó el monarca con severo

tono—, con tal que me diga quién es el asesino del marqués. Ese niño es rey de alta tracción, pero yo otorgo justicia aun al último de los criminales.

—Lo veremos, Felipe II—dijo el paje.

—¿Quién es el asesino del marqués de Poza?—preguntó el rey.

—Tú—contestó el paje con imponente acento.

—¿Qué has dicho?—exclamó el monarca, cuyas ojos brillaron como dos centellas.

—¿Has olvidado la aventura del sombrero de Ruy Gómez?

—¡Explicáte, miserable!

—El príncipe de Eboli confió al comendador Maldonado el secreto de que tú habías mandado asesinar al marqués.

—¡Han abusado de mi nombre!—exclamó el rey.

—¡Comendador Maldonado—prosiguió el paje—en nombre de la justicia del Eterno, declara por tu honor si Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli te dijo que el rey había mandado asesinar al marqués de Poza!

—Mi labio no ha mentido nunca—contestó el comendador con acento solemne—. Declaro que el príncipe de Eboli me dijo que su majestad había mandado que se asesinase al marqués de Poza. Señor, aquí tiene vuestra majestad mi cabeza, pero mi labio no sabe mentir.

—Vuestra cabeza no; la de ese miserable—dijo el rey, alzando a Ruy Gómez una mirada de terrible cólera.

El de Eboli, sin poder ya sostenerse, cayó de rodillas y exclamó:

—¡Perdón, señor!

—No eres mi juez—prosiguió el monarca dirigiéndose al paje—; pero quiero defenderme por con el mundo. Yo no mandé asesinar al marqués de Poza, aunque si hoy viviese, lo entregaría al verdugo como traidor a su patria y a su rey. Será ejemplar el castigo del que a la sombra de mi nombre ha cometido un crimen; pero no neces tú rapaz atrevido, menos de que acusarte.

—Sí, tienes que acusarme de que he querido sa-

var a tu desgraciado hijo, a quien has dado la muerte.

—¡Miserable!

—Desahoga tu cólera con injurias, rey Felipe; pero tu conciencia te gritará siempre por tus crueldades.

—¿No temes mi cólera?—gritó el rey, dando un paso hacia Luis.

—¿Tu cólera!—repitió con ironía el paje.—¿No me he burlado cien veces de ella? ¿Acaso tengo algo que temer? ¡Necia vanidad! Aun te hará creer tu orgullo que tu poder alcanza hasta desahogar en mí tu enojo.

—Por fin te he conocido, y pronto has de ver lo que te vales tus diabluras.

—Tú sí que has de ver muy pronto que tu poder no alcanza tanto como tu deseo.

—¿Aún te atreves...?

—¡Felipe II, acuérdate del Diablo de Palacio, del que tanto te ha perseguido, del que tantas veces se ha burlado de ti, pero que pudo haber sido tu vasallo más leal! Me voy del Alcázar; pero en Plandes vengaré a tu hijo, a tu esposa, al marqués de Bergen y al barón de Montigny.

—Asegurad a ese paje y cortad la retirada al traidor que está arriba—gritó el rey a sus gentileshombres.

—¡Aún tengo mi lizana, vive el cielo!—exclamó el capitán.

En confuso tropel corrieron, unos hacia la puerta y otros hacia Luis; pero éste, más ligero que todos, trepó la escalera y desapareció, cerrando tras sí la secreta abertura.

Luis Gómez, aturdido aún, aprovechóse de la confusión, y trabajosamente, porque apenas le quedaban fuerzas para andar, salió sin ser visto.

Solamente quedaron en el aposento, el rey, su hijo, el reverendo Chaves y el prior.

—Señor—dijo éste al monarca—: ante la muerte se bajan todas las cabezas; vuestro hijo os llama en este instante en que va a comparecer ante la eterna justicia del Omnipotente.

Olvidóse Felipe II del paje y de su traidor cortesano; la voz de la naturaleza llamó a su co-

razón, y con los ojos humedecidos acercóse al lecho del moribundo.

El cuadro había variado completamente.
Reinó un profundo silencio.

—Padre—dijo don Carlos con voz apenas perceptible—, vuestra... bendición.

Y en el último esfuerzo de la agonía, apretó convulsivamente contra su pecho el Crucifijo y añadió:

—¡Perdón!...

Felipe II hizo la señal de la cruz, y extendiendo el brazo, dió al príncipe la postrera bendición.

—Yo te perdono—dijo—, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y una lágrima rodó por sus mejillas.

El moribundo volvió a oprimir el Crucifijo y expiró.

No se oyó en el aposento sino la oración de difuntos que con ronca voz pronunciaron el prior y Chaves.

CAPITULO CXXXIV

Para lo que puede servir un armario

Como dejamos dicho, el paje trepó la escala y volvió al camaranchón, donde encontró al capitán y a Blanca, que apenas podía sostenerse.

Quando la secreta puertecilla se cerró, dejando burlados a los cortesanos, la doncella exhaló un grito, se arrojó en los brazos de Luis y quedó sin movimiento. Las repetidas y violentas emociones que había sufrido, debían necesariamente agotar sus fuerzas.

—¡Esto nos faltaba, vive el cielo!—exclamó el paje con acento de desesperación—. Capitán, vos que tendis más fuerza, llevad a doña Blanca, y huyamos. Un solo instante que dejemos pasar, puede perdernos.

Pero León cogió a la doncella en sus robustos brazos, y Luis, con la linterna, sirvió de guía en la peligrosa fuga.

Entretanto, el comendador Maldonado corría con una ligereza que nadie le hubiera supuesto al ver su obesidad, procurando alcanzar a los fugitivos antes que ninguno de los carismanos que habían salido en su persecución. Tanto puede la voluntad que el buen Maldonado los dejó atrás a todos.

—Un instante, sólo un instante—decía con voz ahogada por la fatiga—. Un solo instante me basta para decirles que vive. ¡Y lo he tenido tan cerca, y nada he podido decirle!... ¡Oh!

Efectivamente, el comendador tenía que revelar el gran secreto que ya conocen nuestros lectores.

Sólo a Blanca o a su paje debía confiarlo; pero hasta entonces no había podido hacerlo, por ignorar, como a todo el mundo sucedía, la parte principal que les cabía en los acontecimientos de la presente historia.

—¡Era ella!—proseguía el comendador mientras corría y sudaba—. ¡Doña Blanca, la estatua de mármol y oro! Ya no extraño que se mostrase caparrosa y desdefiosa a los galanteos de los nobles más ricos de Castilla. ¡Si supiera que vive!... ¡pero loco, loco el infeliz!... Más le valiera haber muerto.

Al fin, el comendador, después de atravesar muchas habitaciones y subir algunas escaleras, llegó a una larga y estrecha galería, a cuyo final vió los reflejos de una luz y los bulcos de dos o tres personas que huían.

—¡Ellos son!—exclamó.

Y haciendo un esfuerzo, redobló la velocidad de su carrera.

—¡Detenéos!—gritó.

Pero los fugitivos apresuraron sus pasos al oír la voz del comendador.

—¡Soy muy torpe!—exclamó éste—. Claro es que han de correr más cuanto más les llame. ¡Qué haré para que se detengan? El secreto no puedo decirlo a voces, porque sería hacer más daño que beneficio. Y ya se sienten los pasos de los que persiguen al paje...

Efectivamente, se percibía el lejano ruido de voces y pisadas de muchas personas.

—¡Deteneos! — volvió a gritar Maldonado—
¡Soy el comendador!

—¿Y quieres que te mande a cenar con el demonio?—dijo entonces el capitán sin detenerse.—¡Vuélvete, voto a cien legiones de condenados, si no quieres pagar lo que no has hecho!

—¡Estáis perdido si no me escucháis!

—¡Tú lo estás si sigues adelante!—dijo Luis.

Tal esfuerzo hizo el comendador, que le faltó muy poco para alcanzar a nuestros amigos, y entonces se apercibió de que el capitán llevaba en los brazos a la doncella.

—¡Va con vosotros doña Blanca!... Me alegro.

—¡Atrás, voto al infierno!—exclamó Pero León con voz de trueno.

—Tengo que revelaros un secreto, os doy palabra de honor, y ya sabéis que cumplo mis palabras: es un gran secreto del que depende la felicidad de doña Blanca. Ya se acercan los que os persiguen, no perdamos el tiempo, concededme un instante, no más, que soy el único amigo que tenéis en el alcázar.

—¿Lo juráis?—dijo el pajeillo.

—Lo juro por Dios y por mi honor—contestó Maldonado, que sin poder soportar la fatiga, se detuvo, apoyándose en la pared.

El paje también se detuvo.

—Lo creo—dijo—, porque es hombre de honor; pero si me engaña, lo mato... está solo.

Y se dirigió hacia el silló en que el comendador, sin aliento ni aun para hablar, lo esperaba.

Pero en aquel momento los perseguidores de Luis se aproximaron tanto que éste no creyó prudente perder un tiempo precioso, y retrocediendo, dijo:

—No es ocasión de hablar, sino de correr.

—¡Traidor!—gritaron entonces muchas voces.—Al fin has caído en nuestro poder.

Y efectivamente, no parecía que pudiesen escapar nuestros amigos, porque tenían a diez pasos a sus perseguidores.

—¡Adelante, capitán!—gritó el pajeillo.

—¡A ellos!—dijeron los otros.

—¡Vive!—exclamó el comendador, decidido.—Viva el...

Pero no pudieron entenderse las demás pala-

bras que pronunció, porque se confundieron con los gritos de los gentileshombres y soldados.

Todos corrieron en confuso tropel, pero entre perseguidores y perseguidos medlaba siempre la misma distancia.

Sin embargo, el paje y el capitán tenían gran desventaja: el primero, porque estaba muy cansado, y el segundo porque no podía moverse con libertad. llevando a Blanca en sus brazos.

Llegaron al final de la galería; bajaron a brinco una escalera; atravesaron un salón desamueblado y un pasillo, subieron otra escalera, y entraron en una nueva galería más ancha que la primera e iluminada por un gran farol.

—¡El último esfuerzo, capitán!—gritó el paje—. Ya verán esos malinas lo que es habérselas con el diablo.

Y deteniéndose junto a un armario de madera de grandes proporciones, que debió armarse en aquel sitio porque no había por ninguna puerta, lo abrió y dijo:

—¡Por aquí!

Y seguido por el capitán, metióse dentro del empolvado mueble, y cerrólo con la misma velocidad que había abierto.

—¡Se ha escapado!—exclamaron algunos.

—¡No se ha escapado!—dijeron otros.

Luego empujaron las apollilladas puertas, que cedieron fácilmente, pero su sorpresa fué grande cuando encontraron el mueble vacío.

—¡Se ha burlado de nosotros!

—¡Porque es el diablo!

—¡No hay que perder la esperanza!

—¡Derribemos la pared!

—¡Y entrelanto en dónde estará? Debe haber ahí una puerta que no conocemos: hay que derribar la pared, pero esto les da tiempo para huir.

—¿Qué hacemos?

—Cerrar todas las puertas del alcázar.

—Que no salga nadie sin ser escrupulosamente reconocido.

—Sí, sí, e las puertas lo que, y los otros...
—Me parece a su majestad.

—Me parece—dijo un soldado—, que me me...

geremos, porque si no puede salir por las puertas saldrá por las ventanas, por el techo, por cualquier parte. ¿No véis que es el diablo?

—¿Le tenéis miedo?

—Todo el infierno junto no me hace temblar.

—Si os encontráis con él a solas...

—Le daría un abrazo, porque, aquí en confianza, es mozo que me gusta por lo travieso.

Dispusieronse entonces a reconocer el fondo del armario, y rompiendo las tablas que estaban sobre la pared, no vieron sino ésta, lisa, blanqueada y sin la más leve señal.

—Aquí no hay ninguna puerta—dijo un caballero.

Y tenía razón, porque ninguna puerta secreta había en aquel sitio.

Todos cavilaron, pero ninguno acertó cómo había podido escaparse por allí.

Nosotros vamos a saberlo, y a despedir al paje antes de ir a ver lo que había sido de Ruy Gómez y de doña Ana de Mendoza.

CAPÍTULO CXXXV

Cómo desaparecieron los fugitivos del armario, y lo demás que sucedió

Cuando los cortesanos rompieron las tablas que cerraban por detrás el armario y vieron la pared lisa, sin señal alguna, empezaron a creer, aun los más despreocupados, que el paje era verdaderamente el mismo Satanás, que había tomado aquella interesante figura para burlarse del rey. Y, efectivamente, era para dar que pensar la desaparición repentina de tres personas encerradas en un armario, cuando ninguna salida tenían.

Sin embargo, era la cosa bien sencilla, pues si no había puerta en la pared, había una compuesta en el suelo, cubierta por el ancho mueble, y no tuvo el paje que hacer más que levantarla, y seguido el capitán bajar una muy pendiente y estrechísima

escalera, encontrándose en un aposento tan reducido que apenas tenía tres pies de ancho y seis de largo, sin que en sus paredes labradas con caprichosos adornos cubiertos de telarañas se viese puerta, ventana ni agujero alguno más que el angosto por donde entraban nuestros amigos.

Respirábase con dificultad en aquel tabuco, y la luz de la linterna apenas ardía.

—¡Voto a los cuernos de Satanás!—dijo Pero León al verse allí metido—. ¡Hemos de quedarnos aquí?

—Ni un instante—contestó Luis, mientras que sacaba la linterna a las paredes como si en ellas buscara algo.

—Lo digo porque este encierro no es muy cómodo.

—Aquí corremos mucho peligro, amigo mío; porque si no son sobrado torpes los que nos persiguen, después de convencerse de que no hay escapatoria por la pared, reconocerán el suelo.

Y así hubiera sucedido, si el aturdimiento de la sorpresa no entorpeciera el entendimiento de los cortesanos.

—Es decir, que estamos perdidos si aciertan con la trampa antes que salgamos de aquí.

—Y aun después que salgamos, porque a fuerza de golpes encontrarán la puerta que yo busco ahora.

—Dase prisa, que ya va haciéndose largo el desmayo de doña Blanca, y aquí apenas hay aire que respire.

—Las mujeres siempre son lo mismo: poco ha saltado para que su obstinación nos pierda a todos—repuso el paje—. Y no encuentro...

—¿Tendremos que volver atrás?

—Una estrella falta de uno de los cinco picos que tienen todas... ¡Oh!... Aquí está.

—Gracias a Dios o al diablo.

—Que soy yo—dijo Luis.

Y apoyó el dedo en el centro de una de las muchas estrellas que formaban los relieves de la pared.

Oyóse entonces un crujido metálico, y se abrió una puertecilla.

—Seguidme.

Internáronse en un pasillo estrecho, y la puerta volvió a cerrarse.

--¿A dónde vamos?—preguntó el capitán.

—Pronto lo veréis.

No sin gran trabajo anduvieron algunos minutos, llegando al fin al término del pasillo, donde no se veía ninguna salida.

--¿Otra vez encerrados?—dijo Pero León.

—Callad, y con vuestro sombrero hacéd sise en el rostro de doña Blanca; vamos a entrar en uno de los aposentos del palacio, tendremos después que atravesar otros dos, y nos exponemos a llamar la atención llevando mi señora como está.

El capitán obedeció al paje, y dijo:

--Me parece que vuestro atrevimiento raya en locura. ¿Así, sin más ni más, hemos de matarnos en las habitaciones?

—Cualquiera diría que tenéis miedo—repuso el paje a la vez que aplicaba el oído al muro y escuchaba.

--Lo tengo, pero no por mí.

Hubo algunos momentos de silencio.

Luis no percibió ni el más leve ruido.

--¿Da señales de vida?—preguntó al capitán.

—No hace el más leve movimiento.

--¿Que hemos de hacer?—repuso el paje, acercándose a su señora y mirándola afanosamente. Quizás en este momento siguen nuestros pasos... estamos perdidos ni no vuelve en sí muy pronto... ¡Oh!...

Y el corposo niño apretó los puños con rabia y rechizó los dientes.

--Si nos cogen aquí no escaparemos; podremos vender caras nuestras vidas, pero al fin sucumbiremos.

El capitán procuraba refrescar el rostro de Blanca con el aire que recogía su sombrero movido a manera de abanico; pero la doncella no daba señales de vida; su desmayo iba siendo demasiado largo para que no infundiese algún serio temor al paje.

La situación era bastante apurada. Probablemente ya habrían descubierto la compuerta que estaba oculta por el armario, y muy pronto deberían pasar

ir en el pasillo, donde no queda más recurso que morir matando o entregarse a discreción.

Esta idea era un tormento horrible para Luis, a quien si no acababa la muerte, le desesperaba el ser vendido por los que le habían servido de juguete, y se estremecía al pensar en la suerte que esperaba a Blanca, débil mujer, sin apoyo ni defensa, inocente de todo, y que serviría para satisfacer todos los odios, todas las venganzas, que sufriría ella sola el castigo que a todos debía imponérsele. Mas, ¿cómo sacarla de allí? ¿Cómo atravesar las habitaciones del alcázar con una mujer en los brazos, cosa bastante para llamar la atención, que embarazaría si era menester defenderse, que estorbaría si era preciso correr?

Si la doncella hubiese podido ir por su pie, no era tanto el peligro, porque si alguien los veía desde lejos, de un extremo a otro de los anchos salones de aquel palacio, no los conocería, y si encontraban cerca a persona alguna podían hacerle guardar silencio de una puñalada.

El paje, después de intentar vanamente el hacer recobrar a su señora el uso de los sentidos, frunció en entrecejo y exclamó:

—¡No la abandonaré aunque tenga que sacrificarle! ¡Todo por ella!

—¿Qué hacemos?

—¿Qué?... Esperadme aquí, capitán.

—¿A dónde vais?

—Por agua, por éter, por un médico, si es preciso...

—¡Solo!...

—Solo, no; voy con la daga que me regaló el príncipe, es buena compañera.

—Habéis perdido el juicio.

—Con tal que no pierda a doña Blanca, poco me importa—contestó el paje, con acento que revelaba su loca desesperación.

Y sin detenerse, empujó un botón de bronce que sobresalía en la pared, y se abrió una puerta que por la otra parte era el trozo de pared que había entre dos columnas de medio relieve de las muchas que sostenían el cornisamento de piedra de un an-

cho salón iluminado por una lámpara de bronce que pendía del techo.

El pajeillo entró en aquel salón y cerró tras él la puerta.

Su penetrante mirada lo registró todo en un segundo.

¡Cómo palpitaba su corazón!

El silencio y la soledad reinaban allí.

—¡Dios mío, protégeme!—murmuró el hemoseñito, elevando al cielo una mirada suplicante.

La alfombra que cubría el pavimento, ahogó el ruido de sus cautelosos pasos, y con la diestra en la empuñadura de su daga, inquieta la mirada y el oído atento, atravesó el salón y entró en otro no menos espacioso.

Tampoco había nadie allí. Como en la anterior habitación, una lámpara esparcía sus blanquecinos resplandores.

—Es extraño—murmuró Luis—. Parece que el alcázar está desierto. ¿Qué sucederá?... No es difícil adivinarlo: la prisión del infeliz don Carlos está lejos de aquí, y lo mismo las habitaciones de doña Ana, y la curiosidad habrá llevado allí a todo el mundo.

Así era, en efecto, sin contar con que muchos se ocupaban en comunicar órdenes a los centinelas de las puertas exteriores del alcázar para que no se escapasen los fugitivos.

El paje atravesó el segundo salón con la misma felicidad que el primero, y penetró en un gabinete cuyas paredes estaban tapizadas con rica tela azul y adornadas con grandes espejos colocados de manera que casi tocaban al suelo sus anchos marcos dorados.

—Todo va bien—repuso Luis—, con tal que llegue a tiempo.

Y apretó uno de los florones que adornaban el marco de un espejo, y éste giró, presentando un hueco como el de una alacena y cuyo fondo de tablas lo formaban las hojas de la puerta de un armario.

El paje entró, cerró la puerta de espejo, abrió la de madera y se encontró en el aposento de Blanca y suyo.

Aquel de nuestros lectores que tenga buena memoria, se acordará de que al principio de esta historia, y al describir la habitación de Blanca, dijimos que allí había un armario que ocultaba una puerta secreta.

sin detenerse un instante, abrió Luis otro armario pequeño de palosanto, y sacó de él un pomito de cristal que metió en uno de sus bolsillos; luego tomó una copa de cristal, la llenó de agua, y volvió a salir por donde había entrado.

El mismo silencio y la misma soledad.

Temblaba la mano en que el niño llevaba la copa, como si estuviese llena de veneno para cometer un crimen; algunas gotas del transparente líquido cayeron en la alfombra de mil colores, cuyos dibujos representaban una zambra morisca.

Era la primera vez que el paje había tenido miedo en su vida; y no era por él, sino por su querida señora.

Sus pasos eran silenciosos como los del asesino que se acerca a su víctima que duerme; sus miradas, como las del ladrón que teme ser sorprendido; su atención, como la de la esposa que lucha con su virtud y con una pasión criminal, y es adúltera por primera vez.

Llegó a la puerta secreta; abrióla y penetró en el pasillo.

Blanca no había vuelto en sí.

El capitán se había sentado en el suelo, la sostenía sobre sus robustas piernas, y la contemplaba con toda la ternura de que era susceptible su corazón de hierro.

—Esto se va haciendo pesado—dijo Pero León, al ver al pajecillo.

Esto se arredió, sacó el pomito, destapólo y se escapó un olor bastante fuerte.

—¿Que diablós es eso?—dijo el capitán.

—Lo que ha de volverla a la vida — contestó Luis, con impaciencia.

Y aplicó el pomito a la nariz de la doncella, que pocos segundos después se estremeció.

El calor era sofocante en aquel estrecho recinto, y por la frente de Blanca corrían gruesas gotas de sudor, aunque frías.

El paje roció el rostro con agua.

— ¡Doña Blanca, hermana mía! — dijo con tierno acento.

La joven entreabrió los ojos y exhaló un suspiro.

— ¡Ya tiene vida! — exclamó Luis, pasando de la desesperación al mayor transporte de alegría.

En aquel momento se oyeron rectos golpes dados en la pared del otro extremo del pasillo.

— ¡Voto a Satanás! — exclamó Pero León.

— ¡Estamos perdidos! — dijo Luis.

Y volvió a rociar con agua el rostro de la doncella, y la movió rudamente.

— ¡Animo, señora!

Blanca dejó escapar un gemido, entreabrió sus labios secos, y dijo con acento débil:

— Luis...

— Aquí estoy — repuso el paje —. Animaos un momento no más, y nos hemos salvado.

La joven miró a su alrededor.

— ¿Dónde estamos? — preguntó.

— Hasta ahora fuera del alcance de nuestros perseguidores; pero dentro de algunos minutos...

— ¿Qué ruido es ese?

— ¡Rompen una pared para darnos alcance — contestó el paje.

— ¡Ah! — exclamó la doncella abriendo extremadamente sus grandes ojos, en que se reveló el espanto —. ¡Huyamos si aun es tiempo!

Y luego, como impulsada por un resorte, se puso en pie; pero aquellas fuerzas ficticias la abandonaron, y tuvo que apoyarse contra el muro.

— No puedo andar — dijo tristemente —. Sáivate tú, Luis.

— Os ayudaremos.

La doncella fijó su mirada en la copa que tenía el paje, y arrebatándosela, dijo:

— ¡Agua!...

Y la apuró instantáneamente.

— Ya tengo fuerzas — repuso.

Efectivamente, el agua mitigó el calor que la ahogaba y le quitaba a sus músculos toda su carga, y pudo respirar con más libertad.

— Huyamos, Luis — repitió.

—Apoyaos en el brazo del capitán—le dijo el paje—, y seguidme sin hacer el menor ruido. Los golpes continuaban.

El hermoso niño sacó de la vaina su daga, abrió la puerta, salió, y tras él Pero León y Blanca.

En los salones encontraron la misma soledad y el mismo silencio.

La doncella sentía que las fuerzas la abandonaban nuevamente, pero pudo llegar a su aposento.

Allí se dejó caer en un sillón.

Las ventanas que caían al patio estaban abiertas, y el aire fresco de la noche fué devolviendo a la joven la energía de sus fatigados miembros y algún tanto la tranquilidad de su agitado espíritu. Sólo su privilegiada naturaleza hubiera podido resistir golpes tan rudos.

—¿Y qué hemos de hacer ahora?—preguntó el capitán a la vez que estiraba sus nervudos brazos algo doloridos—. Aquí nos sorprenderán fácilmente.

—Os equivocáis—le contestó el pajeillo—. Nadie se figurará que estamos aquí, con las puertas abiertas y a disposición del primero que quiera echarnos el guante. Nos buscarán en los sitios más apartados del alcázar, porque es natural que crean que nos hemos refugiado en el último escondite. Sin embargo, no permaneceremos en este sitio sino el tiempo preciso para que descanse doña Blanca, y en seguida nos iremos.

—¿Fuera del alcázar?—preguntó el capitán.

—Sí.

—¿No pensáis que las puertas estarán bien guardadas? Esta será la primera precaución que se habrá tomado.

—Tal pienso, pero como yo a fuer de diablo no necesito salir por las puertas ni tampoco vosotros que vais bajo mi protección, me cuido bien poco de semejantes precauciones.

—No sé cómo habéis de hacerlo.

—Ya lo veréis—repuso Luis.

Y se acercó a su señora para seguir prodigándole sus tiernos cuidados.

La doncella estampó un tierno beso en la frente pálida de su querido paje.

CAPITULO CXXXVI

De cómo algunos cortesanos se habían convertido en albañiles

Mientras que la conversación del paje, Blanca y el capitán llega a un punto interesante, y mientras es también ocasión de referir algunos sucesos de la mayor importancia, diremos lo que acontecía en dos sitios del alcázar real, en uno de los cuales se hallaban muchos cortesanos, y en otro sólo el comandante que, a vueltas con su secreto, buscaba dónde depositarlo, como el que lleva una pesada carga y busca el sitio a propósito para dejarla y que descansen sus molidos huesos.

Como habían propuesto algunos, se dieron las órdenes más terminantes para que no saliese una sola persona del alcázar sin que fuese acompañada del duque de Feria.

Pasado el primer aturdimiento, los cortesanos más despreocupados hicieron comprender a los demás que alguna salida oculta debía tener el armario, porque si bien el paje tenía de diablo los hechos, no era más que un hombre como cualquiera. Entonces volvieron a registrar el armario, y como nada se encontraba en la pared, pensaron en el suelo, y fácilmente dieron con la compuerta.

Entonces bajaron los unos con pistolas o arcabuces, los otros con espadas, y algunos con palanquetas de hierro, por si era menester derribar alguna pared.

No fueron inútiles estas herramientas, porque una vez llegados al cabuco de que ya hicimos mención, y no encontrando salida, tuvieron que hacer uso de ellas.

Entonces descargaron furiosos golpes en las cuatro paredes, y cuando en una de ellas resonaron en hueco, fijaron allí su atención.

Estos golpes fueron los que habían oído el paje, Blanca y el capitán.

Poco tardaron los cortesanos en derribar la puer-

cella, y deteniéndose temerosos de ser sorprendidos en el estrecho callejón que se les presentaba, discutieron sobre las precauciones que debían tomar.

—Ninguna, más que no perder tiempo—dijo un robusto alabardero, tomando una linterna y blandiendo su daga.

Y resueltamente entró en el pasillo.

Seguíronle todos; pero bien pronto hubieron de detenerse otra vez porque se encontraron sin salida.

Nuestros amigos acababan de desaparecer en aquel instante, y aun se percibía el olor del éter, y se veía en el suelo la copa.

—¡Voto a mil diablos!—exclamó el alabardero—, ¡Tenemos que derribar otra pared!

—Y mientras tanto ganan tiempo.

—Y Dios sabe dónde estarán ya.

—A bien que no pueden salir del alcázar.

—¡Animo, y vuelta a las palancas!

—Esperad—dijo uno, reparando en el botón de bronce que sirvió al paje para abrir la puerta—, aquí tenemos un resorte.

—Empujadlo, tirad de él y dadle vueltas, así acertáis—contestaron algunos examinando el botón.

La operación fué facilísima y pronta, y la puerta se abrió.

Como había luz de la otra parte, el miedo no suscitó dudas.

Todos se precipitaron en tropel al salón, pero quedaron repentinamente parados, dejando escapar una unánime exclamación de sorpresa.

—¡Es el salón de las columnas!—dijeron algunos.

—¡Aquí hay tres puertas que dan a distintas habitaciones! ¿Por cuál de ellas habrán salido?

—Opino que por ninguna de ellas—dijo un gentleman.

—Pres aquí no están—repuso otro.

—¿Y no puede haber alguna de esas malditas puertas secretas?

—Reconozcamos las paredes.

—Con cuidado, porque desagradaría a su majestad que se rompiera alguna de estas preciosas columnas.

No dejaron sitio donde no diesen repetidos gol-

pes, pero éstos apagaban su sonido en el macizo muro.

—Vuelvo a mi opinión: ese paje no es hombre, sino diablo.

—Si lo hubieséis visto como yo, oír tal cosa devotamente.

—Y confesar.

—No lo sabía.

—¿Por qué puerta habrá salido?

—Por cualquiera que sea, ya estará muy lejos de aquí, y oculto en uno de esos escondites que él sólo conoce.

—¿Conque se burlará de nosotros?

—No se burlará sino por el momento.

—Y después...

—No puedo salir del alcázar.

—Tanto peor, porque así continuará dándonos guerra.

—Se morirá de hambre en su escondite.

—No penséis así, porque de noche saldrá, y robará que comer.

—Entonces bastante castigado está con vivir emparedado.

—Es que no está segura la vida del rey mientras ese rapaz permanezca en palacio.

—No temáis.

—¿Quién os dice que no se introducirá por una puerta secreta en el dormitorio de su majestad?

—Se tomarán precauciones.

—Todas son pocas para librarse de ese hijo de Satanás.

—¿Qué hacemos?

—Volver a donde está el rey, y decirle que no servimos de nada.

—Se lo diréis vos.

—Yo, no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

Todos hablaban a la vez, y el comendador callaba.

Por último, se esparcieron por unas y otras habitaciones y Maldonado quedó solo.

—Me tranquilizo -- murmuró--. Estoy seguro de que no lo encontrarán.

Luego reflexionó unos instantes y repuso:

—Este niño sabe más que todos nosotros, ninguno le llega en astucia. Yo necesito encontrarlo, porque tengo que revelarle el secreto. Como a nadie se parece en su modo de obrar, esta noche, para escapar de la persecución, habrá hecho todo lo contrario de lo que parece natural que se haga, y casi estoy seguro de que en vez de alejarse, permanecerá lo más cerca de nosotros que le sea posible. Pero, ¿dónde es ese más cerca? Quizás esté embutido en alguna pared... inútil será buscarlo.

Sentóse el buen comendador y quedó pensativo.

—Al menos haré cuanto me sea posible—dijo, después de algunos instantes—. No conozco ese laberinto de pasillos y escaleras ocultas; pero recorreré todos los aposentos del alcázar... es un desatino; ¿ha de estar tranquilamente en un salón donde todos entran y salen? Imposible... ¿Y quién sabe? ¿Acaso ese niño se parece a nadie? Empecemos, pues, nuestra enojosa pesquisa, aunque me encuentre muy fatigado. Veamos ese salón.

Levántose el comendador y pasó al aposento inmediato y de allí al gabinete de los espejos.

—Bien—dijo—; lo que es aquí no está. ¿A dónde he de dirigirme ahora? Creo que acabaré por volverme loco a fuerza de dar vueltas.

Quedó pensativo, y dándose luego una palmada en la frente, exclamó:

—¡Bueno! ¡Estoy orgulloso de mí! ¡Es la primera ocurrencia feliz que he tenido en mi vida! Nadie irá a buscarlo a su habitación, porque no cabe ningún cálculo que esté allí, y por lo mismo no es difícil que en ella se halla refugiado para que tome aliento su señora a quien llevaba el otro en brazos, desmayada según parecía.

En efecto, la ocurrencia del comendador era feliz, y si otro la hubiese tenido, el peligro del paje hubiera sido mayor.

—Nada pierdo—prosiguió Maldonado—, con entrar en la habitación de doña Blanca. ¡Pobre mujer!

Y sin detenerse, salió del gabinete y siguió una galería escasamente iluminada por un farol.

Poco anduvo, y su mirada se fijó en una puerta que estaba abierta de par en par.

—Aquí es—dijo—. Se ve alguna claridad... Vamos, no pueden estar aquí, porque habrían cerrado para tener tiempo de ocultarse mientras cerraban la puerta. Sin embargo, estoy convencido de que hacen las cosas al revés que todo el mundo.

El comendador se acercó a la puerta y escuchó.

—Parece que se oye un leve murmullo... Aquí están, no hay duda, o por lo menos alguien había... No hay que perder el tiempo.

Nadie había tenido el acierto del comendador. Había llegado el caso de que se revelase su gran secreto, el secreto que, según decía, era la felicidad de Blanca.

El eco de las palabras del paje, Blanca y el capitán, se hizo más perceptible. No era mucha su prudencia en aquellos instantes, y jugaban con demasiada facilidad sus vidas. ¿Qué hubiera sido de ellos si otro cortesano fuese el que estaba a la puerta? Indudablemente la fortuna era decidida protectora del paje, porque muchas veces acompañaba la más loca imprudencia de niño a su arrojo de hombre.

Los ojos del comendador brillaron alegremente porque ya se consideraba libre del peso de su secreto y decidido a entrar en el aposento de Blanca, movió un pie para dar el primer paso, cuando oyó que no muy lejos decían:

—Caballero o quienquiera que seáis, ¿habéis visto al señor comendador Maldonado?

Este se volvió repentinamente, y quedó tan sobrecogido, que no pudo contestar.

—¿Me habéis oído? —añadió un gentilhomme que se acercaba.

—¿Acaso no me conocéis ya?—dijo Maldonado, con turbado acento.

—No os había conocido, y en verdad que no era tampoco muy fácil a oscuras. Pero, ¿qué diablos hacéis aquí?

—Estoy molido de correr, y no he podido seguir a los que persiguen al maldito paje. ¿Sabéis si lo han encontrado?

—No.

—¿Y para qué me buscáis?

—Porque su majestad os llama.

—¿Con mucha prisa?—preguntó Maldonado, que no quería dejar escapar la ocasión de revelar su secreto—. Os hago esta pregunta porque me siento muy fatigado.

—Con tanta prisa, que ha dicho "inmediatamente", y ya sabéis lo que esta palabra significa en boca de su majestad.

—Lo siento.

—Venid, pues, que os espera.

El comendador no tuvo excusa que dar, y se vio obligado a seguir al gentilhomem, a la vez que exhalaba un profundo suspiro como el que ve desaparecer una esperanza que está a punto de realizarse.

—No tendré ocasión como ésta—dijo para sí.
El secreto tenía desgracia.

CAPÍTULO CXXXVII

Lo que hicieron el paje, Blanca y el capitán

Preciso es que el lector tenga en cuenta, que los sucesos que vamos refiriendo tenían lugar mientras el monarca, el prior y el reverendo Chaves rezaban junto al lecho de muerte del príncipe, y en tanto que Ruy Gómez de Silva se aprovechaba de la confusión para huir.

Al mismo tiempo también, Blanca, algo más tranquila ya, escuchaba atentamente al paje, que le decía:

—Ya habéis visto, señora, que milagrosamente hemos podido escapar hasta ahora de nuestros enemigos, y digo hasta ahora, porque todavía nos quedan peligros que correr hasta salir del alcázar.

—¿Y lo conseguiremos?—preguntó la doncella.

—Creo que sí, pero es indispensable que tanto vos como el capitán me obedecáis ciegamente.

—¿Acaso lo dudas cuando se trata de nuestra salvación?

—Sí, señora; lo dudo, porque ya os negasteis antes a seguir mi consejo, y bien veis que vuestra obstinación ha podido costarnos muy cara.

—Yo no podía dejarte en aquel momento de peligro—repuso la doncella.

—Comprendo vuestra abnegación — le contestó Luis —, pero ya os habréis convencido de que ha podido perderme vuestro cariño. ¿Qué adelantabais con acompañarme?

—Morir o salvarme contigo.

—Sí; pero tal vez vuestra presencia podía perderme debiendo salvarme, como ha estado a punto de suceder, porque sin vos hubiésemos podido huir con más ligereza, y ya estaríamos fuera del alcázar.

Blanca inclinó la cabeza como agobiada por esta reconvencción, y de sus ojos brotaron dos lágrimas.

El paje estrechó entre las suyas las manos de la doncella, y dijo con acento conmovido:

—Perdonadme, señora, hermana mía: ya sabéis cuanto os amo, y podéis comprender que mis palabras son hijas del deseo de evitaros todo peligro. Esta noche habéis expuesto por mí vuestra vida: ¿pensáis acaso que puedo ser indiferente a tan noble y generosa acción? Si he calificado de imprudente vuestra abnegación, ha sido para evitaros nuevos peligros.

—Tus palabras no me ofenden. Luis: pero me recuerdan que mi locura ha podido costarle la vida.

—El tiempo es precioso, señora, y no debemos perderlo.

—¿Qué hemos de hacer?

—Ya os lo he dicho, obedecernos sin replicar.

—Explicate.

—Vosotros debéis salir del alcázar antes que yo.

—¿Quieres quedarte aquí?—dijo Blanca, mirando con espanto al paje.

—Por algunos minutos no más.

—Imposible.

—Ya habéis visto, señora, que cuando he sido

mado un plan no retrocedo por nada del mundo hasta llevarlo a cabo.

—¿Qué te queda que hacer?

—Todo se ha perdido; han sido inútiles mis sacrificios para salvar al príncipe, pero no del todo infructuosos para vengar al marqués, y creo que Ruy Gómez y su esposa serán castigados severamente.

—¿A dónde vas a parar?

—Ya que no hayamos obtenido el triunfo por completo, quiero al menos saber lo que sucede a Ruy Gómez y a doña Ana.

—¡Luis!—exclamó Blanca, con acento que revelaba a la vez el miedo y la admiración.

—Ya sabéis—repuso el pajeillo—, que el peligro de vuestra vida no me ha hecho desistir antes.

—Entonces tenías que cumplir un deber y un juramento.

—Y ahora un deseo tan vivo, que me domina.

—Me voy convenciendo—dijo el capitán—, de que habéis perdido el juicio esta noche.

—Lo que os hará comprender que es inútil hacer reflexiones a un loco.

—Es decir...

—Que me seguiréis; llegaremos a un sitio donde el capitán tendrá que ejercitar sus fuerzas, y os emanciparéis libres para marchar. Sin deteneros os ireis a nuestra casita misteriosa, donde Diego os espera, y allí me tendréis dentro de una hora. El capitán y yo montaremos a caballo y partiremos para Flandes, y vos, señora, en una litera bien guardada por seis hombres valientes, a las órdenes de Diego, os pondréis en camino para Burgoz. Nada os falta; tenéis la carta de la reina para la superiora del convento, y yo voy a tomar mi tesoro, que vos conservaréis para cuando vuelva de Flandes.

—No saldré del alcázar sin ti—dijo Blanca.

—Bien, me acompañaréis al aposento de Ruy Gómez, y luego tendremos el gusto de que se repita la escena anterior, con la diferencia de que no escaparemos como esta vez.

—No se repetirá, Luis, porque desistirás de tu loco intento.

—No desistiré, y el tiempo que gastéis en intentar disuadirme, será un tiempo precioso que perdemos.

Dijo el paje estas palabras con tono de resolución tal, que no dejó a la doncella duda alguna de que sería inútil rogarle.

—Si pudieses comprender — dijo Blanca —, lo que he de sufrir dejándote en el alcázar, por compasión siquiera no te quedarías.

—Lo comprendo, señora—repuso el paje—; pero creo que antes de que venga el nuevo día, ha de mostrarse la justicia de Dios clara y patente.

—¿Por qué lo presumes así?

—No lo sé, es un presentimiento, y yo debo presenciar esa justicia como ha presenciado el crimen que no la temió.

—¡Luis!...

—Señora—interrumpió el pajecillo—, no os esforcéis porque sería en vano. ¿Queréis marchar con el capitán y esperarame en casa de Diego, o preferís permanecer a mi lado hasta el último instante?

—A tu lado.

—Ya sabéis que vuestra presencia compromete mi vida.

—¡Dios mío!—exclamó la doncella, cuyas mejillas se bañaron en llanto.

—Señora, si yo no presenciase la ruina del asesino del marqués, me mataría el despecho, porque en este instante, el doble y generoso sentimiento que impulsa a la criatura a perdonar, está muy lejos de mí. ¿No conocéis en mi semblante que la rabia me ahoga, que la desesperación me tiene loco? No me atormentéis con vuestras súplicas, dejadme el último consuelo que me queda.

Blanca se puso en pie y enjugó su llanto.

—Vámos, pues—dijo.

—¡Gracias, señora!—exclamó el paje, besando las trémulas manos de la joven.

—¿Y qué tengo que hacer?—dijo el capitán.

Luis entró en el aposento inmediato, y poco después salió con la caja del tesoro, un trozo de cuerda de cáñamo y un bastón.

—Partid ese bastón—dijo al soldado.

Este ejecutó la orden con poco esfuerzo.

—¿Y ahora?—preguntó.

—Guardad el pedazo más fuerte y esta cuerda.

—¿Qué más?

—Seguidme.

El paje tomó la linterna, esparció una mirada de despedida a la habitación, y una lágrima asomó a sus negros y resgados ojos.

De los de Blanca brotó un raudal de cristalinas perlas.

Sellaron silenciosamente.

La galería estaba desierta y casi a oscuras.

El capitán seguía impasible.

Luis y su señora sentían palpitár violentamente sus corazones.

¡Adiós, alózar donde la hermosa doticella se durmió atullada por las ilusiones de su primer amor! Aquellas espaciosas galerías donde en el silencio de la noche y sin más testigos que la obscuridad ciega, habían resonado besos de amor, iban a imerse por las del claustro solitario donde sólo debían oírse los rezos puros y elevados a Dios. Empero también aquellos vastos salones donde se había respirado la venganza, donde la intriga se había agitado con su incansable y convulsivo vuelo, donde el llanto del más crudo dolor se había mezclado a las risas de criminales triunfos, iba a cambiarse por la estrechez de una celda cuya atmósfera estaba embalsamada por el incienso bendito, donde la fe sublimaba el alma, donde la ajena felicidad hacía sonreír, porque las palabras "egoísmo" y "ambición" significaba pecado, condenación eterna.

Nuestros amigos siguieron la galería y bajaron una estrecha escalera que al final encontraron.

—No se ve un alma—dijo el capitán a media voz.

—No parece sino que los cortesanos huyen de nosotros en vez de perseguirnos—contestó el paje.

Blanca temblaba.

Al concluir de bajar la escalera, se detuvo Luis, y tocando en la pared, se abrió una puerta secreta.

Entraron y siguieron un muy estrecho pasillo practicado en el corazón del muro.

—Aún no me habéis explicado — dijo Pero

León—, para qué ha de servir esta cuerda y este medio bastón.

—Sols muy curioso—le contestó el paje.

—Es natural.

—Pues sabed que ha de servir para proporcionarnos la salida.

—Ya lo presumo, pero no entiendo el cómo.

—Lo veréis.

—Adelante, pues, si no estrecha este maldito callejón.

—¿Os duelen los brazos, capitán?

—No, amigo mío.

—¿Es decir, que podréis hacer un esfuerzo sin gran trabajo?

—Puedo aplastar la cabeza a un hombre sin más que descargarle una puñada.

—¡Libreme Dios de vuestras manos.

—Amén.

Volvieron a quedar en silencio, y continuaron hasta encontrar otra escalera.

—Mucho cuidado — dijo Luis a Blanca—, que aquí es fácil resbalar.

Bajaron como unos cuarenta escalones de piedra, y siguieron otro pasillo muy húmedo, y tan estrecho como el anterior. La atmósfera allí era espesa y bastante nauseabunda.

—¿Sabéis, señor diablo—dijo el capitán—, que no debe ser peor el camino del infierno?... Cuidado, señora, con esta piedra, no tropecéis como yo y os dejéis las narices entre las telarañas de la pared.

Blanca iba tan absorta en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de las palabras del paje y del capitán. Seguíalos maquinalmente y no fijaba la atención en nada. A no ser así, más de una vez se hubiera estremecido al sentir el vuelo de alguna espantada alimaña que se desprendía de las grietas de aquellas negras paredes apenas esclarecidas por la luz débil de la linterna que llevaba el paje.

Este se detuvo al fin, y tirando de una anilla que había en el muro, se abrió una puertecilla.

—Ya nos queda poco—dijo—; adelante.

Bajaron tres escalones y se encontraron en un aposento desamueblado, de húmedo piso y negras paredes.

Algunas enormes ratas corrieron despavoridas. Blanca se estremeció como si despertase de un sueño.

—¿Dónde estamos?—preguntó.

—Donde hace muchos años que no ha entrado nadie.

Atravesaron la habitación y se detuvieron junto a una puerta que Luis abrió trabajosamente con una de las llaves de su tesoro.

—Dentro de cinco minutos respiraréis el aire libre.

Otro aposento semejante al anterior se presentó a la vista de nuestros amigos, y otra puerta que también abrió Luis.

—Haréis buen carcelero—dijo el capitán.

—Ya véis si nos dimos buena maña para entrar al comendador Maldonado.

—Buen golpe fué aquel.

—De poco nos sirvió.

Entraron en una tercera habitación.

En ésta se veía una ventana como de tres pies de altura y de dos y medio de ancho, resguardada por cuatro barrotes de hierro, no muy gruesos, colocados en sentido vertical.

Esta ventana debía caer al campo, porque el extremado grueso del muro donde estaba practicada no era el de una pared interior.

El paje tomó la cuerda y la fué ligando de uno en otro de dos de los barrotes de la derecha. Concluida esta operación, colocó en medio y entre dos dobles de cuerda el trozo de bastón y dijo al capitán:

—Dad vueltas a este palo.

El capitán obedeció, resultando embeberse la cuerda a medida que se retorcia, con lo cual se doblaban lentamente los hierros, ensanchando la distancia que había entre los de en medio. Esta operación no era otra que la que los ladrones de nuestros días hacen y llaman dar garrote a las rejas.

—No me es desconocida esta maniotra—dijo el capitán.

—Entonces—repuso el paje—, excuso decirlo que os queda que hacer.

Pero León siguió retorciendo la cuerda hasta doblar todo lo posible los hierros, y en seguida hizo lo mismo con los dos restantes, quedando en pocos momentos un claro suficiente para que pasase una persona, aunque con precaución y trabajo.

—Bien—dijo Luis—, ya estamos libres.

Y sacando medio cuerpo fuera de la ventana, examinó atentamente, y en cuanto la oscuridad lo permitía, la parte de afuera, escuchó por espacio de algunos instantes, y entrando luego, repuso:

—No se percibe el menor ruido ni se distingue un solo bullo. Como por esta parte no hay más que dos o tres postigos, se habrán contentado con poner centinelas por la parte de adentro. ¡Qué torpes son!

—¿Nos hemos de poner ya en marcha?—preguntó el capitán.

—Sí. Vos saldréis primero. La ventana está muy cerca del suelo y poco trabajo os costará bajar. En seguida recibiréis a Blanca en vuestros brazos.

Estas palabras parecieron sacar a la Condesa de su distracción, y a la vez que dejaba escapar un grito, y que de sus ojos salía un raudal de lágrimas, se arrojó al cuello del paje y lo estrechó convulsivamente.

—¡Luis!—exclamó—. ¡Luis, hermano mío!

—Tranquilízase—repuso el niño con voz ahogada por la emoción.

—¡Ya no volveré a verla!

—¿No os he dicho que iré a buscaros antes de una hora?

—¿Caez en poder de nuestros enemigos?

—Desechad esos tristes pensamientos, señora.

—Juegas con la fortuna, y esta última temeridad te costará la vida.

—Señora, me despedazais el corazón con vuestro llanto.

—Ven con nosotros.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque quiero ver cómo la justicia de Dios cae sobre la cabeza del malvado.

—Todo lo sabrás después.

—No me basta, necesito presenciarlo. Vos se

abéis lo que pasa en mi interior: la desesperación, la rabia me atormenta en grado tal, que me enloquece.

—Piensa que necesito tu protección.

Los ojos del paje brillaron con extraño fuego.

—Si yo no os amase tanto—prosiguió—, sin el temor de causaros nuevos pesares y de dejaros sola en el mundo sin un corazón amigo que se interesase por vos, sin un brazo que os defendiese, no hubiera reñenado mis arrebatos, esta noche, junto al lecho de muerte del príncipe, después de haber echado en cara al rey su egoísmo y su hipocresía, en su presencia hubiera dado de puñaladas a Ruy Gómez, luego a su esposa, y al mismo Felipe II si osaba poner sobre mí sus manos; hubiese matado, destruido cuanto había cerca de mí, y gritando venganza y maldiciendo a esa turba de miserables aduladores y ambiciosos cortesanos, me habríais visto morir luchando y llamándoles cobardes. Pero vos, hermana mía, el cariño que os tengo y la gratitud contuvieron mi brazo y encerraron en mi pecho la sed de venganza que emponzoña mi corazón. Sólo un consuelo me queda, ya os lo he dicho, el de presenciar el castigo como he presenciado el crimen. Dejadme, pues, obrar; idos tranquila, que antes de media hora estaré a vuestro lado.

—¿Pero adónde vas?

—Al cerrar la ventana secreta por donde había entrado en la prisión del príncipe, vi que Ruy Gómez, aprovechándose de la confusión, se escapaba.

—Ya habrá huido.

—No, porque las puertas estarán bien guardadas—replicó el paje—. Además, el rey no le habrá dado tiempo para ello.

La condesa conocía bien el carácter de aquel extraordinario niño, y no quiso insistir. Pensó también que cuanto más ternura le demostrase, más lo turbaría, y la turbación podía serle fatal.

—Estás resuelto—dijo—, y no intentaré disuadirte. Ya me ves serena, dándote ejemplo de valor.

—Gracias, señora, porque me hacéis un bien inmenso. No os detengáis porque los minutos son muy preciosos. Mucho cuidado, mucho silencio, y

vos, capitán, mucho valor para morir defendiendo a doña Blanca. Salid.

El capitán, sin hablar una palabra, salió por entre los hierros, y de un brinco se encontró en el campo.

Blanca conoció que si se detenía para despedirse del paje le faltarían las fuerzas, y se dirigió rápidamente a la ventana, y sin esperar ayuda se precipitó de un salto a la parte de afuera.

Luis se asomó, y aunque muy confusamente, pudo distinguir a sus amigos que se alejaron, perdiéndose en la oscuridad.

—¡Dios los proteja!—murmuró el hermoso niño. Y de sus negros ojos brotó una lágrima.

Luego exhaló un suspiro, sacudió la cabeza, y entrando en la tenebrosa habitación siguió con ligero paso el mismo estrecho y oculto camino que poco antes había atravesado con Blanca y el capitán.

La agitación del paje era cada vez más violenta. Quizás iba a morir muy pronto.

CAPITULO CXXXVIII

La mano de Dios

Ruy Gómez de Silva, cuando escapó de la presencia del rey, se dirigió a su aposento y entró en el que hemos visto a doña Ana frente a la copa fatal; pero su esposa ya no estaba allí; le habían dicho que el príncipe acababa de expirar, y en su diabólica alegría, olvidando el veneno, corrió de una en otra habitación, sin saber adónde iba.

Ruy Gómez sentía abrasársele la cabeza, las fuerzas le faltaban, y, ahogado por la fatiga, se dejó caer en un sillón. El terror dominaba su espíritu y se revelaba en su semblante. Sus mejillas estaban en extremo pálidas, demudadas sus facciones todas, y sus ojos parecían querer salirse de sus órbitas, giraban con desconcierto y miraban con espanto, como si cada objeto que se presentase a su vista fuese un perseguidor.

Brotaba en abundancia de su pálida frente un sudor frío, que parecía llevarse tras sí las poquísimas fuerzas que restaban a su abatido cuerpo, y el más leve ruido le hacía estremecerse como si ya el hacha del verdugo se levantase sobre su trastornada cabeza.

—¡Todo por ella!—murmuró con voz desfallecida y descansando la frente entre sus trémulas manos—. ¡Todo por ella! ¡He sido un instrumento de sus intrigas!... ¡Y la amo todavía, la amo!... ¡Oh!... ¡Soy muy criminal!

Lo que el caballero sufría en aquellos momentos no es posible concebirlo.

No le quedaba duda de que había sido un instrumento inconsciente de su esposa, y, sin embargo, aún la amaba con delirio, y no podía sustraerse a la influencia de aquella mujer.

¿Qué pensaba hacer Euy Gómez? ¿De qué medios podía disponer para conjurar los peligros que le amenazaban?

No lo sabía, no podía reflexionar, ni siquiera acertaba a darse clara cuenta de su horrible situación.

Su profundo trastorno no le permitía discurrir: todo lo veía confuso, eran vagas sus ideas, y bien puede decirse que su cerebro se había convertido en un caos espantoso.

Por momentos se agotaban sus fuerzas.

Se dejó caer en una silla y miró a su alrededor.

¿Y su esposa?

Euy Gómez la buscaba.

Ella lo había perdido, pero ella solamente podía saberlo.

—¡Ana, Ana mía!—murmuró el infeliz.

Extinguióse el eco de su voz sin que nadie le respondiese.

—¡Qué soledad tan triste!... ¿No os compadeceréis de mí, Dios misericordioso?... ¡Ah!... Me abandonan los que me han lanzado al abismo de la perdición, me abandonan en estos supremos instantes.

Volvió a mirar a su alrededor el caballero, extendió un brazo y tomó y agitó una campanilla de plata que había sobre la mesa.

Espuremedióse al oír el metálico sonido. Parecióle que sus cabellos se erizaban. ¡Qué terrible se levantaba en aquellos momentos su conciencia!

A su pesar recordó todos los sucesos que habían tenido lugar en los últimos meses, todas las intrigas en que había tomado parte.

—Mis crímenes son grandes—murmuró con voz sorda—, y merezco el mayor de los castigos; pero la muerte me espanta; quiero vivir, ni sé por qué ni para qué... ¡Ah!... El rey no me perdonará, lo conozco demasiado bien, y pronunciará mi sentencia de muerte con más tranquilidad que la pronunciado la de su hijo. La verdad, es un crimen a veces para Felipe II; él mandó que se quitase la vida al marqués de Poza; yo no hice más que obedecer; pero revelé el secreto, y... ¡No tengo pruebas para defenderme!... Ahora, el rey justiciero me acusa de haber abusado, tomando su nombre para cometer un crimen, y el mundo me condenará también. ¿Y quién dispuso que fuese envenenado el marqués de Bergen? ¿Y quién acabará con la vida de la reina?... ¡Cuánta amargura hay en mi alma!...

Tuvo que guardar silencio Ruy Gómez, porque se sentía muy fatigado.

Durante algunos minutos no se percibió otro ruido que el de su respiración desigual y violenta.

—¿Y mis criados?—murmuró al fin—. ¡He llamado y no vienen!

Otra vez hizo sonar la campanilla.

—Debo salir inmediatamente del alcázar, huir, ocultarme... Pero ¿y mi esposa?... Y los minutos son precisos... Vendrán a prenderme... ¡Oh!... El pecho se me abraza.

La mirada de don Ruy se fijó en la copa mortífera que doña Ana había dejado sobre la mesa cuando salió poseída de júbilo criminal.

—Tengo sed, una sed devoradora—murmuró el caballero.

Y tomó la copa, la llevó a sus labios, y... debió con avidez el emponzoñado líquido.

—¡Ah!—exclamó—. Mis fuerzas renacen. No debo perder tiempo. Buscaré a mi esposa, le daré a

conocer la situación. huiremos, y... Dios me protegerá, siquiera porque estoy arrepentido.

Intentó levantarse, pero se sintieron pasos en la habitación inmediata, y quedó inmóvil y fija en la puerta una mirada de terror. Creyó que venían a prenderlo, y aun se le figuró escuchar el ruido de espadas y alabardas. De entre sus labios secos iba a salir un grito de espanto, pero lo contuvo al ver entrar a su esposa.

El semblante de la princesa revelaba un contento que la hacía aparecer hermosa.

—Ya sé que ha muerto—dijo doña Ana—, que hemos triunfado...

—Sí—respondió Ruy Gómez con amargura—, el príncipe don Carlos acaba de expirar...

—Y no hay poder que le devuelva la vida.

—Ni poder humano que nos salve.

—¿Qué estáis diciendo?

—Señora, estamos perdidos.

—¡Perdidos cuando termina la lucha y la victoria es nuestra!...

—Sí, tan perdidos, que moriremos; pero no como el príncipe, no con muerte honrosa, sino deshonrados, a manos del verdugo, envilecidos, despreciados, maldecidos... ¡Oh!

—¡Caballero!—exclamó la dama, cuyo rostro empezó a cambiar de expresión.

—Si el mundo conociese nuestros secretos os acusaría como la única culpable; pero, en realidad, el culpable soy yo, lo reconozco, y mi crimen es mi debilidad.

—¿Acabardéis de explicaros?

—Después... Ahora es preciso huir, si nos dejan.

—¡Oh!... ¿Qué sucede?... Quiero saberlo.

—El Diablo de Prácha, rompiendo la pared, ha penetrado en la habitación del príncipe cuando éste expiraba...

—¡Ah!...

—Y allí se encontraba el rey.

Profundamente sombría se tornó la mirada de doña Ana.

Su frente se contrajo y sus fuerzas empezaron a disminuir.

—Continúa—dijo con sorda voz.

—El diablo me acusó de haber abusado del nombre de su majestad para cometer impunemente el crimen que acabó con la vida del marqués de Poza, y como estaba allí el comendador Maldonado y pudo inmediatamente declarar...

—Comprendo.

—Produjose gran confusión.

—Pero ese hombre, el diablo...

—Es el paje de doña Blanca.

—¡Luis!...

—Un niño...

—¡No se equivocaba el cardenal, el diablo era ¡paje!...

—No se equivocaba el cardenal, ni el padre Bernardo, ni el esbirro que fué encerrado en Segovia; nadie se ha equivocado más que vos con vuestra gran inteligencia, con toda vuestra astucia, con toda vuestra experiencia... Ya lo véis, nadie ha sido torpe más que vos, señora, vos solamente, cuya vanidad os ha cegado; vos, que creíais poder luchar con el rey, con el príncipe, con todo el mundo.

—Ahora me ultrajais, para vengaros.

—Y yo he sido el juguete de vuestros caprichos, el instrumento de vuestras locuras... ¡Vive el cielo!... Me ha perdido mi debilidad...

—Vuestra cobardía, porque todo lo habéis hecho a medias.

—Vuestra es la obligación de salvarme... ¿Qué haremos ahora, decidid, qué haremos?

Como dos luces fosfóricas brillaron los ojos de doña Ana.

—Aun no me doy por vencida—dijo con reconcentrada voz.

—Yo tampoco, porque huiré, que es el único recurso que nos queda.

—Dejadme reflexionar.

—Para reflexionar nos falta tiempo—replicó Ruy Gómez.

—Supongo que el rey...

—Señora, las suposiciones no han de salvarnos. Seguidme, si queréis, porque no pasarán muchos minutos sin que vengan por nosotros para llevarnos a un calabozo.

—Pero me queda el consuelo de que ese niño adar morirá también.

—No, porque aprovechando la confusión y el aurdimiento de todos, ha conseguido desaparecer, y a estas horas se encontrará lejos del alcázar. No lo dudéis, las únicas víctimas seremos nosotros.

—¡Se ha salvado nuestro enemigo!...

—Sí, se ha salvado, se ha burlado una vez más de vos, del rey, de todos, y cuando el verdugo se disponga a cortar nuestras cabezas, confundido entre la muchedumbre, el paje nos contemplará, gozará con nuestro tormento, se burlará de nuestra torpeza, y luego se irá de España, para ser dichoso. No lo dudéis, porque así lo presiento, porque una voz secreta y misteriosa me dice que el paje ha de contemplarnos durante nuestra agonía.

No engañaba el presentimiento a Ruy Gómez.

—¡Vencida por un niño!—exclamó doña Ana, con un acento de desesperación tal, que no dejaba duda de cuánto la atormentaba su orgullo abatido.

Y se retorció los brazos y brillaron sus ojos como dos luces.

—No perdamos un momento—repuso Ruy Gómez precipitadamente.

—Bien, pero explicaos; ese niño...

—Todo lo sabréis después; ahora, sólo debemos pensar en huir.

—Si, huyamos; pero...

—¡Qué os detiene?—interrumpió el de Eboí, poniéndose en pie—. No podemos detenernos ni a recoger una alhaja, ni a dar una orden. Tal vez a estas horas estén guardadas todas las salidas del palacio.

—¡Y hemos de huir como dos miserables, para ser detenidos por el último soldado, que pondrá sobre mi su mano grosera, que me mandará y tendrá que obedecerla, que me matará si así le place!... ¡Oh!... ¡Imposible!...

—¡Habéis perdido la razón, señora!

—¡Y vos la dignidad!

—¡Aun me ultrajais!

—¿Merecéis otra cosa cuando vuestra cobardía nos ha puesto en este caso?

—He sido cobarde, porque me he dejado dominar por vos. Pero no es esta ocasión de discutir.

—Tenéis razón—repuso doña Ana con ironía—. No es tiempo de discutir, y, sobre todo, a nada conduce; pero, entretanto, nos vamos vencidos por un niño y por una mujer... ¡Oh!... Por una mujer...

—Si yo hubiese sabido que había de luchar con una mujer que tenía que vengar la muerte de su amante...

—¡Cómo!—exclamó sorprendida la princesa—. ¿Acaso doña Blanca...?

—Sí, doña Blanca, que estaba al corriente de todos nuestros secretos, que contaba con la ayuda de su paje, de ese hijo de Satanás que se filtra por las paredes, que escucha todas las conversaciones, que adivina los pensamientos...

Doña Ana rechunó los dientes y exclamó:

—¡Oh! No saldré del alcázar sin haberme vengado de esa mujer.

—Os ciega el orgullo, señora.

—Me mata el coraje.

—Doña Blanca se habrá ocultado, habrá sellos del alcázar con anticipación, por lo que pudiera ocurrir, porque ya sabía el golpe que preparaba su maldito paje.

—Burlada por una mujer, por una mujer hermosa, tan hermosa como yo, más aún, porque tiene diez y seis años.

—¡Oh! ¡Esto es horrible!

Semejantes ideas atormentaban a la orgullosa dama mucho más que la del peligro que en aquellos instantes corría.

—Señora, el tiempo, vuela—dijo Ruy Gómez.

—¿Os vais?

—Sí.

—¡Huir!

—Salvar la vida.

—Es verdad, tenéis razón: salvar ahora la vida, para poder vengarse mañana. Humillada saldré esta noche del alcázar real, pero llegará otro día en que volveré triunfante.

—¿Pensáis aún...?

—Huyamos, don Ruy, huyamos; el tiempo es precioso.

—Ya es tarde—dijo la voz severa de Felipe II, que se presentó, seguido del duque de Feria, del conde de Maldonado y del reverendo Chavez.

El príncipe de Eboli dió un grito y cayó de rodillas.

Doña Ana miró al rey con espantados ojos, y luego le dijo:

—¿Viene vuestra majestad a prenderme?

—A vos y a vuestro esposo—contestó el monarca.

—Ya es tarde con respecto a mí—repuso la princesa, parodiando las palabras de Felipe II.

Y cogió la venenosa copa.

—Doña Ana de Mendoza y de la Cerda—prosiguió—, tiene bastante valor para quitarse la vida y no dejar que se la quite el verdugo.

Su acento y sus miradas decían bien claramente que estaba trastornada su razón.

Llevó la copa a sus labios, mientras el monarca la miraba con asombro y se disponía a evitar aquel horrendo crimen; pero al ver que el mortífero líquido había desaparecido, dijo precipitadamente:

—¿Quién ha bebido en esta copa?

—Yo—contestó con espanto Ruy Gómez.

La argentina vasija se escapó de las mórbidas manos de la princesa, que, al caer sin sentido en el pavimento, murmuró:

—¡Envenenado!

—¡Envenenado!—repitieron Felipe II y sus cortesanos, retrocediendo llenos de horror.

—¡Envenenado!—exclamó Ruy Gómez—. ¡Envenenado... sí... siento abrasarme el pecho... la luz huye de mis ojos!... ¡Perdón... confesión... confesión!...

—¡Dios te perdone!—se oyó decir en un extremo de la habitación, adonde apenas llegaban los resplandores de la luz.

Todos se volvieron hacia aquel lado, y vieron al paje inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en Ruy Gómez.

El atrevimiento de aquel niño causó tal admiración, tal sorpresa su presencia, cuando se le creía huyendo de todo el mundo, procurando ocultarse de todos; tal efecto causó, repetimos, que ni ei

rey ni los cortesanos acertaron a pronunciar una palabra.

Felipe II admiraba todo lo grande, todo lo heroico, y en aquellos momentos hubiera perdonado al paje si, fascinado, puede decirse, como estaba por el valor, el arrojo y la serenidad del hermoso niño, lo hubiese visto arrojarse a sus pies y demandarle perdón. Pero Luis era, al cabo, un niño falta de experiencia, y no supo sacar partido de su ventajosa situación.

—He ahí la mano de Dios—repuso el paje con entonación solemne y sin que en su rostro se pintase más que la gravedad, pero ni una leve sombra de miedo, de odio, de tristeza ni de alegría.

—¡La mano de Dios!—repitió el monarca, como si estas palabras le hubiesen producido un gran efecto.

—¡Confesión!—volvió a decir Ruy Gómez.

Y el desdichado se revolvía convulsivamente, a impulsos de los tormentos de su dolorosa agonía.

Luis dió dos pasos y recogió la copa de plata, que había rodado hasta muy cerca de él.

Nadie se atrevió a detenerlo.

Reinaron algunos instantes de un silencio profundo, de una aterradora calma.

Doña Ana de Mendoza permanecía sin conocimiento sobre la pintada alfombra, sin que nadie pensase en socorrerla.

Violentas sacudidas agitaban el cuerpo de Ruy Gómez.

El comendador Maldonado pensaba en su secreto, y veía con hondo pesar que iba a escapársele la ocasión de revelarlo.

El duque de Feria hubiera dado de buena gana un abrazo al paje, porque, como soldado, admiraba aquel rasgo de valor.

Felipe II estaba aturdido por la multitud y diversidad de ideas que se agolpaban a su mente.

El reverendo Chaves pensaba en decir que usasen todos para dar al moribundo los auxilios que reclamaba.

Luis volvió a retroceder hasta la pared.

—No olvides—dijo a Felipe II—lo que acabas de ver.

Sin que pudiese adivinarse cuál era su intención, el monarca dió un paso hacia el pajeillo.

—No intentes apoderarte de mí—le dijo éste—, porque ya es tarde.

Y desapareció por una puerta secreta.

—¡Corred, buscadlo!—gritó el monarca al duque y al comendador—. ¡Traédmele, pero sin hacerle daño, porque ese niño puede ser aún la honra de su patria y la mejor defensa de mi trono!... ¡Gran corazón; pero si se le abandona, se pierde!

Pintóse la más viva alegría en el rostro del comendador.

Este y el duque de Ferla se precipitaron fuera del aposento.

Casi es inútil decir que de nada sirvió aquella segunda tentativa para apoderarse del pajeillo. Nadie pudo dar con él.

Pocos momentos después, el reverendo Chaves auxiliaba a Ruy Gómez de Silva.

Al día siguiente salió del alcázar doña Ana de Mendoza y fué conducida, por orden del rey al convento de las Huelgas, de Burgos.

Blanca la había precedido. Allí debían encontrarse.

El Diablo de Palacio huyó a Flandes, en compañía del capitán Pero León. Algun día volveremos a encontrar a nuestro héroe, en la segunda parte de nuestra historia.

El comendador no pudo revelar su secreto, y la infeliz Blanca siguió ignorando que su amante vivía.

Sin embargo, el buen comendador no quería darse por vencido: si había desaparecido la noble doncella, no sería imposible encontrarla.

¿Cómo averiguar dónde se había refugiado con sus tristes recuerdos y su dolor?

Castió Maldonado.

Pensó que la reina debía conocer el secreto referente al retiro de Blanca; pero aún dudó sobre la conveniencia de hablar de este asunto a la noble y desgraciada doña Isabel.

¿Y el dominico?

A la mañana siguiente supo cuanto había sucedido aquella noche, y dió con inalterable calma:

—El príncipe don Carlos ha muerto y el paje se ha salvado. Está bien. Ahora no debo ocuparme más que del cardenal. Su situación es bastante falsa, y espero que muy pronto dejará de atormentarme.

No se equivocaba Fray Bernardo, pues, efectivamente, muy pronto el cardenal había de caer en desgracia, saliendo de España para no volver.

Ahora daremos a conocer un brevísimo episodio que puede servir para apreciar con bastante exactitud los sentimientos y el carácter de Felipe II.

El príncipe fué encerrado en un féretro cubierto de terciopelo negro y ricos brocados, y un numeroso acompañamiento se disponía a seguir sus restos a la última morada, cuando en el patio principal suscitóse entre los consejeros una cuestión de precedencia. Lo triste y respetable de la ceremonia no fué bastante para que ninguno de los que disputaban cediese, y la comitiva esperó largo rato.

Dieron cuenta a Felipe II de lo ocurrido, y el prudente monarca, asomándose a un balcón, con rostro sereno y firme voz, decidió el punto, y el fúnebre cortejo emprendió la marcha.

Cuando el rey se separó del balcón, encontró a su esposa, que lo miraba con el más amargo desdén e insultante desprecio.

—¿Qué hacéis ahí, señora?—le preguntó ásperamente—. ¿Venís a darle el último adiós?

—Sí.

—Ya lo habéis hecho.

—Y me retiro gozosa, porque alquiera una vez, por un instante, os he visto tal como sois, sin la máscara de la hipocresía, mostrando al mundo vuestro corazón de hiena.

—¡Señora!...

—Poco os incomodaré, porque muy pronto seguiré a vuestro hijo—repuso Isabel de Valois.

Y, oprimiéndose fuertemente el pecho con ambas manos, elevó al cielo una mirada de dolorosísima ternura.

La infeliz había recibido el último golpe.

Pocos meses después debía morir, llevando en sus entrañas un hijo.

Sobre su enfermedad toda es oscuro; hay quien

tarea la causa de la muerte de doña Isabel en la torpeza de los médicos, hay quien habla de cierta receta, que desapareció, y, por último, más o menos disimuladamente, acusan algunos historiadores a Felipe II como autor de la muerte de su esposa.

Cabrera, que conoció a Felipe II, que lo trató, que pudo estudiar su carácter y sus sentimientos más que ningún otro, que escribió su "Felipo Segundo", reinando el hijo, tercero del mismo nombre, dijo: "Su sonrisa i su cuchillo eran confines, i por eso unos le llamaban prudente i otros severo."

Queda por resolver la situación más interesante de esta historia.

¿Qué suerte estaba reservada a Luis, y, sobre todo, a Blanca y al marqués?

He ahí lo que hemos de ver en la segunda parte, y, desde luego, podremos decir que aún tenían que sufrir mucho y que sostener grandes luchas, pues doña Ana de Mendoza no había quedado inutilizada para siempre, y antes consentiría morir que renunciar a llevar a cabo su venganza.

Aquellas dos mujeres, según ya hemos dicho, debían encontrarse en el monasterio de las Huelgas, de Burgos, y era lo más probable que allí se comenzase otra vez la lucha, que sería muy desventajosa para la doncella, porque ya no contaba con el auxilio de su paje, pues éste, dejándose llevar por la desesperación, derramaría entretanto su sangre por una causa de que no era, en realidad, partidario.

FIN DEL TOMO PRIMERO
Y DE LA PRIMERA PARTE